

JOSE DE  
SIGUENZA

FUNDACION DEL  
MONASTERIO DE  
EL ESCORIAL POR  
FELIPE II

1

60489



1

60489



60







*[Red handwritten mark]*





FUNDACIÓN DEL MONASTERIO  
DE EL ESCORIAL POR FELIPE II



H 85.654  
APOSTOLADO DE LA PRENSA

1/60489

FRAY JOSE DE SIGÜENZA

FUNDACION DEL MONAS-  
TERIO DE EL ESCORIAL  
POR FELIPE II



MADRID  
San Bernardo, 7, bajo.

1927



CON LICENCIA ECLESIASTICA

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.). — Paseo de San Vicente, 20. — MADRID

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

En la ciudad de Sigüenza, y según el cálculo más probable el año 1544, nació fray José, conocido por el apellido de su ciudad natal. Entró en la religión de los Jerónimos, siendo aún mozo, en el Parral de Segovia. Profesó en 4 de mayo de 1590, y desde esta fecha pasó definitivamente a El Escorial. Su muerte acaeció en 22 de mayo de 1606. Fué religioso ejemplar, artista y gran escritor.

Menéndez Pelayo dice que merece ser colocado entre los primeros estilistas españoles, después de Juan de Valdés y de Cervantes. Catalina García le pondría en algunas circunstancias a la par de ellos. Su prosa corre mansamente arrastrada por el imán del pensamiento. En ninguna parte, quizás, se echa esto tanto de ver como en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*; y de esta *Historia* nada atrajo tanto su interés, ni fué objeto de sus encendidos amores, como aquel Monasterio insigne de El Escorial, que vió construir de los cimientos a la cumbre, obra grandiosa del gran Felipe II, donde se manifiestan el amor al arte y a la arquitectura, y la sabiduría, religiosidad y tesón de aquel gran Monarca.


Penetren nuestros lectores en su lectura, que estamos seguros que no se cansarán de ella. Les damos aquí la primera edición, salida en 1605, tal cual se imprimió entonces, salvo la ortografía, que la hemos modernizado.





*LA FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE SAN  
LORENZO EL REAL.—FABRICA DEL REY  
DON FELIPE II*

PRÓLOGO

N ninguna cosa (si lo miramos atentamente) acertaron menos los hombres que en las que son derechamente para las comodidades de su vida y para sus propios usos. Puede ser que no veamos tan claros los yerros de aquellas cosas, que llamamos especulativas, porque de su naturaleza son más secretas, mas a lo menos, a lo que por de fuera parece, estos yerros son los que más claro nos enseñan su ignorancia. Aquellos primeros hombres, que codiciaron tan desordenadamente saber bien y mal, y ser en esto como Dios, la primera muestra que dieron de su sabiduría fué buscar para cubrir su desnudez hojas de árboles, la primera y más insensata fábrica que salió de las manos humanas; porque ni la materia era conveniente para la forma, ni la una ni la otra tenían buena proporción con el fin, pues ni las hojas de higuera se zurcen ni cosen bien unas con otras, y cuando admitieran esto, fueran de todo punto inútiles para cobijarse, adornar los miembros, ser de dura, ni defender de las injurias del tiempo al cuerpo. Si pasamos más adelante, y vamos discurriendo por sus más ilustres obras, hallaremos casi en todas las que son propias invenciones suyas, si no tuvieron mejor principio, o las enderezó mejor maestro, que traen dentro como heredado y natural los yerros de esta primer ignorancia, y por lo menos pecan de superfluas, arrogantes o vanas. Invención de los hijos de Caín fueron todos los instrumentos músicos, y todas las otras



cosas que llamamos, para distinguirlas de éstos, herramientas de metales fuertes y duros, tan lesivos y dañosos para el alma los unos, como perniciosos al cuerpo los otros; la primera y más ilustre fábrica que salió de común acuerdo de las manos de los hombres después del diluvio fué aquella famosa ciudad y torre, que para eterna ignominia suya se llamó después Babel, llena toda de ambición y de jactancia, sin otro fin ni otro uso más de celebrar vanamente sus nombres, y se supiese para siempre que allí era el solar primero donde se habían de ir a buscar los abolenos de los primeros pobladores del mundo (torre que, como dijo Dios, jamás cesarán los hombres de levantarla), como si el fin de los edificios fuese este, o como si no fueran todos hijos de un mismo padre Noé, que aun vivía con ellos, y le tenían delante de sus ojos. Tras estas primeras vanidades, y como originales yerros, se siguieron y sembraron por el mundo infinitos otros. De aquí nacieron aquellos muros tan celebrados, los mausoleos, las pirámides, los colosos, las torres, alcázares, ciudades, plazas, templos, aras, estatuas; los teatros, anfiteatros, circos, obeliscos, puentes, termas o baños, atrios, pórticos, muelles, columnas, bosques, fuentes, acueductos, viñas, huertas, jardines, carros, vigas y cuadrigas; tanta diferencia de triclinios, mesas, sillas, cátedras, tronos, vasos y vestidos de más diferencias que sabrán contarse. De todo esto, que es dificultoso ponerlo en lista, ha hecho ya la curiosidad del hombre buena parte de sus estudios, y lo que al principio fué dañoso y de un origen reprehensible, con la antigüedad se ha venido a tener en reverencia y se cuenta entre los estudios honestos y de estima la noticia que se descubre de estas cosas. Desde el principio se fué Dios compadeciendo de la ignorancia y de los yerros en que en esta parte veía caer a cada paso al hombre, porque aun en esto resplandeciese su clemencia y mostrase el cuidado y el amor que tiene a esta obra tan digna de sus manos. Lo primero como a niño, y para derribarle de la altivez de su ratera ciencia, le enseñó a vestirse: cortóles unas túnicas, que no sólo cubriesen la

torpeza de sus carnes, que era el menester que entonces más les apretaba, sino que también los defendiese del frío del invierno y de los calores del verano; hízolas de pieles de animales, para provecho y de dura; por una parte calientan y por otra son frescas. Abrióles también de camino los ojos, que advirtiesen primero en las obras de sus manos el fin y el uso para que se hacen, y conforme aquéllos buscasen los materiales y les acomodasen la forma, y que lo que no es más de para necesidad y servicio, no lo pasen de allí ni abusen de ello. Lo mismo fué mostrando después en todas las fábricas en que quiso el Señor poner la mano para remedio y bien del mismo hombre, como se vió en aquella tan celebrada arca, a quien debemos todos la vida, aun sin hablar del profundo de sus misterios, que siendo para asegurar sobre las aguas aquellas pocas almas, la hizo de madera, y de tal forma que, representando con sus medidas al mismo hombre, fuese proporcionada para contrastar y defenderse de tan fuertes ondas. Enseñó lo mismo también en aquella misteriosa fábrica del tabernáculo, que mandó edificar a Moisés cuando quiso venirse a vivir y como vecindarse entre los hombres: vivían los hijos de Israel sin villas ni ciudades, alojándose por los desiertos, debajo de cabañas y chozas, y mandó Dios que su palacio fuese también como tienda de campo, de madera, telas, pieles, al fin, casa movediza. Cuando ya después este mismo pueblo (escogióle Dios entre todas las naciones del mundo para poner allí la escuela de sus preceptos y la luz de su doctrina) tuvo asentada su república, pacificada la tierra, sin que en ella hubiese quedado enemigo (misterios todos de mayor consideración), quiso que se le hiciese un suntuoso alcázar y casa real de fuerte muralla, varios aposentos y pórticos, con sala propia y retrete, señalando él mismo la materia y dando las trazas de todo conforme a los menesteres y a los fines. A los escritores que nos dan noticias de las unas y de las otras fábricas, sagradas, digo, y profanas, y con su diligencia desenterraron del polvo las reliquias de aquellas antigüedades, llamamos con razón anticuarios y

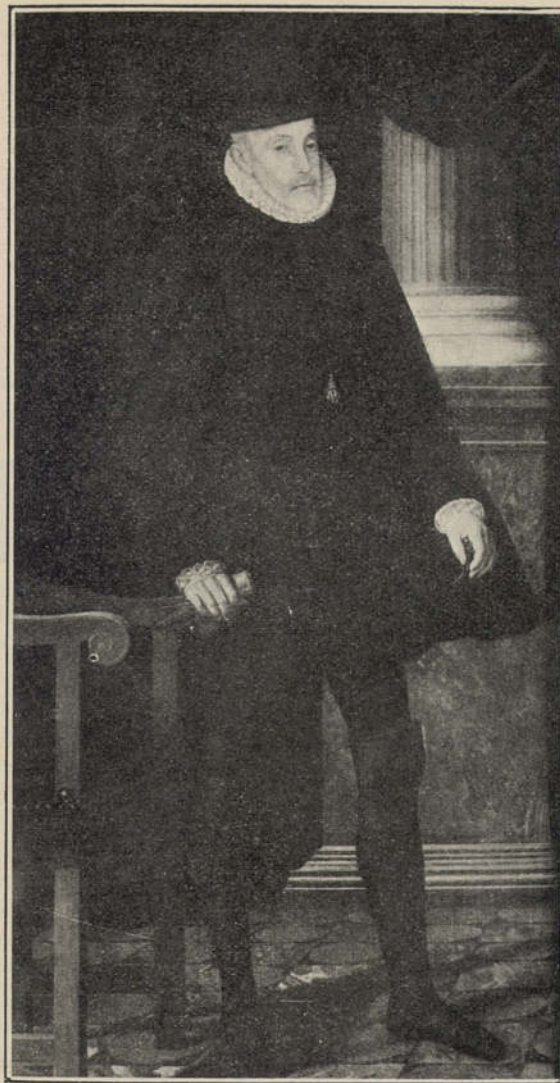


debémosles mucho, pues nos las dieron como vivas y como resucitadas a nuestros ojos, y ahora, por su diligencia y por su industria, vuelven a ejercitarse y entenderse, poco menos con tanta perfección y entereza, como si a vueltas de sus cenizas se levantaran los mismos arquitectos que las ejecutaron. Pretendo, pues, ahora, en el postrer libro de esta historia, mostrar la verdad, y prueba de esto, dando cumplida noticia de la ilustre fábrica del Monasterio de San Lorenzo el Real que, sin agraviar a ninguna, osaré decir que es de las más bien entendidas y consideradas que se han visto en muchos siglos, y que podemos cotejarla con las más preciosas de las antiguas, y tan semejante con ellas, que parecen parto de una misma idea. En grandeza y majestad excede a cuantas ahora conocemos, ni se rinde a alguna de las antiguas (no hablo de las sagradas ni de las claramente fabulosas, porque no hay comparación en lo que es de diverso género); la materia y la forma tan bien avenidas y buscadas para los menesteres y fines, que de cualquiera otra, o fuera superflua o ambiciosa. La entereza de las partes, tan cabal y tan hermanas entre sí, que ninguna se queja ni agravia haberse descuidado en ella. De aquí resulta una hermosura grande en todo el cuerpo; de suerte, que los que ahora la vemos y gozamos tenemos quitado el deseo de cuanto celebra la antigüedad y contemplamos en ella y aprendemos con sola su vista una infinidad de primores, que se entiende mal por las relaciones de los antiguos, ni por los vestigios de lo que con el ansia de alcanzarlos han descubierto estos adoradores de la antigüedad en las provincias de Asia y Europa. Si yo acertare a decirlo, desde hoy se podrá ir continuando la noticia que a veces cayendo y levantando más o menos acertadamente se ha venido continuando o entreteniéndolo desde los principios del mundo en las cosas que tocan a la buena arquitectura y las partes con que se adorna. Hallarse han aquí juntas casi todas las grandezas que se han celebrado por tales en el discurso de los siglos, quitado todo lo supérfluo y lo que en ellas no servía más que a la ambi-

ción y al fausto. De suerte que quien viere este edificio cual le pintare aquí, y cual él se representa entero, y viere la muchedumbre, proporción, comodidad, respeto y buen oficio de sus partes, podrá decir lo que dijo Galeno en su libro del uso de las partes del cuerpo humano, que después de bien consideradas, leyendo en tan celestial armonía y correspondencia mucho de la sabiduría divina, afirmó que había escrito un libro de las alabanzas de Dios, y lo mismo podrá decir quien advirtiere bien las de este convento, que es un excelente traslado de ella. Veránse dentro de esta fábrica fuertes murallas, torres y cimborios altísimos, un templo grande y hermoso, capillas, atrios, pórticos, plazas, arcos, pirámides, columnas, colosos, aras, estatuas, variedad grande de pintura, mármoles, jaspes, metales, estanques, aljibes, cisternas, fuentes, jardines, huertas, acueductos, mil diferencias de vasos, mesas y vestidos sacros; todo para tan santos fines y para usos tan píos, que parece se satisface con ellos y se purga la culpa de cuanto para sus regalos y ostentaciones han hecho de esto los hombres; y al fin, todo tan parecido a las fábricas divinas, que dirán salió todo de una traza y para unos mismos o mejores fines. Aquí, como en una arca de Noé, se salvan muchas almas que, huyendo del diluvio del mundo, se encierran dentro de sus marcos en una estrecha obediencia, esperando con gran firmeza no olvidará Dios a los que así se fiaron de su palabra. Aquí, como en el tabernáculo de Moisés, se asienta el mismo Dios en la verdadera arca del testamento, sobre las alas de los querubines, se aprende la ley divina, se guarda, se ejecuta, disputa, defiende, enseña. Aquí, como en otro templo de Salomón, a quien nuestro patrón y fundador Felipe II fué imitando en esta obra, suenan de día y de noche las divinas alabanzas, se hacen continuos sacrificios, humean siempre los inciensos, no se apaga el fuego ni faltan panes recientes delante de la presencia divina, y debajo de los altares reposan las cenizas y los huesos de los que fueron sacrificados por Cristo. Ya aquí me dejaba llevar de la corriente de la devoción y del



amor, sin mirar que me lanzaba en el primer discurso, que será de los motivos y santos fines de esta fábrica: discursos los llamo, para tomar licencia más ancha de la que sufren las leyes de pura historia, aunque no bastará advertirlo para los que tienen gana de hallar tachas en las obras ajenas. Prometo ser observantísimo en lo que toca a la verdad, sin hipérboles ni exageraciones, propio de oradores o poetas, ajeno de todo punto de la fidelidad de historia, cosa de niños y de risa. Será en mí grave culpa no decirla, por mil razones, aun sin las del oficio y del estado, porque está en pie y reciente el sujeto, testigo fuerte que promete infinitos siglos, vivos muchos de los que pusieron en él el ingenio y las manos, y porque vi por mis ojos abrir la mayor parte de sus cimientos, cerrar los arcos, cubrir las bóvedas, rematar las pirámides y las cúpulas y levantar sobre los más altos capiteles las cruces. En este primer libro, y tercero de la historia de la Orden, diré el discurso de la fundación y muchos particulares sucesos y cosas que aquí hizo el Rey, viviendo en esta casa buena parte del año. En el postrero mostraré el edificio todo por sus partes y alguna relación de sus adornos, procurando que todos lo entiendan como me fuere posible, que no tiene poca dificultad.



Felipe II a los setenta años.

*(Pantoja.)*

## DISCURSO I

*El principio, los motivos y fines que el Rey Don Felipe tuvo para edificar el Monasterio de San Lorenzo y entregarlo a la Orden de San Jerónimo.*

**D**ESPUÉS de retirado el invictísimo Emperador Carlos V en el Monasterio de San Jerónimo, de Yuste, como lo referimos en el primer libro de esta tercera parte, y hecha aquella tan ilustre hazaña, que fué como la corona de otras muchas de su vida, Felipe II, su hijo, que a la sazón era de veintinueve años de edad, recibió el gobierno de estos reinos que le tocaban por heredad legítima. Había quedado a esta sazón en Flandes para entender en las cosas que convenía a aquellos Estados, hallarse cerca del nuevo reino de Inglaterra, proveer a los unos y a los otros y asentar, si fuese posible, alguna manera de paz y de concordia entre él y el Rey de Francia; pretendía esto la Reina de Inglaterra con muchas veras, porque con estas paces pudiese sosegar un poco la cristiandad y entender con más quietud en la restauración perfecta de la religión y fe de aquel su reino, que con el nuevo casamiento de Felipe se había comenzado. Juntáronse para ello los procuradores de una y otra parte, y después de haber tratado muchas cosas sobre el derecho del Estado de Milán, no se hizo nada; comenzó de nuevo a encenderse la guerra; pretendió el francés otra vez ir sobre Nápoles, envió al duque de Guisa para esto con un grueso ejército; por otra parte, comenzó a fatigar a algunos



pueblos de Flandes, de suerte que antes que se acabasen los cinco años que estaban asentados de treguas, ya estaba todo ardiendo en guerras. Envió el Rey Don Felipe a Filiberto, duque de Saboya, por general de un grueso ejército para que entrase en las tierras del enemigo, le divirtiese de Flandes y le pusiese en necesidad de volver a defenderse. Puso el duque con extremada diligencia su gente sobre San Quintín y apretóla bien. El francés mandó a Memoransí, condestable, que fuese contra el duque de Saboya, con treinta y dos banderas de infantería y cinco mil caballos y muy buena artillería, catorce piezas gruesas de batir y muchos cañones de campaña. Ordenó que divirtiesen a los del cerco los suyos con algunas escaramuzas, para que entre tanto pudiese él poner socorro dentro de la villa. El duque, entendido el designio, sin darles lugar a esto, les salió al encuentro; llevaba en su campo buena copia de herreruelos y escogida infantería de españoles y caballos de alemanes; acometieron a los franceses con gran ímpetu, comenzóse una batalla reñida, aunque duró poco en señalarse la victoria por la parte del Rey Felipe, desbaratóse la gente de caballo, turbáronse los escuadrones franceses, rompieron las compañías de la infantería, volvieron las espaldas sin poder resistir la fuerza, y en el alcance murieron casi todos o quedaron cautivos, rendidas por muchos de ellos afrentosamente las armas. Prendieron al condestable con un hijo suyo y otros muchos señores de la nobleza de Francia; perdióse a vueltas toda la artillería y fué grandísima la presa de los despojos y cautivos, porque no quedó bandera que no viniese a manos de la gente de Felipe. Con esta tan insignie victoria y con otras muchas que a todos son notorias había Dios declarado bien cuán injusta causa era la del Rey de Francia, sino que no quiso abrir los ojos. Iba el Rey Don Felipe acercándose a su campo, y antes que llegase le encontró la nueva, trayéndole luego delante al condestable y a los otros caballeros que habían sido presos en la batalla. Fué esta la primera de las victorias que tuvo Felipe II, y acertó, por celestial acuerdo,

a ser en 10 de agosto, fiesta del glorioso mártir San Lorenzo, español, a quien desde su niñez tuvo este piadoso príncipe singular devoción; entendió que un principio tan ilustre de sus cosas le venía por su favor e intercesiones en el cielo, y así, desde aquel punto, concibió en su pecho un alto propósito de hacerle algún señalado servicio. Parece que desde allá aceptó luego el glorioso mártir el santo propósito y píos intentos, porque le fué favoreciendo abiertamente en todas sus empresas. Los de San Quintín, aunque vieron la rota del condestable y quedaron desamparados de socorro, no desmayaron, animados con el valor del almirante de Francia, que mantenía la fuerza fiados en el fuerte sitio y en la buena gente y artillería que tenían dentro. Todo aprovechó poco. Apretóse el cerco, y al fin se entró la ciudad por fuerza de armas, a 26 días del mismo mes de agosto, el año 1554. Hallóse dentro mucho despojo y fué preso el almirante con otros muchos caballeros y llevado en guarda a la Esclusa, villa de Flandes, de suerte que dentro de quince días tuvo el Rey de España dos muy claras y señaladas victorias del Rey Enrique de Francia, una en batalla campal y otra en el combate y expugnación de una tan importante fuerza, presa y cautiva la más ilustre sangre de Francia, y entre ellos dos tan grandes Príncipes como el condestable y el almirante. Aquí acabó de confirmarse nuestro Felipe en sus altos designios; entendiendo claro el patrocinio de su Santo, propúsose edificarle un templo, sin descender a otros particulares, aunque nunca hizo voto de ello, como algunos, sin saberlo bien, han osado afirmar y sacarlo en público; verdad es que las buenas obras que se hacen por voto son, según lo definen nuestros teólogos, de mucho mayor mérito, por llevar dentro la más alta y preciosa joya nuestra, que es la libertad que se rindió con el voto, que no las que se hacen libremente; mas en los Reyes una fuerte determinación de su buen propósito vale mucho, especialmente en cosas santas. Usanza fué de Reyes y capitanes píos volver luego los ojos al Señor, en cuyas manos están los reinos y los co-



razones de los Reyes, la salud y las victorias, y hacerle gracias cuando alcanzaron alguna señalada de sus enemigos; no tenemos que buscar ejemplos profanos, pues nos los da a la manó la Santa Escritura: hiciéronlo así los de Betulia, con su victoriosa Judit, y todo el pueblo de Israel, con Débora y Jael y el valiente Judas Macabeo, con el pueblo y con sus hermanos, y otros cien ejemplos de éstos; y el Rey Josafat hizo gracias con todo su ejército en el valle de Engadi por una insigne victoria que tuvo contra los Amonitas, y mudaron el nombre al valle donde se hizo este reconocimiento y se llamó de allí en adelante el valle de Hacimiento de Gracias, o, como dice el original hebreo, de Bendición; pudiéramos también mudarle el nombre a la ciudad de San Quintín y llamarle ciudad de bendición y de paz, porque con estas dos pérdidas y con otras que luego sucedieron cayó en la cuenta el Rey Enrique y vió como de manifiesto que Dios peleaba por la causa de España, dando tantas victorias al Emperador Carlos V y comenzando a favorecer con éstas tan abiertamente a su hijo Felipe. Parecióle, viéndose tan acabado en poder, gente y fuerzas, era bien mover tratos de paz; quiso Dios vienesen a tan buen efecto, que asentadas las condiciones muy a honra y provecho de nuestro Rey, se remataron y confirmaron con que recibiese por mujer a Doña Isabel, primogénita de Enrique (había muerto ya a esta sazón Doña María, la Reina de Inglaterra, y sucedido en el reino su hermana Doña Isabel, por donde tornó aquel reino a la miseria en que hoy le vemos); de suerte que desde la primera victoria, que fué día de San Lorenzo, el año 54, hasta este del casamiento de nuestro Rey, que era el de 59, fueron las cosas de Felipe creciendo de bien en mejor, hasta venirse a apaciguar del todo aquellas guerras, que desde los Reyes Católicos apenas habían tenido treguas entre España y Francia, hasta este punto. El hacimiento de gracias de Felipe por todos estos favores no fué para que se rematase en un día ni siete, ni parase en sólo el nombre; propuso con mucha resolución edificar un ilustrísimo templo al már-

tir español, que fuese tan famoso en todo el mundo como su glorioso nombre, donde de día y de noche se celebrase su memoria y se hiciesen y diesen a Dios para siempre bendición y gracias. El primer mártir que en la Iglesia de Dios tuvo público templo (en tiempo de los Emperadores Gentiles por grutas y cementerios andaba escondida la Iglesia, celebrando sus santas memorias) fué San Lorenzo; edificólo el Emperador Constantino en la misma heredad de la Santa Viuda Ciriaca, donde fué sepultado, y refiere San Dámaso fué tan suntuoso, que la capilla donde estaba el santo cuerpo se sustentaba sobre columnas de pórfido, materia preciosa y rara de que ahora no se sabe ni se halla la mina o cantera; la cúpula o cimborio era de plata, y aun también la reja, con otros grandes y costosos adornos de cosas de oro y otros metales preciosos, y movióse a esto y a otras insignes obras de piedad después de haber recibido la fe, por una insigne victoria que le dió el Señor contra Majencio; desde allí se comenzó la paz y el sosiego general de la Iglesia con todo el Imperio Romano, que poco menos era el del mundo, y desde entonces apenas hay lugar, ciudad ni aun aldea donde no tenga templo San Lorenzo, pues aun sin éste, tiene otros cuatro en Roma; tan de atrás le viene nacerse con su memoria y patrocinio la paz entre cristianos, que parece peleó por todos, y tan de antiguo tiene que en hacimiento de gracias se hagan templos a su memoria. Con todo eso, no había llegado al punto que de agradecimiento se le debía en toda la Iglesia, y particularmente en su propia patria España, hasta que Felipe concibió esta fábrica en su pecho, y después la trajo a tanta perfección como vemos y es de consideración (porque digamos esto de paso, para consuelo de los fieles y gloria de nuestro Santo), que de tantos emperadores como hubo en Roma, tan poderosos y ambiciosos de su fama, porque no conocían otra inmortalidad, no se sabe de las urnas de sus cenizas, ni se hallan los sepulcros de cuatro, y de éstos solas las reliquias de aquellas ruinas, y de un solo Lorenzo mártir hay cinco templos de mucha majestad y gloria.



Este fué el primer motivo y el despertador para venirse a levantar esta tan ilustre fábrica; así lo afirma su mismo fundador en la carta de dotación que ordenó de ella, como se verá después por sus mismas palabras. Lo demás que toca a estos negocios de Flandes, la benignidad y largueza que Felipe usó con los presos vencidos y muertos, ya otros han tratado de ello; para mi propósito basta esto.

Murió el año 58, como vimos en su propio lugar, el nunca vencido Emperador Carlos V en el Monasterio de Yuste; en el codicilo postrero que allí ordenó dejó a la voluntad y parecer de su hijo Don Felipe todo lo que tocaba a su entierro, lugar y asiento de sepultura, y de la Emperatriz Doña Isabel, su mujer, y la disposición de los aniversarios y memorias que para siempre se habían de hacer por sus almas; llególe de todo esto la nueva triste estando en Flandes, y con ello propuso y cerró del todo en su pensamiento que el templo que tenía determinado levantar a honra de San Lorenzo fuese un monasterio de la Orden de San Jerónimo, que juntamente fuese sepultura digna de un tal Emperador y padre y una Emperatriz tal como Doña Isabel, su madre, y que después también lo fuese suya, de sus carísimas mujeres e hijos; y aunque es verdad que él desde sus primeros años había tenido particularísima devoción a la Orden de San Jerónimo, no se puede negar sino que haberla escogido su padre para acabar el último tercio de su vida, y estar en ella sepultado, le fué gran despertador para resolverse del todo en sus intentos. Juntábase a esto la consideración, que es sobre todas éstas, y la primera que las casas de religión son unas moradas donde siempre, a imitación de las del cielo, se está sin diferencia, de noche y de día, haciendo oficio de ángeles, rindiendo a Dios el general tributo que todos, y más particularmente los Reyes le deben, hacimiento de gracias y loores, donde la fe viva se conserva y fortalece, la doctrina sana persevera y aquellas primeras costumbres de la Iglesia se mantienen, donde con oraciones continuas se ruega por la salud de los Príncipes,

conservación de sus Estados, se aplaca la ira divina y mitiga la saña justamente concebida contra los pecados de los hombres. Poniendo los ojos en la Orden de San Jerónimo halló que era una de las que en todo esto ponía siempre buen cuidado, y así juzgó sería obra muy grata a los divinos ojos levantar en ella un insigne convento, donde pudiese ver todos estos fines juntos. Y sin duda, cuando no concurrieran tantos y tan santos respetos y buenas consideraciones, y sólo se pretendiera hacer un sepulcro a un Emperador Carlos V y a una Emperatriz Doña Isabel, y que tras ellos lo había de ser de tantos Reyes, Príncipes y personas reales como ahora se ven sepultadas en este templo, no parece grande este edificio, que les parece a tantos excesivo o superfluo. Los gentiles tenían tanto primor en el hacer sus memorias y estatuas, que las de los hombres ordinarios las hacían ordinarias y a la medida de los mismos hombres. Las de los héroes o, como ellos decían, medio dioses, cuales eran Aquiles, Eneas, Ajax, Turno y otros, un tercio mayor que las primeras, y las de sus dioses vanos, mucho mayores y de gran exceso, donde vinieron aquellos colosos de tan descomunales grandezas, que hubo algunos de más de cien pies en alto. Pues quien pretendió hacer memoria y sepulcro, donde se encierran y veneran tantas reliquias de divinos hombres, cuerpos y huesos de tantos héroes, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y, en su compañía, y como a sus pies, Emperadores, Reyes, Príncipes e Infantes, que son como unos Visodioses en la tierra, ¿qué mucho levante para esto un templo tan ilustre y un mausoleo de tanta grandeza?; sin duda, quien todos estos motivos mirare sin pasión y como ellos lo merecen, no llamará grande a esta fábrica ni aun osará afirmar que los iguale. Porque ninguno piense que yo las adivino o los invento, será bien que se los oigamos decir con sus mismas reales palabras al fundador, que nos manifestó sus pensamientos en el principio de la carta de fundación de este convento; después de los títulos comunes, dice así:



«Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios Nuestro Señor hemos recibido y cada día recibimos, y cuanto El ha sido servido de encaminar y guiar los nuestros hechos y los nuestros negocios a su santo servicio y de sostener o mantener estos nuestros reinos en su santa fe y religión y en paz y justicia: Entendiendo con esto cuanto sea delante de Dios pía y agradable obra y grato testimonio y reconocimiento de los dichos beneficios el edificar y fundar iglesias y monasterios, donde su santo nombre se bendice y alaba, y su santa fe con la doctrina y ejemplo de los religiosos siervos de Dios se conserva y aumenta, y para que así mismo se ruegue e interceda a Dios por nos y por los Reyes nuestros antecesores y sucesores y por el bien de nuestras ánimas, y la conservación de nuestro Estado real, teniendo asimismo fin y consideración a que el Emperador y Rey, mi señor y padre, después que renunció en mí estos sus reinos, y los otros sus Estados, y se retiró al Monasterio de San Jerónimo, de Yuste, que es de la Orden de San Jerónimo, donde falleció y está su cuerpo depositado, en el codicilo que últimamente hizo nos cometió y remitió lo que tocaba a su sepultura y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la Emperatriz y Reina, mi señora y madre, habían de ser puestos y colocados, siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean muy honorablemente sepultados y por sus ánimas se hagan y digan continuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones y memorias: Y porque otrosí nos hemos determinado, cuando Dios Nuestro Señor fuere servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar, juntamente con el de la serenísima Princesa Doña María, nuestra muy cara y amada mujer, que sea en gloria, y de la serenísima Reina Doña Isabel, nuestra muy cara y amada mujer, que asimismo tiene determinado, cuando Dios Nuestro Señor fuere servido de llevársela, de ser enterrada juntamente en el dicho Monasterio, y que sean trasladados los cuerpos de los Infantes Don Fernando y Don Juan, nuestros hermanos, y de las Reinas Doña Leonor y Doña María,

nuestras tías: Por las cuales consideraciones fundamos y edificamos el Monasterio de San Lorenzo el Real, cerca de la villa de El Escorial, en la diócesis y arzobispado de Toledo: el cual fundamos a dedicación y en nombre del bienaventurado San Lorenzo, por la particular devoción que, como dicho es, tenemos a este glorioso Santo. Y en memoria de la merced y victorias que en el día de su festividad de Dios comenzamos a recibir. Y otrosí le fundamos de la Orden de San Jerónimo, por la particular afición y devoción que a esta Orden tenemos y le tuvo el Emperador y Rey mi señor. Y además de esto, hemos acordado instituir y fundar un colegio en que se enseñen y lean las artes y santa Teología, y que se críen e instituyan algunos niños a manera de Seminario, etc. Todas las cuales obras esperamos en Dios serán para su santo servicio, y de que se conseguirá y resultará mucho fruto y beneficio al pueblo cristiano, etcétera.»

Bien claro queda con esto lo que hemos dicho, y con harta fuerza la verdad de todos los motivos.

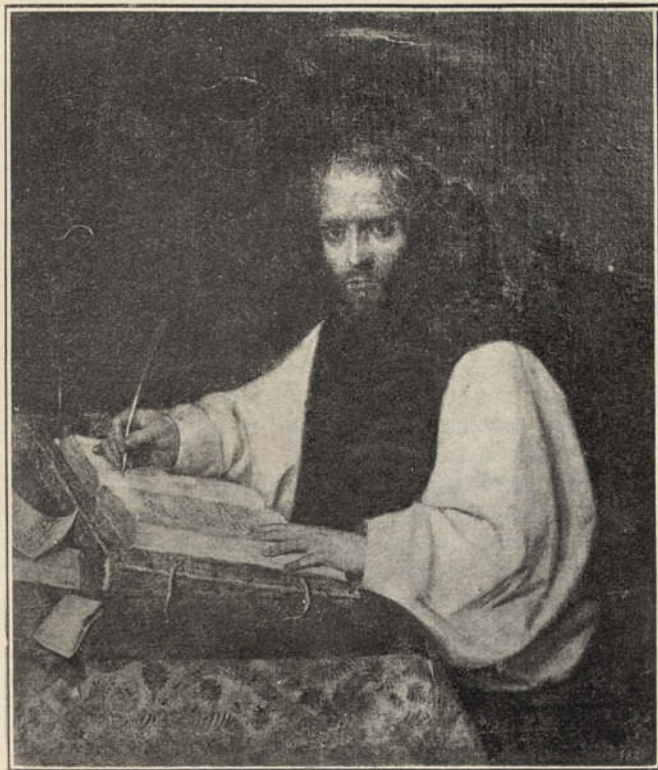
## DISCURSO II

*Vuelve el Rey Don Felipe de Flandes a España; escoge sitio para el Monasterio; dícense sus cualidades, propónese a la Orden la aceptación del Monasterio.*

**C**L mismo año 1559 envió el Rey Don Felipe a llamar a su hermana Margarita de Austria, duquesa de Parma, viuda, por muerte de Alejandro de Médicis, duque de Florencia, y a la sazón casada con el duque de Parma, Farnesio Octavio, pretendiendo dejarla por gobernadora de los Estados de Flandes; vino esta señora a Gante por el mes de agosto, donde la salió a recibir Felipe con gran acompañamiento (de las cosas de estos Estados no tengo que tratar, pues no es mi oficio); entrególe el gobierno y partió para España, haciendo su viaje con viento tan próspero que llegó en brevísimo tiempo a Laredo. Aquí también pienso que le ayudó su mártir San Loren-



zo, y los altos propósitos que traía de servirle, pues fué cierto que si un día se tardara fuera mucha ventura que escapara hombre, por despertarse en la mar la más furiosa tempestad que habían visto los moradores de aquellas riberas. Luego trató nuestro Felipe de poner en ejecución sus buenos propósitos: comenzó lo primero a poner los ojos dónde asentaría su Corte, entendiendo cuán importante es la quietud del Príncipe y estar en un lugar para desde allí proveerlo todo y darle vida, pues es el corazón del cuerpo grande del reino. Contentóse sobre todo la villa y comarca de Madrid, por ser el cielo más benigno y más abierto, y porque es como el medio y centro de España, donde con más comodidad pueden acudir de todas partes los negociantes de sus reinos y proveer desde allí a todos ellos; razones que es bien las miren los Reyes, pues no se hicieron los reinos para ellos, sino ellos para el bien de su reino, y así están obligados a mirar más las comodidades comunes que los propios gustos, dejando aparte que aun para éstos ninguna villa o ciudad de España es más a propósito. Tras esta determinada resolución, miró lo segundo, dónde estaría bien asentada la fábrica que traía en su pecho. Pretendía siempre que fuese propia casa de San Jerónimo, que estuviese fuera y aun lejos de poblado, donde los religiosos ni tuviesen quien los estorbase la quietud de su contemplación, y cuando él quisiese retirarse del bullicio y ruido de su corte, el lugar mismo le ayudase a levantar el alma en santas meditaciones, de que no tenía poco ejercicio y gusto. Por esto le parecía bien el sitio del Monasterio de San Jerónimo, de Guisando; iba allí algunas veces; holgábase de ver aquellas montañas y peñas vestidas de diversas plantas, más hermosas que Salomón en toda su gloria. Estuvo allí algunas Semanas Santas, vió que la aspereza del sitio no podía domarse fácilmente, ni había llano ni suelo en toda aquella sierra donde cupiesen sus designios. También se le hacía la distancia de allí a Madrid larga, porque quería tener más a la mano y familiar el oratorio de su retrainiento. Inclínose otras veces a aquellas laderas de las cuestas que



Fr. José de Sigüenza (Biblioteca de El Escorial).



están como a repecho de Madrid, en el Real de Manzanares. No se halló allí tampoco cosa que satisficiese; tratóse si sería bien ponerla en Aranjuez, halláronse muchos inconvenientes, que no importa referirlos. Resolvióse al fin que en medio de estas dos distancias, entre el Monasterio de Guisando y entre el Real de Manzanares se buscara un buen sitio donde se señalase la planta del edificio; encargólo a diversas personas que podían tener parecer en esto, filósofos, médicos y arquitectos. Pasearon las faldas y laderas de estas sierras y, mirando las calidades y partes de uno y otro sitio, conforme a la doctrina de Vitrubio (1), autor de excelente juicio en el arte, se fueron siempre resolviendo en éste donde ahora está sentada la casa. No se contentó Felipe con la relación que otros le dieron de este sitio, quiso él mismo verlo y considerarlo; las veces que se iba a retirar a Guisando la Semana Santa iba y venía por esta misma parte, y así se fué certificando era el mejor que en el contorno de la comarca de Madrid se podía hallar. A estas sierras de Segovia, Avila y Buitrago llaman algunos modernos (no sé con qué razón) los montes Carpentanos, movidos por ventura porque Plinio llama a los moradores de las riberas del Taje, y pueblos del reino de Toledo, Carpetanos o Carpetanos, que tampoco se sabe bien la razón de este nombre; mas Pomponio Mela, nuestro español, los llama montes Pirineos, en el segundo de su Cosmografía, porque son ramos o brazos que salen de ellos, y poco menos abrazan la mayor parte de España; llámense como quieren, que no nos importa mucho llegar al cabo de las razones de esto. En la ladera de esta sierra, junto a una pequeña población que se llama El Escorial, en aquella parte por donde mira más derecha al Mediodía y reino Toledano, siete leguas de Madrid, muy a su vista, a la parte del Poniente, nueve de Segovia, que está al Norte, otras siete, o poco más, de Avila, que mira al Poniente, se descubrió una llanura o plaza suficiente para una grande planta y el contorno de la tierra lleno de muchas

(1) Lib. I, cap. IV; lib. VI, cap. VII.



comodidades para el propósito, levantado en la ladera, donde no llegan los vapores gruesos que exhalan con el sol a la mañana, puesto al Mediodía, que para las tierras frías, como lo son estas sierras, es de mucha consideración. Guardadas las espaldas con el mismo monte de los ciezos fríos, aunque por una canal que hacen las sierras descubierta a los céfiros o favonios, que la fatigan en el invierno, mas refréscanla y tienen sana en el verano. Por el contorno muchas fuentes de buena agua, sin las gargantas y arroyos que se derivan de la sierra, grande copia de hermosa piedra cárdena, mezclada de una honesta blancura, de buen grano, con unas máculas pardas y negras, que hace en ella la mezcla de aquella piedra ambiciosa que quiere entremeterse en todas: llamémosla nosotros marquesita; los griegos la llaman piritis, porque enciende fuego, el más principal material de toda la fábrica, y tiene en sí un lustre y nobleza grande, que hace parecer fuerte y de grandeza el edificio; es muy conforme toda en el color y dureza, y así resisten todas las piezas igualmente y guardan tanta conformidad, que no parece sino que toda la gran fábrica es de una pieza y cavada en una peña.

Aquí pudiera tener alguna semejanza de verdad y de efecto lo que prometió a Alejandro Magno aquel vano arquitecto Dinócrates (1), cortar y labrar el monte Athos, de tal suerte, que hiciera de él una estatua del mismo Alejandro y que tuviera en su mano una ciudad de grande población, propia arrogancia de griegos, tan atrevidos en prometer como sus historiadores en fingir. Por el contorno y comarca, grandes pinares: el de Balsain, de Segovia; el Quejigar y Navalunga, de Avila, y los de Cuenca, no desacomodados, donde se crían tan hermosos pinos, que los podemos llamar cedros de España, de poco menor firmeza y hermosura que los del monte Líbano, especie particular de pinos, como lo vemos aquí en sus maderas y piñas; la cal, el yeso y la arena y los demás materiales, en tanta copia y de tan buenas con-

(1) Plutarc. in vita Alexan. Vitru. pro, lib. II.

diciones como las saben pintar y pedir los maestros del arte. Junto a este puesto están dos dehesas de gran frescura y arboleda, acomodadas para caza, pesca, jardines y leña, para el servicio del convento; la una, que se llama la Herrería, tan cerca al mismo sitio que linda con las paredes del convento, tiene en contorno poco menos de una legua, poblada de diversas plantas y de mucho pasto y verdura, donde se ven grandes manadas de venados, puercos, javalíes, en piaras, conejos sin número: mirada desde el mismo convento, parece una mata de albahaca en el verano, que es gran alivio de la soledad y de la vista. Antiguamente hubo en ella herrerías, de donde tomó el nombre, y de ellas y de una iglesia que estaba allí y tenía pila de bautismo, se llama la Dehesa de la Herrería de Nuestra Señora de Fuentelámparas. En la montaña hay muestras de minas de hierro, y el pueblo que está allí cerca conserva también el nombre y se llama Escorial, donde se ven ahora alrededor las cenizas y las escorias en no pocos montones. La otra se llama la Fresneda, algo más apartada de la casa, aunque también a su vista, distancia de media legua escasa. De la hermosura de esta dehesa, de sus jardines, estanques y arboledas, haremos después discurso particular, y así no hay que detenerse en ella; esto es brevemente lo que toca al sitio y sus comodidades. La experiencia ha mostrado cuán sano es, pues con ser toda España, desde el año 98 hasta el de 601, tan reciamente fatigada con diversas fiebres y dolencias y la peste general, con que Nuestro Señor aun no parece que ha alzado la mano de castigarnos, apenas lo hemos aquí sentido sino por relación; digo esto en particular, por la gana que tienen algunos de hacer enfermo este sitio, que hasta esto llega la envidia del bien y salud ajena; otros quieren hacerlo tan frío y tan helado, que sea como los Rípheos más inhabitables, siendo cierto que en los más recios inviernos ni se hiela el agua en las pilas que están en las puertas de la iglesia ni el aceite en los apc-sentos, y muchas celdas de religiosos se pasan sin los reparos ordinarios que suelen hacerse en tierras muy tem-



pladas contra el frío, que aunque las sierras de Segovia son frías, el asiento de esta fábrica participa poco de sus nieves y hielos, por estar algo traspuesta de ellas, guardada, como dije, del cierzo y puesta al Mediodía, gozando del sol desde que sale hasta que se pone. Con esto queda, a mi parecer, respondido a lo que suelen oponer algunos, y aun se enojan sobre el caso tan de veras como si fuera este edificio para ellos solos; que porque no puso el Rey esta fábrica tan hermosa en medio o junto a una ciudad principal de España, donde todos la gozaran, donde entraran chicos y grandes y fuera una común vista y recreo del pueblo, y no en un lugar tan apartado, tan áspero, frío, seco, feo, inaccesible y enfermo, y otras cien tachas nacidas o inventadas de sus antojos. Digo, pues, que está respondido a todo esto con lo que hemos declarado, los intentos del Príncipe y sus fines y el fin de esta religión, las comodidades y partes del sitio, y si no se satisficieren con esto, no importa, y quéjense de camino también de Nuestra Señora de Monserrat y del asiento de la casa de Guadalupe y de la Peña de Francia y otros santuarios casi inaccesibles por la aspereza del lugar, y si dijeren que éstos son milagrosos y escogidos del cielo, y de otro género, también afirmaremos que los motivos del Rey parece por los efectos que fué inspiración divina.

Escogido el sitio con tan maduro acuerdo, que duró la resolución hasta el año 1561, en que celebró la Orden Capítulo general en San Bartolomé de Lupiana, y fué electo en general (como vimos en su lugar propio) el santo varón fray Francisco de Pozuelo, planta y verdadero hijo de aquella casa tan santa de Montamarta; propúsose en este Capítulo a la Orden de parte del Rey Don Felipe II, cómo tenía intento de edificar un monasterio a gloria de Dios, dedicado y con título del glorioso mártir San Lorenzo, y por la particular afición que desde sus primeros años había tenido a la Orden del glorioso doctor San Jerónimo, deseaba que fuese en ella, que viesan lo que en esto les parecía y señalasen luego personas que con título de Prior y de Vicario y otros oficios

fuesen a tomar la posesión del sitio. Incliné todo el Capítulo humildemente la cabeza, aceptando el favor y la merced que su Majestad hacía a la Orden, reconociéndose de nuevo por capellanes y hechura de sus gloriosos predecesores y suya; y haciéndole las debidas gracias, lo dejaron todo en sus manos, para que en esto y en todo lo demás de la Orden dispusiese a su servicio, aceptando, por virtud de las gracias y privilegios que tiene la Orden para esto, el nuevo convento de San Lorenzo el Real, que Su Majestad quería edificar junto a El Escorial. Cuanto al señalar de las personas que habían de dar principio a tan gran negocio, la Orden escogió en primer Prelado y fundador al padre fray Juan de Huete, prior y profeso de la misma casa de Zamora y Visitador general de la Orden, y por Vicario al padre fray Juan del Colmenar, profeso de San Jerónimo de Guisando, donde había sido prior muchos años, aunque como varón humilde, a la sazón era vicario. Puso la Orden los ojos en estos dos padres, por las muchas partes que en ellos concurrían: la principal, ser grandes religiosos de mucho ejemplo y virtud; tras esto, de mucha experiencia en gobiernos, prudentes, desasidos y que en cosas de arquitectura tenían entrambos buen parecer y juicio, como lo habían demostrado en las fábricas que habían ejecutado en sus propias casas, que para esta ocasión era de importancia. Vista la respuesta del Capítulo por Su Majestad, holgó mucho de ello; conocía al padre fray Juan del Colmenar, por las veces que había estado en Guisando, y tenía buen concepto y relación de su virtud. Mandó luego que para el día de San Andrés del mismo año de 61 se juntasen en la villa de Guadarrama su secretario, Pedro del Hoyo, Juan Bautista de Toledo, varón de gran juicio y excelente maestro en arquitectura, con los dos religiosos nombrados por el Capítulo, fray Juan de Huete y fray Juan del Colmenar y fray Gutierre de León, prior de San Jerónimo, de Madrid, con los religiosos que llevasen en su compañía, para que desde allí todos juntos viniesen a ver el sitio que se había escogido para el nuevo Monasterio y le considera-



sen y viesen si era a propósito para la manera de vida que se tiene en la Orden de San Jerónimo. Escribió Su Majestad al General sobre esto y a los mismos padres que habían de venir con los oficios de prior y vicario, y porque se vea la verdad de todo y nadie se atreva a decir tan sin fundamento otra cosa, pondré aquí el tenor de las cartas, para los que quieren que ellas hablen.

CARTA DEL REY PARA EL VICARIO DE GUI SANDO, FRAY JUAN DEL COLMENAR

«El Rey. Devoto padre vicario: por la carta del General, que será con ésta, entenderéis cómo deseamos tomar resolución en lo del sitio y traza del monasterio de San Lorenzo, que queremos edificar, y está recibido en vuestra Orden; os encargamos que en todo caso os lleguéis a la villa de Guadarrama, para el día de San Andrés primero, donde hallaréis otros padres y a Pedro de Hoyo, nuestro secretario, con algunos oficiales nuestros, para que, juntamente con ellos, veáis el sitio donde nos ha parecido que se debe edificar el dicho Monasterio y se platiquen las demás cosas concernientes al edificio, y si tuvieréis la traza de esa casa de Guisando, o supiereis de alguna otra que sea buena, la traeréis con vos y nos avisaréis con este correo si será cierta vuestra venida. De Madrid, a 14 de noviembre de 1561. Por mandado de Su Majestad, *Pedro de Hoyo.*»

De la misma forma escribió al prior de Zamora, como parece por la carta del Secretario Pedro de Hoyo al mismo fray Juan de Colmenar, que es ésta:

«Muy reverendo señor: Por las cartas de Su Majestad y del padre General, entenderá vuestra merced su voluntad, y porque así mismo envía a mandar al padre prior de Zamora que venga para el día de San Andrés a Guadarrama, y tengo entendido que está cuartanario, de cuya causa podría ser que no pudiese venir para aquel día, le escribo que en este caso avise a vuestra merced de ello con este correo propio; si él escribiere que no viene, tampoco vuestra merced venga hasta que se

le envíe a mandar otra cosa, que también escribo al padre prior que cuando se hallare en disposición para poderse poner en camino avise del día que nos podrá ser en Guadarrama, para que todos los que nos hemos de juntar nos hallemos allí el mismo día, etc.»

Acudieron todos para el día señalado y partieron de Guadarrama muy alegres; vinieron a la villa de El Escorial, desde allí caminaron juntos al sitio; comenzando a subir la cuesta, se levantó un aire furioso; como era en lo recio del invierno venía frigidísimo y soplabla con tanta furia, que arrebató las bardas de la pared de una viñuela que estaba a la mitad de la cuesta y dió con ellas en las caras de los que subían. De este viento despertado tan de repente en esta ocasión, y de otros muchos que en otras muy notables, como veremos en estos discursos, se han levantado, han conjeturado algunos, no con poco fundamento, cuánto le ha pesado al demonio de que se levantase una fábrica donde como de un alcázar fuerte se le había de hacer mucha guerra, sustentarse en ella lo que derriba en otras partes y, al tiempo que otros Príncipes destruyen las iglesias, asolan las religiones, rien de las imágenes, burlan de las reliquias de los santos y de todo cuanto tiene de bien y piedad la Iglesia, aquí se comience a eternizar, ennoblecer y tener sobre los ojos de un Rey que le hace en todo esto tanta contradicción. Parece quiso en este torbellino entristecer o desmayar los ánimos de los que venían a explorar la tierra, para que dando al Rey noticia de su destemplanza, entibiasen los propósitos y se dilatasen hasta que con nuevos sucesos se pusiesen en olvido. Los religiosos y siervos de Dios, entendiéndolos designios, o los sospecharon, como gente experimentada en estos combates, animaron a los que iban con ellos, y el santo fray Juan de Colmenar, que iba como por capitán o adalid de este escuadrón, dijo en alta voz a todos los que iban con él: «Esta tempestad despierta el demonio para que desmayemos o para engañarnos, mas no ha de sacar de ella ningún fruto; pasemos adelante y no hagamos caso de su malicia». Animados con esta voz



llena de fe y espíritu, subieron hasta el mismo sitio y amansó mucha parte del aire, de suerte que pudieron considerarle bien y mirar las circunstancias; agradóles mucho porque conocieron las grandes comodidades que tenía el contorno; tornaron al lugar de El Escorial, donde confirieron todo lo que había que advertir. Otro día llegó un correo de Su Majestad con una carta, en que les decía no se espantasen del aire y tempestad que había hecho, porque también en Madrid había sido el día muy áspero y de grandes aires. Maravilláronse todos del aviso y cuidado del Rey, estimando en mucho el fervor con que emprendía el negocio; hicieron gracias a Nuestro Señor, fueron juntos todos a Madrid a dar relación de lo que les había parecido; así quedó resuelto y asentado lo que tocaba al sitio. No se hizo otra cosa el año 1561.

### DISCURSO III

*Comiézase a fundar la casa de San Lorenzo el Real, vienen los primeros religiosos fundadores y otros ministros y oficiales; asiéntanse las dos primeras piedras de la casa y de la iglesia.*



UEGO, el año siguiente de 1562, se determinó el Rey a dar principio a la gran fábrica, y para que desde luego los religiosos de la Orden de San Jerónimo comenzasen a servir en ella, y las cosas se fuesen haciendo a su modo, y él pudiese gozar de su conversación y manera de vivir, recogida, devota y honesta, acordó que viniesen luego algunos al lugar de El Escorial, y desde Madrid escribió esta carta al vicario de Guisando:

«El Rey. Devoto padre vicario: Entendido he que el padre General de vuestra Orden os ha proveído del cargo de vicario del Monasterio de San Lorenzo, de que hemos holgado, por el contentamiento y satisfacción que tenemos de vuestra persona, y porque ya hemos provisto del oficio de contador y veedor de las obras del dicho Monasterio a Andrés de Almaguer, y tenemos acordado que vos y él vayáis al lugar de El Escorial y enten-

dáis en comprar y prevenir algunas cosas, para que se pueda dar principio a la fábrica de que se os dará memoria; os encargamos os desembaracéis y desocupéis de lo que en esa casa de Guisando tuviereis que hacer, con la misma brevedad que buenamente podáis, para que cuando yo os mandare avisar os partáis al dicho lugar de El Escorial, y tendréis prevenido un fraile que vaya y ande en vuestra compañía, que sea hombre de buena edad y hábil y diligente, que os pueda ayudar y descansar en algo, y habéis de avisarnos para cuando penséis estar desocupado de ahí, que en ello seremos servido. De Madrid, a 6 de Marzo de 1562. *Yo el Rey.*»

Respondió el vicario con humildad que estaba siempre aparejado para lo que Su Majestad fuese servido. Llegóse luego la Semana Santa, fué el Rey a tenerla al mismo Monasterio, acompañado del duque de Alba, el prior de San Juan, D. Antonio de Toledo, el marqués de Cortes, D. Francisco de Benavides, marqués de las Navas y el de Chinchón y otros caballeros; llevó consigo a Juan Bautista de Toledo, arquitecto mayor, que ya a este tiempo iba haciendo la idea y el diseño de esta fábrica; hombre de muchas partes, escultor y que entendía bien el dibujo; sabía lengua latina y griega, tenía mucha noticia de Filosofía y Matemáticas; hallábase, al fin, en él muchas de las partes que Vitrubio, príncipe de los arquitectos, quiere que tengan los que han de ejercitar la Arquitectura y llamarse maestros en ella. Estuvo el piadoso Príncipe recogido aquellos días santos, hasta el segundo día de Pascua de Resurrección, en mucha oración y meditación, rogando a Dios conservase sus Estados en su santa fe y obediencia de la Iglesia y no permitiese que en sus días se viese en ellos, principalmente en España, lo que pasaba por el reino de Francia, lastimado y dividido en bandos, sectas, guerras, sangre, y que las cosas del Concilio, que a la sazón se estaba celebrando en Trento, tuviesen aquel fin que toda la Iglesia católica deseaba; todo parece que se lo otorgó nuestro Señor, hablándole muchas veces solo en aquellas cuevas y ermitas, donde sabía que



tantos siervos de Dios habían habitado, y recibía con aquella memoria mucho consuelo, porque de su natural era inclinado a las cosas de piedad y religión. Con estas buenas prevenciones partió de allí y vino a este sitio de El Escorial; mandó que viniese con él el vicario fray Juan del Colmenar, acompañándole dos religiosos de la misma casa: llamábase el uno fray Juan de San Jerónimo, fraile humilde, devoto, aplicado a las cosas de dibujo y de trazas, y tuvo el libro de la razón, junto con el contador Almaguer; el otro se llamaba fray Miguel de la Cruz, para que fuese como procurador y atendiese a las cosas temporales y provisión de lo que fuese menester, entrambos sacerdotes y de mucho ejemplo. Tornó Su Majestad a mirar el sitio, estuvo un día en El Escorial y paseó las dehesas del contorno; volvióse a Madrid, y los tres religiosos quedaron aposentados en la casilla de un aldeano, estrecha y pobre, que, aunque se escogió por buena, el pueblo era tan miserable, que la mejor no valía nada, fuera de la casa del cura, que sirvió muchas veces de palacio al Rey Don Felipe. No había en toda esta aldea casa con ventana ni chimenea; la luz, el humo, las bestias y los hombres todos tenían una puerta, donde se verificaba bien lo del poeta (1) cuando pinta el tiempo que moraban en la tierra honestidad y vergüenza, que llama Reino de Saturno, y los hombres y las bestias tenían un común aposento en las cuevas y en las chozas y las mujeres componían las camas de hojas de árboles, ramos y pieles de sus ganados: tal era esta aldea, que con no estar lejos de Segovia, apenas sabían los escribanos y alguaciles, gente que anda a descubrir cuestiones para sus intereses ilícitos, el nombre de El Escorial, y cuando vinieron a conocerla la hallaron hecha villa, exenta de jurisdicción y aun hecha aposento real. Principio del mes de abril del mismo año, comenzaron a desmontar y quitar la jara de todo aquel contorno, donde había de señalarse y elegir la planta, que esta-

(1) Iuvent., Sat, 6.

ba grande y crecida, abrigo en invierno de los ganados de la pobre gente de aquella aldehuela, y donde en verano pasaban la siesta y tenían sus abrevaderos; había dos fuentes caudalosas, sin otras que jamás, por estéril que fuese el año, las vieron agotadas: la una, que está ahora junto al estanque y alberca de la fuente de la huerta, se llamaba la fuente de Blasco Sancho; la otra, más apartada hacia el Poniente, se llamaba Mata las Fuentes; pusieronle este nombre los pastores de la sierra porque los ganados bebían allí de mejor gana que en las otras, no por ser más delgada ni mejor agua, sino por tener alguna más sal; llámase ahora la fuente de la Reina. De allí a pocos días tornó Su Majestad, acompañado con los mismos que arriba dijimos, trayendo consigo a su arquitecto Juan Bautista de Toledo, que tenía ya hecha la planta de los principales miembros del edificio, aunque se fué siempre puliendo y mejorando, procurando se pusiesen lo más acomodado a los usos y menesteres, que es dificultoso acertar de la primera vez tantas cosas. Mandó Su Majestad que se acordase el sitio y se pusiesen las estacas por donde habían de abrirse los cimientos, y lo que hasta allí había sido majadas de pastores pobres, mudó el estado y el nombre y se llamó sitio del Monasterio de San Lorenzo el Real.

Quiso y parecióle así también al arquitecto que la casa no mirase tan puntualmente al Mediodía, que no tuviese un grado poco más de declinación al Oriente, porque el paño y perfil del Mediodía, donde había de ser la principal habitación de los religiosos y del aposento real, gozase más presto del sol en el invierno, que era lo que más entonces se temía de este sitio. Tiraron la línea de Levante a Poniente, que llaman los cosmógrafos de longitud, por espacio de quinientos ochenta pies, que tienen diez y seis dedos, partidos en cuatro palmos (palmo se llama, hablando propiamente, los cuatro dedos de la mano por las conjunturas más altas); es este pie lo que responde a una tercia de la vara castellana, y con esta medida se irá siempre hablando en lo que tocara a las de este edificio.



De los extremos de esta línea de quinientos ochenta pies, sacaron otros dos perpendiculares de Norte a Sur, de setecientos treinta y cinco pies; cerraron desde los dos extremos de estas dos líneas, con la cuarta de otros quinientos ochenta pies, y así quedó hecha una plaza cuadrangular, que por la parte de Oriente y de Poniente tenía ciento cincuenta y cinco pies más que de Oriente a Poniente, y por aquí se fueron abriendo los cimientos.

No estaba toda esta área llana, sino con altos y bajos, que aunque la vista no hacía mucho exceso, cuando echaron los niveles no fué pequeña la diferencia. Comenzáronse luego a hacer hornos de cal y balsas o, como ellos dicen, bascas adonde matarla. Vinieron peones y oficiales, canteros, albañiles, carpinteros; por juez, veedor y contador de toda la fábrica vino, como dije, Andrés de Almaguer, natural de Almorox, hombre de buen entendimiento y de verdad; por esto y por haber sido el primer ministro de esta fábrica, le hizo el Rey mercedes, dióle privilegio de hidalgo y que pusiese en sus armas unas parrillas.

Han abusado también de esto los Príncipes: antiguamente daban a los nuevos soldados un escudo blanco, y hasta que hacía con él y con la espada algún hecho señalado, no pintaban nada con él, y así se entiende lo del poeta (1), hablando de la muerte del mozo Helenor, armado de una limpia, luciente y sola espada y de un escudo blanco, que aun no había obrado empresa con que le adornase, y el otro satírico (2). Cuando deje la copa juvenil y embrace el escudo blanco; ahora más escudos y divisas se ganan con la pluma y el dinero que antiguamente con las armas y la sangre. Merece, es verdad, el valeroso mártir Lorenzo que cuantos hicieren algo en su servicio sean ennoblecidos con las insignias de sus victorias; aunque otros muchos pudieran con más justo título gozar de esto que Almaguer, la dicha fué ser primero. Vino por pagador Juan de Paz; el primer apare-

(1) Virg., Eneid. (2) Pert., Saty.

jador o maestro de cantería, Pedro de Tolosa, traído desde Guisando por fray Juan del Colmenar (aparejador se llama el que, después que el arquitecto, ha dispuesto toda la fábrica, apareja la materia, hace los cortes y divide las piezas para que traben bien, con igualdad y hermosura en toda la fábrica, y por él se trazan los modelos particulares por donde se gobiernan los destajeros, que en la lengua latina se llaman *Redemptores*). Tras éstos vinieron otros muchos oficiales menores, como sobrestantes y ministros de justicia. Por obrero general, debajo de cuyo gobierno se había de ejecutar todo, vino, o trájole Dios, fray Antonio de Villacastín, religioso co-rista, que es en esta Orden un estado medio entre sacerdote y hermano lego, profeso de la Sisla de Toledo, de quien hice memoria cuando traté del aposento que se hizo en el Monasterio de Yuste, cuando se retiró allí el Emperador Carlos V; fué también en aquella fábrica el obrero; tenía ya alguna noticia de su entereza y valor, aunque nunca se pudiera imaginar que a un hombre, al parecer de todos basto, sin letras y de pocas palabras, se encerraran tantas virtudes juntas. No quiero hacerle agravio en atropellar aquí lo que espero decir de sus cosas, que no haré poco si acierto a decirlas, aunque he sido testigo de ellas muchos años. Vino luego fray Marcos de Cardona, profeso de la Murta, de Barcelona, que también había estado en Yuste haciendo oficio de jardinero. Pretendió desde luego el Rey que el lugar de la Fresneda y la dehesa junto a ella, comprada de diversos herederos y personas de Segovia, se plantase de arboleda y jardines, para que cuando la casa estuviese en perfección, las personas reales y los religiosos tuviesen donde recrearse honestamente. Tenía este religioso habilidad para esto; desembarazó el suelo, comenzó a disponerlo por sus calles y plantó el primer jardín que allí hubo. El postrero de todos vino el padre prior, fray Juan de Huete: llegó a El Escorial a 1.º de marzo de 1563; no pudo venir antes por sus indisposiciones; hombre anciano, de experiencia y virtud, aunque cargado de achaques, adquiridos de la penitencia



continua. Trajo en su compañía otros dos religiosos de su casa, fray Diego de Oviedo, sacerdote, y fray Bartolomé de Madrigal, lego. Cuando llegó el prior, los cinco frailes que acá estaban habían mejorádose algo de aposento; dejaron aquella primera casilla o tugurio, compróles otra poco mejor el Rey, aunque por tener más ancho sitio pudieron hacer en ella unos aposentillos a modo de celdas; aliñáronlo, hicieron un huertecillo, pusieron en él verduras y naranjos, que había traído fray Marcos de la vera de Plasencia, aunque la tierra les hizo mal hospedaje. En la fábrica no se hizo en el resto de este año otra hacienda más de abrir cimientos, y no era poco, por ser tan hondos y tan grandes, aparejar cal, cortar piedras y proveer otros materiales.

A 23 de abril de este mismo año 63, en que se celebró la fiesta de San Jorge, le pareció a Juan Bautista de Toledo que era ya tiempo de comenzar la fábrica y asentar la primera piedra, fundamento de todo el cuadro y planta; juntó los aparejadores y oficiales, llamó a los religiosos para que se hallasen presentes (no pudo subir el prior al sitio, porque estaba fatigado); el vicario y los demás que hemos nombrado llegaron al medio de la zanja que estaba abierta en la línea y perfil que mira al Mediodía, que es ahora debajo del asiento del prior en el refectorio, en la mitad de aquel lienzo o fachada. Hincáronse todos los religiosos y todos los circunstantes de rodillas, dijeron muchos himnos y oraciones invocando el favor y gracia divina; levantáronse y tomaron una piedra cuadrada que tenían ya aparejada para el efecto, y asentáronla con mucha devoción, y aun lágrimas, suplicando a Nuestro Señor fuese servido prosperar aquella fábrica y levantarla para su gloria y servicio; tenía la piedra escrita en sus lados el nombre del fundador y del arquitecto, el día y el año en que se asentaba, con estas letras.

En la superficie alta:

DEVS O. M. OPERI ASPICIAT

En el otro lado:

FILIPVS II. HISPANIARVM REX  
A FVDAMENTIS EREXIT  
M.D.LXIII

En el otro lado:

IOAN. BAPTISTA ARCHITECTVS  
IX. KAL. MAII.

Hecha esta hacienda, se volvieron al pueblo todos con grande alegría, y sucedió que al tiempo de asentar la piedra, el vicario, y el arquitecto, y Andrés de Almaguer y otros, llamaron al obrero mayor, fray Antonio de Villacastín, para que les ayudase a ponerla, y dijo con aquella eretereza que hasta hoy día ha guardado: «Asienten ellos la primera piedra, que yo para la postrera me guardo», y así se lo concedió Nuestro Señor, pues ha ya treinta y nueve años que la asentó y le ha conservado Dios entre mil peligros con admirable fortaleza y vigor hasta este año de 1602.

Hicieron luego relación de esto al Rey Don Felipe, holgóse mucho; determinó que luego aquel verano se asentase la primera y fundamental piedra del templo, con la solemnidad y ceremonias santas que la Iglesia tiene determinadas. Partió de Madrid acompañado de los caballeros y criados de su casa que hemos dicho, trayendo también consigo a don fray Bernardo de Fresneda, su confesor, Obispo ya a esta sazón de la iglesia de Cuenca, religioso de San Francisco, y a fray Francisco de Villalba, su predicador, profeso de San Jerónimo, de Zamora; llegó a El Escorial y determinó que el día de San Bernardo, 20 de agosto del mismo año de 1563, se asentase la primera piedra. Subió al sitio este día, a las tres de la tarde, acompañado del prior, fray Juan de Huete, del vicario y todos los demás religiosos, oficiales y maestros de la fábrica. Estaban aderezados tres altares en la parte señalada, donde se había de edificar la iglesia: el uno con una Cruz grande en el mismo lugar donde ha-



bía de ser altar mayor; el otro al lado del Evangelio, con un Crucifijo que había sido del Emperador Carlos V, y el otro, de Nuestra Señora, junto al lugar donde se había de asentar la piedra fundamental, que es al lado de la Epístola, junto al altar de las reliquias de nuestro padre San Jerónimo, arrimada algún tanto a la reja por donde se sale de la sacristía a la iglesia. Hízose también un sitial donde estaba sentado el Rey en tanto que se hacía el oficio. Vestido el Obispo de Pontifical, comenzó aquellas santas y divinas ceremonias, que sería bien no las ignorásemos tanto los cristianos, a lo menos los que nos preciamos, como dicen, muy del asa y de la casa de Dios, pues están tan llenos de misterios. Por lo menos será bien advertir que no lo ha Dios por las piedras, y pues es esta materia tan propia nuestra, y no hay de ella escrita cosa alguna que yo haya visto en la lengua castellana, no será fuera de propósito, tratando de una fábrica santa, advertir siquiera de paso algún misterio de sus santificaciones, pues tiene todas las que puede tener. La piedra fundamental, que se llama en lengua latina *Primarius lapis*, que sólo la bendice el Obispo, ha de ser cuadrada y angular, y de ordinario pequeña, que puede traerla en la mano el dueño y señor de la fábrica, y así lo era ésta; estaba encima de un altar raso, cubierta con unas toallas y pintada encima una cruz colorada; bendice el Obispo el agua que ha de echar en ella, y después de haber cantado algunas antífonas y salmos que encierran en sí el misterio que la piedra significa, llega el Obispo y con un cuchillo hace en ella cuatro cruces, por todas las cuatro esquinas o ángulos, y dichas otras antífonas y salmos, la manda asentar a los arquitectos y oficiales; después camina por los cimientos que están abiertos, echando agua bendita, cantando el clero que se halla presente himnos y salmos, y por sus tercios dice ciertas oraciones, hasta que da la vuelta y torna al mismo lugar donde partió, y allí da la bendición al pueblo y le despide. Esta es la suma de la bendición y asiento de la piedra fundamental de los templos, figura expresa de Jesucristo, a quien llama San Pablo fundamento,

cuando dijo que como prudente arquitecto había puesto este fundamento, advirtiéndonos luego mirase cada uno lo que sobre él edificaba, y el mismo Señor se llamó piedra puesta en la cabeza o en el principio del ángulo y en otros cien lugares, y así nos llaman los dos Príncipes de la Iglesia San Pedro y San Pablo casas y templos espirituales y piedras vivas, y otros nombres de esta manera, que declaran el misterio divino y queda entendido lo que dice el Profeta Zacarías (1), que sobre esta piedra estarían puestos siete ojos, significando el cuidado y vigilancia continua que tiene Dios de estos templos espirituales, que se edifican sobre la piedra fundamental, que es Cristo, y así habíamos de despertar siempre que entramos en estos templos y miramos sus fundamentos, la consideración de lo que en nosotros pasa, porque si no nos dormimos promete el Señor luego allí por su Profeta de pulir, hermohear y llenar de riquezas y joyas de virtudes y dones este edificio; que aunque se entienda de toda la Iglesia en común, también se entiende, y con igual propiedad, de cualquier cristiano en particular. Y es bien advertir que este mismo año y casi en el mismo mes que se puso la primera piedra de este templo, que dijimos ser propio símbolo de Jesucristo (como lo dijo el Profeta), se remató y se puso la postrera del sacro Concilio de Trento, que parece a la que vió el mismo Profeta (2) en las manos de Zorobabel, después de edificado el templo, que allí llama de estaño, y mirada la propiedad del original Hebreo, quiere decir de apartamiento o reprobación, que cuadra con lo del salmo: «La piedra que reprobaron los que edificaron, se puso por cabeza y remate del ángulo o de la cúpula». Cuarenta y seis años se tardó en edificar el templo de Jerusalén la segunda vez por Zorobabel, y se tardó otro tanto en el Concilio Tridentino, si lo miramos desde su origen, que fué de la herejía de Martín Lutero, año 1517, en tiempo de León X, y se acabó en el de 63, en tiempo de Pío IV. Reprobáronle los protestantes de Alemania, reprobóle

(1) Zach., c. IV. (2) Zach., c. V.



Enrique VIII en Inglaterra e Isabel, su hija; resistióle también en muchas cosas Enrique, Rey de Francia; abrazóle con suma reverencia Felipe II, Rey de España, y para confirmación y guarda de sus santos estatutos y dogmas, puso la primera piedra de un Alcázar y templo de San Lorenzo, donde se habían de eternizar y obedecer para siempre. La ocasión de los cimientos y primera piedra nos ha hecho decir todo esto. Quiso también el prudentísimo Príncipe que se hiciese luego un hospital donde se curasen los peones y otra gente pobre que trabajaba en esta fábrica, y primero los proveyó a ellos de este socorro y abrigo que a sí mismo de aposento. Alquilóse una casilla, la que pareció más a propósito para esto, donde se pusieron diez u once camas, y como fué creciendo el número de la gente, se fué aumentando, hasta que después creció tanto que vino tiempo que llegó a tener más de sesenta, donde eran tan bien servidos que muchos con sólo el regalo y limpieza, sin más medicinas, sanaban. Consideraba el santo Rey que esta no era gente forzada ni pagana, no gebuseos ajenos de la casa de Israel, como lo fueron muchos millares de hombres que trabajaron en el antiguo templo de Salomón, sino cristianos, que aquí con el sudor de su rostro ganaban el sustento de sus vidas; mirábalos como a propios hermanos, no permitiendo que los importunos sobrestantes los sacasen de su paso, sino que fuese lo que ganaban más limosna que jornal, como en la verdad lo ha sido siempre, y aun es la causa de que la obra como tan adepata a Dios haya tenido tal fin. Por esto no estimo en mucho las fábricas que hicieron los romanos y otra gente pagana y bárbara, porque las levantaron como tiranos, a costa de la miserable gente cautiva, sujeta, forzada, sin darles otra paga ni satisfacción que palos y muerte; y como la sangre de los inocentes llama siempre con incesantes voces a Dios y pide venganza, no es maravilla que tan miserablemente hayan perecido y que apenas se descubran las cenizas de aquella vanidad soberbia y tirana.

## DISCURSO IV

*Prosiéguese la fábrica de San Lorenzo el Real, en lo espiritual y temporal; los primeros claustros que en ella se levantaron y los religiosos que fueron viniendo a su fundación y otros particulares dignos de advertirse.*

**Q**UANDO los antiguos, que sabían tanto y procedían en sus cosas con tanta consideración, fundaban sus colonias, hacían una junta para echar el surco por donde habían de ir los muros de la nueva ciudad que querían edificar. Esta junta era de una vaca y un buey; a la parte dentro del muro que se señalaba iba la vaca, y el buey a la de fuera, como se ve ahora en muchas medallas y monedas antiguas, significando que de las paredes adentro toca a la hembra la guarda de la casa y de la hacienda y crianza y buenas costumbres de los hijos y criados, y de los muros afuera pertenece al varón la granjería, el trabajo y la labranza, la fuerza y la defensa y otras cosas de varones. Así le ha acontecido a esta nueva fundación y colonia santa del Monasterio de San Lorenzo, que con la feliz junta del católico Rey Don Felipe y de la religión de San Jerónimo: en lo de dentro, en costumbres santas, buen ejemplo, vida espiritual, letras, multitud y buena crianza de hijos, ella se ha dado buena maña; y en lo de fuera, en grandeza, majestad, fortaleza, hermosura y perfección, hace raya entre lo mejor que conocemos, por el fuerte amparo y brazo de su fundador, como lo iremos descubriendo desde este discurso adelante. Y porque se vea de cuán humildes principios se fué levantando todo esto, y de camino se conozca la insigne piedad y devoción del Rey Don Felipe, diré brevemente el estado que en este año de 63 tenían las cosas. Era la casilla en que los religiosos vivían harto pobre, y en ella hicieron unas estrechas celdas; escogieron un aposentillo para capilla, el retablo fué un Crucifijo de carbón pintado en la misma pared de mano de un fraile que sabía poco de aquello; tenía por cielo, porque no se pareciesen las estrellas por entre las tejas, una



mantilla blanca de nuestras camas; la casulla y el frontal eran de una cotonía vieja, y aquí celebraban sus sacrificios los religiosos, y con poco mejor estado estaba el palacio del Rey. Acudía algunas veces desde el Pardo, que como estaba cerca, cuando no cataban, le veían allí con cuatro o cinco caballeros no más; aposentábase en casa del cura y sentábase en una banquetta de tres pies hecha naturalmente de un tronco de árbol, que la vi yo muchas veces cuando iba a oír misa a esta capilla que dije; porque estuviesen con alguna decencia, rodeaban la silla con un pañuelo francés, que era de Almaguer, el contador, que de puro viejo y deshilado daba harto lugar para que le viesen por sus agujeros. Desde allí oía misa y podía bien, porque estaba todo tan estrecho, que fray Antonio de Villacastín, que servía de acólito, hincado de rodillas, llegaba con sus pies a los del Rey. Jurábame llorando este siervo de Dios, que muchas veces, alzando los ojos a hurtadillas, vió por los del Rey correr las lágrimas, tanta era su devoción y ternura mezclada con alegría, viéndose en aquella pobreza y considerando tras esto aquella idea tan alta que tenía en su mente de la grandeza en que pensaba levantar aquella pequeñez del culto divino. Y pues ya llegué a tocar en esto, diré otras cosas en que se conozca la afición, devoción y modestia grande de este Príncipe. Edificóse allí luego en la misma casa, por tener algún espacio, como convento, donde se acomodaron los religiosos en celdillas harto estrechas; hízose una capilla razonable, que servía de iglesia, y por estar en su compañía mandó el Rey le hiciesen también allí un aposento; acomodáronlo de suerte que desde él podía oír los oficios divinos, misas y sermones; otras veces se salía al coro o tribunnilla con los religiosos, y como todo era tan estrecho, forzosamente estaban hombro con hombro, y de verse así más de una vez a él y a ellos se les venían las lágrimas a los ojos, aunque los unos y los otros procuraban encubrirlas o sorberlas. Aquí por algunos años probó el devoto monarca la pobreza de Belén y del pesebre de Jesucristo, para después gozar con me-

recidos gustos la representación de su grandeza y gloria en este espacioso templo y convento. Aconteció (una víspera de San Pedro) que los frailes pusieron una campanilla para llamarse y hacerse señales al coro; la primera vez que la tañeron fué para los Maitines de esta fiesta, a primera noche; oyóla el Rey, que aun estaba aposentado en aquellos pobres palacios del cura y sentado en aquel natural trípode, mejor que la de Apolo para adivinar grandes cosas; preguntó a Miguel de Antona, un hombre de placer que traía consigo, dónde era la campanilla que sonaba, respondióle que en el convento tañían a Maitines; sin más aguardar, se levantó y fué allá, siguiéndole sólo este hombre; entró en la capilla, hizo oración, halló un labrador sentado en un banquillo, y en la parte que de él sobraba se sentó el modestísimo Príncipe; así estuvieron juntos un rato, hasta que se juntaron los religiosos y Miguel hizo señal para que bajasen a abrirle; bajaron y subió a la tribunnilla a oír Maitines, estando hombro con hombro con los religiosos; para levantar fábrica tan alta y ver tan feliz remate, menester eran actos de humildad tan profunda. Otra vez, estando ya en el aposento que mandó labrar para sí en esta casa y viviendo juntos él y los religiosos en ella, supo que habían traído un libro de los de canto llano para los oficios divinos; habíale puesto en el facistol aquella noche para decir los Maitines; tuvo tanta gana de verlo por ser el primero, que después de recogidos los religiosos entró a gatas por una ventana que salía de su aposento al coro, alumbrándole Santoyo con una candela; andaba el prior mirando, como es costumbre, si estaban los frailes recogidos, y como vió luz en el coro, entró a ver quién era y halló al Rey dentro, y cogióle con el hurto, de que sin duda se puso colorado, porque era de entender que había entrado por la ventana; menudencia fué para tan grande Príncipe, mas evidente señal de su codicia, curiosidad y deseo santo y pío. Mostrólo también en otras muchas ocasiones, que se irán tocando de camino, ni me extrañaré de referir estas pequeñeces, que en Príncipes tan grandes son de mucha



consideración. De Agesilao refiere Plutarco que jugaba con los muchachos para instruirlos en los ejercicios militares que quieren imitar en aquella edad tierna; y lo más importante a nuestro propósito, de David nos refiere la Santa Escritura que no se desdennó de ponerse el ephod, que era como un alba de las que decimos misa y de ir danzando delante del Arca del Señor. La Orden iba enviando religiosos de los que parecían más a propósito para el aumento de esta fundación. Estaba en el colegio de Salamanca fray Juan del Espinar, con título de rector, profeso de Nuestra Señora de Guadalupe, natural del Espinar, hombre que, a juicio de todos, tenía habilidad e inteligencia en cosas de hacienda, pareció era a propósito para esto; dieron parte de ello al Rey, y vista la buena relación de su persona, holgó que le trajesen para que administrase la hacienda; vino y entregósele toda, comenzó a comunicar con el Rey, y cobróle tanta afición, que no había puerta cerrada para él, porque conoció un alma verdaderamente de fraile muy observante y religioso, en quien ni el favor ni la privanza (que descompone a los muy fuertes), jamás hicieron levantar un punto el pie ni los pensamientos más de lo que la modestia religiosa le había enseñado, y probóse esto con un largo discurso de vida, buen ejemplo y limpieza hasta la muerte, desengañándonos a todos que sabía harto más de ser humilde, pobre y buen fraile, que no de tratar hacienda y cosas temporales. Vino luego y junto con el padre fray Francisco de Segovia, profeso de San Jerónimo de Granada, el primer predicador que aquí envió la Orden, varón de mucho espíritu y que con su doctrina y ejemplo hizo mucho fruto en todos estos lugares comarcanos; porque aun vive no quiero decir más; vinieron también otros religiosos de Zamora y otras casas, con que aun en aquella casa pequeña, y de prestado, se iba fundando, levantando, y con mucha religión y buen ejemplo, el edificio espiritual; lo material de las paredes y fábrica se comenzó por la torre que llaman del prior, que es la esquina que mira entre Levante y Mediodía, y porque algunos gustarán

de entender cómo fué procediendo, quiero advertir que aunque los perfiles y la planta general, en lo que toca al cuadro de toda la casa, fué siempre el mismo, en lo demás ha habido grande mudanza, y así fuera bien mostrar la diferencia en este principio. Pretendió el Rey hacer una casa para cincuenta religiosos, no más, y junto con ella otra casa para sí, donde se aposentasen suficientemente no sólo él y la Reina y otras personas reales, sino sus caballeros y damas; en medio de estas dos casas había de ponerse el templo, donde concurriesen unos a celebrar el oficio divino y otros a oírlo; para esto dividió el arquitecto Juan Bautista el cuadro o cuadrángulo en tres partes principales: la de en medio quedó para el templo y entrada general. El lado que mira a Mediodía dividió en cinco claustros, uno grande y cuatro pequeños, que juntos fuesen tanto como el grande. La otra parte tercera dividió en dos principales, en la una hizo el aposento para damas y caballeros y la otra quedó para que sirviese de oficinas a la casa Real y al convento, cocinas, caballerizas, graneros, hornos y otros menesteres, y en la parte que mira al Oriente, sacó fuera de la línea y fundamentos que vinieron corriendo de Norte a Sur la casa o aposento real, para que abrazasen por los dos lados la capilla mayor de la iglesia y pudiesen hacerse oratorios y ventanas que estuviesen cerca del altar mayor. Esta es así en común la primera planta del edificio que trazó Juan Bautista, que hace poca diferencia de la de ahora; la montera se trocó mucho, porque los cuatro cuadros o claustros no tenían más de un suelo levantado y de un alto y con solo dos órdenes de ventanas por fuera, y el claustro grande tenía tres órdenes, aunque las unas eran fingidas, y en el remate del claustro grande, porque las agujas de los tejados no eran iguales hacia dos torres, de suerte que fuera de las cuatro torres de las esquinas que se ven ahora, tenía otras dos: una en medio del lienzo de Mediodía, que dividía el claustro grande de los cuatro pequeños, y otra en el lienzo del Norte, que dividía la casa de los caballeros de las oficinas comunes; sin éstas,



tenía otras dos torres a la entrada principal de toda la casa en el lienzo de Poniente, y otras dos a los lados de la capilla mayor de la iglesia, que caían sobre el aposento real, donde se habían de poner las campanas, como se ve en la traza y modelo de madera que hoy se guarda en este convento; sin estas principales diferencias, había otras más menudas en la forma de los claustros y cimborios; no hace mucho al caso la noticia de ellas. Parecióle luego al Rey que no igualaba esta traza a sus deseos, que era cosa ordinaria un convento de San Jerónimo de cincuenta religiosos, y que conforme a sus intentos y la majestad del oficio divino que pretendía resplandeciese aquí y para las memorias que se habían de hacer por sus padres, era pequeño número, acordó que fuesen los religiosos ciento y el convento fuese el más ilustre que hubiese en España, no sólo de religiosos de San Jerónimo, sino de las Ordenes Monacales; pidió parecer a algunos maestros de Arquitectura sobre cómo se podría hacer esto: unos decían que se mudase la planta, otros que se hiciesen nuevos claustros y otros daban otras trazas. Fray Antonio de Villacastín, el obrero principal, dió en lo que ahora se ve, que, sin mudar la planta, el edificio se levantase en alto otro tanto más, pues los cimientos que estaban sacados lo sufrían, y doblándolo todo habría para cien religiosos donde no cabían sino cincuenta, correría la cornisa de toda la casa alrededor de un nivel, vendrían todas las aguas y tejados iguales, las fachadas por fuera serían más hermosas y todo el edificio cobraría doblada majestad y grandeza. Satisfizo a todos su parecer, que sin duda fué digno de la claridad y grandeza de su ingenio, y así se fué prosiguiendo, y por otros pareceres semejantes que ha dado este siervo de Dios se ve una de las más acabadas y bien acertadas fábricas que se sabe haya habido en Europa. Estaba ya a este punto hecha la casa del refectorio y la cocina, y aunque toda la casa se mejoró con este aumento, aquella pieza quedó pequeña sin remedio; los primeros dos claustros que se edificaron fueron el de la iglesia pequeña y el de la enfermería, que así se

dispuso una forma de Monasterio, con las celdas, partes, oficinas que bastaban para un moderado convento, teniendo intento Su Majestad que en acabándose esto se pasasen los religiosos que vivían en el pueblo al nuevo Monasterio; trazóse una iglesia pequeña, aunque muy devota, levantaron el coro en una parte de esta iglesia, conforme a nuestra manera de vida, y debajo de él estaba el aposento del Rey, que era una celda y un pequeño retrete, con una tribunilla harto pequeña, desde donde oía la misa mayor y los oficios divinos. Entre tanto que todo esto se iba haciendo, vivían los religiosos donde hemos dicho; compró luego las dos dehesas de que hice arriba memoria, Fresneda y Herrería, de que trataremos en su discurso particular.

El año 1565, a 25 de Junio, murió el padre fray Juan de Huete, primer prelado de esta nueva fundación; era ya viejo y, como dije, enfermo, a quien hacía mucho mal la mudanza de los lugares y de los aires; fué siempre religioso de gran ejemplo, en quien se conservaba el olor de la mucha religión de aquella casa de Montamarta, que ya estaba trasladada a Zamora; acabó santamente el discurso de su vida, dando mucho ejemplo de paciencia en medio de los continuos dolores de sus achaques. Fué prior dos años y tres meses, y lo más del tiempo estuvo en la cama padeciendo las penas de la gota; depositáronle en aquella capilla, que aun a esta sazón no estaba bendita, para trasladarle a su tiempo arriba. Sabido por el Rey su tránsito, escribió al General de la Orden, dándole a entender era su gusto sucediese en el oficio de prior el padre fray Juan del Colmenar, vicario del mismo convento, estando satisfecho de su prudencia y religión. Envió luego el General la confirmación, y aunque el electo se excusó, porque era humilde, no le aprovechó nada, y fuéle forzado rendirse a la voluntad y poder de dos tan fuertes brazos; confirmóle el padre fray Pedro de Avila, confesor de la Princesa Doña Juana y profeso del Parral, a 30 del mismo mes. Vino luego por vicario el padre fray Juan de Badaran, profeso de Nuestra Señora de la Estiella, varón religioso,



venerable y de mucho marco; había sido prior en su casa años, tuvo de él Su Majestad mucha satisfacción, y si no muriera tan presto sin duda le hiciera prior de esta su casa; acabó santamente la vida en el Monasterio de Frex del Val, habiendo ido por ciertos negocios de su tierra, el año de 1568. Sucedió en el oficio el padre fray Miguel de Santo Domingo, profeso de la Vitoria, de Salamanca, y también había sido prior en San Miguel del Monte, religioso de mucha observancia. Vinieron también a esta sazón otros religiosos de cuenta, que por ser de los primeros fundadores no es razón pasarlos en silencio. De la Mejorada vino fray Alonso de Madrid, hombre inteligente y para mucho, y en el siglo había sido criado de Su Majestad; junto con él, y profeso de la misma casa, fray Andrés de León, el primero que con gran ingenio y casi sin maestro enseñó en España la perfecta pintura que llamamos iluminación, que de ordinario se hace en membranas, de quien todos después acá han aprendido, no sé si alguno le ha igualado; tuvo por discípulo y crióle desde sus primeros años, a fray Julián de Fuente el Saz, profeso de este convento, que si con el primor del labrar y el colorido igualara el dibujo, tuviéramos en España un nuevo don Julio de Clovio. Tras éstos llegó luego el padre fray Juan de San Jerónimo, profeso de la Vitoria, de Salamanca, y el primer prior que eligieron los hijos de aquella casa, conocidos en la Universidad por su púlpito y letras; ejercitóse en predicar con mucha fuerza y espíritu, hasta la vejez, y también fué el primer hijo profeso que tuvo esta casa por prior. Súfraseme escribir estas menudencias, por ser fundación de piedras espirituales, que bien se habían de callarse si escribiera otra historia.

## DISCURSO V

*Anéjase la Abadía de Parraces y otros beneficios; pide el Rey al Capítulo general algunas cosas, recibense las primeras reliquias, profesan algunos religiosos de la Orden, bendícese la capilla de El Escorial y otros sucesos.*

**L**AS fábricas grandes tienen partes y miembros grandes, y no se pueden dejar en olvido sin hacerles agravio. En ésta hay mucho de esto, porque dejada aparte su grandeza, es un agregado o junta de tantas cosas y una mezcla tan nueva, que no sé ejemplo ninguno de los antiguos y modernos con quien compararlo, ni de dónde tomar estilo; así también, voy procediendo de una manera desusada, guardando por una parte las leyes de historia, que pide se cuenten las cosas como fueron sucediendo, y por otra tengo necesidad de adelantarme y de posponerme y, a hacer del pintor y del arquitecto, salir a cosas de palacio y retirarme a la iglesia, pasarme a las casas reales y recogerme en el coro, tocar las cosas de las armas y acudir luego a las letras. ¿Cómo saldré de tantos laberintos? No sé; procuraré, a lo menos, que no quede cosa intrincada ni obscura, así para mis religiosos, a quien particularmente enderecé esta historia desde sus principios, y por quien me derivo a muchas menudencias, como para los de fuera, que quisieren algún rato saber lo que fué esto. Dije que desde sus principios tuvo intento nuestro gran fundador en que en esta su casa hubiese ejercicio de letras, no sólo humanas y filosóficas, sino también teológicas, así de las que se llaman de escuelas como de las positivas y Escritura sacra. Para la ejecución de esto le deparó Dios una singular comodidad; estaba en el Obispado de Segovia, a cinco leguas de aquella ciudad, una Abadía antigua, que llaman de Nuestra Señora de Parraces, donde el abad y canónigos profesaban la regla de San Agustín (no trato aquí de propósito su fundación, porque se hará particular discurso de ella, lo que basta para el proceso tocaré sencii-



llamente); los canónigos habían tratado con el Rey que los pasase a la villa de Madrid, y llegó esto tan adelante, que se trajo Bula del Papa Pío IV para la ejecución; después, por otras justas y nuevas razones, se mudó de parecer; alcanzó Su Majestad otra Bula del Papa Pío V, por la cual anexión al Monasterio de San Lorenzo esta Abadía; dicen fué mucha parte para esto el doctor Velasco, que entonces, por ser hombre de gran talento, docto y experimentado, valía mucho con el Rey, y así le debe esto el convento y la Orden, y es razón se lo agradezcamos. Vino cometida la anexión al Nuncio y al Obispo de Cuenca; hechos los autos requisitos, la concluyeron, y tomó la posesión por este convento el padre fray Juan del Espinar el año 1567, a tantos de enero. El Rey hizo recompensa a los canónigos y racioneros, a unos con pensiones y a otros con dignidades, aunque ya a este tiempo no había más de dos canónigos profesos, tan acabada estaba esta casa de aquello que fué en sus principios. Celebróse este mismo año Capítulo general en nuestra Orden; entre otras cosas que veremos luego, pidió en él Su Majestad enviase allí veinticuatro colegiales, doce para oír Teología y otros tantos para comenzar a oír el curso de Artes. Tenía ya previstos tres catedráticos, dos para leer Teología, Prima y de Vísperas, y otro para dar principio a las Artes; quiso que también tuviese un Seminario o colegio de Gramática donde se platicase lo que había ordenado el santo Concilio de Trento (1), en la sesión veintitrés, y animar a los Obispos a la ejecución de ella con su ejemplo; éstos fueron otros veinticuatro muchachos de doce años para arriba, dióles dos maestros, y uno que llaman preceptor, y otro repetidor para la Gramática y Retórica, y para las buenas costumbres ordenó que los gobernase un religioso, cual el rector de este colegio quisiese, para que juntamente lo aprendiesen todo, letras, costumbres, canto y todo lo que toca al culto divino; podrá ser adelante hagamos de esto más particular mención.

(1) Sefi. 25. Can. reformat., c. XIX.

El primer rector de este colegio fué el padre fray Francisco de la Serena, profeso de Santa Catalina de Talavera, y a la sazón Prior del Almedilla. Comenzáronse a entablar los estudios un día después de San Lucas del mismo año 67, y hanse proseguido hasta hoy con todo el cuidado posible, porque es uso de esta religión ser muy constante en las cosas que una vez abraza. El fruto que se va siguiendo de este colegio luciera más en los ojos de afuera si la modestia de nuestro instituto no lo estorbara; con todo eso, no puede encubrirse tanto que muchos no lo echen ya de ver. Pidió, como dije, el Rey en el Capítulo general algunas cosas para su nuevo convento, que iba creciendo con felicidad, envió con ellas al doctor Velasco, del Consejo y cámara de Su Majestad. Entró en el Capítulo estando toda la Orden junta, y presentó la carta de dotación del convento, hecha a la Orden, y en particular al prior y frailes de él, para efecto que si leído a la Orden le pareciese bien la aceptasen e incorporasen en sí como una de las otras casas, y si no, respondiesen lo que bien les estoviese; hecho esto, se salió del Capítulo, para que todos dijese con libertad su sentir. El General y definidores habían ya muy en particular visto la carta y, por ser larga y no poderse leer sin fatigar mucho a la Orden, hicieron una sumaria relación de los puntos más principales; enterados en ellos, dieron su consentimiento plenísimo, humillando sus cabezas, alabando a Dios por ver un ánimo real tan lleno de piedad y celo divino, y por la singular devoción que a la Orden mostraba, significando esto con el semblante todos, con las palabras algunos de aquellos más ancianos priores. Dieron luego poder cumplido para que se hiciesen las escrituras necesarias al acto de la aceptación, y firmáronla de sus nombres; tras esta carta, propuso otros particulares en favor del mismo convento; no los diré todos; referiré algunos sumariamente: que Su Majestad pedía a la Orden, cuando la casa llegase a tener número de cuarenta frailes, la eximiese de título de casa nueva y le diesen la elección de prior y de los demás oficios, como las antiguas de la Orden la tienen, aun las que no llegan a tanto



número de frailes (estaba este capítulo también en la carta de dotación); respondieron todos, sin faltar ninguno, que así lo concedían, como Su Majestad lo deseaba. Desde este punto y en llegando al número de frailes señalado, tuvo esta casa derecho a la elección, y no se le pudo quitar sin particulares deméritos o culpas, y de no haberse ejecutado y puesto en práctica, se han seguido en ella no pequeños daños en espiritual y temporal, que los lloran con hartas lágrimas sus hijos, ni las podrán enjugar tan presto, como no los elegían los frailes, el puesto honrado, las esperanzas grandes; los que vinieron de fuera (alguno digo) llamados por tan grande Monarca, admitidos a su familiaridad, pudieron deslumbrarse algún tanto, que aun los muy perfectos corren peligro en este caso. Pidió tras esto, que el prior no pudiese ser compelido a tomar algún oficio de la Orden, aunque fuese de Visitador general, ni aun General y cabeza de toda ella, y también se le otorgaron; que los que en este convento profesasen, como tuviesen ya cuatro años de hábito, se les concediese el voto que tuvieron en sus casas, que el rector del colegio de Parraces no tuviese voz en el Capítulo general y que, pues tenía conocida la gran afición que con esta religión tenía y lo mucho que pensaba hacer en ella, le dijiesen una misa cantada de Nuestra Señora el sábado segundo de los que caen en tanto que se celebra el Capítulo general por todos los días de su vida, y después de muerto, una de Requiem el lunes siguiente en el lugar de la del sábado, y le pusiesen en los conventos todos en la tabla de los bienhechores, pues lo era tan particular de toda ella. Todo lo concedieron con mucha voluntad y aplauso, estimando y reverenciando la piedad y devoción que para las cosas divinas y para nuestra religión mostraba tan gran Monarca. Escribieron todo esto en el libro de los actos capitulares para perpetua memoria.

Al fin de este mismo año 67, día de los Inocentes, se ganaba un Jubileo plenísimo, y el devoto Rey le pareció era buena sazón para descubrir su pecho y su deseo, que era ver ya algún fruto, digo algunos hijos profesos de su

nueva planta; estaba muy satisfecho de los que en el Monasterio de prestado vivían (digámoslo así) en su compañía, porque aunque todos habían mamado en la leche de sus madres santas y buenas costumbres, la preferencia y la modestia de un tan modesto y santo Rey (así me atrevo a llamarle) era bastante a criar de nuevo religión aun en almas muy distraídas.) Ejemplo y prueba de esto sean cuantos vivieron a su lado; descubrió su pecho a su secretario Pedro de Hoyo, él lo manifestó a los religiosos, certificándoles que hacían en esto a su Rey un muy grato servicio que lo deseaba entrañablemente, por tener de todos gran satisfacción, y que pues en esto no se prendaban para con Dios en cosa de nuevo, pues estaban ya sacrificados a él, no era mucho que por un Rey que manifestaba tan clara su afición para con ellos y para con su Orden pasasen de un lugar a otro, y de una casa a otra el altar del Holocausto y obediencia, a que estaban ya dedicados. Estas y otras razones dijo en particular a cada uno el prudente ministro, que lo era mucho, Pedro de Hoyo. Halláronse todos como vencidos y atajados, viéronse presos de dos tan fuertes lazos como son el amor y la gratitud que debían a tan grande Príncipe, no pudieron hacer otra cosa sino dar un libre y amoroso consentimiento a su voluntad; viósele claramente en el rostro el gusto que de la respuesta había recibido. Mandó al prior fray Juan de Colmenar que se hiciesen luego todas las diligencias que en la Orden para esto se usan. Propuso a aquel pequeño convento que recibiese asimismo, esto era así en la substancia y en el hecho, mas por que se guardase la forma del derecho, proponía el prior a cada uno de por sí, echando fuera del Capítulo al primero (que fué fray Juan del Espinar, procurador) y recibido tornaba a entrar; salía el segundo y proponíale, y así de los demás. Hicieron profesión y tornáronse a sacrificar de nuevo, el día, como dije, de los Santos Inocentes, por la ocasión del Jubileo, los primeros moradores, y por serlo es bien poner aquí sus nombres: el primero fué fray Juan del Espinar, profesor de Nuestra Señora de Guadalupe; en nombre de Dios,



porque se entre con buen pie; el segundo, el padre fray Juan de San Jerónimo, profeso de Nuestra Señora de la Vitoria, de Salamanca; el tercero, el padre fray Juan de San Jerónimo, de Guisando, arquero, y que tenía el libro de la razón, y a quien se le debe lo que aquí voy dando de estos principios, por haber sido cuidadoso en hacer memoria de todos estos particulares; el cuarto fué fray Francisco de Cuéllar, profeso de Nuestra Señora de Arnedilla, tenía el cargo de las canteras y de toda la piedra que se recibía, y el quinto, fray Antonio de Villacastín, profeso de la Sisla de Toledo, obrero principal, que ya a este tiempo era conocido y estimado su talento por el Rey en lo que merecía y admitido a muy particular trato, que se puede permitir o imaginar el de un religioso humilde con un tan severo y grave Monarca; el sexto fué un hermoso lego, que se llamaba fray Alonso de El Escorial (que el nombre le bastaba, aunque no era de éste), profeso de San Leonardo de Alba, y el séptimo, que por estar ausente no pudo profesar este mismo día, fué fray Alonso de Madrid, sacerdote, hijo de la Mejorada, hizo profesión a 11 del mes de enero del año siguiente, y así este convento de San Lorenzo comenzó con siete hijos, los cinco sacerdotes, un corista y un hermano lego. No pongo en este número a fray Lorenzo de Monserrat, natural de Borgoña, de la ciudad de Besançon, que hizo profesión mucho antes, por el mes de marzo del mismo año de 67, y aunque le recibió la mayor parte del convento, el año de noviciado, que es tan importante para esto, le pasó como él quiso, y aunque es verdad que traía el hábito, me parece más su posesión de donado que de fraile, y al fin no sé cómo se fué, porque ni era corista, ni lego, ni nada. Mostráronle Rey y Reina mucho amor; tenía mil habilidades en hacer perfumes, pastillas, adobos de guantes, almohadillas de flores y cosas de esta suerte; tuvo el tiempo que vivió a su cargo las cosas de la sacristía. El año de 1568, a 6 de enero, bendijo el Obispo de Cuenca, Fresneda, la capilla o iglesia pequeña de El Escorial, con la solemnidad acostumbrada; estaba presente el Rey y los caballeros que ve-

nían con él; hizo el mismo Obispo un sermón harto discreto sobre la inmunidad de la Iglesia, encargándole la tuviese siempre en mucho y la hiciese respetar en todos sus reinos. Hizo también este convento algunas hermandades, con otras cosas de la Orden en el mismo año, cosa santa y acostumbrada en las religiones, estrechando o, como si dijésemos, apretando con más fuertes nudos, no sólo la unión de cristianos, sino aun la de religiosos y hermanos, para hacer unos por otros particulares oraciones y sacrificios en vida y en muerte.

Sea lo postrero de este discurso el principio que se dió a un divino y celestial tesoro que en este convento se encierra, reliquias de muchos Santos, en la mayor copia que se juntan en comunidad de la Iglesia; dejó aparte las como naturales de Roma, de Zaragoza y de otras semejantes a éstas, si las hay: hablo de las traídas y juntadas por celo santo y por alguna pía y santa codicia. Esta, sin duda, fué en el Rey Don Felipe grande, de que haré adelante particular discurso, si se puede cifrar en uno: aquí sólo haré memoria del primer recibo. Luego como se puso aquella iglesia de prestado en alguna forma y se bendijo, envió, para consuelo y alegría de los nuevos hijos de San Lorenzo, el brazo de tan santo patrón, porque quien pensaba tirar tanto en su servicio la barra, necesidad tenía de tan fuerte brazo. Está guardado en un brazo de plata, labor antigua que sin otro testimonio arguye verdad y probanza legítima. Andaba echando el pío Rey sus redes para tan buena pesca; ofreciéronle de la ciudad de Huesca buena parte de las reliquias del padre y madre del mártir español Orencio, y Paciencia, y de San Justo y Pastor, mártires de Alcalá: para el efecto escribió a fray Juan Regla, prior de Santa Engracia, de Zaragoza, de quien hicimos mucha memoria arriba, libro 2 y 3. El tenor de ella era éste, porque haga más fe:

«El Rey. Devoto religioso y amado nuestro; porque habiéndose de traer acá de la ciudad de Huesca ciertas reliquias de los Santos Justo y Pastor y de los padres de



San Lorenzo, es nuestra voluntad se haga con el menor ruido que fuere posible, y para ello hemos ordenado que hasta esa ciudad las traiga un canónigo de la Seo de aquella ciudad y otro de Montaragón, y que os las entreguen si ahí estuviereis, y si no a vuestro vicario; os advertimos de ello, para que como ahí llegaren los dichos canónigos, los recibáis juntamente con los testimonios que de allá trajeren, y hagáis de ello hacer acto; y sin abrir el cofrecillo donde vinieren, sino cerradas y selladas como os las dieren, y de allí algunos días nos las enviéis disimuladamente con un religioso de esa santa casa que os pareciere, a quien también las entregareis con acto, y él mismo nos traerá todos los instrumentos y testimonios que sobre ello se habrán hecho y los dichos canónigos os habrán dado, en lo cual os habréis con el cuidado y celo que habéis siempre acostumbrado en las cosas de nuestro servicio, que en ello le recibimos de vos muy acepto. De Madrid, a 8 de octubre de 1568.»

Todo se hizo así, porque la instrucción iba con hartos recatos y circunstancias. El secreto no fué posible guardarse como el Rey mandaba; parecía que venía algún correo o algún ángel delante (caso milagroso) avisando del traslado del tesoro por todos los pueblos, cosa que afligía mucho al buen prior, que deseaba cumplir a la letra la instrucción del Rey. Afirmaba el siervo de Dios (merece ser creído por su santidad más que mil testigos, pues los santos cuando dan testimonio no están solos) que antes que llegase a los pueblos, le estaban aguardando en los caminos y en las puertas, y le rogaban les dejase adorar las santas reliquias de San Justo y San Pastor, que bien sabían que las llevaba; cosa que ponía en admiración al buen fraile, por haber tenido tanto recato en todo lo que había hecho. En Daroca le aconteció un caso milagroso a las cuatro, poco más, de la mañana; estando durmiendo vió dos mancebos vestidos como de sobrepellices, y hermosos a maravilla, llegaron a él y despertáronle diciendo: Levántate, digamos misa; despertó al punto y respondió como si no durmiera, digámosla

por cierto, levantóse y fué a la iglesia lleno de un alboroto del cielo, y dijo misa de los Santos Mártires, en el altar donde están los santos Corporales, que con tal recuerdo y tales acólitos bien se puede creer sería el holocausto bien ardiente. Desde aquel día, hasta que llegó aquí, jamás dejó de decir misa; tuvo siempre por cierto el siervo de Dios que sus acólitos fueron allí y en toda la jornada los dos Santos Mártires de Alcalá. Venía el arca en un machuelo, y no sé quien le adiestraba, que sin gobernarle nadie, siendo el tiempo muy lluvioso y de muchos malos pasos, jamás tropezó en ninguno, y el prior y su compañero sí, más de dos veces, y tras esto parece adivinaba, porque se iba derecho a las posadas donde había imágenes de San Justo y Pastor. En Alcalá de Henares se halló el prior muy apretado, porque le dieron mucha prisa en llegando (no se sabe cómo lo podía saber ninguno, cuanto más tantos) para que se detuviese allí y pudiesen hacer algún servicio y adoración a sus divinos huéspedes y naturales; cumplió con ellos como pudo de palabra, y medroso de no pasar de la orden que le habían dado, madrugó y se vino sin ser sentido, dejándolos a todos lastimados. Llegó al fin a San Lorenzo, digo a la Fresneda; allí las entregó, haciendo sus autos, al prior, fray Juan de Colmenar; desde allí las llevaron con gran regocijo de todos estos pueblos comarcanos, que acudieron con gran devoción a la iglesia pequeña del Monasterio. Tras ella vinieron luego otras muchas, entendiéndose por todo el mundo la devoción que el Rey pío tenía en ellas, y cómo edificaba un templo y casa tan suntuosa: por servirle en esto unos y otros acudían de su voluntad. Entre los primeros fué el Cardenal de Augusta Otho Truchses, hízole un presente de ellas y envióselo con un padre de la Compañía, fuéle muy grato y recibióle con mucho amor y agradecimiento; enviólas con el mismo padre al prior de su convento, pusiéronlas en la misma iglesia de la Fresneda, en tanto que se aparejaba un solemne recibimiento. Las reliquias eran tres canillas y huesos grandes de los tres Apóstoles San Felipe, Santiago y San Bartolomé, precioso tesoro; una ca-



beza de Santa Undelina mártir, Reina de Sicilia, otra de las once mil Vírgenes, otra de un mártir de la Compañía de los Tebeos, otra de uno de los compañeros de San Gedeón, mártir, con un hueso de este mismo Santo y otro de los Santos Macabeos, todas con sus gravísimos testimonios. Hízoseles un recibimiento solemnísimó a 28 de mayo. Acudieron todos los curas y clérigos de los pueblos comarcanos, el Espinar, Robledo de Chavela, Valdemorillo, Navalagamella, Galapagar, Guadarrama, todos con sus danzas e invenciones, mostrando una alegría y devoción extremada: la gente fué mucha, y en todos se vió un espíritu del cielo que los alentaba y hacía romper en alabanzas divinas, en lágrimas ardientes, bastantes a mover y enternecer las peñas más duras de estas sierras. Todo esto quisiera estorbar el enemigo de la salud del hombre: hizo todo lo que pudo o lo que se le permitió; no se descuidó jamás de mostrar la rabia que contra este santo templo concibió desde sus primeros principios, como ya en ellos lo advertí, y es bien se vaya siempre considerando; despertó al punto que movieron las santas prendas de la iglesia de la Fresneda, con la procesión para El Escorial, en medio del día más sereno, una tan repentina y furiosa tempestad, que se oscureció el cielo, y el aire, descargando de una nube negra aire y agua con tanto ímpetu por espacio de una hora que le dieron de licencia, que parecía quería anegarlo todo. Rompió allí el coraje, tornóse a serenar el cielo y acabaron su procesión con extremada alegría. Estas fueron las primeras reliquias y segundas con que, desde luego, se fué enriqueciendo este templo: no era razón pasar en silencio tan feliz entrada sin darles la enhorabuena.

## DISCURSO VI

*Renuncia el Priorato el padre fray Juan del Colmenar; sucede el tercer prior, fray Hernando de Ciudad Real. Pásanse a vivir al propio convento de San Lorenzo. Bendícese la iglesia de prestado, con otros particulares de esta Fundación.*

**S**ENTÍASE el siervo de Dios fray Juan del Colmenar cansado, viejo; como humilde y santo, medía sus pocas fuerzas con la grandeza de la carga, tanteo que le aciertan a hacer pocos viejos que no saben deshacerse de los oficios: no tienen otra excusa sino que caducan; de aquí le nacían (porque no podía cumplir con sus obligaciones) mil escrúpulos; importunó al Rey muchas veces y por largo tiempo que proveyese aquel oficio de prior a quien pudiese dar mejor cuenta. Esta misma bondad, conocida del Rey, le hacía detenerse más en condescender con él, pareciéndole que quien con tan buen seso sentía la dificultad, y con humildad quería salir de ella, por el mismo caso la merecía y era digno; al fin venció con la importunación y con el ruego al Príncipe. Echase luego de ver cuándo esto va de veras y no se envida, como dicen, en falso. Condescendió con la petición justa, mandó al General de la Orden le admitiese la renunciación, y estaba el siervo de Dios bien prevenido, porque la tenía días había escrito en su poder enviada del General, para que al punto que Su Majestad diese el consentimiento, él se diese por absuelto del oficio de prior; fuélo cinco años y medio, y en todos conforme a la edad y a las fuerzas, dió muy grande ejemplo; quisiera tornarse a Guisando, casa de su profesión, para acabar en compañía de tantos varones santos como allí reposan en Cristo; no lo consintió el Rey, quiso que se quedase aquí, mandando que todos le sirviesen y regalasen en su última vejez y en sus enfermedades. Fué, como dijimos, el primer religioso señalado y el primero que puso sus pies en este sitio el año 1562, y esta renunciación del priorato se hizo el año 70, el postrero de diciembre; profesaron en sus manos, sin los siete que dijimos arriba, otros



cuatro novicios que se criaron el año del noviciado en San Bartolomé de Lupiana. Informóse el Rey de qué persona le parecía en la Orden a propósito para encargarle este oficio; dióle noticia de algunos que todos cumplieran bien con la obligación, señalándole más en particular al padre fray Hernando de Ciudad Real, prior a la sazón de Nuestra Señora de Guadalupe, de que el Rey se holgó mucho, porque habiéndose informado por otras vías el doctor Velasco, todos concurrían en el mismo y tenían razón, por ser hombre de muchas partes, docto, religioso, prudente, de valor y marco, experimentado en el gobierno, de buena edad y entonces con hartas fuerzas para este menester. Con estas relaciones se determinó Su Majestad, escribióle a Guadalupe, mandándole aceptase el oficio de prior de esta su casa. No pudo hacer otra cosa, por ver tan determinado al Rey; partió de Guadalupe para San Bartolomé de Lupiana, donde por los recados y avisos que tenía del Rey, el General le confirmó en prior de esta casa de San Lorenzo a 16 de enero de 1571. Llegó a la villa de El Escorial, y al monasterio pequeño, que aun allí se estaba, acompañado de cuatro religiosos que trajo consigo de su casa. Recibieron, pues, a su tercer prior con mucha alegría los hijos y moradores que allí estaban, procurando servirle y regalarle para que se aficionase a la casa y a la tierra.

Aunque la fábrica no había caminado con mucha prisa, estaba ya levantado todo el lienzo que mira al Mediodía, cubierto y puesto en perfección, y los dos que miran a Oriente y al Poniente hecha buena parte, de suerte que había mucha casa y aposento y las oficinas de mayor importancia para poder habitar, no sólo el convento, sino también Su Majestad y caballeros de su estado, bien que mucho de esto era de prestado, y que se iban acomodando las piezas como iba el edificio creciendo; estaban hechos dos claustros de los pequeños, y de otros dos más que mediados, un lienzo del claustro grande y buena parte de otro. Aquí se formó una iglesia pequeña con su coro y sacristía, la enfermería, botica, rectorio, cocina, necesarias y hospedería, lo mismo que

es ahora. Su Majestad tenía grande gana de verse fuera de la aldea, digo de la villa de El Escorial, que ya se había mejorado mucho, y entrar en su nuevo Monasterio. Determinóse que en todo caso el día del Corpus Cristi se celebrase allá la fiesta, y así se dieron prisa en todo. El día de San Bernabé, 11 de junio de 1571, dijo la última misa cantada el prior fray Hernando de Ciudad Real, en la capilla del pueblo, asistiendo a ella Su Majestad, con muchos caballeros, y a la noche se subió a dormir al aposentillo que se había hecho debajo del coro, para desde su ventana oír las misas y oficio divino, aunque todo hartó angosto y apretado, y tras él subió también el prior con algunos religiosos; el día siguiente se consumió el Sacramento de la capilla del pueblo con la postrera misa, y se mató la lámpara; subieron arriba todos los religiosos que quedaron, y a 13 del mismo mes don fray Bernardo de Fresneda bendijo la iglesia y los claustros, donde se habían de enterrar los religiosos del convento, consagró muchas aras y predicó doctamente al propósito; quedó cansado de tantos ejercicios, no se atrevió a decir misa, y aun era tarde por ser víspera de Corpus Cristi; dijo fray Juan del Espinar la primera misa rezada en el altar mayor de la nueva iglesia, oyéndola el Rey y todos. Luego el día siguiente, día del Santísimo Sacramento, dijo el prior la primera misa cantada en la iglesia; acabada, se hizo la procesión por el claustro, que estaba bien aderezado; llevó Su Majestad una vara del palio del Sacramento, con los caballeros de su cámara, el prior de San Juan, don Antonio de Toledo, don Pedro Manuel y otros. Mandó luego el Rey que viniesen los novicios que en nombre de esta casa se criaban en San Bartolomé, que eran ocho o nueve, enviéles desde Madrid mulas, porque la casa no las tenía; vino con ellos su maestro y otros dos religiosos, que todos eran doce, y mostraban bien en la mortificación y compostura la buena doctrina que en tan religiosa casa habían aprendido; llegaron aquí a 8 de agosto del mismo año, y luego otro día, a nueve, llegaron una docena de religiosos de Guadalupe, que por consejo del padre fray Hernando de



Ciudad Real, prior, vinieron para acabar de poblar la casa, y que hubiese cumplido número de frailes para el oficio divino y los otros ministerios necesarios. Celebráronse las Vísperas de San Lorenzo con gran solemnidad, y otro día, a la misa, predicó el padre fray Francisco de Villalba, predicador de Su Majestad, profeso de Montamarta, y vinieron los Seminarios de Parraces, y representaron el martirio de San Lorenzo en una tragedia latina, y estuvieron todos muy regocijados, y el pío Rey mostró gran contento porque veía ya alguna buena parte de sus intentos ejecutada, y cobró aliento para lo demás. Tenía ya la comunidad cuarenta religiosos y había comodidad para llegar a cincuenta; parecióle al Rey que era bastante número para que se continuasen los oficios divinos y se fuesen cumpliendo las memorias y aniversarios que tenía determinados por sí y por sus padres y las otras personas reales. Llamó al prior y tratólo con él, y así desde el día de San Lorenzo se fué continuando todo esto sin faltar punto hasta hoy, con el rigor y observancia de las costumbres santas de nuestra religión, como en la casa más observante de toda ella.

Este mismo año de 1571 parece quiso el cielo y el glorioso mártir Lorenzo engrandecer o, digámoslo así, gratificar a su devoto Felipe lo que por él hacía en la tierra. Estando el Rey en esta su casa las vísperas de la octava de todos los Santos en el coro con sus frailes, le llegó la alegre nueva de aquella famosa victoria de la batalla naval contra la armada del turco, siendo general en ella Don Juan de Austria, su hermano, hijo del gran Carlos V. cosa muy sabida de todos, en que no tengo que detenerme; sólo diré lo que otros no han escrito, y es propio de este lugar. Estando el Rey en el coro oyendo las Vísperas, entró don Pedro Manuel, caballero de su cámara, alborozado; en el semblante y meneo se le conoció luego que había alguna cosa grande; dijo a Su Majestad con voz alta: Señor, aquí está el correo de Don Juan de Austria, que trae la nueva de una gran victoria; no hizo el magnánimo Príncipe mudanza ni sentimiento, gran privilegio de la casa de Austria, entre otros, no perder por

ningún suceso la serenidad del rostro ni la gravedad del Imperio. Acabadas las Vísperas, llamó al prior, fray Hernando, y mandó que dijesen *Te Deum laudamus*, en homenaje de gracias, con las oraciones que la Iglesia tiene para esto; fuéle a besar la mano luego el prior y darle la enhorabuena de parte de todo el convento; recibióla con alegre rostro, y fuése a su aposento. A la mañana mandó se hiciese procesión solemne, y salió a ella con todos los caballeros, y a la tarde, una vigilia con misa de Requiem el día siguiente por los difuntos en la batalla, que todo arguye ánimo no menos valeroso que pío, y que tenía conocido cuyo es el poder y la virtud y de qué mano venía la victoria. Trajo el correo también como por señas y despojo de grande estima el estandarte real del turco, tenido entre ellos en tanta reverencia como si fuera el Sacramento; dicen le había mandado traer de la casa de Meca, para que en virtud de tan preciosa reliquia fuese su armada inexpugnable; echóse de ver su deidad en el suceso: la materia es como tejida de algodón y lino, la forma o figura como una sábana mediana, el campo todo blanco, y escrito por una parte y por otra de letras arábigas, mayores y menores, muchas de ellas doradas, lleno de círculos cuadrados y triángulos, que entre otros errores de aquella perniciosa y maldita secta, que tanto ha fatigado a la Iglesia, es que no admiten figuras ni imágenes vivas, y así usan de esta labor de círculos y cuadros y lazos, y en las orlas y centros letras, en que, de ordinario, como se ve en este estandarte, están muchas alabanzas de Dios, epítetos y atributos, llamándole Omnipotente, sabio, misericordioso, alto, excelente, invencible y otros muchos de esta suerte, con que los engañó aquel astuto enemigo del nombre cristiano, persuadiéndoles que les había dado grande y clara noticia del verdadero Dios, no habiendo cosa más lejos de este conocimiento que la ceguedad suya. Pudiera poner aquí la interpretación toda a la larga si fuera cosa de importancia, porque guardamos aquí esta abonimable joya, no para estimarla, sino para recuerdo de tan gran victoria, junto con los faroles o fanales de la galera capitana; así



lo quiso nuestro fundador, para que se entendiese que le cogió aquí la nueva de la victoria.

Tras esto vino aún otro más alegre suceso para el Rey y para todo el reino, que fué el nacimiento del Príncipe Don Fernando, a 8 de diciembre, día de Santa Bárbara, del mismo año 1571, en el Alcázar de Madrid, primogénito de la Reina Doña Ana, cuarta mujer del Rey nuestro fundador, hija del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz Doña María, hermana del mismo Rey. Fué grande el regocijo que hubo en toda España, por ser cosa tan deseada como necesaria para tantos reinos, aunque se aguló, de allí a pocos años, este regocijo con su muerte, propio parto de nuestros pecados; luego, el año 73, mandó nuestro fundador que se comenzasen a trasladar los cuerpos reales, que estaban depositados en diversas partes de estos reinos, a este tan célebre Mausoleo que les había levantado, viendo que el número de religiosos era ya suficiente para que todo esto se hiciese con la solemnidad decente, ordenó que los primeros fuesen el cuerpo de la Reina Doña Isabel, su tercera mujer, y del Príncipe Don Carlos, su hijo; para esto envió una carta al prior del convento, que, porque nos lo dirá todo de una vez, la pongo aquí a la letra:

«El Rey. Venerable y devotos padres, prior, frailes, del convento del Monasterio de San Lorenzo el Real: ya de béis saber que por nuestra orden y mandato estaban depositados los cuerpos de la serenísima Reina Doña Isabel, mi muy cara y amada mujer, y del serenísimo Príncipe Don Carlos, mi hijo, que sea en gloria, en los monasterios de monjas de la Madre de Dios de Consolación de las Descalzas, y de Santo Domingo el Real, extramuros de la villa de Madrid, por el tiempo que fuese nuestra voluntad, hasta que otra cosa proveyésemos, y porque ahora hemos ordenado que los dichos cuerpos se entreguen, como se ha hecho, a los reverendos en Cristo padres Obispos de Salamanca y de Zamora, electo de Sigüenza de nuestro Consejo, y a los Duques de Arcos y Escalona, para que se trasladen y lleven a este Monas-

terio, como lo hacen, y os los entreguen, os encargamos y mandamos los recibáis luego en vuestro poder, y pongáis en la iglesia de prestado de este Monasterio, en la bóveda que está debajo del altar mayor de ella, para que estén allí en depósito, y se haga escritura de ello en la forma que convenga, hasta tanto que se hayan de enterrar y poner en la iglesia principal de él, en la parte y lugar que Nos mandaremos señalar, que esta es nuestra voluntad. Fecha en El Pardo, a 6 de junio de 1573.»

Todo se hizo así, con mucho aplauso y majestad: vinieron acompañando los cuerpos mucho número de religiosos de todas las Ordenes que había en Madrid; vino también la Capilla Real y el Limosnero mayor D. Luis Manrique, y D. Rodrigo Manuel, Capitán de la guarda de a caballo, con su gente. No me detengo en contar la solemnidad con que se procedió en todo; sería crecer esta historia demasiado; dichas las vigiliias y misas y sermones, a cada uno por sí, y en días diferentes, se depositaron donde estaba ordenado, hechos los autos de las entregas. En el ataúd de la Reina se puso una memoria, que dice así:

«En este ataúd está la Reina Doña Isabel, tercera mujer del Rey Don Felipe nuestro Señor, segundo de este nombre: fué hija de Enrique II y de Doña Catalina de Médicis, Reyes de Francia, la cual murió en la villa de Madrid, en la Casa Real, a 3 de octubre, víspera del bienaventurado San Francisco, año de 1568; fué depositado su cuerpo en el Monasterio de las Descalzas, y de allí fué trasladado a este Monasterio de San Lorenzo el Real a 7 de junio de 1573.»

En el del Príncipe, otro de este tenor:

«En este ataúd está el cuerpo del Serenísimo Príncipe Don Carlos, hijo primogénito del muy Católico Rey Don Felipe, segundo de este nombre, nuestro Señor, fundador de este Monasterio de San Lorenzo el Real, hijo de la



Princesa Doña María, su primera mujer, el cual murió en la villa de Madrid, en el Palacio Real, vigilia del Apóstol Santiago, a 24 días del mes de julio de 1568, a los veintitrés años de su edad; nació a 9 de julio de 1545, en la villa de Valladolid; fué depositado su cuerpo en la dicha villa de Madrid, en el Monasterio de monjas de Santo Domingo el Real, y de allí fué trasladado a este Monasterio de San Lorenzo el Real, por mandato del mismo Rey su padre, a 7 de junio de 1573.»

Y porque se vayan mezclando muertes y nacimientos, el mismo año, hallándose aquí nuestro fundador con la Reina Doña Ana, su mujer, en la fiesta de San Lorenzo, a 10 de agosto, le comenzaron a tentar algunos accidentes de parto; partióse para Madrid, y llegando a Galapagar, a los 12 del mismo mes, y a las doce de la noche, parió al Infante Don Carlos Lorenzo, que este sobrenombre se le pegó de tan buen vecino, y luego, a 8 del mes de diciembre siguiente, se turbó toda esta alegría con la muerte de la Princesa de Portugal Doña Juana, digna hermana de Don Felipe II; dignísima hija de Carlos V, y de tanto valor en su manera como entrambos, que es cuanto puede encarecerse; murió en el aposento real de este Monasterio, cubriónos a todos de tristeza, y más a su hermano, porque la amaba tanto que no llegó su valor y entereza a poder disimular su sentimiento; no hizo menor efecto en la Reina, porque la tenía como a madre, y llegó a tanto, que la triste nueva le causó un accidente de calentura tan recio, que resultó de él una cuartana. Lleváronla desde aquí con un solemnísimos acompañamiento a su Monasterio de las Descalzas, fundación suya, tan ilustre, que es conocida y famosa en toda Europa; allí la enterraron con toda la majestad posible, aunque toda menor de lo que fué su valor y mérito. También quiso Su Majestad que se trasladasen aquel mismo año, a 12 de diciembre, los huesos de los religiosos que habían muerto en el Monasterio del pueblo, pues estaban no más que depositados, y allí no había ya Sacramento; hízose a nuestro modo una solemne

traslación, con las exequias y sufragios debidos: tan atento estaba siempre el Rey a todo lo que es piedad con vivos y con muertos.

## DISCURSO VII

*La traslación que se hizo de los cuerpos del Emperador Carlos V y de la Emperatriz y Reina Doña Juana y Princesa Doña María y de las Reinas de Francia y Hungría y otras personas reales.*

**S**IENDO uno de los principales motivos y fines de esta casa y fábrica levantar sepulcros a tan ilustrísimos Héroes y Príncipes, sería defecto o descuido pasar por esto ligeramente; así dedicaré este discurso a las traslaciones de los huesos y cuerpos imperiales y reales que mandó hacer el pío Fundador, descendiendo a algunos particulares, de que voy acortando en otras partes; ahorraré también aquí de decirlo con mis palabras, pues tengo la forma misma del hecho dicho con las de su autor. Sea lo primero esta carta que escribió al vicario y convento, porque el prior estaba ausente:

«Devotos padres, vicario y diputados del Monasterio de San Lorenzo el Real, que yo he fundado y edificado: Ya tenéis entendido cómo a principio del mes que viene llegarán a esa Casa los cuerpos del Emperador y Emperatriz mis Señores, que sean en gloria, y de las demás personas reales que he mandado trasladar y depositar en la iglesia de prestado de ella, conforme a lo que en la escritura de fundación y dotación tenía ordenado, y porque así en su recibimiento como en los sufragios que por sus ánimas se han de hacer, y en lo demás que ahí ocurriera, haya la buena orden y concierto que en semejantes actos se requiere, he mandado ordenar el memorial e instrucción que se os enviará con ésta, señalado de mano de Antonio de Gracián, mi secretario, y otro papel aparte del sitio y forma en que se han de colocar los ataúdes de los dichos cuerpos reales en los lugares que por él veréis; y así os encargo que vista y leída la



dicha instrucción, hagáis que en todo y por todo se guarde y cumpla, dando así mismo parte de ello a las personas a quien tocara, para que todos tengan entendido y sepan lo que han de hacer, y procuraréis haya en todo la buena orden y recato que conviene conforme a lo que se ordena por la dicha instrucción, que esta es nuestra voluntad. De El Pardo, a 22 de enero de 1574 años. — *Yo el Rey.* — Por mandato de Su Majestad, *Antonio Gracián.*»

Síguese luego esta instrucción. La orden que Su Majestad manda se tenga en su Monasterio de San Lorenzo el Real, y en la entrada y recibimiento de los cuerpos reales del Emperador y Emperatriz, Reina Doña Juana y Princesa Doña María, nuestros Señores, y de las Reinas de Francia y Hungría, que estén en gloria, y de los Señores Infantes Don Fernando y Don Juan, cuya traslación al presente se hace, y las misas y sufragios y otros divinos oficios que por sus ánimas se han de hacer por los religiosos del dicho Monasterio y otras personas, es la siguiente (no la pondré aquí toda en sus formales palabras, sino la ejecución de ella, que no excedió un punto de lo que se mandó): El Obispo de Jaén y Duque de Alcalá, que trajeron a su cargo los cuerpos del Emperador, Emperatriz y Princesa, Reina de Francia e Infantes Don Fernando y Don Juan, entraron tres días primero que los que vinieron de Valladolid, como se dirá más adelante; vinieron con gran acompañamiento, así de personas eclesiásticas y religiosos de diversas Ordenes, como de seglares y gente noble, e hicieron por el camino grandes gastos; no es de esta historia descender a todos los singulares; sirva como de episodio en esta tragedia de muertes tan ilustres (si se sufren episodios en historias) un dicho que a propósito de estos grandes gastos dijo un cortesano al sobrino del Obispo de Jaén, en quien (aunque no lo creo) decían quería fundar un mayorazgo por la fama de que tenía mucho dinero: «Páreceme que vuestro tío lleva unos huesos que tendréis vos que roer toda la vida». El Duque, pues, y el Obispo de Jaén (po-

niendo en silencio lo demás de esta jornada, que fué largo) llegaron a Valdemorillo, dos leguas de San Lorenzo, donde hicieron noche; desde allí avisaron al vicario del convento de su llegada, para que se apercibiese. Partieron al otro día, después de comer; en descubriéndolos desde el convento, comenzaron a hacer la salva; con los clamores vinieron por donde los guiaba Juan Bautista de Cabrera, hasta la puerta de la casa, que entonces era la que ahora se llama la de la cocina; a diez pasos de ella estaba hecho un rico túmulo o estrado de veintiocho pies de mesa en cuadro, con tres gradas en contorno, por donde se subía; encima de esta como plaza se levantaba otra mesa, donde se habían de asentar los ataúdes, de cinco pies de ancho y diez y nueve de largo, cubierta de brocado y todo el resto de terciopelo negro; estaba en medio de cuatro columnas altas con sus basas, y vestidas también de brocado, con una cobertura o cielo a manera de pabellón, con sus goteras, caídas y flocaduras, todo de brocado, de mucho adorno y vista. Llegados aquí, los salió a recibir el convento en procesión, por dentro de un palenque, para que la gente no apretase y dejasen calle ancha y estuviesen mirando por de fuera. Salió el vicario vestido con alba, estola y casulla, con diácono, subdiácono y acólitos, delante de la Cruz, como en las demás procesiones se acostumbra. En tanto que sacaron los cuerpos de las literas, cantaron un responso solemnemente en canto de órgano, puestos en la mesa alta por su orden; incensólos el vicario y echó agua bendita; dijo cuatro oraciones, para cada uno la suya; acabado los tomaron en hombros; iban delante los de los dos Infantes; luego, las dos Reinas, Doña Leonor y Doña María; a la postre, Emperador y Emperatriz; estaba don Rodrigo Manuel con su guardia a la puerta principal para no dejar entrar sino sólo la gente contada, y fueron así caminando al claustro de la iglesia, dando la vuelta por sus tres paños, porque la gente no se apretase, cantando siempre el coro de los religiosos el responso acostumbrado en nuestros Oficios de Difuntos: *Subvenite*, etc. En cada uno de los lienzos de mediodía de estos dos



claustros había otro estrado o descanso, donde ponían los ataúdes por el mismo orden que iban caminando, y allí se decía la oración conveniente; la iglesia estaba también cubierta de terciopelo negro, y en ella otro estrado o mesa como la de los claustros; allí pusieron los ataúdes por el orden dicho, donde se dijo otro responso, con una oración común; sentáronse todos por su orden; los clérigos y religiosos de otras Ordenes que venían acompañando, en los bancos que pegaban con la pared de la iglesia; delante de éstos, un banquillo, con alfombra, para los Grandes, y arriba, al lado del Evangelio, junto al altar mayor, otro banco, para los Obispos, como se acostumbra en la Capilla Real; los religiosos del convento se subieron luego al Coro y dijeron Vísperas de Finados; luego, el Invitatorio y tres Nocturnos, y al noveno responso bajaron a la iglesia y le cantaron haciendo las demás ceremonias, y así se acabó el Oficio de este día. El siguiente, dicha la misa de prima del convento, y los demás Oficios, se tornaron a juntar todos, como el día pasado, y el Obispo de Jaén dijo la Misa de Requiem de pontifical, por el Emperador, y predicó fray Francisco de Villalva, predicador de Su Majestad; acabada la Misa, bajaron al responso, y se dijo sólo la oración por el Emperador; luego, a la tarde, se hizo el mismo Oficio del entierro del Emperador que se hace para un religioso de nuestra Orden, salvo que no se depositó ni metió en la bóveda debajo el altar a la antifona que comienza *Ingređiar in tabernaculum*, etc. Porque no se entendiera el acto de la entrega, sino dicha la oración, después de la antifona del cántico *Benedictus*, entonces tomaron el ataúd y le llegaron a la puerta de la bóveda, y antes de ponerle dentro se hizo el acto de la entrega por Martín de Gaztelu, ante el alcaide Martín Velázquez, al vicario y convento del Monasterio de San Lorenzo el Real; hecho, los moneros tomaron el ataúd y le pusieron dentro de la bóveda, quedándose los demás cuerpos en el mismo sitio que se estaban. Así se acabó el Oficio que tocaba a la traslación del Emperador en estos dos días, tercero y cuarto de febrero; luego, al quinto, el Obispo de Se-

gorbe dijo la Misa de Requiem (para esto fué enviado de Madrid por la Emperatriz), y predicó el padre fray Francisco de Segovia, y a la tarde se hizo el Oficio del entierro y depósito, por la misma forma que al Emperador; a la mañana del día siguiente, que fué 6 de febrero, se dijo una Misa de Angelis en memoria de los dos Infantes Don Juan y Don Fernando, y luego allí se hizo la entrega, y porque con esto se atormentaban los ángeles malos, y tantos actos píos y santos son para ellos llamas de rabia y envidia, habiendo todo sucedido con mucha puntualidad y orden, sin faltar cosa de la instrucción, y estando todos muy contentos, comenzaron los príncipes de las tinieblas a revolver el tiempo y a despertar un viento tan fiero y tan furioso que puso admiración, grima y pavor, porque parecía se habían abierto las puertas del infierno para arrebatar las piedras de esta Casa, y como para tanto no se les daba licencia, embistió la rabiosa furia en el túmulo que estaba delante de la puerta, y comenzó a hacer tal riza en los brocados con que estaba cubierto y aderezado, que aunque estaban los Guardajoyas de Su Majestad presentes y rodeados de oficiales y peones, y otra gente trabajadora y para mucho, y se les prometían buenos premios si socorrían los brocados, no hubo ninguno tan osado que quisiese poner su vida en tan manifiesto peligro. Así descargó allí todo el coraje, y acotándolos, y batiéndolos con increíble fuerza, los molió e hizo pedazos, y los llevó muy lejos por aquella dehesa y campos, de suerte que apenas se pudo aprovechar de ellos media vara junta: cosa de extraña admiración, aunque no para los que aquí vivían, que estaban hechos a ver otros aires grandes; fué, al fin, de suerte que llegando aquella tarde (6 de febrero, como he dicho) el Obispo de Salamanca y el Marqués de Aguilar, desde Guadarrama, hasta este túmulo o estrado, con los cuerpos de la Reina de Hungría y Reina Doña Juana, madre del Emperador Carlos V, le hallaron sin adorno ni compostura; ya había sosegado el tiempo y pasado la furia; así los pusieron en él, y el vicario y convento hizo los mismos Oficios que hemos dicho arriba, hasta llegar al



estrado de la iglesia, donde se vieron juntos en cuatro ataúdes cuatro Reinas grandísimas, grande triunfo de la Muerte: dos de España, Doña Juana y Doña María; de Francia, Doña Leonor; de Hungría, Doña María. El día siguiente, 7 de febrero, dijo la Misa de Pontifical el Obispo de Salamanca, por la Reina Doña Juana, nuestra Señora, como está dicho de los demás, y no hubo sermón, porque se entregó este cuerpo al Obispo de Jaén y Duque de Alcalá, por los que le habían traído de Tordesillas, para llevarle a Granada, con sus dos gloriosos padres, Don Fernando y Doña Isabel. Hecha la entrega, se partieron luego con él, saliendo todos acompañando en procesión hasta el túmulo de fuera, donde le dijeron un responso, y caminaron; descansaron a la tarde, porque andaba el convento y todos cansados; el día siguiente, 8 de febrero, dijo Misa de Pontifical el Obispo de Segorbe, por la Princesa de Portugal, nuestra Señora, y predicó el padre fray Juan de San Jerónimo; a la tarde se hizo el Oficio del entierro y entrega del cuerpo, como los demás; los días siguientes se hizo otro tanto, por la Reina Doña Leonor; dijo la misa el Obispo de Salamanca, tornó a predicar Villalva, y por la Reina María el Obispo de Segorbe, y predicó el de Segovia, y hechas las entregas, se partieron luego los Obispos y Marqueses de Aguilar con toda la demás gente, eclesiásticos y seglares; dióseles a todos con mucho cumplimiento cuanto fué menester, sin que pudiese alguno quejarse con razón; para las muchas Misas que decían los clérigos que vinieron y religiosos de otras Ordenes, se hicieron altares de prestado en los arcos de los mismos claustros, fabricándolos para esto de suerte que hubo mucho cumplimiento, teniendo en cada uno su acólito, y acomodóse todo de tal suerte que parecía se había asentado así muchos años antes. Los religiosos del convento fueron luego haciendo sus novenarios, comenzando por el del Emperador, y luego consecutivamente por todas las personas Reales, como se fueron depositando, fuera de los Infantes, diciendo sus vigilias y las Misas cantadas con los resposos. Desde el último novenario hasta el día trigésimo, se decían muchas Misas re-

zadas de Requiem, cuando había lugar, por las mismas personas Reales, en los altares privilegiados; se procuró también que se dijese todas las Misas que podían; el día trigésimo se fué haciendo por cada una su treintanario, como se había hecho el novenario, por el mismo orden de los depósitos. Creo que quien mirara atentamente lo que trabajaron cincuenta religiosos, aun no cabales, que entonces se hallaban en el convento, y vieran la majestad con que todo esto se hizo, el reposo, mortificación y madurez con que procedieron, sin atropellar nada, sin hacerse los cansados ni quejarse, alabara a nuestro Señor y juzgara había escogido bien el Fundador, y que eran dignos del favor y merced que les hacía. En cada uno de los ataúdes, por mandato del mismo Rey, se puso un pergamino envuelto en un tafetán doble en que está escrito el nombre de la persona Real cuyo es aquel cuerpo, con el día, mes y año del nacimiento, y de la muerte, y de este depósito o traslación, y de fuera sólo el nombre de la persona Real. No los pongo aquí, porque no crezca esta historia con lo que se puede saber por otras partes; esto he dicho con la mayor brevedad que he sabido, para que se vean los buenos y píos intentos de este Monarca, en el edificio de tan insigne Casa de religión, y cuán ajeno está de aquellas vanidades que los antiguos estimaron en tanto y adoran los amigos de la antigüedad; aquí no se ve sino modestia, cristiandad, piedad, religión y alabanzas divinas, sin cesar de noche ni de día.

Sin esto que pasó aquí en estas traslaciones de contado, se dicen y se hacen en este convento, por estas mismas personas Reales, y por otras que veremos en sus lugares, mucha cantidad de Misas, muchos aniversarios, resposos, memorias y conmemoraciones perpetuamente. El día de San Matías, por la tarde, se dice una vigilia solemne por el Emperador Carlos V, porque nació en tal día, y luego, el día, la Misa, con igual solemnidad; el día de San Mateo, que fué en el que murió, se hace otro tanto, sin otras muchas Misas particulares que se dicen por su alma estos días, y cada día del año otras dos Misas perpetuas. Por la Emperatriz Doña Isabel se hace



otro tanto el día que nació, que fué el 24 de octubre, y el en que murió, que fué el 1.º de mayo, con otras muchas Misas de Requiem, estos días, y una Misa rezada perpetuamente. Por la Princesa Doña María, Reina de Francia, y Reina de Hungría, y Reina de Inglaterra, y Reina Doña Isabel, y mujer tercera de nuestro Fundador, se hacen aniversarios perpetuos, con la misma solemnidad de vigilijs, Misas y responsos cantados, sin otra mucha cantidad de Misas rezadas por sus almas, y lo mismo por el Príncipe Don Carlos, y porque lo digamos esto de una vez, también por la Reina Doña Ana, madre del Rey Don Felipe III, nuestro Señor, se hace lo mismo que por el Emperador y Emperatriz el día de su nacimiento y muerte, que quiso mejorarla en esto. Por el mismo nuestro Fundador, en tanto que vivió, se hizo el Oficio del Espíritu Santo el día de su nacimiento, y ahora se hacen los aniversarios el día del nacimiento y muerte, como por el Emperador; sin esto, gran cantidad de Misas, o, por mejor decir, todas las Misas, porque le tenemos muy en el alma, y en todos nuestros sacrificios, oraciones y penitencia, muy delante de los ojos; seríamos muy ingratos si un punto nos olvidásemos de quien tanto debemos; dícense, sin esto, cada día tres Misas cantadas: la del alba, que ofician los niños del Seminario, por el Rey, para que siempre fuere como por patrón; la de prima, por todos los Reyes difuntos que aquí están enterrados, y personas Reales; la tercera, y la mayor, por el convento y todas las personas Reales que viven. Sólo quisiéramos que no quedara esto mandado, sino en nuestra confianza, como otros muchos Reyes y Príncipes nos lo dejaron, para que se viera mejor nuestro agradecimiento; no menudeo aquí en otras muchas obras de este linaje, que hacemos por nuestros bienhechores y patronos, porque no se lleve algo de ellas el aire, publicándolas. Esto se ha dicho brevemente, y de paso, aunque se ejercita con mucha majestad y pausa.

Este mismo año de 1574, a 12 de abril, se trajeron a este convento gran cantidad de reliquias, enviadas por Guzmán de Silva, a quien el Rey había encomendado se

las buscase. Por ser mucha la cantidad y muchas de ellas piezas menudas, aunque con muy bastantes testimonios, no hago memoria de ellas; entregáronse junto con otras que la Princesa Doña María mandó que las pusiesen en la iglesia, donde estuviere enterrado su cuerpo; entregáronse con ellas muchas joyas de plata para el altar y sacristía, imágenes y pintura de mucha devoción, con que iba hermoseando y adornando su fábrica el magnánimo Fundador.

### DISCURSO VIII

*Renunciación y muerte del tercer prior de San Lorenzo y elección del cuarto. Comenzóse a levantar la iglesia principal; la fiesta que hicieron los estajeros y laborantes. Pásase el colegio de Parraces aquí, y el asiento que allí quedó y otras cosas.*

**A**PRETÁRONLE al padre fray Hernando de Ciudad Real tanto las enfermedades en este sitio, que le fué forzoso, pensando convalecer de ellas, irse algún tiempo a su casa de Guadalupe, donde estuvo en el tiempo que se hicieron estas traslaciones de los cuerpos Reales y entregas; volvió con poca mejoría; había tenido todo el tiempo que fué religioso poca cuenta con su salud, estudiando mucho, quitándose el sueño y la comida, y esto, aunque con el gusto de las letras y otros santos ejercicios de oración y meditación, junto con el peso de la vida ordinaria de esta religión, que es grande, no se siente, va limando de manera que derriba y al fin agota las fuerzas y la vida a vueltas. Añadióse a esto un continuo desabrimiento que hubo con él en este convento: pretendió asentar aquí las costumbres de su casa, cosa que llevaban mal los hijos de ésta y los que se hallaban de la Orden, porque aunque son tantas y buenas y saben a aquella primera mortificación de la Orden, son al fin singulares, y es menester criarse con ellas; todas estas cosas le trajeron a tal estado que se determinó renunciar este priorato; así lo hizo en mano de los Visitadores generales de la Orden, que llegaron aquí el año 1575, a 23 de febrero,



y junto con esto hizo voto, si nuestro Señor le daba salud, de no ser jamás prior aquí ni aun en su casa de Guadalupe. Atento a sus indisposiciones y enfermedades, que eran muchas, Su Majestad y el General de la Orden se la admitieron; anduvo entreteniendo la vida con harto trabajo hasta el mes de abril siguiente, y el 19 del mismo salió de esta vida, dejando muy edificados a sus súbditos con su mucha paciencia y muestras de siervo de Dios. Fué hombre de claro ingenio y gran marco, condición noble; estudió por sí la lengua griega, con muchas ventajas; tenía hecha una traducción de las obras de Eutimio, y sobre las Epístolas de San Pablo, muy buenas diligencias y trabajos; entendió a Aristóteles tan bien como cualquiera de su tiempo, y como tenía largo ingenio, se divirtió a estudiar música y tecla, y aun poesía, y en lo uno y en lo otro compuso algunas cosas no malas; estudió también matemáticas, y puso las partes de Santo Tomás de Aquino en una disposición de tablas harto ingeniosamente, y sin duda que si el gobierno de estos prioratos no le atajara o cortara el hilo, que sacara a luz algunos monumentos de su ingenio que se estimaran de la gente docta. Comenzáronse a hacer en su tiempo las costumbres de este convento, porque, como tiene tantas partes y miembros, son menester para la uniformidad y buen concierto. Mandó Su Majestad venir, para este efecto, religiosos graves de la Orden, y aun no están acabadas, porque cada uno las quiere hacer a su modo y a su gusto. También se recibió el Breviario reformado de Pío V, y con él acabaron muchas diferencias que había entre los religiosos de Guadalupe y de la Orden, porque unos y otros querían hacer en el altar y en el coro lo que habían aprendido en su convento. Estas cosas, aunque no quitan la caridad, por lo menos turban la calma y quietud santa, del estado de contemplativos y dedicados a los ministerios santos. Informóse luego el Rey de las personas que había en la Orden, para escoger prior cual convenía a un convento tan grande, y que cada día iba creciendo; nombraron a algunos, y entre otros al padre fray Julián Tricio, prior y profeso de la

Estrella; mandó al General le hiciese venir, y renunciando aquel priorato, se encargase de éste. Así se hizo; llegó a esta Casa el 20 de mayo del mismo año, y confirmáronle en presencia del mismo Rey el padre prior de Madrid y fray Francisco de Segovia.

El principal cuidado que Su Majestad tenía en esta Fábrica era la iglesia, por ser como el fin último y, digámoslo así, el todo de lo que se pretendía. La primera y más grave dificultad fué convenir en la traza; la que había dado Juan Bautista de Toledo no le contentaba mucho al Rey; parecióle cosa común, dado que no respondía bien con su pensamiento; trajéronse muchas de diferentes partes: la que desde luego le agradó fué esta que ahora vemos ejecutada harto felizmente; la trajo un arquitecto italiano llamado Pachote, que, a mi parecer, hay poco que agradecerle, porque no es más que la capilla y templo del Vaticano, cortada por el cuerpo de la iglesia, y dejando frontispicios cuadrados lo que allá está en medio círculo. En su lugar trataremos particularmente de toda esta fábrica; escogida la traza, se echaron hondos y fuertes cimientos de mucha trabazón y encadenamiento, después de haber estado abiertos algunos años, en que cobraron mucha firmeza. Determinóse Su Majestad, visto que ya estaban iguales con la tierra, que se eligiese la planta y se comenzase la obra a toda furia. Cuando se habían de traer las primeras piedras, donde se había de hacer la elección para las columnas, paredes y pilastras, fray Antonio de Villa Castín, obrero principal, ordenó de secreto una regocijada invención, aunque es hombre de pocas burlas y fiestas: todos los estajeros, maestros sobrestantes y peones y oficiales se disfrazaron (serían, poco menos, mil personas), hicieron un hermoso alarde y zuiza; en la vanguardia venía el peonaje, y en vez de las picas y lanzas traían las herramientas de sus artes y oficios, picos, escodas, palas, azadas, batideras, azadones, con extraños disfraces; en medio, y como el cuerpo de batalla, un escuadrón de lucida infantería, con picas, lanzas y arcabuces; en la retaguardia venían cuatro cuadrillas de bueyes de la fábrica, cada mayoral con su



cuadrilla; la primera, en que venía la piedra principal, traía un carro triunfal bien aderezado de yedras y flores, que en estos jardines, aun en medio del invierno, nunca faltan. Venía en la delantera, y como a la puerta, una figura de San Pedro, con una llave en la mano, y en el segundo carro otra de San Lorenzo, significando que con el favor del Papa, y para ensalzamiento de la Iglesia, se había de levantar una gran fábrica al glorioso mártir San Lorenzo. En el tercer carro, y con el mismo adorno, venían las cuatro virtudes Cardinales, que significaban la persona del Fundador, prudente, templado, fuerte y justo, y así iba esta virtud en delantera de las otras, con una espada desnuda en las manos, cantando todas cuatro acordemente loores de nuestra Señora y del glorioso mártir San Lorenzo. En el cuarto carro venían tres mujeres, que eran las tres Marías, que iban a buscar a nuestro Señor en el sepulcro; y preguntándole al maestro de la obra y de la invención qué querían representar aquellas Marías, respondió que eran figura de los religiosos y de las almas pías y santas que en este templo habían de buscar de noche y de día a nuestro Señor. Después de descargadas las cuatro piedras en sus propios asientos, de donde se habían de comenzar a tirar las líneas y echar los niveles de la elevación, hicieron sus danzas, después los alardes y paseos; a la postre trajeron un novillo muy bravo, que trompicando a unos y atropellando a otros, sin hacer mal a ninguno, remató la fiesta con mucho regocijo, día de Santo Tomás de Aquino del año 1575. Estimóse en mucho la fiesta por ser muy alegre y porque les cogió a todos de repente, y más por ser invención de un religioso tan santo y tan enemigo de invenciones. Luego, de allí a ocho días o poco más, vino desde Madrid por la posta el Señor Don Juan de Austria a visitar esta Casa y los religiosos que en ella conocía, desde que estuvieron en El Escorial, y a encomendarse en sus oraciones, certificándoles que tenía mucha devoción y fincía en ellas; vió toda la Casa y adoró con mucha devoción las santas reliquias, y andaba tan llano y tan humano como otro tiempo en Yuste, cuando

aun no era conocido por hijo de tan gran Monarca; no se desdeñó de entrar a visitar los dos priores: al padre fray Juan de Colmenar, que su vejez le tenía en cama, y al padre fray Fernando de Ciudad Real, que ya había renunciado el priorato y estaba aguardando la muerte. Consoláronse mucho con la visita de un Príncipe tan valeroso, y él se encomendó en sus oraciones; tampoco quiso el demonio descuidarse en esta coyuntura, porque no habiendo hecho aire tempestuoso desde el que hizo cuando trajeron los cuerpos, guardólo todo para este punto, porque el día que aquí entró llegó solo, sin poderle seguir ninguno de sus criados, derribados por la furia del aire, y por ser tan bueno su caballo él sólo pudo vencerlo, certificando que ni en tierra ni en mar había visto ni pasado cosa semejante. Tanto cuidado ha tenido el enemigo en desacreditar este sitio en todos los encuentros de importancia. Despidióse de todos el gallardo soldado y capitán valeroso, y abrazó con mucha humanidad a muchos que conocía, y desde aquí partió para Valladolid, a visitar a la mujer de D. Luis Quijada, que le había criado y la amaba como a madre. Diré otro particular tras éste (alguno se holgará de saber estas menudencias): estando aquí el Rey y la Reina Doña Ana con las señoras Infantas Doña Isabel y Doña Catalina, y los dos Príncipes, Alberto y Wenceslao, hermanos de la Reina, este mismo año de 1575 trajeron las quijadas de aquella descomunal bestia que vino a morir en la Albufera, de Valencia, que llamó el vulgo pez mular, siendo cosa tan distinta; porque no he visto quien haya hecho memoria de esto, la daré aquí brevemente, pues están presentes los fieles testigos de este monstruo de la Naturaleza, y no nos espantan sus obras admirables cuando las refieren autores graves y en ellas alabamos al Creador. Día de Corpus Christi, el año antes, apareció muerta en aquella playa esta disforme bestia; tenía ciento cincuenta palmos de largo, la corpulencia o grosez o ancho, por el medio, como una torre, que sería en contorno cien palmos; la cabeza tan grande que podían estar siete hombres en el cóncavo de los sesos; por la boca entraba



un hombre sobre un caballo; las quijadas, que están aquí, a nuestros ojos, colgadas, cada una tiene diez y seis pies de largo, a veinte dientes por banda, algunos de media vara, los más menudos de a palmo; los ojos, como dos rodela, y dos alas, como de galera cada una; los miembros de la generación (por lo que le llamaron pez mular), de desmesurada grandeza; dicen que más allá del Estrecho de Gibraltar le tiraron desde una nao con un cañón fuerte, y le quebraron un ala; herido, con rabia y furor entró por el canal del Estrecho dando espantosos bramidos, y llegó hasta esta playa, donde murió. Fué cierto que en muchos días no se tomó un pez en ella, porque huyeron todos, bien fuese del miedo, bien del mal olor que dejó de la corrupción en el agua. Algunos curiosos dicen que este pez es de los que llaman lamias, por la grandeza y por otras partes que se semejan a las de éste; llámanle lamia, por el grande tragadero o garganta, y también le llamaron Carcario, por la aspereza y agudeza de los dientes; dicen que se han visto de tanta grandeza que no los podrían llevar dos carros hechos pedazos, y que se han hallado hombres enteros dentro, y que creen sería de este género la bestia o ballena que trajo Dios para que se tragase a Jonás. En Isaías y en Jeremías, donde se hace memoria de lamias, no se entiende de estos peces, sino de otros monstruos diferentes, y lo que se llama ballena entre nosotros es un vocablo genérico que en hebreo se llama leviatán, y en Jonás no se dice en particular qué género de pez fuese, sino en común un pez grande; en los autores no hallo hecho memoria del miembro viril de la bestia, que por ser cosa tan notable, si fuera alguno de ellos de este género, y describiendo las demás partes pienso que no callaran ésta, especialmente los que tan despacio contaron los dientes y pintaron sus diferencias; sólo hallo en Gesnerio que le envió un amigo suyo la descripción de un *Canis Carcaria*, hembra que tenía sexo femenino, y así imagino que este nuestro era el macho de aquella especie, porque también la hace de mucha grandeza; todos cuantos refieren los autores no tienen que ver ni igualan con la grandeza de esta

bestia, y pienso que en muchos siglos no se ha visto cosa semejante. Esto quede dicho, por si otro no lo dijere.

El ejercicio principal de Su Majestad estando aquí con la Reina, Infantas y Príncipes, después de haber cumplido con su Oficio y despachado los negocios (sábase de cierto que se negociaba aquí más en un día que en Madrid en cuatro, por el concierto de la vida), era oír los Divinos Oficios, gustar de ver despacio ceremonias eclesiásticas, que si no es en estos lugares jamás las ven ni saben qué son, y no les está mal a los reyes cristianos tener noticia de ello, para que las reverencien y estimen, pues los reyes paganos y gentiles no se desdeñaban de sus torpes y brutas ceremonias y de sus sacrificios, y aun se preciaban del nombre de pontífices máximos, con no ser más todo aquello que un hediondo rastro o carnicería. Así, quiso que la Reina y sus hermanos vieses hacer, el tiempo que aquí estuvieron, Ordenes sacras; vino a hacerlas el Obispo de Segorbe, D. Francisco de Soto, electo de Salamanca; juntáronse cien ordenantes religiosos de esta Casa y de la Orden y de otras religiones, y clérigos. Estaban el Rey y la Reina en las ventanas de sus oratorios, que, por estar a no más de un estado levantadas del suelo, y muy junto, gozaron y vieron distintamente todo lo que se hacía, que gustaron mucho con fiesta tan espiritual y tan llena de buenas consideraciones. Esto estiman en poco y aun burlan de ello los hijos de este siglo, pareciéndoles que no es de reyes ver esto, sino de sacristanes, y los reyes que sean todo justas, torneos, toros, cazas y otros ejercicios que no huelan nada a Dios ni al Cristianismo. Luego, el día de la Trinidad siguiente, confirmó el mismo Obispo a las dos Señoras Infantas, Doña Isabel y Doña Catalina, un poco antes de vísperas, y tras ellas muchos otros niños de los del sitio y del pueblo; en presencia también del Rey y Reina, sucedió que le dió a un niño de aquellos un bofetoncillo algo más recio, para la memoria; el chiquillo, llorando, tan presto como le dió le llamó hijo de..., de que se rieron mucho todos, y habían de llorar, pues lo primero que los niños aprenden son pecados,



palabras descompuestas, feas y aun juramentos graves; tanto descuido hay en nuestras costumbres, que primero nos enseñan a pecar que a vivir. Otra vez quiso que viesan consagrar algunas aras al Obispo de Troya, que de allí a pocos días acertó a llegar por aquí visitando el Arzobispado de Toledo, y que estuviesen Reina, Infantas y Príncipes presentes; púsose la mesa muy cerca de las ventanas de los oratorios, para que gozasen de todas las particularidades, que están llenas de diversos sacramentos. A vueltas de esto, les servía la Casa con algunas fiestas de representaciones de cosas santas, que componían los religiosos, y puestas en las bocas de los niños del Seminario, parecían bien y provocaban a devoción, porque aun los juegos y los entretenimientos fuesen lo que es razón sean en los conventos y monasterios, donde vienen los príncipes a recrear el alma con cosas de otro género que las nacidas en las Cortes y ciudades de sus reinos, de que muchas veces desean perder el ahito. Este año de 1575 le representaron algunas de harto ingenio, con que recibieron mucha alegría la Reina, Infantas y Príncipes.

El día de San Basilio, gran Doctor y columna de la Iglesia, se comenzaron a poner las basas de las cuatro columnas y pilastrones fuertes que sustentan la fábrica de toda la iglesia. Advierto esto, porque ninguna cosa de estas se hizo de propósito ni con advertimiento o elección. La fábrica iba corriendo y los maestros y aparejadores repartían sus tareas sin pensar que era este o aquel día, y nuestro Señor lo disponía de suerte que lo que en los hombres era acaso o contingente, con su providencia ordenaba fuese en días señalados, pues esto se había de señalar tanto en su servicio. La primera piedra de los cimientos se puso el día de San Bernardo; la primera donde se había de señalar la planta, el día de Santo Tomás de Aquino; la primera de las basas de las columnas, el día de San Basilio. ¿Qué mucho no haya hecho fábrica tan grande ningún sentimiento, pues tiene tales estribos? Estaban ya acabados los cuatro claustros pequeños del convento: el de la iglesia pequeña, enfermería,

portería y procuración u hospedería; parecióle a Su Majestad que había comodidad para traer los colegiales que estaban en Parraces y los niños del Seminario a su presencia, y donde se gozase desde luego, y que estarían acomodados en el claustro de la hospedería entre tanto que se hacía el colegio propio. Para esto, el año 1575, a 15 de junio, envió aquí a D. Antonio de Padilla, Presidente del Consejo de Ordenes, para que, juntándose con el prior fray Julián de Tricio, y fray Juan de Colmenar, y otros padres antiguos de la Casa, diesen el asiento que mejor les pareciese a lo del colegio y para lo que se había de hacer en Parraces. Pusieron algunos seglares mucha fuerza (aconsejábanlo así a Su Majestad, que la casa de Parraces, salido de allí el colegio, se entregase a algunos clérigos que cumpliesen con las obligaciones de toda aquella abadía); llegó esto tan adelante, que se convenció Su Majestad y trajo un Breve del Papa Gregorio XIII, para que quedasen allí tres solos clérigos y en el colegio se cumpliese con los Oficios que allí se habían de hacer. Nunca le asentó tanto esto al Rey que se determinase de todo punto, y otros le persuadían que diese aquella casa a la Orden de fray Francisco, y otros que lo hiciese convento distinto de esta Casa y tuviese allí otro Monasterio por sí. Al Presidente D. Antonio de Padilla y al prior fray Julián de Tricio, con quien esto se comunicó, les pareció se pusiesen allí algunos frailes de San Lorenzo con un vicario, y que éstos cumpliesen con las cargas y obligaciones que hay en el Monasterio, porque, como hijos del mismo convento y que gozaban de la renta y hacienda de la abadía, mirarían por todas las cosas con más cuidado, mejor que otros algunos, y como propios curas y dueños les dolerían las almas y las haciendas, y los otros, cualesquier que fuesen, mirarían más por sus comodidades, y aun serían perjudiciales. Esta resolución le contentó a Su Majestad; determinóse en ella; mandó se hiciesen leyes para lo uno y lo otro, para el asiento de Parraces y para el colegio que aquí se transplantaba. Para que se vea el ánimo y la piedad de tan Santo Rey, y porque no todos podrán leerlo en



su original y agradezcan los hijos de esta religión y aun de la Iglesia lo mucho que le deben, quiero poner aquí el prólogo o principio de estas constituciones, que él mismo firmó de su nombre:

«En el nombre sea de Dios Todopoderoso, Padre e Hijo y Espíritu Santo, que para siempre vive y reina, y de la gloriosa Virgen Sacratísima Nuestra Señora Santa María, y en honor del bienaventurado San Lorenzo y del glorioso Doctor de la Iglesia San Jerónimo: Manifiesto sea a todos los que la presente vieren, cómo Nos, Don Felipe, segundo de este nombre, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, etc., habiendo fundado y dotado el Monasterio de San Lorenzo el Real de la Orden de San Jerónimo, que es *nullis Dioecesis*, y considerando también de cuánta importancia sea el ejercicio de las letras sagradas para el servicio de Dios, conservación y ampliación de la santa Fe católica, y del beneficio que de ello redundará al pueblo cristiano, y honor y acrecentamiento a la dicha Orden y Monasterio, acordamos de instituir un colegio de frailes de la dicha Orden que esté debajo del dicho Monasterio y del prior de él, en que se lean y enseñen artes y teología, y un Seminario de treinta niños, que se han de criar e instituir en el dicho Monasterio y colegio, según que en la escritura de dotación y fundación del dicho Monasterio, a que nos referimos más largamente, se contiene; porque esperamos en nuestro Señor que mediante su favor y la intercesión de los dichos gloriosos Santos será el dicho colegio en letras y ciencia muy aventajado, y los que en él residieren, en la religión y cristiandad, virtud y buenas costumbres santamente instituidos, y como quiera que nuestra intención y voluntad haya sido y es que el dicho colegio y Seminario estén dentro del ámbito del dicho Monasterio de San Lorenzo, y para este efecto se está acabando un cuarto aparte en que habría el aposento necesario; pero porque no se perdiese el fruto que de tan buena obra podía redundar, habiendo nuestro muy Santo Padre Pío V, Papa de feliz recordación, anexada a nuestra suplicación el Monasterio y Abadía de

Nuestra Señora de Parraces, en la diócesis de Segovia, con todos sus bienes y rentas, al de San Lorenzo el Real, tuvimos por bien, el año pasado de 1567, asentar el dicho colegio y Seminario en el dicho Monasterio de Parraces, donde se han leído las dichas facultades, y a los colegiales y a otras personas que en él han residido se ha proveído lo necesario de las rentas del dicho Monasterio de San Lorenzo, como entonces pareció convenir, y se dieron las constituciones con que se han regido y gobernado, y porque ahora hemos acordado de trasladar y mudar el dicho colegio y Seminario al dicho Monasterio de San Lorenzo, y la experiencia ha mostrado que conviene mudar, añadir y quitar algunas cosas de las que así estaban proveídas y ordenadas, usando del poder y facultad que para ello tenemos y nos reservamos, estaúmos y ordenamos que las constituciones, etc.»

Esto basta para nuestro intento; púsose el colegio y Seminario de veinticuatro colegiales y treinta seminaristas, como dije, en uno de los cuatro claustros; allí estuvo de prestado y apretado hasta que, como dije en su lugar, se asentó en su propio aposento. Vese en este prólogo cuán autorizadas quedan las letras, estudios y colegios por el parecer de tan gran Príncipe, contra los herejes antiguos y modernos, que quisieron desterrarlas de la Iglesia para poder mejor introducir la falsedad de sus perversas doctrinas, y contra una infinidad de cristianos (bárbaros en la vida y costumbres) que, llenos de envidia y de ignorancia, no querrían ver a otros mejorados ni que les hiciesen ventaja en nada, aunque fuese con gran daño de la fe y de las costumbres. En lo que toca al asiento de Parraces, dice así el mismo Rey en las constituciones que para allí hizo:

«Para mayor seguridad y descargo de nuestra conciencia y de ese convento, y por algunas otras causas y consideraciones, hemos determinado que en la dicha casa de Parraces estén y residan perpetuamente algunos religiosos de est<sup>e</sup> Monasterio de San Lorenzo, para el cum-



plimiento de las dichas memorias, cargas y obligaciones. Y porque se tenga entendida nuestra voluntad acerca de la forma y manera en que los dichos religiosos han de estar, el número de ellos que ha de ser y lo que han de hacer y cumplir en la dicha casa, usando de la facultad que en la escritura de fundación y dotación de este Monasterio nos reservamos para estatuir y ordenar lo que nos pareciere convenir cerca del gobierno de él, la cual facultad está confirmada por Su Santidad; declaramos, ordenamos y mandamos que en el asiento de la dicha casa de Parraces se ponga y guarde perpetuamente (mientras otra cosa no fuere nuestra voluntad) la orden siguiente: Primeramente estatuímos y ordenamos que en la dicha casa de Parraces residan perpetuamente nueve religiosos de San Lorenzo y un vicario, que por todos sean diez, o más o menos, como al prior de San Lorenzo que por tiempo fuere le pareciere, presupuesto que no ha de haber más número de los que precisamente sean necesarios para cumplir las obligaciones de aquella abadía, etc.»

Con cuánta puntualidad se guarda todo, cómo se cumple con los aniversarios y obras pías, la instancia de la oración y Oficio divino que se sustenta de la largueza de las limosnas espirituales, de sermones y doctrina, temporales de pan y vianda con que se socorren aquellos pueblos, no tengo que decirlo; dígalo la gente pobre de ellos, testigos perpetuos y abonados. Estuvo el colegio allí diez años; echó bien de menos aquella tierra su ausencia, que tenían con él mucho abrigo y compañía. Y porque quede todo esto dicho aquí de una vez, los colegiales de Parraces y el Seminario entraron en esta Casa el 25 de septiembre de 1575; tenía prevenido y mandado proveer Su Majestad todo cuanto les era necesario para las celdas, con mucho cumplimiento.

Este mismo año se hizo la primera entrega de los libros que aquí iba juntando Su Majestad, para que se comenzase a levantar una librería célebre; contáronse cuatro mil cuerpos, muchos de ellos originales de mano, antiguos, de todas las lenguas: hebrea, griega, latina, árábica, cas-

tellana, italiana, francesa, y otros vulgares de todas las facultades; en su lugar diremos el estado que ahora tiene, y también se tornaron a juntar algunos padres de este convento por mandato de Su Majestad, para dar asiento en las costumbres de esta Casa, porque como el padre fray Hernando de Ciudad Real había procurado ingerir tantas de su casa, que no se compadecían bien con el rezado y misal nuevo, ni aun con la voluntad de los hijos y moradores de esta Casa, y de la Orden, fué menester tornar poco menos que a hacerlas de nuevo. Esto fué mucha parte para que no quedase aquí ninguno de los religiosos que habían venido de nuestra Señora de Guadalupe; ni tampoco de esta vez quedaron asentadas estas costumbres, porque siempre los priores de fuera querían ponerlo todo a su propósito y cargar a esta Casa sobre hombros ajenos, lo que ellos no querían llevar, y aun lo que la hacía odiosa a muchas de la Orden. Murió también este año el Infante Don Carlos Lorenzo, el hijo segundo que nuestro Rey tuvo en la Reina Doña Ana, que dijimos nació en Galapagar; murió en 9 de julio; trajo el cuerpo aquí el Obispo de Sigüenza, Don Juan Manuel; hizosele también un solemne entierro, aunque el Oficio todo fué de alegría y de ángeles, pues se fué a gozar con ellos el Reino del Cielo, desde donde mira, riendo, lo poco que valen los reinos de la tierra. La entrega del cuerpecito real la hizo el Secretario D. Martín de Gaztelu al prior y convento; pusiéronle los monteros de Espinosa con sus abuelos el 11 de julio de 1575, y luego, el día siguiente, 12 del mismo mes, nació el Infante Don Diego, consuelo de la pérdida y tristeza que tenían sus padres, que ya era el tercer hijo de la Reina Doña Ana; llamáronle así porque se bautizó el mismo día de Santiago, y por sobrenombre le llamaron Félix, por haber nacido el día de los dos santos mártires Nabor y Félix, augurándole (digámoslo así) alguna grande suerte o felicidad, por ser, como después sucedió, el primer Príncipe de Castilla que tuvo el nombre del patrón de España, aunque a él le sucedió mejor de lo que los hombres pronosticaban con sus juicios inciertos. Tras esta alegría vino

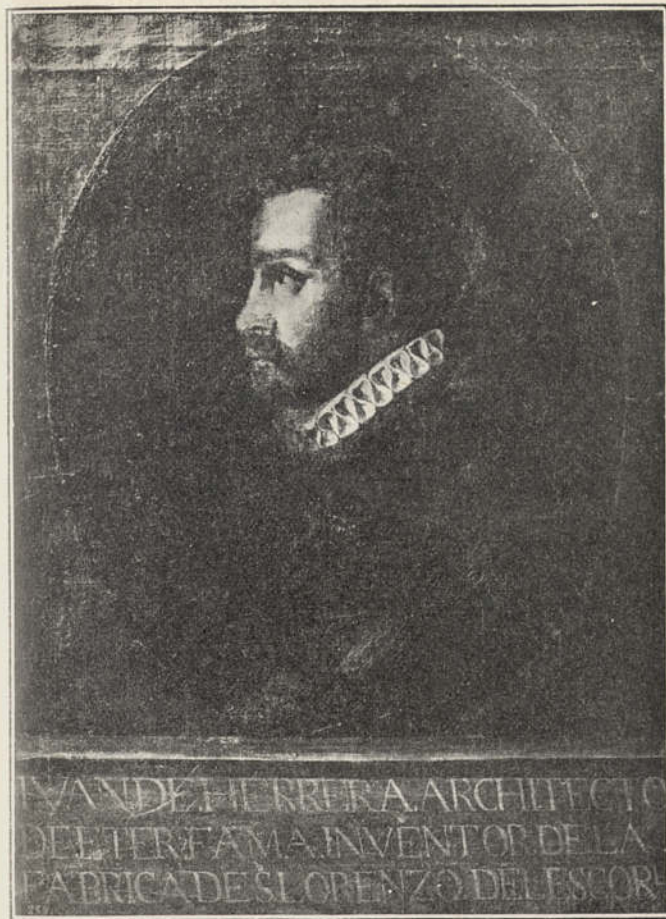


luego a nuestro Rey otra grande tristeza, tan compañeras andan en esta vida estas dos pasiones, y sabíase aprovechar nuestro Fundador bien de ellas, porque entendía cuán de la mano de Dios vienen estos favores y reveses, que llaman los que no saben lo que dicen, fortuna. Adoleció el Príncipe Don Fernando gravemente, y lastimaba esto el corazón real mucho, porque le amaba tiernamente; hicieron en este convento muy extraordinarias diligencias con nuestro Señor, suplicándole por la salud de este Príncipe, y prorrogó por algún plazo la ejecución de esta sentencia la Majestad Divina, dándole salud por entonces, hasta que llegó la hora precisa que estaba determinada en el Consejo divino; entendiéndolo el Rey el gran cuidado en que el convento estaba puesto, hizo que viniese con toda diligencia un mensajero a dar la nueva de la salud; llegó aquí a las doce de la noche, cuando el convento estaba en maitines, y dió golpes a las puertas; entendido lo que era, y recibida la alegre nueva, en acabándolos se hizo una procesión por el claustro cantando el himno *Te Deum laudamus*, que pusiera devoción y espíritu en el más tibio; luego, a la mañana, se dijo la Misa. Murió también este año de 1575, el 5 de octubre, el santo varón fray Juan del Colmenar, primer fundador y primer vicario, y segundo prior de este convento, lleno de días y de buenas obras.

## DISCURSO IX

*Comiéntase la fábrica de la iglesia; declárase el modo que se tuvo de edificarla, que fué extraordinario, con otros varios sucesos de este año.*

**Q**UERÍA el Rey ver en sus días acabado este templo, deseábalo grandemente; como la fábrica era tan grande, poníase delante una largueza de tiempo que enfriaba el ánimo; comenzóse, como ya dije arriba, a elegir la planta y a poner el coco o la primera hilada de cuatro pilares, en que estriba toda la máquina, con sus correspondencias; labrábase de suerte que todo iba por cuenta del Rey; digo que no la tenían



Juan de Herrera (Biblioteca de El Escorial).



a su cargo destajeros ningunos, sino dos maestros o aparejadores, que se llamaban Tolosa y Escalante; a éstos daba el Rey cierto salario, y ellos daban los modelos para sacar la piedra, recibían los sacadores de ella, y los que la labraban y los que la asentaban, y eran el todo del negocio. Probóse esta manera de proceder más de un año, y vióse cuán poco lucía la obra, y, sin duda, si de esta suerte se procediera, no estuviera hoy hecho el medio del templo, porque llegando a apretar a los maestros qué tanto podía levantarse cada año, respondieron que sería harto echar cada año una hilada en contorno de la iglesia; decían la verdad, y aun prometían mucho. Desmayaba esto grandemente al Fundador, porque vió un eterno gasto de tiempo y de dinero, sin fruto, y aun alguna vez desconfiaba de ello. Al obrero fray Antonio de Villa Castín también le descontentaba mucho este modo de proceder, y veía claramente que era cosa sin fin. Preguntóle un día el Rey, por medio del Conde de Chinchón, el viejo, su parecer, y que dijese qué orden se tendría en edificar con brevedad aquel templo. Dióle el siervo de Dios, con la gran claridad de su juicio, en el blanco y en el punto, y respondió con dos solas y formales palabras, diciendo: «Si Su Majestad quiere ver hecha presto esta iglesia, traiga muchos cabos.» Y no dijo más; entendióle luego el Conde, porque era muy agudo; asíóle del brazo y llevóle así al Rey, y díjole: «Señor, fray Antonio dice que acabará Vuestra Majestad esta obra presto si trae muchos maestros y estajeros que la tomen a su cargo.» Preguntóle el Rey si lo sentía así; respondió el siervo de Dios: «Sí, Señor, porque cada uno hará presto la parte que le cupiere, y tras esto labrarán a porfía, no sólo en la presteza, sino en la bondad de la obra.» El Rey se satisfizo de suerte que cobró ánimo, y entendió que aquel parecer y consejo era como del cielo. Mandó que luego se ejecutase aquello.

Enviaron cédulas y mandatos por todo el Reino, para que viniesen maestros a tomar los estajos de esta fábrica, Juntáronse Juan de Herrera, que era el trazador principal, que entró en lugar de Juan Bautista de Toledo,



hombre de gran ingenio, y que alcanzó mucho en matemáticas, y fray Antonio, el obrero que había dado en esta traza; repartieron la iglesia toda con sus torres en diez estajos bien proporcionados, para que igualmente, sin confusión y sin agravio de más o menos pérdida o ganancia, se repartiese entre los maestros que viniesen. Estaban llamados que se hallasen aquí para la Navidad de este año 1575, principio del de 1576. Vino el Rey aquí a tener esta Pascua, y estuvo en los maitines de aquella santa noche del Nacimiento, testigo soy de vista, y muchos de los que hoy aquí vivimos, que, con hacer grandísimo frío, estuvo el piísimo y católico Rey todo el tiempo que duró el invitatorio, y el himno, hasta el primer salmo, en pie, sin arrimarse, y descubierta la cabeza, con tanta compostura y serenidad que no sé yo si hubo algún religioso que pudiese sufrir otro tanto; confieso que me avergoncé y corrí de mi tibieza, y que después acá me ha servido de despertador tan grande ejemplo de un Monarca, criado al fin en majestad y regalo.

Diré también esto de paso, pues a mí no me toca escribir otras hazañas de este Rey sino estas de su devoción y piedad, que jamás le vi vencido en cosas del Oficio divino, por largas que fuesen, en este convento, y que nos venció él a todos muchas veces. Vínole aquí la nueva que habían hecho Emperador a su sobrino Don Rodolfo, primogénito del Emperador Maximiliano; mandó que se hiciese una procesión muy solemne el día de San Juan Evangelista, en acción de gracias; anduvo en ella con muchos caballeros que trajo consigo; confesó y comulgó en la capilla donde estaban entonces las reliquias, y confesábale en estos tiempos el padre fray Juan de Baeza, profeso de San Jerónimo, de Granada primero y después de este convento, y si tuviera tantas partes de valor y letras como de religioso sencillo y santo, sin duda no mudara Su Majestad de confesor; mas no basta esto para tan grande empresa. Luego, el día de la Epifanía, hizo aquí aquella solemne ofrenda de los tres cálices, en la Misa mayor, representación harto al vivo de

la que hicieron los tres Magos o Sabios de Oriente a nuestro Redentor recién nacido en los brazos de su Madre, y en los de la pobreza, que quiso el Señor inmenso abrazar por enriquecernos; acostumbró toda su vida a hacer esto el pío Monarca con mucha devoción, y heredó con el Reino también la santa costumbre el Rey Don Felipe III, su hijo.

Los cálices, que son de plata, dorados, con sus sobrecopas, llevan dentro aquellos místicos dones: oro, incienso y mirra; poníase de rodillas en la grada del altar mayor, a los pies del sacerdote, que hace y tiene las veces de Cristo en aquel lugar, y teniendo la patena en las manos, la besaba el Rey con la boca y con los ojos, y el cáliz que tenía en la mano le daba al diácono que estaba al lado del sacerdote; así los ofrecía uno por uno, diciéndole el sacerdote las palabras de Cristo: *Centuplum accipietis, et vitam eternam possidebitis*, que no sé si, con decir las Dios, se las creemos, según lo que se lastiman los hombres de ver emplear en servicio suyo algunos bienes temporales: tan poca fe tenemos de los eternos, y tan poco crédito de Dios, aunque sea este cambio a letra vista.

Llegaron a esta Casa el día de Año Nuevo sesenta maestros de cantería, que habían sido llamados el mes de noviembre pasado, allegados de las ciudades y pueblos de estos Reinos; informándose de las partes de cada uno, se escogieron de ellos, y de los que acá estaban, veinte para la fábrica de la iglesia, de los más prácticos y experimentados, y repartieron los diez estajos de dos en dos, con compañeros, para que si muriese, o faltase un maestro, quedase el otro. A los que no les cupo parte en esta repartición les mandó Su Majestad dar dos ducados cada día, desde el que salieron de sus casas hasta que volvieron a ellas, a razón de ocho leguas de jornada. A los que quedaron con la obra les obligaron a que, por lo menos, trajese cada compañía cuarenta oficiales, y de allí arriba los que quisiesen, dándoles en el mes a cada partida doscientos ducados para los cuarenta, y en su proporción a los que trajeren de más, y después se había de hacer tasación de la obra por



cierta congregación de personas que había señalada, para todo lo que en esta fábrica se ofrecía. Preguntó un día el Rey a su arquitecto, Juan de Herrera (quiero decir este particular para que se vea el gran juicio del obrero fray Antonio), qué le parecía que costaría esta fábrica; y echando así un juicio (como dicen) a montón, y por no ser esto cosa propia de su arte, ni tener experiencia de las manos, respondió que, a su parecer, costaría millón y medio, y entiendo que aun pensó decía poco. Al Rey le pareció mucho; envióle a preguntar esto mismo a fray Antonio de Villa Castán, y mirando atentamente los diez estajos y partidas, considerando la cantidad y las piezas por la grande experiencia que tenía de atrás, y conocer la piedra, y entender la labor, halló que no llegaba a seiscientos mil ducados; parecióle poco esta suma; imaginó que se engañaba en el tanteo, porque lo hacía sin pluma, con sólo el discurso de su cabeza, estando en la cama enfermo (que tan capaz la tiene para esto y para más); tornó poco a poco a dar la vuelta por todo, y aunque le parecía que en algunos particulares se alargaba, no pudo pasarlo de seiscientos mil ducados: quedó tan cierto de su resolución, y de su juicio, que no dudó de certificarlo al Rey, que le dió mucho contento, no porque en el ánimo Real hubiera alguna escasez, o porque le espantase el coste, sino por la murmuración de su Reino, que tan indiscretamente hablaba de esta fábrica; de lo uno y de lo otro diremos en otra parte más largamente. La ventaja que en esto llevó fray Antonio a Juan de Herrera le llevó en lo que ahora dice Juan de Herrera a él.

Dió este arquitecto en una cosa muy ingeniosa, aguda y nueva: nueva, digo, para estos siglos, porque, según el Ecclesiastés o el Sumador antiguo Salomón, ninguna cosa hay nueva debajo del Sol, ni cosa inventa el ingenio humano que ya otros no hayan dado en ella y se haya visto en el mundo, y aun pienso, no con malas conjeturas, que lo que voy a decir de la manera de fabricar esta iglesia, y labor de ella, imitó mucho a la del mismo Salomón: la traza e ingenio fué que la piedra toda se labrase en las canteras, de suerte que al pie de la obra,

ni en el templo, apenas se oyese golpe de pico ni martillo, y, sin duda, fué una cosa acertadísima y que se ahorró con ella osaré decir tres partes del tiempo, y, por consiguiente, del dinero (aun con igual diligencia y gente); los maestros y los estajeros, o, como dice la lengua latina, *redemptores*, tuvieron esto por invención, traza no usada y nueva, y así por sospechosa, embarazosa y aun de más coste; replicaron sobre ello a la congregación, y aun al Rey, diciendo que las piedras se habían de labrar junto adonde se habían de asentar, y no en las canteras, porque había mucho peligro en desportillarse al cargarlas y descargarlas en los carros; que la gente laborante y los oficiales que las labraban estarían muy desacomodados en el invierno, por el mucho frío, y por los aires destemplados; en el verano, por el gran calor, y cuando quisiesen beber o tomar algún refresco, no tenían dónde; el adobo de las herramientas, picos y escodas, y sus astiles, cinceles y macetas, que se gastan a cada paso, no había dónde aderezarlas, y al fin estar los oficiales trabajando donde sus amos no los vieses, y ser forzoso estar allá con ellos y hacer falta acá, y otros muchos inconvenientes que se les representaban.

¶ Era de este parecer fray Antonio, por ser enemigo de trazas nuevas, y como nunca había visto usar esto, no le asentaba, y podía mucho su autoridad con el Rey, por la experiencia de muchos otros consejos y pareceres acertados. Juan de Herrera decía que los romanos, y más atrás los griegos, habían hecho sus fábricas tan famosas y grandes de esta suerte, y que la grosería y poco primor de España la había olvidado, o no lo había probado jamás, y así era cosa nueva para nosotros, mas en sí la mejor, más segura y más usada de los antiguos; y entre otros primores que en ello había, era uno que el asiento y la junta de las piedras, y por consiguiente la firmeza de la obra, sería excelentísima, especialmente no trayéndose las piedras de todo punto labradas, sino con un grueso de cordel menos; que no estuviesen escodadas, porque con esto no sería necesario poner entre piedra y piedra rajas ni cuñas de madera o de piedra



para hacer venir bien la faz de fuera de la una con la otra, ni se perdería la labor de los cuatro lados o superficies de una piedra cuadrada, sino que con sola una lechada de cal y un simple lecho de conjunción se asentarían una piedra sobre otra macizamente, sin dejar huecos ni falsías en el asiento, y sería esto causa que se viniese a hacer la fábrica tan una y tan maciza, que pareciese de una pieza, y las juntas de fuera muy imperceptibles, porque lo que tuviese de aleve o desigual, cuando se escodase se quitaría todo esto y quedaría muy igual y perfecto, y esta razón era la que más ponderaba Juan de Herrera, diciendo que consistía en ella la perfección de la obra, y tenía razón, como se ha visto; para la brevedad y presteza que era el deseo del Rey, hacía otro discurso, que también salió certísimo, porque labrando la piedra en el mismo lugar donde se saca y corta, y poniéndola allí en la carreta y traída a la iglesia sin descargarla de allí, guindarla y ponerla en su lugar es un ahorro y seguridad grandísima, porque trayéndola aquí sin labrar la cargan y descargan dos veces, y se ocupan dos veces los peones y los oficiales: una, en la cantera, y otra, aquí, donde, después de labrada, la tornan a cargar en carretones y la llevan muchos a brazo, y es forzoso para llevar una piedra grande adonde la ha de subir la grúa ocuparse mucha gente y apartar otras muchas piedras que están entre medias, por ser grande la multitud de las que aquí han de estar juntas, y grande el peso, y todo esto se ahorra, que es una inmensidad de tiempo y de gente lo que en esto se gasta en una fábrica tan grande; a los inconvenientes se ocurría fácilmente poniendo algunas fraguas y haciendo algunas talleres en las canteras, y dándoles algunos lienzos o anjeos con que abrigarse y hacer sombra, y poniendo algunas tabernas, que son todas cosas fáciles de hacer. Hubo, al fin, sobre esto muchas competencias, y tan fuertes estuvieron en sus opiniones, que Su Majestad asintió y quiso ser el juez y sobrestante en el caso; vió muchas veces ejecutar esta traza de Juan de Herrera, asentar las piedras en la iglesia, el pescarlas la grúa de encima

de la carreta, sin descargarlas; el cargarlas en la cantera con un ingenio que llaman cabrilla, y la comodidad o descomodidad de los oficiales; y tanteado y considerándolo bien todo, le pareció que se ahorra mucho y que se hacía con mayor perfección y presteza; sólo quedaba una dificultad, que era el escodar la iglesia después de acabada y pulirla por la faz, quitándole aquel grueso de cordel en los paramentos llanos, porque todo lo que era cornisas o molduras se asentó labrado de todo punto, y veíase, por el efecto, ser cosa fácil y de ningún detenimiento. Al fin Su Majestad se resolvió a que las piedras viniesen medio labradas de la cantera y se siguiese el orden del arquitecto, porque, aun fuera de estos provechos, se ahorra en la carretería, por venir las piedras tan aligeradas. Aprovecharon estas dos trazas, de suerte que la fábrica, que por el camino ordinario que llevaban los maestros aparejadores Tolosa y Escalante durara más de veinte años, se acabó en menos de seis, con la perfección que ahora la vemos y gozamos, y pudiera ser que nadie la viera acabada. Y lo mismo será bien ejercitar en obras tan grandes o mayores, y creo otra vez que las muy antiguas y bien labradas, cuyas reliquias se ven ahora en Roma y en otras partes, que se hicieron de esta suerte, y las juntas tan imperceptibles no pudieron hacerse de otra. Josefo refiere en sus libros de bello Judaico, que aquellas torres de mármol edificadas por Herodes el Grande, con ser las piedras muy grandes, apenas se veían las junturas en ellas, y así podríamos alegar otras fábricas. Este año fué el en que continuó mucho las venidas aquí el Rey, porque las plantas quieren regarse más a menudo. Importaba mucho en los principios de la fábrica de este templo darle calor con su presencia: así se halló aquí el día de la Ceniza, que fué el 7 de marzo, y acabó de determinar este modo y traza de labrar, que nunca asentaban bien en ellos los oficiales; tan dificultoso es mudar de costumbre y olvidar lo aprendido; volvió después para la Semana Santa; hacía dos haciendas de un camino; quiero decir, edificaba con estas venidas dos templos: el material de fuera y el



espiritual y propio dentro de su alma. Recibió la ceniza con mucha humildad y visible devoción, acordándose que, aunque Rey, y tan grande, al fin era su compostura como la de los otros hombres: polvo y ceniza; comulgaba, andaba en procesiones, ganaba jubileos, llevaba el palio acompañando y sirviendo a su Rey, y lavaba pies a pobres, celebrando aquella celestial memoria y ejemplo que dejó el Rey eterno a sus vasallos, y con estos ejercicios tan santos crecían entrambos templos más que a varas. Partió de aquí el 2 de mayo, habiendo hecho primero el aniversario de su madre la Emperatriz, para llevar qué pensar por el camino. Tornó luego por el mes de junio de este mismo año de 1576, trayendo consigo a la Reina Doña Ana y a su primogénito, el Príncipe Don Fernando, que fué la primera vez que la sacó de Madrid, y el primer vuelo que le enseñó este águila a su hijo fué traerle a este Monasterio, fábrica de sus manos y sepultura dignísima de tan esclarecidos abuelos.

Llegó el Rey un día antes, como para hacerles el aposento; mirólo todo, que estaba, aunque de prestado, acomodado razonablemente; preguntáronle de parte del convento si sería bien hacer algún particular recibimiento a la Reina, Príncipe e Infantas; respondió que no, y así no se hizo más que lo ordinario, como otras veces: salió el prior con algunos viejos hasta la puerta, y besáronles las manos, viniendo acompañándolos hasta las gradas del altar de aquella iglesia pequeña, donde hicieron oración; tuvieron aquí las fiestas del Espíritu Santo y Corpus Christi, ejercitándose Rey y Reina y Príncipe de Alemania en obras santas, y aun las recreaciones lo eran porque unas veces visitaban las reliquias, otras las oficinas de la Casa, la librería, que ya comenzaba a ser ilustre, porque entró en ella a esta sazón la de D. Diego de Mendoza, donde había buenos originales griegos y árabes y de otras lenguas y diversas facultades; salíanse por aquellas dehesas de la Herrería y Frexneda, que en verano son unos hermosísimos jardines, parte de la misma Naturaleza compuestos, parte con la industria llenos de flores y frutos, mucha caza, venados, jabalíes, conejos,

liebres, diferencia de aves y harta copia de pescado; de suerte que dentro y fuera era para las personas Reales una estancia llena de dulce entretenimiento, y a doquiera se leían o se oían alabanzas divinas. En cayendo el Sol, que en verano se traspone presto por la sierra que está al poniente, se exhala de ella un aire suave que refresca lo que el calor del día ha destemplado; se salían la Reina e Infantas y Príncipes por los jardines que están en el contorno de la casa; de suerte que aun sin salir, como quien dice, de su aposento, gozaban de mucha frescura, cuando no querían buscarla fuera. Llegó aquí a principios de septiembre el señor Don Juan de Austria, llamado de Italia por su hermano, para enviarle de secreto a Flandes, porque se habían alterado de nuevo aquellos Estados y hecho nuevos rompimientos. Partió el Rey de aquí, y con él Don Juan, para Madrid el 22 de septiembre, donde le despachó con sumo secreto, disimulándose cuanto fué posible la partida y aun su persona: los sucesos de esta jornada ya los han escrito otros, ni son de mi propósito ni profesión.

El 24 de septiembre partió la Reina tras el Rey para Madrid, y luego, el de diciembre siguiente, tornó el Fundador aquí a dar calor a su fábrica y a recibirle él en el alma, continuando su piedad y devoción. Entre otras que en él fueron muy grandes, la principal y la primera, como de razón lo ha de ser, era con el Santísimo Sacramento, herencia piísima de la Casa de Austria; había pedido Su Majestad, en ocasión de la guerra de Granada contra los moros que se rebelaron en la Alpujarra, y por otras necesidades grandes de la Cristiandad, a todos los Obispos y Prelados de las religiones se hiciesen en estos Reinos plegarias, letanías, procesiones y otras oraciones, y que sacasen en público el Santo Sacramento en procesión, y se hiciese cierta manera de vela o vigiliias, de noche y de día, teniéndole en público sobre los altares, para que los religiosos y gente seglar hiciesen devotas oraciones en la presencia del Señor. Envió para esto una instrucción muy larga, en que se echa bien de ver la gran devoción del Príncipe piísimo.



En la Orden de San Jerónimo se hizo este repartimiento y vela del Santísimo Sacramento; de suerte que a esta casa le cabía de cuarenta en cuarenta días, y tenía tanto cuidado el Rey con ella, que desde su aposento contaba y trazaba las venidas aquí para hallarse en esta vela y procesiones, y siempre le cabía llevar una de las varas del palio; y puedo bien afirmar que no había religioso le hiciese ventaja, ni en la devoción con que allí iba, ni en la asistencia delante del Sacramento en el término de aquellas veinticuatro horas. Así llegó la vez postrera que aquí vino en este año de 1576, al punto de esta vela y procesión; duró en esta Casa (olvidóse presto esta devoción en las iglesias y aun en las religiones de España) más de treinta años que jamás faltó un punto por la asistencia y piedad de este Monarca cristianísimo. Diré también otro particular en esta materia: en todos los actos públicos que se hacían en la iglesia mostraba tanto respeto y guardaba tan puntualmente el derecho que se debe a las cosas eclesiásticas y a las personas de ella, que siempre ponía el postrero dondequiera que concurrían. Y porque los niños del Seminario tienen sobrepellices en tanto que asisten al Oficio divino en estos actos eclesiásticos, iban delante y los anteponía: si tomaban la ceniza, los niños primero; si los ramos, las candelas, adoraban la Cruz y otras cosas semejantes, los adelantaba siempre, pareciéndole que era de más alto género todo lo que tenía resabio de orden eclesiástico. Cuando había misas nuevas, iba a besar la mano al Misacantano, y le ofrecía como si fuera otro hombre particular, y otros cien ejemplos bastantes a confundir, no digo a los herejes ni a otros cristianos llenos de pundones de vanidad, sino aun a los muy aventajados religiosos. Desde aquí se marchó, el 11 de diciembre, a Nuestra Señora de Guadalupe, para verse allí con el Rey de Portugal; lo que se trató entre los dos, y las razones de estas vistas con lo que allí pasó, otros lo han ya dicho: a mi parecer, no fué otra cosa aquella junta, por lo que el efecto ha mostrado, sino un como decir que venía a entregar aquel Reino Don Sebastián en manos de Fe-

lipe: testigos de la donación y entrega, la Santísima Virgen y su Hijo, en cuyas manos están los derechos y disposiciones de todos los Reinos y Reyes. Tuvieron allí las dos Pascuas de Navidad los dos Reyes, tío y sobrino, haciendo el nuestro la costa con la largueza que se puede pensar. Acabadas, se partieron; Don Felipe tuvo el día de la Epifanía en nuestra casa de Santa Catalina de Talavera, donde hizo la ofrenda acostumbrada de los tres cálices; de allí se vino a Madrid.

### DISCURSO X

*Crece la fábrica de San Lorenzo el Real; amotínanse los oficiales, y lo que el Rey y Reina y personas reales hicieron aquí en el año mil quinientos setenta y siete, con otros particulares.*

**F**UÉ el consejo de fray Antonio tan acertado, y la traza de Juan de Herrera tan buena, que dentro de un año subió por igual la fábrica de la iglesia en el contorno treinta pies en alto, que es al suelo del coro y claustro alto, segunda planta y elección de toda esta fábrica, con grande admiración de todos y notable contento de Su Majestad, a quien el Duque de Alba dijo un día, viendo tan notable crecimiento: «Más tardarán, Señor, en hacerse los adornos de esta fábrica, que lo principal»; y fué consideración de alto juicio, como lo tenía este gran Príncipe, y así fué como lo dijo. Ayudaban todos los ministros con mucha conformidad: el trazador, el aparejador, el obrero y los estajeros y sobrestantes estaban tan hermanados y concordados, que parecía cosa de milagro, porque no se oyó ni vió un encuentro ni diferencia que fuese de momento; y cuando sucedió alguno, la prudencia grande y clara determinación de fray Antonio lo allanaba todo, ayudándole mucho a esto el veedor García de Brizuela, y el maestro aparejador Mateo de Minjares, a quien también se debe mucho en esto por su habilidad grande en el arte, prudencia y buen término de proceder en tanta variedad de cosas.



El 19 de febrero de 1577 vino a visitarla el Rey, y maravillóse de lo que había crecido. Recibió aquí la ceniza, para que con este acto de humildad cristiana la fábrica se levantase más segura, y aun advirtió de camino ciertos defectos que en esta santa ceremonia habían hecho el sacerdote y los ministros, porque aun de esto sabía más que nosotros. En este mismo día mandó proveer más de dos mil ducados de libros para repartir por las celdas de los religiosos y poner en una librería pequeña de prestado, entendiendo cuán importantes son lección y libros para religiosos tan recogidos, y luego también mandó que se comenzase la librería del coro, que es una de las excelentes cosas que hay en este convento, de que se hará memoria particular más adelante; para esto ordenó que viniesen buenos escribanos de letra grande, proveyendo en todo con un acuerdo y prudencia excelente. Hecha esta visita, se tornó luego a Madrid; volvió para el Domingo de Ramos siguiente; anduvo en la procesión con sus caballeros, y procuraban los religiosos hacer los Oficios divinos con tan buen cuidado, que el Rey no tuviese que enmendar, que no era poco. Hizo el mandato el Jueves Santo, en acabando la Misa mayor, juntando tanta majestad y devoción en este acto, que enterneciera las piedras; hincábase de rodillas a los pies de aquellos trece viejos, que se escogían para esto; lavávaselos y besábaselos con profunda humildad, ayudándole en esto sus dos sobrinos, Príncipes de Bohemia, Alberto y Wenceslao, dándole agua y toallas; sirvióles después a la mesa una comida real, de que los buenos viejos comían poco, y lo más era lágrimas que se les iba por los rostros, considerando la persona que les servía. Pasó aquí esta Semana Santa en mucho recogimiento y oración, asistiendo a todos los Oficios. Confesó y comulgó, y el día de Pascua de Resurrección se fué a comer al Refectorio con los frailes, llevando consigo a los dos Príncipes sus sobrinos, a quien servía de ayo y de maestro, enseñándoles el temor y reverencia que habían de tener en los actos y ministerios divinos; oíale algunas veces en el coro los religiosos que estaban cerca de su silla,

por ser pequeño, los santos advertimientos que les hacía en los versos de los salmos que venían a propósito. Cantó misa el segundo día de Pascua un religioso; salió el Rey con los Príncipes y con sus caballeros a besar la mano al nuevo sacerdote y hacerle sus ofrendas, y tornóse luego a Madrid; como veía el enemigo nuestro que en esta fábrica perdía tanto, por ejercitarse tantas obras de piedad y de religión, tanta continuación de divinas alabanzas, y se criaban tantos sujetos y personas de letras, y que se levantaba como un nuevo alcázar de donde se le había de hacer continua guerra, procuró por mil caminos estorbar su aumento (que es, sin duda alguna, como visible la rabia y envidia que concibió contra esto), y no dejó parte ni camino de cuantos supo para contrastarla, derribarla, deshacerla, como hemos visto: unas veces con tempestades movidas al tiempo que más podían desacreditarla; otras, indignando los pueblos y haciéndoles creer que aquí se gastaban todos los tesoros de estos Reinos; otras, procurando que el Rey mudase de propósito y diese esta Casa a otra religión que le sirviese mejor y tratase con más primor y fruto, sobre lo cual se dieron hartos toques por una parte y por otra, y lo que pretendía no era por que se hiciese, sino porque con la mudanza o se resfriase o se deshiciese, y así lo intentaron muchos de los que andaban al lado del Rey, y aun llegó a ponerse en consulta, tanta era la batería que daban sobre esto, aunque la firmeza del Príncipe fué siempre mayor que la diligencia, industria y porfía de los pretendientes; y este año presente de 1577, en que andaba la fábrica y la labor más viva, y bullía la cosa en su mayor diligencia, le acometió por otros caminos extraños, que fué maravilla no se rompiese el hilo con cualquiera de ellos, porque amenazaban grandes cosas, si Dios no pusiera su mano en cortarlas a los principios. La primera fué un motín de la mayor y mejor parte de los oficiales de esta obra, que eran los canteros. Sucedió que por cierto delito, no de mucha monta, el Alcalde mayor de la villa de El Escorial, que le nombra el prior del convento, prendió a unos vizcaínos canteros, y según él dijo, no con intento de afren-





tarlos, sino de atemorizarlos, hizo buscar y traer unos asnos en que sacarlos a azotar; entendióse entre ellos, y corrió la voz de unos en otros; como se precian tan de hidalgos ellos y los montañeses, amotináronse, de suerte que estuvieron muchos toda la noche con sus espadas haciendo vela y guardando la cárcel, porque los prendieron de parte de tarde, pretendiendo matar al Alcalde mayor y alguaciles, si los sacaban. A la mañana se habían ya conjurado todos, y sin dejar ninguno en las canteras donde trabajaban, vinieron aquí al sitio con un tambor y una bandera, señalando su capitán; tocaron muy reciamente la campanilla con que llamaban a la obra, y en un punto cesó toda, y cesaron de trabajar, y se juntaron todos con las armas que hallaron, y fueron en forma de escuadrón a matar al Alcalde mayor, quebrantar la cárcel y sacar los presos. Fray Antonio, el obrero, viendo el alboroto, envió allá a los estajeros y maestros para que aquietasen aquellos sus oficiales, y aunque les perdieron el respeto y les decían palabras descomedidas, sin querer desistir de su intento, sirvió para detenerlos y embarazarlos con razones, para que luego y con presteza no ejecutasen su intento; entre tanto, el Alcalde mayor se puso en cobro, y el prior le escribió mandándole que le diese los presos; hízolo así, viendo la determinación de aquella gente colérica; mandó abrir la cárcel y sacar los presos, como quisieron, haciendo sus protestas el Alcalde mayor de la fuerza que le hacían. Con esto se les resfrió y mitigó la cólera, y con la misma facilidad que se amotinaron dejaron las armas, muy contentos, diciendo las palabras que suelen los que ellos llaman borricos. Cuando ya se les pasó el ímpetu, echaron de ver el mal recado que habían hecho; ausentáronse de miedo algunos de ellos, que habían sido como los cabezas de motín. Fué esto en una conyuntura, que aunque parecía negocio de poca importancia, pudiera de un principio flaco resultar un daño grande, como suele con una pequeña centella abrasarse un monte. Estaban en este Reino los ánimos muy alterados por la alcabala de diez uno, que entonces se introducía, y consideraban algunos que si esta gente acabara

el hecho y mataran la Justicia de esta villa de El Escorial, y se fueran con su bandera y tambor, se les juntara mucha gente popular de esta comarca y pudiera crecer súbitamente alguna furia, que el menor daño que de ella resultara fuera la pérdida de esta fábrica, según estaba todo enconado; otros se reían de esto, porque tienen más firmes en este Reino las raíces de la lealtad los vasallos de sus reyes, como lo vemos en tantas experiencias. Vino de allí a pocos días Su Majestad con la Reina, Princesas e Infantas, a tener aquí el verano. Fray Antonio, el obrero, le pidió perdonase a aquella gente, que no habían pecado sino de hidalgos, de honrados y de necios. Su Majestad se rió y le respondió con benignidad, mostrando en esto su gran prudencia, entendiendo cuán verdad era lo que el fraile decía, y si se hubiera de hacer caso de ello, se habían de poner muchos en las galeras, y aun en la horea; y así se aquietaron los canteros, que, como el desacato y delito había sido grande, estaban mal seguros hasta este punto. Entendióse que al que alzó la bandera, y al que tañó la campana, y algún otro, los echaron a galeras, castigo bien merecido. La Pascua del Espíritu Santo fué muy regocijada y alegre, por los actos que aquí se hicieron: el día primero recibió el capelo de Cardenal en este Monasterio el Príncipe Alberto, hijo del Emperador Maximiliano, hermano de la Reina Doña Ana. Enviósele el Papa Gregorio XII con el Conde Aníbal, deudo suyo y de la Cámara Apostólica; trajo un Breve para que Nicolás, Obispo patavino, Legado Nuncio Apostólico, le diese. Dijo Misa de Pontifical, y, acabada, mostró el Breve de Su Santidad; leyóse en público; dábase a entender en él cómo Su Santidad, habiendo en las Témperas pasadas creado algunos Cardenales, y las causas que le habían movido para ello, y entre ellos principal y primeramente había nombrado a Su Alteza Don Alberto, diciendo algunas cosas en su loor para calificar las causas de esto, y también por habérselo pedido el Rey de España, Don Felipe, su tío. Subió el nuevo Cardenal a la grada alta del altar mayor, habiendo estado junto de la baja sentado en una silla el tiempo que duró la



Misa; púsose de rodillas delante del Nuncio y tomóle el juramento que hacen los Cardenales de favorecer las cosas de la Iglesia y Silla Apostólica hasta derramar por ellas su sangre, si el caso y necesidad lo pidiere. Hecho el juramento, levantóse el Nuncio y dijo las oraciones competentes; tornóse a sentar, estándose siempre el Príncipe de rodillas; púsole la capilla de la muceta colorada, que tenía vestida; encima de ella el bonete, y luego el Conde Aníbal le dió el galero o capelo al Nuncio y se lo puso encima del bonete, diciendo en lengua latina las palabras que en la nuestra suenan así: «Recibe a loor de Dios omnipotente el sombrero colorado, que es señal de la dignidad grande de Cardenal, el cual se te da por nuestras manos de potestad apostólica, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y así como el Espíritu Santo descendió sobre las cabezas de los Apóstoles en forma de fuego, y fueron sus corazones inflamados del amor de Dios, así tú, que tienes figura de ellos, con los demás Cardenales de la Santa Iglesia de Roma, seas ferviente en la caridad y ardas en celo de la Casa de Dios. Y sabe que por el ensalzamiento y provecho de la santa Fe Católica, y por la defensa de la libertad Eclesiástica, has de sufrir la muerte corporal, y para que puedas cumplir esto en efecto, Aquél te dé su gracia que con el Padre y Espíritu Santo vive y reina sin fin. Amén.» Dicho esto, le dió paz en el rostro, diciendo: *Pax tibi*, y respondió: *Et cum spiritu tuo*. Quitóle el capelo y dióle al Conde Aníbal; hincóse de rodillas y comenzó sin mitra a cantar el himno *Te Deum laudamus*; prosiguióle el coro; acabado y dichas las oraciones competentes, dió la bendición al pueblo, y se fueron a comer. Acompañó el Rey este día a su sobrino; trájolo desde su aposento, y tornóle a llevar, mostrándose en todos estos actos regocijado, alegre, vestido galanamente y con el Toisón, y el Duque de Alba también se le puso, y todos los caballeros salieron de fiesta. El día siguiente, y segundo de Pascua, el mismo Nuncio y Legado a *latere* de Su Santidad tornó a celebrar de Pontifical, y dió la Rosa de Oro que le enviaba el mismo Pontífice a la

Reina Doña Ana. Bendice algunos años Su Santidad, en la Cuarta Dominica de Cuaresma, una Rosa, que por esto la llaman la Dominica de la Rosa a la que llamamos Dominica *Lactare*, por comenzar así el Oficio de la Misa de aquel día: ésta es a manera de un arbolillo, con su pie y tronco de altura de una tercia, poco más, que parece más rosal de un pie, que rosa; es toda de oro fino, sumamente vaciado; antes que el Papa se ponga a bendecirla, junta los Cardenales y consulta con ellos a quién les parece será bien enviar aquella Rosa entre las señoras principales de la Iglesia; en determinándose, se viste de amito, alba, estola, capa y mitra, comienza la bendición detrás de la cortina, con las oraciones que señala el ceremonial romano; dichas, le echa agua bendita y bálsamo y otros olores, y la incienso, teniéndola en las manos uno de los clérigos de la Cámara del Pontífice. Acabada esta ceremonia, el clérigo da la Rosa a un diácono Cardenal, y él la da al Papa, en la mano izquierda, para que la derecha quede desembarazada para la bendición que da aquel día al pueblo. Este año, pues, con acuerdo de los Cardenales, envió esta Rosa a la Reina Doña Ana. En acabando la Misa, salió a recibirla al altar mayor de esta iglesia de prestado; acompañóla el Rey, con los Príncipes de Bohemia e Infantas Doña Isabel y Doña Catalina, y todos los caballeros muy galanes, como lo habían ido el día antes; subió sola la Reina hasta la grada postrera; hincóse de rodillas, y luego el Secretario Mateo Vázquez leyó el Breve de Su Santidad que le entregó el Conde Aníbal; leído, tomó el Nuncio la Rosa en la mano, y hablando en nombre del Papa, le dijo en lengua latina lo que en la nuestra suena así: «Recibe esta Rosa de nuestras manos, que aunque inmértitos, tenemos lugar de Dios en la tierra; por ella se significa el gozo de una y otra Jerusalén, que es la Iglesia triunfante y militante; por ella también se muestra a todos los fieles cristianos la misma hermosísima flor Cristo, que es gozo y corona de todos los santos; recíbelas tú, amantísima hija, que eres noble y poderosa en este siglo, y de grande virtud adornada, para que seas más



ennoblecida de toda virtud de Jesucristo, como rosa plantada sobre las riberas de aguas abundantes, la cual graciosamente por su abundante clemencia tenga por bien concederte el que es Trino y Uno por todos los siglos de los siglos. Amén. En nombre del Padre», etc.

En tanto que el Nuncio decía estas palabras, tenía la Reina en sus manos la Rosa; acabadas, se la dió a uno de los ministros del altar para que la pusiese, como don espiritual y místico, entre las santas reliquias de esta Casa, y tornóse con el mismo acompañamiento que había venido; el Nuncio y el Conde Aníbal se fueron a comer con los religiosos al refectorio. En las palabras con que el Nuncio entrega esta Rosa se manifiesta el pensamiento o la alegoría o misterio que la Iglesia pretende en esta ceremonia alegre, y en medio de los ayunos cuadragésimales, la mayor alegría de la Iglesia, y aun de los ángeles del cielo (según nuestro Señor y Maestro nos enseña), es la de la penitencia de los fieles, que no es otra cosa todo el curso de la vida cristiana sino un camino estrecho y una puerta angosta por donde se entra a la vida eterna; esto consiste en ser perfectos hijos de Jesucristo y llegar al estado de varones en la medida de la edad y plenitud de Cristo, despojados de la vestidura del Adán viejo y vestidos y coronados de la flor, que es Jesucristo. Para que no se desmaye en esta carrera, nos ayuda la Iglesia, Madre nuestra santísima, con la suavidad de las flores y rosas que salen en esta primavera, como lo pide la Esposa en los Cantares; el ministro de este socorro es el Sumo Pontífice, que es Vicediós en la tierra, y como tan celoso de las almas que le entregó su Señor hace el oficio del enamorado Esposo, y en vez de todas las almas, envía a alguna gran Princesa o Reina esta Rosa, que, como en su plática muestra, significa todo esto con admirable propiedad y alegoría. Esto quede dicho para que se entienda algo del misterio, pues nos toca a todos. Para que fuese en este verano entreverado el curso de este edificio con favores y con trabajos, gracias y desgracias, tornó el enemigo, que tan de propósito se señaló contra esta obra célebre y pía, a turbar el feliz suceso de ella

con aquel rayo que con tan gran relámpago y trueno se oyó por toda España. Una cosa diré digna de consideración: aquel año trajo aquí Su Majestad alguna guarda de alabarderos, lo que jamás antes ni después vimos; dió que pensar esto, no sólo a los religiosos, sino a otros; hacían su vela concertada, y andaban rondando la Casa por horas; preguntado la causa de esta novedad, respondieron los que podían saber algo de ello, declarando diversos motivos; en lo que más concordaban los que menos sabían era que a Su Majestad le habían pronosticado que aquel año amenazaba un fuego grande a una Casa Real, la más insigne de ellas, y que, sin duda, era ésta; con esto andaban todos escarapelados y cuidadosos, entendiendo había alguna traición de secreto, ora fuese de herejes, ora de otra gente amotinada, y lo que menos se sospechaba era del cielo, a quien con evidentes señales y efectos se ha visto ser gratísima esta obra. Lo que fué certísimo en este caso es que fué motivo del Duque de Alba, Mayordomo mayor del Rey; habíale dicho otras veces este prudente capitán que le parecía descuido venirse Su Majestad aquí con todas las personas Reales tan solo y sin guarda, estando tan de asiento en este desierto los veranos, y que sería bien viniese la guarda de a pie, para que no estuviese esto tan sin autoridad, que lo que no acontece en mil años, sucede en un día. El Rey le dejó ordenar esto como quiso y condescendió con él, aunque él tenía puesto su corazón en otro más firme presidio; sucedió esta diligencia concurrir con la desgracia del rayo, y dió ocasión al pueblo vano, que tan amigo es de pronósticos, y que se dé alcance a la Providencia divina, para decir lo que suele, bestia de mil cabezas y de más lenguas, y en todas poca rienda y poco seso. Decían que este año de 1577, tan setenado con once sietes, estaba de años atrás muy temido, y que particularísimamente amenazaba a esta Casa, porque cayó en junio, que es el séptimo mes, y a 21 del mismo, que son tres sietes, y en el séptimo de la Luna, y habiendo entrado el Sol en el séptimo grado del signo de León, y aun me maravillo que no advirtieron adónde estaban



las siete cabrillas y otras setenta impertinencias de estos judicarios, que se precian harto más de caldeos que de cristianos, como si el año antes y otro después, sin ningún siete de estos, no cayeran en Madrid y en otros pueblos, campanarios y torres de estas y otras comarcas rayos más derechos y aun más perjudiciales; pudiera hacer aquí argumentos y aun evidentes demostraciones de cuán vanos son estos pronósticos que descienden a particulares tan menudos, que señalan lugares y personas, si fuera del oficio que ahora profeso; no me despido de hacerlo en mejor coyuntura; sólo diré una cosa muy cercana a mi propósito y de nuestro Fundador. Diéronle una vez un pronóstico de estos atrevidos judicarios en que le amenazaban grandes males en aquel año; el prudentísimo Príncipe, habiéndolo visto, mandó que lo imprimiesen; con ninguna cosa se pudo probar mejor la vanidad del autor, porque ninguno de los singulares que amenazaba sucedió; dejó aquellas redes barrederas que suelen echar, que ningún tiempo escapa de ellas, y junto con esto mostró el Rey su gran entereza, cuán poco caso se había de hacer entre cristianos de estos pronosticadores. Ven-gamos al caso, y contemos cómo sucedió lo del rayo, que creo lo envió Dios, o permitió al demonio probase con tan fuerte encuentro a su siervo Felipe, como otro tiempo a Job, con fuego del cielo, para que en él se viese su pecho Real y su constancia. Domingo, en la noche, víspera de la Magdalena, el día que hemos dicho, entre las once y las doce de la noche, sobrevino una tempestad de aires, agua, truenos, relámpagos, con gran obscuridad de nubes tenebrosas, soplada de un viento medio ábrego, que la encaminaba de entre Mediodía y Poniente, a encontrar con esta sierra; aquí se espesaron las nubes unas con otras, y al pasar se desgarró una y despidió con la fuerza de la exhalación seca, encendida dentro de aquel seno, un relámpago, rayo y trueno, y tan horrendo y furioso, que despertó a los que dormían, y a los que estaban velando, que eran algunos colegiales, poco menos derribó en el suelo. Dió el rayo con algunas de sus centellas en diversas partes de la casa, en la sacris-

tía desdoró los marcos de unos hermosos lienzos de pintura; en un cajón abrasó el oro de la cenefa de una casulla; en otra pieza más alta hizo otro agujero, todo cosa de poco momento; el golpe más principal hizo en la esquina de la torre del Poniente, donde estaban las campanas; derribó algunas piedras de la parte de dentro, que cayeron encima de la celda del fraile relojero, y al fin todo era poco: lo que de suyo no era de importancia hizo todo el daño, y fué que otra pequeña brizna tocó en el chapitel de esta torre en lo más alto, y muy cerca de la bola comenzó a encenderse no con más fuerza al principio que la lumbre de una vela; estaba la madera seca y con el tiempo caluroso bien aparejada y como yesca; no fué posible subir a echarle un jarro de agua, que bastaba; fuese poco a poco apoderando el fuego en las tablas y maderos; vino a crecer, sin remedio, porque la materia de que se alimentaba era mucha; ayudaba el plomo de que estaba guarnecida, y enviaba aquellas pelotas derretidas y hechas fuego con que se defendía para que no se le allegasen cerca; apoderóse, al fin, de tal suerte del chapitel, que le abrasó todo y la pieza inmediata, donde estaban las campanas en unos telares o andamios de madera, que sirvieron para que con ellos se derritiesen once muy buenas, que no se pudieron poner mejor, para que con el aire y el fuego hicieran de ellas rieles de bronce; remedióse con suma diligencia que el fuego no descendiese a los suelos más bajos, ni pasase a otros desvanes, y se contentase con sólo el chapitel y campanas, dejando las paredes de la torre sanas; este fué todo el daño. Al punto de este suceso quería Su Majestad desnudarse; entró uno de los de la guardia, dijo que había caído un rayo, preguntó lo primero, con rostro sereno, si había muerto algún religioso u otro alguno; sabido que no, dió gracias a nuestro Señor, como Príncipe temeroso y pío, que es de impíos o insensatos no temer la ira divina. Salió de su aposento acompañado del Duque de Alba, Marqués de los Vélez, y otros caballeros; subió al claustro alto de la enfermería, frontero del chapitel, que ardía ya más que medianamente; el



Duque de Alba, perpetuo fiel ministro de la Majestad Real, aunque fatigado de la gota, subió a lo más alto de la torre; hizo aquí también oficio de capitán; ordenó la multitud de gente trabajadora que ya a este tiempo había entrado en casa; hacía que trajesen unos arenas y otros agua, para echar en los suelos donde caían los maderos encendidos, para que no los abrasasen y fuesen cayendo de unos en otros; mandaba traer mantas mojadas y poner en las ventanas y puertas por donde podría pasar el fuego a otras partes; hizo una como sogas o cadena de hombres, que, sin mudarse de sus puestos, desde la fuente hasta lo alto de la torre, y adonde era menester subiesen el agua, como si fuera de mano en mano, pasando un perpetuo canal de agua, que fué de importancia para atajar el daño. Hubo diversos pareceres, si se cortarían algunas tijeras de los tejados de una y otra parte de la torre; los más, o casi todos, eran de parecer que sí, porque en cualquier lado que prendiera, fuera el daño irremediable, y con esto se aseguraba. Fray Antonio de Villa Castán, que tiene las principales partes en todas las escenas de este poema, a veces trágico, a veces cómico, fué de contrario parecer, afirmando que el fuego ni ninguna forma saldría de las paredes de la torre, porque eran fuertes, y que la bola de bronce y la cruz que remataba el chapitel, y era mucho peso, caerían a la parte del jardín, donde harían poco o ningún daño; pudo tanto su autoridad y sus razones con el Rey, que lo dejaron así, y así sucedió todo como lo dijo. Señaláronse entre todos los que socorrieron este incendio dos soldados, hombres de valor y esfuerzo; habían llegado aquí a pedir alguna merced a Su Majestad por lo que habían hecho en su servicio. Escaparon de Constantinopla, donde habían estado cautivos, y trájolos Dios a que delante y a ojos de su Rey peleasen con un enemigo tan implacable como el fuego; pusieronse en dos ventanas de la torre misma, a la parte que miraba al claustro diametral, o, como decimos, esquina contraria donde el Rey estaba; desde allí arrebataban con las manos las vigas encendidas que caían de lo alto, y pudieran hacer gran daño,

y las lanzaban por las ventanas al claustro; y algunas tan grandes, que parecía mucho poderlas alzar del suelo, aun cuando estuvieran frías, cuanto más hechas brasa.

Duraron en esta pelea más de lo que parecía posible; Su Majestad les hizo la merced que le pedían, y más. Los religiosos hicieron en este rebato lo que debían y podían: sacaron algunas reliquias, el *Lignum Crucis*, el brazo del Patrón y mártir glorioso de España, para que diese fuerza el uno, y ahuyentase al enemigo el otro; hincados de rodillas, decían letanías y hacían otras santas oraciones, y otros daban de beber y comer a los que peleaban con el fuego. Pudieran librarse algunas de las campanas, mas no quiso el Rey que se pusiese ninguno en peligro notable, y pues el rayo no había hecho mal a nadie, no quería que por tan poco interés se pusiese a riesgo ninguna vida, porque el plomo que se venía regalando era peligroso aguardarle.

Duró el fuego desde las once, o poco más, de la noche hasta las seis del día; todo este tiempo estuvo allí sin mudarse el Rey, que no se puede negar que aunque tenía el rostro sereno y aun alegre, para quitar a los demás la tristeza y poner ánimo, sin duda que lo sentía de veras; partióse a esta hora de allí, y fué al oratorio, a dar gracias a nuestro Señor por esta merced, conociendo, como pío, le debemos más cuando nos azota y castiga que cuando nos regala con favores, y que está en lo primero más segura nuestra gracia. Quien pienso yo peligró en este caso fué el relojero fraile, mozo de tres a cuatro años profeso; antes que cayese el despertador que tienen para llamar con tiempo, cayó no sé cómo un poco antes; estando así pensando cómo había sido, cayó el rayo, y con el espanto dió con él aturdido en el suelo; vuelto en sí, dió voces y comenzó a decir: fuego, fuego en la torre de las campanas; subió y comenzó a tañerlas con prisa; por entonces no sintió nada; mas luego, poco a poco, le cargó una fuerte melancolía; mudósele el rostro extrañamente, y mudó el color de blanco en un pardo triste; salieron unos lunares negros; vivió otros tres años, poco más o menos, y al fin murió casi



sin que se echase de ver: entendióse le entró algún humor en el cuerpo aquella noche que le hizo este efecto. Tal fué puntualmente todo el caso; pasó el nublado adelante, llevado de un airecillo que se levantó de la sierra; descargó tanta piedra en Robledo de Chavela y en San Martín de Valdeiglesias, que les quitó casi todo el vino de aquel año, sin que lo supiesen los astrólogos, aunque fué mucho mayor el daño de aquella gente que tenía allí puesto su sustento; para los pobres no hay astrología.

Diré por remate del discurso de este año una cosa indigna de que se hiciese memoria de ella entre los sucesos de la fundación de esta Casa, por la liviandad en que se funda, mas servirá de desengaño para otras cosas que siembra vanamente el vulgo ignorante o las gentes maliciosas. Desde el mes de mayo de este mismo año, y desde el punto que llegó aquí el Rey con la Reina y otras personas Reales comenzaron a decir, o los peones o los muchachos (tan flaco es el principio), que andaba de noche en esta fábrica un perro grande y negro, con unas cadenas arrastrando, que de cuando en cuando daba unos aullidos temerosos; fué creciendo esta fama, y aunque la gente de algún seso se reía de esta niñería, otros de menos caudal o de más malicia la alentaban, fingiendo cuentos y vistas, de tal suerte, que voló por todo el Reino y apenas se hablaba de otra cosa sino del perro negro de San Lorenzo; decían que le veían de noche andar alrededor de la fábrica con estas cadenas y aullidos; y aun no faltaba quien decía y afirmaba que le veían saltar por las grúas de la iglesia, y de un brinco pasaba del pescante de la una al de la otra, que no podía ser sin alas.

Algunos que tenían más dentro la malicia, hacían alegorías de esto: decían que significaba los motines de secreto que se levantaban en el Reino para desechar la imposición del alcabala de diez uno; que los aullidos eran los gemidos de los pobres, y las cadenas, la opresión de estas imposiciones; y otros cien disparates como éstos, si, como digo, no eran malicias.

Había aquí algunos lebreles en poder de diversos dueños en el pueblo, y aquí arriba en el sitio, y uno de los

estajeros de la fábrica tenía un alano que le llevaban los peones consigo y le hacían andar en la rueda de la grúa con ellos; éstos traían collares y cadenas; soltábanse de noche; venían a buscarse unos a otros, como suelen; en ladrando o en sonando el collar o la cadena levantaban cien quimeras. Acertó a quedarse aquí perdido un sabueso, perro de casta y regalado; dicen era del Marqués de las Navas; éste, buscando a su dueño, dió algunas noches muchos aullidos, que fué gran parte de confirmar la voz de esta malicia. Aconteció una noche, como entonces estaba todo abierto y la fábrica no podía cerrarse, que se entró este perro hasta la pared de las ventanas del coro y del aposento del Rey; como era la hora en que los religiosos estaban en maitines, el perro regalado sintió gente, y como quien deseaba encontrar con su amo o quien le abriese o recogiese, comenzó a dar tristísimos aullidos, cuales los dan los perros perdidos; apenas quedó religioso en el coro que no se le erizase el pelo, creyendo muchos tenía más fundamento de lo que se pensaba la fama que había llenado el mundo de esto; dió tres o cuatro aullidos temerosos; el silencio, la hora de la noche, la bóveda de los nichos donde se había metido, de donde retumbaba el sonido, la fama esparcida, el ser debajo de las ventanas del Rey, todo hacía miedo, horror, espanto. Fray Antonio de Villa Castín estaba en maitines; salió con otro fraile, bajó a los nichos y a la bóveda donde el perro estaba, asíóle del collar con harto poco miedo, que a los siervos de Dios no les espeluznan estas niñerías; subiolo al claustro grande y colgólo de un antepecho, donde le vieron a la mañana cuantos entraban a oír misa; y una cosa tan esparcida y tan pública, con la facilidad que se había levantado cayó en un punto con la muerte de este inocente perro.

En el mes de octubre de este mismo año recibió aquí el hábito de San Juan el Príncipe Wenceslao, Archiduque de Austria, el día de San Lucas, y en el mismo día, por la facultad del Papa Gregorio XIII, hizo profesión en manos de D. Antonio de Toledo, con los tres votos esenciales y regla de San Agustín, y luego se le dió el



priorato de la misma Orden; de suerte que los dos hermanos, cuando de aquí salieron, el uno era Cardenal y el otro fraile de San Juan y prior de la misma Orden. El Rey, Reina, Príncipes e Infantas se tornaron a Madrid el 4 de noviembre de este año, que cerró sus pronósticos y males con la aparición de aquel cometa famoso que se vió el 9 de noviembre; dijeron luego todos que amenazaba a Portugal, y extendía su cola o sus cabellos por la parte de España, que desde aquí miraba y caía al Reino de Toledo y Valencia; cuán verdadero fué el juicio, hasta ahora lo lloran los portugueses, y los castellanos no enjugarán tan presto las lágrimas.

### DISCURSO XI

*Descripción del modo con que se iba prosiguiendo la fábrica de la iglesia y otras piezas y partes de la casa, con las cosas que aquí sucedieron al Rey en el año 1578.*

**N**o sé si era más admirable y de más nueva y alegre vista la de esta Casa cuando se iba edificando, que ahora cual la vemos, perfecta y acabada. Aquel bullicio y aquel ruido, aquella variedad de gentes y voces tan variadas; la diferencia de artes, oficios y ejercicios envueltos todos en una prisa y diligencia extraña, y en aquella al parecer confusa muchedumbre, aunque en la verdad admirablemente avenida y concertada, causaba un como pasmo y admiración a cuantos de nuevo la veían, y aun a los que despacio lo estaban considerando. Había en sola la iglesia veinte grúas de a dos ruedas, unas altas, otras bajas y otras sobre éstas, más altas, y sobre éstas tablados y andamios que subían al cielo; éstos daban voces a aquéllos, los de abajo llamaban a los altos, los de en medio a los unos y a los otros; de día, de noche, a la tarde, a la mañana, no se oía sino guinda, amaina, vuelve, revuelve, torna, estira, pára, tente, menea; bullía todo y crecía con aumento espantoso; parecía trabajaban no sólo para ganar de comer, como en otras obras, sino para dar remate y

perfección a lo que tenían entre manos en una amigable contención y porfía, pretendiendo cada uno ir el primero, y junto con esto, ayudar al otro. Fuera de este número de grúas que andaban en la iglesia y torres de ella, había otras en diversas partidas: en el aposento de Palacio, Casa Real y de las damas y caballeros, otras dos; en el pórtico principal, cuatro, y aun seis; en el corredor de la enfermería, otra; en el colegio, otras, no sé cuántas; a todas se proveía con abundancia y con puntualidad los materiales necesarios, peonaje, carretería, piedra, cal, agua, madera. Quien viera la multitud de aserradores y carpinteros de tantas suertes y diferencias de obras, unas gruesas como andamios, grúas, cabrillas, agujas y otros ingenios y vasos, tijeras y maderamientos de tejados, otros de puertas y ventanas, y otros más primos, y delgadas manos para cajones y sillas y estantes, y todo cuanto toca a ensamblaje, jurara que se hacía alguna ciudad de sola madera. Quien considerara las fraguas y el hierro que se gastaba y labraba, pensara que era para algún castillo o alcázar de puro hierro, y lo mismo afirmarían los que pesaran el plomo y otros metales, como bronce, estaño y cobre. Por otra parte, la variedad y diferencia de albañiles, para lo que se gastaba de cal, yeso, estuque, azulejos, ladrillos y cosas de este menester era tan grande, que si se derramara, ocupara gran parte de esta campiña, y sin duda que si esto, o cualquiera cosa de las que he dicho la amontonaran por sí en el contorno de esta casa, admirara la grandeza de cada una, y se atrevieran a afirmar ser bastante para fundar una ciudad entera. Diremos más adelante la razón y la suma de lo que pudiéremos en ello; entre estos maestros públicos que hacían tan acordado bullicio, había otros más secretos y retirados, como eran pintores, muchos y de gran primor en el arte, que llaman ellos valientes; unos hacían dibujos y cartones, y otros ejecutaban; unos labraban al óleo tableros y lienzos, otros al fresco las paredes y techos, otros al temple, y otros iluminaban; otros estofaban y doraban, y otros muchos, porque los juntemos con éstos, escribían libros



de todas suertes, grandes y pequeños, y otros los encuadraban.

De este género y de no menos primor había gran copia de bordadores, que iban haciendo ornamentos al culto divino para altares y sacristía, en telas de raso, marañas, terciopelo, brocados; unos matizaban con extraño primor, otros bordaban, otros hacían franjas y cordones. Sin esto, otra diferencia de maestros más extraños para los metales; unos hacían órganos y otros campanas, otros vaciaban grandes planchas de plomo y otros mezclaban los unos con los otros para diversos ministerios e instrumentos, garruchas, poleas, trócolas. El esparto y el cáñamo, para sogas, serones, espuertas, guindaletas, cuerdas, maromas, ondas, cables, que casi se labró aquí todo, era otra parte de fábrica grande, que aunque aquí era casa sorda y de poca cuenta, en otra parte hiciera harto ruido.

Esto todo junto, y como a la par, pasaba aquí, y se ejecutaba al pie de la fábrica; y sin esto los campos de esta comarca resonaban con los golpes de las almadenas y cuñas, y con la fuerza de los martillos, picos y escodas, partiendo o (digámoslo así) rebanando con tanta maña y artificio, que al rendirse parecían de cera, y en la blancura de dentro, nieve; estaba todo el contorno sembrado de talleres, fraguas, tabernáculos, y aun tabernas, donde se amparaban de las injurias del tiempo, del agua, del sol y de la nieve, y donde cobraban fuerzas con el vino; por otra parte se veían ingeniosas ruedas traídas del agua, con que se cortaban, aserraban, pulían jaspes y mármoles durísimos con la fuerza de los esmeriles y sierras artificiosas.

La multitud de la carretería, carreteros y bueyes era también de consideración, por la puntualidad con que acudían a sus horas concertadas, proveyendo a las grúas, agujas y cabrillas de piedra, para que ni parasen las ruedas, ni descansasen los pescantes, ni se quejasen los estajeros y asentadores de que no les daban materia. Veíanse cada día traer piezas grandes, basas, cornisas, capiteles, pedestales, linteles, jambas y otras piezas de

tan descomunal grandeza que no las meneaban menos que siete o nueve pares de bueyes, y algunas doce, y muchas veinte, y no pocas cuarenta. Aquí era de ver mucho una procesión, o un rosario tan largo de estos bueyes ensartados tan iguales y tan parejos, tirar todos tan a un punto de aquella pesada carga, que parecía entenderse y adunarse para arrancar con ella, y cuando esto no era muy a una, acontecía arrancar del casco los cuernos de los que quedaban faltos o postreros. Para todos estos oficios, y para tanta variedad de menesteres, y para que todo creciese a la iguala, había diferencias de aparejadores y sobrestantes, conviniendo unos con otros en dar recado, prisa, calor y ánimo a los que andaban en sus partidas. En estando hecha la ventana, o la puerta, en lo que tocaba a la cantería, puestas las jambas y linteles, acudía el carpintero con la madera, marco, ventana o puerta; el herrero con el antepecho o reja de hierro; en cerrando o cubriendo el aposento con la bóveda o con la clave, o levantando las paredes, ya estaba la madera del tejado, y el carpintero le cubría, el pizarrero le empizarraba, acudía el albañil y jaharraba o enlucía las paredes, y si se había de pintar, asentaban el estuque y le pintaban; el otro tenía hecha la cerradura, y tan presto el solador la solaba de lo que la pieza pedía, mármol, jaspe, piedra, azulejo o ladrillo. Así se veía acabar un montón grande de cosas a la par, con tanta presteza, que parecía se había nacido así. Bullía, al fin, como dice el poeta, aquí un hormiguero concertadísimo, tan sin encontrarse ni embarazarse, que parecían todos uno, o que uno lo hacía todo. Fuera de aquí, en muchas otras partes había y se hacía gran cantidad de obra, en que se ocupaban no poca diferencia de gentes, todo para la perfección de esta fábrica.

En las canteras del jaspe, no lejos del Burgo de Osma, y junto a nuestra casa de San Jerónimo de Espeja, andaban sacando y labrando españoles, italianos, lo que tocaba al jaspe de la fábrica, que, como veremos, es mucho. En Madrid se hacía la obra de la Custodia y relicario con parte del retablo, donde se juntaban muchos



maestros y laborantes; allí y en Guadalajara y Cuenca, y en otras partes que yo no sé, se hacía gran cantidad de rejas de hierro, sin lo que se labraba aquí. En Zaragoza se fundían y obraban las rejas principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella.

En las sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en estas de las Navas y en Estremoz, y en las riberas de Genil, junto a Granada, y en las sierras de Aracena y otras partes, mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias. Los pinares de Cuenca, Balsain de Segovia, Quejigal de Avila y de las Navas estaban siempre sonando con los golpes de las hachas y segures con que derribaban y labraban pinos altísimos, y con el ruido de los aserradores, que los hacían trozos, tozas y tablas. En Florencia o en Milán se fundían grandes figuras de bronce para el retablo y entierros. En Toledo se hacían lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. En Flandes, otros candeleros de bronce, grandes, medianos y menores, y de extrañas hechuras, de donde también se trajo gran cantidad de lienzos de pintura al temple, para adornar las celdas. De suerte que por toda España, Italia y Flandes estaba esparcida no pequeña parte de esta fábrica, y aunque se pudo contar la gente que andaba en el templo de Salomón, la que anduvo en éste no se puede averiguar fácilmente, por estar allende, de la mucha que aquí se veía, en infinitos lugares repartida, porque aun los monasterios de monjas estaban ocupados en las cosas de esta fábrica, labrando gran número de preciosos paños, corporales, palias, fruteros, paños de muchas diferencias y hermosura, sábanas para los altares, sobrepellices, albas, amitos, pañizuelos, cornisales y otras cien preciosas menudencias de lino, roanes, calicut y holandas y otras diferencias de lienzos que no les sé yo los nombres. Obrábanse, al fin, y crecían en competencia tantas cosas juntas que me confieso vencido para hacer memoria de ellas, sin tratar ahora de lo que se hacía en la dehesa del Quejigar, y en la de la Fresneda, de lo que se plantaba, edificaba, componía; estanques,

jardines, fuentes, viñas, olivares, bodegas y lagares, todo con el calor y el aliento de este pío Rey, que con sólo su vista parecía lo levantaba, daba vida, ser y aumento. Por esto es necesario hacer memoria de las idas y venidas a este su Monasterio, y porque siempre las cosas de tan grandes Príncipes son dignas de historia, y las de este género, tan particulares y suyas, pocas veces se detienen los cronistas a menudear en ellas; obligación propia de historias particulares, cual es esta que voy escribiendo.

El 14 de marzo de este año de 1578, que también tuvo altos y bajos sucesos, prósperos y adversos, vino aquí el Rey con la Reina Doña Ana, con los Príncipes de Alemania e Infantas, a tener la Semana Santa; ejercitábanse en oración y en oír los Oficios divinos, visitar las reliquias santas y otras estaciones tales; el Jueves Santo, según la costumbre de otros años, celebró el Rey el mandato; lo mismo hizo la Reina; él, en el capítulo de prestado, que estaba junto a su aposento; ella, en el capítulo principal, que estaba en aquella sazón acabado. Fué mucho hiciese la Reina esto, porque estaba muy preñada del Infante Don Felipe III, que ahora en feliz suerte es el Rey nuestro Señor; de manera que antes que naciese, y desde el vientre de su madre, comenzó a ejercitar actos de religión y piedad en esta Casa.

El día de Pascua, por dárselas buenas a sus frailes, echando bien de ver con cuánta diligencia y fervor andaban en los Oficios divinos, y cuán sin faltar punto acudían a todo, se fué a comer con ellos en el refectorio, haciendo particulares regalos, enviando platos de su mesa a los más viejos, y desde allí corrían hasta los mancebos, porque había para todos.

Sentaba siempre a la mano derecha el Rey a los dos Príncipes, y así venía a quedar en medio Alberto; algunos decían que por ser Cardenal, no advirtiendo que aun cuando no lo era se sentaban así. Aquí se echaba de ver la solución de aquella cuestión reñida entre los anticuarios de nuestros tiempos (1), si la mano derecha es más

(1) Anton. Nebris., Beccan., Lipsius., Pluth.



honrado lugar que el de la izquierda, o al revés, porque dejando aparte que en diversos tiempos y con diversas personas y aun en diversas provincias se ha usado indiferentemente uno y otro, aquí se veía con harta evidencia entre el Rey y sus sobrinos, que los ponía allí, no por principal o menos principal lugar, sino como quien los apadrina y regala; donde se manifiesta que aunque algunas veces la diestra es lugar más preeminente, otras no, sino de persona más flaca o regalada; no es lugar este de detenernos en mayor averiguación de antigüedades. Pasada la Pascua, se volvieron a Madrid, y luego, el 13 de abril, día felicísimo del glorioso Príncipe heredero de España, San Hermenegildo mártir, y domingo, a las once de la noche, la Reina Doña Ana parió al Infante Don Felipe, que ahora es el Rey nuestro Señor, en la villa de Madrid, en su Palacio Real, y de allí es natural y allí recibió el bautismo, el día de San Felipe y Santiago, nacimiento que por todas sus circunstancias promete felicidad. Con este tan buen suceso, tornaron alegres y regocijadas todas las personas Reales a este Monasterio; entraron el 15 de mayo, para gozar del verano en esta su Casa, donde se les hizo el recibimiento acostumbrado, y el 21 del mismo mes cumplió nuestro Fundador cincuenta y un años; tuvo siempre en costumbre donde se hallaba el día en que cumplía años, en la Misa que oía, salir a ofrecer tantas coronas como era el número de los años y una más, como quien daba señal y hacía reconocimiento y vasallaje al Rey de la Vida, y de quien todos la recibimos y participamos; así lo hizo ahora, y junto con esto ganó un jubileo plenísimo. Luego, el sábado 23, se sacó el Santísimo Sacramento para la procesión y vela ordinaria de esta Casa; llevó una vara del palio con los otros Príncipes el Cardenal y prior de San Juan, teniendo a su lado al Príncipe Don Fernando, como quien le imponía para cosas de semejante piedad, y fué la primera vez que salió a la procesión. Luego, el jueves de la semana siguiente, fué la fiesta del Sacramento, y tornó a llevar la vara del palio, y si cien fiestas de éstas vinieran juntas nunca se le can-

saran los brazos, tantas fuerzas daba el amor divino para las cosas de su servicio a este piísimo Rey. Alegaban de ordinario estas fiestas los niños del Seminario con danzas y representaciones devotas y santas; oíanlas las personas Reales con mucho gusto, por ser los sujetos y motivos llenos de espíritu y buenas consideraciones, y los representantes llenos de una inocencia y pureza santa, criados aquí con las migajas de su mesa. Pasada la fiesta, se partió para Segovia, y de allí a Parraces, donde para el 18 de junio estaban aprestadas las compañías de hombres de armas de que era veedor general D. Diego de Sandoval, caballero de mucho valor y prudencia, como lo demostró en los cargos que administró; hicieron algunas gentilezas con mucha gallardía y concierto; las compañías eran catorce, y todos en número de ochocientos; rompieron lanzas, escaramucearon y tornearon junto al lugar de Salvador de Munico, a dos leguas poco más del Monasterio de Parraces. Vistas las fiestas, con mucha alegría de la Reina, Príncipes e Infantas, se tornaron a San Lorenzo el 21 de junio, y luego, el 29, el Nuncio de Su Santidad, Filipo Segá, Obispo de la Ripa Transina, ordenó de grados al Príncipe Cardenal Alberto, y el lunes y martes siguientes le ordenó de Epístola y Evangelio; estaba sentado el ordenante en un estrado cubierto de brocado, y de allí se levantaba para ir a recibir el orden que se le daba, acompañándole religiosos vestidos con capas de brocado, y el embajador de Alemania, que vino a honrar esta fiesta. Partieron de aquí para Madrid todas las Personas Reales, luego, el 8 de julio; el Rey tornó para la fiesta de San Lorenzo, el agosto siguiente, para ganar el jubileo plenísimo que en aquel día hay en esta Casa. Vinole estando aquí aquella triste nueva de la muerte de su sobrino Don Sebastián, Rey de Portugal, con la gran pérdida de gente y nobleza de aquel Reino y de éste. No pudo disimular la tristeza y el sentimiento grave, aunque estaba prevenido para este golpe, entendiendo que una jornada tan inconsiderada no podía tener buen fin. Retiróse luego a su oratorio, envió a mandar al prior que velasen seis religiosos delante del Santo



Sacramento, el día que se sacó, y que hiciesen algunas disciplinas y oraciones extraordinarias a su petición. Partióse luego al otro día a Madrid, sin ver la casa ni la obra, saliendo por una puerta falsa de los jardines, casi solo, que todo argüía en él mucha tristeza, y sin duda fué uno de los recios encuentros y aun de los mayores daños que él y aun toda España han en muchos años recibido y de donde resultaron tantos daños que jamás podrán restaurarse, pues desde aquel día hasta hoy no se ha visto sino una lista de miserables tragedias que se alcanzan unas a otras. Nuestro prudentísimo Rey procuró disuadir esta empresa de Africa a su sobrino, y el principal motivo que se hizo de la Junta en Guadalupe fué para apartar de este intento al mal considerado Rey mozo, y jamás pudo, y vióse salir cierto el pronóstico sobre el cometa del año pasado que afirmó la pérdida de Portugal, y pudiera decir de España. Es esto ya por mil experiencias cierto, que Dios nos avisa con estas señales del cielo; sino que el hombre es tan atrevido, que ni aun el azote del cielo no teme, a costa de ejecutar sus intentos.

Murió también este año de 1578, el 24 de octubre, en el Alcázar de Madrid, el Príncipe Wenceslao, prior de San Juan, y gozó el priorato poco; mancebo de diez y siete años, hermoso y de grandes esperanzas, cortó la muerte aquella flor temprana, para que nadie fie ni en grandeza de linaje ni en edad florida. Mandó el Rey a D. Rodrigo de Castro, Obispo de Cuenca, y a D. Juan de Ayala, ayo del mismo Príncipe, le trajesen a enterrar a este su Monasterio de San Lorenzo el Real; llegaron aquí con el cuerpo a las ocho de la mañana; salió el convento a recibirle hasta la portería, donde estaba una mesa cubierta de brocado; asentaron allí el ataúd y le comenzaron a celebrar allí las exequias funerales; hechas cumplidamente, le depositaron con los otros cuerpos Reales; escribió el Rey al prior de este convento una carta significando el sentimiento que tenía de esta muerte y mandando se recibiese el cuerpo y se hiciese todo con la puntualidad y respeto que se debía.

No pararon aquí las desgracias de este año; a las muertes de estos dos Príncipes, el Rey Don Sebastián, con otros muy principales que cayeron en aquella batalla, y a la del Príncipe Wenceslao, se juntó la del Serenísimo Don Juan de Austria, hijo del gran Emperador Carlos V, hermano de nuestro Fundador, Felipe II. Murió en Flandes, cerca de la villa de Anamur, en medio de sus soldados y ejército, en una barraca, en el campo, como cristianísimo y valeroso Capitán, y aun como pobre soldado; sus hazañas tienen referidas otras, y mi pluma y estilo es humilde para celebrar cosas tan altas; llevóle Dios a su Reino siendo de treinta y tres años cumplidos, y el 1.º de octubre de 1578 depositáronle en la villa misma de Anamur en la iglesia Catedral, con grandísimo sentimiento de todos sus soldados, que le amaban tiernamente. Juntáronse en este nuevo Escipión lo que en pocos capitanes vemos junto, que era amor, temor y reverencia; así traía su campo tan disciplinado, que poco menos quería fuese como monasterio, donde ni se viesen deshonestidades ni se oyese juramentos y estuviesen desterrados otros muchos vicios que les parece a los que no lo entienden el primor del arte, se siguen tras la milicia como naturalmente. No quiero salir de mi profesión ni extender la mano a mieses tan ajenas; los que leen historias de capitanes antiguos saben no me engaño en lo que digo; lo que es más propio de este sujeto es decir cómo vino aquí su cuerpo, pues, como he dicho, el principal motivo de esta fábrica es ser un único mausoleo de tantas y tan ilustres personas Reales. El confesor de este Príncipe era un padre de la Orden de San Francisco, llamado el padre Orantes; éste envió una cumplida relación a Su Majestad de lo que había pasado en su muerte y de lo que en particular había comunicado con él. Entre otras cláusulas, dice así:

«Todo el tiempo, poderosísimo Señor, que Su Alteza estuvo en el castillo de Anamur, o lo más de él, gastaba en componerse con Dios y dar orden en sus cosas, pidiéndome muchas veces encarecidamente rogase a Dios por



los méritos y celo del invictísimo Emperador su padre; que pues no tenía otra cosa que su persona para ofrecerle, la emplease en la defensa de la Religión católica, etc.»

Y luego, más abajo, añade que le dijo de esta suerte:

«Padre mío, para que por ahora y por siempre entienda cuál es mi última voluntad y disposición fuera de lo que tenemos tratado teniéndome a sus pies, advierta lo que le quiero decir, que es justo que yo me acuerde de mi ánima y de mi cuerpo y esas cosas que están a mi cargo, como son criados, deudos y hermano. El ánima encomiendo a Dios y al Padre mío; cuanto a mi cuerpo, bien entiendo que hace poco al caso el lugar adonde ha de reposar hasta el día del Juicio, mas quiérole encargar y pedir que en mi nombre suplique a la Majestad del Rey mi Señor y hermano que mirando a lo que le pidió el Emperador mi Señor y a la voluntad con que yo le procuro servir, alcance yo de Su Majestad esta merced: que mis huesos hayan algún lugar cerca de los de mi Señor y padre, que con esto quedarán mis servicios satisfechos y pagados. Quanto a la obligación de personas que yo tengo, y cuántas, muy claras son y pocas, etc.»

Al remate de la relación, concluye así:

«Este fué, poderosísimo Señor, el fin y remate de una vida tan gloriosa, de este hijo y siervo, como él se nombraba, de Vuestra Majestad, y según entiendo, en treinta y tres años que vivió, cumplió la voluntad de los dos padres que tuvo, de su Señor y padre el Emperador y de Vuestra Majestad, porque, según Su Alteza me había dicho, la Majestad del Emperador nuestro Señor quisiera que él fuera religioso, y Vuestra Majestad, soldado; él, como obediente hijo, muere desapropiado mucho antes de sus bienes como un fraile y en una barraca pobre, como soldado, que prometo a Vuestra Majestad que no había sino un sobradillo encima de un corral, para que

en esto imitase la pobreza de Cristo. Y, sin duda, Cristianísimo Señor, que cuatro o cinco meses antes que muriese tan de veras se ocupaba en obras de misericordia, piedad y humildad, que no me parecía muchas veces en lo que le veía hacer en público, con grande ejemplo de todos, y decir en secreto, sino que de todo en todo le llamaba Dios. Así su contento era entender con enfermos, que había hartos en el campo, visitándolos en sus barracas, acompañando el Santísimo Sacramento, haciéndoles limosnas con su mano, recibiendo con piadosísimas entrañas los más pobres y desechados soldados, hasta por su persona buscar carros para llevarlos al hospital. Mandóme a mí de continuo que en los hospitales no faltase cosa alguna, encomendándome muy particularmente la administración de los Sacramentos entre los enfermos y que ninguno muriese sin ellos, haciendo aparte hospital de apestados.»

En tres meses continuos que anduvo en campaña, sin entrar en poblado, reformó el campo en tal manera, especialmente en lo que tocaba a España, que no parecía sino un convento de religiosos, y de tal manera se portaba el felicísimo Príncipe, que, como ahora le ven muerto, sus soldados no pueden creer sino que tenía espíritu de profecía acerca de su fallecimiento, y aun dicen que lo les parece que haya muerto como hombre, sino que como ángel del cielo haya volado para Dios. Esto he trasladado de la relación de buena gana, porque tiene tan buenos gustos de piedad y religión de este Capitán. Otros escriban otras hazañas: yo tengo éstas por las mayores. El Rey su hermano respondió a todo esto como tan pío, y que tanto le amaba, y porque quede esto dicho aquí de una vez, quiso cumplir su voluntad y deseo; envió a mandar a D. Gabriel Niño, Maestre de Campo en los Estados de Flandes, que trajese el cuerpo de Don Juan de Austria a este convento y Casa Real para que estuviese junto con el del Emperador su padre, dándole instrucción que hasta llegar al Monasterio y vicaría de Parraques viniese en secreto y sin pompa. Llegado allí estaba



prevenido el Obispo de Avila, Busto de Villegas, para que junto con el Maestre de Campo D. Gabriel le trajesen aquí con aparato Real. Llegaron el 24 de mayo de 1579, con harto acompañamiento, e hizose su entierro y entrega con la misma solemnidad que con las otras personas Reales, mandándolo así el Rey al prior por su carta; hechos los Oficios, los moneros pusieron el cuerpo en el lugar que en vida deseaba, y mereciólo un hijo que tanto se fué pareciendo en lo poco que vivió a tan glorioso padre. Acabó este año, echando el sello a sus desgracias, con la muerte de nuestro Príncipe Don Fernando, hijo de nuestro Fundador y de su querida y amada mujer la Reina Doña Ana. Al primer septenario, que aun no lo había cumplido, se le llevó nuestro Señor a gozar de aquel felicísimo Reino suyo, dejando lastimadas las entrañas de sus padres, que le amaban tiernamente, por mil razones. Murió el día de San Lucas, a 18 de octubre de este año de 1578, en el Monasterio de San Jerónimo, de Madrid. Mandó el Rey al Obispo de Zamora-Simancas y Almirante de Castilla, al Conde de Fuensalida, su Mayordomo, y a D. Luis Manrique, su Limosnero, que le trajesen aquí en compañía de tantos cuerpos Reales; llegaron el 20 del mismo mes; hizosele el recibimiento debido; las exequias fueron de ángel, que no mueren los que tuvieron tan dichosa suerte. Entendió el Católico y pío Rey que tan fuerte encuentro y azote tan duro nacía de sus pecados y de los del Reino; recibiólo con mucha paciencia y acción de gracias. Parece bien haber sido esto así, por las cartas que escribió a diversas partes; para que se vea, quiero poner aquí el traslado de una enviada a Marco Antonio Colona, Virrey de Sicilia:

«El Rey. Ilustre Marco Antonio Colona, primo mío, Virrey y Lugarteniente y Capitán general: Habiéndose nuestro Señor servido de llevar para sí, a los 18 de este mes de octubre de 1578, al Serenísimo Príncipe Don Fernando, mi hijo, con sumo desplacer y sentimiento, por lo que (allende de ser hijo mayor y tan amado Príncipe heredero, y jurado en estos Reinos) su buena y mansa

inclinación y grandes muestras de virtud prometían; ha parecido avisaros de que este golpe (aunque tan sensible) le hemos recibido de su bendita mano con mucha conformidad de su santa voluntad, dándole infinitas gracias por la merced que fué servido hacerle en colocarle en tan tierna edad y en estado de inocencia en su soberano Reino, para que, entendiéndolo así, como se debe cristiana y católicamente, proveáis que no se haga en ese Reino, en general ni en particular, demostración alguna de tristeza exterior de honras, luto ni otra cosa semejante a ésta; antes en su lugar devotas procesiones, publicándole gracias por ello y suplicándole con mucha humildad aplaque su ira, no mirando las culpas y ofensas que contra su Divina Majestad se cometen, y para que más dignamente se haga esto, y le pluga de volver sus ojos de misericordia a los trabajos y aflicciones que su Iglesia y pueblo cristiano padecen, procuréis cuanto es de nuestra parte, y la vuestra, como ministro nuestro, que cesen los pecados y escándalos, con que su Divina Majestad tanto se ofende, y para que, cesando también su ira, como efectos de ella, se haga de esta manera su santa voluntad, y sea en sus criaturas su glorioso nombre establecido y glorificado. Dada en Madrid a 28 de octubre del año 1578.»

Carta es esta, a mi parecer, cual pudiera escribirla un santo Rey Ezequías. Estuvieron retirados Rey y Reina, y el Príncipe Cardenal, en San Jerónimo, de Madrid, por el justo sentimiento de tantas muertes; vinieron aquí la víspera de Navidad, a tener las fiestas, y pasada la Epifanía se tornaron a Madrid.



## DISCURSO XII

*Prosíguese la fundación y fábrica de esta casa, hasta el remate de la iglesia. La elección y venida del venerable prior y lo que las personas Reales hicieron en este convento.*

**G**L año de 1575, día de Santo Tomás de Aquino, se pusieron las primeras piedras de las basas de los cuatro principales pilares de la iglesia, y no se comenzó como vimos a toda furia la fábrica hasta el año siguiente, que se dieron los estajos, y desde aquel que fué el de 76, hasta el de 79, creció con tanto fervor y pujanza, que levantado ya el pie derecho de todas las paredes y pilares, y puestas las impostas y echada la cornisa principal por todo el contorno de la iglesia a la parte de dentro, se comenzaron a poner cimbras y cerrar arcos; la primera cimbra que se puso fué el día del bienaventurado San Gregorio, Papa, llamado el Grande, y el día de San Isidro, también gran Doctor de la Iglesia y de España, se cerró sobre ella el primer arco. Y todo esto acaso para los hombres, no para aquella primera causa, en quien está el orden y la providencia. Este arco es el que cae encima del antepecho del coro; llámanle los arquitectos toral; no sé yo si ellos saben por qué, ni qué quiere decir; algunos imaginan que se llama así por la forma redonda de semicírculo, y que viene de la palabra latina *Torus*, que quiere decir las cuerdas retorcidas sobre que se armaban las camas, de donde se llamó también la cama o el lecho *torus*, y los músculos redondos y relevados en los brazos también se llaman así; y porque imitan esto en la forma y redondez los arcos, se llamaron torales. No parece que puede satisfacer esta etimología, cuanto más que por esta razón todos los arcos se habían de llamar torales, y no lo llaman sino a los principales de los templos con que se divide la capilla mayor de lo demás del cuerpo de la iglesia; y así entiendo que este vocablo es bárbaro, y no lo usan sino en España los arquitectos, donde se ve que lo aprendieron, como otros muchos, de los judíos; llaman

*thorah* los hebreos a lo que nosotros llamamos doctrina, y porque aquella ley antigua escrita en los libros de Moisés contiene no sólo lo que hemos de hacer, y de lo que nos hemos de guardar, sino también todo cuanto el hombre puede saber con certeza y firmeza del verdadero Dios y de la creación de todas las criaturas, de la caída del hombre de aquella primera alteza y del camino y principio de su bien, con otros mil secretos y primores, que ninguna otra ley lo hace sino la que escribió Moisés; por eso aquella sola, con razón, se llama *thorah*, doctrina y enseñanza. Esta ley estaba en la más secreta y principal división del templo, puesta en un arca, que se llamó del Testamento, por sólo tenerla dentro encerrada, y en todas las sinagogas se declaraba y se tenían los traslados de ella; la parte, o como si dijésemos la capilla donde esta ley estaba se llamaba la capilla del *Thorah*, como si nosotros dijésemos el altar mayor o la capilla mayor, donde está el Sacramento, y el arco que dividía esta capilla de lo demás de la sinagoga llamaron los judíos de España el arco toral, y nuestros arquitectos lo aprendieron de allí, y es sólo de España llamarle así a este arco; y en esta iglesia, porque no es más que una capilla cuadrada, dentro de la cual están todos los altares, el arco primero que se cerró, no sin misterio, en esta fábrica, debajo del cual está la reja, donde no pasan los seglares, se llama el arco toral. Quede esto dicho así para nuestros arquitectos. Vino el Fundador aquí el lunes de la Semana Santa muy solo, a retirarse aquellos santos días y gozar de la quietud de este recogimiento y de los Oficios divinos. Estábase en el oratorio de su aposento muchas horas, de noche y de día, en la presencia del Santo Sacramento, haciendo estado a su verdadero Señor y Rey, y allí, sin duda, aprendía y Dios secretamente le inspiraba en el alma lo que había de hacer después; presentábale y ofrecíale su alma y su vida, y su Reino, y sus ovejas, poníase todo en sus manos y a veces también le rogaba enderezase esta fábrica en su santo servicio, pues conocía no pretendía otra cosa en ella, ni otra fama ni otra gloria, sino sus continuas alabanzas. ¿Quién



no dirá que le oyó Dios, pues lo vió todo con sus ojos tan cumplido y acabado, y se lo dejó gozar tan despacio? El Jueves Santo hizo el mandato, lavó, según su santa costumbre, los pies a los trece pobres viejos, y dióles de comer y de vestir y calzar, y otras limosnas. Hacía aquello el pússimo Rey con tanta alegría y devoción, que me parece a mí, según yo le consideraba el semblante, quisiera que cada día fuera Jueves Santo; ponía los platos y quitábalos, y como viera que algunos, o por lágrimas o por la vergüenza, no comían, rogábales que comiesen. En el entretanto que duraba la comida estaba un religioso leyendo, y aun muchos llorando, viendo en espíritu en el retrato de aquel Rey temporal la humildad y la caridad ardiente de aquel Rey eterno que vino a lavar las culpas de los hombres y a juntarlos a sí mismo para que muriesen con él y con él resucitasen. El Viernes Santo salió a adorar la Cruz, y se postró a besarla con ojos y con boca. Llegó al punto D. Luis Manrique (como lo tenía de costumbre) y púsole delante muchos procesos de hombres condenados a muerte a quien ya habían perdonado las partes, para que perdonase él la que tocaba a la justicia, en día de tanta misericordia, para que Dios la tuviese de su alma; él los perdonó y dió la bendición y seguro, para que ya nadie los molestase. El día de la Pascua se fué a comer con sus frailes al refectorio, y pasada la fiesta, se tornó a Madrid. Tuvo este año de 1579 la fiesta del Corpus en Toledo, con la Reina y las demás personas Reales, y llegaron aquí para la víspera de San Juan, donde también procuraron los niños del Seminario regocijarla con algunas danzas y representaciones santas, que de camino, y entre aquellas burlas, se mezclaban hartas veras, avisos, devoción, lágrimas y otros buenos sentimientos. Estuviéronse aquí las personas Reales hasta el mes de octubre, sin hacer ausencia, si no fué la ida del Rey a Madrid, quedándose la Reina (daban prisa algunos negocios, parte manifiestos y parte muy ocultos, como se vió en la prisión de la Princesa de Eboli y del secretario Antonio Pérez, que fueron a 29 de julio de este año de 1579). Volvió el Rey

aquí este mismo día, y estuvo, como digo, hasta el 12 de octubre, que se partieron todos juntos a El Pardo. Este mismo año, por Diciembre, se pusieron y levantaron las jambas y el lintel de la puerta principal de toda esta fábrica; cortáronse trece o catorce piezas muy grandes de una peña blanca y de lindo grano, de que se sacaron estas jambas, que las traían treinta pares de bueyes en un carro fuerte, y trasdoses, lintel y sobre lintel, piezas las más de ellas de 24 y aun 25 pies de largo, y aunque tiene de claro esta puerta 24 pies de alto, y de ancho 12 (la proporción doblada es la que hace mejor vista en las puertas y ventanas), con todo eso parece pequeña, por ser tan valiente la fachada de esta frontera y pórtico, que ya a esta sazón se iba levantando a toda furia. Murió en 31 de enero del año 1580 el Cardenal Enrique, Rey de Portugal, al punto de un eclipse de la Luna que entonces hubo, cumplidos puntualmente ochenta y ocho años, porque en el mismo día había nacido, y el año de 1009 había comenzado a reinar en Portugal el Conde de Loringia Enrique, por haber casado con Doña Teresa, hija bastarda del Rey Don Alfonso VI, y le dió Portugal en dote. La legítima y derecha sucesión del Reino tocaba a nuestro Fundador, el Rey Don Felipe II, y así le fué forzoso partirse de Madrid a 5 de marzo de este mismo año de 1580, a tomar la posesión de aquel Reino. El discurso de todo esto ya está muy bien escrito de otros; fué éste aquel año tan famoso en Europa por el universal catarro que anduvo en ella tan agudo y tan peligroso, y que derribaba con tanta presteza a los que hallaba convalecientes, aunque se pasaba presto; y con ser tan notable, y al parecer una malicia de aire tan repentinamente corrompido, no habían nuestros astrólogos vístole en sus horóscopos; y porque lo digamos todo, un José Meletio solo en las efemérides de este año dijo así: «*Humanum genus molestabitur aegritudinibus pectoris, et catharralibus humoribus*: Serán los hombres molestados con enfermedades del pecho y humores de catarros.» Esto dijo éste, y para como ellos suelen encarecer las cosas, está con harta templanza y aun con harta generalidad dicho.



A esta Casa, como a todas las demás, cupo buena parte; aunque nunca faltó en ella Misa, los laborantes padecieron, muriéronse algunos, porque los cogió desabrigados y en el campo. A nuestro Rey Fundador puso en gran aprieto estando en Badajoz, para entrar a tomar la posesión del nuevo Reino de Portugal; hizo testamento, entendiendo el peligro en que se veía, y envióle a guardar al Archivo de esta Casa; cayó luego la Reina mala en la cama, dicen que de la pena y sentimiento de ver así al Rey, y que pidió a nuestro Señor pasase en ella el azote de su ira y que dejase al que tanto importaba para el bien de la Cristiandad. Vióse en estos días un cometa, no grande; parece fué señal de que nuestro Señor la oyó, y llevóse a su gloria en 26 de octubre de 1580. Estuvo bueno luego el Rey; mandó al Obispo de la misma ciudad de Badajoz y al Duque de Osuna que trajesen aquí su cuerpo, avisando también al Arzobispo de Toledo Quiroga, Cardenal e Inquisidor general, que se hallase presente al depósito. Llegaron aquí con el cuerpo el 11 de noviembre el Cardenal, el Obispo y el Duque; a la Condesa de Paredes, Camarera mayor de la Reina, y a la Condesa de Barajas mandó su Majestad acompañasen el cuerpo hasta aquí, para que al tiempo de la entrega atestiguaran ser aquel el cuerpo de la Reina, para que no le descubriesen el rostro. Hízose el Oficio del entierro con gran solemnidad, porque se juntaron los músicos de la Capilla Real, y la de la Santa Iglesia de Toledo; dijo la Misa el Arzobispo, de pontifical; predicó García de Loaysa, que a la sazón era Arcediano de Guadalajara, y después malogrado Arzobispo de Toledo; hechos los Oficios, se hizo la entrega por el orden que Su Majestad había enviado, y los monteros pusieron el cuerpo con los demás de las personas Reales, debajo de las gradas del altar mayor. En medio de tantos trabajos como el Señor enviaba a su siervo, sabiendo cuán bien negociaba y se aprovechaba de ellos (que es gran señal de su amor, como lo ha dado firmado de su nombre), y envuelto en tan graves ocupaciones y pesados negocios, no se olvidaba de su fábrica y de sus frailes; escribía a menudo,

encomendándose mucho en las oraciones de todos, porque entendía bien cuán grande es el valor de su oración continua, aun no sólo la de aquellos justos, que alcanzan cuanto quieren, porque quieren lo mismo que Dios quiere y piden en el mismo nombre de Cristo (que es decir con su misma virtud), sino aun la de otros no tan altos, que por la importunidad siquiera (como el mismo Maestro enseña) alcanzan mucho. Mandaba que le avisasen de todo lo que se iba haciendo, y aun cuando se ofrecía cosa de importancia le enviaban las trazas, los diseños y aun los modelos; así fué necesario, cuando se hubieron que hacer las sillas del coro, que le enviasen a la ciudad de Badajoz dos de la misma forma y grandeza que habían de ser, para que escogiese o mudase lo que le pareciese en algunos particulares adornos de ellas, como lo hizo llevándose las allá, y salieron tan acertadas con tan buen voto y lima, que no hay más que pedirles dentro de aquella llaneza o, por mejor decir, majestad que se ve en toda esta fábrica, con gran admiración de cuantos la contemplan o saben del Arte. Esto de los modelos es tan importante en las fábricas, que oso afirmar debérseles en ésta el todo de salir tan acertada, sin remiendos ni tachas, y si algunas tiene, nacieron de haberse mudado los modelos y las trazas, o no haberse hecho. Juan Bautista de Toledo, maestro español, como hombre de alto juicio en la arquitectura, digno que le igualemos con Brabante, y con cualquiera otro valiente, hizo modelo general, de madera, aunque en forma harto pequeña, para toda la planta y montaje, a lo que llaman Genografía y Escenografía; alteró aquello en muchas partes, como vimos en otro discurso, su discípulo Juan de Herrera, aunque sin daño y aun, al parecer de muchos, con perfección de la fábrica. Al tiempo de ejecutar la traza de iglesia que trajo Pachote, también se alteraron algunas cosas y se hizo un modelo de madera en mucho mayor cantidad, como se ve ahora en estos desvanes guardado; y para otras cien cosas se han hecho otros muchos, como para algunos ingenios y máquinas, y para estas sillas, tan acertadas. Allí se ven y se enmiendan



los yerros, sin daño, que después o no tendrían remedio o serían muy costosos, y allí se perfecciona con mayor certeza lo que no estaba tan cabal; acostumbra esto los escultores y los pintores, formando primero en barro (aunque mejor en cera) las figuras y estatuas que pretenden, ora en pequeño o en grande; y aunque el maestro de este arte, que es Vitrubio, no pone muy claro este precepto de los modelos, por donde han nacido diversas opiniones, con todo no es difícil de sacarse, como lo afirma Filandro de muchos lugares suyos, adonde es lo mismo la palabra ejemplar, y la palabra forma, que para nosotros modelo, como se ve en el proemio del segundo, donde Dinocrates, o Dinocharas, o como quisieren, presentó a Alejandro Magno la forma, que es decir el modelo, del monte Athos en figura de varón, o de Alejandro, que en la mano izquierda tenía una ciudad de gran anchura de muros, y en la derecha un vaso o taza, donde se recogían todas las aguas de aquel monte; quien quisiere de esto más, vea a Filandro (1).

El año de 1581, a 29 de junio, entró en Lisboa el nuevo Rey Don Felipe II, nuestro Fundador, acompañado de muchedumbre de caballeros castellanos y portugueses, donde se le hizo un gran recibimiento por mar y por tierra; el 82 entró en esta Casa la Emperatriz Doña María, su hermana, con la Infanta Doña Margarita, su hija, y el Príncipe de España Don Diego y las Infantas Doña Isabel y Doña Catalina. Venía acompañando a la Emperatriz, y haciendo esta jornada desde que desembarcó, el Arzobispo de Sevilla D. Rodrigo de Castro y D. Juan de Borja, su mayordomo mayor. Salió el convento a recibirla en procesión, llevando el prior, que iba vestido de capa, una cruz de oro con *lignum crucis*, en que se han jurado todos los Príncipes de España hijos de nuestro Fundador; llegada al sitio que estaba aparejado, adoró la cruz la Emperatriz; tras ella, el Príncipe Don Diego, y luego las demás personas Reales; vió la Casa y toda la fábrica, y holgóse mucho;

(1) Filand. in pro. Vitruuij, 6, 2.

visitó las reliquias con mucha devoción. Estuvo aquí desde el martes de Carnestolendas hasta el domingo primero de Cuaresma. Hizo unas honras muy suntuosas por todas las personas Reales que aquí están sepultadas, y el lunes siguiente se tornaron a Madrid. La iglesia había crecido tanto, que ya a este punto estaban cerrando la cúpula del cimborio, y por de dentro tan llena de madera, de andamios, grúas, cimbras, tablados y vigas tan gruesas y tan espesas, que ponía admiración y era de ver la trabazón y la fuerza de tanto enmaderamiento; todo era menester para la seguridad de tan grande máquina y peso, y con tanta prisa ejecutada. En 23 de junio de este mismo año de 1582 se remató todo el cuerpo de la fábrica de la iglesia y se puso la Cruz en la aguja del cimborio la víspera de San Juan Bautista, a las seis de la tarde; hízose una procesión muy solemne, cantando *Te Deum laudamus*, en acción de gracias. Halláronse en ella todos los criados del Rey que estaban aquí y los oficiales de la fábrica, regocijándola con danzas y otras fiestas llenas de devoción y piedad, cuales convienen a religiosos y a fábricas tan santas; la Cruz (por si alguno tuviere gana de saber cuál es) tiene 73 arrobas de hierro; de largo, 31 pies; los 15 entran de espiga en la aguja de piedra con que se remata la fábrica; los brazos tienen ocho pies, y el arpón con la vela en que están las parrillas del glorioso mártir tienen 10 pies; la bola que se levanta es de metal campanil; tiene de diámetro seis pies; un poco prolongada, porque hace mejor a la vista, y así en lo largo tiene siete pies y más; pesa 136 arrobas; de suerte que se levantó toda la fábrica de la iglesia en lo principal de su cuerpo y forma (dejo aparte los ornatos de dentro) en seis años y medio cabales: desde el principio de 1576, hasta la mitad del de 1582, que fué extremada diligencia. Al principio hizo la fábrica algún sentimiento en algunas partes, aun antes que se echase la cornisa de alrededor en la parte de adentro; pensaron que fuera mayor el daño, y como no nacía de los fundamentos ni de la trabazón y unidad del cuerpo, ni aun de la prisa con que caminaba el edificio, sino del des-



cuido de algunos maestros estajeros que no miraban la igualdad del grano de la piedra, y ablandaba la que no era tan fina o cargaba de más cal en lo de dentro o asentaba sobre falso, arrojaba la carga en las piedras de fuera, y no pudiendo sufrirla, se quebrantaban y partían. Entendióse luego de dónde nacía la falta, y remedióse, y así quedó cual se ve; después mostraremos más despacio su mucha entereza.

Este mismo año de 1582 se celebró Capítulo general en esta religión, y para que no nos olvidemos de ella, diré brevemente el suceso de los Generales hasta aquí. Muerto el primer año de su trienio el buen fray Hernando de Toledo, profeso del Parral de Segovia, y como dije arriba elegido fray Miguel de Soto, de San Jerónimo, de Madrid, en el Capítulo general de 1579 eligieron al padre fray Cristóbal de Alcalá, profeso de San Lorenzo de Alba, hombre prudente y de condición suave; no hubo en el discurso de su trienio cosa notable. En este año de 1582, en el que se celebró Capítulo general, fué electo segunda vez el padre fray Juan de Yuste, profeso, como dije, de San Bartolomé de Lupiana, cosa bien ajena del pensamiento de este santo varón, porque entiendo fué uno de los religiosos sencillos, sin negocio ni malicia, que han entrado en aquel oficio; con haber sido otra vez General, no tenía más inteligencias ni tratos en la Orden que si no la conociera; varón entero y de mucha verdad, pensaba que nadie mentía, y por esto algunos que sabían hacerlo con cautela le engañaban fácilmente; al que cogía en ella, tarde le creía después; tenía razón, porque quien una vez pierde a la verdad la vergüenza, hay poco que fiar de él; como no pretendía más que el servicio de Dios, ningún miedo tenía en hacer su oficio y mirar lo que tocaba al buen nombre y aumento de la religión; en consecuencia de esto, se atrevió a hacer algunas cosas que ninguno antes que él había osado emprender; como procedió santamente, aunque rompió con algunas leyes de la Orden, se salió con ello.

En este mismo Capítulo general vacó el padre fray Julián de Tricio, prior de este convento; en los siete años

que gobernó esta Casa se hizo, como hemos visto, todo lo principal de esta fábrica; túvole el Rey particular voluntad, y mostrólo en muchas cosas. Con este favor tomó alguna más libertad de lo que las leyes de esta religión estrecha permiten; estrecha, sin duda, y más para los superiores, a quien aun no se disimulaban los defectillos ordinarios, que en los súbditos no se echan de ver; y en tanto que esto se conservare, osaré asegurar de caída notable a esta república de San Jerónimo; que si la clave está firme y no desliza o ablanda, sin peligro se sostiene el edificio que en ella estriba, y no tenga nadie en poco poder sufrir el peso de tanta carga con tan pocos alivios en siete años. Su Majestad le hizo merced por lo bien que le había servido, y se tornó a su casa de la Estrella. Pidió el Rey el parecer al General para señalar otro prior, y después de bien miradas las personas de la Orden, se resolvió en el padre fray Miguel de Alaejos, prior ya la segunda vez y profeso del convento de San Jerónimo de Yuste, donde acabó el curso de la vida, tan felizmente como vimos, el Emperador Carlos V; luego le asentó en el pechó al Rey el nombramiento de este religioso, que ya, por haber vivido aquí, tenía noticia de él. Elijióle desde Lisboa en prior, y envió a mandar al General de la Orden que le confirmase.

El jueves, día de San Francisco, que fué 4 de octubre, llegó a la Granja de la Fresneda, donde le salieron a recibir algunos religiosos; y el día siguiente, no 5 de octubre, sino 15, que (no sin acuerdo divino) acaeció en la entrada del quinto prior de este convento, fué la reformation tan acertada que el Santo Pontífice Gregorio XIII hizo del Calendario, cosa de muchos Papas pretendida, y de muchos ilustres ingenios en matemáticas tratada; porque pudiera crecer el yerro tanto que Navidad fuera en lo que es junio, y San Juan en lo que es diciembre, por darle al curso del año solar más de lo que tiene en su precisa cuenta y círculo. Hiciera de esto algún discurso, y aun me detuviera a responder a los herejes pertinaces que ni aun en esto quieren obedecer a la Cabeza de la Iglesia, ni confesar que acierta, si no fuera muy lejos de mi pro-



pósito. El Rey nuestro Fundador escribió al General una carta en que le mandaba publicase esto en la Orden y lo hiciesen ejecutar; hízolo así, y junto con esta reformación del año y de su cuenta entró el nuevo prior, haciendo este mismo oficio en la Casa de San Lorenzo, tornando al curso derecho y riguroso lo que por algún yerro de cuenta había salido de sus quicios; y porque descendamos hasta esta menudencia, en el mismo día también entró en esta Casa el reloj principal, que hacía mucho tiempo se estaba haciendo en Madrid, que es una muy rica, grande y acertada pieza; el año enmendado, el calendario corregido; el reloj nuevo y cierto, el prior religiosísimo, celoso y prudente; todo prometía una grande concordia y unidad santa y aumento notable en la observancia, y todo sucedió así prósperamente en este año de 1582. Enturbióse esta alegría toda al remate de él con la muerte de nuestro Príncipe Don Diego, que sucedió el 21 de noviembre, domingo y día de la Presentación de Nuestra Señora; presentóse él en la gloria en compañía de los ángeles, y el mismo Oficio se le hizo aquí, habiendo traído su cuerpo D. Juan Manuel, Obispo de Sigüenza, y el Almirante; y con la solemnidad que en los otros entierros Reales se había hecho, le pusieron en compañía de otros dos jurados ya Príncipes de España; digo, de tres, para que se vea el engaño de la vida y las grandes fuerzas de la muerte, pues ninguna cosa le resiste.

### DISCURSO XIII

*La prosecución de la fábrica en algunos particulares adornos de ella, hasta la última piedra que se asentó en todo el cuadro o cuerpo del edificio principal. Con los sucesos de las personas Reales en esta Casa.*

**C**OMO lo principal y más dificultoso de esta fábrica era la cantería, vamos siempre haciendo la cuenta por ella. Puesta la aguja y la Cruz del cimborio de este templo, nos parecía que estaba acabado todo, aunque en la verdad faltaba mucho, como lo iremos mostrando en este discurso y en

otros. Al mismo paso con que creció y se vió el remate felicísimo de la cúpula principal, fueron creciendo las dos torres que tiene en el frontispicio este templo, que también se rematan con sus cimborios y agujas de piedra, bolas y cruces de la misma forma, que, aunque no tan grandes como la principal, son mucho y del mismo metal campanil, y en verdad se fundieron todas de una misma suerte, como dos medias campanas, de figura de medio limón cada parte, algo prolongadas.

Acabóse también a este mismo tiempo, poco menos, el claustro grande del aposento Real y todos aquellos cuartos y oficinas que están dentro, para el servicio de la misma Casa, con una infinidad de aposentos y piezas a la parte del Oriente y del Norte, con la torre que remata los dos lados y hace ángulo entre Norte y Oriente; el pórtico principal, que es una excelente fábrica, también se acabó de todo punto, y el 21 de marzo, que es el Equinocial vernal, según la reformación del nuevo Calendario hecha por el Pontífice Gregorio XIII, no sin acuerdo del cielo (aunque acaso para los oficiales, como hemos visto en otras muchas cosas), se levantó una muy hermosa estatua y figura del glorioso mártir de España y Patrón singular de esta Casa; en un nicho que está en lo más alto de este pórtico, y a los pies del mismo santo, se asentaron las armas Reales, significándonos con esto el prudentísimo y pío Fundador que su Corona, sus Estados y su Reino, todo lo tenía puesto a los pies y debajo del amparo de su devoto y abogado Lorenzo; no me detengo en describir más despacio este pórtico, porque después lo veremos más en particular. La parte que ahora es el colegio y Seminario, y una de las cuatro principales en que se divide todo el cuerpo del edificio, fué la postrera, y la que se quedaba más atrás, porque no había tanta necesidad de ella, y porque servía como de entrada y paso para la carretería, que era mucha.

Ibase también en este tiempo retundiendo la iglesia y quitándole aquel grueso de cordel que dijimos traían para desbistar las piedras, para que hiciesen más firmes asientos sobre los lechos y para que la fábrica fuese más una



y de más delgadas y finas juntas y quedase como quedó, de tal suerte, que no pareciese todo el templo hecho de diversas piezas, sino que se había acabado dentro de una peña, por la grande uniformidad del color, grano y junta de sus piedras; y aunque esto, como dije, pareció al principio que había de ser cosa difícil y de coste, ni hubo uno ni otro, sino gran facilidad. Los tejados y los maderamientos de ellos, de fuertes trabazones y tijeras, y los empizarrados, también estaban acabados, en todo lo que hemos dicho, que era otra obra por sí harto grande, de estima, primor y coste. Las principales partes del adorno de la iglesia son el retablo, la custodia, los entierros Reales; esto todo se hacía en Madrid y en otras partes; entendían en ello maestros italianos y españoles; los retablos particulares de todos los altares también estaban muy adelantados, por estar repartidos entre diversos maestros que habían buscado para ellos, naturales y extranjeros; los órganos y las sillas del coro, y el suelo de la iglesia, la librería del canto y rejas y antepechos, que todas son cosas grandes, y que cada una tuvo necesidad de mucho tiempo y de muchos artífices, para que se verificase lo que el prudente Duque de Alba dijo el primer año de la fábrica del templo, que antes saltaría, o que se tardaría más por los adherentes y adornos, que por lo principal.

El Rey nuestro Fundador, después de haber tomado la posesión del nuevo Reino de Portugal, con que volvió España a la perfección antigua y se cerró el cerco de la Corona e Imperio de toda ella sobre una tan católica y pía y prudentísima cabeza, don y merced del cielo reservada, por más de novecientos años, para Felipe II; vióse en él (quiero tomar esta licencia breve por lo mucho que a mi Rey, Fundador y Bienhechor de mi Orden y de mi Casa, debo), vióse en él, digo, lo que jamás desde aquellos dos padres del linaje humano, Adán y Noé, en ningún Príncipe terreno se ha visto, que con sus brazos e Imperio abraza toda la redondez de la Tierra, y tiene súbditos y vasallos en todas las cuatro partes del mundo, Asia, Africa, Europa y la última llamada Amé-

rica, y navega como Señor con sus bajeles y armadas todos los mares, mirando el uno y otro Polo, llevando y caminando sus capitanes y gentes sus Reales banderas, como dicen los poetas, de Antártico a Calixto, y juntamente hacen el curso que este Sol que nos alumbra hace, sin que para ellas se esconda, partiendo con él desde el mar del Atlante, y llegando al Reino de la Aurora tornan (hecho un admirable y no creído círculo a las tierras y a los mares) al punto mismo donde salieron, lo que no se vió jamás con gran parte en ninguna de las Monarquías que celebra la antigüedad, medos, persas, babilonios, griegos ni romanos; y lo que es más admirable, digno de memoria eterna, que debajo del nombre de Felipe II se vió por primera vez hacerse sacrificio al verdadero Dios y ofrecerle a su Hijo Jesucristo en todas estas cuatro partes de la tierra habitable y en las islas más escondidas y remotas, y allí suena el nombre dulcísimo de nuestro Reparador y Maestro Jesucristo, y de la Iglesia Católica, llevado por sus vasallos y súbditos, lo que tampoco se había visto en tiempo de algún Príncipe cristiano, ni de muchos juntos. Premio y parte de gloria de la piedad y méritos de tan Católico Monarca, de quien dijo aguda y graciosamente un portugués que no se ponía el Sol jamás en Casa del Rey Felipe.

Acabada, pues, esta hazaña y dejando Su Majestad en aquel nuevo y sosegado Reino como Virrey al Serenísimo Príncipe Cardenal Alberto, su sobrino, de cuya prudencia y valor grande tenía experiencia larga, dió la vuelta para su centro, desde donde tiraba con admirable rectitud y justicia todas las líneas del gobierno a la circunferencia de su amplísima Corona. Tornó por Badajoz, y de allí vino a Nuestra Señora de Guadalupe, donde hizo las gracias debidas a tan alta y singular Patrona de las muchas mercedes que por su intercesión había recibido de su Hijo, Señor universal del Cielo y Tierra. De allí partió a San Jerónimo de Guisando; tornó a visitar aquellas cuevas que fueron sepulturas santas de aquellos hombres tan vivos a Dios, como muertos al mundo. Llegó a la dehesa del Quejigar y primero visitó una ermita



devota que está escondida en aquellas sierras de Avila, llamada Nuestra Señora de la Nueva, por gozar de camino de los favores que en estas visitas la Reina soberana le hacía; holgóse de ver la viña que por su mandato y orden se había plantado en aquellos pinares; entró en la casa que se iba edificando; vió las bodegas y lagares que se hacían para recoger la cosecha, tan grande y tan hermosa; de todo recibía gusto particular (natural efecto de la labor de nuestras manos). Llegó aquí el 24 de marzo, víspera de la Anunciación de Nuestra Señora, el año 1583; salióle a recibir un hermoso escuadrón de maestros, oficiales y peones de esta fábrica, puestos en orden, con los instrumentos que usaban en ella, que no era mal espectáculo ver tantas diferencias. En llegando al pórtico principal, salió el convento en procesión a recibirle, vestido el prior de capa y con la Cruz de *Lignum Crucis* en las manos, danzando los niños del Seminario, para alegrar la entrada. Hecha la adoración de la Cruz en un sitio de brocado aparejado para esto en el mismo pórtico, comenzaron los religiosos a cantar el himno textual *Te Deum laudamus*, y así fueron hasta las gradas del altar mayor, donde estaba otro sitio, y donde se puso de rodillas en tanto se acabó el himno y la oración. Oyó luego dos Misas rezadas desde su oratorio, y las Vísperas de la Anunciación, porque era Cuaresma; el día siguiente anduvo en la procesión, con gran acompañamiento de caballeros castellanos y portugueses; oyó la Misa mayor, y a las Vísperas se subió al coro, para gozarlas más cerca y ver a sus religiosos despacio; quiso hiciesen luego las honras de la Reina Doña Ana, su querida mujer; comenzáronse a la tarde, en que se dijo la vigilia, y al otro día la Misa; entró después a dar una vuelta por la Casa, mostrándosela al Obispo de Viseo, Capellán mayor de Su Majestad, y aun subió a ver lo alto del cimborio o cúpula de la iglesia, que estaba ya desembarazado de los andamios y grúas. Partióse luego el domingo, a 27 de marzo, para Madrid, y pasó el puente que había mandado hacer en el río de Guadarrama, en nombre de San Lorenzo, poniéndosele sus parrillas, que se acababa entor-

ces. Entró en Madrid el 29, donde se le hicieron fiestas y gran recibimiento, entrando en público, a lo que acudió infinidad de gente. Después de asentadas y proveídas mil cosas, la Semana Santa siguiente tornó a continuar sus santos ejercicios; llegó aquí el lunes, después de Ramos; hizo el mandato, como solía, lavando los pies a sus pobres con aquella devoción de siempre. Trajo consigo al Obispo de Viseo y a otros caballeros de su Cámara, que ya venían juntos castellanos y portugueses. Salió el Viernes Santo a adorar la Cruz, y antes de llegar le puso delante D. Luis Manrique, su Limosnero, muchos procesos de hombres condenados a muerte a quien habían perdonado las partes, y ellos satisfecho; perdonólos él como suprema justicia, y luego se hincó de rodillas y besó con ojos y boca el Santísimo *Lignum Crucis*, suplicando al Señor de los Señores, que allí se puso, le perdona-se sus pecados, como él perdonaba aquellas muertes. Confesó y comulgó el día de Pascua de Resurrección, y ganó un jubileo plenísimo que había enviado el Papa Gregorio XIII; y pasada la fiesta, se tornó luego a Madrid, porque en estas venidas a menudo no pretendía más que cobrar aliento y espíritu y ofrecerse a Dios para que le alumbrase en el gobierno de tantos Reinos; con esta misma consideración tornó aquí para las fiestas de la Ascensión, Pentecostés y Corpus Christi, y celebrábalas con muchos actos de devoción y oración, ocupándose algún ratillo después de comer, y para entretenimiento, en ver la fábrica y las trazas o salir por el convento. Y acabadas estas fiestas, se tornó luego, en los primeros de julio, a Madrid, como quien volvía de vacaciones santas.

Andaba en este tiempo la fábrica del colegio, que era la postrera, a mucha furia, y creció en breve tanto, por ser obra andadera y repartida entre muchos, que en poco más de dos años le dieron remate, y el día mismo que fué víspera de la Magdalena, de 1567, en que se cayó la bola y la cruz de la torre en que tocó el rayo, se puso la bola y la cruz del cimborio del colegio, el año 1583, siete años después. Murió en éste mismo, el 4 de agosto,



la Infanta Doña María, hija de nuestro Rey y de la Reina Doña Ana, en el Palacio de Madrid, víspera de Nuestra Señora de las Nieves; llegaron aquí con el cuerpo, el día de la Transfiguración, el Obispo de Viseo, D. Jorge de Atayde, y el Conde de Fuensalida; hizo el recibimiento y Oficio acostumbrado a los demás Príncipes e Infantes el convento; el auto de la entrega del cuerpo y cédula de Su Majestad celebró Pedro de Escobedo, el Secretario; de allí a pocos días envió a Juan López de Velasco, su cronista, avisándole al prior y convento del buen suceso que había tenido el Marqués de Santa Cruz, y cómo el día de Santa Ana había entrado la tercera y acabado aquella jornada venturosamente, para que hiciesen gracias a nuestro Señor por ello, y así se hizo, con mucha solemnidad; y no contento con esto, vino el 28 de septiembre a hacer lo mismo, y por hallarse aquí con sus Jerónimos la fiesta del glorioso padre y doctor de la Iglesia San Jerónimo, estúvose hasta el 19 de octubre, y pasó al bosque de Valsain, que es bueno para el tiempo de la brama; de allí llegó a Segovia, por ver aquel excelente ingenio de hacer moneda, invención del Archiduque de Austria: menea el agua una rueda, y aquélla, en los lados contrarios con el agua, mueve otras dos (que es principio de las Mecánicas de Aristóteles), pasando por entre los dos ejes o ruedos de éstas, que son de acero, en que están dibujadas y abiertas las armas Reales, como las vemos en las monedas, el uno la faz y el otro el reverso un riel, como una cinta de plata, del grueso que ha de tener la moneda, la deja como estampada o esculpida por una parte y por otra a la larga hecha reales, y éstos después se van cortando en otro torno en redondo con facilidad; excelente ingenio con que se ahorra mucho coste, ingenio y tiempo; sino que la nación española no se amaña estos ingenios, ni tiene paciencia para ellos, y lo que puede hacer fácilmente y sin trabajo gusta más de hacerlo a fuerza de brazos; hase labrado alguna plata en él; ahora se labra poca, o ninguna, porque dicen tiene algunos inconvenientes, o porque no la dejan lograr, ni que llegue a Segovia. Pasó de allí el Rey al Monas-

terio o Vicaría de Parraces, y mandó se dispusiesen algunas cosas del edificio en otra forma más acomodada, para el uso de lo que allí es menester, y volvió aquí a tener la fiesta de Todos los Santos; y porque se comenzaban a asentar las sillas del coro, quiso ver puestas algunas, y detúvose hasta el 7 de noviembre, y fué a Madrid. Porque no nos olvidemos de la Orden en las cosas que fueron de alguna consideración, pues es esta historia suya, adviérto para los de adelante, que al principio del año 1584 se juntó Capítulo privado en San Bartolomé de Lupiana, siendo, como dije, General la segunda vez el padre fray Juan de Yuste, profeso de San Bartolomé de Lupiana, y en él privó de sus oficios a los Visitadores generales fray Nuño de Honao, profeso de Nuestra Señora de la Estrella, y a fray Alonso de Alaejos, profeso de la Mejorada, y a otros dos de los del Capítulo privado, y en su lugar puso otros, que fué una de las cosas más nuevas y atrevidas que se habían visto en la Orden; y como lo hizo un hombre tan santo y desinteresado, sin ningún género de ambición, entendieron todos que debía tener causas suficientes; oí decir entonces que los Visitadores y los del Capítulo privado pretendían quitar al General; avisáronle de ello, prevínose, y ayudado de quien tenía más inteligencia de negocios, le dieron ánimo e industria, e hizo de ellos lo que pensaban hacer en él. Pretendían todos tener razón y justicia, y prevaleció la cabeza, que era, sin duda, sencilla y buena; no sé qué tal fué la de los instrumentos, y así casi por los mismos términos se lo dijo al padre fray Miguel de Alaejos, prior de este convento, en la definición que hizo en aquel Capítulo, donde se determinó que había sido esta privación no mal hecha ni atrevida. Había puesto mucho miedo el quitar las cimbras, andamios, grúas y todo el enmaderamiento de la iglesia; mirado así a bulto, espantaba; parecía una cosa grande, intrincada, difícil, peligrosa; no se atrevía nadie a entrar en ello; pedían los que podían hacerlo mucho por desembarazarlo, e hizo esto mucho ruido y encarecióse demasiado. El obrero fray Antonio, a quien había Dios dado claridad para



salir de estas obscuridades, lo hizo quitar con harta facilidad, sin peligro, y presto, y poco coste, pues es cierto que no costó sino cuatrocientos ducados escasos, y se pedía mucho más con gran exceso, y quedó la madera tan sana, que sirvió después para otros menesteres. Apareció luego, en quitando tanta multitud de vigas, maderos y tablas, día de San Mateo del año 1584, un templo clarísimo, que alegró el alma con su grandeza, proporción y hermosura: desengañó a muchos ignorantes en arquitectura que afirmaban había de ser un poco obscuro; comenzóse luego a retundir y afinar y limpiarse. Estaban también aparejadas gran multitud de losas de mármol blancas, de la sierra de Filabres, y otras tantas de mármol pardo, de Estremoz. Y comenzaron a solar el templo, en desembarazándole de la madera. Este mismo año, a 6 de marzo, partió de aquí el padre fray Miguel de Alaejos, prior del convento, a visitar las Casas de nuestra Orden que estaban en el Reino de Portugal, que, como arriba se ha visto, aun no estaban unidas con nuestras Casas de Castilla, ni debajo de la obediencia de nuestro General; y, como vimos, se dió tan buena maña que el 20 de junio del mismo año estaba ya de vuelta en este convento. En el mismo mes de marzo vino el Rey a tener aquí la Semana Santa, y a continuar los ejercicios ordinarios y santos; lavó los pies a sus pobres el Jueves Santo, celebrando la memoria de su Dios con entrañable sentimiento y devoción, que no sé si ha habido Rey que tantos pies de pobre haya lavado y besado; dejó aparte al Santo Rey Luis de Francia, que con los varones que la Iglesia tiene canonizados no hemos de hacer comparación. E hizo también aquí Ordenes el Obispo Capellán mayor, y acabadas las fiestas, habiéndolas el santo Rey celebrado con su devoción acostumbrada, se volvió a Madrid; y échase de ver en estas idas y venidas el fin que le había movido a levantar tan gran fábrica, pues también usaba de ella, acudiendo tan continuo y tan a santos tiempos a ofrecer a su Dios y Señor el tributo de su alma y de todas sus cosas. Así tornó luego para la fiesta del Corpus Christi, trayendo consigo al Príncipe Don Felipe III y las In-

fantas sus hijas; no pudo acompañar la procesión, porque comenzaba ya a fatigarle la gota, y así no salió del aposento y oratorio, desde donde oyó la misa mayor, enviando a sus hijos que hiciesen sus veces. En este mismo año de 1584, por el mes de agosto, se subieron las seis figuras o estatuas grandes de los Reyes del Testamento Viejo, que están sobre los pedestales del segundo orden de la fachada de la iglesia, obra de Juan Bautista Monegro, natural de Toledo, gran escultor; haremos después particular memoria de ellas; y en el mes de septiembre siguiente de este mismo año de 1584 se puso la última y postrera piedra de todo el cuerpo y cuadra de esta Casa, en lo que toca a la canteoría. Está asentada en la cornisa del pórtico o patio; delante de la iglesia tiene una cruz, aunque desde abajo no se percibe, mas encima de ella, en el mismo empizarrado, está hecha de suerte que la punta baja de la cruz señala cuál es la piedra. Aquí se halló presente fray Antonio de Villa Castín, el obrero que no quiso ver poner la primera, diciendo que para ésta se guardaba, y guardóle Dios, y guarda desde el año de 1563, que, como vimos, se puso la primera, y él y nuestro Fundador se hallaron aquí ahora juntos, dándonos con esto nuestro Señor a entender que no le desplacía esta fábrica, porque no iba fundada en engrandecer fama ni nombre, como aquella soberbia Torre de Babel. Partió de aquí Su Majestad, con sus hijos, a 2 de octubre, habiendo tenido todos mucha salud, aunque Su Majestad vino sin ella, y el 11 de noviembre, para que se rematase el año felizmente, se hizo la solemne jura del Príncipe Don Felipe nuestro Señor, tercero de este nombre, en San Jerónimo, de Madrid; la Misa de esta fiesta la dijo de pontifical Quiroga, Cardenal y Arzobispo de Toledo.



## DISCURSO XIV

*El remate de la fábrica de la casa, templo y adornos de él y de la sacristía, retablo y custodia. Pásase el Santísimo Sacramento a ella, con los sucesos de las personas Reales en este convento.*

**D**OR dar calor a la fábrica, que ya no topaba ni se detenía, como hemos visto, sino sólo en los adornos, que no era poco, por ser tan grandes, venía Su Majestad con alguna frecuencia de Madrid a aquí, y también porque de camino andaba sus estaciones ordinarias, que eran ocupar los días santos y festivos en la meditación de ellos, y retirar el alma del tropel de tantos negocios como el gobierno de sus Reinos amontonan cada día. A la Navidad, principios del 85 se vino aquí y asistió a los Oficios divinos con su acostumbrada devoción. Pasada la fiesta de los Reyes, habiendo dado el orden que le pareció en cosas particulares de la fábrica, se partió a Madrid. Tenía concertado el casamiento de la Infanta Doña Catalina con el Duque de Saboya; para esto, y para hacer Cortes en la Corona de Aragón, que se las pedían con instancia, acordó con mucha prudencia que los casamientos se hiciesen en Zaragoza, porque todo fuese de un camino y se excusasen gastos. Partió de Madrid con el Príncipe Don Felipe y las dos Infantas, sus hijos: fué por Alcalá de Henares, y de allí a Guadalajara y a San Bartolomé de Lupiana, donde se detuvo algunos días y consideró atentamente la observancia grande de aquel convento, cabeza de esta religión. Entró en Zaragoza el 24 de febrero, donde se le hizo un solemnisimo recibimiento; lo demás de esta jornada está a cargo de otros escribirlo. En el entretanto se acabaron de asentar en esta fábrica las sillas del coro, y luego los cajones de la librería del mismo, que son muchos; fundíanse campanas en gran cantidad, e íbanse haciendo los órganos; también se daba toda la prisa y diligencia posible en lo del retablo y custodia, obra tan detenida que fué menester toda la industria e ingenio de los maestros para acabarse tan presto.

La Emperatriz Doña María, que hoy vive, estaba algo achacosa, y se vino aquí a tener el verano; recibió tanto contento y gusto con la estancia, que tuvo mucha salud. Sus ejercicios eran santos: oír Misas y los divinos Oficios, visitar las santas reliquias, entrarse algunos ratos a ver la Casa, comunicar con algunos religiosos espirituales cosas divinas, en particular con el prior, fray Miguel de Alaejos, que era varón de mucha meditación y oración; y como todo esto era de su gusto, fué causa que saliese de aquí con fuerzas y con gana de volver más veces, si la dejaran. El Rey acabó su jornada felizmente, en que gastó el año de 1585, y entró a los primeros de marzo del 86 en Madrid; y por no perder el curso y el uso de sus santas romerías, vino a tener aquí la Semana Santa. Anduvo la procesión de los Ramos e hizo el Mandato con la devoción de siempre, y salió a adorar la Cruz; asistió a todos los Oficios, enseñando devoción y piedad a cuantos tras él vinieren. El domingo de Pascua, habiendo recibido el Santo Sacramento y celebrado la alegría de la Resurrección, se fué a comer con sus religiosos al refectorio, como un compañero de su devoción y ejercicios píos. Trajo esta vez algunas joyas para el servicio de altar y sacristía, y muy preciosas reliquias, entre ellas un hueso del anca del glorioso mártir Lorenzo, su patrón y abogado, que con particular milagro, como lo diré en su lugar, quiso el santo mostrársele en ella propicio; con ésta vino otra de inestimable precio, la cabeza del gloriosísimo Príncipe mártir Hermenegildo de España, y otras más particulares. Llegaron aquí el día del mismo Rey y mártir, que es el 13 de abril; hízoseles un solemne recibimiento y procesión, a que se halló presente el Rey. El Papa Gregorio XIII concedió un jubileo plenísimo para el día que llegase a esta Casa la reliquia milagrosa del hueso de San Lorenzo, y para que perpetuamente se ganase en todos los años tal día, acordó el Rey que llegase aquí el de San Hermenegildo, y así es muy solemne este día en el convento, por gozar de tantos favores juntos. Vió de camino asentar el retablo, y los entierros, obras costosas y detenidas. El día siguiente, 14 de abril, dejando



hechas tan buenas haciendas, volvió a Madrid, a cumplir con las de su oficio.

Deseaba el Rey poner todas las cosas a punto para gozar de su iglesia y de la obra de sus manos (quien no ha fabricado no podrá entender cuán grande deseo es éste, y en especial obra tan ilustre y tan hermosa); parecía que dándole prisa estaría todo en perfección para la fiesta de su Patrón y Abogado San Lorenzo; acordó de ser como sobrestante en todo; vino aquí para las fiestas del Espíritu Santo y Corpus Christi, trayendo consigo sus queridos hijos, el Príncipe Don Felipe e Infanta Doña Isabel; sus ocupaciones, entrando aquí, fueron las que otras veces, y las que tengo dichas. Aunque vino indispuerto y tocado de la gota, con sangrarle un poco estuvo luego bueno, que el contento puede mucho para la salud; en desocupándose de los papeles del gobierno, en que gastaba harto tiempo, como el que sabía que lo principal es hacer primero lo que cada uno está obligado en su oficio; los ratos del descanso era acudir a ver lo que hacían los maestros que entendían en el retablo y en los entierros, gradas del altar y otras cien cosas que allí hay de ricos mármoles y jaspes, que por tener tanto primor, y por ser los pulimentos y las juntas cosa tan detenida, si no fuera por tener a los ojos tal sobrestante, tardaran mucho en acabarlas. El 17 de junio se acabó de asentar la custodia del altar mayor, obra admirable, y luego mandó Su Majestad que se pusiese otra custodia, también de finos jaspes, más pequeña, dentro de la grande; estaba ya acabada días hacía por el mismo artífice, Jacobo de Trezo, y con cuanta prisa se dieron fué menester todo, pues se acabaron de asentar las gradas y mesa de esta capilla, que también son de finos jaspes y mármoles, el 2 de agosto. Tenía aquí Su Majestad al Obispo de Rosa, en Irlanda; llamábase fray Buenaventura Nateo Almerico, de la Orden de San Francisco, para que hiciese todos los actos pontificales que fuesen menester. Consagró cincuenta aras juntas, para todos los altares de la iglesia, hallándose presente a esta tan santa ceremonia el mismo Rey, con sus hijos, y luego, el 6

de agosto, estando ya la iglesia de todo punto acabada, asentados los altares, que son todos de piedra; puestos los retablos y las cuatro cajas de órganos, el mismo Obispo bendijo la iglesia principal, vestido de pontifical, el día de la Transfiguración, asistiendo también el Rey y personas Reales y caballeros; luego, al otro día, bendijo las campanas de la torre, que fueron diez y seis en total; el día de San Justo y Pástor bendijo también todas las cruces y retablos de los altares, que se compusieron todos ricamente y encendiéronse las lámparas.

Asentaron aquella hermosa y copiosísima librería del coro en sus cajones; hizose una gran entrega de ornamentos de varios colores, sedas y brocados, y poblóse de todo lo necesario la sacristía; los religiosos se pasaron a vivir a las celdas del claustro grande, y Su Majestad, y el Príncipe e Infanta, y caballeros, a sus propios aposentos y oratorios. Y al fin, puesto todo a punto, con universal alegría y contento, el día 9 de agosto, vigilia del glorioso mártir San Lorenzo, que fué viernes, de este año de 1586, dichas las horas en el coro e iglesia pequeña, y la Misa del día, a las ocho de la mañana se juntó convento y colegio y Seminario en la misma iglesia; salió Su Majestad y Príncipe y toda la Casa Real de su aposento, y juntos todos, el prior, vestido con su casulla, y los ministros con dalmáticas, en solemnísimá procesión, pasaron el Santo Sacramento a la iglesia principal, y le pusieron dentro de aquellas riquísimas custodias; el prior llevaba en las manos la custodia de oro, viva Arca del Testamento, donde se encierra, no la vara del castigo riguroso, ni la ley y pacto antiguo, ni el maná formado del rocío de este aire por ministerio de criaturas para aquel pueblo duro, animal terreno, sino la de la gracia, amor y dulzura, lleno de suavidad escogida para los hijos de Dios espirituales y santos; llevaban las varas del palio el Rey y su hijo el Príncipe Don Felipe, que aunque pequeño ya tenía gusto de cosas espirituales, por ser industriado de tan buen maestro como su padre, y con ellos otros caballeros de su Cámara; y el pío Rey y cuantos con él iban, en vez de aquella multitud de



ovejas y becerros que Salomón y todo el pueblo sacrificaron a Dios el día que se edificó el Templo y se puso en el Arca (como si Dios hubiera de comer tantas carnes de animales), le iban ofreciendo y sacrificando loores, alabanzas, gracias y lágrimas de corazones contritos, devotos y humildes, propio manjar de Dios, que jamás le supo mal y siempre tiene gusto de los becerros de nuestros labios. Salió esta procesión por la puerta de la iglesia pequeña que cae al claustro que llaman del refectorio, y por allí derechos fueron a salir por la portería del convento, y pasando el tránsito que va al colegio, entraron por la puerta principal de la iglesia, y por el sotacoro, y por la reja principal de la iglesia, donde estaba la guardia del Rey, para que de allí adelante no entrase nadie, sino la gente principal de la Casa Real; iba el coro cantando, hasta allí, los himnos del Santo Sacramento; en llegando a la reja entonaron los seis cantóres, que iban con capas, el himno *Te Deum laudamus*, y como respondieron con aquellos fortísimos órganos, que retumbaban en toda la iglesia, y juntamente entraron por aquella nave principal, tan clara, tan ancha, tan alta y tan hermosa, y la luz y resplandor ardiente de la custodia, que parecía una brasa encendida, reverberaba en los ojos y traspasaba las almas, los altares estaban tan hermosamente aderezados, y tantas luces en todos ellos y por el cuerpo espacioso de la iglesia, puso una admiración grande en los ánimos, porque pareció se entraba en una gloria no vista jamás, y sin duda no hubiera pecho tan duro y tan sin Dios que no se enterneciera y ablandara en lágrimas de dulzura espiritual, y así se vió en todos un sentimiento vivo mezclado de reverencia y alegría, levantando los corazones a las divinas alabanzas de su gloria. Subieron el prior y los ministros hasta las gradas últimas del altar, quedando todos los religiosos en su mismo orden por todo el cuerpo de la iglesia tendidos. El Rey, Príncipe y los que llevaban con él las varas del palio llegaron hasta la mesa que se hace encima de las primeras gradas, y dejándolas allí, se entraron en el oratorio: la Señora Infanta Doña Isabel iba detrás de

su padre con un cirio blanco en las manos, y otras muchas señoras y damas de su Palacio, y se entraron juntamente en los oratorios que están a los lados de esta mesa; el Rey, Príncipe e Infanta, en el oratorio que está al lado de la Epístola, donde tiene su aposento; y las damas, al que está al del Evangelio, donde cae también el aposento de las Reinas e Infantas. Dichas las oraciones competentes, y puesto el Sacramento en la custodia, los religiosos se subieron al coro; el prior y los ministros tornaron a la sacristía, y salieron luego a decir la Misa primera mayor, que fué del Espíritu Santo, y tras ella se comenzaron luego otras Misas rezadas, en otros altares, por algunos religiosos, holocaustos vivos encendidos de suavísimos olores, hostias, ofrendas y víctimas de satisfacción infinita, en quien se remataron con suma perfección todos los sacrificios antiguos, fin de toda aquella vieja mística ceremonia y fin principal de todas las iglesias, y remate de los deseos de Felipe, que hoy con alegre corazón gozó lo que tanto deseaba y vió por sus ojos el fruto de la labor de sus manos. Pienso que estuvo en tanto que se dijo esta Misa puesto en alta meditación y en un éxtasis soberano, haciendo, como otro Salomón, infinitas gracias a su Creador y Rey eterno, por haberle hecho tantas mercedes y favores, que le dejase ver acabada una fábrica que comenzó con tanto deseo, de que en ella fuese siempre servido, loado, adorado y bendito. Mandó Su Majestad que en la capilla principal, que es de la reja adentro (todo el gran cuadro no es más que una capilla), no entrase jamás algún género de gente, sino los caballeros y criados más principales de su Casa; y aunque pareció esto duro a mucha gente seglar, miradas las razones, convencen a que no se puede hacer de otra manera. Lo primero, porque es Capilla Real, donde, como ni en sus aposentos ni retretes, no entran todos indiferentemente, ni tampoco en esta capilla, y quería Su Majestad gozar de esto con sus hijos, sin estorbo de otra gente común. Tras esto los religiosos hacen por el cuerpo de esta iglesia sus procesiones, y vienen a dar gracias después de comer y cenar a ella, y siendo tantos,



si la gente entrara cómo y cuando quisiera, habían de andar todos a vueltas, cosa en esta religión nunca permitida, por su modestia y compostura grande, y al fin, y lo que no tiene remedio, ni deja lugar para esta común entrada, es que están sembrados por todo el cuerpo de esta capilla más de cuarenta altares aderezados continuamente con ricos frontales, candeleros y cruces de plata, y siendo patente a todos la entrada, era forzoso que en cada altar estuviese puesta una guardia, que es imposible; quedaba, al parecer de algunos, un remedio, que era echar rejas por los lados de la nave principal, y dejando aparte que éstas habían de ser grandísimas, y para que respondiesen con la fábrica, de mucho coste, la capilla quedaba perdida con estos atajos, cortado y deshecho el cuadro, artificio y correspondencia de las naves, y el convento no pudiera extenderse, sino que se había de amontonar y revolverse y confundirse para las procesiones; así, fué este un acuerdo y mandato del Rey prudentísimo, que vió antes que la experiencia se lo demostrase todos estos inconvenientes.

Celebrado este tránsito y la Misa con gran solemnidad y regocijo de las almas, a la tarde se dijeron las Vísperas de la fiesta del glorioso mártir Lorenzo con la majestad que fué razón; el Rey y sus dos caras prendas las oyeron desde una ventana que se hizo para este efecto encima de las sillas del mismo coro, que cae a la parte de la Casa Real.

Cuando el prior fué a incensar el altar (no quiso el Rey que hiciese este día el Oficio Prelado ninguno, que lo pensaron muchos, sino el mismo prior de su Casa) al *Magnificat*, llevó cuatro religiosos antiguos, que le iban acompañando, con capas tan ricas como la suya, y esta fué la primera vez que se usó esto en esta Casa; trajo aprendida esta ceremonia el Rey de lo que vió en nuestras casas de Portugal, parecióle bien, quiso que aquí se usase, y así se juntan en el coro once capas para el *Magnificat*, cuando celebra el prior en las fiestas más principales, que es cosa de gran autoridad, y todo poco para lo que a este tan alto cántico se debe devoción,

adoración y reverencia. El día siguiente (dejo los maitines y otras horas y devotos ejercicios que en lo secreto, y en medio del silencio de la noche y de la aurora, los religiosos pasaron con Dios a sus solas, propias fiestas y gustos en que no se mezclan otros), a las ocho de la mañana, estaba ya Su Majestad y personas Reales a punto, y se hizo una solemne y devota procesión por el contorno de la iglesia, que, como tiene tres naves por cualquier lado que la miren, está muy a propósito para esto. Fué en ella el Rey, con el Príncipe y caballeros; la Infanta estaba en su oratorio, gozando también de ella, que se alcanza desde allí a ver todo el cuerpo principal de la iglesia; hubo mucha música de la que nosotros usamos, tan llena de majestad y de devoción, como todos saben; ayudaban a ella los músicos de la Capilla Real con voces e instrumentos, que suenan en esta iglesia admirablemente, como si hubiera aquellos vasos de metal que usaron los antiguos en sus teatros (1) para que se oyesen distintamente y con armonía las voces de los que cantaban, tañían o representaban. Comenzóse luego la Misa, y cúpome a mí (pudieran hacerlo otros mejor) predicar el primer sermón de aquesta insigne iglesia, y también prediqué el postrero de la iglesia que había servido de prestado en tanto que se edificaba ésta. Fué el día de Santiago el Zebedeo, también Patrón de España, y en la presencia del mismo Rey Felipe, que por haber sido yo colegial de este su colegio, y estar vecino en El Parral, de Segovia, le pareció a Su Majestad que fuese todo de la cosecha, y así se lo dije en este sermón, a vueltas de otros pensamientos que se me ofrecieron, o que se nacieron con aquel grano divino que se multiplicó muriendo en tanta copia de mieses, por la virtud infinita que en sí encierra, para atraer y convertir en sí la substancia de toda la tierra, si una vez se siembra y se recibe en ella; mas no es lugar ni tiempo de predicar; quédese esto aquí para otro día. Concurrió a esta fiesta mucha gente de las ciudades y villas comarcanas de Madrid,

(1) Vitru, lib. V, cap. IV.



Toledo, Segovia y Avila, pensando que habían de gozar más de ella y pasear la Casa; mas como el dueño era tan enemigo, o tan ajeno de ostentación, ni de hacer aplauso de sus obras, teniéndolas en el alma, tan solamente dedicadas a Dios, y sabía también que como es espíritu quiere ser adorado en espíritu, no quiso hacer plato a la carne y a la sangre; quisiera él, si fuera posible, estar a solas en este destierro con sus Jerónimos; mas ya que no puede ser tanto, contentóse con hacer la fiesta con el menor ruido que pudo; con todo eso, porque la gente no se desconsolase, mandó que antes de comenzar la Misa mayor se les mostrasen las reliquias desde las ventanas del coro, en el altar del Crucifijo, que se ve desde el patio del pórtico, y después, a la tarde, se enseñaron otras dos veces, para que las gozasen todos; por las rejas también se alcanza a ver todo el cuerpo de la iglesia, la Misa mayor y otras particularidades, y se oyen los Oficios divinos, aunque no el sermón, por la mucha distancia; a la tarde se dijeron las Vísperas con la misma solemnidad; subió el Rey, llevando consigo al Príncipe, a oírlas al coro principal, y aquí también dió señas de su gran piedad y modestia: no sólo no quiso ponerse en la silla del prior, mas ni aun en las que están junto de ella señaladas en grandeza, sino en el rincón de la mano derecha, en una silla que, por hacerse allí ángulo, es algo más ancha que las otras, y en ellas se pusieron padre e hijo, mandándole al prior que no se mudase de su silla. Esta manera de asiento guardó en todo el tiempo que vivió las veces que quiso gozar del coro más de cerca; y la misma, con otras mil cosas de éstas, heredó su hijo Felipe III, el Rey nuestro Señor que hoy vive, pues no ha querido jamás otro asiento, sino el mismo que le enseñó la piedad de tal padre; tanto importa la primera leche para las cosas de la religión.

A los 30 de agosto de este mismo año de 1586 quiso Su Majestad que se celebrase la fiesta de la dedicación de esta basílica de San Lorenzo con sus octavas, y se hiciese para siempre en el mismo día, que es el de los mártires Felices y Adauto, porque no se estorbaban otras fiestas

de la Iglesia, sino ésta de estos santos, en aquellos ocho días. Algunos repararon en si podría celebrarse tal fiesta de dedicación, no estando consagrada, y en el Decreto, ni el Misal, ni Breviario no hay otro Oficio de dedicación sino el de la consagración; pasóse al fin entonces con ello, y entendiéndose tenía Su Majestad facultad del Papa para que se rezase y celebrase todo el Oficio de ella, teniendo siempre intento de consagrarla, como después se hizo, y lo veremos en su lugar. Había ya traído juntamente con esto otros Breves amplísimos del mismo Papa para que en esta Casa y el pueblo, iglesia de El Escorial y dehesas de la Fresneda, y la Abadía de Parraces, y la de Santo Tomé, fuesen de todo punto exentas de los Obispos, a quien antes estaban sujetas, que son: Arzobispo de Toledo, Obispo de Segovia y de Avila, y de cualesquiera otros Prelados a quienes perteneciese algún derecho, dejándolo todo debajo del poder y jurisdicción del prior de San Lorenzo, de suerte que fuesen, como dicen en sus cánones, *nullius dioecesis*, concediéndole al prior una jurisdicción como episcopal, exceptuando sólo que no usase de mitra, ni de báculo, como parece largamente en los mismos Breves y Bulas otorgados por Sixto V, igualando esta su Casa con la de Nuestra Señora de Guadalupe y otras abadías que tienen este mismo privilegio de ser inmediatas a la Sede Apostólica. Para poner esta exención luego en efecto y tomar la posesión de ella, después de intimada a los Prelados y aceptado por ellos, quiso el prior que el Obispo de Rosa, por la comisión suya, hiciese Ordenes en este convento, y así las celebró en las Témporas de septiembre, hallándose presente a ellas el Rey. Dejando hechas tantas y tan buenas haciendas en esta su Casa, partió de aquí el 13 de octubre, llegando a El Pardo; mataron el Rey y Príncipe e Infanta gran cantidad de conejos, y partieron la caza con este convento, que por ser de tan buena mano parece supieron mejor que otros. Luego, de allí a cinco días, queriendo el Rey que trasladasen los cuerpos Reales que estaban debajo de las gradas y mesa del altar mayor de la iglesia que había servido hasta allí, a la bóveda



que estaba hecha acá de la misma manera, aunque más grande, escribió una carta o cédula al prior y convento declarando su voluntad, en esta forma:

«El Rey. Venerables y devotos padres, prior y diputados del Monasterio de San Lorenzo el Real, que yo he fundado y edificado: Porque he acordado que los cuerpos Reales del Emperador y Rey, mi Señor y padre, y de la Emperatriz y Reina, mi Señora y madre, y los demás que están depositados y a vuestro cargo en el dicho Monasterio, se pasen y trasladen de donde ahora están a la bóveda debajo del altar mayor de la iglesia principal, que es el lugar que ahora mando señalar para su enterramiento, no obstante (que conforme a lo dispuesto por la escritura de fundación y dotación del que otorgué a 22 de abril del año pasado de 1567) estaba ordenado que fuese en la bóveda debajo de la capilla mayor.

Por lo cual os encargo deis orden cómo se haga la dicha traslación a la dicha bóveda, y que se pongan en ella de la manera y por la orden que tengo dada para tenerlos en la guardia y custodia, y con la decencia y respeto que se debe y conviene, y para que esto se pueda ejecutar, por la presente alzo y quito cualesquier depósitos que estuvieren hechos de los dichos cuerpos Reales en el dicho Monasterio hasta ahora, por cuanto con la dicha traslación se habrá cumplido mi voluntad.

Y para que conste de ella, he mandado despachar esta cédula, a las espaldas de la cual hará fe Juan de Ibarra, mi Secretario, de cómo se ha cumplido y ejecutado todo lo que aquí ordeno, de que se sacará aparte otro testimonio auténtico, para enviármese, y que yo vea cómo se ha cumplido mi voluntad. — Fecha en El Pardo a 18 de octubre de 1586. — *Yo el Rey.* — Por mandato de Su Majestad, *Mateo Vázquez.*»

Recibida esta cédula, aunque Su Majestad no mandaba en ella que se hiciese alguna solemnidad en esta traslación, por no ser más que de una bóveda a otra, en el mismo convento, y haberse hecho ya los Oficios de estas

traslaciones y entierros tan solemnemente, y no fatigar a los religiosos, con todo eso, el prior, consultándolo con los diputados, acordó hacerlo de esta forma: El lunes primero, que fué 3 de noviembre de 1586, se juntó convento, colegio y seminario y vinieron desde la sacristía principal con la Cruz y con cirios encendidos, todos como cuando vamos por nuestros difuntos, a la capilla o iglesia pequeña; allí estaban ya puestos cinco ataúdes por orden, cubiertos con un paño de brocado, y dicho el responso acostumbrado, los tomaron en hombros los sacerdotes y partieron con ellos en su procesión cantando otro responso propio para esto hasta ponerlos en la bóveda señalada en la iglesia principal, por el orden que diré: subiéronse luego todos al coro y dijose Misa de Requiem, cantada, y en acabándola bajaron a decir otro responso muy solemne alrededor del túmulo que se había hecho en medio del cuerpo de la iglesia para las personas Reales, cuyos cuerpos se habían trasladado aquel día, que fueron el del Emperador Carlos V, Emperatriz Doña Isabel, padres del Fundador; Reina Doña Ana, madre de nuestro Rey Felipe III; la Princesa Doña María y Príncipe Don Carlos. Luego, el martes siguiente, por el mismo orden y con los mismos sufragios, se trasladaron otros cinco ataúdes, que fueron el de la Reina Doña Isabel, nuestra Señora; Reina de Hungría, Doña María; Reina de Francia, Doña Leonor, hermanas del Emperador Carlos V; Archiduque Wenceslao, y Don Juan de Austria. El miércoles siguiente, aunque con diferentes ornamentos, porque fueron blancos, se trasladaron otros seis ataúdes, pequeños, de seis angelitos Príncipes e Infantes: los dos Príncipes jurados, Don Fernando y Don Diego, hijos de Don Felipe II; el Infante Don Fernando y el Infante Don Juan, hijos de Carlos V; el Infante Don Carlos Lorenzo y la Infanta Doña María, hijos también de nuestro Fundador. Pusiéronse todos por el orden que se mandó y en el lugar señalado.

Tuvo Su Majestad al principio de esta fábrica intento de hacer un como cementerio de los antiguos, donde estuviesen los cuerpos Reales sepultados y donde se les hicie-



sen los Oficios y Misas y vigilijs, como en la primitiva Iglesia se solían hacer a los mártires, donde celebraban sus memorias y donde también, por miedo de los príncipes paganos, se escondían los cristianos a los Oficios y a sus sinaxis y apajes, misas y conventos, o cofradías y colectas santas, y así se hizo aquí debajo de tierra, y en los más hondos cimientos, una iglesia redonda, con su capa o cúpula proporcionada, donde pudiese estar asentado el altar, y una tribuna, desde donde se hiciese el Oficio frontero del altar, y por los lados concavidades donde se pusiesen los ataúdes o cajas de mármol o de otras piedras; bajaban aquí desde el altar mayor de la iglesia principal por dos caracoles secretos, y sin éstos otras dos escaleras claras y llanas, que responden, la una, al convento y sacristía, y la otra, a la Casa Real; una arquitectura de piedra labrada, harto capaz y de mucha grandeza y nobleza para este efecto; mudó después el Fundador este intento; parecióle que esto estaba muy distante, triste y dificultoso de ir y venir allí, y que tendría también no sé qué indecencia andar por entre los ataúdes, y otras consideraciones semejantes, y así mandó que entre esta iglesia o capilla baja, y entre la principal y alta, se hiciese una bóveda, que viniese a estar el medio de ella, debajo del altar mayor, y así se hizo, y se reparó en tres cañones que toman toda la mesa que está encima de las gradas primeras del altar.

Púsose el ataúd del Emperador en medio, debajo de donde el Sacerdote que celebra tiene los pies; memoria de harta importancia para todos, donde se ve el fin de los Imperios de este mundo, y cómo en aquel que se espera, tienen los que aquí fueron los más altos y mayores, mayor necesidad de ser socorridos con los sufragios de un pobrecillo sacerdote que los tiene allí a sus pies.

A los lados del Emperador están la Emperatriz, su mujer, al derecho del Evangelio; y el Rey Don Felipe, su hijo, al de la Epístola. Tras la Emperatriz está un lugar vacío aguardando a la Emperatriz Doña María, que hoy vive, su hija; luego, la Reina de Francia, Doña Leonor; y tras ella, la Reina de Hungría, Doña María;

y a la vuelta que allí hace aquel cañón de la bóveda, el Príncipe y Prior de San Juan, Wenceslao.

Al otro coro, después del Rey Don Felipe, está la Reina Doña Ana, y luego la Reina Doña Isabel, y tras ella la Princesa de Portugal Doña María, y junto de ella su hijo el Príncipe Don Carlos, y a la otra vuelta del cañón de la bóveda, Don Juan de Austria, junto a la puerta por donde se entra. Los otros inocentes Príncipes e Infantas están a los pies, unos, y a la cabecera, otros, de los ataúdes del Emperador y Rey Don Felipe. Hallóse en esta traslación, de parte de Su Majestad, su Secretario, Juan de Ibarra.

## DISCURSO XV

*Las partes de la fábrica se van perfeccionando y poniéndose adornos en lo que estaba hecho, hasta que de todo punto se acaban de asentar convento y colegio. Y lo que a las personas Reales aquí sucedió desde el año 1587.*



COMO la parte más importante de este edificio y fábrica es la cantería, y lo que principalmente toca a la arquitectura, y es el todo, hemos ido siempre haciendo cuenta de ella, y cuando ésta está acabada, parece lo damos todo por acabado. Así lo juzgábamos los que aquí vivíamos y mirábamos con nuestros ojos el aumento y perfección de esta fábrica; cuando llegamos a gozar de la iglesia, coro y claustro principal, no nos parecía que había más que aguardar ni que temer, y eran tantas las cosas que sin esto faltaban, que cualquiera de ellas que no viniera a perfección nos dejara lastimados, y fuera falta irremediable en la unidad del más cabal todo que creo yo se ha visto en el mundo. Para esto quiso nuestro Señor (aunque creo esto era lo de menos) dar tanta vida a nuestro Fundador, que apenas nos dejó qué desear en lo que a esto tocaba, y quiso gozase muchos años, y con mucho sosiego, obra tan llena de piedad y tan a su servicio y el de los santos. En este discurso iremos tocando, con la brevedad que hasta aquí se ha profesado, las menuden-



cias (llamémoslas así), aunque en otra parte fueran de importancia, y las singularidades con que esto se iba perfeccionando, puliendo, rematando las idas y venidas de las personas Reales, que por ser suyas es razón hacer cuenta de ellas. El año de 1587 vino el Rey con sus hijos, Príncipe e Infanta, y otros caballeros, a tener la Semana Santa; santa costumbre, como lo hemos visto en todos los discursos pasados. Hallaba siempre en estas venidas cosas de nuevo, que había dejado ordenadas a la partida, para tener que ver a la vuelta; ahora había algunas, y una harto principal, que fué la disposición de los capítulos que estaban en el claustro grande, de que haremos memoria particular, porque la merecen. Fué luego a verlos; contentáronle, porque se había acertado bien en la traza de ellos; salió de allí y fué a ver las fuentes de mármol que había mandado hacer en los cuatro claustros pequeños, que al principio se hicieron de la piedra común de todo el edificio, y parecían algo pobres. Dieron vuelta por la Casa y detuviéronse algún tanto mirando pintar a Peregrín de Peregrino en el claustro, hombre singular en el arte y aun en la figura y talla. Estaba entre cuatro pintores repartida toda la pintura del claustro, dos italianos y dos españoles, de cuyas obras no osaré yo juzgar a solas; en su lugar se dirá lo que en común se siente, y lo que sintieron los maestros que las tasaron. El Domingo de Ramos anduvo el Rey en la procesión que se hizo por el cuerpo de la iglesia, llevando consigo al Príncipe, y el Jueves Santo hizo el Mandato en el Capítulo principal, para que se estrenase felizmente, y lo que hubo de nuevo fué el monumento que se hizo de una muy hermosa traza, fábrica de orden dórica, bien entendida, ingenio de Giusepe Flecha, italiano, que también hizo las sillas del coro y cajones de la librería, aunque todo esto pasaba por la aprobación y juicio de Juan de Herrera, Arquitecto mayor. No quiero detenerme aquí en describir sus partes ni sus adornos y riqueza hasta que tratemos el discurso de toda la arquitectura del templo, donde veremos también esto. Celebraba y hacía también la Señora Infanta en su palacio otro Mandato

por sí, y también el Príncipe nuestro Señor se ensayó este año en esta santa ceremonia. Repartíanse los religiosos para asistir, cantar el Evangelio y otras cosas, conforme a las reglas del Misal; en todas estas partes, quien viera tantos ejercicios de actos tan humildes y tan santos en tan altos y supremos Príncipes, no dijera que era Corte ni Palacio, sino Monasterio de monjes sin hábito, y jurara ser verdad que éstos solos no hacen monjes. Predicábase en todos estos años que se hallaba aquí Su Majestad y Príncipes el Mandato a las tres de la tarde, y la Pasión, desde las diez a las doce de la noche, y a todo asistían con grandísima devoción, y sé yo quién de ellos, por no quedar atrás de lo que hacían los frailes, no comía sino pan y agua todo el Viernes siguiente. No pudo este año comer con los religiosos en el refectorio, porque hizo muy riguroso tiempo de fríos y nieves la Pascua, temporal común en toda España. Detúvose ahora Su Majestad más que otras veces, por dos razones: porque el Príncipe ofreciese aquí sus años, que cumplió nueve y entró en diez el 14 de abril de 1587, y ofreció otros tantos escudos de oro; hacían esta ofrenda con mucha gracia, y aun sentimiento y devoción, y porque quiso el Rey hacer antes que de aquí partiese las honras de la Reina de Escocia, a quien había mandado degollar su hermana la Reina de Inglaterra, teniéndola mucho tiempo presa y harto apretada en una fortaleza, poniéndole una acusación falsa de que se había conjurado contra ella. Y la verdad era ser esta Reina piísima y católica, que era la mayor conjuración para ella. Ya otros han escrito de esto más largo. Nuestro Rey, con justo sentimiento, quiso hacer aquí sus honras, aunque tenía gran fe de que estaba, como glorioso mártir, gozando de Dios en el cielo. Testimonio harto bastante de esto fué que, habiéndole presentado un anillo de esta Reina engastado en un diamante tabla, símbolo de la pureza y la firmeza de la fe de tan santa Reina, me lo dió a mí para que lo pusiese en las reliquias, y así lo hice. Las exequias se hicieron el 15 de abril, y con la misma solemnidad que las que aquí se hacen de todas las personas Reales. De



aquí partió Su Majestad con sus hijos a otra estación devota, que fué a recibir el cuerpo de Santa Leocadia a Toledo. Había solicitado esto el Rey por medio del Príncipe de Parma, que estaba en Flandes. Hízosele un muy solemne recibimiento en aquella ciudad, el 26 de este mes de abril de 1587. De allí se fué a Madrid, y estuvo hasta el 7 de agosto, que tornó aquí para la fiesta de San Lorenzo; la Emperatriz y la Infanta, juntas, llegaron la misma víspera de la fiesta, ya casi cuando cerraba la noche; mandó Su Majestad que pusiesen el altar mayor con muchas luces. Llenaron las cornisas de todas sus órdenes de candeleros y velas, y lo mismo todos los altares, que a quien entraba por la puerta y reja principal de la iglesia en aquel tan hermoso templo juraba que veía un retrato de gloria, y era muy de ver, porque ponía en el alma un no sé qué de elevación que no se siente en otras cosas de la tierra. No se halló en esta entrada el Príncipe, porque quedaba en Madrid convaleciente de unas calenturas, mas vino de allí a dos días.

Estaba ya a esta sazón acabado de todo punto lo que tocaba al colegio y Seminario, que son tres claustros enteros como los pequeños del convento, y diremos en su lugar sus partes. Quiso Su Majestad que se pusiese cada cosa en su sitio propio y se acabase de asentar la Casa, y así se pasaron los colegiales y seminaristas del claustro de la hospedería del convento, donde habían vivido de prestado, a su colegio, como ahora están, y junto con eso, que se aumentase y creciese el número de todos. Hasta allí no habían sido los colegiales más de veinticuatro, doce teólogos y doce artistas, y quiso que fuesen treinta y dos, añadiendo cuatro en cada curso, y que los pasantes fuesen cuatro, que antes no eran más que tres, y los seminaristas se doblaron, porque no eran más que veinticuatro, y mandó que fuesen cuarenta, y cuatro familiares que los sirviesen. Era Rector a esta sazón el padre fray Miguel de Santa María. Ya en este tiempo se iba despidiendo mucha gente de la fábrica, porque todo lo principal estaba acabado; lo que de nuevo se hacía eran las casas de los oficios de Su Majestad, que

son excelentes piezas y de mucho servicio. Caen hacia la parte del Norte, enfrente del cuarto de los caballeros, que mira al Septentrión, dejando entre el cuadro de la casa una ancha plaza que se divide por medio a la larga, de Oriente a Poniente, con un pretil o antepecho; para que no lleguen todos los carros ni los coches, tienen las puertas cadenas, con llave.

Pasado el colegio a su propio sitio y estancia, se ensanchó toda la casa, y se puso cada oficina en su lugar, que por esta ocasión andaba todo de prestado. La librería se asentó en una pieza alta que cae encima del pórtico y de la librería principal, como veremos después. Los nuevos se pasaron a su dormitorio, que había ocupado la librería. La procuración también y la hospedería entraron en lo que desembarazó el colegio. Los cuatro claustros quedaron todos abiertos por lo alto de los treinta pies, y quitáronse los tabiques y puertas que los atajaban, y pareció que había crecido toda la casa, como era verdad, poco menos de otro tanto. Abrióse también la portería principal y el recibo y zaguán grande de ella, que había sido iglesia del colegio; en lo que andaba más diligencia y se detenía la fábrica era en lo que tocaba a la pintura de la librería principal y claustro, y solar de mármol algunas piezas; de suerte que ya desde aquí adelante es muy poco lo que hay que advertir en la fábrica, y lo más serán cosas que tocan al suceso de la fundación de este convento, del Fundador y personas Reales, hasta llegar al asiento que después de su muerte quedó en todo.

El año de 1588, siguiendo el curso acostumbrado, vino el Rey aquí a tener la Semana Santa; trajo consigo a sus hijos, y cuando celebró el Mandato quiso que le ayudase el Príncipe; verlos a entrambos en aquel acto divino era un espejo vivo, de donde se desprendían y contemplaban cien cosas juntas, que es harto tarde de devoción y de espíritu quien no las siente. ¡Qué cristiana y qué celestial pedagogía, y qué enseñar a volar a cosas altas, y qué propio de un águila tan Real poner los ojos de sus hijos en aquel Sol que alumbraba con sus rayos lo más alto del



cielo y lo más profundo de la tierra, antes que salgan del nido! Ni quiso carecer la Infanta de este bien, que también ella celebraba la fiesta allá en su palacio. Dió de comer a doce pobres, y vistióles e hizoles otras limosnas; lavó las manos a un niño pobre que estaba en medio de ellos, por guardar en esto aquella decencia que es razón a tan generosa y Real doncella y Señora. ¡Oh, felices hijos de tal padre!; no estorba, ciertamente, ni se contrapone este ejercicio ni estos santos ensayos e imitaciones de Cristo a la alteza de la púrpura Real, ni a la Majestad del Imperio, ni embaraza al buen gobierno de las cosas de la paz ni de la guerra, ni por éstas suceden las cosas aviesamente, como algunos vanos y de corto juicio pretenden. Disposición más alta y más oculta es la que gobierna los Imperios y da las victorias, quita y pone Reyes, trueca las suertes del mundo, Reinos, ciudades, provincias; digan esto las experiencias vistas que nos enseñan las historias sagradas y profanas. Miren las desgracias y sucesos tristes que pasaron en la Casa y Reino del Santo Rey David: Josías santísimo murió en la batalla, y de los santos y fuertes macabeos no escapó ninguno.

El Santo Rey Luis de Francia, cautivo y preso, y herido de pestilencia su ejército dos veces; y llegándonos más cerca a los ejemplos caseros, la jornada, al parecer, más pía, fué la más infeliz de cuantas emprendió el nunca vencido Carlos V. Y no echemos la culpa de los tristes sucesos a la piedad, devoción y ejercicios santos de Felipe II, que, por ventura, fueron el freno con que detuvo Dios la ira del castigo que tienen tan merecido las culpas de tan corrompidos siglos como los nuestros; no sé dónde me arrebató el ímpetu del sentimiento, y me enajenaba de mi historia, si es esto ajeno de ella.

Este verano salió el Rey con sus hijos a ver estas dehesas del contorno, para que recibiesen alguna recreación unos y otros; fué por veces a la de La Fresneda y Herrería; cazaban, pescaban en los estanques; llegóse también a ver la dehesa del Quejigar, la casa y viña que había plantado en medio de aquellos pinares. En 21

de mayo ganó el jubileo que tenía concedido para el día en que cumplía años, y éstos ofreció a Dios, que eran sesenta y uno, y comenzaba el de sesenta y dos; salió a hacer la ofrenda de otros tantos escudos, llevándola su hijo en las manos, muy galán con un vestido blanco, señal del que vestía también el alma, y pienso que iba más a ofrecer el hijo que las coronas, porque era la prenda que en más estimaba. El 30 de este mes partió de Lisboa aquella infeliz Armada para Inglaterra, y parece que desde luego dió avisos el cielo que no le era muy grata esta jornada, y que no se urdía esta tela por su consejo, sino que era discurso humano. Murióse el Marqués de Santa Cruz, capitán que la había de guiar, hombre criado y ejercitado en una y otra mar, y de los que llaman venturosos y afortunados los que piensan que hay fortuna, porque tratan poco de la Divina Providencia. En saliendo del puerto, de allí a poco padeció una tormenta que la echó en el puerto de La Coruña, como avisando que no porfiase en su intento; tornó a partir de allí (que no partiera) el 23, tiempo sin razón y peligroso para aquellos mares; embocó por aquel canal sin tener un día sereno en todo el viaje.

Los enemigos estaban bien apercebidos; el orden que de acá se llevaba, dicen que ciego; el recado y prevención que había de haber en Flandes, ora fuese por descuido o por malicia, ninguno; entraron aquellos vasos tan grandes por un mar peligrosísimo, llevados del viento y de la poca prudencia, y al fin se perdió poco menos que toda y la mejor Armada que habían visto aquellos mares; perdióse mucha y muy lucida gente: marineros, soldados, capitanes, muertos de sed en el agua, comidos de peces y sorbidos por las ondas, y perdióse la reputación de España, porque quedamos hechos risa de nuestros enemigos, viéndonos huir casi sin que nadie fué tras nosotros; y lo peor y que más lastima y duele, que perdió la verdadera religión nuestra con el pérfido enemigo mucho crédito, pareciéndole, y publicándolo así, que Dios estaba de su parte, y, al fin, fué la mayor pérdida que ha padecido España de más de seiscientos años a esta



parte, según lo afirman los que la tantearon de cerca, y lo peor, que no se escarmentó con esto. Hubo en medio de esta tan grande pérdida un gran interés y ganancia para las almas, porque se hicieron en estos Reinos las más extraordinarias plegarias y devociones que yo he visto jamás en ella, tanto, que se dió motivo para que, burlándose de nosotros, los extranjeros dijesen en sus pasquines que la Armada de España, con las oraciones, se había subido al cielo. Fué cosa cierta (dirélo para memoria de los que vinieren) que estuvo la gente seglar y la muy cortesana tan contrita y tan devota en el verano todo que se entendió partía la Armada, que en Madrid se frecuentaban tanto las iglesias y los Sacramentos en las fiestas de San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, que parecía más Semana Santa que mañana de San Juan, donde se suele desenfrenar tanto la gente en comidas y juegos y otras lujurias harto ajenas de buenos cristianos, que creo yo fué más lo que se ganó en esto que lo que se perdió en las Armadas. En esta Casa, como estábamos a los ojos y en la presencia del Rey, que deseaba y le importaba tanto el buen suceso, se hicieron por todos los religiosos en común y particular muy extraordinarias penitencias, y en género de devoción y plegarias, cosas muy desusadas. No quiero, por ser parte, decir más de esto, mas podré añadir que lo agradeció el Rey en entendiendo y oyendo lo que en la iglesia pasaba en lo más secreto de la noche, antes y después de maitines, que no debía de dormir, puesto que lo oía. Con todo eso sucedió lo que todos sabemos y lloramos. Si quisiere alguno preguntar qué pudo ser esto, responderé, lo primero, con encoger los hombros y adorar los juicios divinos, estando cierto que Dios no desprecia los corazones contritos, y que valen mucho en su presencia las lágrimas, oración y penitencia, y que lo ve y lo escucha y lo convierte todo en nuestro bien, aunque no lo entendamos de presente, porque nos ama con infinito amor, y tras esto, para nuestro consuelo (quiero tomar esta licencia, que será de importancia para otros casos), referiré algunos casos semejantes, y aun más fuertes y vivos que el que

lloramos ahora. Prometida tenía Dios a los hijos de Israel aquella tierra fertilísima de Canaán, y de los otros Reyes vecinos, figura de la bienaventuranza donde caminamos; había ya pasado el Jordán todo aquel pueblo, y con un admirable prodigio y nuevo modo de pelea, allanados por el suelo los muros de Jericó, que fué la primera ciudad de esta conquista, y como tal quiso y mandó Dios que quedase consagrada, dedicada, encendida y, digámoslo con su nombre, anatematizada a su nombre, sin que cosa alguna de ella sirviese, ni viniese en uso de hombres, y así intimó este mandato a todo aquel pueblo; y porque uno solo, Acán, soldado de los de la tribu de Judá, se atrevió a tomar alguna cosa de la presa, y de paso, cuando se entró en la ciudad, al tiempo de conquistar la ciudad de Ahi, que era la segunda, los desamparó Dios, y les negó su virtud, y se sintieron tan cobardes y sin fuerzas los Israelitas, que volvieron las espaldas en viendo salir contra ellos unos pocos hombres de la ciudad, y en el alcance mataron algunos, y otros se arrojaron por unos derrumbaderos, donde murieron; cosa afrentosa, en que se perdía grande honra y reputación, no sólo para los Israelitas, sino para el mismo Dios, por cuyo mandato y orden emprendían la guerra; y a costa de no dejar sin castigo el pecado de un solo hombre, mostró no estimar en nada su misma reputación y dar lugar a que los demás pueblos le estimasen por un Dios ordinario y, como uno de los otros, que podía ser vencido. Tanto pesa en los ojos de la Divina Justicia la alevosía y el faltar del pacto que con él se asienta, que a costa de castigar esta culpa parece posponerlo todo; y hasta que aquel pueblo se purificó de ella, castigando al transgresor, en quien todo aquel pueblo había pecado, o, por mejor decirlo, prevaricado, no quiso Dios se pasase adelante en la conquista de aquella tierra y muerte de tan abominable gente. Pongamos ahora nosotros los ojos en nuestras Armadas contra los ingleses, y justifiquemos nuestra causa cuanto quisiéremos, y atrevámonos a decir que lo quería Dios, y que lo mandaba, para que quedasen castigadas tantas ofensas como a él y a su Iglesia, y a sus



Sacramentos, y a sus santos, y a sus siervos píos y católicos allí se hacen; y cuando todo lo emparejemos como se nos antojare, pregunto cuántos Acanes, cuántos perjurios, aleves, pérfidos y malos cristianos, que jamás supieron guardar el pacto y ley que tiene asentado con su República Cristiana, irían en nuestra Armada; sin duda, muchos; ¿pues qué se maravillan si Dios nos desampara; si huímos como cobardes; si se hunden los barcos; si parece la gente? ¿Para qué echan la culpa al pío, fuerte y santo Josué, Emperador de aquel pueblo? ¿Para qué culpan al pío Rey Felipe, que quiere volver por la honra de Dios, favorecer la Iglesia, socorrer a los fieles que allí padecen? Cuando cometieron aquel tan abominable crimen los de Gabaha, ciudad de la tribu de Benjamín, con la mujer concubina de un levita (concubina es lo mismo que en la lengua hebrea se llama *Pelag*, y en la latina, casi sin mudar nada, *Pelex*, y en castellano, mal usurpado, *pelleja*, y eran mujeres legítimas, aunque no de tanta ceremonia y aparato), juntáronse todas las once tribus de Israel contra la de Benjamín, para castigar tan horrendo adulterio; consultaron con Dios en Siló si pelearían contra Benjamín, y quién sería el capitán de esta jornada. Responde Dios que sí, que peleen, y que el capitán sea de la tribu de Judá: júntanse cuarenta mil de las tribus, contra veinte mil de Benjamín; van a conquistar y destruir Gabaha; salen a ellos los de Benjamín, y matan veintidós mil de los de Israel; tornaron otra vez con más número de gente y aun mayores pertrechos, y consultan con Dios la causa, y lloran en su presencia, y respóndele Dios que sí, que peleen. Tornan a la pelea confiadísimos en su poder y fuerza (que así lo dice la letra), y tornan los de Benjamín a matarles otros diez y ocho mil hombres; caso extraño, y que no se puede imaginar más a lo vivo para nuestros tristes sucesos, donde de una vez nos abrió Dios los ojos para que viese muy en particular la nación española dónde le nacen tantas miserias, y que el principio y raíz de todos sus azares, y de los castigos que Dios tan palpablemente les envía, es la soberbia y altivez, la confianza

en su valor, destreza, fuerza, maña, poder; pues cuando muy por particular oráculo del cielo emprendieran esta jornada, y la causa estuviera aún mucho más justificada, esta soberbia y vana presunción (de que, sin duda, hubo mucho en esta jornada) bastaba para que Dios hiciera en nosotros mayor castigo. Vendrá tiempo en que, como entonces, después de haber castigado la soberbia de Israel, castigó gravísimamente el pecado y adulterio de Benjamín, así sentará la mano en aquel Reino adúltero, que, apostatando de la fe, sigue sus lujurias y opiniones perversas contra toda la Iglesia Católica. Porque se aprovecha de este mismo ejemplo el divino Bernardo, traeré lo que a él le sucedió, que es muy propio para confirmar nuestro propósito. Persuadió este glorioso santo al Emperador Conrado y al Rey Luis de Francia que hiciesen una jornada contra los turcos y contra los sarracenos y conquistar aquellos lugares que Dios consagró con sus pies, con su vida y con su sangre; despertóle a que tratase esto con estos Príncipes el Papa Eugenio III, su discípulo y monje; como el santo tenía tanta autoridad, confirmada con muchos milagros, persuadiéronse a ella el Emperador y el Rey, confiados que era negocio de Dios, pues tan gran santo lo persuadía; sucedió todo adversamente: murieron gran número de alemanes y franceses, unos en la guerra, otros por engaños y traiciones del poco pío Emperador Emanuel y de sus legados, que, a vueltas de otras malas obras, les echaron yeso en la harina, de que murieron muchos, y así les fué forzoso a los dos Príncipes retirarse con grandísima pérdida de gente. Lastímase y queréllase con nuestro Señor piamente el glorioso Bernardo, en el principio del segundo libro *De consideratione*, que escribió a su Pontífice Eugenio, porque una cosa que él le había persuadido y aconsejado, y que su Vicario le había mandado hacer, obra tan pía, tan justa, tan llena del celo de su honra, de su Iglesia y de su fe, hubiese sucedido tan desgraciada y tristemente: lea quien quisiere ver las pías lágrimas y querellas de este divino Doctor en el principio de aquel libro, donde toca algunas cosas de las que hemos dicho,



y junto con esto lea también una Epístola que le escribió un varón santo (1), llamado Juan, Abad de Casamar, donde por particular revelación divina le reprende de su demasiada tristeza y le consuela con hacerle saber el fruto grande que se sacó de esta jornada, por haber volado al cielo muchas almas, donde, entre otras razones admirables, le dice así, en el estilo de aquel tiempo: «Hanme dicho, padre carísimo, que estáis muy triste porque no ha sucedido esta jornada como vos quisiérades (de la de Jerusalén hablo), y la gloria de Dios y de la Iglesia no ha crecido como deseábades; diré, pues, brevemente lo que siento», etc.; y luego, más abajo: «Páreceme a mí que ganó mucho Dios en esta jornada, aunque no por el camino que pensaban los que le caminaban. Si quisieran proseguir esta jornada como era razón y cual conviene a cristianos santa y justamente, Dios estuviera de su parte, y se siguiera un grande fruto; mas como se convertía y derivaban en muchos males, y no se le escondía a Dios esto (que era el movedor y autor de esta jornada), aun antes que la hiciesen, para que su providencia y disposición no quedase frustrada, la malicia de ellos convirtió en clemencia suya; envióles persecuciones y trabajos, porque purgados y limpios con ellos, pasasen a la gloria de su Reino. Confesáronnos algunos de los que volvieron, que vieron morir allí muchos, afirmando que morían muy de voluntad, y que aunque pudieran volver, no volverían, por no tornar a caer en los pecados pasados. Y porque no se ponga en duda lo que digo, descubro en confesión esto, como a mi padre espiritual, que los patrones de esta nuestra casa, San Juan y San Pablo, tienen por bien visitarnos muchas veces, y yo hice que les preguntasen sobre este mismo caso, y respondieron de esta suerte: Dijeron que se restauró la caída de muchos ángeles con los muchos que en aquella jornada murieron, y sabed también esto, que hicieron de vos mucha memoria y pronosticaron que vuestro fin había de ser muy presto», etc. Tengo por cierto aconteció

(1) Epist. 333.

mucho de esto en aquella jornada de Inglaterra, y que el celo e intento santo de nuestro Fundador fué muy acepto a la Majestad Divina, y que convirtió en grande bien lo que nosotros con la cortedad de nuestros discursos tuvimos por grave pérdida y daño, y es bien que con estos ejemplos abramos los ojos para adelante, y no nos abalancemos a juzgar, y creamos que nuestra soberbia y presunción deshacen lo que merecieran las oraciones, lágrimas, ayunos y penitencias de muchos; mas ya basta esto, para que no alarguemos demasiado la licencia.

## DISCURSO XVI

*Algunos particulares sucesos en la fundación de este convento y en cosas de fábrica y de las personas Reales. La muerte del quinto prior y elección del sexto.*

**E**L año siguiente de 1589, a 22 de marzo, entró nuestro Fundador con sus queridos hijos, Príncipe e Infanta, y los caballeros ordinarios, en esta Casa a tener la Semana Santa y continuar las estaciones conocidas, y el mismo día se acabó de asentar en el coro uno de los mayores y más hermosos facistolos que debe de hallarse en todos los coros de las iglesias de Europa; subió luego allá el Rey y holgóse verle tan acertado y de tan buena traza. El día siguiente mandó se celebrasen las exequias de la Reina de Francia Doña Catalina de Médicis, abuela de nuestras Infantas Doña Isabel y Doña Catalina; díjose el jueves la vigilia, y el viernes, de mañana, la Misa mayor, todo con la misma solemnidad y aparato que por las otras personas Reales, y Su Majestad y Altezas se pusieron lutos. El Jueves Santo celebró el Mandato, ayudándole su hijo, como otras veces, y con igual devoción, asistiendo a todos los divinos Oficios, que se celebraron con solemnidad y concierto, como siempre o algo mejor. El postrero día de Pascua quiso Su Majestad fuesen padrinos el Príncipe e Infanta, sus hijos, en el bautismo de un judío principal de Fez que se convirtió a nuestra Fe y quitó el velo de Moisés que tenía delante de sus ojos; la ocasión que



tuvo, dejada aparte la merced del cielo y las inspiraciones divinas que Dios puso en su alma, dicen que fué ver el castigo que se hizo en Portugal por los inquisidores en aquella priora de la Anunciada, gran pintora de llagas fingidas, con que engañó a muchos: a unos por ser sencillos y buenos, que son fáciles de engañar los que piensan que nadie miente; a otros como indiscretos adoradores de hipocresías y santidades postizas y artificiales, cuales eran las de esta mujer vana, que sin arte del diablo supo venderse a todo el mundo por santa, y quiera Dios que escarmentemos con esto. Viendo, pues, este hombre prudente, docto en la lengua hebrea y en su ley, que los censores de la fe cristiana no permitían ficciones ni mentiras para autorizar la cosa que usan mucho en otras sectas vanas, tuvo por cierto que estribaban sus cosas en más alto principio. Quiso, pues, nuestro pío Fundador favorecer y autorizar esta causa y que sus dos hijos le prohijasen al nuevo cristiano en Cristo; llamóse D. Pablo; el ministro de este Sacramento fué García de Loaysa, maestro del mismo Príncipe. Andadas estas estaciones, partió de aquí el Rey el 4 de abril y fué a otra de no menor piedad en la villa de Alcalá de Henares, que le estaba aguardando para celebrar la fiesta de la canonización del santo fray Diego, donde asistió con mucha devoción, y de allí vino por Aranjuez y entró a pasar aquí el verano, que se pasa bien, en 29 de abril. Entre-túvose Su Majestad y Altezas en lo que otras veces: daba vuelta por su Casa y adornábala de pinturas riquísimas, mandándolas poner en su presencia, y otros adornos en el mismo edificio, para que todo correspondiese con exactitud y gracia en la entereza de todo el cuerpo de esta fábrica. Llególe aquí la nueva de aquella tan extraña muerte del desventurado Rey Enrique de Francia, que, como todos saben, le mató, el primer día de agosto de este mismo año, un fraile dominico, sacerdote, lanzándole por las tripas un cuchillo, y murió sin confesión, dejando a todo el mundo con harta sospecha de su poca fe. Hizo argumento de esto ver cuán poco sentimiento mostraron de su muerte el Rey y Sus Alte-

zas, pues con llegarle aquí la nueva, no mandó se le hiciesen ningunas exequias, ni dijese Misas, como se había hecho por la Reina Doña Catalina, su madre. Y bastaba para que se hiciese de él poco caso, haberle excomulgado el Papa Sixto V. con particular Breve, por las muertes crueles que había mandado dar al Duque de Guisa y Cardenal de Guisa, y sus hermanos, y preso al Arzobispo de Lyon y al Cardenal Borbón; y quien así se atrevió contra tan grandes Príncipes de la Iglesia, no es maravilla muriese a manos de un religioso. Sobre esta muerte hubo muchos pareceres; no me toca a mí distraerme en averiguar opiniones. A 6 de agosto de este mismo año, día de la Transfiguración, murió el quirto prior de este convento, fray Miguel de Alaejos, profeso, como dije, de San Jerónimo de Yuste, religioso de mucha prudencia y observancia, muy dado a lección y oración, sir que las muchas ocupaciones y negocios que hubo en los siete años que gobernó este convento fuesen parte para estorbarle estos santos ejercicios y la mucha continuación del coro; hallábase el primero en maitines, y quedaba el postrero en invierno y en verano, y muchas veces le cogía la Misa del alba en la misma silla puesto de rodillas y en oración; hombre entero, de severo aspecto, buen ingenio y juicio, celoso de la religión y de la honra de sus frailes, sufrido, callado, atento, poco o nada vengativo, algo seco de condición, de donde le nacían mil bienes, que le sobraba tiempo para sus buenos ejercicios y excusaba importunaciones de seglares y frailes, que es mucho poder hacer esto en aquel tiempo que asistía aquí tanto el Rey y Sus Altezas, y la fábrica. Por todas estas buenas partes lo quiso mucho el Rey e hizo de él confianza, y por su intercesión y parecer se hicieron algunas provisiones importantes, así en Oficios y ministerios de la Iglesia como de la Corte, y se vió que tuvo buena elección en los más de ellos. Débele mucho esta Casa, porque, sin duda, fué el que plantó en ella la religión y la concertó en muchas cosas que quedarán para siempre asentadas, de harta importancia para el gobierno temporal y espiritual. Amaba mucho a los buenos frailes



y se holgaba de allanarse con ellos; con los que no eran tales tenía poca conversación, y con los ojos y vista los castigaba, aunque también sufría mucho a éstos, compadeciéndose de su flaqueza. La enfermedad postrera fué dolor de costado, y por no osarle mudar, murió en su propia celda del claustro. Cuando supo el Rey que era difunto, dijo: «Tarde toparán los frailes otro fray Miguel de Alaejos.» Cuán buen profeta salió, el tiempo lo ha descubierto. Una cosa fué mucho de estimar, entre las otras virtudes de este siervo de Dios, que jamás se le sintió ningún género de pretensión terrena, aunque tuvo más ocasión de deslumbrarse que ninguno de cuantos se han conocido en este oficio, y yo los he conocido a todos bien; su pretensión propia fué el aumento de la religión y devoción y la honra del hábito y de la Orden, y a costa de esto no tenía miedo de oponerse y hacer rostro a los que más privaban con el Rey; pudiera explicar algunos particulares de esto, si no fueran vivas algunas partes; diré esto sólo, para que de aquí se entienda o conozca el valor y pecho de este hombre: Por muerte del Doctor Miguel Martínez, vacó la cátedra de prima de Teología de este colegio; los que andaban al lado de Su Majestad hacían siempre grande instancia de que no tuviesen las cátedras los religiosos, no porque entendían había falta de supuestos para ellas, que de esto, aunque les pesaba, veían hartos desengaños, sino por tener aquí tres plazas que proveer y en quien poder hacer y que correspondiesen con algo (está muy lleno de esto el mundo); diéronle mucha prisa al Rey que proveyese esta cátedra en persona seglar, y salieron con elio; y porque era constitución del colegio que la cédula de catedrático, cualquiera que fuese, la firmase el prior, lleváronse la hecha, estando enfermo, de parte del Rey, para que la firmase, diciéndole uno de los privados que Su Majestad lo mandaba, y jamás quiso hacerlo; y porfiándole en esto, se resolvió diciendo que él no había de firmar la cédula, porque era en afrenta de su Orden y de esta su Casa, y que si Su Majestad quería determinadamente que la firmase, que buscase otro prior que lo hiciese, que desde luego él dejaba el

oficio. Espantado el que hacía esta instancia de tanto ánimo y, como ellos dicen, libertad, se tornó al Rey y le dijo lo que pasaba. Rindióse el Monarca y allá en su pecho consideró, como otro tiempo el Emperador Teodosio de San Ambrosio, que no había hallado otro que tan de veras hiciese su oficio. Y al fin hizo todo lo que quiso el prior, que no sé yo si topó Felipe hombre de más valor para con él, grande prueba de ánimo desinteresado; por aquí se sacarán otras que no lo mostraron menos. Fué luego elegido prior el padre fray Juan de San Jerónimo, profeso de esta Casa, y a la sazón rector del colegio, y, como vimos más arriba, de los primeros predicadores que vinieron aquí de la Orden; confirmáronle en el oficio el día de San Bernardo, y porque Sus Altezas viesan esta ceremonia, quiso que fuese en las gradas del altar mayor, donde se hallasen todas las personas Reales, damas y caballeros de su Casa. Hizo el Oficio de confirmador el padre fray Juan de Santa Cruz, que fué el catedrático de prima que trajo el padre fray Miguel de Alaejos de Salamanca, religioso tan docto como toda aquella Escuela sabe, y, según la ceremonia de nuestra Orden, habló allí al nuevo prior muy discretamente, abriéndole los ojos, para que advirtiese que no ven fácilmente los que están puestos en dignidades que tienen a los Reyes tan cerca.

Estaba ya a este tiempo acabada la pintura del altar mayor y se iban poniendo las figuras de bronce, que son los cuatro Doctores y los cuatro Évangelistas, y otras, como en su lugar diremos despacio, y porque aconteció un caso como milagroso, lo diré aquí de paso: Cuando subían la figura del Évangalista San Juan, que es grande de más de siete pies y medio, cuando ya llegaba al nicho donde se había de asentar, se quebró la maroma que estaba revuelta en la polea o trocla, y se bajó la figura tan su poco a poco con el resto que quedaba de la soga como si la bajarán con un torno; de suerte que en ella ni en los jaspes que estaban en el suelo se hizo daño alguno, con admiración del Rey y de todos los maestros y oficiales que estaban presentes. Partió Su Majestad y



Altezas de aquí a 5 de noviembre para Madrid, dejando también acabada ya de todo punto la librería del coro, que es una de las preciosas joyas que hay en esta Casa, de que hablaremos en su lugar.

El año siguiente de 1590 no vino Su Majestad aquí por la Semana Santa, porque le iba ya apretando la gota y prevalecía ayudada de los años y de los trabajos continuos de tan pesado gobierno en tiempos tan apretados y revueltos. Dilatóse la venida hasta el 7 de junio; llegó aquí a las seis de la tarde, con sus hijos; recibieronle con la moderación que otras veces, y vióse una cosa no acostumbrada: en llegando que fué, poner guardas en el palacio y en el Monasterio: señaláronse las personas que podían entrar en la iglesia, que fueron pocas y todas principales, de que hubo harto sentimiento en muchos de sus criados. Mandóse también se tuviese mucha cuenta con la gente forastera y negociantes que llegaban al pueblo de El Escorial, y a este sitio, y de ellos se hacía lista cada noche, reconociendo las posadas el alcalde mayor, y la enviaba cada día al Rey. No se entendió claramente la razón de esta nueva diligencia; sospechas varias y muchas, de que no hay que hacer cuenta. El día del Corpus Christi, que fué el 21 de junio, se hizo la primera procesión por el claustro principal, que estaba ya de todo punto acabado de pintar al fresco y al óleo y solado: pareció hermosamente: llevó el Rey una vara del palio, y el Príncipe, otra; D. Cristóbal de Mora, que ya se señalaba mucho su privanza, otra. Regocijaron los niños del Seminario la fiesta con una danza artificiosa y de espíritu. Mandó el Rey que ninguno se mezclase en la procesión con los religiosos, sino que o fuesen delante o se quedasen a la postre de todos, y así se hizo: tan amigo fué siempre de poner las cosas sagradas y de religión en su lugar. Murió este verano el Papa Sixto V, a tiempo que estaba nuestro Rey y todo el Reino puesto en harto cuidado de ver en qué había de parar tanta desafición a las cosas de España y tanta inclinación a las de Francia y al Príncipe de Bearne Bandoma, a quien el mismo Pontífice había declarado por hereje. De la muerte de

este Pontífice se dijeron cosas extrañas; ni yo las diré, ni las creo. Eligieron luego Pontífice al Cardenal Castaño, del título de San Marcelo, que recibió el Rey grande contento, y la Infanta Doña Isabel se regocijó mucho, tanto, que le escribió una carta dándole el parabién. Nació este contento por ser aficionado este Pontífice a las cosas de España desde que fué Nuncio en ella, y porque había bautizado a la Infanta cuando nació en el bosque de Segovia, el año de 1566. Todo esto se aguló presto, pues cuando se hacían aquí en Madrid las alegrías de esta elección, se habían hecho ya en Roma las honras fúnebres de su muerte. Eligieron tras él, después de un largo cónclave, al Cardenal de Cremona Sfrondato, milanés, y de los aficionados a las cosas de España, que también duró poco tiempo en la Silla. Acabáronse de poner en el mes de septiembre de este año todas las figuras de bronce en el altar mayor; son quince todas, y las mejores y mayores que se conocen en Europa, obra de Pompeyo Leoni; para poner las del Apóstol San Pedro y San Pablo, el Crucifijo y Nuestra Señora y San Juan, que están en lo más alto, se hizo un fortísimo andamio que atravesaba todo el cuerpo de la capilla, desde una cornisa a la otra, y sobre él dos tornos. Subió algunas veces allá Su Majestad con sus hijos para dar su voto y parecer en el asiento de ellas.

El día que se subió la de San Pedro, que fué el 3 del mismo mes, en acabando de sentarla se revolvió un poco el cielo, que había estado todo el día claro y sereno, y estando los religiosos en Completas, cayó con un repentino, solo y grande trueno, un rayo; dió una partecilla en la torre de las campanas, y entró por la ventana donde está el relojillo del coro, frontera de la en que se pone el Rey para oír las Vísperas y ver los religiosos; hizo allí una pequeña señal, y desdioró con el humo parte del marco, sin hacer otro daño. Causó mucho temor en los religiosos, y aun algunos dieron en el suelo. Subió Su Majestad luego a verlo, e hizo gracias a nuestro Señor que no hubiese hecho daño en nada. Nunca se ha descuidado el enemigo, ni creo que se le olvida hasta ahora



en dar señales de la envidia que contra esta obra tan pía tiene concebida, con rayos, aguas, vientos, hombres; no lleva en paciencia ver tan ensalzadas de los Príncipes cristianos las cosas de Jesucristo, de su Iglesia, de su culto y de sus Sacramentos y santos, y quiso mostrarlo en el punto que se puso en este altar la más rica figura de su Vicario San Pedro que creo yo hay en el mundo. Y también se va mostrando de camino el singular amparo y favor del cielo, esperanza que, pues no ha prevalecido hasta aquí, tampoco de aquí en adelante. En los tres o cuatro días siguientes se acabaron de asentar las demás figuras, y así quedó de todo punto acabado el retablo, de cuya arquitectura y traza diremos en su propio lugar. Estúvose aquí el Rey, con Sus Altezas, hasta pasada la fiesta de Todos Santos; prediquéle yo algunos sermones de esta fiesta, y lo mismo ahora. Y hecha la procesión de los Difuntos, a la tarde se partió a Madrid, por El Pardo, donde se detuvo algunos días.

El año siguiente de 1591 se celebró Capítulo general en nuestra Orden (no es razón olvidarme de ella, ni callar este punto, por la novedad que tiene), y por avisos que Su Majestad tuvo de personas religiosas y celosas de la conservación de la religión y observancia, envió al Obispo de Osma, D. Sebastián Pérez, catedrático de Vísperas, y después de Prima, de los primeros que vinieron a este colegio con poderes bastantes del Nuncio de Su Santidad, para que presidiese en este Capítulo y no diese por definidores a los que tuviesen más votos, como siempre se ha hecho, sino a los que teniendo algunos votos pareciesen varones de mejor celo, espíritu y religión; y así se hizo, y fué electo en general el padre fray García de Santa María, profeso de San Bartolomé de Lupiana, y Su Majestad envió a mandar que al padre fray Juan de San Jerónimo le admitiesen la renunciación del priorato de esta Casa, como él mismo lo había pedido; y después de algunos dares y tomares, fué electo prior el padre fray Diego de Yepes, profeso de la Sisle, de Toledo, que acababa de ser prior en San Jerónimo de Cotalba. Confirmáronle en 16 de junio. No se halló Su

Majestad en esta confirmación, porque tuvo las fiestas del Corpus en Toledo, y aguardó también el auto que celebró el Santo Oficio de la Inquisición el Domingo de la Trinidad, autorizando con su presencia y la de Sus Altezas aquel juicio y tribunal, a quien debe tanto la religión cristiana que resplandece en estos Reinos. La Octava del Sacramento entró el Rey, con sus hijos y con los que de ordinario en estas retiradas le venían sirviendo, en este convento. Hallaba siempre algo de nuevo que ver; ahora lo que más gusto le dió fué la mudanza de la iglesia o capilla de prestado que había servido en tanto que se edificó la principal; que se bajó el coro alto al mismo suelo, y se deshizo la celda y aposento en que él había vivido muchos años, y mandó quitar la reja que la dividía por la pila del agua bendita; que se llevase a la iglesia de Parraces, y quedase toda la pieza exenta, como ahora se ve, que es muy hermosa, y donde quiso que se hiciese el Oficio del entierro de los religiosos. Trajo esta vez Artonio Voto, guardajoyas, por mandato de Su Majestad, grande copia de reliquias de santos que el santo Rey andaba allegando por el mundo para hacer bienaventurada esta Casa con tan divinos tesoros, y con ellas muchos y muy preciosos relicarios y vasos de oro, plata, piedras preciosas, bronces dorados y cristales en que ponerlas, y así fué forzoso componer de nuevo los dos relicarios que están en esta iglesia; haré después discurso y tratado de esto; ahora diré sólo un particular para que se vea siempre la gran piedad de este Príncipe. Fué necesario poner en una pieza grande, sobre unas alfombras y lienzos, todos los relicarios y cofres, para repartirlas con buen orden y mudarlas de los cofres de seda en que vinieron a los vasos y custodias preciosas, donde pudiesen todos verlas, gozarlas y adorarlas. Subíase allí desde su aposento el Rey, unas veces solo, otras acompañado de sus hijos. Estando allí, me pedía algunas, y aun muchas veces (tenía yo entonces a mi cargo aquellos santos tesoros) que le mostrase tal o cual reliquia; cuando la tomaba en mis manos, antes que me pudiese prevenir de algún tafetán o lienzo, se inclinaba



el piísimo Rey, y quitado su sombrero o gorra, la besaba con boca y con ojos, en mis propias manos, que por ser algunas pequeñas era fuerza besármelas también mil veces, y creo que con esto quería de un camino hacer dos obras santas, mostrando no estimar en menos las manos donde se consagra Jesucristo que aquellos huesos, fundas un tiempo de las almas que fueron aquí templo del Espíritu Santo. Tras él, imitándole, sus hijos hacían lo mismo, donde muchas veces veía confundida mi poca devoción y tibieza y aprendía en cuánto se ha de estimar lo uno y lo otro. Esto pasábamos a nuestras solas y en secreto, en aquella santa cuadra, y es razón que se diga a voces sobre el tejado para confusión de los herejes y de otros tibios cristianos; consideraba yo entre mí las ocasiones que buscaba para hacer esto muchas veces, preguntándome de algunas reliquias cómo eran, o dónde las tenía, o mandándome que las pasase de un relicario a otro, sabiéndolo él todo muy mejor que yo, porque tenía feliz memoria, y por ganar en estos trueques y cambios los frutos y réditos que ahora goza con un excesivo logro.

El 23 de agosto llegó aquí a San Lorenzo monseñor Darío Bocarín, Nuncio del Papa y su Secretario íntimo, bien acompañado de criados y gentileshombres, y Guido Maestro de ceremonias de Su Santidad. Aposentáronse en la hospedería con toda su familia, donde fué muy servido y regalado. Traía dos muy ricos dones del Papa Gregorio XIV para Sus Altezas, el estoque y el sombrero para el Príncipe, y la Rosa para la Señora Infanta. En llegando, mandó pregonar en el pueblo que todas las personas que el día siguiente de San Bartolomé se hallasen en el Monasterio de San Lorenzo ganaban indulgencia plenaria, y así acudió mucha del pueblo y del Sitio. Y porque de una vez quede entendido qué cosa es ésta, la razón y el misterio de bendecir el Papa estos estoques y rosas, y hacer estos regalos y favores, de presentarlos a Príncipes y personas señaladas, lo diré aquí brevemente, porque en España no se tiene mucha noticia de estas cosas. Una de las más solemnes ceremonias

y de gran misterio que el Papa hace la noche de Navidad es la bendición y donación de este estoque y sombrero. No hallo el principio ni origen de ella, ni los que tratan de estas ceremonias la dicen, donde sospecho que es cosa muy antigua, y que la usaron aquellos Santos Pontífices que se siguieron después del Concilio Niceno y de San Silvestre. En los maitines de esta santa noche, antes de comenzarlos, vestido el Papa de amito, alba, cíngulo y estola, antes que se ponga la capa, bendice esta espada o estoque y un sombrero o bonete adornado de muchas piedras y aljófar, dibujado con ellas el Espíritu Santo en figura de paloma. Hecha la bendición, el Pontífice, vestido de capa, va a la capilla donde se han de decir los maitines, acompañado de los Cardenales y sin mitra, y uno de los clérigos de su Cámara lleva el estoque y sombrero delante de la Cruz. Hecha oración y sentados todos en sus lugares, el Camarlengo pone el estoque y sombrero sobre el altar, al lado de la Epístola; si está presente la persona a quien el Papa ha de dar el estoque, acabada la cuarta lección y cantado el responso, el Maestro de ceremonias le lleva desde su lugar donde está sentado, y puesto de rodillas delante del Papa, le da el estoque y le pone el sombrero, diciendo ciertas palabras que ordenó el Papa Sixto IV que se dijeren. Floreció este Pontífice el año 1471 y gobernó la Iglesia trece años, aumentando mucho la República Romana y el culto divino, de quien se dijo lo que de Augusto César: *Urbem lateritiam inveni, marmoream vobis relinquo*, y habla en estas palabras de esta ceremonia como de cosa muy antigua y usada por los Pontífices Romanos. Pondrélas aquí, porque son dignísimas de oírse y saberse, y porque con ellas quede declarado el misterio. Acostumbran los Pontífices Romanos, en la ilustre fiesta de la Natividad del Señor, dar o enviar a algún célebre y cristianísimo Príncipe una espada guarnecida ricamente, cosa, por cierto, que no carece de misterio. El Hijo Unigénito de Dios, para reducir la humana naturaleza en la amistad de su Creador, quiso juntarla a sí mismo para que el demonio, inventor de la muerte, por la misma con que venció



fuese vencido, y esta victoria se figura propiamente en la espada. Allende de esto hubo herejes arrianos que no temieron afirmar que el Hijo de Dios era pura criatura, mas la Santa Escritura del Evangelio de hoy afirma que Dios hizo todas las cosas por el Verbo. Da, pues, el día de hoy el Pontífice Supremo la espada, con que significa que en Cristo Dios verdadero, igual con el Padre y verdadero Hombre, está puesta la infinita potencia de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, según aquello que David canta: «Tuyos son los cielos y tuya es la tierra, la redondez de ella, su plenitud y abundancia tú la fundaste y tú criaste el aquilón, y el austro, y, finalmente, la Silla de Dios Apostólica recibió su firmeza y estabilidad de Cristo, y está adornada con el justo juicio, premio y justicia de Dios, con las cuales cosas nuestro Salvador Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, destruyó y ahuyentó los enemigos de esta Silla, los herejes, digo, y tiranos, según el dicho del Profeta: Justicia y juicio son el adorno, los asistentes y aderezo de su Silla.» Figura, al fin, este pontifical cuchillo la suma potestad temporal dada por Cristo a su Vicario en la tierra, según aquello que él dijo: «Dado se me ha todo el poder en el cielo y en la tierra, y en otra parte; enseñorearse ha de mar a mar, y desde el río hasta los últimos términos de la redondez de la tierra», la cual declara aquella capa de seda que suelen llevar los Pontífices la noche de la Natividad del Señor. Queriendo, pues, Nos guardar, como es justo, las costumbres de los Santos Padres, determinamos de ennoblecere con este insigne don a este Príncipe católico, hijo devotísimo de esta Santa Silla, que recibió de Dios entrambos a dos cuchillos, y también con este sombrero, en señal de la defensa y protección contra los enemigos de la Fe y de la Santa Iglesia Romana. Fortalézcase, pues, tu siniestra contra los enemigos de la Santa Silla y del nombre de Cristo, y ensálcese tu diestra para que como perpetuo y fuerte guerrero y defensor los quites de la tierra, y ármese tu cabeza con la protección del Espíritu Santo, figurado en la paloma, contra aquellos para quien está aparejada con justicia y juicio la Santa Silla Apos-

tólica e Iglesia Romana; lo cual te quiere conceder el mismo Hijo de Dios, que con el Padre y Espíritu Santo vive y reina por infinitos siglos. Amén. Razones gravísimas llenas de majestad y doctrina, y que descubren bien el gran misterio que en esta ceremonia se encierra.

Recibido de mano del Papa el estoque, el Príncipe que está presente, y besádole el pie y la mano, si quiere decir la quinta lección, el Maestro de ceremonias le lleva y visten una sobrepelliz y le ciñen encima el estoque al lado izquierdo; le ponen una capa o manto blanco que la abertura venga sobre el hombro derecho, y luego el bonete en la cabeza; tórñale a la presencia del Papa, y delante de él desenvaina el estoque y con la punta hiere tres veces en la tierra; esgrímele otras tres veces en el aire, límpiale sobre el brazo izquierdo y tórñale a la vaina; llega al facistol, y, vuelto al Pontífice, pide la bendición, hincado de rodillas, y el Papa responde: *Christus perpetuae det nobis gaudia vitae.* Cantada la lección, torna a besar el pie del Papa y la mano, desnúdase la capa y descíñenle la espada, y vuélvese a su asiento. Si es Emperador el que recibe la espada, dice el Evangelio primero de estos maitines: *Exiit edictum a Cesare Augusto*, etc. Vestido de la misma manera, aunque sin el sombrero, porque ésta es insignia de capitanes, y el Emperador es más que capitán, y no lleva la abertura de la capa en el hombro, sino por delante, pide la bendición humillándose profundamente; dicho el Evangelio, si quiere leer la homilía, la lee; si no, léela un Cardenal; acabada, acompañado de dos Cardenales, va a besar el pie al Pontífice. Toda esta ceremonia hizo el Emperador Federico III, hallándose la Pascua de Navidad en Roma, en tiempo de Paulo II, el año 1468. No sé que haya acontecido otra vez. Cuando el Papa envía esta espada fuera, se hacen aquella noche parte de estas ceremonias, llevando, siempre que el Papa va o vuelve de la capilla, delante el estoque alto, con el sombrero en la punta; lo demás se hace en el lugar donde le recibe el Príncipe a quien se envía. Aquí, pues, se hizo de esta manera: el día de San Bartolomé, dicha Tercia en el coro, salió el Nuncio de su aposento vestido de chamelote morado,



con sotana de falda larga, roquete y loba, con muceta, y acompañándole García de Loaysa, D. Diego de Córdoba, D. Juan Idiáquez y otros caballeros y religiosos; caminaron para la iglesia, llevando delante Guido, Maestro de ceremonias de Su Santidad, el estoque con el sombrero en la punta, vestido también de loba de raja morada, y descubierta la cabeza. El estoque era grande, mayor que los montantes de España, la empuñadura de plata dorada, y en la manzana las armas del Papa; la sobrevaina, de plata dorada, sembradas también las armas por ella; la vaina de dentro era de baya; la hoja del estoque, desde la empuñadura hasta el medio, dorada, donde estaba escrito el nombre de Su Santidad; en la cruz tenía atado o revuelto un taluarte tejido de oro, de tres dedos de ancho; en la punta o extremos pendientes, una hebillita, y en la otra, una punta de plata dorada. El sombrero era de terciopelo negro, forrado de armiños finos, con vuelta; una trenza tejida de oro, que después de atada hacía dos puntos pendientes; de los lados colgaban dos armiños enteros, para prenderse debajo de la barba. Lo alto del sombrero remataba una nuez de aljófár, y de ella salían unos como rayos de oro, bordados, que cubrían todo lo alto de la copa; a la parte derecha estaba una paloma (símbolo del Espíritu Santo), labrada de aljófár; delante y detrás, en las aberturas de las vueltas, tenía, como botones, otras dos nueces grandes de aljófár.

Hecha oración en las gradas de la capilla mayor, se fué a la sacristía con el mismo orden, y Guido, Maestro de ceremonias de Su Santidad, con el Maestro de ceremonias del Rey, subieron el estoque levantado al lado de la Epístola, asegurándole con el facistol de plata para que no se deshizase. Vistióse luego el Nuncio para decir la Misa, y con él dos religiosos del convento, que señaló Su Majestad. Hechas las genuflexiones al Sacramento y al Rey y a Sus Altezas, se prosiguió la Misa con mucha solemnidad. Dicha la oración después de la comunión, y el *Ite Missa est* antes de dar la bendición, bajó las primeras gradas del altar, sentóse, puesto el bonete, en una silla alta de terciopelo que estaba encima de una

alfombra, y un dosel de brocado a la parte del Evangelio, porque estaba Su Majestad a la parte de la Epístola, en su oratorio.

Junto a él, un poco más alto, en la primera grada, se puso D. Martín Idiáquez, Secretario de Su Majestad, y hecha señal por el Maestro de ceremonias de Su Majestad, leyó en alta voz y con buena gracia un Breve del Papa, dirigido al Príncipe de España, en el que decía algunos loores de él y los motivos que Su Santidad tenía para enviarle aquel estoque y sombrero. Leído, hecha reverencia, se quitó de allí, y el diácono y subdiácono subieron al altar; tomó el diácono el estoque y sombrero y el subdiácono el libro, y vinieron con ello al Nuncio. Salió luego el Príncipe del oratorio de la Epístola, dónde estaba con su padre, vestido de blanco, acompañado de los Grandes Duques de Nájera, Duque de Maqueda y gentileshombres de la Cámara y Mayordomos; el mayor, que era el Marqués de Velada, le puso una almohada encima del dosel.

Levantóse luego el Nuncio; en saliendo el Príncipe, quitóse el bonete y le hizo profunda reverencia. Hincóse de rodillas el Príncipe, y luego el Nuncio comenzó a leer, por el libro ceremonial que tenía el diácono, lo que arriba dijimos: *Solent Romani Pontifices*, etc., que ya declaramos en lengua castellana; y cuando llegó a aquellas palabras: *Hoc nostro praeclaro munere insignire*, tomó el estoque de mano del diácono y le ciñó al Príncipe en el lado izquierdo; y hechas las demás ceremonias, puso el sombrero en la cabeza del Príncipe, diciendo: *Armetur caput tuum Spiritus Sancti*, etc., hasta el fin de la oración; quitó el Nuncio luego el sombrero al Príncipe y púsole sobre la punta del estoque; llegó luego D. Cristóbal de Mora y lo tomó y lo llevó hasta el aposento del Príncipe. En tanto que dió el Príncipe el estoque a D. Cristóbal, subió el Nuncio al altar y echó la bendición pontifical cantada, y hechas las reverencias debidas, se volvió a la sacristía; el Príncipe hizo también la reverencia al Sacramento y luego a su padre, y bajó todas las gradas y por la puerta principal de la iglesia y pórtico



por fuera del convento fué a su aposento, llevando el estoque y sombrero delante D. Cristóbal de Mora.

Esta es toda la ceremonia del estoque, que algunos gustarán de saberla; la de la Rosa y su misterio es el que declaramos antes, cuando dijimos cómo lo había recibido nuestra Reina Doña Ana, y descubrimos algo del misterio; ahora no resta sino decir lo que aquí se hizo.

Era esta Rosa, como la otra, de muy poca diferencia, a manera de un rosal con sus ramas y hojas, y algunas rosas también de oro, asentado todo sobre un pie de tres puntas y de altura de dos palmos y medio, poco más. Siendo hora de Vísperas, vino el Nuncio como a la mañana, y con el mismo acompañamiento, y el Maestro de ceremonias traía la Rosa levantada en alto; llegados al altar mayor, hecha oración y las reverencias debidas, se sentó el Nuncio, cubierta la cabeza, en el banco que está junto al altar al lado del Evangelio, y el Maestro de ceremonias puso la Rosa en medio del altar mayor; dijéronse las Vísperas en el coro con la solemnidad acostumbrada; acabadas, se tendió el mismo dosel y se puso la misma silla que en la mañana, y en medio de la plaza y mesa que está entre las gradas altas y bajas. Vinieron luego todos los ministros que asistieron en la Misa, vestidos de la misma manera, acólitos, turibularios, diácono y subdiácono, y trajeron las vestimentas al Nuncio, presentándole cada uno su pieza, hasta que se puso la capa, hermana del mismo ornamento, que es de piedras, muy rica, y también el diácono y subdiácono con capas ricas, coloradas. Vestido y puesto su bonete, bajó adonde estaba la silla; hechas las reverencias al Rey y a la Señora Infanta, que estaba en su oratorio, a la parte del Evangelio, sentada en una silla alta, vestida de brocado, se asentó, estando los demás todos en pie. Púsose D. Martín Idiáquez en el mismo lugar que a la mañana, y leyó otra carta y Breve de Su Santidad en que, después de haber loado mucho a la Señora Infanta, mostraba las razones que él y su Consejo de Cardenales habían tenido para enviarle aquel místico don de la Rosa. Subió luego el diácono al altar y trajo la Rosa adonde el Nuncio

estaba; el subdiácono tenía el libro. Salió luego la Señora Infanta de su oratorio, acompañándola el Príncipe su hermano, que, sin duda, fué mucho el ver cuán galanes iban aquellas dos flores del mundo, vestidos entrambos de blanco, como puras azucenas, donde colgaban tantas esperanzas; llevábale la falda la Camarera mayor; en el tocado sacó gorra con plumas; tras ella salieron muchas damas por la misma puerta, aderezadas ricamente; de la parte del Evangelio estaban los Grandes y gentileshombres de la Cámara y mayordomos; llegó la Señora Infanta, levantóse el Nuncio e hizole reverencia profunda; ella la hizo al Sacramento, y a su padre, luego. Puso la almohada el Marqués de Velada, donde hincó las rodillas, encima del dosel de brocado. Monseñor tomó la Rosa de mano del diácono, y teniéndola con entrambas manos, dijo: *Accipe rosam de manibus nostris quam speciali commissione sanctissimi in Christo Patris Domini nostri, domini Gregorii divina providentia Papae XIV nobis iacta tibi tradimus, per quam, etc.*, que ya declaramos arriba, e hizo una gran cruz con la Rosa encima de la cabeza de la Señora Infanta, diciendo: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, Amen*, y se la entregó. En tomándola y teniéndola un poco en la mano, la dió luego a García de Loaysa, y se levantó en pie e hizo las mismas medidas y se volvió a su oratorio. Quede esto dicho de una vez, para quien gustare de ello.

El año siguiente de 1592 vino Su Majestad con Sus Altezas algo más tarde, porque le detuvo la gota; llegó aquí para la vigilia de Pentecostés, y estuvo hasta pasada la fiesta del Corpus, y luego, el viernes o sábado siguiente, se partió para Valladolid. Dió primero una vuelta por la Casa, como lo hacía siempre que quería marcharse. Vió la librería principal, que casi estaba ya acabada de pintar; mandó que se prosiguiese con calor la obra de la Casa que llamamos la Compañía, que es el principal edificio, y el cumplimiento, anchura y majestad de este convento, donde, como en su lugar veremos, están bien repartidos todos los oficios, y como si dijésemos lo mecánico o práctico, que no se aviene bien con lo con-



templativo, para que así, apartado del cuerpo de este convento, no estorbe la quietud y la calma que piden las cosas del espíritu.

Débesele también esto al padre prior fray Miguel de Alaejos, porque insistió mucho con Su Majestad para que se emprendiese este edificio tan grande y provechoso; dejólo en buen punto y hecha la traza, que es de Francisco de Mora, arquitecto mayor de Su Majestad y sucesor de Juan de Herrera. También quedó ordenado se prosiguiesen las casas de los oficios del Rey, otra parte de esta obra de grande consideración, fuera también del cuadro y principal edificio, que, cuando no hubiera otra cosa, era esto digno de venirse a mirar de lejos. No me detengo más en esto, porque se hará particular mención y pintura de todas estas partes; ahora sólo anotaremos el tiempo y el discurso con que fueron procediendo las cosas de esta tan hermosa máquina.

Partió, pues, el viernes siguiente Su Majestad, después del Corpus, para Valladolid, y de allí fué a Burgos; después, al Monasterio de Nuestra Señora de la Estrella, casa, como vimos, principal de esta religión. Cayó allí enfermo y apretóle el mal; muriéronsele dos médicos en esta jornada: el uno fué aquel insigne Valles Cobarrubiano, hombre de singular ingenio cuyos escritos vivirán a pesar del tiempo y de la envidia. El otro fué el doctor Vitoria, y también poco antes se le había muerto el confesor Chaves, religioso de Santo Domingo, hombre entero, de gran cabeza, a quien no turbó punto la alteza de la privanza, que fué mucho, porque fué grande, y vi en aquel siervo de Dios una cosa que se ha de estimar: que nunca perdió lo que debía a la modestia y llaneza que aprendió en la religión, y al fin murió fraile, y como tal, que pudiera haberse levantado más si quisiera, que no es pequeña alabanza. Desde aquel día se confesó Su Majestad con los Prelados de los Monasterios donde llegaba, que por entonces no se determinó de escoger otro confesor.

El año siguiente de 1593 tornó de su jornada nuestro Fundador (no me toca hacer historia de ella) y pasó

aquí buena parte del verano. Vió acabada toda la librería, la pintura y sus historias, los cajones y el suelo, y asentada mucha parte de libros; holgóse de ver cuán bien acertada quedó aquella pieza; púsose también la última mano en la fuente del claustro, que le faltaba el adorno de las figuras que ahora tiene; creció la obra de la Compañía casi hasta la última piedra; solóse la plaza que está delante del pórtico y pusiéronse todos los antepechos, y para que no faltase obra, emprendióse una llena de piedad y de grandeza, que fué hacer una iglesia en el pueblo de El Escorial, que la que tenía ya de vieja se venía al suelo, e hízose un hermoso templo en poco más de quince meses, que quien lo vió de repente, habiendo hecho esta breve ausencia, juraba que no era fábrica de hombres, sino que algunos ángeles la habían plantado allí en una noche: también diré alguna cosa de él a su tiempo. Y así quedó esta fábrica de todo punto perfecta en lo de las partes de dentro y de fuera. Resta digamos otras dos importantísimas: la consagración de este templo, cosa digna de consideración, por ser ya esta ceremonia y sacramento tan desusado en España; y el feliz tránsito de nuestro Fundador, que cada una merecía un libro entero.

## DISCURSO XVII

*Consagración de la iglesia y altares de esta casa de San Lorenzo el Real por el Nuncio de Su Santidad en presencia del Rey Don Felipe, su fundador.*

**D**ESDE el año de 1586, que se acabó este santo templo y le bendijo el Obispo de Irlanda Buenaventura, para que se pasase allí el Santo Sacramento y se celebrasen los Oficios divinos, como se dijo en su propio lugar, quiso el Rey, su Fundador, que se celebrase cada año la fiesta de la dedicación de este templo, con sus octavas, como se hizo. Algunos dudaron si se podía celebrar esta fiesta, por no estar consagrada, sino sólo bendita con la bendición que se hace a los cementerios, porque no hay otra, y la fiesta



que el derecho manda que se celebre con octavas no es para esto, sino a la consagración.

Para quitar estos escrúpulos y que ninguno dudase, determinó el pío Rey que se consagrarse este insigne templo, y era razón que fábrica tan hermosa y que con tan claras ventajas excede en lo material a cuanto con los ojos vemos en Europa, no le hiciese ventaja ninguna en lo espiritual y divino. Cosa es recibida en la Iglesia, y los teólogos más santos y doctos la afirman (1), que estas piedras de los altares e iglesias, u otra cualquier cosa material, recibe en sí por la consagración una cierta virtud espiritual, con que se levantan de aquel ser material y terrestre en un género y orden divino, y aunque esto es difícil de entenderse, pues parece que lo que no tiene alma ni vida, como no puede ser capaz de gracia, tampoco puede serlo de alguna virtud espiritual; con todo eso, quien bien entendiere que estas consagraciones no son obras tan solamente humanas, sino también tienen un realce de divinas, porque el sacerdocio y virtud de Jesucristo está participado en los sacerdotes de su Iglesia, verá que por esta razón las piedras inanimadas se hacen hábiles después de consagradas, para despertar en nosotros una singular devoción y reverencia a las cosas divinas; y Dios, que está en todo lugar por su presencia, esencia y virtud, está en estos templos y cosas sagradas con otro modo nuevo, usando de ellas como de instrumentos para despertar en nosotros estos afectos tan altos de devoción y divino respeto, para tratar lo que toca a su sagrado culto y reverencia. Esto todo se llama, con razón, virtud espiritual, que no la tiene ninguna otra cosa creada, sino la que así se consagra. Esta virtud está como comenzada, o, digámoslo así, como en raíz o principio, adondequiera que están, y llega a perfección y a efecto cuando entrando los fieles en la iglesia, o aplicándose alguna cosa consagrada a Dios con la particular asistencia que allí tiene, despierta, en efecto; y de hecho, en nosotros este divino temor, reverencia y devoción a

(1) Divus Thomas, 3, p., q. 83., ar. 3. ad. ibid. Caiet.

sus divinos ministerios, como en su manera (para que lo entendamos de una vez) decimos del agua, que por haberla tocado Jesucristo con su cuerpo y ordenádola para materia del Sacramento del Bautismo, tiene cierta virtud espiritual que no tiene ninguna otra criatura, para que, cuando el ministro de la Iglesia lavare con ciertas palabras el cuerpo, de hecho y en efecto lave con aquella virtud el alma.

Por esta razón determinaron los Pontífices desde el principio de la Iglesia (no es esto invención nueva, como piensan sus enemigos, sino de los mismos Apóstoles, que lo recibieron de Jesucristo) que las iglesias se consagrasen, y aunque de esto pudiera hacer un largo discurso, no quiero tomar tanta licencia; bastará decir que es canon apostólico, y que San Clemente Papa en diversas epístolas lo mandó, y afirma que así lo ordenaron y mandaron los Apóstoles, y lo mismo confirmaron después San Evaristo y San Urbano y otros muchos Pontífices; y cuando no hubiera más de que el mismo Señor quiso autorizar con su presencia la fiesta de la Dedicación del Templo que hizo Judas Macabeo (que llamaban encenias, palabra griega), bastará para entender que era su voluntad se consagrasen sus iglesias; quien quisiere ver mucho de esto, lea los autores píos que han tratado de ritos, ceremonias y divinos Oficios de la Iglesia, y entre ellos a Stéfano Duranto, hombre de buen gusto, erudición y juicio, que es menester tenerle en estas cosas para escoger lo que es más sólido y más grave. Es necesario advertir algo de esto al principio de tan alta ceremonia y misterio eclesiástico, para que ya no miremos esta fábrica como sólo cosa de hombres, sino como particular aposento y Casa de Dios, donde mora con más singular asistencia, para hacernos tantos favores, y de camino, antes que lleguemos al hecho, advirtamos, para que nos luzca y aproveche más esta historia, de que tan poca noticia se tiene en España, donde nos preciamos tan de cristianos, que todo esto se endereza a nuestro provecho, y que el propio templo y cielo donde Dios mora son nuestras almas y aun nuestros cuerpos, que a tanto quiso el Señor levan-



tarnos y que cuanto viéremos y leyéremos que se hace en el suelo y en las paredes de esta iglesia se celebra a lo vivo en nuestras entrañas. Con estos presupuestos, y con otros avisos que tocaremos en el discurso, será de mucho fruto lo que dijéremos, y es bien que alguna vez se lean estas cosas en lengua castellana, para que no haya tanta ignorancia de ellas, y si la hubiere, que no le excuse a nadie. Vino el Rey Don Felipe a tener aquí el verano con sus hijos, como otras muchas veces, el año 1595, y aunque llegó algo fatigado de la gota, con el contento de verse en su casa, la ayuda de los aires de la tierra, el aposento tan a propósito y tan fresco, le hizo cobrar salud y le dió aliento para poner en ejecución lo que tanto deseaba. Era éste, puntualmente, el año cuarenta de su reinado, mil veces (como dicen los santos) consagrado en las divinas letras, y del Pontificado de Clemente VIII también el año cuarto, para que todo sea cuadrado y firme; envió a llamar a Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, Nuncio de Su Santidad, varón prudentísimo y docto y bien afecto a las cosas de Felipe y de España y aun a la Orden de San Jerónimo; díjole su intento, y cómo quería que él fuese el instrumento de esta consagración; aceptólo con alegre rostro, determinóse el día, que fué el 30 de agosto, el mismo en que siempre se había celebrado la fiesta, escogido del Rey, porque aunque se manda que la consagración de los templos se haga en domingo o en fiesta de algún santo, hay permiso de que sea en cualquier otro día, y tuvo también en consideración que ni el día ni las octavas echasen fuera alguna otra fiesta de la Iglesia. El martes antes se aparejaron todas las cosas con gran puntualidad. Mandó el Nuncio que ayunasen todos, el convento y sus criados, la gente de la fábrica y sitio, y también el pueblo de El Escorial; así lo ordena el Pontifical Romano, para que se entre con buen pie, mortificando la carne y cobre fuerzas el espíritu para emprender obra tan llena de misterios, y porque la penitencia es la puerta y aun el vestido propio con que entran en las cosas divinas nuestras almas. Aderézose la tarde antes un altar en la iglesia pequeña, don-

de se pusieron reliquias de los doce Apóstoles, de San Lorenzo y de otros muchos santos mártires, de que hay tarta copia en estos preciosos relicarios; escogiólas una a una el mismo Rey, no por su mano, sino por las del sacerdote que las tenía a cargo, recreando su corazón con verlo todo, tratarlo y disponerlo con singular devoción. Estas reliquias son las que se habían de poner y sepultarse en el altar principal de la iglesia; cerráronse en un vaso muy rico, y con ellas tres granos de incienso y un pergamino escrito firmado del nombre del Nuncio, que, traducido del latín en castellano, dice: «El año 1595, a 30 días del mes de agosto, yo, Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, Nuncio Apostólico en los Reinos de España, consagré esta iglesia y este altar en honra de San Lorenzo, y encerré en él las reliquias de San Lorenzo y de los doce Apóstoles, San Esteban y otros mártires, y concedí a todos los fieles hoy un año y en el día del aniversario de esta consagración cuarenta días de verdadera indulgencia a todos los que la visitaren en la forma que la Iglesia acostumbra. Selló luego el vaso y sólolo en el altar dentro de unas andas hechas para sólo este efecto, acompañándolas a los lados con sus candeleros y luces. En presencia de estas santas reliquias estuvieron los religiosos velando por sus escuadras toda la noche, cantando himnos y salmos, haciendo estado a estos gloriosos príncipes que triunfaron del mundo y reinan en el cielo. Estaban también muy a punto todas las santas alhajas e instrumentos que eran menester para el acto. El santo crisma, en mucha cantidad; el óleo santo de los catecúmenos, en preciosos vasos; incienso, turibulos, navetas, braseros con brasas, cenizas, sal, vino, pan e hisopos de la misma yerba, manteles, toallas, lienzos de diversas suertes, delgados unos, gruesos otros y otros encerados; esporjas, arena, cal, paletas, antorchas, cirios y otras cien cosas para limpiar, pulir, adornar y hermosear esta nueva esposa, que en el discurso veremos ser todo necesario y aun místico, si me hubiera de detener en tantos particulares. Estaban también en las cuatro paredes de la iglesia, encima de las claves de once prin-



cipales arcos o portadas, puestas en mucha correspondencia, once cruces; la duodécima (tantas han de ser, de tres en tres en cada pared) estaba en el testero detrás del altar mayor. Estas son de un jaspe hermosísimo como de color de sangre, asentadas o embutidas sobre mármol blanco, que son como doce joyeles que la hermocean; cada una tenía su candelero dorado con una vela; después declararemos su misterio. Estaba también aparejada una escalera portátil fabricada de madera y lienzo pintado, tan fuerte y tan hermosa que no parecía cosa temporal o de prestado, sino para siempre; lástima deshacerla, porque juraran era de finos mármoles; llevábase, traía y revolvió esta máquina por todo el templo con harta facilidad sobre unas ruedas; tenía veinticuatro pies de alto, o poco menos; subía el Nuncio con todos sus ministros por ella, cuando ungía las cruces con el santo crisma en las cuatro partes del templo, y así era menester fuese segura, ancha, apacible, con sus mesas, descansos y pasamanos y antepechos, y como los que la gobernaban iban dentro, parecía se meneaba por milagro, sin ver cómo. Imprimiéronse también para sólo este menester mucha cantidad de libros en que se contenía todo lo que se había de cantar, para que llevase cada religioso el suyo, que fué grandeza de Rey importante para la quietud y decencia de esta solemnidad.

Quiso también el Rey regocijar la fiesta, y el gozo que ardía en su pecho despertarlo en el de todos: mandó que se pusiesen por todo el templo y por la Casa luminarias, y que la noche que esperaba tan solemne día no fuese obscura; hicieronse muchas, no conciertan los oficiales en el número: unos dicen seis, otros cinco mil, otros más, otros menos; éstas eran unas lámparas de barro llenas de aceite, rodeadas con papel aceitado para defenderlas del aire; tenían unas mechas o torcidas que, aunque de estopa, las hilaron las damas de la Infanta, y aun ella creo no se desdendió de hacer alguna por entrar en parte de la fiesta. Al punto que cerró la noche se encendieron todas con harta presteza y se vió una de las más alegres vistas que se pudiera imaginar. Como el ven-

tanaje de la casa es tanto y tan bien guardada proporción, y en todas ellas estaban tantas luces, veníase a los ojos una compostura de gloria; los bordes, boceles y antepechos de las torres y del cimborio, hasta las agujas y bolas y los pretiles y antepechos del jardín, estaban todos con este mismo adorno, perfilados y guarnecidos de luz; mirando todo desde lejos, como estaban las lámparas tan juntas, no hacían casi intervalo, ni dejaban mellas ni obscuro, parecían franjas de oro, no sé cómo lo diga, parecían gargantillas o como caireles mucho mejor que de oro, porque eran de una continuada luz, que, como es de otro ser más alto, hacía unos visos y vislumbres de tanta hermosura en medio de aquella sombra de los edificios, que no parecía cosa de la tierra; jurara quien la veía se parecía mucho a aquella Jerusalén Santa que vió el Apóstol descender del cielo. Hacía parecer esto así estar los ánimos tan aparejados con oraciones y ayunos, llenos de devoción y puestos en una contemplación soberana, adivinando las almas aquello que tanto desean, esperando con íntimos afectos verse ya hechos piedras vivas, moradores y ciudadanos de aquella patria soberana. Viéronse estas luminarias, por ser tantas, desde Toledo y desde Ocaña, y desde otros lugares, porque los que tenían noticia de la fiesta estuvieron sobre aviso y pudieron mostrarlo a otros. Salió el Rey de su aposento; llevóle en una silla, porque la gota le tenía impedido; subió al claustro alto del convento, para gozar de la vista y del fruto de su santa invención. El Príncipe, nuestro Señor, quiso mirarlo desde cerca y desde lejos; bajó a caballo hasta el pueblo y subió a la sierra hasta el arca del agua, acompañado de sus caballeros, y se alegró mucho con las vistas. En todos, finalmente, bullía un celestial alborozo, que ni puede escribirse ni significarse; y aunque más me esfuerce a declarar esto, quedará siempre obscuro para quien no gozó de la vista. Una cosa hizo a muchos maravilla y lo tuvieron como por milagro o merced del cielo, que no peligrase nadie aquella noche; porque se pusieron estas luces y lámparas en lugares tan altos y peligrosos, que pone pavor mirar-



los de día, y subieron a ellos de noche muchos peones de la fábrica y otra gente torpe tan proveídos de vino como las lámparas de aceite; y en medio de tantos candelas, Dios los tuvo a todos de su mano, para que en noche tan alegre no se mezclase un punto de tristeza. Vino la mañana clara y aun halló el Sol ardiendo muchas de estas luminarias, y mezcló con ellas alegremente sus rayos, hasta que él cobró fuerzas y ellas se acabaron. Los religiosos, aunque habían dormido poco en aquella noche (como si hubieran de dormir de día), madrugaron, dijeron luego las horas y las Misas particulares en los altares que para este efecto estaban hechos en la iglesia pequeña, y en otras partes de la Casa, que hay bien donde. Cumplido con esta ordinaria hacienda y obligación, vino el Nuncio a la iglesia acompañado de muchos caballeros y religiosos; ordenó allí todo lo que vio era menester; miró atentamente las cosas todas que estaban aparejadas; púsosele un sitial en medio del templo; mandó se encendiesen las candelas que estaban puestas acompañando las doce cruces de las paredes, y salir toda la gente de la iglesia, dejando dentro un solo diácono vestido con amito, alba y estola, sin dalmática, y cerró las puertas. Desde allí, con el mismo acompañamiento, fué a la iglesia pequeña, donde la tarde antes había puesto en el altar y debajo las santas reliquias, y diciendo, como es de común en ceremonia, los siete Salmos penitenciales, se vistió de amito, alba, cíngulo, estola, capa blanca y mitra llana, con el báculo pastoral en la diestra; vistieronse con él otro diácono y subdiácono, sin dalmáticas, y los demás acólitos y ministros con solas sobrepellices. Así vestidos, vinieron delante de las puertas de la iglesia principal, donde estaban hechos otros dos altares: el uno para poner las reliquias de los santos, y el otro servía de aparador o credencia, donde estaba todo lo necesario para la consagración. Había también un sitial o falditorio, donde se hincaba de rodillas cuando era menester.

Llegados allí, invocada la asistencia y favor divino y la intercesión de los santos, con las letanías, bendita el agua y dicho el *Asperges me Domine*, etc., comenzó a

rodear la iglesia por el contorno de fuera, sobre la mano derecha, acompañándole los acólitos, el coro de los religiosos y el pueblo que estaba presente, que todos eran caballeros y oficiales de la Casa Real; iba echando por las paredes agua bendita, diciendo: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, cantando el coro los respuestas que para esto se señalan, llenos de celestial misterio. Dada la vuelta, llegó a la puerta; dijo una oración devota, hirióla con el cuento del cayado o báculo pastoral, en los umbrales, diciéndole con voz clara: *Attolite portas Principes vestras, et elevamini portae aeternales, et introibit Rex gloriae*. El diácono que quedó solo dentro de la iglesia respondió en voz alta: *Quis est iste Rex gloriae?* Tornó a replicar el consagrante: *Dominus fortis et potens, Dominus potens in praelio*. Palabras que todos, poco más o menos, saben lo que quieren decir, por oír las muchas veces, aunque están más llenas de misterio de lo que yo podré declarar en esta relación tan de corrida. Tres veces se hizo esta ceremonia y cerco de la iglesia, echando la primera vez el agua bendita en lo alto de las paredes, la segunda, en lo bajo, junto a los cimientos; la tercera, en el medio; tres veces hizo oración, y tres veces hirió las puertas con el báculo, y el diácono respondió de dentro de la misma manera, y la tercera vez el Pontífice y todo el clero, en diciendo: *Dominus virtutum ipse est Rex gloriae*, añaden: *Aperite, Aperite*, tres veces, y se abren las puertas; al entrar hace una cruz con el báculo junto al umbral de la puerta, diciendo: *Ecce Crucis signum, fugiant fantasmata cuncta*. En que se descubre en parte el misterio de estos rodeos y cercos, de los aspersorios, cruces y luces, pues quiere que en imprimiendo en los umbrales del templo la señal de la Cruz, salgan fuera huyendo los fantasmas que se habían apoderado de aquella morada en la noche pasada de la ignorancia. Y porque descubramos algo del misterio, se advierta siempre que a dos blancos tiran todos los misterios y acciones de esta tan insigne ceremonia: el primero, a mostrar lo que de hecho pasó en el mundo para plantar Dios en él su Iglesia, que es única y simplísima y pura, aunque la



veamos repartida en tantas, que son como partes, o llamémoslas miembros, de un solo cuerpo, y debajo de una cabeza, y un esposo, Cristo, en el cielo, y un Vicario suyo en la tierra. El otro es el alma de cada uno de los fieles, que, como dije, es el templo vivo de Dios, y como un singular y propio recrete debajo de esta universalidad. Y así unas veces estas ceremonias miran y significan la universalidad de la Iglesia, otras figuran, más adecuada y más determinadamente, a las almas singulares, y otras, y las más, dicen lo uno y lo otro. Con esta advertencia, quien fuere con algún cuidado gozará de la propiedad y aplicación del misterio, que también es de grande importancia para entender el modo de hablar de la Santa Escritura, Ley, Salmos y Profetas, que todo está lleno de esto, o que no se escribió más que para esto, ni tiene Dios otros negocios que tratar con el hombre más que hacerle templo suyo, que more Dios en él y él viva en Dios como en su propia vida y centro. Lo primero, pues, que en el verdadero templo divino se hace es el sonido de la voz apostólica que llama a verdadera penitencia y enmienda de la vida o senda errada, porque se acerca el Reino de Dios. Esta fué la primera vez que Dios mandó sonase en el mundo, y éstas son las doce luces y candelas que arden junto a la Cruz por todas las cuatro partes de este gran templo; figura de los doce Apóstoles, que por todo el mundo y en todos sus términos y mojonnes predicaron fe y penitencia a Cristo, su Cruz y Muerte, y en él y por él remisión de los pecados y reconciliación admirable con Dios, hasta hacerse sus hijos y herederos, y para significar esto se hacen luego aquellos tres aspersorios o bautismo del agua bendita, con sal de nueva sabiduría y preservación de la corrupción pasada y de las obras muertas, cercándola y bañándola en lo alto y en lo bajo y por el medio, para que no quede cosa fea ni sucia en el alma que no se limpie por la penitencia. Esta es la primera ceremonia, o, digámoslo así, es el primer asalto que se da al castillo o a la fortaleza donde el enemigo del linaje humano y de Dios estaba tan apoderado, y como quien ha conquistado ya los muros de

Jericó, cercándola alrededor con el sonido de las trompetas, entra el Pontífice en el templo diciendo aquellas palabras que mandó el Señor a sus Discípulos dijese en cualquier casa que entrasen: *Pax huic domui*, paz sea en esta casa, que es decir: entre en ella el colmo y abundancia de todos los bienes. Y tal es el efecto y el fruto que hace la entrada de Cristo en el alma y en el mundo, reconciliándole con Dios, como lo dijo el Apóstol: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo; cuán ajeno está de ser morada de Dios quien trata esto con poco gusto.

No entran esta vez todos con el Pontífice que consagra, sino sólo los ministros, diácono, subdiácono y acólitos y algunos cantores y un albañil, para que ponga la piedra en el sepulcro o ceja del altar donde se han de poner las reliquias. Así entrando, cerraron tras sí las puertas y quedó fuera la clerecía y pueblo, que no son para todos los misterios que allí se tratan, ni yo puedo advertirlo todo, ni decir lo que cantan en cada cosa de éstas, que sería hacer un libro grande. Llegado al medio de la iglesia, al sitio que está allí aparejado, se hinca de rodillas, y, quitada la mitra, comienza a cantar aquel himno: *Veni, creator Spiritus*, etc. En tanto que se canta, el sacristán mayor, con un cedazo dorado, fué cerniendo ceniza por la iglesia, haciendo con ella dos líneas que se cruzan en medio del templo, de esquina a esquina; no iban continuadas estas líneas, por ser la iglesia tan grande, sino repartida como por sus eras; en la de la mano derecha, como entramos, veintitrés eras, y en la otra, veinticuatro, con sus distancias proporcionadas. Estaba ya a este punto el Rey, con el Príncipe su hijo, no en la iglesia (digo en lo bajo), sino en lo alto de los tránsitos, que están a treinta pies, por allí lo traían, en una silla, que, por tener los pies tiernos del sentimiento de la gota, no podía ir de otra manera. De allí lo miraba todo, y todo lo consideraba con atentísimos ojos, y no se quitó de allí hasta el fin de la consagración, mostrando en todo igual paciencia y devoción, porque se cansaron aun los muy fuertes. Dijéronse luego otra vez las Letas-



nías, con muchas oraciones y bendiciones, como se ve en el Pontifical, y el cántico *Benedictus Dominus Deus Israel*, repitiendo en cada verso aquellas palabras del Patriarca Jacob, cuando, despertando de aquel divino sueño y visión de la escala que llegaba del suelo al cielo, echó de ver el alto misterio de Cristo y de su Iglesia, y dijo: «Digno es este lugar de reverencia y temor; verdaderamente no es esto otra cosa sino la Casa de Dios y una puerta del cielo.» Conoció muy claro el gran Patriarca que quien hacía una escalera que llegaba desde la tierra al cielo, desde este aposento tan bajo a aquella morada tan alta, pretendía que entrambos fuesen una sola casa, una comunicación, un trato, una vivienda, y Dios en lo alto, como dueño de ella, envía desde allí sus criados y ministros con recados, dones, mensajes y favores a los hombres; y ellos los tornan a enviar allá, y llevan lo que de acá puede enviarse y ofrecerse; suben y bajan y anda el trato y comunicación familiar, como de los que están en una casa, y esto no se puede hacer sin escalera, ni fuera una, sino dos distintas cosas; basta tocar esto de paso; dará el Señor lugar y tiempo para tratarlo más despacio, para su gloria y servicio. En tanto que se cantó esto, que duró mucho, el Nuncio con el báculo pastoral fué escribiendo en la ceniza el alfabeto latino, en la una línea de la mano derecha, y luego, en la otra que cruzaba, el alfabeto griego, repartiéndolas en cada cuadrado o era la suya; ceremonia de mucha consideración, y vese luego en ella la unión y junta de dos pueblos en una cruz, en que estriba y funda toda la hermosa de esta celestial fábrica, judíos y gentiles, aunque no quiso la Iglesia usar del alfabeto hebreo por su dificultad, o por mostrar la ingratitud de aquel pueblo, que, con ser el primero y a quien se hicieron las promesas de tan soberanos tesoros, no supieron conocerlos, y la mayor parte de él, que se quedó fuera, ciego, obscurecido y duro. Adviértase aquí el orden, porque después de haber entrado Cristo, Pontífice Sumo, en las almas por la predicación apostólica, por el bautismo y penitencia, lo primero que hace es escribir en el suelo los alfabetos y elementos, que así se

llaman las letras, porque como de los elementos cuerpos sencillos se componen los otros que se llaman cuerpos mixtos, piedras, plantas y animales, así de las letras las sílabas y parte de la oración. Así les decía el Apóstol, declarando este misterio a sus hebreos, reprendiéndolos que habían aprovechado poco: «Habíades de ser ya maestros, según el tiempo ha que andáis a la escuela de Dios y de su Iglesia, y estáis tan poco aprovechados, que tenéis necesidad se os tornen a enseñar los elementos y A B C de las palabras divinas.» Y a esto también acude cuando dice a los corintios, y a otros, que les daba leche de doctrina, como a niños, y no manjar fuerte y sólido, significando dos partes de doctrina y ciencia, que se platican en la Iglesia y Escritura Santa. Una que se llama leche, y otra, pan y manjar fuerte; aquélla, para los pequeños, principiantes, imperfectos, y ésta, para los varones y perfectos; lenguaje que ellos solos, como el Apóstol dice, le entienden, lo que también repite otra vez a los corintios: Yo no hice cuenta que sabía otra cosa cuando estuve con vosotros la primera vez que os prediqué, sino a Cristo, y éste Crucificado. Como si dijera: «Este es el alfabeto y los principios de la Religión Cristiana, y lo que se ha de poner en el fundamento del templo que se consagra para Dios.» Y porque no pensasen que no sabía más, y que sobre este fundamento no había levantado nada, ni otra sabiduría, añadió luego: «Mas sabed que entre los perfectos hablamos una sabiduría que entre vosotros no se puede hablar, y cuando la hablemos no la entenderéis, porque sois (así lo dice en otro lugar) flacos y de pocas fuerzas en el alma para alcanzar este lenguaje.» La cruz de estos dos alfabetos que salen de Oriente a Poniente, y de la mano izquierda a la derecha, y después de la derecha a la izquierda, se hacen con el báculo pastoral, que es lo mismo que David cantó en el salmo, diciendo: «Vara de la virtud tuya enviará el Señor desde Sion, y se enseñoreará en medio de tus enemigos, trayendo los unos y los otros a tu obediencia. Este señorío no será violento ni de tirano, sino de voluntad y como de Príncipe heredero, pues será su Reino y Señorío en



medio y en el centro del alma.» Esto mismo vió que había de pasar en la Iglesia el gran padre Jacob, cuando, bendiciendo los dos hijos de José, su hijo, y haciéndolos hijos propios, cruzó las manos y brazos sobre las cabezas de los mozos, poniendo la diestra sobre Efraín, que era el menor, y la siniestra sobre Manasés, viendo (aunque ciego) tan de lejos que el primogénito pueblo judaico había de ser el menor, y el gentil, de quien había de llenarse la Iglesia, el mayor. Cosa larga sería querer apurarle todo; basta asomar algo de lo mucho que encierra esta tan misteriosa ceremonia de los alfabetos latino y griego sobre la cruz de ceniza. Y aunque han dicho mucho los que han escrito sobre esto, a mí me parece todo poco, y que apenas comenzaron, porque, sin duda, el Espíritu Santo comunicó a su Esposa más Sacramentos en esto que nosotros sabemos imaginar, y algunas se imaginan que son muy ajenas de tanta majestad, porque no se fundan más que en las cabezas propias.

Acabado esto, caminó el consagrante hacia el altar mayor; antes de llegar a él, dijo tres veces: *Deus in adiutorium meum intende*, puestas las rodillas en el suelo, y respondió la escuela que le seguía: *Domine ad adjuvandum me festina*, levantando cada vez más la voz, como quien pide favor para alguna empresa grande, cual es la consagración del altar mayor. Bendijo luego de nuevo otra agua, mezclando con ella sal, ceniza y vino, cosas todas que limpian, purifican y aun escuecen y castran las llagas viejas, y por eso sanan. De allí partió otra vez para las puertas de la iglesia, que estaban cerradas, y con el báculo hizo dos cruces, una en lo alto y otra en lo bajo de ellas; las oraciones y antifonas que en todo esto se dicen, quien las leyere atentamente verá claro que no pudo esto ser cosa de ingenio humano, ni en lo que se hace, ni en lo que se dice, sino que, como dice San Jerónimo del Apocalipsis, no hay parte ni letra que no esté llena de misterio. Podemos afirmar aquí lo mismo, y no es mucho, pues todo viene de un mismo maestro, y todo tiene un mismo sujeto, y blanco, y en todo pretende mostrarse el negocio de nuestra salud, el misterio del

Reino, que no le declara el Señor sino a sus discípulos, y a solas, y a quien tiene mucha gana de saberlo y lo pregunta. Aquí y allí quiere que entendamos que su principal oficio es destruir las obras del diablo, para que, echado de las moradas materiales y espirituales que como tirano poseía, haciéndose adorar y servir en ellas, entre allí Jesucristo y reine como Señor legítimo, a quien se le debe y se le dió todo poder en el cielo y en la tierra. Procedió luego a la consagración del altar, que es un abismo de misterios cuanto allí se hace. Imprime en él muchas cruces con el agua que para esto bendijo; rodéalo siete veces, rociándolo con el hisopo hecho de la misma yerba humilde y caliente, que vale poco una propiedad sin otra, rezando en el acto aquel salmo de la penitencia de David: *Miserere mei Deus*, etc. Después rodea y cerca por dentro otras tres veces la iglesia, echándole agua bendita por lo alto, por el medio y por lo bajo, como hizo por de fuera, aunque aquel agua no era tan fuerte como ésta, porque la verdadera penitencia más de veras ha de tocar en el alma que en la ropa, porque no sería más que hipocresía. Y así lo sentía David cuando, llorando, cantaba: *Amplius lavame ab iniquitate mea*, etc. Aprentad, Señor, la mano, y una y otra vez lavadme con esa lejía fuerte, que está muy arraigada la mancha. Así el Pontífice, después de haberla lavado y rodeado tres veces, camina de Oriente a Poniente, y luego de Mediodía al Norte, rociándola de la misma suerte, tocando con los extremos de esta cruz los cuatro puntos del mundo en sus cuatro lados y paredes.

Como esta iglesia es tan grande, primero que llegaba de una parte a otra se tardaba mucho; y puesto en el medio, y como en el centro, después de haber desde allí echado agua bendita a los cuatro vientos y partes del orbe, vuelto el rostro a la puerta por donde entró, dijo unas muy devotas oraciones, y sin quitarse de esta postura cantó un prefacio lleno de celestial doctrina, que si no pensara cansar al lector, lo pusiera aquí traducido a la letra; mas temo que aun no ha de haber quien quiera leer esto, según están ajenos los gustos de estos misterios



soberanos. Acabado, hace una mezcla de cal y agua bendita, que llama el Ceremonial *cementum* o *maltam*; nosotros no tenemos vocablo propio, sino el común: hacer cal; bendícelo y guárdase para su tiempo, y el agua bendita que sobra, derrámala al pie del altar, por el contorno del pedestal, significando la abundancia de la penitencia o satisfacción de los santos, que junta con la que Jesucristo hizo por nosotros, que fué de valor infinito, sobra y abunda en el tesoro de la Iglesia para los que se supieren aprovechar de ella. Desde allí partió el Nuncio en procesión ordenada, con la Cruz y clero, a la iglesia pequeña, donde se habían puesto la víspera antes las reliquias en el altar, en su vaso y en las andas. Antes de entrar en la iglesia dijo una oración; en entrando comenzó a cantar el clero unas muy devotas antífonas y el salmo *Venite exultemus Domino*, y así partió, con las reliquias en procesión, hasta la puerta de la iglesia principal: llevaban cuatro sacerdotes las andas, incensándolas con los turíbulos, y otros acólitos con cirios delante, y el colegio de los niños del Seminario, vestidos de sobrepellices, acompañando con cuarenta ciriales de plata, cantando el coro antífonas alegres y triunfales a los Santos Apóstoles y Mártires, que era todo muy de ver y de gran devoción, majestad y gloria. Cuando partió el Nuncio de la iglesia, salió el Príncipe nuestro Señor del aposento de su padre, vestido todo de blanco, dentro y fuera, y entrando por el zaguán de la sacristía, y por la puerta del claustro, llegó a la misma iglesia pequeña al punto que el Nuncio entraba en ella; iba acompañado de muchos caballeros de su casa y de su Cámara, y así fué acompañando la misma procesión hasta la puerta principal de la iglesia. Llegados allí, el Nuncio mandó al coro que se estuviese quedo; sacó las reliquias en el vaso mismo de las andas en que habían venido, y llevándolas en sus manos (no pudieron ir en las andas, por ser algunas puertas angostas), la Cruz y candeleros delante, con los turibularios, dió una vuelta en contorno de toda la iglesia, acompañándole sólo el pueblo y personas seculares, y así fué Su Alteza acompañándole; y manda la ce-

remonia santa que el pueblo vaya diciendo en voz alta *Kyrie, eleison*, y así lo dijo Su Alteza más de una vez, obedeciendo al Maestro de ceremonias. Lo que falta diremos en el discurso siguiente, por no atropellarlo todo junto.

## DISCURSO XVIII

*Prosigue el acto de la consagración de la iglesia y altares. Hace el Príncipe Don Felipe las partes de su padre en la dotación de ella.*

**N**o sé si ha de bastar para excusarme la licencia que pedí al principio de estos discursos; quien me viere hacer tantas digresiones y detenerme en declarar misterios, juzgará que es todo ajeno de lo que el título promete. Confiésolo ser así, y no pretendo obligar a nadie que se detenga a leer esto, si no tiene gusto de espíritu. Historia es de ceremonias eclesiásticas, y si se miran por sí solas, es cosa sin alma, fría, de poco fruto, ociosa y como tales le dan a Dios en el rostro; si se mira lo que tienen dentro, lo que pretenden, lo que representan, no hay cosa tan celestial ni divina: llenas están de majestad, divinidad, sacramento, gloria; con esta consideración, proseguiré lo que resta. A la puerta de la iglesia, donde tornó el consagrante después de haber dado aquella vuelta con las reliquias, acompañado del Príncipe y de su pueblo, tornadas a poner en las andas y en el altar (que, como dije, la necesidad hizo las llevase en las manos), allí, digo, estaba puesta una silla alta, de brocado, encima de un dosel de lo mismo, donde se sentó el Príncipe nuestro Señor, y en otra algo menor, que estaba encima de una alfombra, se sentó el Nuncio. Desde allí comenzó un razonamiento grave y en buen tono de voz, hablando con el pueblo que estaba presente. Y porque es el mismo que está en el Pontifical, y declara mucho el fin y los motivos que hay para hacer estas consagraciones de templos, y otros muchos particulares que tocan a éste que es bien saberse, le pondré aquí, traducido fielmente del original que dejó aquí el Nuncio, firmado de su nombre, que en castellano dice así:



«Hermanos carísimos: Cuánta sea la reverencia que se debe a las iglesias y lugares dedicados a Dios, los cánones y las leyes, y el culto universal y religión de los fieles lo declara. En ningún otro lugar sino en las capillas sagradas se puede ofrecer sacrificio a Dios. Mandándolo Dios por Moisés, se consagraron para el divino culto el tabernáculo, la mesa, el altar, los vasos todos de metal y todas las cosas que servían para aquel uso. Y el mismo tabernáculo no sólo fué consagrado, sino también ungido con el óleo santo, ni otros algunos sino los sacerdotes santos y los levitas, adornados con vestiduras sagradas, trataban dentro de él aquellos sacramentos y ofrecían sacrificios por el pueblo. Después, adelante, en el discurso de la Iglesia, así los Reyes hebreos como los Príncipes romanos que recibieron la fe, tuvieron en suma reverencia los templos que edificaron, y quisieron que fuesen libres y exentos de todo ruido y negocios vulgares, porque la casa de oración no sirviese ni se usase de ella para ningún otro comercio; y quisieron darle privilegios, prerrogativas e inmunidades, para que si algún temerario o sacrilego pusiese en ella las manos fuese castigado gravemente. Ciertamente, no parece justo que se atreva alguno a la Casa del Señor Altísimo, ni que sea, como el mismo Señor dice, cueva de ladrones; lugar es de salud y puerto de los que padecen naufragio, donde echan el áncora para escapar de la tempestad: aquí acuden los que pretenden y piden beneficios del cielo, y se oyen y despachan sus justas peticiones, y aquí los reos de pecados y culpas mortales se acogen, y rogando por ellos los sacerdotes alcanzan remisión y perdón de sus delitos. Y pues es así, carísimos hermanos, entrad en las iglesias consagradas a Dios con grande reverencia, y ofreced allí, limpios de vuestras culpas, las ofrendas de vuestros corazones. De estas iglesias es ésta una, a quien los Pontífices Sumos, de feliz memoria, Pío IV y Pío V, Gregorio XIII, Sixto V, Gregorio XIV, Inocencio IX y el santísimo en Cristo Padre nuestro Señor el Papa Clemente VIII, han concedido diversos privilegios e indulgencias. De éstas, las principales son: que quien visitare

este templo con devoción en los días y fiestas de San Lorenzo, San Juan Bautista, San Matías, San Hermenegildo, ganen jubileos plenisimos y alcancen remisión de todos sus pecados. Hay también en ella tres altares privilegiados, que en cualquiera de ellos se saca un ánima del purgatorio diciendo misa por ella. También se le ha concedido a esta iglesia de San Lorenzo que cualquier sacerdote que dijere misa en uno de sus altares, cualquiera que escogiere, una vez en el año, el día que quisiere, y los que oyeren la Misa estando contritos y confesados, ganan indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados. Esta iglesia mandó edificar el poderosísimo Rey Católico, y nos pidió devotamente tuviésemos por bien de consagrarla; y nos, inclinados a su deseo y piadoso ruego, la dedicamos a honra del omnipotentísimo Dios y de la bienaventurada Madre suya la siempre Virgen María, y de todos los Santos, y en memoria del glorioso mártir San Lorenzo; y en su altar mayor, Dios mediante, determinamos de poner las reliquias de los Santos Apóstoles San Pedro, San Pablo, Santiago, San Felipe, San Bartolomé, Santo Tomás, San Lucas Evangelista, y las reliquias de los santos mártires San Lorenzo, San Esteban, San Vicente, San Sebastián y también de San Jerónimo, Doctor de la Iglesia. Y en los altares de Nuestra Señora y de San Jerónimo, y fuera de estos altares, hay en la misma iglesia otras reliquias de grandísima estima y dignidad, como son diversas partículas de la Santa y Vivífica Cruz, algunas espinas de la Corona de nuestro Señor Jesucristo, parte también de los clavos con que fué enclavado en la misma Cruz, parte asimismo de la vestidura y velo del mismo Señor nuestro y de la Santísima Virgen María, su Madre. Reliquias también insignes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y de los otros Apóstoles y Evangelistas; reliquias principalísimas de San Lorenzo mártir; tres cuerpos enteros de santos mártires, y más de sesenta cabezas de diversos mártires, confesores y vírgenes, y otros muchos huesos y partes notables de los cuerpos de santos mártires, confesores y vírgenes. Amonéstoos, pues, hermanos am



simos, que paguéis las décimas enteras, que son los tributos y pechos divinos a las iglesias y a los sacerdotes, porque éstas reservó Dios por señas del universal dominio y señorío que tiene sobre todos. Oíd a San Agustín, que dice a voces: Las décimas son tributos debidos a los pobres necesitados; si pagares las décimas, no sólo recibirás abundancia de frutos, sino también alcanzarás salud para el cuerpo. No pide Dios premios ni intereses, sino que le honres; Dios, que tuvo por bien darlo todo, no se desdena de pedirnos los diezmos, y, sin duda, no para sí, sino para nosotros y nuestro provecho. Y si pagarlas tarde es pecado, cuánto peor será no pagarlas; de la milicia, del campo y de tu trato da la décima, para que dando las décimas merezcas lo terrenal y lo del cielo. Por la avaricia te privas y defraudas de dos bendiciones. Esta es una ley justísima de Dios: que si no le dieres a él las décimas, él te dará a ti a las décimas, y darás al soldado despiadado y fiero lo que no diste al sacerdote, y lo que no recibiere Cristo se lo llevará el Fisco. Convertíos a mí, dice el Señor por un Profeta, y yo me convertiré a vosotros; porque no me disteis a mí las décimas, os alcanzará la maldición de la pobreza y hambre en que os veis puestos, y porque no pagáis primicias ni décimas, perdéis la abundancia y opulencia de frutos de vuestras heredades. Sabed que esto os sucede porque yo estoy airado contra vosotros; que pues me defraudáis de mi parte, yo os privo de la vuestra. Persuádoos, pues, y amonétoos que llevéis las décimas a mi granero, que es de la Iglesia y templo, para que los sacerdotes y levitas que allí me sirven tengan que comer, y probadme y veréis si no os envió tanta abundancia de agua que penséis se han abierto las cataratas del cielo, y derramaré los frutos en grandísima abundancia. Y si no, sobre vosotros y sobre vuestras labranzas vendrán orugas y langostas que os destruyan cuanto trabajasteis, etc. Guardémonos todo lo posible de enojar a Dios; páguense las décimas; páguense los tributos divinos, que no se han de perder por las cosas temporales los bienes que del cielo esperamos. Acordaos de esto que os he dicho, amantísimos her-

manos, y si lo habéis entendido, cumplido de voluntad, para que merezcáis recibir por lo temporal lo eterno.»

Dicho esto al pueblo, volvióse al Príncipe de España, que estaba, como dije, sentado en su silla, haciendo las veces de su padre, y convirtiendo a él la plática, dijo de esta manera, en la misma lengua latina, que la entiende muy bien, lo que en la castellana suena así:

«Príncipe Serenísimo: Sepas que no permiten los Sacros Cánones que se consagren las iglesias sin dote y sin ministros; que de la manera que el dote se requiere para el matrimonio, así son necesarias las rentas para la sustentación de los ministros. Y por esta razón, Príncipe serenísimo, queremos ahora saber cuántos sacerdotes y clérigos, qué obligaciones y cargas el Rey católico vuestro padre ha dejado o pretende dejar, y de qué cosas ha dotado esta iglesia, o pretende dotarla; porque sepas de cierto que lo que está estatuido por los Santos Padres en favor de los fundadores de las iglesias, en agradecimiento y memoria de la liberalidad grande que con la Iglesia mostraron, en ésta, a su Fundador el Rey católico, y a ti, Príncipe serenísimo, y a todos vuestros hijos y herederos, se hará y cumplirá fielmente.»

Oídas estas palabras por el Príncipe, dijo, sacando un papel que en la mano tenía: Aquí está la respuesta de lo que se me pide; tendió la mano, y diólo a su Secretario de Estado, D. Martín Idiáquez; tomólo con la reverencia debida, leyólo públicamente y en voz clara, que traducido fielmente de la lengua latina, en que estaba escrito, responde en la nuestra de esta manera:

«No pienso, muy reverendo padre en Cristo, que ignoráis ser muy copioso el número de los religiosos que aquí asisten, y que la dote responde bien al número y a la fábrica y que es digna del Fundador de esta obra. El número de los religiosos, así en el convento como en el colegio, llega a ciento cincuenta, entre los cuales los ciento



son sacerdotes, sin los catedráticos y maestros insignes de las ciencias, y sin los muchachos del Seminario, que entre todos pasan de ciento. Para la razón del dote es la dehesa del Quejigar, la de la Herrería, la de la Fresneda, el Espadañal, heredades conocidas con muy anchas posesiones, que les están ya entregadas.

»También la abadía de Parraces, que es muy amplia, y el priorato de Santo Tomé y otros muchos beneficios eclesiásticos que, a instancia de mi Señor padre, y por haberlos él pedido, los ha concedido y unido para siempre a esta Casa de San Lorenzo, con mucha liberalidad, la Sede Apostólica. Y sin esto también se proveerán otras cosas, con las condiciones, obligaciones y cargas que a mi padre le pareciere dejar como es razón a esta tan insigne Casa y convento, y a los religiosos que en ella viven. Ya tenéis la respuesta de lo que me preguntasteis.»

Leída la cédula por el Secretario, se la dió al Nuncio y él la dió a su Secretario, mandándole que de todo esto hiciese sus actos y diese fe con instrumentos auténticos. Prosiguió luego hablando con el pueblo, así: Amantísimos hermanos, hagamos gracias a nuestro Dios y Señor, de quien es aquel dado bueno y todo don perfecto que para levantar esta Casa de oración en tanta grandeza como vemos, tocó el corazón del Rey Don Felipe II, y despertó en él tanta devoción, le concedió su auxilio y le dió quererlo comenzar y acabar con tanta constancia por su bondad inmensa. Y porque las obras buenas en su acatamiento jamás permite sean en vano, hemos de pensar, con mucha razón, que al que para obrar así le dió el Padre celestial tanta virtud y favor, que le ha de galardonar en este y en el otro siglo tales obras con grande premio. Mandamos, pues, por la Autoridad Apostólica de que usamos, a vosotros los ministros que estáis aquí ahora de presente diputados, y a los que os sucedieren para el culto y servicio divino, que ofrezcáis continuamente oraciones y Misas al Altísimo por la salud, aumento y buen suceso, así en lo temporal como en lo eterno, del dicho Rey que mandó edificar y dotar y con-

sagrar este templo, y cumpláis con fidelidad y cuidado las obligaciones y cargas que os quisiere dejar mandadas para siempre. Y Nos, de parte de Dios omnipotente † Padre, † Hijo † y Espíritu Santo, concedemos al mismo Rey y a sus herederos parte en todos los bienes que aquí se hicieren. Aquí acabó su plática el Nuncio, asistiendo en este acto de dotación, y en este contrato tan grave, de una parte, Dios nuestro Señor y su Esposa la Iglesia, sus religiosos y convento; de la otra, el Rey Don Felipe II, como Fundador, y su hijo el Príncipe Don Felipe III, como su procurador lugarteniente y legítimo sucesor y heredero, con su Secretario. Por testigos, llamados y requeridos de una y otra parte: D. Andrés Pacheco, Obispo de Segovia, que ahora es de Cuenca; García de Loaysa Girón, Maestro del Príncipe, Gobernador del Arzobispado de Toledo y después Arzobispo propio, y otros muchos sacerdotes y clérigos. Del brazo seglar, D. Gómez Dávila, Marqués de Velada, Ayo del mismo Príncipe y Mayordomo mayor de su Casa; D. Cristóbal de Mora, Marqués de Castelrodrigo, Camarero mayor del Príncipe; el Marqués de Denia, su Caballerizo mayor; el Conde de Chinchón, Mayordomo del Rey; D. Juan Idiáquez, del Consejo de Estado y Comendador mayor de Santiago, y otros muchos señores y caballeros. De parte de la Orden de San Jerónimo, el General de ella, fray Miguel de Salazar, que se halló aquí presente, por haber venido a tratar algunos negocios de importancia con Su Majestad, y fray García de Santa María, prior del mismo Convento de San Lorenzo, que después fué Arzobispo de Méjico. Estos respondieron por sí, y en nombre de toda la Orden y de la Casa, que obedecían al precepto y mandato que se les ponía por el Señor Nuncio de Su Santidad como mejor de derecho pudiesen, y así lo encargarían a sus religiosos, y loaban, aprobaban y aceptaban todas las cosas contenidas, relatadas y prometidas en la respuesta que había dado el Serenísimo Príncipe en nombre de su padre el Rey católico nuestro Señor, con las condiciones, cargas y obligaciones que hasta ahora por Su Real Majestad en la fundación del



dicho Monasterio había puesto, o adelante poner quisiese, como más largamente se verá en las escrituras y autos que sobre esto se hicieron. Fué el Notario y pasó todo este contrato ante Juan Beltrán de Guevara y Figueroa, Doctor en entrambos derechos, Canónigo de Avila y Protonotario Apostólico, e hizo instrumento público de ello, firmado por Monseñor Patriarca Alejandrino, Nuncio Apostólico, y sellado con su sello y refrendado por el mismo Protonotario, y se guarda en el Archivo de este Convento como carta de arras y dote de tan insigne esposa de Jesucristo. Es ésta, a mi parecer, la escritura y contrato más grave y firme que se puede imaginar en la tierra, pues de lo dicho consta harto claro que esta iglesia y todo este convento de religiosos, que no sólo son sus ministros, sino las verdaderas y vivas piedras, hacen una perfecta esposa, y el esposo es Jesucristo. El padre (digámoslo así) de esta doncella es el Rey Don Felipe II, Fundador primero y principal, que ahora, por feliz suerte, lo es su hijo el Rey Don Felipe III, que en el contrato tuvo sus partes, y el que además de tantos Reinos heredó también el Patronazgo de este convento, por manda particular y por legítima sucesión, y es el único consuelo y esperanza de esta desposada en la tierra. Pues lo que Dios juntó, ¿qué atrevimiento, qué brazo, ni qué poder habrá entre los hombres que pueda apartarlo? Y ya va probando la experiencia que quien lo intentare y pretendiere desposeerla de su dote sentirá el castigo del cielo, y ella también va sintiendo que no la tiene olvidada su nuevo Patrón y dueño, como lo veremos más adelante.

Hecha esta tan importante diligencia, procedió el Nuncio a la consagración, y cantadas algunas antífonas y responsos llenos de misterio, antes que entrase por las puertas dijo una oración, y luego, mojando el pulgar en el santo crisma, se llegó a la puerta y la ungió, diciendo: «En el nombre del Padre, ✠ y del Hijo, ✠ y del Espíritu Santo ✠ seas puerta bendita, santificada, consagrada y consignada y encomendada a Dios. Seas puerta entrada de salud y de paz puerta; seas puerta pacífica

por aquel que se llamó puerta Jesucristo, nuestro Señor», etc. Pierden muchas de estas cosas la gracia que en latín tienen traduciéndolas, porque nos falta en castellano la copia de vocablos que allá tienen, como se ve aquí en los dos vocablos *Porta* y *Ostium* de que va jugando en esta consagración. Tomaron luego los sacerdotes las andas con las reliquias, y cantando el coro llegaron en procesión ordenada hasta el altar mayor, y tocado el dedo en la crisma, hizo cuatro cruces con ella en los cuatro ángulos del sepulcro o cueva que estaba hecha en medio de la mesa del altar, donde puso, con el mismo vaso y con gran reverencia, las santas reliquias. Puso luego otra piedra cuadrada y justa encima, con que quedó cerrado y sellado el sepulcro con cinco cruces de crisma que imprimió con el dedo, una en el medio y las demás en los cuatro cantones, así de la parte de dentro como por la de fuera; después le puso la cal o el cemento el albañil. Significando el altar a Cristo, nos dice claro lo que enseña San Pablo, que los Santos reposan y duermen en Cristo. ¡Oh, infinita caridad de Dios!, y ¡oh, infinita y maldita ingratitud e insensibilidad de los hombres, que en tan poco estiman esto!; ¡qué barato damos, cuán miserablemente trocamos una suerte tan alta, por abatirnos a la miseria y poquedad de esto, que deslumbra nuestros ojos! Si hubiera de poner en romance las antífonas y oraciones que en todo esto se cantan y rezan, hiciera un grande libro, digno de leerse y de adorarse; mas no profeso esto, ni tienen tanta paciencia los lectores, que, aunque cristianos y cuyo negocio se trata, será para muchos esto, cosa harto desgustada y fría. Aquí luego se ingiere la consagración del altar, ceremonia y misterio grande; tan lleno de sacramentos, que no me atrevo a apear la menor parte. En el discurso de esta consagración, el consagrante, porque así lo mandan las reglas, unge con el santo crisma todas las doce cruces que están en las cuatro paredes del templo, que, como dije, en esta iglesia tienen admirable proporción y correspondencia, por estar de tres en tres en cada lado, encima de once arcos, portadas o altares que caen debajo de los treinta pies, y la



duodécima está detrás del altar mayor, entre el filete y corona del pedestal o podio del retablo, que quien las viere con sus candeleros y luces se le traslucirá fácilmente en ellas aquellas doce puertas que vió San Juan en la verdadera Jerusalén que bajó del cielo, y aquellos doce grandes ministros y paraninfos, que fueron las puertas por donde las cuatro partes del mundo entraron a la luz del Evangelio: y aquella que con tan alto ingenio dijo Agustín que los Apóstoles eran puertas, pues por ellas entramos al Reino de Dios; y cuando por ellos entramos, por Cristo entramos, que él es la puerta, y diciendo doce puertas de Jerusalén y una puerta Cristo, y doce puertas Cristo, porque en todas ellas está Cristo. Procedió, pues, el consagrante de esta manera: puesta la mitra, fué a la cruz que estaba a las espaldas del altar mayor; ungióla con crisma santo, mojando el pulgar diestro en ella, haciendo cinco cruces y diciendo: Sea santificado, ✠ y consagrado ✠ este templo ✠ en el nombre del Padre, ✠ y del Hijo, ✠ y del Espíritu Santo, ✠ a honra de Dios y de la gloriosa Virgen María y todos los santos, y en el nombre y memoria de San Lorenzo mártir, *Pax tibi*. Desde allí procedió por el coro y lado derecho del Evangelio a la cruz que está encima del arco del altar de las reliquias, que es de la Anunciación de Nuestra Señora, subiendo por aquella hermosa escalera portátil que parecía de fino mármol blanco y que había de durar para siempre. Así fué procediendo por el contorno de la iglesia; subió a todas las cruces, ungiéndolas con el mismo rito y ceremonia, incensándolas y perfumándolas con el turíbulo como a cosa tan sagrada y divina; sobre este tan singular punto y acción quisiera advertir mil cosas. Dejo aparte el responder a los maliciosos herejes que se burlan de esto y lo llaman superstición, o cosas mágicas, que, como carnales y brutos, no perciben los Sacramentos divinos; no es mi oficio refutar sus blasfemias; diré dos cosas solas. La primera, que de las palabras que se dicen cuando se ungen estas cruces con el santo crisma, se colija no sólo contra los herejes, sino contra algunos católicos y píos, podemos decir con toda propiedad que se

consagran iglesias y altares no sólo a Dios, sino también a algún santo particular. Así lo suenan las palabras de la ceremonia, diciendo: «Sea santificado y consagrado este templo en el nombre del Padre, etc., y en el nombre y memoria de San Lorenzo mártir.» Dicen los herejes que esta es idolatría, pues la consagración de los templos no es otra cosa sino una adoración latria, que sólo se debe a Dios y no a ninguna criatura. No quiero entrar en esto de propósito, ni mostrar con largo discurso cuán al revés sienten los Sacros Concilios y los Padres de la Iglesia, así griegos como latinos, que sería larga digresión y licencia; sólo advierto que hay mucha diferencia entre estos dos nombres, Templo y Basílica, y los que leyeren con atención los Santos Concilios verán que hacen mucha distinción entre ellas cuando hablan apretadamente, aunque algunas veces usen de ellas con indiferencia hablando de una misma casa o edificio sacro. Templo llaman con propiedad y con fuerza en cuanto se levanta y consagra para hacer sacrificio a Dios, y los sacrificios a Dios sólo se hacen, y no a ninguna criatura; pero esta misma fábrica o capilla se llama Basílica en cuanto se ordena para ornato y reverencia de las reliquias de algún santo, o para conservar y venerar su memoria y sus imágenes, y que allí le honren como a tal, y le rueguen y supliquen les sea intercesor y abogado delante del Señor. Porque este nombre Basílica no dice respecto a sacrificios, pues aun los palacios de los reyes se llaman Basílicas, y de allí se tomó el nombre, como lo advierte nuestro Doctor de España San Isidoro (1) para significar los templos e iglesias de Dios y de sus santos, que como grandes y soberanos príncipes reinan con Cristo. Y de la misma suerte, un mismo altar y una misma piedra se llama altar y sepulcro, porque en él se hace a Dios sacrificio, y se encierran las reliquias de los santos, y debajo de esta razón de sepulcro se consagra y dedica al santo, y no en razón de altar, que es sólo

(1) Isidor, *Ethimol.*, lib. XV, c. XV.



debido a Dios; lo mismo decimos del templo que como basílica se dedica al santo, como si fuese una caja o vaso grande y precioso donde se guardan sus huesos y cenizas. De aquí también se entenderá la diferencia que hay cuando decimos una Misa de San Pedro, u otro santo, o un templo y basílica de San Pedro, o San Lorenzo, porque el templo, aunque no en razón de templo, sino en basílica, se consagra y dedica al santo, mas la Misa no se ofrece a San Pedro, ni al santo, sino a sólo Dios, en memoria de San Pedro, o en acción de gracias por la gloria que dió al santo. Y juntamente se invoca en ella al santo para que sea nuestro patrón y abogado, donde queda respondido a lo que los contrarios pueden dificultar, y a sus razones, y entendida la forma con que se consagraron las doce cruces, y en ellas todo el templo, en honra de Dios y en nombre de San Lorenzo. Lo segundo es, que todos los que han tratado los misterios de esta consagración concuerdan con lo que hemos dicho: que estas doce cruces significan los doce Apóstoles que nos predicaron el misterio de la Cruz de Cristo, y su virtud, que escandalizó tanto a los judíos y a los gentiles fué como risa y locura, porque los unos esperaban un Cristo que hiciera en su favor maravillas y les restituyera el reino temporal que les habían usurpado los gentiles, y, como terrenos, pretendían ganancias de tierra, de que aun no se les ha pasado la gana, porque tienen el velamen de Moisés delante de los ojos, y los gentiles buscaban un Dios muy sabio de la sabiduría vana que tenía llenas sus cabezas: ojalá se quedara en las suyas, y no hubiera pasado tanto a las nuestras. Mas San Pablo, en nombre de todos sus compañeros, como quien había recibido las primicias del Espíritu y aquella unción que de una vez enseña tanto (ésta significa la crisma con que se ungen las doce cruces, y el perfume con que se incensan), dice que para él y para todos los creyentes Jesucristo crucificado, vivo templo de la potencia del Padre e imagen de su substancia, es la virtud de Dios y su sabiduría.

El divino Bernardo, que también trató estos misterios

con la delicadeza que suele, dice que la unción de la crisma que se hace en estas cruces es para ayudar nuestra flaqueza, porque significa la gracia espiritual que pone Dios en el alma, y con ella se hace todo suave, y la multitud de trabajos y cruces que se ofrecen en la vida cristiana (cristiana llamó, no la que se confiesa de Cuaresma a Cuaresma y ayuna algún Viernes Santo, viste, duerme, come, bebe como un sardanápalo y otros tales ejercicios, sino donde anda siempre la disciplina, el cilicio, clausura, obediencia, desprecio de todas las cosas y de sí mismo primero, y otro manojito o haz de cruces de la carne). Estos, sin duda, han menester óleo, unción de crisma y de gracia y favor del cielo para sufrir tantas mataduras. De aquí, dice el sauto, les nace a los hijos de este siglo aborrecer la penitencia, porque ven la cruz, mas no la untura ni el óleo; los que la prueban y no se acobardan con la vista, prueban también con gloriosa experiencia que no hay en todo este templo consagrado a Cristo cruz sin unción y suavidad, porque es más deleitable esta penitencia que los panales dulces, y esta amargura, suavísima. Así se acabó esta solemnidad, con otras mil ceremonias que, por no cansar, paso en silencio. No se cansó el pío Rey Felipe en verlo todo, desde el principio hasta el cabo, aunque no le sobraba salud, porque jamás le vimos vencido en ninguna cosa eclesiástica, aunque más prolija fuese; no se hace esto en Reyes tan grandes, en tanto regalo criados, sin gran unción de espíritu. Mandó el Nuncio a los diáconos limpiasen la mesa del altar con unos lienzos gruesos, para enjugarle el óleo y el agua, las cenizas de las candelas e incienso que se había quemado encima. También tiene esto su secreto; quédese sepultado en él. Limpióse él también las manos con migajones de pan y después con agua. Los subdiáconos le presentaron luego las toallas nuevas y otros vasos del servicio de la iglesia y altar, para que las bendijese. Hízolo, echóles agua bendita y luego los ministros pusieron encima de la mesa del altar consagrado un lienzo encerado que la cubre toda; sobre éste vinieron luego las sábanas y manteles benditos, frontales, frontaleras, cruz



y candeleros con que quedó adornado. Quiere Hugo de San Víctor que todo esto se advierta, porque en el lino blanco y lienzos limpios con que le componen se significa la pureza que alcanza el alma, altar de Dios, en el bautismo, y se da una como muestra de la gloria incorruptible, que llama San Pedro guirnalda florida que jamás se marchita. En el entretanto que se hizo esto cantó la escuela antifonas y salmos y responsos celestiales llenos de alegoría santa a propósito del atavío y gala de la nueva Esposa. Perfumóla e incensóla muchas veces el con sagrante para que dentro y fuera huelga bien y se exhale de allí una fragancia cual la sintió el gran padre Isaac del vestido de su hijo Jacob cuando le echó la bendición tan cumplida. Dichas algunas oraciones, se tornó a la sacristía; quitóse la capa con que había celebrado toda esta acción admirable, y vistióse para decir la Misa mayor, que, aunque muchos afirman no ser de esencia del acto y que se puede consagrar sin que se incurra algún defecto, es bien decirse. Y aunque estaba cansado, la celebró con mucha devoción y solemnidad. Vióse aquel día en todos cuantos aquí se hallaron una general reverencia, devoción y piedad, con mucha perseverancia y asistencia. Animaba a esto ver un Rey tan pío, aunque tan viejo y enfermo, tan sin cansarse, asistir a todo con tan admirable celo de las cosas divinas, y también ser cosa tan nueva esto de consagrar iglesias en España, por haber faltado el uso de ello y la devoción, y aun por miedo de algún desacato e irreverencia. Acabóse la Misa cerca de las cuatro de la tarde, oficiándola los religiosos con tanta alegría y sentimiento espiritual, que parecía comenzaban entonces, aunque habían dormido poco la noche antes y muchos de ellos ni se habían desayunado, ni aun sentado, empleándose en cantos y alabanzas divinas, y puedo afirmar que fué para todos nosotros uno de los días más festivos y alegres que en esta Casa hemos visto.

El día siguiente quiso el Rey se consagrara el altar de las reliquias de la parte del Evangelio, que es de Nuestra Señora, y el día siguiente el que responde de la

otra parte, que es de nuestro padre San Jerónimo. Consagrólos el mismo Nuncio, y estuvo presente también el Rey, que no perdió punto. La solemnidad y santas ceremonias de esto son muchas y tan llenas de Sacramentos que era menester tomar desde aquí ahora otra nueva carrera para declararlas o decir algo de ellas. Admiración me pone ver qué lacios y sin fuerzas nos hallamos para siquiera leer estas cosas divinas y estos primores de la Religión Cristiana de que tanto nos preciamos, siendo tan ignorantes de ellos, y qué diligentes y despiertos para todo lo que es negociación humana y gustos terrenos; cómo madrugamos a tomar los mejores puestos y ser de los primeros, argumento y señal viva de la muerte que en nosotros reina. Cada día en la iglesia consagran los Pontífices aras, que son altares portátiles, aunque raras veces todo el altar, y con ser un misterio tan alto y un punto tan importante de nuestra religión, no nos corre más gana de saberlo que si fuésemos de Fez. En este santo y consagrado templo hay cuarenta altares consagrados (no los nombro todos en particular por no cansar a los lectores; dirélos a bulto): ocho de ellos son de Apóstoles y Evangelistas; otros ocho, de Mártires y Confesores; cinco, de Doctores de la Iglesia; seis, de Vírgenes; los otros son de otros santos devotos de Su Majestad, como San Juan Bautista, San Miguel, San Mauricio, Santa Ana y Once mil Vírgenes, la Magdalena y otros. En cada uno de éstos están puestas en la cueva o sepulcro que se hace en medio de la mesa muchas reliquias de santos, y creo que desde el principio de la Iglesia hasta hoy no se ha visto templo donde haya cosa semejante, memoria digna de la insigne piedad de Felipe II, y digna basílica y Casa Real del gran mártir Lorenzo español, donde en ricos encajes y fundas preciosas reposa tanta parte de sus reliquias y de otra infinidad de santos, como vimos en la plática del consagrante, y veremos luego en el discurso que se sigue. Que fué cosa tan lícita, tan santa y aprobada de Dios como maravillas y milagros continuos del cielo que David Salomón edificasen aquel templo tan admirable para qu



reposase allí el Arca del Señor, que sentado en las alas de los dos querubines les servía de escabel a sus pies, y al fin no era más que de madera y oro, y todo sombra y figura del bien que tenemos, cuánto más lo será éste, que encierra dentro de sí los huesos y los cuerpos de tantos santos que fueron vivos templos y cielos de Dios, donde, como el mismo Señor dice, vinieron a hacer morada todas las divinas Personas, Padre e Hijo y Espíritu Santo, a quien por siempre sea infinita gloria.

### DISCURSO XIX

*Las cuatro cajas de reliquias que vinieron a San Lorenzo, la solemne procesión con que se recibieron y la postrera venida que su Majestad hizo a esta su casa.*

**D**ORQUE de todo punto quedase colmado este único santuario y gloria de la piedad de Felipe II con los tesoros y riquezas del cielo, con sumo secreto, y de años atrás, había el prudentísimo Monarca alcanzado licencia, privilegios y breves de los Sumos Pontífices para sacar por las más lícitas y santas maneras que pudiese, de toda Alemania, reliquias de todos los santos de cualquier iglesia o monasterio que quisiese condescender a sus peticiones, y de cualquier tamaño o grandeza, aunque fuesen cuerpos enteros de santos. Habidas estas licencias y ofreciéndosele ministros (deparábaselos Dios) que supiesen ejecutar sus devotos deseos, sin perdonar ningún género de coste ni de intereses, se allegaron en diversas iglesias, monasterios y conventos de Alemania grande suma y tesoro de ellas, gratificando a los interesados con larga mano. El servicio singular que en esto se le hacía, sería hacer un libro grande si menudease en decir las cosas que en esto pasaron, o si quisiese hacer aquí catálogo del número de este incomparable tesoro. Y pues tengo que hacer particular discurso de los relicarios, no quiero decir la cosa dos veces; sólo diré lo que es propio de este lugar. Los ministros principales que entendieron en esto fueron cuatro o cinco: el padre fray Baltasar Delgado, religioso de

la Orden de San Agustín, persona de mucha diligencia y cuidado, enviado desde España por Su Majestad para negocio de tanta importancia; el Doctor cristiano Lawenberch, varón docto en Derechos, prudente y solícito, que era como el abogado y letrado de esta causa, para que no se hiciese cosa que no fuese muy puesta en razón y derecho, y Georgio Braunio, Comisario Apostólico, con especial facultad de Su Santidad para entender en esto; Gabriel de Roy, que era como mayordomo, y tenía el cuidado del gasto; y el último, Rolando Vueierstras, Notario Apostólico, que dió fe y testimonio de los lugares donde se sacaron y congregaron los cuerpos, cabezas, brazos, piernas y otras reliquias de santos.

El año 1597, que fué el sexto del Pontificado de nuestro Padre Santo Clemente VIII, a 16 de diciembre, se habían juntado, cerrado y sellado con gran fidelidad, cuatro cajas grandes de reliquias, por la industria y singular solícitud de estos ministros. Habiendo dado su consentimiento para ello muchos Príncipes y Señores de aquellos Estados, por condescender con las peticiones y tan santos deseos del Rey Felipe, y porque muchas de ellas no eran veneradas en los lugares que estaban, con la decencia que era razón, y por el peligro que corrían de venir a manos de los herejes, que, como tan del bando del enemigo de Dios, hacen sangrienta guerra a sus santos. Cerradas, pues, y selladas las cuatro cajas con muchos sellos y testimonios y envueltas en lienzos encerados, para que el agua ni la nieve no pudiese ofenderlos, ordenaron su jornada estos cuatro ministros. Hizo una diligencia el padre fray Baltasar Delgado que ni a Su Majestad ni a ningún hombre prudente pareció bien, y si la excusara hubiera ganado mucho: como estas reliquias son de santos tan antiguos y de aquel tiempo que la sinceridad y pobreza de los cristianos resplandecían tanto en la Iglesia, estaban guarnecidas muchas de ellas pobre y toscamente, unas en cajas de palo, otras en cobre, otras en plata, aunque poca, de graciosísimas y simplicísimas aunque santísimas labores y guarniciones con pedrezuelas de vidrio, alguna poca y pobre aljófara, que



todo era fidelísimo testimonio de la pureza, reverencia y verdad de aquellos buenos siglos en que había tanta fe y tan poca plata; por las que vinieron como se las halló, se arguye lo de las otras. Vino una quijada entera de aquella niña de trece años, más fuerte que todos los jayanes del mundo, de aquella enamorada cordera, digo, Esposa de Jesucristo, Inés, que me parece se ve aún en ella aquel rosicler del cielo de que se preciaba estar esmaltada, cuando decía: *Sanguis ejus ornavit gennas meas*, «su sangre (habla de su Esposo Jesucristo) hermoseó mis mejillas». Y está este inestimable tesoro en una guarnición de plata, pobre y poca, sobre tres pies como de grifo, que ya la misma guarnición merece ser tenida por reliquia, por su antigüedad y sinceridad y el olor que da de aquellos siglos de oro. Está un brazo de San Ambrosio sobre otras dos horquillas de plata tosca y poca, atravesada como por puente; no sé si quisieron significar con esto que era de Pontífice, y de estas purezas y sinceridades había admirables cosas; los huesos y sus cabezas, con el tiempo y con el poco cuidado y custodia, llenas de polvo, gastadas y negras, que argüían una venerable antigüedad llena de reverencia y adoración. Acordó este padre, pareciéndole hacía gran servicio al Rey y se mostraba devoto a los santos, lavar los huesos y dorarlos a trechos, como si fueran alforzas: púsoles dijes y guarniciones de seda y oro, caireles y torzales y otras cien cosas que no sé cómo me las llame, cosa ridícula y de que el Rey recibió pesadumbre, sin servir de más que de gastar dineros y tiempo y quitar mucha parte de la autoridad; mas, al fin, su celo y deseo fué santo.

Partieron de Colonia Agripina, ciudad asentada en las riberas del Reno, patria de la infeliz madre de Nerón, el 30 del mismo mes de diciembre, sacando las reliquias en un carro, escondidamente, fingiendo que era cierta hacienda de un pariente del Doctor cristiano, porque los herejes y otras personas mal intencionadas pretendían estorbar esta tan santa jornada haciendo fuerzas y agravios, hasta prender al padre fray Baltasar con título de cierta resta de dinero que debía; pagóse y soltáronle, y

al fin pasaron con las reliquias aquel día el Reno, río famoso. El domingo siguiente, que se contaba 4 de enero de 1598, llegaron a Francfort, habiendo pasado montes asperísimos cerrados de nieve y de hielos, con grandísimo trabajo y peligros, porque se vieron una vez rodeados de una escuadra de herejes calvinistas; quiso Dios que con decirles era cierta mercadería no llegaron a ellos, que se tuvo por milagro, ni querer robarlas, ni saber qué era, cegándoles Dios los ojos para que no cayesen los huesos de sus santos en bocas de tan rabiosos perros. Pasados mil peligros de montañas y valles, riscos, piedras, pantanos, ríos y nieves, diversidad de gentes y pueblos, escapando de mil encuentros peligrosos de herejes, casos muchos de ellos milagrosos, que también por abreviar los paso presto, teniendo por cierto que los méritos de los santos cuyos preciosos despojos traían consigo los libraban de todos; llegaron a Milán a 26 de enero, que parece como imposible en tan breve tiempo, en medio del rigor del invierno, atravesar tierras tan peregrinas e inhumanas y llegar todos salvos y sanos, y las cajas del tesoro sin haber recibido daño alguno.

De allí partieron a Génova, donde se embarcaron, y llegaron con felicísimo viaje a España, dejándose atrás en el mar muchas naos que habían partido antes que la suya, con no poca admiración de los mismos marineros, porque nunca tuvieron viento próspero y contra ellos, y sobre toda diligencia humana se vieron con la ayuda divina en puerto seguro. El lunes de la Semana Santa, que fué 16 de marzo, llegaron a la playa de Barcelona; el jueves siguiente entraron en la ciudad y aposentaron las santas reliquias en el Monasterio de San Agustín; estuvieron allí algunos días. Partió Gabriel de Roy por la posta a Madrid, a dar la buena nueva a Su Majestad; en el entre tanto, fray Baltasar Delgado trataba de hacer una muy solemne procesión con ellas, y para esto hizo muchos adornos de ramilletes de seda, hilo de oro y de plata, para componer las andas en que habían de ponerse las santas reliquias, cosa bien excusada. Como se detuvo algunos días en esto, Gabriel de Roy, que era



hombre diligente, volvió con presteza a Barcelona, llevando orden de Su Majestad para que no se detuviese punto, ni hiciese alguna ostentación con ellas, y así se quedó aquella procesión y el gasto tan sin para qué. El 29 de abril llegaron a Zaragoza, y desde allí, sin detenerse, vinieron a Barajas, donde aguardaron la orden de Su Majestad; mandóles que el 8 de mayo entrasen con ellas en Palacio, sin demostración ni estruendo. Advirtieron estos ministros, y con razón, que muchas de las veces que entraron en pueblos señalados parece les tenía Dios aparejado el recibimiento, sin que entendiéndose nadie la secreta disposición divina. En Francfort hubo un recibimiento de tres mil calvinistas, que en cierta fiesta suya, que quisieron que no, fueron acompañando y haciendo estado a las santas reliquias. En Milán se les hizo grande recibimiento, porque estaban al punto que entraron haciendo una solemne fiesta a los Embajadores de los Helvecios, que habían asentado ciertas paces de importancia. En Génova se les hizo salva con la artillería cuando llegaron, porque entraba el Virrey de Sicilia, que era el Duque de Maqueda. En Barcelona salió el Jueves Santo como a recibirlas una muy solemne procesión de disciplinantes. Y, finalmente, en Madrid se encontraron con otra procesión devotísima que salía de Santo Domingo el Real, y llevaban la imagen de Nuestra Señora de Atocha. Todo esto para nosotros es acaso, mas no para el Señor de la Casa, que dispone en esta del Universo todas las cosas con sumo acuerdo y providencia. Vió Su Majestad las santas reliquias estando presentes el Príncipe y la Infanta, una y dos veces, y adorólas con suma reverencia y alegría, que las recibió grandes viendo en su poder un tesoro tal que en su comparación el de sus Reinos lo estimaba en nada. Mandaba leer los testimonios con gran cuidado y ver las minutas, y hacer traslados de lo uno y de lo otro, y andaba tan codicioso y tan santamente avariento en esto, que pasaron sobre el caso cuentos extraños; porque con ser tanta la multitud de reliquias y piezas tan grandes y notables, se le iban los ojos tras cualquiera particilla que se desmoro-

naba o caía, o le parecía que podían tomársela; en ninguna parte las tenía por seguras; de todos sospechaba y se recelaba; hacía que le pusiesen muchas de ellas en los ojos y en la boca y en la cabeza, en las manos, donde le apretaba aquellos días la gota, que le fatigó mucho. Y después de haberse recreado en el alma y dádose (digámoslo así) un verde de aquellas flores del cielo, mandó a fray Martín de Villanueva, profeso de este convento, a cuyo cargo están los relicarios, y a Antonio Boto, su Guardajoyas, que las pusiesen en sus mismas cajas donde vinieron. Y es razón advertirlo, que, con ser de madera, aunque cayeron muchas veces las mulas o machos que las traían, y rodado con ellas por lugares muy fragosos, no recibieron daño alguno, que se tuvo por notable maravilla. Antes que se encerrasen hizo la Villa de Madrid una solemne procesión con el Santo Sacramento, en acción de gracias de la salud de Su Majestad; pasó por delante de Palacio, donde estaba hecho un rico altar frontero de las ventanas del Rey, y mandó poner en él doce cabezas, seis de santos y seis de santas, en sus relicarios de plata. Estaba Su Majestad en la ventana frontera, en tanto que la procesión pasaba; desde allí adoró el Sacramento y las reliquias. Quiso el Príncipe nuestro Señor hallarse en esta procesión, que con lo uno y lo otro se regocijó y consoló el pueblo grandemente. Mandó Su Majestad que se hiciesen inventarios y minutas de nuevo, repartiéndolas por sus órdenes y clases, y se trajese luego todo aquel riquísimo tesoro a este convento, guardajoyas de cosas santas, para que se juntase con lo que aquí había, que con ser tanto y tan excelente, ni en número ni en estima le hacía ventaja.

Llegaron aquí fray Baltasar Delgado y fray Martín de Villanueva, con los demás ministros, el viernes, a las cinco de la tarde; traían la instrucción de Su Majestad de lo que mandaba se hiciese en este recibimiento. Sacaron las cajas del carro y lleváronlas a depositar a la capilla del Sitio, donde se administran los Sacramentos a los seglares que allí residen. Saliólas a recibir el prior, con algunos religiosos, sin solemnidad ni estrépito; depo-



sitáronse en la sacristía de la misma capilla, y aposentados y recreados los huéspedes que las habían traído tan largo camino, se estuvieron así todo el sábado, para aparejar lo necesario al recibimiento. El domingo, de mañana, que se celebraba la fiesta del glorioso Doctor San Basilio Magno, se dijo en el convento la Misa del santo, y los niños del Seminario dijeron la Misa del alba con mucha música y solemnidad en la capilla del Sitio, donde estaban las santas reliquias. Habíanse ya sacado de la sacristía, y estaban puestas encima de los altares, en sus mismas cajas, adornadas como era razón. Hízose una calle de arboleada, verduras y flores, harto apacible y fresca, que corría desde la puerta principal del pórtico por toda la lonja o plaza, dando vuelta por la torre y esquina de la casa que mira al Norte; desde allí tiraba por la otra fachada adelante, hasta embocar por la puerta del antepecho que divide aquella plaza, y subiendo por la calle que se hace entre las dos casas de los Oficios Reales, vino a parar hasta la misma puerta de la capilla. Estaba tan llena de verdura, y tan amena, que parecía caminábamos por una espesa selva. En las puertas, arcos, jambas y pilastras, así del pórtico como de la iglesia mayor, en la capilla del Sitio había mucha poesía y muchos géneros de versos, sonetos y canciones, coplas castellanas, epigramas de mucha devoción y sal, en lengua latina, y amorosísimos versos líricos, así de algunos padres del convento, como de los dos colegios de los religiosos y Seminario, y de otras personas que convirtieron los ingenios, ocupados en más forzosos estudios, a las alabanzas de tan celestiales huéspedes. Pudiera ingerir aquí muchas de estas poesías, que dieran no pequeño gusto, si no se embarazara la corriente y gravedad de la historia, y aun fuera difícil escoger las mejores sin dejar agraviadas las otras. Bastóles para su premio que, teniendo noticia de ellas Su Majestad, quiso se las enviasen todas y se las leyesen despacio, que no fué poco, porque no se le sintió mucha afición a la poesía. Por medio de esta calle salió una procesión de ciento cuarenta religiosos de San Jerónimo, la más grave y bien concertada que

juraron haber visto personas seglares que aquí se hallaron, y no es mucho, pues a nosotros mismos, que tantas veces nos vemos en otras, se nos hizo nuevo. Iba delante un diácono con la Cruz, y los acólitos con sus candeleros altos, muy ricos, vestidos de dalmáticas y tunicelas de carmesí y cenefas de brocado. Tras ellos, diez y seis diáconos, de cuatro en cuatro, con diferentes dalmáticas y cordones; los del cuartel primero las llevaban de tela de plata y cenefas y cordones todos blancos como unos armiños, representando la virginal pureza; los del segundo iban de colorado y blanco, de un damasco y tela de maraña de seda muy vistosa, para significar la virginidad y el martirio; los del tercer cuartel llevaban dalmáticas amarillas de un rico brocado con cenefas tejidas y bordadas a realce, que representaban los santos confesores; los cuatro últimos llevaban dalmáticas de brocado y tela de oro carmesí, con cenefas tejidas y bordadas, para significar los Mártires y Apóstoles gloriosos. Hacían todos una alegre variedad, figurando en los ojos de los que los miraban aquellas diversas estancias, moradas, premios y coronas de los ciudadanos del cielo. Sin estos diez y seis diáconos, iban en medio otros seis caperos, que llamamos cantores, todos con ricas capas de brocado colorado. A la postre iba el prior (que hacía el Oficio), con cuatro acompañados, todos con capas de brocado carmesí muy rico, y el diácono y subdiácono con dalmáticas de lo mismo. De la misma tela y cenefas estaba compuesto el altar mayor y todos los cuarenta altares de la iglesia. En medio también de este santo escuadrón iban los cuarenta niños del Seminario, con sobrepellices y candeleros altos de plata. El coro todo de los religiosos llevaba mantos, las capillas cubiertas como lo acostumbramos cuando salimos en público, libros en las manos y los ojos en el suelo, y así caminaron por entre aquella selva, que le cuadró aquí bien el nombre, por ir todos con un silencio y gravedad tan santa que ponía calma en los sentidos, y certificaron muchos que parecía una cosa más que de la tierra. Llegados a la puerta de la capilla donde estaban las reliquias, entraron dentro solamente el prior con sus



ministros y acompañados, y los diez y seis diáconos, y algunos religiosos más antiguos que cupieron. Estaba dentro harto bien adornada la capilla con mucha variedad de pinturas y de flores, no sólo de la tierra y de los jardines, sino de los ingenios. Hechas las genuflexiones y adoración debida al Sacramento y a las reliquias, incensando con suaves perfumes lo uno y lo otro, dichas las oraciones competentes, llegaron los diáconos, y de cuatro en cuatro, como habían venido, tomaron sobre sus hombros las cuatro cajas que estaban en los altares, afirmando para descansar con báculos u horquillas que llevaban en las manos. El prior y los cuatro acompañados llevaron también en las manos algunas preciosas reliquias. El prior llevaba una Cruz con *Lignum Crucis* y los dos acompañados inmediatos, dos ángeles de plata, que el uno tenía de la púrpura con que fué nuestro Señor escarnecido en casa de Herodes, y el otro del manto de Nuestra Señora. Los otros dos, el uno llevaba la quijada entera de la virgen y mártir Santa Inés, y el otro un relicario con algunas espinas de la Corona de nuestro Señor. Al punto que movió la procesión levanta todo el coro de los religiosos la voz al cielo, entonando en canto de órgano un salmo, y fué con tanta devoción y suavidad, que se vió en un instante romper por los ojos de todos gran copia de alegres y devotas lágrimas. Y era muy de ver cantar y llorar juntamente, como cuando por medio del rocío y de la lluvia aparecen los rayos del Sol. De esta manera, alternando antifonas y salmos, caminó la procesión, llevando la vanguardia de este divino escuadrón los diáconos que iban vestidos de blanco, representando aquellas azucenas puras que están ya gozando el fruto de sus esperanzas. El segundo lugar, los vírgenes y mártires cándidos y rubicundos, muy parecidos al Esposo. El tercero, los amarillos confesores, que trocaron la amarillez de la penitencia en el oro de la visión divina. En la retaguardia, y haciendo espaldas a todos, iban los que lavaron sus estolas en la sangre del Cordero, Apóstoles y Mártires, que con esta misma metáfora nos pinta el Espíritu Santo a su Esposa, cuando dice que se parece

a los escuadrones y batallas bien ordenadas. Así llegaron hasta la mesa del altar mayor; estaban cuatro altares aderezados con los mismos colores, dos de un lado y dos de otro, mirándose de frente, en los espacios que hay entre una y otra puerta de los oratorios. Advirtieron muchos, con buena consideración, que el día que se asentaron las basas de los cuatro pilares grandes que sustentan toda la fábrica de esta iglesia, fué el día del glorioso San Basilio, clara lumbrera de la Iglesia, y en el mismo ahora entraban otras cuatro cajas llenas de santísimas prendas del cielo, para que las columnas y basas y todo el templo tenga eterno fundamento y firmeza, en tanto que la Iglesia del Señor durare. Subióse luego el convento al coro y comenzóse una Misa de mucha solemnidad. Mandóme mi Prelado la tarde antes que predicase, y como me cogió tan de repente, y yo andaba tan alborozado con la fiesta, no sé qué me dije, porque ni pude escribirlo ni aun meditarlo. Si fué verdad lo que algunos me dijeron, diré me aconteció a mí lo que Dios dijo y prometió a sus mártires: *Nolite cogitare quomodo aut quid loquamini, dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini, non enim vos estis qui loquimini*, etc. Sólo me acuerdo que tomé por fundamento lo del Eclesiástico: *Sapientiam sanctorum narrent populi, et laudes eorum annuntiet Ecclesia*, etc. Y aun esto me lo advirtió no sé quién, que yo no cayera en ello. Acabada la Misa, se hizo la entrega de las santas reliquias de parte de Su Majestad por fray Baltasar Delgado y sus compañeros al prior del convento y a fray Martín de Villanueva, estando las cajas cerradas y en buena custodia, conforme a la institución, hasta que vino el Rey. He querido decir esto así, por ser un acto y un día de los más regocijados para el espíritu que se ha visto en esta Casa desde el día de su fundación, porque como no hubo mucho concurso de gente que turbase, ni otro ruido, gozóse bien y fué propia fiesta de religiosos. La relación de este recibimiento y procesión, y aun el retrato y diseño, enviaron a Su Majestad, y como despertado de una santa envidia (que quisiera hallarse en ella), se alentó mucho contra su natural flaqueza, porque



aun estaba flaco y gastado de las continuas dolencias y mal convalecido, y determinóse de partir para su Casa de San Lorenzo, o, por decirlo mejor, para su gloriosa sepultura. Caminó en una silla a manos de hombres, porque ya no podía de otra manera. Trajéronle por el más llano camino que pudieron; llegó a la Fresneda entre cinco y seis de la tarde, el 5 de julio de 1598, habiendo partido de Madrid la última vez de su vida el último día de junio. Quedáronse aquella noche en Valdemorillo el Príncipe y la Infanta, sus hijos. Salióle a recibir a La Granja el prior fray García, con algunos otros religiosos. Podré yo decir, por ser uno de ellos, la alegría y contento grande que el santo Rey traía, viéndose en su centro. Venía casi echado en la silla, hecha para esto apostá; preguntándole cómo venía, respondió con alegre semblante, y con aquella majestad que siempre bañaba su rostro, que muy bueno, y que tenía las manos mejores que otras veces, mostrándonos con la prueba la verdad, porque traía consigo algunos libros; tomó uno y abrióle con harta liberalidad. Durmió aquella noche en la Fresneda, lo cual no me acuerdo haberlo visto hacer otra vez: creo fué la primera y postrera. Luego, el lunes, a las nueve de la mañana, llegaron sus hijos; comieron allí, y a la tarde entraron juntos padre e hijos en este convento, recibiendo como otras veces, y fué este el último recibimiento de nuestro Fundador, que no lo renueva la memoria sin lágrimas. El martes siguiente fué la vela del Santo Sacramento; tan medida traía siempre el piísimo Rey esta estación; gozó de la presencia de su Señor, poniéndose en sus manos con la devoción que había ejercitado tantos años atrás. El miércoles siguiente salió a ver su Casa; dió vuelta por algunas partes de ella, como despidiéndose de aquella obra de sus manos. Tornó a ver muy despacio las reliquias que había enviado, y no parece se sabía apartar de ellas, dando trazas cómo se habían de ordenar y componer. Entró después en la librería principal; de allí tuvo gana de subir a la alta, porque le dije había mudado el asiento de los cajones de aquella pieza, que no me contentaba el que tenían de primero; viólo y agrá-

dóle, porque quedó la pieza muy desembarazada y alegre; creo fué lo postrero que vió en esta su Casa. Los dos días siguientes salió a ver los relicarios que se iban asentando para poner las reliquias que habían venido de nuevo, porque no cabían en los que acá estaban. Como traía ya el cuerpo y la salud tan delicado y quebradizo, con el movimiento, aunque era poco, pues iba siempre sentado y casi echado en la silla, le dieron unas tercianillas. Convaleció de ellas a sobrepeine; tornó a revolver sobre el mal que estaba dentro, y el 22 de julio, cerca de la media noche, le volvió la calentura, que fué como la postrera aldabada y el último grito de los mensajeros que envió delante el Esposo para que se aparejase y saliese a recibirle aquella alma santa, como lo veremos en el discurso que se sigue.

## DISCURSO XX

*La última enfermedad y feliz muerte del Rey Don Felipe II, fundador de este convento, con otros particulares que tocan a su fundación.*



LA última enfermedad y el felicísimo tránsito de nuestro gran Fundador el Rey Don Felipe II, nuestro Señor, está escrita, como cosa de tan ilustre ejemplo, largamente, con muchas y muy pías consideraciones, con la verdad y entereza que se puede desear, por el licenciado Cervera de la Torre, su Capellán. Con esto quedaba yo bien excusado, aunque soy testigo de vista, de tornar a repetir lo que está tan cabalmente dicho. ¿Mas quién no me acusara de corto ni aun de ingrato? Y, sin duda, quedaría cuanto se ha tratado hasta aquí como sin alma o sin vida, si callase esta muerte. Procuraré referirla con la brevedad que profeso, y por los mismos pasos que el caso fué procediendo, pues lo mandan así las leyes de la Historia. Añadiré lo que dejó ordenado en su último codicilo para esta su Casa, junto con las cargas y obligaciones que quiso sustentásemos los que vivimos en ella. La recaída y calenturas que le dieron al Rey el miércoles 22 de



julio eran dobles, y tan importunas, que se alcanzaban unas a otras. Esto sobrevenía a otros muchos ajes de atrás, porque quiso Dios ejercitar en paciencia por largo tiempo a su siervo, y dejarnos en él un ejemplo clarísimo de mil virtudes, que si en los Reyes no se desprenden, no hay que buscar escuelas ni libros que más vivamente las enseñen. La más prolija e importuna dolencia que le afligió fué la gota (mal que dicen se hereda); duróle más de catorce años, y los siete postreros (desde que le dejaron de sangrar con el curso que antes) le derribó de suerte que nunca convaleció con firmeza, y le fué forzado por la ternura de los pies traer siempre una cayadilla en que afirmarse. Causó este mal dolores agudísimos, porque aquella división que va haciendo el humor corrompido en los artejos y coyunturas de las manos y pies, partes sensibles por extremo, por ser de poca carne, todo nervios y huesos, que, como se desencajan, atormentan despiadadamente, como lo muestran los gritos de los que lo padecen; aunque no los conociéramos por ellos en nuestro Rey, pues no fueron estos dolores continuos y de tantos años poderosos para descomponer el gran sufrimiento y modestia de este siervo de Dios. Testigos de tan singular paciencia los que asistieron continuamente en su servicio. Para que a la postre se fuese purificando más claro, en los dos años y medio antes de su fin, avivó Dios las brasas de su crisol; quiso que se emprendiese en sus huesos una fiebre ética o habitual que le afligía continuamente, consumiéndole las carnes, hasta que no le dejó sino el pellejo y los huesos, y tan sin fuerzas, que de allí adelante sirvió de poco el báculo, pues le fué forzoso andar en una silla y verse como llevar a enterrar cada día. Juntóse con esta ética una muy mala compañera, un principio de hidropesía, hinchándosele el vientre, muslos y piernas, que bastara por sí solo este rabioso accidente a descomponer el hombre más asentado del mundo, por la implacable sed que causa en las entrañas, pasión que aflige más que todas cuantas nos acometen, y lo peor es que con ninguna cosa cobra más fuerzas como con lo que más se apetece, que es el agua, y así

el tormento que padecía de sed y sequedad un Rey tan delicado, criado en tanto regalo y concierto de vida, y durarle tanto tiempo, bastara a derribar la paciencia más encarecida de cuantas leemos en hombres, pues vemos que la menor de estas causas no deja juicio ni resistencia. Si esta ética e hidropesía fueran males confirmados, aunque acabaran más presto, no fueran, a lo menos, tan penosos, ni tan prolija la muerte, atormentando despacio con tan sensibles acontecimientos como hacen cada día con el humor que se va pudriendo y alimentándose la materia con el cocimiento del calor nativo; que cuando ya el humor no cuece ni tiene nuevos tormentos en que hacer vencido el sujeto, no son tantos los dolores, ni con mucho, porque falta la resistencia; mas quiso Dios que su siervo se fuese asando poco a poco, porque cuanto fuese más largo el sufrimiento, echasen los méritos más hondas las raíces. Y así pasó estos dos años y medio con grandísimo martirio, levantando los ojos de su esperanza a su Dios y Señor, implorando el auxilio y favor de sus santos. Sujetábase a las reglas y preceptos de la medicina y médicos con tanta puntualidad, que no parecía Rey cuyas voluntades y apetitos no tienen superior; y si viéramos que sus desórdenes y poca regla eran como las de otros, pensáramos que él había tomado estos males por su mano; mas siendo en él tan conocido un concierto de vida singular y tanta obediencia a sus médicos, es forzoso decir fueron todos estos males regalos enviados de Dios, o, digámoslo así, piedras preciosas para el adorno de la corona de otro mayor Reino. Sobre todos estos males, año y medio también antes de esta última enfermedad, para que ni se valiese de pies ni manos, se le hicieron cuatro llagas en el dedo de en medio de la mano derecha, y otras tres en el dedo índice de la misma mano, y otra en el dedo pulgar del pie derecho, que de noche y de día le estaban atormentando, y particularmente cuando se las curaban. Hiciéronse éstas del humor superfluo corrompido y encendido, que rompía por los lugares más flacos, y con el fuego que traía consigo, que royendo las partes vecinas, donde se causaba un escoci-



miento insufrible, manándole materia con tan agudos dolores que aun la sábana no podía sufrir encima. Cuando llegó aquí a San Lorenzo esta postrera vez, había mejorado un poco de estas llagas, que todo el invierno y verano de antes le habían afligido gravemente, sirviéndole como de acuerdo en el dedo y de despertador para hacer continuas gracias al Señor, pidiéndole paciencia y sufrimiento para recibir azotes de tan clementísimo Padre. Ahora últimamente cargaron (como dije) las calenturas dobles, de las que llaman los médicos subintrantes, que en dejando la una comenzaba la otra. Martillos redoblados sobre el yunque de tan magnánimo corazón como el de Felipe, que, como conocía bien el brazo divino que los meneaba, humilde y callado recibía los golpes. Comenzó ahora como de nuevo a acometerle una espantable escuadra de miserias, que aunque alguna de ellas bastara a acabar con la vida, ninguna ni todas juntas pudieron mellarle la paciencia, ni fueron parte para que saliese de su boca palabra que supiese a impaciencia. En lo que pienso hizo alguna ventaja al pacientísimo Job (dejo aparte el misterio y la figura), pues si lo miramos a lo menos en la corteza, le oímos se queja gravemente de sus males, y se pone a cotejarlos con la inocencia de su vida; arguye a ratos con Dios, y aun tiene tedio de sí mismo y de su vida, y hace, al fin, tantos extremos, que si el mismo Dios no aprobara su santidad y le autorizara con aquel ilustre nombre de su siervo, nos dejaran sus palabras y razones hartas para poner en duda (1) su inocencia. Ni aun bastó todo esto para que algunos atrevidos y mal enseñados no sintiesen aviesamente de su entereza. No quiero ponerme a cotejar los males del uno y del otro, ni a contar por menudo aquellas llagas, ni averiguar si fueron éstas como aquéllas, o si fueron entrambos Reyes, en quien los males, por mil razones, son más incomportables, por la delicadeza del sujeto, el regalo de la vida, no tener uso a sufrir trabajos en el cuerpo, hechos a ser servidos, temidos, adorados, sin que ni

(1) Vide Eugubin. in Iob.

aun de lejos hayan visto claro a la miseria y descomodidades. Diré, a lo menos, que el Santo Job fué ejemplo de la paciencia natural antigua, humana y no más de sombra o figura de la que habían de tener delante de sus ojos los que se llamasen cristianos. Y pues por nuestros pecados se han borrado tanto de nuestras memorias el original y el traslado, pongamos siquiera los ojos en la de un Rey que vimos y tratamos tantos años, pues no es de menor ejemplo que la de Job. Sea Rey en buen hora el Santo Job, como algunos quieren (aunque no he visto en qué se fundan, pues ni el texto original ni el parafrasis caldaico, que es de tanta autoridad, ni la Traducción Vulgata, que es de mayor, jamás le dieron tal nombre, ni le callan de ninguno que lo hayan tenido). ¿Mas qué diferencia va (cuando lo sea) de Rey a Rey? El texto sagrado le cuenta los siervos, los camellos, asnas y los ganados, y se ve claro que nada era en comparación de lo que abarca nuestro Monarca. Mas si hacemos el tanteo de las llagas y dolencias, no le hallaremos menos lastimado o menos enriquecido. Mas quédese esto aparte; sienta cada uno como quisiere; no le comparo con nadie, ni él tenía otra cuenta sino con Jesucristo, de cuya figura jamás quitaba sus ojos. Vamos refiriendo el curso de su dolencia, que ella nos dirá la verdad de lo que hemos afirmado.

Después de haberle fatigado siete días continuos las fiebres que sobrevinieron a tantos ages, cuando había de hacer alguna indicación la naturaleza, que por eso llaman críticos a estos días nuestros médicos, asado y consumido del fuego maligno que le tenía ya en los huesos, arrojó en el muslo, encima un poco de la rodilla derecha, una postema de calidad maligna, que fué creciendo y madurando poco a poco, con dolores muy grandes, porque aunque procuraron los médicos resolverla con los mejores remedios que supieron, no fué ninguno bastante; porque, a mi juicio, no venían estas llagas por sola la fuerza del mal humor corrompido, sino enviadas de aquella mano que usa todo lo creado como de instrumentos como se hace su voluntad. Sentíalo así el buen



Felipe, y levantando los ojos decía con la boca y con el corazón aquellas tiernísimas palabras que dijo su Rey y Señor en el Huerto: *Pater, non mea, sed tua voluntas fiat*, que por haberlas repetido tan innumerables veces creo le eran singular alivio de todas sus miserias, y que nos significaba con ellas que veía proceder (digámoslo así) como a las inmediatas estos azotes de la mano que hemos dicho. Como no se pudo resolver esta postema y vino a madurar, fué forzoso abrirla con hierro, que por ser en lugar tan peligroso y sensible era de temer, y todos temieron no se quedase muerto en el tormento. Abriósele, al fin, el día de la Transfiguración del Señor, el licenciado Juan de Vergara, cirujano de Su Majestad, con la mayor sutileza y el menor sentimiento que fué posible, porque le dió Dios no menor gracia en las manos que en la lengua y en la pluma. Sacóle de ella gran cantidad de materia, porque el muslo estaba hecho una bolsa de podre que llegaba, poco menos, hasta el hueso.

Por ser tanta, no contenta la naturaleza con la puerta que había hecho el arte y el hierro, abrió ella otras dos bocas por donde expedía tanta cantidad que parecía milagro no morir resuelto en ella un sujeto tan consumido. No se oyó de la boca de este Príncipe ni grito ni palabra desentonada o impaciente, ni se vieron otros extremos de los que se permiten a cualquier hombre de por ahí; aunque temió este trance el siervo de Dios, que es de temerarios y no de fuertes el no temer en tales trances. Antes que le abriesen se había confesado y aparejándose como para morir, y le mandó a su confesor, el padre fray Diego de Yepes, que en el entretanto que estaba en el tormento le leyese la pasión de San Mateo, consideración llena de piedad, consejo de gran santidad y ejemplo. Cuando llegó (leyendo en voz alta) a la Oración del Huerto, y a aquellas palabras: *Pater, non mea, sed tua voluntas fiat*, le mandó que reparase, para con más viva atención poner su espíritu en Dios, y resignarse todo en sus manos, y para sentir de veras en sus entrañas la aflicción del inocentísimo Cordero; remedio eficazísimo para tener en poco la suya, y transportado todo en su

Señor, olvidarse de sí mismo, y pasar aquel tormento como si no fuera suyo. Después de abierta la postema y dada la lancetada, mandó a todos los que allí se hallaron, caballeros, médicos, cirujanos y otros criados, hiciesen gracias a nuestro Señor. Puestos todos de rodillas, las hicieron por la merced que a todos nos había hecho en sacarle de tan peligroso punto. Con esto quedó muy consolado y con gran sosiego, imitando en esto a los santos mártires, que (como dice el divino Bernardo), transportados en la Pasión del que murió por redimirlos, aliviaban sus dolores en medio de los tormentos, haciéndole gracias por ellos. No pasó de una vez este tormento, porque cada vez que le curaban, como era necesario traer la materia de muy lejos, jeringaban y exprimían la llaga, para sacársela. Salía entre mañana y tarde, dos escudillas de podre, ocasión de gravísimos dolores. Aquí filosofan sobre si esta postema es la misma que la que padeció el Santo Rey Ezequías, y sobre la manera de la cura, con la masa de higos que hizo el Profeta Isaías; unos dicen que fué la cura a propósito e ilegítima; otros, que no, sino milagrosa, y que antes era nocivo; no es lugar que pide estas digresiones, y quien supiere algo de la lengua original, y atinare con el hilo de aquella historia, saldrá fácilmente de estas dificultades, que lo demás no es sino adivinar. De esta lastimera cura le sobrevino a nuestro Rey otro trabajo grande, que aun para pensarlo es penoso. Como estaba tan lastimado con esta herida y abertura, y con las bocas por donde se descargaba la naturaleza, quedó tan dolorido y sensible que no era posible menearse ni revolverse en la cama. Era forzoso estar de espaldas de noche y de día, sin mudarse de un lado ni de otro; alivio de los que padecen fiebres ordinarias, que no sólo dan mil vueltas, mas aun no caben en la cama y mudan otra, cuánto más quien sobre la ética y continuos ardores padecía cada día crecimientos. Así se convirtió aquella cama real poco menos que en muladar podrido, y digo poco, porque no era sino harto peor, de donde salían continuos olores malísimos que atormentaban a nuestro nuevo Job, que aunque quiere decir que



era este mismo muladar en que estaba hecho de su mismo estiércol, por no poderse menear, a mi parecer se engañan, porque el texto original dice que estaba sentado en el polvo o ceniza, con la palabra *AEPHER*, que significa polvo de cosa quemada, inútil para que de ella produzca alguna cosa, y púsose allí Job, por ser lugar de tristeza, costumbre usada en todos los orientales, con que significaban su miseria y la pérdida de sus esperanzas; de suerte que ni estaba Job en la cama, ni revuelto en su estiércol mismo. En cincuenta y tres días que duró en esta enfermedad, padeció este tan incomportable trabajo; ni se le pudo mudar la ropa que tenía debajo, ni menearle o levantarle un poco para limpiarle los excrementos de la necesidad natural, y mucha parte de la materia que le salía de las postemas y llagas tenían al sufridísimo Rey en una sentina hedionda sepultado en vida. Y quien considerare el aseo, curiosidad y limpieza que tuvo siempre en todas las cosas, que una raya en la pared, ni una mancha en el suelo, ni polvo, ni telaraña no sufría, y que podemos decir enseñó, no sólo en su Palacio, mas aun en toda España, limpieza y buena compostura en todo, y le viere ahora en tan asqueroso estado, sin quejarse ni mostrar impaciencia ni decir malas palabras, podrá decir que es negocio de más que humano sentimiento y sufrimiento. Siempre me ha parecido que fué esta una de las más rigurosas pruebas de su paciencia, ejemplo extraordinario que nos dejó de su sufrimiento este señor. El más prolijo martirio que pudo padecer persona de semejante calidad, ni me acuerdo haberla leído tan larga de otro hombre de los que se puede hacer cuenta. Era esto en tanto extremo, que siendo una vez forzoso levantarle un poco la pierna en alto para que corriese la materia y limpiarle la que le corría por la corva abajo, sintió tan excesivo dolor que dijo no podía sufrirlo en manera alguna, y replicándole los médicos que era muy necesario y no se podía excusar la cura, dijo con vivo sentimiento: «Protesto, que moriré en el tormento, y dígoles porque se entienda.» Hizo tanta fe de su dolor con palabras tan desusadas, que cesaron

por aquella vez de la cura. Bendito sea el Señor, que a tal extremo trajo a este su siervo, y juntamente quiso dotarle de tanta modestia y sufrimiento. Otras muchas veces, cuando le curaban, mandaba, vencido de los dolores agudos, que parasen y detuviesen; otras, que llegasen con tiempo, que para los que conocían su paciencia y fortaleza, era gran testimonio de su aflicción y aprieto. Otras veces, y las más, rompía en alabanzas divinas, ofreciendo a Dios su trabajo, y muchas (aunque callando con la boca), los ojos y el semblante mostraban el sacrificio que dentro de su corazón hacía de sí mismo al Señor. De estar echado de esta manera, sin poderse rodear, se le vinieron a hacer llagas en las espaldas y en los asientos, porque ni aun estas partes careciesen de su pena. En otro fuera efecto de consideración, y en este tan lastimado Príncipe, dechado de sufrimiento, no se hizo caso, como ni de otras circunstancias que agravaban excesivamente, dolores de cabeza, sed perpetua, malos olores, que con los accidentes principales estaban como olvidadas. A los treinta días de su enfermedad, de sólo haberle echado una ayuda de caldo de ave y azúcar, le sobrevinieron unas cámaras pestilenciales; hizo más de cuarenta, tan delgado o tan corrompido estaba el sujeto. Estas se fueron continuando hasta que le acabaron la vida, que, para quien no se podía aliviar, ni mover, ni mudar de ropa, fué otra nueva cruz. No quedaba ya ni lugar ni parte donde sujetarse nuestros males, y porque no faltase ocasión de merecimientos nuevos, unas veces padecía demasiado sueño, y otras de no poder dormir, con unos pervigilios penosísimos. Causábase lo uno y lo otro dentro de aquellos humores gruesos, pútridos, melancólicos, que subían de todo el cuerpo al cerebro: unas veces más húmedos e indigestos, otras veces más deseados y vivos. De allí caían algunas veces a la región del corazón, y dábanle unos sobresaltos tristes que le desasosegaban mucho; por otra parte, como los dolores eran agudos, no permitían dejar punto de reposo ni de sueño, y así pasaba de unos extremos a otros. Venía tiempo que era menester mucha diligencia para desper-



tarle entre día, según le cargaban estos malos vapores del cerebro, y se buscaban invenciones para despertarle. La Señora Infanta, que estaba mucho tiempo a su cabecera, sirviendo en todo cuanto pedía la decencia a su querido señor y padre, le despertaba algunas veces con una industria singular, que es bien referirla. Como de ordinario estaban puestas allí en una mesa algunas reliquias de santos, cuando veía que se dormía (sabiendo cuán en las entrañas las tenía el paciente) decía un poco recio: «No toquéis en las reliquias», fingiendo que llegaba a ellas alguno, y luego el Rey abría los ojos, como si le tocaran en las niñas de ellos, y miraba si le andaba con ellas alguno. Contra todos estos males juntos peleaba el siervo de Dios, y ninguno fué poderoso a derribarle de su gran entereza, y, lo que es más admirable, que en medio de tanta aflicción se compadecía de los que le servían y asistían con él; teníales lástima por el trabajo que les daba; decíales que se fuesen a dormir, a comer, a descansar y a aliviarse un poco; y cuando les mandaba alguna cosa, con tanta modestia como si no fuera Rey y Señor, rogándose y diciendo: «Por vuestra vida que hagáis esto, que llevéis o que traigáis aquello»; para que quede con tan gran ejemplo derribada la impaciencia, los desabrimientos y el enfado, el mal contento, la ira y aun palabras atrevidas de otros hombrecillos que de todo punto quieren ser servidos y adorados de noche y de día en sus enfermedades y aun en sus regalos, sin mostrar jamás agradecimiento ni aun buena cara a los cuitados que los han menester.

Mucho fué, y aun parece más que de fuerzas naturales, que tantos males juntos en un sujeto tan derribado durasen tanto; más, mucho más fué, y más sobre la virtud humana, que perseverase tanto la paciencia, el sufrimiento y la modestia, efectos de una real fortaleza: real, digo, no de reyes del suelo, sino de aquellos que de veras son príncipes en el alma, que levantaron sus corazones sobre todo lo visible. Quien considerare tantos ajes en un Rey, parecerá casi imposible que pueda ni deje lugar para divertirse a otra cosa que a remediarlos; y quien

atentamente advirtiere los ejercicios y en lo que se ocupó todo el tiempo que en ellas duró la vida, jurara que no padecía ninguno, o que era uno el que penaba y otro el que trataba de esto; y así era la verdad, que dos son los hombres de cada hombre, y los ejercicios en que se empleaba el de fuera mostraban claro el socorro grande que le venía del cielo al de adentro. Podemos ya de aquí adelante tener cartilla y arte para enseñar a bien morir con sólo leer lo que este santo Rey hizo y dijo en su enfermedad y en su muerte. Y podrán aprender todos en tan buen maestro lo que apenas nos han enseñado muchos religiosos santos. Luego como le dió el mal, el día de su gran devota Magdalena, cuyas reliquias quisiera tener siempre en sus ojos y boca, procuró entender si el accidente era peligroso, para prevenirse luego como temeroso cristiano y hacer lo que no pide tardanza ni es bien guardarlo para cuando faltan las fuerzas y aun el juicio. El Doctor Mercado y sus compañeros, los médicos de Cámara, Juan Gómez, Alfaro y Oñate, por no entristecerle tan temprano, y porque no son las cosas de estos pronósticos tan evidentes que se osen determinar tan presto, se detuvieron algún tanto en decir lo que entendían. En los primeros de agosto, habiendo entendido su confesor que el mal era de mucha consideración, como quien mejor tenía entendido el ánimo y lo interior del enfermo, le dijo el peligro en que estaba. Agradecióselo mucho, con singulares demostraciones de benignidad, como quien le había dado una nueva alegre y un aviso importante; parece que le veía en el rostro, que dijo dentro de su alma las palabras de David: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus*. Determinó luego de hacer una confesión general, pidiéndole a su confesor le ayudase en esto con mucho cuidado, resignándose luego en sus manos y sujetándose con entera voluntad y una determinación firmísima de hacer para en satisfacción de sus culpas y cargos todo lo que le dijese. No se contentó con decirle esto a boca; diólo por escrito a D. Cristóbal de Mora, y le mandó que en su presencia se lo leyese al confesor, que por ser cosa que



asegura tanto la conciencia de tan buen Rey, es bien ponerlas aquí formalmente. Dijo así: «Padre, vos estáis en lugar de Dios, y protesto delante de su acatamiento que haré lo que dijeres que he menester para mi salvación, y así por vos estará lo que yo no hiciere, porque estoy aparejado para hacerlo todo», y esto contenía el escrito. Yo confieso que aunque supiera tanto como algunos piensan que saben, y tuviera tanto ánimo como César, que me pusiera miedo entrar en unas cuentas y en un finiquito de tan gran Monarca, porque a él, o le excusaba la pura intención y deseo de acertar, o alguna ignorancia, o no me podía excusar a mí. Esto, aunque pasó tan en secreto, se entendió con harta publicidad en este convento, y cuando yo pensé que lo sabía muy en singular, por cierta vía hallé que andaba en las bocas de mil, con grande edificación de cuantos tuvieron noticia de ello. Creo (porque así lo dicen) que resultaron de esto muy grandes efectos: a lo menos podemos afirmar, con no poca seguridad, no quedó por el santo penitente. Duró la confesión más de tres días, que fué mucho para quien tanta cuenta tuvo siempre con su conciencia, y habría confesado aquello mismo otras veces. Sin esta general prevención se confesó otras algunas en el discurso de esta enfermedad, tan recatado andaba siempre en el negocio de su salud. Recibió luego el Santo Sacramento, que para entrar en tan duro trance y batalla era bien necesario tal socorro. Antes que le diesen la Extremaunción (como veremos), comulgó otra vez; con esto mitigaba la sed grande que tenía de verse con Jesucristo. Esta descubría él muchas veces, repitiendo las primeras palabras del salmo: *Sicut cervus desiderat fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus*. Dos días antes que le abriesen la pierna (que fué en la fiesta de Santo Domingo) hizo una prevención de singular ejemplo, en lugar de otras que hacen los que no tienen tanta fe en las cosas divinas. Mandó que le trajesen algunas de las santas reliquias con solemnidad eclesiástica; ordenó que su confesor, el padre fray Diego de Yepes, y el del Príncipe su hijo, el padre fray Gaspar de Córdoba, y el prior, fray García de Santa

María, vestidos con sobrepellices y estolas, viniesen con ellas, y que se previniesen para decirle cada uno alguna plática espiritual.

Hízose así: el uno llevó la rodilla entera con el hueso y pellejo del glorioso mártir San Sebastián. El otro, una costilla del Obispo San Albano, que le había enviado el Papa Clemente VIII, guarnecido harto bien, con una indulgencia plenaria para el punto de su muerte, y otra muy singular, que no me acuerdo haberse concedido a otro: que cualquier sacerdote que dijere por él Misa en esta su Casa, en cualquier altar, y cuantas veces quisiere, saque su ánima del purgatorio. El tercero llevaba el brazo de San Vicente Ferrer; díjole cada uno la antifona y oración del santo cuya era la reliquia que llevaba, y al propósito alguna razón santa y de consuelo, y él, besándola con la boca y con los ojos, decía se la aplicasen sobre la rodilla apostemada, y con esto se despidieron, dejándole animoso y alegre, lleno de buenas consideraciones para el martirio que esperaba. Sentía tanto alivio con la presencia y tocamiento de las santas reliquias que de allí adelante, en el discurso de toda la enfermedad, no hubo día que fray Martín de Villanueva, que las tenía a cargo, no le compusiese delante de su presencia un altar con mucha cantidad de reliquias; mandábale que se las trajese para besarlas y adorarlas, y se las pusiese en la parte lastimada. Con las reliquias de San Ivón tenía devoción particular, y quiso que le leyese su vida algunas veces, porque es como la de otro San Francisco. Un día le compuso un gran aparador de estos vasos del cielo; pieza por pieza, se las llevó todas, para que las adorase y besase; entendió que ya no faltaba ninguna, y quería tornarlas a su lugar y relicario, y díjole: «Mirad que la reliquia de tal santo se os olvida, que no me la habéis dado a besar»; admiróse fray Martín, porque cuando las hubiera él compuesto y contado muy despacio, era mucho acordarse de todas. Es razón advertir circunstancias tan santas, y estimarlas en mucho en un Rey tan grande, que si lo leyéramos de Constantino, o de Teodosio, o Carlomagno, nos hiciera admiración;



y no ha de perder de su valor por ser del que vimos y tratamos: inclinación mala menospreciar la virtud presente, vicio nacido de la soberbia y envidia del hombre. Por eso es bien queden estas cosas en memoria, y servirá de mucho a los que vinieren, que estarán limpios de estos vicios: sabrán que al punto que en estos miserables tiempos, cuando tan resfriada está la fe y la piedad en muchos príncipes extranjeros que quieren tener nombres de cristianos, hubo en España un Rey que en vida y en muerte mostró tan vivos afectos a los Sacramentos de la Iglesia y a las reliquias de los santos. Hay aquí entre estas perlas divinas muchas particicas de *Lignum Crucis*, y algunas de notable tamaño y grandeza. En particular una, en quien tenía el Rey gran devoción, que es la que se adora el Viernes Santo, guarnecida en una cruz de plata dorada grande y de antigua labor. Con ésta eran sus amores; no quisiera, si posible fuera, quitarla jamás de encima sus ojos y boca; del corazón creo que jamás la apartaba. Lo que otros temen tanto y ha quedado por refrán, que es andar entre la Cruz y el agua bendita, eso era para él sumo regalo, y el refresco de los ardores que le consumían, y como tenía mucho más un pecado venial que la fiebre ética y los ardores que le abrasaban, mataba la sed que tenía de verse libre de ellos con el remedio del agua bendita, echándosela en la frente y rostro muchas veces.

De otra medicina usaba para alivio de tantos males, que es digno lo advertamos, y que quien lo usare dará muestras de la vida que tiene dentro del alma, aunque esté el cuerpo llagado o podrido: esta era la lección de libros santos. Mandaba que le leyesen lugares del Evangelio que él tenía advertidos para su propósito, como la parábola del Hijo pródigo, a quien, después de desperdiciada la hacienda, recibió el padre entre sus brazos por sólo que se volvió a él arrepentido, y dijo: «Padre, pequé en el cielo y contra ti.» Y la de la Oveja perdida, que, después de buscada con tanto trabajo, la llevó el Buen Pastor sobre sus hombros; y la de la Draema perdida, que buscó aquella mujer trastornando todas las

alhajas de su casa y barriendo los rincones. En lo uno y en lo otro hallaba el siervo de Dios en sus santas consideraciones grande alivio de sus males, singular consuelo para el alma, reconociéndose con profunda humildad por oveja abarrancada, hijo desperdiciador, y, por otra parte, se echaba en los brazos de un amor de Dios tan inefable, cobrando allí grandes esperanzas de salud eterna. Juntaba con esta lección la de la conversión de la Magdalena; la del Apóstol San Pablo; la del Buen Ladrón; la de San Mateo, y otros lugares de la Santa Escritura en que se descubre tan abiertamente el pecho de Dios para recibir y perdonar pecadores. Acordábase bien el piísimo Rey que los Macabeos, con no tener tantas ni tan claras muestras de las entrañas divinas, decían que todo su consuelo, en medio de tantas aflicciones y aprietos, era la lección de los santos libros, y que San Pablo significa que por la paciencia que enseñan las Santas Escrituras crece la esperanza, y aprovechábase como tan prudente en medio de sus dolores de tan seguro consejo. Así, una vez le leían en los Evangelios estos y otros lugares, otras en libros devotos y espirituales, que por lo que se les pega de la Santa Escritura cobran grande fuerza, hallándolos en nuestro lenguaje casero para inflamar la devoción y el deseo de servir a Dios y ponernos en sus manos, reconocer nuestra miseria, abrazar los trabajos que por nuestras culpas padecemos. Todos estos frutos cogía Felipe de la lección de los libros santos, y en el que más presa hacía era en el humillarse y aniquilarse en la presencia de su Señor y reconocerse por miserable pecador. Y si pudo tanto este acto de humildad en otros reyes, no tan grandes con mucho, que por verlos así Dios derribados en su presencia les perdonó gravísimos pecados, como se vió en el Real Profeta David, en el Santo Rey Ezequías, en aquel gravísimo pecador Manasés y, lo que es más, en el impío Rey Acab, que al verse así rendido le dijo al Profeta Elías que no le haría en sus días el castigo con que le había amenazado, ¿qué no alcanzaría del Señor un Rey que toda su vida había sido tan modesto, pío, ejercitado en obras



santas, perpetuo defensor de la fe e Iglesia Santa, que tan de veras y sin ficción se humillaba en el acatamiento divino?

### DISCURSO XXI

*Prosiéguese el tránsito y muerte del Rey Don Felipe II; las preparaciones de su muerte, su entierro, el codicilo último para las cosas de esta casa.*

**P**OR la larga experiencia que en este convento tuvimos de las cosas y de la vida de su Fundador, y por lo que hemos visto desde el primer discurso de este libro, se ha entendido cuán grande era el ejercicio de la oración vocal y mental que continuó todo el tiempo de su vida. En el oratorio le veíamos y sentíamos a horas extraordinarias, de mañana, a la tarde, en lo más secreto de la noche. Tienen testificado los que de más cerca le trataban, que gastaba en este ejercicio (sin él ni se crean virtudes, ni las creadas se sustentan) muchas horas del día, haciendo ventaja a muchos estrados religiosos, que nos habíamos de avergonzar de ello, y animarnos, a lo menos, a no ser tan perezosos ni quedar tan atrás. Ahora, en este tercio postrero y último aprieto, aunque no podía (porque ni el mal ni el acudir a tantas cosas le daban lugar) ni tenía tanta oración vocal, ni rezaba tantas letanías y oraciones, y devociones; con el alma, y en lo secreto de su pecho, estaba siempre en la divina presencia, porque el que tiene verdadera oración (son pocos los que la tienen) siempre ora, y como para Dios ni hay lugar ni tiempo, ni puerta cerrada, si nosotros no le despedimos, cualquier lugar es lugar y cualquier tiempo es tiempo. Con todo eso, en medio de sus dolores quería le dejasen algún rato solo, y puestos los ojos en un Crucifijo, derramaba lágrimas devotísimas; allí hablaba con su Señor en lo puro de su alma; allí le descubría su pecho y se dejaba en sus manos. Para refrescar la memoria, o para que no se la estorbasen, ni las cosas de fuera ni los males del cuerpo, tenía a todos los laços de la cama, y por las paredes de

su dormitorio, crucifijos e imágenes, porque se viniesen naturalmente aquellas letras a los ojos, y por ellos al corazón, y no se perdiese de vista cosa que tanto importaba. Quiso también que junto con este amor de Dios que en la oración y meditación se crea, fuese también el del prójimo. Mandó hacer muchas y notables limosnas en estos días que duró la enfermedad. Casáronse huérfanas en cantidad, socorriéronse muchas viudas y otra gente pobre, dijéronse muchos novenarios de Misas: sería negocio largo contar esto por menudo. Pasó mucho de esto por mano de Juan Ruiz de Velasco, que tenía el dinero de la Cámara de Su Majestad. Por la de su Limosnero mayor, García de Loaysa, otras de mayor cantidad, porque distribuyó en diferentes necesidades en estos pocos días más de veinte mil ducados. Por vía de su confesor se distribuyeron otras aún de más monta; por tantas canales se vertía la caridad de aquel mar grande. A Nuestra Señora de Guadalupe, de quien fué muy devoto toda su vida, mandó veinte mil ducados, para que hiciesen un retablo al altar donde está la santísima imagen, porque el que tiene es muy viejo, quedando de ellos perpetuados mil de renta, digna ofrenda de Rey. A Nuestra Señora de Monserrat mandó otros nueve o diez mil ducados, y no se olvidó de su gran patrón y abogado San Lorenzo: quiso que en Huesca de Aragón, su propia patria, se fundase un Monasterio de la Orden de San Agustín, en las mismas casas de los padres santos del mártir glorioso, que se llamaban Orencio y Pacencia, dejando el orden de esto al Conde de Chinchón, aplicando para ello una gran cantidad de hacienda de bienes confiscados en aquel Reino. Al Monasterio de Predicadores de Valencia, aunque hacía poco les había hecho otra gruesa limosna, les dió ahora para sustentar una lámpara, y mil ducados para la portada de la iglesia. A San Benito, de Valladolid, dió tres mil ducados para la fábrica. A Nuestra Señora de Atocha, en Madrid, casa de gran devoción de la Orden de Santo Domingo, quiso recibir debajo de su amparo y ser su Patrón, y para esto les hizo una muy larga limosna. Por todos los hospitales



de la Corte se repartió otra gran cantidad de dinero, y para ayudar a la canonización de San Raimundo dió seis mil ducados, y otras muchas limosnas, que, como se derramaban por tantas partes, apenas se puede hacer minuta de ellas. Finalmente, a cuanto se le ponía delante de piedad y de limosna apenas sabía decir que no. Para todos había y nunca le faltaba, que a los caritativos nunca les falta que dar. Es verdad que esta virtud de la caridad parece le venía por herencia de todos cuatro costados: pues si miramos a los Príncipes y Señores de la Casa de Austria, los hallaremos todos limosneros, grandes fundadores de monasterios y templos. Los de la Corona de Castilla han hecho, a mi juicio, ventaja en esto a cuantos nos enseñan las historias, y la parte que de Aragón y Portugal cabe se es lo mismo, o no debe nada a nadie, porque las obras heroicas que hoy viven serán testigos alternos. Y si me hubiera de divertir en esto, larga historia se comenzara. Nuestro Felipe en vida y en muerte se mostró hijo de tales padres; bien haya (que sí habrá) quien a los suyos parece.

Algunos días antes había proveído Su Majestad a García de Loaysa, Maestro de nuestro Señor el Príncipe su hijo, del Arzobispado de Toledo. Vinieron las Bulas, y quiso que se consagrara aquí en esta su Casa; no falta ya otra cosa que verse en ella sino esta tan santa ceremonia. Para esto envió a llamar al Nuncio de Su Santidad, Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, y al Obispo de Segovia, D. Andrés Pacheco, y al Obispo de Osma, hermano del Marqués de Poza; hízose la consagración un día o dos después de Nuestra Señora de agosto, con gran aparato y solemnidad, aunque se malogró, pues ni tuvo tiempo de recibir el palio ni a sentarse en la silla de su iglesia. El 16 de agosto mandó llamar el Rey al Nuncio; mandóle sentar, y que le dijese alguna cosa espiritual para alivio de sus dolores y para consuelo de su alma. El Nuncio le hizo una plática muy discreta, con que se recreó mucho. Pidióle, como humilde hijo de la Iglesia, le echase su bendición de parte de Su Santidad, le absolviese plenariamente y le concediese todas las in-

dulgencias y frutos espirituales que se alcanzan del Vicario de Jesucristo para los que están en semejante artículo. El Nuncio se lo concedió todo con aquella plenitud, como si el mismo Papa estuviera presente, teniendo certeza que la ratificaría con larga voluntad en el punto que tuviese noticia de ella. Y fué caso admirable que el correo llegó a Roma, y Su Santidad le dió la misma bendición y absolución, y aprobó cuanto su Nuncio había hecho antes que el Rey partiese de esta vida; hasta en esto quiso el Señor regalarle y dejarnos como seguros de la salud y buen estado de su alma. Acabando de hablar el Nuncio, respondió el santo Rey, con rostro muy alegre y con aquella serenidad de rostro que quiso Dios dotarle, que se había alegrado con su venida; que su mal era grande, y estaba muy dispuesto y conforme a la voluntad divina, para vida o para muerte; que no pretendía otra cosa sino morir en su gracia y alcanzar perdón de sus pecados, y daba muchas gracias a Dios por los beneficios recibidos. Y porque en el estado en que estaba tenía tanta luz y conocimiento que el verdadero fin del hombre es la bienaventuranza eterna, que se consolaba grandemente de lo que le ofrecía de suplir con la bendición apostólica, la cual aceptaba con grande voluntad, y la pedía humildemente a Su Santidad. Que quería que en todo caso se tuviese respeto y reverencia a la Silla Apostólica y a Su Santidad, y se tuviese mucha cuenta a la jurisdicción eclesiástica y se mirase siempre por ella. Otras muchas razones de igual peso le dijo aquel piísimo Monarca, que, como estaba tan decaído y sin fuerzas, no se pudieron percibir bien, dignas todas de escribirse con letras de oro que las gozaran los siglos venideros. Despidióse el Nuncio harto enternecido y edificado, que cuando a algunos religiosos refería parte de ello, apenas detenía las lágrimas.

En certificándose el buen Rey que su mal le daba prisa y que se iba acabando, después, como dije, de haber comulgado dos veces, pidió le diesen con tiempo el Sacramento de la Extremaunción, por el peligro que había que, estando tan consumido, algún accidente no le



llevase o no diese lugar para recibirle con entero juicio. No se le había ofrecido jamás ocasión en que poder ver administrar este santo Sacramento, por no haberse hallado en la muerte de su padre ni de su madre, y porque no les consienten a los reyes que vean morir (como si con esto hubiesen de escapar de las manos de la muerte); error grande, y así no sabía lo que en esta Santa Unción se había de hacer. Aquí también nos quiso dejar un notable ejemplo de su piedad y religión. Mandóle a su confesor que le llevase el Manual, libro por donde se administran los Santos Sacramentos, y leyese todo lo que a esto tocaba, sin dejar letra, para saber lo que se había de hacer y en dónde le habían de ungir. Al principio, y para comenzar a administrarle, hay una exhortación que hace el sacerdote al enfermo, algo larga. Leyóse la toda el confesor, y díjole: «Con esto, Señor, se habrá cumplido, y no será menester repetirla cuando se le dé el Sacramento a Vuestra Majestad.» Respondió: «Eso, no; dígaseme otra vez y otra, porque es muy buena.» Qué buen gusto en cosas de Dios, y qué buen deseo de acertar a morir bien. Dijo que le cortasen las uñas y le lavasen las manos, que estaban maltratadas con el humor de la gota, todo por reverencia del Sacramento, y porque le habían de ungir con el Santo Oleo. Llamó a D. Cristóbal de Mora y nombróle los religiosos que quería se hallasen presentes, para que lo dijese al prior, y mandó también que su hijo el Príncipe y Rey nuestro Señor que ahora es, se hallase presente, para que tuviese noticia de lo que era este Sacramento, que tan raras veces lo ven los reyes; creo ha muchos años no se han visto juntos padre e hijo en él, como ahora se vieron.

El primer día de septiembre, a las nueve de la noche, en la Infraoctava de la Consagración de este templo que a su petición se había ungido, pared en medio de él, recibió también el pío Rey, su Fundador, la postrera unción con mucha devoción y reverencia, habiéndose confesado primero. Administróle Loaysa, Arzobispo de Toledo, que se turbó más de una vez, y cualquiera se turbara; tanta fué siempre la Majestad de este Rey, que ninguno le

habló jamás que por lo menos no sintiese en sí alguna notable mudanza. Estuvo siempre muy atento y con igual serenidad el Príncipe su hijo, y con él algunos caballeros de su Casa y Cámara. Halláronse también presentes los tres confesores de las personas Reales, Rey, Príncipe e Infanta, el prior de San Lorenzo y otros cuatro religiosos que el Rey señaló. Parecióme, según la entereza con que el santo Rey lo advertía y respondía a todo, que no tenía mal ninguno y que se anticipaba mucho aquel Sacramento; así lo dije a algunos, y así sucedió, porque vivió después de haberle recibido doce días; maravilléme no advirtiesen esto tantos y tan doctos médicos, pues quiere la Iglesia se guarde este Sacramento para la postre, cuando no hay muy ciertas señales que podría faltar el juicio al enfermo, y aquí no lo pareció, y aun creo que el Rey, con estas mismas consideraciones, quisiera que se dilatara, y fuera muy acertado, pues tuvo siempre tan claro el juicio que una hora antes de que muriera pudiera muy bien percibir lo que se hacía. Salímonos todos, quedándose a solas con su hijo, y el mismo Príncipe y Señor refirió después que le dijo su padre estas palabras: «He querido que os halléis presente a este acto para que veáis en qué para todo» (palabra digna que se asiente en las almas de todos los reyes, para que no deslumbre el resplandor de esta gloria presente), y que tras esto le encargó mucho mirase por la Religión y por la defensa de la Santa Fe Católica, por la guarda de la justicia y procurase vivir y gobernar de manera que cuando llegase a aquel punto se hallase con seguridad de conciencia; gran epílogo de toda la disciplina Real. Dicho esto en general, descendió a otros particulares tocantes al gobierno y policía de estos Reinos. El día siguiente después de la Unción Santa llamó a su confesor y le habló con semblante alegre y le dijo que nunca en su vida se había visto tan consolado como después de haber recibido aquel Santo Sacramento, y que había experimentado parte de su fruto, y lo mismo dijo a otros que le preguntaron si se había cansado, significando que había recibido grande alivio en el cuerpo y en el alma.



Así lo promete aquel Sacramento en los que dignamente lo reciben.

Desde este día despidió Su Majestad todos los negocios y otros entretenimientos con que algún rato aliviaba sus dolores, y como Príncipe tan cristiano y prudente, se retiró a mirar en las cosas de su alma y de la partida, como quien ya había hecho divorcio con todo lo del mundo. En todo el resto que le quedó de vida jamás se cansó, aunque se cansaban muchos, de oír hablar y leer cosas espirituales y del cielo. Remudábalos a todos y a todos daba en qué entender en esto, que parece cosa milagrosa tanta perseverancia y entereza. Cuando sentía cansado a su confesor, llamaba al de su hijo, y luego al de la Señora Infanta, para que cada uno le animase, exhortase y advirtiese de cuanto les parecía importante para aquel punto, y mandó que se pusiese por obra lo que le dijeron de importancia, o por medio de su confesor o de las personas a quien podía encomendarse. Quiso también, como prudente y católico Príncipe, hacer una muy solemne protestación de la fe y de cómo moría en la obediencia de la Santa Iglesia Romana y del Sumo Pontífice, Obispos, Sacerdotes y Ministros de ella. Esto había él mostrado bien en el discurso de su vida, y lo dejamos advertido en cien lugares de esta historia. A su confesor le pareció tenía buena forma una protestación de fe que pone Ludovico Blosio en su segundo libro; por allí la hizo; ahorraré yo de ponerla aquí, pues está impresa en romance y podrá leerla quien quisiere.

Como en todo fué tan Rey y de tan alto ánimo este Príncipe, parece que aun quiso reinar y enseñorearse sobre la muerte. Estábala aguardando y tratando de sus cosas con tanta igualdad de ánimo, lo que a otros atemoriza, que dijera el que le viera no era él el que estaba tan al cabo, sino negocio de otro. Maravillábase mucho de esto D. Cristóbal de Mora, con quien comunicaba más en particular sus cosas, y díjome por veces que así pasaba de las cosas grandes que tocaban al gobierno y disposición de los Reinos, a las de su muerte y entierro, como si fueran todas de un género, y con tan sereno

semblante las unas como las otras. Muchos días antes que muriese mandó a los religiosos que tenían la llave vieses en secreto el ataúd de su padre, el gran Emperador Carlos V; le midiesen y abriesen para ver cómo estaba amortajado, para que le pusiesen a él de la misma manera. Seis años antes, estando en Logroño (pasaba a las Cortes de Aragón que se celebraron en Tarazona), mandó a Juan Ruiz de Velasco abrir un cajón de un escritorio que llevaba consigo; mostróle un crucifijo pequeño que estaba dentro de una caja, y unas velas de Nuestra Señora de Monserrat, y díjole: «Acordaos bien, para cuando os pida esto, que están en este cajón estas velas y este crucifijo que fué del Emperador mi padre, que murió con él en la mano, y así pienso yo morir.» Ahora, cuatro días antes que falleciese, le pidió esto al mismo Juan Ruiz, como si hubiera dos días que le había hecho esta prevención. Abrió Juan Ruiz la caja, vió que con el mismo crucifijo estaban dos disciplinas, la una tan gastada que mostraba bien el uso y ejercicio de ella, y diciéndoselo al Rey, respondió que no la había gastado él, sino su padre, cuyas eran, y es así, como advertí en otra parte, que el santo Emperador se disciplinaba en compañía de los religiosos cuando hizo aquella hazaña de recogerse en nuestro Monasterio de Yuste, triunfando de una vez de todo el mundo. Mandó colgar el crucifijo por dentro de las cortinas de la cama, frontero de sus ojos, y como joya tan preciosa, le encargó delante del Príncipe nuestro Señor, que después de muerto le tornase a la misma caja y se guardase para que el mismo Príncipe y nuestro Rey que hoy es se aprovechase de él en semejante trance. Herencia de mucha estima, pues tal padre y tal abuelo le tuvieron en su boca cuando rindieron el espíritu al Señor mismo que lo había dado. A D. Fernando de Toledo encargó guardase las velas, para que le diese una cuando fuese hora, junto con el crucifijo. Mandó en estos mismos días hacer su ataúd, y que se le trajesen delante, y daba en todo la traza y modo, como si fuera negocio para otro; seguridad grande del alma y señal de la certeza con que partía para su propia patria. Quiso también



hiciesen una caja de plomo y le pusiesen en ella sin abrirle, y así encerrado no pudiese exhalarse algún mal olor. La madera de este ataúd, porque lo digamos aquí de paso, es de unos árboles grandes que se crían en la India Oriental (podemos llamarlos árboles del Paraíso); allá le llaman Angeli. Había servido la viga de que se hicieron las tablas de quilla o fundamento de un galeón de los de Portugal que se llamó «Cinco Chagas», porque su divisa o empresa eran las cinco llagas de nuestra salud. Veinte años hacía, poco más o menos, que estaba en aquel puerto de Lisboa desechada en aquella arena, hecho poyo y descanso de pobres; vino a noticia de Su Majestad, y no sé por cuál motivo del cielo le mandó traer a esta su Casa de San Lorenzo, que por ser muy grande no fué poco lo que costó el porte. Mandó se hiciese de él la cruz que es el remate del altar mayor, y, digámoslo así, de toda la fábrica, y sostiene un crucifijo de bronce dorado que creo es el mayor y mejor que jamás se ha fundido, porque tiene nueve pies y más de largo. Después se hizo otra cruz del mismo madero, en que está otro crucifijo de más liviana materia. Púsose en un altar en la iglesia junto a la puerta del claustro principal. Quien considerare tantas circunstancias del árbol, de su nombre, de la tierra, del oficio y del fin, podrá sin miedo decir que son cosa más que acaso. Sobró todavía un gran pedazo de madera, que hoy en día está a la entrada de la puerta principal del convento, sirviendo también de asiento de pobres; plegue a Dios no sea tan presto menester. Aforróse por dentro en raso blanco el ataúd, por fuera en una tela de oro negra, con una cruz de raso carmesí y la clavazón dorada.

El viernes 11 de septiembre, dos días antes que muriese, las dos luces de sus ojos, el Príncipe nuestro Señor y su hermana la Señora Infanta, entraron a despedirse de su padre y a que les diese su bendición; trance de gran sentimiento de ambas partes, y sin duda fué bien menester aquí ser tan Reales estos corazones, y tan llenos de fe, para que no hiciese tan amarga despedida algún daño. Padre tan querido, obedeció y respetado; hijos tales,

tan obedientes, tan largo tiempo criados, tan tiernamente queridos, duramente se arrancan de las entrañas, si no ablandase la esperanza viva de tornarse a gozar sin sobresalto de jamás perderse y apartarse. Dijimos las pláticas y advertencias que Su Majestad dió a su hijo, sin aquéllas. En este mismo día le dió a su confesor, el padre fray Diego de Yepes, un papel en que estaba escrita una singular doctrina que San Luis, Rey de Francia, dió a la hora de su muerte a su hijo Felipe, sucesor en el Reino, mandándole que después de él muerto se la leyese toda a su hijo el Rey nuestro Señor, sin mudar ni añadir cosa alguna en ella, porque los particulares ya los había tratado con él a solas, advirtiéndole de este papel que dejaba en poder de su confesor, previniéndoles a entrambos no dejasen de leerlo y oírlo, por ser cosa al parecer inspirada del cielo en el corazón de un Rey tan Santo. Así pasó (aurque lo adelantemos aquí) que el obediente hijo, el mismo día del entierro de su padre, llamó al confesor y le mandó le leyese aquel papel que había dejado. Oyóle atentamente y quedóse con él para tenerle como un continuo espejo en sus ojos; no le pongo aquí, porque ya anda en otros libros. En esta despedida, vuelto Su Majestad a la Señora Infanta, su hija, le dijo (según ella lo declaró) estas o semejantes razones: que pues yo había sido nuestro Señor servido que él la viese casada antes de llevarlo de esta vida, como lo había deseado, le pedía se gobernase con la prudencia que hasta allí y procurase acrecentar la fe en los Estados que le dejaba, pues éste había sido su principal intento en dárselos, esperando de ella lo haría como se lo dejaba encargado, y que lo dijese así a su primo y se lo pidiese de su parte cuando le viese. Con esto, Sus Altezas le besaron la mano y él les echó su bendición, y se salieron con el sentimiento que se percibe mejor en el alma que puede decirlo la pluma. Es muy digno de advertir que en aquel último abrazo de tan queridos hijos, la principal encomienda y las postreras palabras fueron el celo y aumento de la fe, más querida aún que los mismos hijos naturales y más arraigada en el alma, caso de eterna memoria. Había



comulgado dos veces después que le dieron la Extremaunción, y quisiera él comulgar ciento, tan sin hartar era aquella hambre y sed que tenía de llegarse a la verdadera fuente de su sustento. El día antes que muriese le dijo Misa su confesor en el oratorio, junto a su cama. Cuando allí la decían era casi siempre para comulgarle; como estaba tan acabado, había peligro en esto, porque no podía pasar la hostia. Quejóse el santo Rey de ello a D. Cristóbal de Mora, y después a su confesor, agraviándose que no le había comulgado. Respondióle había convenido así por el inconveniente dicho; importunóle le comulgase con una forma de las que se guardan en la Custodia; tan entero estaba y tan deseoso de juntarse con Dios. Entretúvole el confesor, diciendo que lo consultaría con los médicos, y todo aquel día estuvo con esta pena y con estas ansias vivas, y con ella murió. Creo que luego le cumplieron con hartura sus deseos, no ya al modo de los hombres, sino como un ángel.

La tarde antes de la última noche dijeron los médicos a D. Cristóbal de Mora que Su Majestad se iba acabando a prisa; que se lo dijese claro, para que se aparejase a la partida, como si hubiera hecho otra cosa en el discurso de aquella enfermedad, y aun de su vida; pienso yo sabía harto mejor que ellos el punto. Díjosele, y escuchólo con alegre semblante, como quien tan asentada y conforme tenía su voluntad con la de su Creador. Había él dicho muchas veces en estos dos días postreros que le avisasen cuándo llegaba su hora, porque quería hablar con Dios y convertirse todo a él. Mandó llamar luego a su confesor y al Arzobispo de Toledo, a los confesores de Sus Altezas y al prior de su convento, para que todos le ayudasen en este punto extremo. Los religiosos de esta su Casa, que en todo el discurso de esta enfermedad mostraron bien el amor que a su Patrón y Señor tenían, acudieron ahora unos al coro, otros a la iglesia y por aquellas capillas y altares, ayudando con lágrimas y oraciones y otros ejercicios propios de este estado. Llegado el Arzobispo de Toledo, le hizo una plática estudiada que duró más de media hora, llena de mucha doctrina

y de cosas a propósito para aquel tiempo. Entre otras razones, le dijo que quien tanto había defendido y amparado la Fe Católica, la Iglesia Romana y al Sumo Pontífice, convenía que en aquel punto, como tan obediente hijo, confesase la misma Fe y obediencia de esto. Su Majestad, oyéndolo, dijo con voz tan clara, que lo percibieron todos: «Sí confieso y protesto»; que fué ratificar la misma protestación de la Fe que había hecho algunos días antes, como ya dijimos. Después de esta plática mandó al Arzobispo le leyese la pasión de San Juan; leyóselo, declarándole algunos pasos devotos como mejor supo, mostrando en todos ellos el santo Rey un sentimiento admirable, como quien comenzaba ya a gozar de sus frutos y celestiales afectos. Cerca de la una de la noche llegó el confesor de Su Majestad que hoy es, y le hizo otro razonamiento; escuchábalo todo el devoto Señor con alegre semblante, sin jamás cansarse de oír esto toda aquella noche en peso, que aun los muy sanos y fuertes se cansaban, y él les despertaba, diciendo: «Padres, decidme más», que cuanto más se allegaba a la fuente, tanto crecía más la sed. Don Fernando de Toledo, que sirvió en ésta y en muchas enfermedades a su Rey con extremada diligencia, por el gran amor que le tenía, estaba cuidadoso para darle una de las velas de Nuestra Señora de Monserrat, que dijimos le había encomendado. Llegó a dársela a las doce de la noche, y díjole Su Majestad: «Guardadla, que aun no es tiempo»; que no hace poca prueba de la certeza y claridad que tenía de su hora. Certifican algunos caballeros de su Cámara, dignos de toda fe, que Su Majestad pidió a nuestro Señor encarecidamente le hiciese merced que a la hora de su muerte cesasen sus dolores, para que con más entero juicio, y sin que el alma tuviese necesidad de acudir a las cosas del cuerpo, ni sus males la embarzasen, pudiese contemplar sus divinas misericordias y abrazarse con él y tratar su salvación. Como tenían noticia de esto, estuvieron atentos a ver si el Señor concedía esta petición a su siervo; y advirtieron que día y medio antes, cuando ya los pulsos se apresuraban y daban señal de su fin, ningún



género de dolor ni de sentimiento de tantos males como le cercaron para derribarle tenía, ni se vió en él muestra de hacer caso de ninguna cosa pasada más que si estuviera sano, teniendo con esto los sentidos, el juicio y la razón tan enteros, que hablaba, preguntaba, respondía y aun ordenaba y mandaba como cuando estaba sano; merced y favor del cielo, premio de tan extremado sufrimiento y paciencia. Sucedieron aquí dos cosas dignas de advertencia, que confirman bien estos favores divinos. La primera, que tornándole a dar D. Fernando de Toledo la candela de Nuestra Señora de Monserrat, a las tres de la mañana, alzó el Rey los ojos y le miró riéndosele, y tomándosele de la mano, dijo: «Dadla acá, que ya es hora.» No es aquel tiempo de risa para los tristes que no buscaron otra cosa en esta vida sino gustos; mas sí para aquellas dichosas almas que usaron de los oficios y dignidades y de las cosas de este mundo como si no usaran; éstos sí ríen en este punto, y en él se comienza su alegría por las señas y prendas que reciben de su descanso, y porque les dice ya el espíritu que reposen de sus trabajos. La otra fué que luego, a hora y media antes que expirase, tuvo un paroxismo (no sé si lo llamemos así) tan grande, que todos entendieron que había ya acabado. Y estando tristes y derramando lágrimas, súbitamente abrió los ojos con una viveza extraña y los puso en el crucifijo que tenía D. Fernando en las manos, que era aquél de su padre; alargó la mano y tomóselo, y con gran devoción y ternura le besó muchas veces. Quedáronse admirados ver tan repentina y sobrenatural viveza, y que tan súbito tornase en sí tan advertido y tan entero. Entendióse de lo uno y de lo otro que nuestro Señor usaba con él de grandes misericordias y le revelaba dentro su bien y su salud, que reconocía en sí mismo el fruto del árbol santísimo de la Cruz, medio de la salud de las almas; y así besaba y adoraba las imágenes de fuera, por ser el traslado y la leña del bien que gozaba dentro. Ultimamente, el prior de San Lorenzo le leyó la recomendación del alma que está en el Manual Romano, devota y de tantas consideraciones llena; advirtiéndola bien y dió señas de ale-

gría con ella. Perseveró toda la noche (con gran admiración de los que allí estaban) en estos santos ejercicios; y diciéndole una vez el Dr. Juan Gómez que podía reposar un rato, para cobrar aliento y tornar a ellos, respondió que no era tiempo.

Las últimas palabras que pronunció y con que partió de este mundo, fué decir como pudo que moría como católico en la Fe y obediencia de la Santa Iglesia Romana; y besando mil veces su crucifijo (teníale en la una mano, y en la otra la candela, y delante la reliquia de San Albano, por la indulgencia), se fué acabando poco a poco, de suerte que con un pequeño movimiento, dando dos o tres boqueadas, salió aquella santa alma, y se fué, según lo dicen tantas pruebas, a gozar del Reino soberano. Durmió en el Señor el gran Felipe II, hijo del Emperador Carlos V, en la misma Casa y templo de San Lorenzo que había edificado, y casi encima de su misma sepultura, a las cinco de la mañana, cuando el alba rompía por el Oriente, trayendo el Sol la luz del domingo, día de luz y del Señor de la luz; y estando cantando la Misa del alba los niños del Seminario, la postrera que se dijo por su vida, y la primera de su muerte, a 13 de septiembre, en las Octavas de la Natividad de Nuestra Señora, Vigilia de la Exaltación de la Cruz, el año 1598. En el mismo día que catorce años antes había puesto la postrera piedra de todo el cuadro y fábrica de esta Casa (circunstancias de consideración). En el año de su edad de setenta y dos, porque nació a 21 de mayo el año 1527. Recibió el Gobierno de estos Reinos el año 1556. Comenzó a edificar este Monasterio el año de 1563, a 23 de abril. Gozóle, después de haber puesto la postrera piedra el año 1584, en el mes de septiembre, catorce años justos, que es otra particular merced del cielo. Cuantos nos hallamos allí presentes celebramos su tránsito con grande copia de lágrimas, todas pocas para tan grande pérdida, y aun a muchos aun no se les han enjugado ni le acaban de llorar hasta que se acabe la vida.



## DISCURSO XXII

*El entierro y exequias del Rey Don Felipe II en esta su casa y sepulcro. Lo que le dejó mandado para su sustento en su último Codicilo.*

**E**N despidiéndose del cuerpo aquella santa alma del Rey Felipe II, lo primero que se hizo por los caballeros de su Cámara fué irlo a decir a su hijo Felipe, tercero de este nombre; y con la nueva verida de la luz en el felicísimo día en que ella comenzó, que fué domingo, comenzó también el nuevo Rey; y entró gobernando el más extendido Imperio que el Sol ha visto, pues si pudiera llevar las cartas y el aviso, desde el punto por donde descubrió sus rayos hasta que rematara el círculo volviendo al mismo punto, hallara vasallos propios a quien darlas. Para dejar entera y en herencia tan grande Monarquía, cualquier empeño y costa es pequeña. Luego, tras esto, compusieron el cuerpo Real de la manera que él mismo lo dejó ordenado cuando se amortajaba en vida, con tan poco miedo de la muerte. Rodearon y envolvieron el cuerpo en una sábana, sobre una camisa limpia que mandó le vistiesen a solas D. Cristóbal de Mora y D. Fernando de Toledo; porque aun después de muerto quiso se guardase con su cuerpo aquella singular honestidad y compostura que conservó en toda la vida. Atáronle al cuello un cordel, y de allí colgaba una cruz de palo; esta joya sola (en vez del collar y toisón de oro y perlas) llevó al cuello aquel Monarca que tuvo en sus manos los tesoros de Oriente y de Poniente. Antes que le pusiesen en la caja de plomo que se encerraba en el ataúd, dicen le vino a ver su hijo el Rey nuestro Señor, y le estuvo mirando atentamente, que había bien qué mirar y aprender. Los religiosos, en el punto que expiró, le comenzaron a decir Misas en el convento y colegio, por todos los altares de aquella iglesia. Testigos son todos los de la Casa Real que las oyeron, de la muchedumbre de lágrimas que en ellas se derramaron, y apenas podían pasar adelante en lo que hacían.

Salían muy del corazón, porque con la misma abundancia derramaran por él muchas veces su sangre. Dijo luego el convento una Misa de *Requiem*, cantada a la hora que se dice la mayor. Hizo el Oficio el prior, y bajamos a decir el responso a la mesa de las gradas del altar mayor, porque aun se estaba el cuerpo en su aposento. A la tarde, después de las Vísperas de la Cruz, se dijo una Vigilia en el coro, con el responso, en el mismo lugar del otro. Y a las seis de la tarde, dichas las Completas, se juntaron todos los caballeros y religiosos en la iglesia; estaba ya en medio de la sacristía una mesa grande, cubierta con alfombras, y encima un dosel de brocado. Entraron en el aposento Real los caballeros y trajeron el cuerpo a la misma sacristía, acompañando los frailes con cirios en las manos, cantando en tono bajo el salmo *De profundis* y otros respuestas a este propósito. Los caballeros comenzaron a mover el cuerpo para sacarle por la puerta del aposento Real que cae a las espaldas del relicario de nuestro padre San Jerónimo; y era tan pesado el ataúd, por la caja de plomo que tenía dentro, que aunque se juntaron muchos no pudieron levantarle de tierra, y fué necesario les ayudasen algunos religiosos, en que no se tardó poco tiempo. Puesto en la mesa de la sacristía, le velaron e hicieron la guarda allí los monteros, y con ellos otros religiosos.

El lunes, luego de mañana, vino a la sacristía el Rey Don Felipe III con todos los caballeros de su Casa, cubiertos de luto. Juntáronse también el Convento, Colegio y Seminario; todos con velas encendidas. Vistióse el Arzobispo de Toledo para hacer el Oficio y decir la Misa; fueron diácono y subdiácono dos religiosos antiguos. Comenzaron a mover con el cuerpo Real de la Sacristía; salieron por la puerta del zaguán de ella al claustro principal, y dieron la vuelta por todo él hasta entrar por la puerta de las procesiones en la iglesia, cantando siempre, o, por mejor decir, llorando los frailes los respuestas acostumbrados y haciendo el oficio de huérfanos de este difunto. Los caballeros que llevaron el cuerpo fueron muchos, y están especificados por sus nombres en otra parte; no hay



necesidad de repetirlos; y aunque eran tantos, tuvieron necesidad del socorro de los religiosos, así para llevarle por el claustro como para subirle y bajarle del túbulo que estaba hecho en medio del cuerpo de la iglesia. Estuvo Su Majestad el Rey nuestro Señor junto al cuerpo de su padre, detrás del túbulo, todo el tiempo de la Misa y responsos, con todos los demás caballeros. Acabado el Oficio, se llevó el cuerpo a poner en la bóveda, donde están sus padres y las demás personas Reales, acompañándole hasta dejarle en su propio lugar el Rey su hijo, mirándolo y advirtiéndolo todo. Por su mandado, el Marqués de Denia, que era ya su Caballerizo mayor y del Consejo de Estado, hizo la entrega del cuerpo de Su Majestad al prior y Convento de San Lorenzo, dando fe de ello Jerónimo de Gasol, Secretario de Estado. Está el ataúd asentado entre el Emperador su padre y el de la Reina Doña Ana, su última mujer, madre de nuestro Rey Don Felipe III.

El martes siguiente dijo la Misa el Vicario, y el miércoles, el Rector, y así se fué cumpliendo por su antigüedad el septenario de sus exequias, porque él mismo mandó que se hiciese el mismo Oficio que se hace por un religioso. El sábado, que fué el séptimo, tornó a decir la Misa el prior, y predicó el padre fray Antonio de León, religioso de este convento. Confieso que aunque el prior me había mandado que predicase, que no tuve ánimo, ni me atreví, y así le rogué dos días antes que supliese mi falta. Luego, el día siguiente del entierro, que fué martes, llegó aquí el Presidente del Consejo Real, Rodrigo Vázquez, y mandó Su Majestad que se abriese el testamento y codicilo que dejaba su padre; leyóse todo en su presencia y de muchos de su Cámara, hallándose presente el prior del convento, con algunos religiosos.

Del testamento, por no ser cosa que toca a mi propósito, no tengo que hacer memoria. El codicilo postrero es todo acerca del asiento de esta Casa. Y por ser el remate de su fundación, daré una sumaria noticia de los principales puntos. En la primera cláusula, después de las generales, quiere y manda que por su devoción, y en

reverencia del Santísimo Sacramento, hayan de estar continuamente dos frailes delante de él rogando a Dios por su alma y por las de sus difuntos, todo el tiempo que no se gastare en los Oficios divinos, en el coro y en la iglesia, porque quiere que este tiempo entre en cuenta de esta oración, y las demás horas de entre día y noche se esté en oración perpetua. Donde se muestra bien la fe y devoción ardiente de este santo Príncipe con el Santísimo Sacramento, que con tanto fervor quiso en vida y en muerte, por sí y por sus religiosos, estarle siempre loando, adorando, sirviendo y que ardiese continuo el fuego de su piedad en el acatamiento divino.

Tras esto quiso que se hiciesen dos aniversarios perpetuos, en el día de su nacimiento, uno, y el otro, en el de su muerte; vísperas, nocturnos, Misa y responsos, cantado todo; y en el día de su muerte hubiesen perpetuamente sermón y otra gran cantidad de Misas, que en aquellos días y en el discurso del año se dicen por su alma, y que todas las veces que en el coro se rematan las Horas Canónicas con la Salve u otra antifona de Nuestra Señora, se le diga un responso rezado, o en tono, y lo mismo digan los colegiales cuando acaban sus maitines, y los niños del Seminario, en acabando la Salve que dicen cada día cantada en la iglesia, allende de una Misa cantada, con su responso, por su alma; en acabando la Prima, por el Emperador y por la Emperatriz, sus padres, y por la Reina Doña Ana, madre de nuestro Rey Don Felipe III, manda que también se hagan otros dos aniversarios de la misma forma por cada uno, en los mismos días de sus nacimientos y muertes, sin otras misas rezadas y capellanías por el discurso del año. Por las otras tres mujeres suyas, la Reina Doña Isabel, la Reina Doña María y la Princesa Doña María, otros tres aniversarios de la misma manera, en los días de su fallecimiento, sin otras misas y capellanías por el discurso del año. Por el Príncipe Don Carlos, su hijo, y por las dos hermanas del Emperador; Reina de Francia y Reina de Hungría, sus tías, y por la Princesa de Portugal Doña Juana, y por la Emperatriz Doña María, sus hermanas, por cada una su



aniversario de la misma solemnidad y forma que los pasados, con los responsos y Misas en el mismo número. De suerte que sin la oración perpetua y responsos perpetuos, quedan mandados hacer en este convento diez y seis aniversarios de personas Reales y siete mil trescientas Misas de capellanías perpetuas, sin la del alba, que se dice cada día cantada, y la de *Requiem*, después de Prima, con solemnidad de ministros; y la Misa mayor, que todo en junto hace una carga gravísima, añadiéndola a un modo de vida cual la de la Orden de San Jerónimo, que de suyo es harto grave y recogida para quien no la abraza con mucho fervor y gusto de espíritu. Todo se lleva suavemente por el amor de un Patrón y Fundador a quien tanto debe este convento y la religión toda.

Para que hubiese número de frailes que pudiesen cumplir con todo esto y conservar tan ilustre memoria en la grandeza de coro y observancia en que está puesta, fuera de la dotación que vimos cuando se trató de la consagración de la iglesia, añadió en este codicilo otras heredades y dehesas, porque allí prometió (y el Rey nuestro Señor, que ahora os lo dijo en su nombre, haciendo las partes de su padre) añadir otras nuevas rentas, para que esta iglesia consagrada quedase con dote digno de esposa de tan alto Rey; de suerte que lo que allí se prometió en aquel contrato, entre el Rey Don Felipe II y el Príncipe Don Felipe, su hijo, de una parte, y Dios y su Iglesia y este Convento, de otra, siendo el Nuncio de Su Santidad el Juez ante quien pasó tan grave contrato, eso mismo cumplió el Rey en este su último codicilo. Añadió, pues, a la dote allí especificada las dehesas del Campillo y Monasterio, algunos pedazos de tierras y dehesas que lindan con las del Piul, con las dehesas de Pajares y Palomarejo. Mandó también que se acabasen algunas obras comenzadas, como los relicarios, los bultos y figuras de bronce de su entierro, y del de su padre, y que le diesen a la Casa cincuenta mil ducados muertos, sacándolos de la fábrica, que iba corriendo por dos años, y que éstos estuviesen siempre en depósito, y de ellos se socorriesen las necesidades que se ofreciesen, y luego se

tornase allí lo que se sacase. Una manda de mucha utilidad, para que no se malograsen las rentas y anduviese descansada la Casa. Para el sustento de la sacristía, que, como veremos, es la mejor que debe de haber en la Cristiandad, aplicó el Oficio de la Imprenta de las Bulas de Toledo. Para el reparo y fábrica de tan grande Casa, templo, claustros, Casa Real y Oficinas de ella, dejó unas dehesas que llaman Los Guadalupes, engañado grandemente por los que trataron esto, haciéndole creer que valían más de diez mil ducados, no valiendo tanto, con mucho; y éstos tan llenos de pleitos, que es ahora lo mismo que nada. De suerte que en lo principal en que puso los ojos, en la conservación de tan hermoso cuerpo, que tanto había costado en levantarse y crearse, allí cayó toda la falta, por fiarse de sus ministros. Para que también se sustentasen los jardines y fuentes y otras cosas de esta suerte, que adornan y hermocean grandemente los contornos de esta Casa, donde las personas Reales tienen algún justo entretenimiento y recreo cuando se vienen a retirar aquí algún tiempo, aplicó algunas dehesas que están junto a Aranjuez, que se llaman Gózquez y San Esteban; de suerte que cuanto fué de su parte, lo dispuso y proveyó, con la prudencia que en todos sus discursos tuvo, como cosa que estimaba y quería tanto, sino que ni faltó quien le estorbase después de muerto, o le engañase viviendo; y todo pudo ser sin malicia, entendiéndose que acertaban. Dejó también mandado en otra cláusula que las cátedras del colegio, que las han leído siempre personas seglares, las leyese religiosos de la misma Orden, echando de ver, aunque tarde, que los que hasta allí le habían aconsejado otra cosa no habían mirado bien el aprovechamiento de los religiosos, ni su buen nombre. Estas y otras muchas cosas dejó ordenadas en su último codicilo el piísimo Rey, y en su testamento quedaron otras de mucha piedad y limosna. Ya parece que se va como heredando, que los testamentos de los Reyes son los que más tarde se cumplen, y podrían, con razón, los que hoy viven escarmentar en cabeza ajena y llevarlo hecho delante.



Leído todo esto en presencia de Su Majestad el Rey Don Felipe III, que lo escuchaba con sereno semblante, mostrando gana que se cumpliese todo; el miércoles siguiente, 15 de septiembre, partió de aquí para Madrid. Antes que partiese, mas el mismo día que murió su padre, lo primero que hizo el nuevo Rey, heredando con los Reinos también la piedad, fe y obediencia a la Iglesia, fué dar noticia al Papa de lo sucedido, con una carta llena de majestad y prudencia, que, aunque esté puesta en otra parte, es bien que se traslade en muchas, porque dure para siempre, junto con el sentimiento y palabras que el Sumo Pontífice dijo en el Consistorio de los Cardenales.

La carta de nuestro Rey es ésta:

«Santísimo Padre: Dios ha sido servido llamar para sí al Rey mi Señor; confió en la divina misericordia, que ha hecho grandes alcances, conforme a su vida y la muerte. Yo, por la pérdida de un tal padre, no hallando consuelo en ninguna de las cosas que me ha dejado, acudo a Vuestra Santidad para que me reciba por su hijo obediente, y de esa Santa Silla; de que suplico a Vuestra Santidad, por ahora, hasta tanto que llegue allá la persona que ha de hacer este oficio, que Vuestra Santidad me alcance de nuestro Señor su luz para que me gobierne con el celo de la religión y justicia que deseo haber heredado de mi padre, que esté en gloria. Guarde nuestro Señor a Vuestra Santidad, para gran bien de su Iglesia, como deseo. — De San Lorenzo, a 13 de septiembre de 1598.—Humildísimo hijo de Vuestra Santidad, *El Rey*»

Recibida esta carta, y mostrando con ella gravísimo sentimiento, por la pérdida de tan singular columna y amparo de la Iglesia, aunque se templaba con la nueva y santa obediencia de tal hijo, juntó el Papa Consistorio el 9 de octubre, y en él hizo una plática a los Cardenales con palabras graves y llenas de sentimiento; holgara yo tenerla en propia forma; en suma, y como otros lo han referido, dijo: «Que si en algún tiempo la Santa Sede Apostólica

tólica tuvo ocasión de dolerse y mostrar sentimiento, era en ésta, por causa de la muerte del Rey de España, que había muerto el 13 de septiembre, en su Casa y Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, dejando a todos justa causa de dolor por una pérdida tan grande, y mucho más a él, por el amor que le tenía y la estimación y caso que hacía de él, y con mucha razón, considerando la devoción y obediencia que siempre le había mostrado.» A este propósito se alargó Su Santidad, declarando y refiriendo en particular las grandes partes y virtudes de Su Majestad, diciendo que no se había conocido Rey más prudente, ni más sabio, ni más amador de justicia, ni de guardarla a cualquier género de personas, aunque fuesen muy pobres y de lo más bajo del pueblo; ni ninguno más paciente, sufrido y constante en las adversidades, mostrando esto y echándolo todo el mundo de ver en la pérdida de tantas y tan queridas mujeres, y de tantos hijos queridos, Príncipes jurados y herederos. Y junto con esto, ninguno de los pasados supo usar ni aprovecharse con más prudencia en los casos prósperos y felices que tuvo, ni se conoce quien haya sido más reverenciado y querido de los suyos, y temido de los extraños y enemigos; ni quien tan bien ni con tanta igualdad supiese hacer mercedes y repartir lo que de Dios había recibido, sin cargar unos de mucho ni dejar a otros desnudos. Y como también se parecía bien a las provisiones y presentaciones de las iglesias y Obispados, pues entendiendo cuánto importaba al servicio de Dios que fuesen personas de méritos para ellos, siempre los había nombrado sin ningún otro respeto, mas de el que sus méritos y partes traían consigo, si no le engañaban los que hacían las relaciones, que pudo acontecer algunas veces en discurso de tantos años y de tan varios ministros. Y lo que más se ha de estimar, tan cristiano y católico, que las obras y palabras convenían muy bien al nombre que tenía, y por tantas razones se le debía; que de esto postrero toda la Cristiandad era buen testigo, pues por conservar la Fe Católica, la obediencia a la Santa Silla de San Pedro, no solamente en España, adonde a cualquier es-



torbo Su Majestad (dejando otras cosas, aunque de importancia) acudía e intervenía con su persona, castigando a los delinquentes de tal manera que aquel Reino se ha conservado limpio y tenido en la Cristiandad, que todos sabrán; pero también en todos los otros sus Reinos y Estados, donde jamás había querido admitir ni permitir libertad de conciencia, aun con grandísimo daño de sus bienes y rentas. Y porque quiso reducir a la Fe Católica y a la obediencia de esta Santa Silla los vasallos también de otros, empeñó todo su patrimonio Real, y gastó en esta obra los grandes tesoros que le venían de las Indias, con una suma grande de dádivas y mercedes que sacó de los Reinos de Castilla en el mucho tiempo que tuvo el gobierno. De donde infirió que toda la vida del Rey fué una continua pelea contra los enemigos de la Fe y de la Iglesia Romana, desde el día que comenzó a reinar hasta el punto en que murió. Dijo también que cuanto al celo y religión de Su Majestad, ninguno (excepto los que están puestos en la lista de los santos, y gozan ya de Dios en aquella bienaventuranza sin fin) se podía comparar con él, que fué extremado encarecimiento, o justa alabanza de un tan gran Pontífice. Remató la plática diciendo que entre tanta pérdida y en un tan universal trabajo y daño, de dos cosas recibía consuelo: la una era considerar la Cristiandad, y una conformidad tan grande con la voluntad divina, con que le escribían había pasado de esta vida, de donde le nacía una muy cierta esperanza que estaba en el cielo gozando del galardón eterno, merecido por haber servido, viviendo y muriendo, a la Majestad Divina. La segunda, por haber dejado un hijo y heredero de sus Reinos tan semejante a él en los hechos como en el nombre, de quien tenía también una gran esperanza que había de conservar, mantener viva la santa y buena memoria de su padre; de suerte que no pareciesen sucesión, sino una renovación admirable, y que en sus oraciones y sacrificios ya tenía encomendado con todo su corazón a Dios a padre e hijo, y encargaba a todos hiciesen lo mismo, satisfaciendo y cumpliendo con la obligación que tenían, al uno, por las obras pasadas; y al

otro, por lo que se ofrecía de hacer, como lo prometía en una carta que le había escrito de su propia mano, que, aunque breve, era muy significativa y llena. Acabando de decir esto, hizo llamar a su Camarero mayor y le mandó la leyese en voz alta; escuchóla todo el Consistorio con mucha alegría, viendo tanta obediencia y pureza de una fe limpia. Dijo en el remate de este Consistorio el Pontífice que, para determinar el día en que se habían de hacer las honras y ceremonias acostumbradas, y tratar del recibimiento de la Serenísima Reina Margarita, nombraba los tres Cardenales de las Ordenes y los de la Junta de las Ceremonias, y a sus dos sobrinos, y así acabó. Su Majestad, como dije, partió de aquí el miércoles, entre las tres y las cuatro de la tarde; durmió aquella noche en Torrelodones; íbase ya descubriendo otro nuevo mundo, dando un vuelco grande, como suele, con sus cosas. Llegó a Madrid, y retiróse en el Monasterio de San Jerónimo, donde estuvo hasta el día de San Lucas, en que se celebraron con grandísimo aplauso las exequias funerales del Rey Don Felipe II. Hallóse en ellas el Rey, la Emperatriz, su tía y abuela, y la Señora Infanta, con mucha cantidad de Prelados y señores del Reino que estaban en la Corte. Tornó aquí Su Majestad luego acabadas las honras. Vió la Casa, ya como Señor y Patrón de ella. Llegó al Campillo, y de allí al bosque de Balsain, y volvió aquí a tener la Fiesta de Todos los Santos y de los Finados, y luego partió, por la posta, a Madrid, que fué la primera que Su Majestad corrió. Allí se ordenó la jornada para Valencia, donde se celebraron las bodas con la Reina nuestra Señora. No es de esta historia, ni de mi profesión, referir la majestad y magnificencia con que se solemnizaron, sujeto para más altos historiadores. Entraron aquí Sus Majestades, Rey y Reina, nuestros Señores (que no se sufre callar esto), luego en viniendo de aquellas jornadas y fiestas, el mismo año de 1599, otro día después de las Octavas de nuestro Patrón San Jerónimo. La Reina nuestra Señora recibió mucho gusto en ver la Casa; anduvo con sus damas todo lo más principal de ella. Esto es lo que me ha pare-



cido advertir de la fundación y sucesos de este Convento, con las cosas más notables que aquí le acaecieron a su Fundador y personas Reales: la dotación y estado en que queda. Diré ahora las partes del edificio, que no será poca dicha si acertare a ponerlas delante de los ojos de quien desease verlas.



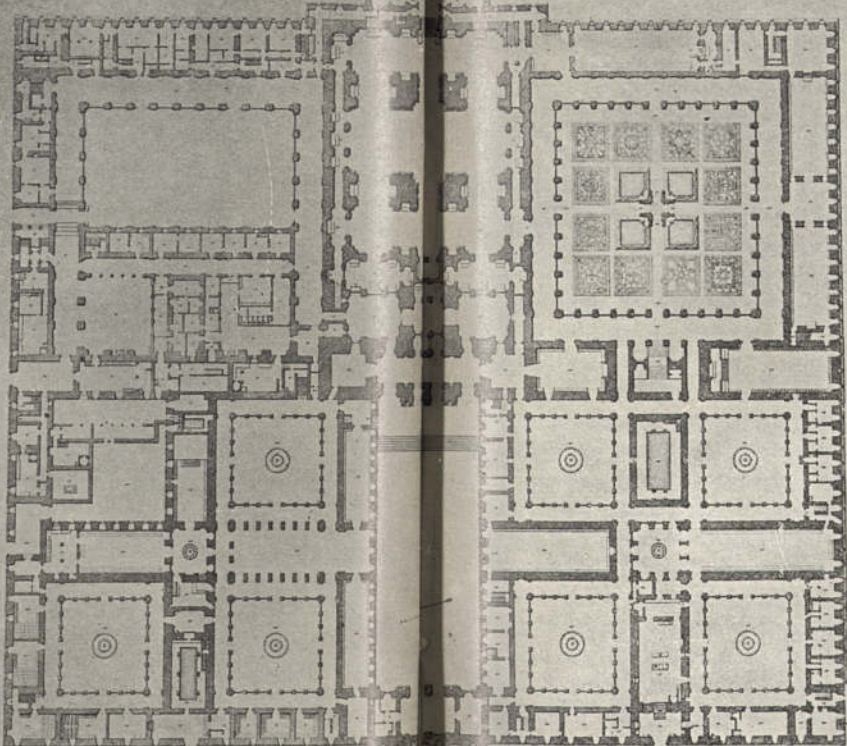
# MONASTERIO DE ESCORIAL.



FACHADA OCCIDENTAL.



EL MONASTERIO A VISTA DE PAJARO.



PLANTA GENERAL DEL EDIFICIO.

Planta baja y general del edificio.





## SÉGUNDA PARTE

### DISCURSO PRIMERO

*Las cuatro fachadas principales de fuera de este edificio.*

**Q**UISIERA tener más entera noticia de la arquitectura, para satisfacer en esta última parte a todos: a los que profesan el arte y a los que, no curando tanto de ella, sólo se contentan con lo que les dicen los ojos. Difícil cosa será poner delante de los ojos de los unos y de los otros esta fábrica, de suerte que iguale la pluma a lo que tiene publicado la fama, y a la admiración que causa con su vista, porque es imposible iguale a lo vivo lo pintado, y a lo que se ve así de improviso de una vez, y junto, a lo que se ha de ir mostrando poco a poco, por partes y a remiendos. Podré también decir aquí lo que nuestro Español Mela dijo en el proemio de su Geografía. Una obra emprendo embarazada y poco capaz de elegancia. Tan buena fuese mi dicha que le pareciese yo en algo, no sería pequeño premio de mi trabajo. Dije ya con el principio de la fundación algo del sitio y asiento, comodidades y calidades, y mucho de lo que tocaba a la planta, lo que se mudó y alteró del primer pensamiento, así del trazador y arquitecto principal, Juan Bautista de Toledo, como del Dueño y Señor; las razones que hubo para una y otra mudanza. Advertiré aquí ahora que el segundo maestro, Juan de Herrera, discípulo del primero, y el que ejecutó lo principal hasta el cabo, hizo unos diseños (lla-



mémoslos estampas, o dibujos, o como quisieren) de todo este edificio, en que quiso se viesen claros todos sus miembros. Las plantas baja y alta, toda la montea y perfil del edificio, parte en perspectiva, parte en simple visión, en que se imagina el ojo tan grande como la cosa vista, y otras secciones y cortes de toda la casa, templo y claustro, que, para quien entiende el arte, son de grande deleite y provecho, donde con facilidad se conocen los gruesos, medidas, número y proporción de las piezas, paredes, puertas, ventanas, y a los que no lo supieren, si los juntan con esta historia les harán mucho al caso, y por ellos podrán verificar lo que aquí se fuere diciendo. También será menester que desde luego me perdonen los vocablos desusados, nuevos en nuestra lengua, que por ser tomados de la propiedad del arte, ni se excusan, ni tenemos otros con que decirlos, aunque no soy yo el primero; no es mucho padezca esta falta nuestra lengua castellana, pues la padece la latina o romana, que es como la madre, de donde se llamó romance; y así le fué forzoso al maestro de la arquitectura Vitrubio Polión usar a cada paso de voces griegas o bárbaras, de donde este arte trae su origen (negocio largo de averiguar), y excusarse en Roma de lo mismo que yo me excuso en Castilla. Y aunque supo tan bien el arte y la lengua latina, que en aquel género ninguno le iguala, con todo es uno de los libros difíciles que nos ha dejado la venerable antigüedad, por la razón del arte y de los nombres. Procuraré con todas mis fuerzas ablandar la dureza de lo uno y de lo otro, y humillaré con los vocablos nuestros, caseros, cuando los hallare, la novedad o grandeza de los griegos y latinos, para que todos lo entiendan. Son pocos los que han tomado de propósito todas las partes de las fábricas antiguas, que tienen lleno el mundo de su fama, y cuando lo hubieran hecho, y yo quisiera imitarlos (que lo hiciera de buena gana, si supiera), no sé de ninguna en quien (como toqué en la primera parte) se hallen tantas diferencias de cosas juntas, tan bien atadas y para tantos y tan diversos menesteres; todo esto servirá de mucho para excusarme. El orden que pretendo guardar

en este discurso será el mismo que llevan los que llegan aquí de nuevo a ver esta fábrica, y haré lo mismo que si la fuera mostrando.

Lo primero que se pone delante ya se ve que es todo este cuerpo junto, y aquella belleza y buen orden que les enamora la vista, alegra y ensancha el alma, viendo un cuadro tan alto, tan hermoso, igual, bien labrado; tantas torres, chapiteles, cúpulas, cimborrios, pirámides, ventanas, puertas, remates, bolas, cruces y frontispicio, que los deja en admiración, con la extrañeza de una cosa no vista en España, donde ha estado tanto tiempo sepultada la verdad y la grandeza de la buena arquitectura. Vanse llegando más cerca; imaginemos que quieren dar primero una vuelta por fuera, y quieren ver los cuatro lienzos o fachadas que la rodean. El principal y el de mayor adorno es el que llamamos del pórtico, que mira al Poniente, donde está la entrada general para todos, porque siendo Monasterio y templo, y al fin casa hecha para el servicio y culto divino, fué necesario guardarse este orden, y se entrase en ella, caminando de Poniente a Oriente, tradición antigua en la Iglesia, y San Clemente la pone entre las Apostólicas. El templo de Salomón y el tabernáculo de Moisés miraban al Occidente, y así tenían la entrada a la parte oriental, donde estaba el vestíbulo. La razón de esta diferencia no es una, los santos dan muchas; bastará decir ahora que, como desterrados del Paraíso, que estaba en Oriente, caminaban los hombres al Occidente de la muerte, porque no estaba abierta la puerta del Paraíso, y todos bajaban a aquel reino obscuro, aunque a diversos aposentos, o de perpetua muerte, o de cierta y segura esperanza, hasta que vino el Señor de la luz, que se llamó Vía, Verdad y Vida. Y puesto en el árbol de la Cruz, que, como dice San Juan Damasceno, miraba a Occidente, como llamando a los que huían, volvemos el rostro a él, y reconociéndole por autor de nuestra vida, caminamos por él, y para él, de Poniente a Oriente. Así de común acuerdo todos los Padres Santos de la Iglesia quieren y mandan que el altar mayor, que es como la proa de esta nave (así se



llama la Iglesia en la lengua griega, nao), esté a Oriente; y puesto allí el árbol principal, y la entena de esta nao, con su vela (la Cruz y el cuerpo de Jesucristo), miremos orando al que tiene por nombre Oriente, sol y luz de la Iglesia y de todos los hombres. Aun los gentiles dieron también sus razones para poner los templos de sus dioses vanos de esta manera, como lo enseña el maestro de la Arquitectura Vitrubio (1). Tan forzoso fué poner la puerta principal de todo este templo a Poniente, que quisieran algunos estuviera a Oriente, y que aquella fuera la fachada y puerta principal. Tiene este lienzo de Poniente de esquina a esquina, y de torre a torre, setecientos cuarenta pies; el pie es una tercia de vara castellana, que tiene cuatro palmos, y cada palmo cuatro dedos, y cada dedo cuatro granos de cebada ladilla, que es la última resolución, y el indivisible, hablando filosóficamente, a que se reduce la medida de la cantidad continua, y de este pie iremos siempre hablando en las medidas, porque con él están hechos los diseños o estampas y todo el edificio. Tiene este lienzo dos torres a los extremos, con sus chapiteles de pizarra, harto hermosos, que se rematan en sus bolas doradas y cruces, mucho ventanaje, pasamanos y almenas o acroteras con sus bolas. En medio está la puerta principal, que es una suntuosa fábrica; resalta de plano del perfil derecho de la pared un podio o poyo, o pedestal (multiplico estos vocablos para que todos lo entiendan), del más fino y blanco grano de piedra, que tiene ciento treinta y ocho pies de largo, y una vara de alto; sobre él se levanta un orden de columnas dóricas con sus basas y capiteles a la misma piedra, cuatro de cada parte, de dos en dos pareadas, haciendo sus intercolumnios de buena gracia y proporción. En la parte más baja hace un nicho, donde los antiguos solían poner sus estatuas, y nosotros también ponemos nuestros santos; y cuando están estos encajamientos vacíos, que no tienen nada, se llaman propiamente nichos; encima de cada una están dos ventanas, una encima de otra,

(1) Vitru., lib. IV, cap. V.

que ocupan todo el largo de los intercolumnios. Las columnas no son enteras, sino medias cañas. La altura toda es desde el zócalo o plinto que asienta en el podio, con la baja columna y capitel, alquitrabe, friso y los canes y todos los demás miembros de la cornisa y corona tienen cincuenta y seis pies de alto, porque viene a juntarse y rematar este primer orden dórico con la corona y remate que corre por todo el cuadro de la casa en derredor, que desde el suelo firme tiene sesenta pies de alto por las dos partes del Poniente y Norte.

Sobre este primer orden dórico se levanta luego el orden jónico, harto bien entendido, y el uno y el otro con mucho primor labrados, porque parecen los perfiles y boceles y todas las líneas de los remates como labradas en plata. Las columnas sobre sus pedestales tienen el mismo relieve que las de abajo, fingiendo que entra la media columna en la pared, y la otra media sale fuera. Sobre las dos columnas extremas de los dos lados, que están en el orden dórico, no responden columnas jónicas, sino unas pirámides levantadas sobre sus pedestales, que le dan mucha gracia. De suerte que en este orden segundo no hay más que las cuatro columnas de en medio. Encima se remata con frontispicio y tímpanos, acroteras, o llamémoslas almenas, con sus bolas, que responden a las columnas conforme lo pide el arte. En el intervalo del primer orden dórico está la puerta principal; tiene en ancho doce pies, y proporción doble en alto, que son veinticuatro; las dos jambas con sus tresdoses, lintel y sobrelintel son todas piezas y piedras enteras cortadas de una misma peña, y por ser de tan notable grandeza fué menester para traerlas de la cantera hacer un carro fortísimo, que le tiraban cuarenta pares de bueyes, trayéndolas una a una. El lintel, por ser tan grande la distancia y el hueco, quebró por medio, aunque se echa poco de ver, ni se teme de falsa, cosa que la tenía ya advertida Vitrubio (1), cuando trató del ancho o hueco que había de haber de una columna a otra, aunque no cargó el sobre

(1) Vitru., lib. III, cap. II.



lintel sobre el principal con grueso de un dedo pulgar, sino que hendió con su mismo peso. Encima tiene su capirote, harto agraciado, y sobre él una ventana de la proporción de las otras, que son de cuatro pies de claro, y a los dos lados de ella dos parrillas de San Lorenzo, hechas en la misma piedra. En el mismo derecho, y en el claro que responde a éste, en el orden más alto, están las armas reales, esculpidas de buen relieve en la misma piedra, humildes y modestas, que parece las puso allí de mala gana su dueño, y así no hay otras en pared ni puerta ninguna de toda la casa, sino es en los entierros y sepulcros reales, como veremos en su lugar, ni son menester, porque de la grandeza de la fábrica muestra que no pudo tener otro Señor; y para argumento grande, que no hubo movimiento de vanagloria en el pecho de tan grande Príncipe. Encima de ellas, y para mostrar quién es el Patrón de tan ilustre edificio, está la figura e imagen de San Lorenzo, de una piedra muy blanca, puesto en pie en un nicho, obra de Juan Bautista Montenegro, estatuario, natural de Toledo. Tiene la estatua quince pies en alto, vestido de diácono, un libro en la mano izquierda, y en la derecha unas parrillas grandes, de bronce, doradas a fuego, que da mucho adorno y ser al frontispicio. Fíngese que arrima toda esta fachada al lienzo o pared principal de la casa que viene corriendo de una torre a otra. En el medio se levanta la pared treinta pies más alto de la cornisa, o corona de todo el cuadro, por espacio de doscientos treinta pies en largo; y aquí en este cuerpo arrima, o como si dijésemos apoya toda esta fábrica de la portada, con tanta majestad y grandeza, que pone admiración siempre que se ve, y siempre se hace nueva y nos detiene a que la estemos mirando y admirando. A los dos lados, en medio de los espacios que hay desde este pórtico a las torres, hay otras dos puertas harto hermosas y de buen adorno. A los lados suben dos pilastras cuadradas, hasta la cornisa; las dos extremas se rematan con su acrotera y bola grande encima; las dos de adentro suben haciendo sobre todo el edificio otros dos frontispicios; en medio, una ventana

grande, y encima, su témpano y acroteras, y los mismos remates, que todo hace una vista de majestad y grandeza. Las puertas tienen de claro diez pies en ancho y veinte en alto; jambas, trasdoses, linteles y sobrelinteles todos de piezas enteras, labrados con tanto cuidado que no falta sino el pulimento. Tienen también capirotes o coberturas, y encima de ellos dos ventanas grandes, rasgadas, de arco, una encima de otra, con que se ocupan los ochenta pies que se levantan estos frontispicios, con otros adornos de nichos y tondos y fajas que los hermocean. Estas tres portadas hacen de gran majestad y vista este lienzo, acompañándole las torres de los extremos en buena proporción, porque se levantan desde el suelo de este paño hasta las cruces de los capiteles, más de doscientos pies en alto. La portada principal, hasta las bolas del frontispicio, tiene ciento cuarenta; y estas otras dos de los lados, que la una sirve a la cocina del Convento y hospedería, y la otra al Colegio y Seminario, cien pies en alto cada una.

Adorna también mucho todo esto el zócalo que corre por lo bajo, y la cornisa de lo alto, que es muy bien considerada en su proporción y vuela sobre unos canes o modulones de papo de paloma, que le dan harta gracia. Por en medio, a los treinta pies, corre una faja con su bocel, bien labrada, que lo ciñe todo, atando las fajas o pilastras que suben de abajo a arriba, que lo acompañan y hermocean, partiendo y dividiendo el ventanaje, dejando tres órdenes de ventanas en lo bajo y dos en lo alto, con extremada proporción.

Las ventanas y puertas, con los nichos de este lienzo, son doscientas veinticinco; y túvose consideración en no multiplicar aquí el ventanaje, porque es el que azota más el aire de Poniente, que, como dije, es todo el azar o padrastró de este sitio que, cuando falta, no hay ninguno más templado en las faldas de esta sierra; desquítase el sinsabor del invierno con la frescura que trae consigo el verano, y con que por él es esta casa muy sana, como lo han bien mostrado estos años, que no ha perdonado a otros más regalados puestos la peste. Los



que vienen ahora de Valladolid y de Avila, por encima de estos puertos gozan mucho de la vista de este lienzo, que no se pudo poner para el gusto de todos. El contrario de éste, que mira a Oriente, tiene los mismos setecientos cuarenta pies de torre a torre. Pareciera también éste muy galano, por los resaltes y salidas que hace del perfil derecho, si no le aseara el testero que está a las espaldas de la capilla mayor de la iglesia, que como su frontispicio sube tan alto sobre la casa y aposento real, y no tiene fajas ni pilastras, ni ventanas, ni otros adornos ni compartimientos, sino un paredón desnudo, y todo lo demás está tan acompañado y vestido, hace una vista desgraciada y fría. No sé qué fué el intento del arquitecto, si ya no es que las espaldas de los templos no sufren estos adornos. Las salidas y resaltes que digo hace este lienzo son tres. La primera y menor sirve para dar lugar a unos tránsitos por la sacristía, y para las bóvedas bajas y aposentos reales. La segunda tras ésta es mayor; sirve para que los aposentos reales, de una parte y otra, abracen la capilla mayor y desde ellos y desde los oratorios se goce muy de cerca la Misa y los Oficios divinos, aun desde la misma cama, cuando están enfermas las personas Reales. El tercero, y que hace casa con patio, saliendo más hacia la parte oriental, es todo el cuerpo del aposento real. De suerte que, contados estos resaltes y salidas, tiene esta fachada más de mil cien pies, como parece en la planta.

Los que tuvieren alguna experiencia no se maravillarán si hallaren menos puntualidad en estas medidas y pitipiés, que no hay ojos ni puntas de copas tan agudas que no falten muchas veces. Los que no han probado qué es esto, no se les dará mucho de esta precisión.

Advierto esto de una vez, para que no piensen es falta de cuidado. Estas diferencias y resaltes hermocean mucho esta fachada, y el mucho ventanaje que tiene la ayuda a parecer mejor, porque, si no las he contado mal, son más de trescientas cuarenta ventanas.

Tiene por aquí otras tres puertas la Casa, aunque pequeñas, y de las que se llaman hurtadas: las dos en las

torres de las esquinas, y la otra en medio del aposento real, aunque también tiene junto a él otras dos de la misma suerte: una debajo de la sacristía, y otra al otro lado. El paño de lienzo que mira al Mediodía tiene de torre a torre quinientos sesenta pies, y parece el más hermoso de todos, aunque no tiene pilastras ni fajas, excepto la que corre en contorno de todo el cuadro a los treinta pies, y la corona de todo el edificio. La razón porque este lienzo enamora más la vista, se causa de la continuación y buena compostura de las ventanas, que tiene cinco órdenes de ellas, sin romperse ni desatarse con cosa alguna. En medio hace una señal de un pequeño resalte, donde se parte el claustro grande de los otros pequeños, y donde dije que en la primera planta se levantaba una torre. Las ventanas bajas que están al ándito y suelo de toda la casa, desde la torre que mira al Mediodía y Poniente hasta otra torre diametral que mira al Oriente y cierzo, tienen todas rejas enteras, porque son las ventanas rasgadas, y hacen gran hermosura. Son todas, en los dos lienzos, ciento veintiuna rejas de nueve pies de alto y cuatro y medio de ancho, y las otras ventanas de los treinta pies, por ser también abiertas hasta abajo, tienen parapetos o antepechos de hierro. El número de las ventanas de este lienzo, con las de los emparrados y torres, que así las he contado en esos otros lienzos, es de trescientas seis. En todo este lienzo de Mediodía, y en el que mira a Oriente, corre una cornisa pequeña que remata un pedestal o estribo que está debajo del suelo y ándito de la casa, que es de gran fortaleza y adorno, y desde ella hasta el suelo firme, que, como veremos, son jardines. En estos dos lienzos hay diez y ocho pies de alto donde se hace unas cantinas y aposentos bajos de mucho cumplimiento y servicio, y reciben harta luz con las ventanas que están debajo de esta cornisa, sobre que asientan las rejas. Diremos después en su lugar de lo uno y de lo otro. También hay en este lienzo otras tres puertas pequeñas, que desde estas bóvedas bajas salen a los jardines.

Los que vienen de Madrid o Toledo traen estos dos



lienzos de Oriente y Mediodía a la vista, que los recrea mucho, casi desde que parten hasta llegar aquí. El lienzo y paño del Norte, que responde a este del Mediodía, tiene la misma medida de quinientos setenta pies, porque, como dije otra vez, no es esta casa cuadrada, pues tiene por el Levante y Poniente más que por el Mediodía y Norte, ciento setenta pies. También advierto aquí, para verificar lo que dije de la poca puntualidad de los pitipiés, que en la planta primera y general tienen estos lienzos de Mediodía y Norte quinientos ochenta pies, que son diez pies más que los que señala en la monteada y perfil, con el pitipié que le pone, porque no son más que quinientos setenta.

Este paño del Norte tiene buen adorno por las tres puertas principales que hay en él. La primera sirve al patio de Palacio y Casa de la Reina y caballeros; la otra, que está en el medio, sirve a las cocinas y otros oficios de la Casa Real, y la tercera, al Colegio. Tienen de ancho diez pies, y veinte de alto, con sus jambas, linteles y sobrelinteles y estipes, o trasdoses de piezas enteras con sus capirotes, que se sustentan en los modillones que hacen remate en los estipes. Está muy bien labrado todo el paramento, y corren de alto a bajo sus pilastras, que se rematan, atan y hacen obra con el zócalo bajo, faja y cornisa alta: de suerte que ningún lienzo está con tanto cuidado labrado. Por estar al cierzo, fué necesario no tuviese tantas ventanas, y así no tiene sino ciento setenta ventanas, aunque pocas veces habitan aquellos aposentos en tiempo que haga mal el cierzo, pues no acostumbran venir aquí los Reyes sino en verano, cuando este aire es saludable y se desea. De suerte que las ventanas de todos los cuatro lienzos, con las cuatro torres de las esquinas y las cerceras de los tejados y de los capiteles de las mismas torres, en fin, todas las que se ven por fuera antes de poner el pie dentro de los umbrales de la Casa, son mil ciento diez ventanas. El número de las que hay dentro, si se ponen en él también las puertas, será difícil de contarse; yo no he tenido paciencia ni cabeza para ello.

Los pies de vara que tiene el cuadro por el contorno de sus cuatro lienzos, son dos mil novecientos ochenta. Esto es lo que se puede advertir en las cuatro fachadas de fuera, sin tocar ahora en ninguno de los ornatos que tiene por el contorno: jardines, nichos, antepechos o pretilles, lonjas y plazas, y otros edificios.

Primero se ha de ver lo principal que vengamos a lo accesorio, aunque en sí sea de mucha consideración.

## DISCURSO II

*Lo que se ve entrando por la puerta principal del pórtico, el patio o atrio que está delante de la iglesia, la fachada de ella y torres de los lados con el vestíbulo.*

**D**OSTRADO hemos así en común y por fuera alguna parte de la grandeza y proporción de este edificio: ya nos vamos acercando a lo de dentro, para ver si responden y se miran las unas cosas a las otras. Luego, en poniendo los pies en los umbrales de la puerta principal, se comienza a descubrir una majestad grande y desusada en los edificios de España, que hacía tantos siglos que estaba sepultada en la barbarie o grosería de los godos y árabes, que, enseñoreándose de ella por nuestros pecados, apenas nos dejaron luz de cosa buena ni de primor, ni en las letras ni en las artes. Hemos hecho harto en sacudir de nuestros cuellos el yugo pesado con que nos oprimían, y por lo menos impedían que no se cultivasen los ingenios. Así, en pudiendo respirar, dió muestra esta nación que no tiene menos destreza y habilidad en los ingenios que fortaleza en los brazos, y que como se ha señalado entre todas las naciones viniendo a las manos con ellas, y la fuerza de la verdad y de las pruebas hace que ellas mismas lo confiesen, así en lo que toca a las artes y ciencias, cuanto parece que llegaron a ella tarde, quiere adelantárseles y ser la primera. Ninguna cosa había en España menos cultivada ni más bruta que el edificar, pues aun ahora, con tan ilustre dechado, apenas se desecha la ignorancia; y cuando no sirva de otra cosa este



trabajo, aprovechará para desarraigar esta (llamémosla así) selvaticuez. Entremos, pues, en buen punto por la puerta principal, desde donde digo se vislumbra luego una cosa grande. Lo primero se pisa un zaguán o pórtico común, que atraviesa desde la parte del convento a la del colegio, de anchura de treinta pies, y largo ochenta y cuatro; la bóveda es de cantería bien labrada; en el frente tiene tres arcos grandes, por donde se sale a un patio grande; respóndenle otros tres en la misma pared de la puerta por donde se entra, con sus pilastras de poco menos de medio pie de relieve, y encima de la cornisa que corre alrededor de todo el zaguán por los capiteles de las pilastras, sus lunetas encima de los arcos cerrados, que responden a los abiertos de frente. En los testeros de los lados, encima de la cornisa, están dos ventanas abiertas para los aposentos que allí se hacen, y debajo hay dos puertas cuadradas: la una para la procuración, y la otra para las aulas del colegio. Es este vestíbulo o zaguán un pedazo de arquitectura harto gracioso y bien entendido, sino que nadie repara en él, porque la vista de lo que se representa delante hace apresurar el paso. Salen, pues, por estos tres arcos grandes a un patio hermosísimo, donde da luego en los ojos la fachada y frontispicio de la iglesia principal, con sus dos torres altas a los lados, y por encima del mismo frontispicio se descubre la aguja y parte de la cúpula del cimborrio principal, que hace un efecto y mezcla extraña. Las grandes columnas e intercolumnios y arcos soberbios; las figuras y estatuas descomunales (aunque bien proporcionadas) de los Reyes; las cornisas fuertes y de grande vuelo; las pilastras, las gradas y tanto orden de ventanas por el contorno del claustro o patio, y todo con tanta puntualidad y correspondencia, causa en el alma novedad y admiración: parece que se ensancha y se recrea y engrandece, por la combinación o respuesta que dentro tiene, y reclama con las cosas puestas en arte, como le acontece con la música y pintura, y con otras cosas que tienen razón y medida, y con ninguna (a lo que creo) tanto como con la arquitectura; y por

estar ella hecha aposta para ser templo de Dios, como nos lo enseña en tantas partes la Divina Escritura, y en particular el Profeta Ezequiel, en aquella su altísima visión, cuando por revelación divina tan despacio y tan por menudo le mostraron las medidas y las partes de aquel templo que jamás lo vieron ojos de carne, ni cupo su misterio en corazón de hombres hijos de Adán. No sé adónde me arrebatava ya este templo del alma: quédese esto aquí intempestivamente dicho; en otro lugar se podrá tomar más despacio, para quien quisiere desengañarse.

Digamos, pues (como supiéremos), en particular las partes de esto que mostramos en confuso. Tiene este patio, que llaman los latinos *Atrio*, porque dicen que los de Etruria, en la Toscana, en una ciudad llamada Atria, fueron los primeros que los usaron, según Sexto Pompeyo,—los griegos no tuvieron atrios, porque no tenían noticia de la Santa Escritura, donde es tan frecuente este vocablo, por los patios y atrios del templo,—, tiene (digo) en largo, desde los arcos por donde se entra hasta las gradas por donde se sube al templo, ciento noventa pies, y desde la primera grada hasta los arcos de la fachada, cuarenta, que son todos doscientos treinta pies, y de ancho, ciento treinta y seis; de suerte que guarda el orden de la primera proporción que Vitrubio (1) quiere tengan los pórticos, porque no hay cosa, o son muy pocas, que no guarden en esta fábrica las reglas del arte, cuando alguna mayor necesidad o el uso de los moradores no lo impide. Las paredes de los lados (no tiene arcos en derredor ni cosa cubierta) están bien labradas de sillaría, con pilastras a trechos en buena proporción y entre las pilastras cinco órdenes de ventanas, unas sobre otras. A los quince pies corre una faja o media cornisa por el contorno, y en lo alto se remata con unos canes o modillones cuadrados, que sustentan el resalte de la corona, que todo es muy hermoso. Los dos testeros, el que responde al pórtico de fuera, que tiene en medio las libre-

(1) Vitru., lib. VI, c. IV.



rías alta y baja y atraviesan, o por mejor decir, atan las dos partes de la Casa, Convento y Colegio, y el que se ve de frente como entramos, que es la fachada de la misma iglesia, son una de las cosas bien entendidas y galanas que hay en este edificio. El de la iglesia, que es el principal, tiene cinco arcos muy grandes: los tres de en medio y por donde se entra al vestíbulo que está delante del templo, están entre seis columnas, y los otros dos de los lados, que están como fuera del orden de la fachada, son para entrar en el convento, el uno, y en el colegio, el otro; el claro es de catorce pies, y el alto en su proporción doble. El orden es dórico, porque ya saben todos que está tomado de la proporción y fábrica del hombre. Acostumbraron los antiguos hacer a los dioses más robustos los templos de este género de arquitectura, como para significar su fortaleza y valor, y así, en lugar de aquellos vanos dioses, Júpiter, Marte, Hércules y otros tales monstruos, la Religión Cristiana los hace y levanta ahora a los caballeros de Cristo que triunfaron del mundo, de sus tiranos y del demonio: Lorenzo, Esteban, Vicente y otros mil fortísimos capitanes. Las basas de estas columnas, capiteles, alquitrabe, friso, triglifos, metopas y canes, cornisa y corona, labrado como en plata, y todo tan bien repartido y de tan buenas proporciones miembros y cortes de las piezas, que puede aprenderse en ello cuanto en este orden se desea de perfección.

No hago tanta profesión de arquitecto, que me ponga a describir las medidas de todas sus partes; para los que quieren tratar del arte menudamente en los diseños o estampas lo podrán considerar y aprovecharse, aunque por ser la fábrica tan grande, no pudo dejar de ser menudito el pitipié; para los otros basta decir así por mayor las medidas que pueden mostrar la grandeza, sin descender a las cuartas, palmos y dígitos, que sería cosa pesada y de poco gusto. Sirve de pedestal o peana una plaza que se levanta con siete gradas, y tiene treinta pies de ancho, y las gradas ocupan diez, que fueron los cuarenta pies que dijimos se añadieron al largo de este atrio. Hiciéronse con estas gradas muchos efectos de gran pri-

mor en arquitectura. Lo primero, que se subiese al templo por gradas, precepto de todos los buenos arquitectos; enséñalo así Vitrubio (1), porque dejado aparte les da mucha majestad y los defiende de las injurias del tiempo, aguas y otras inmundicias; es bien que los que van a ellos adviertan que como van subiendo se han de ir levantando, con las almas, de todo lo terreno, como por las gradas que suben levantan los cuerpos del suelo. Así también quieren que sean siete o nueve estos escalones, porque entrando con el pie derecho en el primero, con el mismo pisen en el alto y en el suelo del templo, y no entren con el pie izquierdo, ni con cosa aviesa. Sirven también de que el arca, plaza o plano de toda la Casa sea una misma y no haya necesidad de hacer escalones en todo el cuerpo y suelo bajo del edificio, que es un primor y hermosura grande, que se podría caminar un día entero por esta Casa, en el primer ándito, sin tener que subir cuatro dedos de escalón; de suerte que desde que se suben estas siete gradas, van andando como por encima de un pedestal, y como levantados del suelo cuatro pies y medio en alto. Aquí se ofrece otra consideración importante, y advertir la diferencia que hay entre los arcos que llaman triunfales a los otros que podríamos llamar, a nuestro propósito, sagrados. A los triunfadores que entraban en Roma y en las otras ciudades de Grecia les dedicaban arcos, por donde entraban con gran majestad en sus triunfos; mas eran de tal condición que las columnas se levantaban sobre sus pedestales, de suerte que el triunfador iba por el suelo llano, donde asentaban los pedestales, sin levantarse sobre ellos con gradas de ninguna clase, para que en medio de aquella gloria se reconociesen que eran tierra y hombres como los demás, y no los desvaneciese aquella gloria y triunfo de sus victorias. A lo que también aludió el Poeta (2), cuando dijo:

*Et sibi consul,  
Ne placeat, curru servus portatur codem, etc.*

(1) Vitru., lib. III, c. II. — (2) Juven., Sat. 10.



Mas los arcos de los templos y sus portadas quieren que se levanten sobre sus pedestales, de suerte que los que por ellos entraren no pisen en la tierra, si fuera posible. Y junto con esto tienen estas gradas que sirven de pedestal otro provecho grande, que si en este templo y en estas portadas las columnas se levantaran sobre los pedestales, siendo tan grandes, ellos habrían de ser grandísimos, conforme al arte, y sus cornisas y coronas estorbarían y embarazarían mucho el templo y sus entradas; y este defecto he visto yo en alguna iglesia de esta religión, que no es pequeño. Tienen estas seis columnas lindo orden; las cuatro, dos de cada lado, están juntas, de suerte que no hay entre una y otra sino medio cuerpo de distancia de columna, por el escape bajo; las otras dos están en buena proporción, y distan dos cuerpos y medio y algo más entre sí. Tiene de alto todo este orden, desde el zócalo de la basa hasta la mocheta de la cornisa, cincuenta y cinco pies; las columnas con sus basas y capiteles, que también son de media caña, hasta el alquitrabe, cuarenta y cinco, y los otros diez se parten en el alquitrabe, friso con sus triglifos, canes o modillones cuadrados, que atan con los que vienen corriendo por todo el patio y la cornisa. Encima de los claros de los cinco arcos responden a nivel cinco ventanas rasgadas de siete pies de ancho y de alto catorce, con antepechos de hierro. Los resaltes que descubren las pilastras que se están detrás de las columnas extremas de esta fachada, para atar y hacer correspondencia a las que vienen corriendo por los lados del patio, y muestran que la fachada es orden por sí, y como sobrepuerta a la otra fábrica, le dan gran autoridad y gracia; y señalan que se distinguen los arcos y entrada de la iglesia de las del convento y colegio. Encima de este orden se levanta otro de grande majestad y adorno. Otras seis pilastras de medio pie de relieve, y sus ventanas a nivel con las del orden bajo, con sus cobijas o capirotos, y encima otros compartimientos y fajas lisas. Delante de las pilastras hay seis pedestales que cargan a plomo sobre las columnas de primer orden; tienen algo más de trece pies de alto,



Patio de los Reyes.



con la basa y cornisa; de suerte que por bajo (digo), por medio de ellos, se hace un tránsito que cabe un hombre holgadamente, y encima queda cuerpo para que sufra cualquier carga, y así asienta sobre cada uno una estatua grande del mejor y más lindo grano de piedra que se halló en esta tierra. Tiene cada una de estas figuras, con el zoco donde planta, más de diez y siete pies de alto; fué necesario, para traer estas piedras, hacer carros fortísimos, y que los tirasen de una en una cuarenta pares de bueyes; ponía admiración ver menear tan grandes peñas. Las cabezas, manos y puntas de los pies son de mármol blanco, que, como es lo que se descubre de la ropa, parece podrían desnudarlas, y que quedarían todas de aquella misma blancura. Estas seis figuras son seis Reyes del Viejo Testamento, de la tribu de Judá y familia de David; los más píos de aquella genealogía, y que tuvieron alguna parte en aquel templo famoso que quiso Dios se le hiciese en aquel pueblo, donde moraba con los hombres el que no cabe en el cielo ni en la tierra. David y Salomón, su hijo, como los principales en el Reino y en la fábrica, están en medio. Tiene David la mano derecha, por ser padre, principio también del Reino, en santidad sin segundo entre los reyes, el primero que trató de edificar a Dios templo, el que mereció recibir las trazas de mano del mismo Señor, y el que dejó para su fábrica la mayor suma de oro y plata que jamás se ha leído haya alcanzado otro rey, sin otros materiales para el mismo propósito, como lo mostraremos en su propio lugar. La figura es excelente y de lindo ornato y movimiento; muestra que está hablando con su hijo Salomón, que le escucha con modestia, y porque cuando edificó el templo era aún mancebo, lo parece así en la figura: rostro hermoso, sin barba, hábito de pacífico y muy galano; símbolo admirable del Rey eterno nuestro Señor Jesucristo, hermoso sobre todos los hijos de los hombres, arquitecto de aquel templo y ciudad santa de Jerusalén, que descendió del cielo, y piedra angular del templo, fundamento y clave, principio y fin de todo lo creado, de que también era admirable figura aquella fábrica de Salomón. Los dos



que están inmediatos a éstos son: el Santo Rey Ezequías, de la parte de David; y de la de Salomón, Josías, que por su insigne piedad y porque con tanto cuidado restauraron las cosas del culto divino y templo santo, destruyeron los bosques, por la idolatría y altares de Baal, en Judea y en Jerusalén, merecen se antepongan a muchos de sus mayores; y aquí entre estos Reyes se antepone Ezequías a Josafat, y Josías a su abuelo Manasés, que tienen los dos extremos lugares, y escogieron entre los demás, porque el uno y el otro favorecieron mucho la Casa del Señor y restauraron lo que en ella y en la ciudad de Jerusalén había caído de su primera hermosura. Y aunque Manasés fué uno de los más malos e impíos Reyes de Judá, después que hizo penitencia en la prisión y cautiverio, reconociendo sus enormes pecados, el Señor, clementísimo, se apiadó de él y le restituyó en su Reino, y él, reconocido y humillado, hizo muy santas obras. Son estas estatuas y figuras obra de Juan Bautista Mon negro, el mismo que hizo el San Lorenzo grande, de la misma piedra, que está en el pórtico de fuera, excelente artífice, de quien hiciera más caso la antigüedad, y aun España, si fuera italiano o venido de Grecia; están tan bien acabadas, que se pueden comparar con lo bueno de la antigüedad, y no se sabe ahora de ningunas tan grandes, ni aun nos han quedado reliquias de cosa semejante de aquellos tiempos que tanto veneramos, y con razón. Tienen en las cabezas unas ricas coronas de metal doradas a fuego, que hoy en día están con el mismo lustre y resplandor que el que las pusieron. Pesan algunas más de tres arrobas, y otras más de cuatro, porque son de diversos maestros; desde abajo, y para donde asientan, tienen buena proporción. En la mano derecha tienen todas las figuras cetros reales del mismo metal y dorados; pesan los seis doce arrobas, y quien los mira desde abajo no los juzga por grandes. David descubre por el manto la empuñadura de un descomunal alfanje, como hombre de pelea y guerrero, por lo que no quiso Dios que le edificase templo; creo yo que tuviera bien que hacer Goliat el gigante en esgrimir esta empuñadura sola.

pues pesa cinco arrobas menos una libra. Y el arpa, que también es del mismo metal dorado, catorce y quince libras. Salomón tiene en la mano izquierda un libro, como hombre sabio y que escribió mucho y alcanzó más que todos los filósofos. Ezequías tiene una naveta de oro, un cabrón junto así, para significar la restauración del altar y de los sacrificios, y aquel Phase grande que se celebró en su tiempo, olvidada ya aquella fiesta y el misterio de ella, por la idolatría de los Reyes de Jerusalén. Josías tiene el cetro en la mano izquierda, y el volumen en la derecha (también es éste de metal y pesa, aunque parece pequeño, más de dos arrobas), para significar que los reyes santos más han de usar de la ley de Dios que del cetro y del imperio, y junto con esto muestra el gran respeto y reverencia que tuvo este pío Rey a la palabra divina, pues cuando se le leyó el volumen del Deuteronomio, que es como suma y repetición de la ley, que se halló en su tiempo, estándose reparando el templo, rompió su ropa en señal del gran dolor y sentimiento que tenía, viendo cuán mal se guardaba lo que Dios tenía mandado: hizo que los sacerdotes fuesen al templo a hacer sacrificios y oraciones por él y por el pueblo, e hizo también grandes reparos en la Casa del Señor y destruyó todos los altares y bosques y templos de Baal, como estaba profetizado que lo había de hacer. Josafat tiene en la mano izquierda una segur o hacha de cortar leña, también de bronce dorado, que pesa dos arrobas, para mostrar el instrumento con que mandó destruir aquellas arboledas y bosques de los dioses en que adoraba aquel pueblo ciego, cuando perdió la verdadera lumbre y doctrina que tenía recibida del cielo, y cómo reparó y tornó a poner en uso los sacrificios del templo; tornó a él los levitas y sacerdotes, y procuró se platicase y enseñase la ley del Señor, y para significar esto tiene también unos panes y un cabrón junto a sí. Manasés, que es el último de la mano izquierda, está con un compás y regla en la mano, del mismo metal; a sus pies, una gruesa cadena, y la ropa y despojo de cautivo, significando los eslabones de sus hierros, por donde le trajo Dios a aquel



estado, en que le abrió con la aflicción los ojos; y vuelto por merced divina a Jerusalén y a su reino, procuró con todas sus fuerzas reparar los muros de la ciudad santa, y quitó del templo los ídolos y simulacros vanos que él tan impiamente había puesto; restauró el altar de los sacrificios y ofreció en él muchas víctimas, conforme al precepto divino, aunque la que más agradó al Señor, y de lo que aquéllas eran figura, fué la contrición y vivo sentimiento de su corazón. El doctísimo Arias Montano fué el inventor y por cuyo consejo se pusieron las estatuas de estos seis Reyes; otros daban en otros motivos; ninguno pareció más a propósito ni de mayor majestad. Hacen una vista hermosísima, y muestran una grandeza verdaderamente real; tenía también hechas unas inscripciones para poner en los pedestales, porque muchos ni saben qué reyes son, ni menos qué fin o propósito tienen allí; perdióse el borrador, sin quedar memoria de él. Su Majestad, que sea en gloria, me mandó una vez hiciese unas, para que se supiese qué reyes eran, y qué fué el intento de ponerlos; con su muerte se atajó todo, que nunca se esculpieron; pondrélas aquí, por si no tuvieren dicha de que se lean allí, advirtiéndole que no pretendí hacer inscripciones, sino decir lo que me mandaron con las más breves palabras que pude escoger de la Santa Escritura; porque como están tan en alto, para leerse desde el suelo ha de ser la letra grande y que quepa en los pedestales con claridad y distinción. En el zócalo de cada figura se ha de poner el nombre y luego el propósito, en esta forma:

#### DAVID

*Omnia venerunt scripta manu Domini ad me, ut intelligerem universa opera exemplaris: viriliter age: Dominus tecum erit donec perficias opus Domini.* (1. Paralip. 28.)

#### EZEQUIAS

*Templi aperuit valvas instauravit eas, adduxit Sacerdotes, atque Levitas, ut mundarent domum D. altare holo-*

*causti, cunctamque templi supelectilem, et celebravit Phase.* (2. Paral. 29.)

#### JOSAPHAT

*Excelsa et lucos de terra Juda abstulit, Levitas et Sacerdotes constituit in Jerusalem: et misit, ut docerent populum librum legis Dom. et domos instar turrium aedificavit.* (2. Para. 17. et 19.)

#### SALOMON

*Caepit aedificare domum Dom. ann. IV. Regni sui et ann. XI. perfecta est, et intulit quae sanctificaverat David pater suus, argentum aurum et vasa reposuitque in thesauris dom. D.* (3. Reg. 7.)

#### JOSIAS

*Mundavit Judam et Jerusalem, Lucos, et sculptilia contrivit, instauravit templum D. et infirma sarcivit ex pecunia illata in templo: invenitque volumen legis Dom.* (2. Paral. 34.)

#### MANASSES

*Paenitentiam egit, reduxitque eum D. in Jerusalem, aedificavitque murum: abstulit simulacrum de domo D. instauravit altare D. et immolavit super illud victimas.* (2. Paralip. 34.)

Algunos dicen fuera más a propósito poner en lugar de Josafat al Rey Joas, por lo mucho que hizo en la restauración del templo, y que podía tener esta letra:

*Congregata infinita pecunia, conduxit ex ea artifices, ut instaurarent domum Domini, et quod cadere caeperat fulciretur, ac suscitavit eam in gradum pristinum.* (2. Paralip. 24.)

Que es un gran elogio; mas porque la Escritura Santa no le da buen fin, y acabó con tan violenta muerte, por la traición de los que le servían, digno castigo de la



sacrilega muerte que dió al Santo Sacerdote Zacarías, hijo del Santo Joyada, Sumo Sacerdote, de quien había recibido la vida y el reino, y tan buena doctrina, parece se hizo indigno sea puesto por ejemplo de cosas sagradas y pías. Esta fachada se remata con un frontispicio muy galano, y rompe con harta gracia la cornisa del segundo orden, donde están estos Reyes, una ventana grande de arco, y ocupa buena parte del tablero o témpano. Tiene de claro lo mismo que los arcos de abajo, trece pies y más de ancho, ventiséis y más de alto. Por remates del frontispicio están las acroteras y bolas a plomo sobre las pilastras, cuatro en las dos esquinas y una en medio. A los lados, haciendo compañía al frontispicio y a toda la fachada, se levantan dos torres de linda proporción y arquitectura, propia fábrica de los alcázares de Jesucristo, que son sus templos, porque los romanos y griegos, por no tener uso de las campanas, no las usaron. Dan grandísimo ser y ornato a todo el edificio, y responden con el cimborrio principal, y con toda la fábrica singularmente. Nacen estas torres medio pie poco más adentro de las pilastras, que responden a los arcos de la fachada de la iglesia, y así se esconden a los dos primeros tercios de ellas; dentro del edificio de los claustrillos del convento y colegio, y debajo de las primeras bóvedas están las porterías; de suerte que cuando se vienen a descubrir encima del caballete de los dos tejados sus primeros bordes, que son unas medias cornisas, tienen ya de alto, desde el pedestal de las gradas, ochenta y dos pies. Desde allí se hacen otros dos órdenes y compartimientos muy galanos.

Levántase sobre aquella media cornisa un pedestal de ocho pies en alto, con su basa y capitel; sobre él dos pilastras; de cada lado medio pie de relieve, también con sus basas y capiteles; en los intercolumnios hay dos nichos, uno sobre otro, divididos con sus fajas y cuadrados en buena proporción. En medio de estas pilastras, debajo de la faja está una ventana cuadrada, y encima de la faja otra, redonda, donde en la torre del convento salen las manos o muestras de las horas del reloj. Remátase

este orden con una buena cornisa; hace un vuelo grande, porque, según el precepto de Vitrubio, las cosas puestas en mucha luz y altas pierden mucho de sus tamaños en nuestra vista, y así es menester hacerlas de alguna cantidad mayor que si estuviesen cerca o cubiertas, porque las sombras que en las unas faltan, sobran en las otras; y así éstas, que están cubiertas, parecen mayores, y las que están al aire descubierto, menores, porque la luz las baña por todas partes. Lo mismo que hace la torre por un lado, hace por todos los cuatro lienzos; el alto de este orden es de cuarenta y cinco pies, desde la primera media cornisa, donde asienta el pedestal, hasta la mocheta de esta cornisa. Desde aquí se levanta el segundo pedestal del orden postrero, que es de la misma manera que el de abajo. Sólo se diferencia que aquí no hay en el medio más que una ventana grande, de arco, que ocupa todo el espacio desde el pedestal hasta el filetón alto de la cornisa postrera, y todo el ancho que hay entre las pilastras; y así tiene de claro catorce pies de ancho, y de alto treinta y dos, cuatro pies más que la proporción doble, y no por esto parecen mal, porque la altura del perfil derecho se disminuye mucho en la perspectiva alta, y el ancho no pierde nada. Encima de la cornisa postrera hay antepechos de piedra y balaustres de lo mismo, y por remates o almenas las acroteras, con sus bolas, que responden con el nivel de las pilastras. Remátanse entrambas torres con sus tribunas o cúpulas. Encima de esta cúpula sale una linterna de ocho ventanas, con su basa y capitel; hácese luego otra cupulilla encima de la linterna, y de allí sube una aguja muy alta de piedra bien labrada; sobre la aguja asienta una bola dorada que tiene cinco pies de diámetro; son estas bolas del mismo metal que el de las campanas, y vaciadas de la misma suerte que ellas; de la bola sale una cruz grande de hierro, con su arpón. Tienen de alto entrambas torres (que parecen hechas en una turquesa o vaciadas de plata), desde el suelo o peana de las gradas hasta la cornisa postrera que sube de cuadrado, ciento ochenta pies, y desde allí a lo alto de la cruz, ochenta, que son, por todos,



doscientos sesenta pies. En la que está a la parte del convento se puso el reloj, que creo es la mejor y mayor pieza que hay en España, y con él diez y nueve campanas, con que tañen al Oficio divino; fundiéronse aquí casi todas: son de diferentes suertes, grandes, medianas y pequeñas. En la otra torre está otro orden de campanas; son, si no las he contado mal, cuarenta, puestas en tono, que con sus teclas como órgano tañen concertadamente y hacen la música que se podía tañer en otro cualquier instrumento, invención de flamencos y alemanes, que tienen paciencia e ingenio para esto; acá no nos suena tan bien como a ellos. Entre estas campanas (digamos esto de paso) hay una que, si el letrado que tiene junto a la falda no miente, ha que se fundió mil ciento ochenta y seis años, a 3 de enero, que fué el año de 400, poco menos, y el pueblo de Flandes que allí nombra no le hay ahora, ni se tiene noticia de él. No creo con todo eso que pueda tener tanta antigüedad. Lo más antiguo de la invención de las campanas parece del tiempo de Sabiniano Papa, sucesor de San Gregorio Magno; y Polidoro Virgilio (1) se las atribuye a él, aunque Martín Polono no dice que las inventó Sabiniano, sino que mandó se tañesen a las horas canónicas. Lo que dicen de San Paulino, Obispo de Nola, parece vulgar, y no tiene más fundamento sino llamarse nolas de campanas y ser Nola en Campania, y que el nombre, en latín y en romance, sea todo suyo. El origen de esto creo nació de que por haberse hallado el uso de la romana con que pesamos, como lo afirma San Isidoro (2), en la ciudad o en la provincia de Campania, en Italia, de donde se llamó campana, pasaron del peso a la campana, y se la atribuyeron a San Paulino. Otras campanas hay en esta torre de doscientos y de trescientos años, y más, y tan semejantes a ésta, que parecen de una misma fundición y maestro; y así creo que fué yerro u olvido faltar el mil. Si esta fachada con sus dos torres estuviera toda descubierta (digo), si las

(1) Polid. Virg., lib. VI, c. XII. (2) Isid., Etym., lib. XVI, c. XXV.

torres se vieran levantar desde su cepa y suelo, y no se descubrieran tan altas, perdiéndose de sus cuerpos poco menos de la mitad, y el edificio estuviera retirado por un lado y por otro el ancho de las mismas torres, fuera una cosa de singular majestad y grandeza. La culpa de esto no se la podemos echar a ninguno, porque el primer arquitecto, que fué Juan Bautista de Toledo, dejó hecha otra traza de iglesia, y ponía (como dije arriba) las torres a los lados de la capilla mayor, y encima de los mismos aposentos reales. Vino después Pachote, un artífice italiano, que trajo esta traza que se ejecutó; mudáronse las torres, que no estaban bien en la otra parte, y así se siguió este defecto o, digámoslo así, esta menos perfección, de que no se viese toda esta fachada con la grandeza que de suyo tenía. La otra fachada que le responde de frente en este mismo patio, que hace espaldas a la del pórtico de fuera y tiene en medio las librerías y el zaguán o primer vestíbulo, es de la misma traza de la de la iglesia en que están los Reyes. Responden los mismos cinco arcos, y lo que en la principal son columnas de media caña y basas y capiteles, acá son pilastras y fajas de medio pie de relieve. Responden también las ventanas grandes encima de los claros de los arcos, y encima luego otras cinco, algo menores, por donde recibe la luz de Oriente la librería baja, y otras cinco redondas en el postrer orden, para la alta. Las fajas y cornisas que ciñen todo este atrio, por todos cuatro lados, corren de la misma manera. Hay en él más de doscientas cuarenta ventanas, de suerte que es un joyel galanísimo, donde todo se responde, mira y ata, tan apacible y bien proporcionado a la vista, que todos los que en él entran quedan llenos de admiración y parece se les alegra el alma; y a mi juicio (si esto vale algo) no hay en esta fábrica cosa de mayor hermosura, ni que presente tanta majestad; sólo una falta tiene: que lo ven todos, y luego y lo primero, y había de ser lo postrero. En subiendo por las gradas y entrando por uno de los cinco arcos, responden otros cinco de frente; los tres son las puertas de la iglesia; los otros dos de los lados son la entrada de



los dos patinejos que están a los costados del coro y de la iglesia, por donde también se entra en ella. Entre los unos y los otros arcos se hace un tránsito que lo podemos llamar el vestíbulo del templo. Vitrubio lo llama pronao, que es decir el portal que está antes de la iglesia. Fuera de estas cinco puertas que responden a las de la fachada tiene a los lados otras dos que se miran de frente; por la de la mano derecha se entra al convento, y por la otra, al colegio; son cuadradas y de proporción doble: ocho pies de ancho y diez y seis en alto; jambas y linteles de una pieza cada uno, con molduras y lunetas y tondos en lo alto, que sobra para el arco. Este vestíbulo está bien compartido con pilastras y encasamientos y nichos de los intercolumnios en mucha proporción, respondiendo con sus capillas en la bóveda; de suerte que es un pedazo de muy galana arquitectura, que costó cuidado, por ser una pieza tan en lo principal de la Casa, y sustenta mucha carga el peso y repujón de las bóvedas y del frontispicio y figuras; y así fué necesario se acompañasen aquí fortaleza y hermosura, haciendo en los pilastrones principales, por el grueso y entrada de los arcos, y por la parte de adentro, fajas y pilastras, nichos, lunetas y otros ornamentos con que quedase galano y firme. Tiene este tránsito o vestíbulo de largo, y de puerta a puerta, ciento treinta y ocho pies, y en lo ancho, veinte; llama largo en respecto de sí mismo, porque en respecto del cuerpo principal el ancho es lo largo. Tiempo es ya que entremos en la Casa, pues hemos dicho lo común y de fuera.

### DISCURSO III

*Los cuatro patios o claustros pequeños del convento, con las piezas más notables que hay en ellos.*

**D**ORZOSO ha sido entrar a los que quieren ir considerando esta Casa, por los discursos que hemos visto, piezas comunes, abiertas y al fin, entradas generales para todos. Ahora nos queda más licencia de echar a una y otra parte, y aunque parece habíamos llegado hasta las puertas de la iglesia,

visto sus torres y campanarios, y que no faltaba ya sino lanzarnos por ellas, con todo es bien divertimos algún tanto por otras partes más ordinarias y comunes, porque no todos entran por estas puertas, y porque cuando nos den licencia es bien dejar el buen sabor para la postre, y que imite a la naturaleza el arte, y procedamos de lo menos a lo más perfecto. Echemos, pues, a mano derecha y entremos por la puerta que está en el vestíbulo o pronao, que dijimos se está mirando de frente con la del colegio, que es por donde se entra al convento.

Ofrécese luego, en pasando el zaguán que cae debajo de la torre de las campanas, una cuadra grande que sirve de recibo o parlatorio, de más de sesenta pies en largo y treinta y cinco de ancho, bien compartido, con sus fajas y pilastras, unas de piedra berroqueña y otras fingidas como ella, y cornisa por el contorno, sobre donde comienza a volver las bóvedas y se hacen las lunetas de las ventanas, y por lo bajo asientos de nogal, con sus espaldares, para que los huéspedes de allí tengan donde sentarse y descansar. Sin la puerta grande, por donde se entra, tiene otras tres; la una de la medida de esta primera, que son entrambas de ocho pies de ancho y diez y seis de alto, con jambas y linteles de piezas enteras. Por esta puerta se entra al claustro grande, y por otras dos pequeñas, a los claustros pequeños. Y porque es el recibimiento, ya que no tiene otros adornos de pinturas como otras piezas, tiene una que basta a ennoblecerla, y suficiente para entretener mucho tiempo en su consideración a los huéspedes. Este es un cuadro grande en que está pintada la historia de Abrahán cuando recibió en su tabernáculo a los tres ángeles, que los adoró como a uno. La mano de esta pintura es de nuestro español Juan Fernández Mudo, de quien haremos mucha memoria, por haber enriquecido con sus obras este convento. La pintura e historia es muy a propósito para el recibo y hospedaje de la Casa, y es bien menester tenerla siempre delante de los ojos para que ni se pierda la paciencia ni se enfríe la caridad con la multitud de huéspedes que legan a cada hora, que sólo para mostrarles la Casa



(dejo aparte el continuo gasto de los que comen, cenan y duermen) son menester hombres que tengan pies de bronce y no menor caridad que Abrahán, porque acontece a cada paso haberla andado a mostrar con unos y llegar luego otros, y luego otros y todos tan ganosos o tan impacientes, si no les acuden con mucha puntualidad a su gusto, como si fueran solos ellos con quien se había de cumplir; hácese todo lo posible, y no basta. La belleza y valentía de esta pintura quisiera saber ponderar. Sólo diré que aunque en esta Casa hay tantas y tan buenas, y de tan grandes maestros, como veremos en su discurso particular, ninguna la hace ventaja, pocas la igualan y verdaderamente es de gran perfección y valentía. Y aunque está aquí como la primera y a la entrada, pudiera ponerse por la última y más reservada y a la que se pudiera ir a ver muchas leguas. Están los tres ángeles vestidos de una misma ropa morada, tan hermosos, tan parecidos, y por otra parte tan distintos y diferentes, que fué notable el artificio del maestro en esto; las figuras son como del natural. Abrahán le pinta debajo de un árbol muy fresco, y está como derribado a adorarlos, y se le ve que les ruega se hospeden en su tabernáculo, con un afecto tan vivo y de tanta fuerza, que representa la cosa como ella fué. Sara, su mujer, se asomó por detrás de una puerta más adentro, risueña y anciana. El labrado, el colorido y el relieve de todo ello es excelente. Fué de lo postrero que hizo el Mudo; cuando no nos dejara otra cosa de sus manos, ésta sola bastara para pregonarle valiente; por ser el recibimiento, me he detenido en ella. De allí, echando por aquellas puertas menores, por no dar de golpe en el claustro principal, se entra en el claustro que llamamos de la Portería, y por que pintando éste veremos la arquitectura de otros seis como él, me detendré a declararle. Dije al principio (si no me acuerdo mal) que la planta de este edificio, que es de Juan Bautista de Toledo, que después se alteró en muchas cosas por Juan de Herrera y fray Antonio de Villacastín, se parte en cinco partes principales. La que toca al convento, en dos, que son el claustro principal y cua-

tro claustros menores, los que ahora entramos a ver y considerar. Tienen todos cien pies en cada uno de sus paños o lienzos, con poca diferencia, que ya he advertido no reparo en poco más o menos; por el ándito, desde los pilares a la pared de dentro, trece pies y medio. Hay en cada uno tres órdenes de arcos, unos sobre otros, que cada uno tiene quince pies; y así, desde el suelo a la cornisa que los remata y corona, hay cuarenta y cinco de alto, de la parte de dentro. En cada lienzo se hacen siete arcos y nueve pilares, que, como el zócalo y capitel, tienen nueve pies, y más; de ancho, tres cuartas (digo) de cuadrado, por la caña de las pilastras. No tienen otro ornamento sino unas fajas de medio pie de ancho y una cuarta de relieve. Y por ser esta obra en sí tan llana, y no de la mejor piedra, aunque bien labrada, por estar tan bien proporcionada, de tan buenos miembros y correspondencia, parece de mucho arte y fortaleza y se ve en ella que no consiste la arquitectura en que sea de este orden o aquél, dórico ni jónico, sino que sea un cuerpo bien proporcionado, que sus partes se ayuden y respondan, aunque no sea sino unas piedras cortadas de la cantera, asentadas con arte, una encima o enfrente de otra, que vengan a hacer un todo de buenas medidas y partes que se respondan. Los arcos bajos son un poco mayores que los segundos y terceros, y como no tienen antepechos, sino que se entra por sus claros llanos a los claustros, que se llaman mejor patios, están más exentos y libres, y parecen de mejor proporción, y que los altos conforme a una buena arquitectura hacen su disminución, que siempre el orden más alto ha de ser un poco menor; por los bajos hay bóvedas de ladrillo y yeso que van haciendo sus capilleras por dentro, con sus arcos y correspondencias de impostas o capiteles metidos en la pared. Los otros dos más altos es el techo de madera, aunque en las esquinas o ángulos sus arbotantes y pilastras en la pared de adentro, como todas las vueltas de los arcos, tienen por las dobelas sus bordes o boceles, y las fajas de los pedestales y de los suelos van corriendo alrededor y atándose uno con otro; parece toda esta fá-



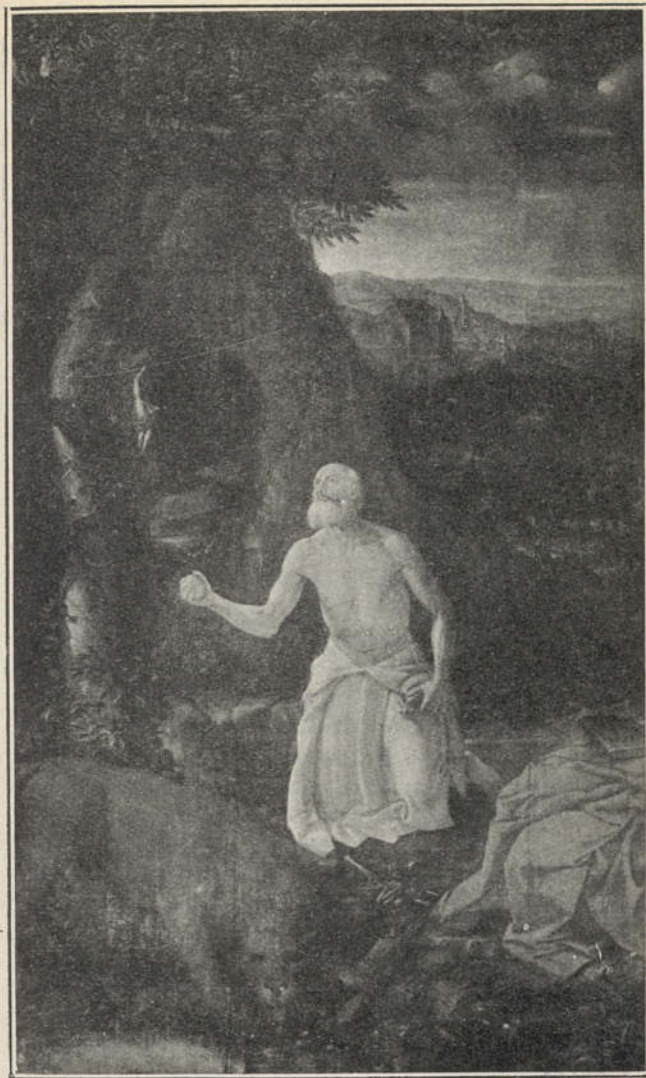


brica de buen adorno, aunque sea tan llana. Sobre estos tres órdenes se añadió otro, que es como cuarto, para que la Casa creciese en aposentos, y porque si hubiera otro orden de pilares sobre los terceros, quedarán los claustros ahogados, sin sol, y como pozos; siendo tan altos, acordaron que este orden cuarto se quedase en las celdas y pareciese por de fuera, y por de dentro, donde habían de estar los pilares y arcos, se cortase al sesgo; de suerte que viniesen las aguas y los aleros del tejado segundo a rematar donde habían de asentar los pilares del cuarto orden, haciendo un como desván, por donde había de ser corredor o claustro. Con esto quedaron los claustros más abiertos, con sol y con luz, y se dividió el tejado en dos aguas: las altas, hasta la cornisa de dentro de este cuarto orden, y la segunda, hasta la cornisa del tercero, y así tienen los tejados en todos estos claustros dos órdenes de ventanas, tres en cada lienzo de las primeras aguas, y cuatro en el de las más altas; de suerte que en los tejados de dentro en cada claustro pequeño hay veintiocho ventanas en buena proporción, que hacen harto adorno al empizarrado. Con esta fe vinieron a igualar todos los caballetes y las aguas de todo este edificio, que fué una de las cosas más bien acordadas que hay en él, y se le debe, como dije arriba, este acuerdo al juicio de fray Antonio de Villacastín. Por la planta alta, que corre a los treinta pies, tienen estos claustros muy graciosa vista; descúbrense unos paños y claustros muy largos que se cruzan y atraviesan por multitud de arcos, haciendo por doquiera que los miran unas calles de doscientos treinta y ocho pies de largo, porque los claustros tienen, como dije, cien pies cada uno, y las piezas que hay entremedias, que dividen los unos y los otros con el grueso de las paredes, tienen otros treinta y ocho. En cada uno de ellos hay su escalera, puestas en los ángulos que vienen más a propósito para subir de unos a otros, haciendo de diez en diez escalones una mesa, todas con harta luz, que es de importancia en cosa de escaleras. En medio de cada claustro, que, como digo, están llenos y solados de piedra y sin antepechos y al fin

como patios, hay una fuente de mármol pardo hermosamente labrada; tiene cada una por el borde de fuera veintinueve pies en redondo; por el contorno tiene la pila sus pilastras y compartimientos y molduras. En el medio se levanta una taza del mismo mármol sobre un pedestal cuadrado que iguala con el borde de la fuente; sobre el pedestal se hace un balaustre, y allí asienta la taza; de en medio de ésta sale otro pedestal más pequeño, y encima asienta una bola que por cuatro mascarones o cabezas y bocas de ángeles despiden el agua y cae en la taza, y de allí por otros cuatro cae en la pila, y todas son de esta misma forma, para que queden dichas de una vez. Están estos dos claustros adornados de varias pinturas, porque en todos los encuentros y testeros de paredes, a cualquier parte que se camine, lleven los religiosos algún objeto que recree la vista y despierte a devoción el alma y no se dé paso ocioso ni se derrame vanamente el pensamiento. En una parte se ve una imagen de Nuestra Señora con el mismo Dios en los brazos, una vez dormido; otra, despierto, colgado de sus pechos, y otras, recién nacido. Acullá está San Jerónimo, desnudo, dándose con un guijarro en los pechos, que con el vivo sentimiento que muestra parece que saltan las centellas del amor del alma. Aquí se ven los Reyes Magos llegar a adorar al Rey nacido, y le ofrecen dones misteriosos; acullá está el Evangelista San Juan escribiendo, y en otro testero se ve el Baustista, mozo tierno, vestido de pelo de camello, en el desierto, matando la sed con el agua que sale de los cristales de una peña. Ya se contempla a Cristo con la Cruz a cuestras y el lugar del Calvario, donde murió por la salud del hombre, ya lo encontramos en la Oración del Huerto, ya en casa de Marta y María, y ya muerto en los brazos de su Madre, y otros cien recuerdos de los tesoros de nuestras almas, donde vamos leyendo con los ojos y con el corazón lo que debemos a Dios, lo que ha hecho por los hombres, y todo no basta para despertar ni nuestro sueño ni nuestra tibieza. Pinturas todas de valientes maestros que con el arte nos muestran como vivos los casos y las historias.



Cruzan y dividen estos cuatro claustros dos intervalos o distancias de a treinta y ocho pies cada una, la una de Oriente a Poniente, la otra de Norte a Sur. En el medio donde cruzan se hace un cimborrio cuadrado del mismo ancho, y de alto, hasta la cornisa por la parte de afuera; tiene ochenta y cinco pies, donde vienen corriendo y acuden todas las ventanas de los tránsitos que se hacen al pasar de unos claustros a otros, que, como son tantos, hacen por dentro del cimborrio una composición de ventanas harto hermosa; por cada lado tiene seis órdenes de ellas de tres en tres, que, contando desde las puertas bajas, llegan a ochenta, con las de la cúpula del mismo cimborrio que le dan la principal luz. Las doce puertas que digo están en el suelo bajo, tienen seis pies y medio de ancho y trece de alto, con puertas de nogal bien labradas, jambas y linteles de piezas enteras, que le dan mucho adorno y grandeza. Por las tres del Mediodía se entra al refectorio del convento, y las otras nueve sirven a los otros tránsitos, que dan mucho lustre a este zaguán. Remátase la cúpula con un capitel de pizarra ochavado, en pirámide, bola dorada y cruz; en medio del suelo tiene una fuente de jaspe colorado; levántase una taza grande, una pieza encima de un pedestal cuadrado con su basa y cornisa con embutidos de mármol blanco. La taza tiene una cuarta de hondo y veintiséis en contorno; encima de ésta sale otra taza algo menor, en debida proporción, asentada sobre otro pedestal cuadrado; luego se levanta otro pilastroncillo cuadrado que va disminuyendo en lo alto como pirámide, y en el asiento una bola que echa el agua por cuatro mascarazoncillos de mármol blando en la segunda taza, y de allí, por otros cuatro, cae en la primera, todo galanamente labrado y de buen pulimento. Con el ruido del agua que cae de estos caños está en verano la pieza harto fresca y bien acompañada. Desde aquí, como digo, a la parte del Mediodía, se entra en el refectorio del convento, una pieza alegre, clara, blanca, toda con buenos compartimientos; en la bóveda, que es de estuque, dos púlpitos de piedra bien labrados, a cada coro el suyo. Sin estas



San Jerónimo, de Juan Fernández Navarrete, *el Mudo*.



tres puertas, tiene junto a ellas, de cada lado, otra del mismo tamaño por dentro, aunque no por fuera, que no lo sufre la bóveda de los claustros pequeños, que no tiene sino trece pies en alto. Hase guardado con mucho primor siempre en este edificio que las puertas hagan dos frentes cuando la necesidad lo pide, y los aposentos adonde sirven no son iguales en la una faz y en la otra, para que se conserve la buena simetría y proporción de los miembros, alma de la arquitectura; y así tiene este cimborrio del refectorio doce puertas, como advertí, y todas de una medida y tamaño por dentro, y las mismas por fuera, que salen a los tránsitos del contorno, de otra medida menor, y lo mismo en estas dos puertas del refectorio que salen a los dos claustros pequeños, y por la casa hay otras algunas que hacen esto. Dos defectos tiene este refectorio, que todos los ven y los advierten en entrando, y los advertí en el otro libro de la fundación. Lo primero es pequeño (digo, corto) para tanto número de religiosos, pues no tiene sino ciento veinte pies de largo, y de ancho treinta y cinco. Dimos la excusa de esto, y es legítima, que era muy grande y de linda proporción para el intento primero de la fundación, que no había de ser más que para cincuenta frailes. Hízose luego así, y como los marcos o caja de la planta no podía crecer en ancho como crecía en alto, quedó sin remedio el refectorio, si ya no fuese que metiesen dentro el mismo zaguán o cimborrio, que con esto quedaría harto largo y con mucha hermosura. La segunda falta es que para treinta y cinco pies que digo tiene de ancho, es muy bajo, pues no tiene hasta la bóveda sino veintiocho, y así parece enano o ahogado. También esto tiene suficiente excusa, porque si subiera más alto fuera forzoso que turbara y aun deshiciera toda la hermosura de la planta de los treinta pies, quitando de todo punto el tránsito de un claustro a otro, o haciendo en las escaleras para subir y bajar fealdad incomportable en todo el cuerpo del edificio, por sacar una pieza hermosa, que es contra toda la naturaleza, que hace cosas milagrosas, y contra las naturalezas particulares, a costa de guardar el bien y la uniformidad



del todo; así fué forzoso que ésta y algunas otras piezas quedasen algo bajas, por guardar el decoro y unidad a toda la máquina, donde se ve que ni en este suelo ni en el bajo, ni en los más altos, aun hasta los desvanes, hay un escalón, y así va el pie seguro, que en todo ello no hay que subir ni bajar, ni en qué tropezar; perfección tan grande, que por ella es pequeña cualquier otra falta en los miembros, aunque en ellos sea notable.

Tiene este refectorio en el testero del Mediodía cinco ventanas grandes que le bañan de luz y le tienen alegre, y tras esto le limpian de cualquier olor, que no huele más a refectorio que la sacristía, aunque también ayuda mucho a esto la limpieza y el aseo, que es como propia de esta religión, y en los lugares que de suyo no la tienen pone más cuidado. Entre las dos ventanas bajas, hasta la cornisa que corre por toda la pieza, desde donde vuelve la bóveda, está asentada aquella tan famosa pintura de «La Cena», del Ticiano, que nunca acaban de alabar los pintores, y tienen razón, porque están tan vivas y con tanto espíritu las figuras, que parecen ellas las que hablan y comen, y los frailes los pintados: tanto es el relieve y la fuerza que allí muestra el arte. En correspondencia de esta pieza, que se miran de frente a frente, está la ropería, donde los religiosos, como en ésta toman juntos la comida, en aquélla el vestido, y tienen allí la ropa que su religión les da, para que todo sea vida común y apostólica y ninguno diga cosa suya, ni el cuidado de los menesteres del cuerpo embarace la quietud del alma. Es esta oficina de la misma forma del refectorio, aunque, por tener las ventanas al cierzo, no es tan clara, y de largo tiene trece pies menos, que toma el tránsito, y el refectorio lo tiene dentro, y esta pieza, fuera. Está adornada con algunas pinturas de devoción, y los mismos hábitos de los religiosos, que están cogidos y colgados en unas perchas de hierro por sus distancias, debajo de sus mismos nombres, la adornan mucho. Cuando en algunas fiestas principales no se desdeñan nuestros Reyes de comer en compañía de estos siervos de Dios, sus capellanes, se abren todas las puertas y ventanas de estas

dos oficinas, refectorio y ropería, y como está todo tan nivelado y con tan puntual correspondencia, desde el asiento de la mesa traviesa que hace cabecera se ve la una y la otra pieza de banda a banda y pasa la vista por las ventanas contrarias de la ropería hasta el patio primero y repara en las ventanas de la lonja del colegio, que, si no estuvieran tabicadas por dentro, no parara hasta el otro cimborrio del colegio, que es una larga y hermosa perspectiva de más de cuatrocientos pies de traviesa. En la otra banda y distancia que dije cruzaba con ésta de Oriente a Poniente, y a otras piezas de mucho servicio y cumplimiento, como la cocina, pieza cumplida con sus fuentes de agua caliente y fría para la limpieza, y en la correspondencia de ella a la parte de Oriente, al andar de los treinta pies, está otra, que por no poderse excusar se llamó necesaria, donde hay tanta limpieza y tanta abundancia de caños de agua de una y otra parte, que se puede entrar en ella sin asco, y aun a refrescarse. Sin estas oficinas, hay otras muchas piezas de gran cumplimiento y servicio en estos cuatro claustros. En el uno, donde siempre se han enterrado los religiosos, está aquella capilla primera que dije sirvió de iglesia algunos años, partida en capilla principal y cuerpo de iglesia y coro, y debajo del aposento del Rey. Mudóse en otra forma, como ahora se ve; hízose toda un cuerpo, bajando el coro y sus sillas, que estaba a los quince pies de alto al suelo, poniendo los dos órdenes de las sillas de cada coro continuados en cada banda, como coro de cartujos; y así quedó una pieza muy grande, de ciento cinco pies en largo y treinta y cinco en ancho, muy alegre y solada de mármol blanco y pardo, distinta en tres compartimientos o capillas, la bóveda con una faja cuadrada, en lugar de cornisa alrededor. Quedóse también con el mismo adorno de los tres altares que tenía antes; el Mayor, en que está el martirio de San Lorenzo, de mano del Ticiano, tan al natural y tan bien entendido que parece se ve cómo ello fué. Toda la luz de la pintura se recibe de unos fuegos o luminarias que están puestas en la peana o pedestal de un ídolo



y de las llamas que salen de debajo de las parrillas, que por haber sido de noche el martirio del Santo consideró como valiente artífice la naturaleza del caso. El Santo, aunque vivo, parece tiene ya medio tostadas algunas partes, y levanta el brazo para recibir una corona de laurel que le traen unos ángeles del cielo; las figuras más cercanas son algún tanto mayores que el natural, con tan lindo artificio puestas que todas tienen luz y se ven, aunque son muchas. Es, al fin, el cuadro tan valiente que, aunque están de noche, ha obscurecido cuantos después acá se han pintado por muchos grandes hombres del arte, como veremos, y ninguno ha contentado tanto. En el colateral del Evangelio está la Adoración de los Reyes, del mismo Ticiano, obra divina, de la mayor hermosura y, como dicen los italianos, vagueza que se puede desear, donde mostró lo mucho que valía en el colorido, y tan acabado todo que parece iluminación: lindos rostros y hermosas ropas y sedas, que parece todo vivo, y la misma naturaleza. En el lado de la Epístola está el entierro y sepultura de nuestro Señor, también suyo, que quebranta el corazón a quien con atención lo mira; son las figuras de estos dos cuadros como la mitad del natural, aunque las de éste un poco mayores que las de los Reyes. Quisiera saber algo del arte para ponderar la valentía de estos tres cuadros; paréceme que habían de estar puestos como relicarios, que no se vieran sino a deseo, y después de quitados muchos velos, para que con la estima se ponderase la excelencia, que pierde mucho de ella cuando se hace vulgar y maneja. Dije también que sirve ahora esta pieza para que se hagan en ella los entierros y exequias de los religiosos, porque está muy acomodado, y junto de las mismas sepulturas. Encima de esta pieza, para que lo digamos de camino, está otra del mismo tamaño, que sirvió al principio de librería y ahora de dormitorio a los religiosos mancebos, que no han salido de la disciplina del maestro, donde hemos dicho pasan siete años, y son pocos para enfrenar tan fiera bestia como nuestra sensualidad y hacerla obedezca a la razón y que siquiera por la costumbre camine por

buena senda. Sin éste, hay otro dormitorio encima del refectorio, y otras piezas grandes de servicios forzosos para la vida monástica; sería menudencia y enfado discurrir por todas y decir los adornos que hay en cada una; basta tocar las partes de más consideración. No le importa al lector saber las piezas de la enfermería, ni sus celdas, ni las de la procuración, ni sus cumplimientos, ni las de la hospedería o barbería; y si me pusiese a describir los de la botica, cansaría aun a los boticarios, porque en esta sola oficina hay más de veinte aposentos, sin las cantinas y desvanes, y, al fin, un claustro entero, sin la pieza principal que está en el claustro de la enfermería; era hacer un discurso largo si me pusiese a dar razón de los destilatorios y alambiques y las extrañezas que se hacen de quintaesencias y otras abstracciones o sublimaciones de gran primor en que pudiera hacer de filósofo, mas tengo por género de ambición querer tratar de todo; por lo menos sabe a curiosidad; a quien le corriere deseo de menudear en tantas cosas, venga a verlas, que, si tiene gusto de esto, hallará cuanto quisiere. El número, proporción y cumplimiento de todas estas oficinas y aposentos entenderá fácilmente el que tuviere algún conocimiento del arte por las dos plantas de esta fábrica, la general y la de los treinta pies que hizo Juan de Herrera en las estampas de esta Casa, que sirven de mucho para ocasiones semejantes y no hacer yerros en estos compartimientos. Las puertas y ventanas de estos cuatro claustros, las de las celdas y de las piezas mayores, de ordinario son en proporción duple, salvo las que hacen frente en los testeros de los claustros y tránsitos, que son proporción sexquilateral, porque son comunes, y para que ocupasen más el ancho; de suerte que tienen de alto el ancho y más la mitad del mismo ancho. Respóndense todas así en los niveles y plomos, cayendo las altas sobre las bajas, claro con claro y macizo con macizo, como en el mirarse de frente a frente unas con otras, con mucha hermosura y orden, de suerte que no hay cosa sin acuerdo.



## DISCURSO IV

*Descripción del claustro principal, en lo bajo y alto de la escalera grande que sube del uno al otro.*

**U**NA de las cosas más importantes y sagradas que hay en las religiones son los claustros; y en la Orden de San Jerónimo, el todo, como si dijésemos, y el ser de ella, donde, como en la misma iglesia, se guarda siempre silencio, y en particular en el bajo; que aunque en todas nuestras casas de ordinario hay más de un claustro (en todas hay dos, y en muchas tres), el en que viven los religiosos y donde tienen la mayor parte de las celdas, por donde andan las procesiones y se entierran los religiosos, es el que tiene nombre de claustro, donde corren las leyes del silencio y otras observancias. En esta Casa de San Lorenzo, donde hay tantos, quiso el Fundador, acomodándose con nuestra manera de vida, pues hacía casa de San Jerónimo, hacer un claustro principal; la arquitectura de él quiero decir ahora, pues le cabe por su orden, y es la una de las seis partes principales en que dije se dividía toda la planta, y en hermosura y buenos adornos. La primera es cuadrado de poca o casi imperceptible diferencia. En los lienzos que van de Norte a Sur tiene ciento diez pies de pared a pared, y en los otros dos, que van de Oriente a Poniente, doscientos siete, poco más o menos; el ándito o el ancho de la pared a los antepechos (voy hablando del suelo bajo) tiene veinticuatro pies, y de alto algo más de veintiocho; de suerte que mirada la caja y el claro de pared a pared, tiene algo más que los cuatro claustrillos de que hemos hablado en el discurso pasado. El orden primero es dórico, y el del alto es jónico, porque son muy hermanos, y entrambos, en lo que toca a la proporción de las columnas, harto parecidos, y tomados de la del hombre, que responde a seis altos del mismo pie, y se toman licencia para llegar a siete, aunque está con más licencia en el jónico. Tiene por cada lado, contando los rincones o án-

gulos, doce pilastrones cuadrados, con su basa y capitel; por la parte de adentro (dentro llamo lo que cae al jardín), donde tiene la fachada y la vista, se levanta un pedestal de cinco pies y más en la medida diagonal que pide el arte, con basa y cornisa, bien labrado, que resalta pie y medio del pilastrón, y sobre él carga una columna de media caña, con su basa y capitel de orden, como digo, dórico. Por la parte del ándito y de la procesión tiene otro pilastrón cuadrado, de una cuarta de pie de relieve, que sube hasta la imposta; el claro del arco tiene en alto, desde el antepecho, que es igual con el pedestal, veinte pies, y de ancho, la mitad. Encima corre por los capiteles de las columnas el alquitrabe, gotas, triglifos y metopas desnudas, y la cornisa con sus partes bien consideradas y de buena salida. Responde en la pared de enfrente, en la misma proporción del antepecho y pilastra, otro pilastrón de la misma piedra con medio pie, digo, con menos, de relieve, y va haciendo sus arcos respondiendo a los claros, capillas y bóvedas de piedra, todo bien labrado y con mucha gracia. Los pilastrones de las esquinas son doblados, para que respondan con sus columnas y pilastras dentro y fuera, y para el ángulo de adentro en los arbotantes. Viene todo este orden desde el suelo primero hasta el ábaco de la cornisa, justos treinta pies; sobre ella asientan los pedestales del segundo y los antepechos, que, como dije, es orden jónico y guarda lo mismo todo que el bajo dórico, salvo que el antepecho y pedestal no tienen más que cuatro tercias. Hace sus pilastrones cuadrados y columnas de media caña, con todos los demás miembros y partes que pide este orden, que se han guardado en toda esta fábrica con singular estudio, sin añadir ni componer, como han hecho otros arquitectos atrevidos, sin guardar el respeto que se debe al arte y a los antiguos, que tan bien entendieron esto. La columna con su pedestal, basa y capitel tiene de alto veintidós pies; el resto todo hasta la cima o mocheta, cuatro pies. Los claros de los arcos son los mismos que los bajos, de a diez pies, y el alto en doble, contando en ello el antepecho, o midiendo desde el suelo; de suerte



que tiene tres pies y medio menos de alto, por razón de que quedase más abrigado, que en tierras frías se ha de tener cuenta con esto; y aun después acá se determinó echar ventanas de madera con sus tableros de nogal bien labrados, y de la parte que les da el sol y el agua, dado de color verde, para que sea más durable y se defienda la madera; y así queda hecho el claustro por los treinta pies, unas galerías cerradas y guardadas en el invierno de los aires del frío, y en el verano, del sol; de suerte que es ir por él como por una celda larga y espaciosa, cosa por extremo acertada, de mucha grandeza y provecho; por las paredes de dentro de este alto hace lo mismo que en el de abajo, respondiendo a los claros otros cerrados que de la imposta arriba en los dos paños de Mediodía y Oriente hacen ventanas abiertas, para dar luz a los callejones de las celdas altas que están en ellos, y tienen sus antepechos de hierro; en los otros dos, que son el de Poniente y Cierzo, las tiene cerradas, haciendo sus compartimientos en ellas, porque corre por todo el claustro una cornisa igual a los capiteles de las pilastras, y así dejó hecho un cuadrado de columna a columna, que está enlucido de estuque. Por remate de este segundo orden jónico, y para adorno de todo el claustro, se hizo un antepecho encima de la cornisa, abierto, y con sus balaustres y pasamanos, asentando a plomo sobre los pilastrones y columnas otros pedestales, que son la fuerza del antepecho, haciendo sus resaltes y guardando el mismo orden que los bajos; encima de ellos están las almenas o acroteras, con bolas, que les sirven de remate. De suerte que desde el asiento de los pedestales bajos de este segundo orden jónico, hasta el pasamanos de este antepecho, hay justos treinta pies; y en toda la fachada de esta arquería, justos sesenta, guardando todo mucha proporción y medida. Y es así que este claustro es una de las cosas más bien entendidas y puestas en arte, y de mayor grandeza que ahora conocemos, no solamente en España, que eso ya se ve, sino en Italia y adonde más se sabe qué cosa es buena arquitectura; y cuando ésta se perdiese, se conservaría en él,

en cuanto a lo que a estos órdenes toca, porque no tiene cosa que ofenda ni miembros de más ni de menos, con las medidas y proporciones tan puestas en razón y bien advertidas, cuanto en alguna de las fábricas tan veneradas de nuestros anticuarios se puede desear. Por este claustro hacemos las procesiones los días de fiestas principales, porque las de los difuntos y otras más ordinarias se hacen por los dos claustros pequeños donde nos enterramos, o por el cuerpo de la iglesia, que hay harto espacio para ellas y parecen muy bien.

Las piezas que rodean este claustro en el bajo, por la parte del Norte está la iglesia, y se entra en ella por una puerta grande que responde al claro del arco; por la de Oriente, la sacristía, con el zaguán y servicios de ella, con otras dos puertas grandes en el mismo lienzo, una al principio y otra al fin, en la misma proporción y correspondencia. Por el lienzo de Mediodía, los capítulos y celda baja del prior, con otra puerta en el medio del lienzo por donde se entra a los Capítulos; y cada cosa de éstas quiere que hagamos discurso de ella, porque lo merece. Por el lienzo de Poniente está la iglesia pequeña, que sirvió de prestado, y la entrada del zaguán o recibo, de que ya hicimos memoria, y también tienen otras dos puertas grandes en mucha correspondencia, que se miran con las otras dos del paño de Oriente; de suerte que tiene el claustro bajo seis puertas grandes de una misma medida, de ocho pies en ancho y proporción duple. En medio de estas dos piezas se hacen cinco claros o arcos abiertos; los dos sirven de tránsitos para los claustros pequeños desde el grande, que son también de piedra, bien labrados, guardando el orden del antepecho, que va respondiendo de una y otra parte.

#### ESCALERA PRINCIPAL

Los otros tres sirven a la escalera principal, que es una de las cosas bien acertadas y hermosas que hay en esta fábrica. La traza la dió un Bergamasco, hombre de mucho ingenio en pintura y arquitectura. Tiene esta esca-



lera de cuadro en toda la caja, por la entrada hasta el testero, que podemos llamar lo largo, cuarenta y cinco pies; por el ancho, cuarenta; la entrada para subir del claustro bajo no tiene sino lo que responde al claro de los arcos, ni se le pudo dar más sin corromper el orden de la arquitectura que viene corriendo con gran uniformidad, ni se podía disminuir en unos para dar a otros sin notable fealdad. En entrando por el arco y pasados los dos pilastrones, tiene de ancho cada escalón más de diez y seis pies. Sube derecha con sólo este orden hasta quince pies en alto, con veintiséis escalones, haciendo una mesa a los trece, y luego a otros trece otro descanso y mesa grande, que toma todo el ancho del cuadro, que, como dije, tiene algo más de cuarenta pies de travesía y doce desde el escalón a la pared. Siempre advierto que en estas medidas no se fíen mucho del pitipié de las plantas que están en las estampas de Juan de Herrera, que, por ser tan pequeño, no puede ser muy fiel. Por esta mesa se entra a los quince pies de los claustros pequeños, y desde ella se parte la escalera en dos ramas o brazos: el uno vuelve sobre la mano derecha, y el otro sobre la izquierda, y suben hasta el claustro grande, haciendo en medio, a los trece escalones, otro descanso de cada parte, como en el ramo que subió derecho. De suerte que en treinta pies de alto hay cincuenta y dos escalones y cuatro mesas, y así quedó llena, suave, apacible, alegre, clara, hermosa, desenfadada y con todas las buenas partes que se pueden desear en una buena escalera, parte tan principal y tan difícil de acertarse en los edificios. Las gradas son todas enteras, de una pieza y buena piedra; los pasamanos de la misma manera, con buenas fajas y compartimientos y otros adornos, porque en los arcos colaterales de la entrada, sobre donde revuelven los dos brazos de ella, están unos nichos grandes con sus asientos, dos de cada lado; en el testero de los quince pies hay otros tres nichos, también con sus asientos; los que se asientan allí tienen delante una muy alegre y varía vista, arcos altos y bajos, y por los lados escorzos y perspectivas en arquitectura excelentes, que se hacen

con las líneas visuales que salen de los ojos, nichos, puertas, jardines, frescuras, fuentes, estanques, pinturas, estatuas, que todo junto se viene delante, recreando con su compostura el alma; la bóveda es muy alta, porque encima de la cornisa de piedra que corre alrededor por encima de los capiteles de las pilastras se levantó un pedestal grande, que, a mi parecer, tiene ocho pies de alto, poco más o menos, con sus compartimientos de estuque, blanco como la nieve, y encima de él corre otra cornisa de lo mismo. Luego vuelve la bóveda haciendo sus lunetas y ventanas, cuatro por cada lado y tres por los frentes. La bóveda, que también está estucada, está bien compartida y de buena gracia. Encima de los nichos de la mesa que atraviesa y hace tránsitos a los claustros están tres historias al fresco, y otras dos encima de los claros que responden a estos tránsitos, que acaban de echar el sello a la perfección de esta escalera, de que haremos luego memoria. Finalmente, es toda ella una pieza que los que por momentos subimos y bajamos por ella no nos hartamos de mirarla.

PINTURA DEL CLAUSTRO BAJO PRINCIPAL  
AL ÓLEO Y AL FRESCO

Dicho he como he podido la arquitectura del claustro alto y bajo. Diré ahora del adorno de entrambos. Está el claustro bajo pintado todo al óleo y al fresco, de suerte que en todo su contorno hay cuarenta y seis historias del Testamento Nuevo, desde la Concepción de Nuestra Señora hasta el Juicio Final que aguardamos, repartidas por los arcos de dentro, que responden a los claros de fuera, contando los cuatro ángulos y rincones, en que hay ocho, y las cinco que dije están en la escalera principal, que también responden a los claros de los arcos por donde se entra a ella, y los callejones para los claustros. Comienzan estas historias desde la puerta por donde salimos con las procesiones de la iglesia al claustro, y luego en el arco y claro de la mano izquierda, porque así volvemos luego con la procesión, está la Con-



cepción de la Virgen Santísima, que es como la primera piedra que Dios puso en la fábrica de esta nueva alegre del Evangelio y Testamento Nuevo que quiso hacer con los hombres. Y de la otra parte de la misma puerta, en la mano derecha, está el examen postrero que hará con nosotros para ver si cumplimos tan bien lo que con él asentamos, como él lo cumplió de su parte, donde se acaba la procesión, y no hay más que andar ni que negociar, porque los que lo cumplieron entrarán en su templo y en su gloria con los que anduvieron bien la procesión; los que no, quedaránse fuera como vírgenes locas o siervos perezosos que no supieron granjear. Para que se vea que no está la pintura hecha al acaso. Repartióse toda entre cuatro maestros, dos españoles y dos italianos. La pintura al fresco de los claros de los arcos todos, con el anguyo o lincón que está junto a la iglesia pequeña, que es lo principal, se le dió a Peregrín de Peregrini, milanés, hombre valiente en el arte, de mucha invención y caudal, así en el historiar como en el dibujo, uno de los más señalados discípulos y seguidores de la manera de hacer de Miguel Angel, como se muestra en todas las obras que aquí quedaron de su mano, de que haremos relación en sus lugares propios. De las de este claustro diremos ahora alguna cosa. La primera estación, como dije, es la Concepción de la Virgen, una historia bellísima; abrázanse el Santo Joaquín, o, como le llama San Mateo, Jacob, y Santa Ana, su mujer, en la puerta dorada (admitiéronse en estas historias primeras de la Virgen las que el vulgo tiene recibidas, porque no hay otras más asentadas ni ciertas), dos figuras de lindo dibujo y movimiento que representan bien aquella pureza y gracia que en los padres de la Señora nuestra se puede imaginar. Descúbrese un pedazo de buena arquitectura donde está la puerta dorada, y por el claro de ella una calle con unos lejos excelentes, donde se ven personas y ventanas, y puertas, que hacen al propósito; por otra parte, unos hermosos paisajes y campos, donde están los ganados y pastores del Santo Patriarca, y cómo le habla allí el Angel, con otras figuras grandes y pequeñas, según las distancias,

todas inducidas con gran consideración y vagueza, por decirlo a la italiana. Tras ésta se sigue la Natividad de la misma Señora nuestra. Fingió un pedazo de edificio cortado para que se viese lo de dentro de una casa ordinaria. En la pieza más alta está la santa matrona Ana sentada con gran compostura en un lecho, y parece quedó más hermosa después de tan singular parto, porque tiene una elevación particular. En la parte más baja del aposento están unas mujeres aderezando la niña recién nacida, tan al vivo, que parece se ve lo mismo que fué. Luego, en el tercer cuadro, la presentan sus padres en el templo, donde hay un lindo pedazo de arquitectura puesto en perspectiva, y la niña divina se ve cómo va subiendo por sí sola las gradas del templo con tan alegre semblante como quien iba a la Casa de su verdadero Padre. Introdujo en esta historia dos pobres, desnudos, que pedían limosna junto a las gradas, en que muestra bien lo mucho que alcanza en el arte y qué bien tenía entendido el cuerpo del hombre, porque son figuras de mucha fuerza, relieve y dibujo. Luego se sigue la cuarta, que es el Desposorio de la misma Reina con el Santo José, historia excelente y a mi parecer de las más bien tratadas que hay en el claustro; tiene otra arquitectura bien entendida; vense en ella cabezas de viejos y mozos y de todas edades, mujeres hermosas y mancebos de linda gracia, y todos muestran alegría y están como regocijados en ver aquella milagrosa unión de los desposados. En todas estas historias, como advertí, se va presuponiendo lo que el vulgo tiene recibido en esto, tomándolo de una carta que ha muchos años anda entre las obras falsamente atribuidas a San Jerónimo (1), enviada de él a los dos santos varones Cromacio y Heliodoro, según lo fingió el atrevido e ignorante escritor, pensando que San Jerónimo se parecía a él. Ya tengo dicho en otra parte lo que a esto toca; no hay para qué detenerme en ello. Tal cual es aquello, al fin está publicado entre los fieles, y conforme a lo que allí se dice, se vé aquí a San

(1) In vita D. Geron.



José con la vara que floreció en su mano, que era la señal del cielo para que se mereciese tan alta esposa. Las dos figuras principales de la Virgen y José son verdaderamente singularísimas, llenas de honestidad y hermosura. En el claro del arco quinto se ve la Anunciación de la Virgen, que aunque con ella nos vino toda la buena dicha, esta historia no la ha tenido, porque ya se ha pintado dos veces y ninguna ha satisfecho; mejor es la sexta, y de más nueva invención, que es la Visitación a Santa Isabel y la casa de Zacarías, que tiene hartos cosas buenas. Aquí entra el primer rincón y ángulo del claustro que está junto a la puerta de la sacristía, en que hay muchas historias. Hacen todos dos frentes y dóblanse las historias, porque se cierran y abren las puertas de los encasamientos, y así se procuró que abiertas y cerradas guardasen el mismo orden y no se cortase el hilo de la historia, y esto quede dicho para los demás ángulos. En el primero de éste se sigue luego la Natividad de nuestro Salvador, en el nicho o encasamiento, al óleo, así dentro como fuera, y el aparecimiento del Ángel a los pastores, y la Circuncisión del Señor; estas dos en las puertas, cuando se abren y cuando están cerradas, en lo que tapan de la pared al fresco. En el segundo testero está la Adoración de los Reyes; en lo principal del nicho, y en las puertas, cuando se abren, se ve el Bautismo de nuestro Señor en el río Jordán, y el Milagro de las bodas convirtiendo el agua en vino, cada una en su puerta, y cuando están cerradas, en lo que tapan de la pared cuando están abiertas, al fresco pintadas. De suerte que en cada uno de estos rincones hay doce historias, aunque, como digo, no son más que seis, sino que se pintan dos veces, con diferente invención y postura. Pintó esta estación, con hartos estudio y cuidado, Luis de Carvajal, hermano de Juan Bautista Monegro, cuyas dijimos son las figuras y estatuas de los Reyes y de San Lorenzo. Entra luego el paño y banda de Oriente que cae en la parte de la sacristía. En pasando la puerta de su zaguán, que está en el primer claro, se sigue la historia de la Purificación de Nuestra Señora, y puede ponerse

entre las primeras y mejores de este orden. Lleva la Virgen en sus brazos al Niño, alegre y risueño; en la mano derecha, una vela, encendida; muestra entrar en el templo, que se representa con una excelente perspectiva, y, sin duda, son todas estas figuras valientes; la historia, galanamente repartida; lindas cabezas, bien labrado y buen colorido, y todo bueno.

Sin ésta, hay otras ocho historias en este paño y banda, hasta la otra puerta que responde a ésta en el último claro. La Huída de Egipto, donde se ve a la Virgen, con el Niño en brazos, sentada en un pollino, y juran todos que le ven caminar una cuesta abajo; José le lleva del cabestro; un ángel, de pies en una nube, los va guiando; una historia de solas estas tres figuras, artificiosamente puestas y repartidas y estimadas entre todas cuantas hay en este claustro, y con razón. Luego se ve la Muerte de los Niños Inocentes; la Vuelta de Egipto, y la del Niño perdido y hallado en el Templo en medio de los Doctores, preguntando y respondiendo, historia excelente y hermosamente trazada y dispuesta; parece se les ve en los rostros la admiración que exponía en alma tan celestial prudencia; luego se sigue la Tentación en el Desierto, poniéndolas todas tres con buen ingenio; la Elección de los Apóstoles y de los Discípulos después de haber estado orando en el Monte, y significó aquí, con mucho artificio, aquella diferencia de sentimientos que puede creerse o imaginarse; hizo esta elección en los unos y en los otros, porque los de la mano derecha, donde puso los escogidos para tan alto ministerio, están con semblantes devotos, humildes, gratos y santamente alegres, que parece se les ven estos píos afectos en el rostro y en los movimientos; los que quedan a la mano siniestra se muestran como tibios, descuidados, mal contentos y como quien no merecía se les hiciese aquel favor, que apenas cae debajo de los merecimientos, y pudo el maestro tanto con el arte, que nos quiso hacer ver en la pintura lo que no es fácil de conocer en el mismo natural y vivo. Está luego la Resurrección de Lázaro, historia bien considerada. La última de este lienzo es cuando echó Cristo de la Casa



de su Padre a los que vendían y compraban en el Templo; pluguiera a Su Majestad que los echara a todos y que nunca tornaran más a entrar, y que no hubiera razón de llamarle jamás cueva de ladrones. Aquí tomó Peregrino alguna demasiada licencia en inducir personas desnudas, que con la afición del arte y la gana de mostrarla se pierde muchas veces el decoro y la prudencia; y aun lo que fué peor: que la figura del Cristo, si bien se considera, está algo corrompida; la culpa fué del que la labró, que no la entendió bien. Son pocas las que el mismo Peregrino labró en este claustro de su mano. Y como Su Majestad, que sea en gloria, deseaba tanto verlo acabado, fué forzoso traer oficiales que labrasen lo que él dibujaba; que si él lo hubiera de hacer solo, aún no estuviera acabado. Oíle yo quejarse de esta prisa hartas veces, porque veía los defectos, y en el fresco no tienen remedio, sino hacerse de nuevo. Entra luego el ángulo y rincón segundo, que tiene el número de historias que el pasado. Pintóle un maestro italiano llamado Rómulo que vivió muchos años en España, y así dejó muchas obras de su mano; dicen que no era hombre de mucha invención. En las casas del Duque del Infantado, en Guadalajara, hizo muchas cosas al fresco y del grotesco que satisfacen a muchos. Las que pintó en este rincón son las dos principales del óleo, dentro y fuera: la Transfiguración del Señor y la Cena. En las puertas abiertas y en las partes que cubren de la pared están la de la Samaritana, y la de la mujer cogida en adulterio, y Cristo escribiendo en tierra la poca justicia de los acusadores, por haber en ellos otros mayores pecados y más graves adulterios. En la otra parte donde está la Cena, en la una de las puertas está la entrada festival y de los ramos en Jerusalén, y en la otra, el Lavamiento de los pies. Pintó en la de fuera la Cena legal del Cordero figurativo, con los báculos en las manos, y como gente que había de caminar luego. Y en la de dentro, la real y verdadera del Santísimo Sacramento del Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Tiene esta pintura buen colorido, y no le falta relieve. Torna a proseguir luego Peregrin las historias

en los claros de los arcos, y luego desde la primera, pasado este ángulo de Rómulo, comienza el discurso de la Pasión por todo este lienzo del Mediodía, en diez historias repartida, comenzando desde la Oración del Huerto, donde mostró mucho arte y grandes primores de su ingenio, variedad de posturas, escorzos y valentías, luces fuertes, gran relieve y posturas, o, como ellos dicen, habi-tudes extrañas con diversas arquitecturas, perspectivas excelentes y, al parecer de muchos, ya que se atrevió a hacer tantas extrañezas y ser tan inventivo, o, como ellos dicen, caprichoso, no había de fiar el ejecutarlo de otra mano que la suya, porque hay algunas cosas mal entendidas y con yerros o defectos que se pueden excusar mal. También osaré decir que se aprovechó en más de una parte de las cosas de Alberto, que para hombre de tanta invención es defecto, si no lo excusamos con la prisa que se le daba a que lo acabase. Llegó corriendo con estas historias hasta que Cristo sale con la Cruz a cuestras por la puerta de Jerusalén, donde representó harto al vivo aquel tropel y aprietos que en estos casos suele hacer la gente, unos a pie, otros a caballo, repujándose, riñendo; las cruces de los ladrones se divisan medio dentro de las puertas, medio fuera, y otros cien movimientos bien pensados. Representó la persona de nuestro Salvador arrodillado con la Cruz y el aprieto de la canalla, donde le encuentra la Santísima Madre. Puso el rostro de Cristo tan deshecho y tan consumido, que quiebra el corazón. El rostro de la Virgen no se descubre todo, que casi está de espaldas; en lo que se alcanza a ver, dió muestras del intensísimo dolor y sentimiento. Es, sin duda, una historia valiente de cien cosas buenas, y de mucha piedad y devoción. Luego se sigue el ángulo tercero, que es también suyo, donde, por ser casi todo de su mismo pincel y colorido, hay cosas excelentes y de mucha valentía y de singular hermosura y arte, así en lo del fresco como del óleo. En la primera estación de las dos principales está Cristo crucificado. En la de adentro le puso de frente, con mucho acompañamiento de figuras; la Virgen está en pie, y lo mismo San Juan



y las Marías, aunque la Magdalena abrazada a los pies del Crucifijo, en una postura artificiosa y que no ofende ni embaraza: todas muestran el vivo dolor y sentimiento que se pudo declarar con el pincel. Los sacerdotes y escribas, alegres y como triunfando en haber cumplido la medida de los pecados de sus padres; los verdugos o soldados, jugando o sorteando la ropa del Inocente. Toda la historia, al fin, tiene gran majestad y primor, y lo que es más, que juntó en ella mucha devoción y hermosura. Mostró aquí Peregrino que aunque hacía más de diez y ocho o veinte años que no había pintado ni hecho cosa de su mano al óleo, ni ejercitado el colorido, tenía gran talento y gracia en ello, y que si lo ejercitara, igualara con el Ticiano o con Antonio de Acorezo, príncipes del bien pintar y colorido. En la historia misma que se ve cerradas las puertas puso el Crucifijo de lado en un escorzo de gran ingenio, para darle el relieve grande que tiene, porque parece de bulto y que puede abrazarse; significa la ocasión del Sol obscurecido, y las tinieblas que se hicieron sobre la tierra sintiendo la muerte de su Creador, un cielo y aire cubierto y eclipsado, que hizo con esto admirable efecto para todo el relieve de la historia. Aquí y en otra estación que está en la pared, que cubre la puerta cuando se abre, puso a la Santísima Virgen, derribada y vencida del dolor; en ésta, de verle muerto y que le van a dar la lanzada; en la otra, de verle enclavar en la Cruz; mas hásele de perdonar, porque no se lo advirtieron, que las muchas pinturas que se ven con este desmayo, así antiguas como modernas, le hizo caer en este descuido, que él mismo me dijo le había pesado; y por variar el dibujo, hizo este agravio de poner desmayo en la más alta fortaleza de mujer que Dios ha creado, y que con ánimo invencible (aunque en extremo lastimado) ofrecía su mismo Hijo al Padre Eterno para satisfacción del linaje humano. Aunque también se advierta de paso que la costumbre de aquella gente era llorar sus difuntos sentados en tierra, postura de tristeza solemne, y esto aun no se lo consintieran los escribas ni a la Virgen ni a nadie en la muerte de Jesucristo, como se dirá más des-

pacio (siendo el Señor servido) en otra parte. En las puertas abiertas están las dos historias, de clavarle en la Cruz la una, y descenderle de ella la otra; entrambas, así en las puertas, al óleo, como al fresco, en la pared, son de su misma mano, como las dos que hemos dicho, y de tanta excelencia y perfección que no sé si su maestro, Miguel Angel, hiciera más en ella. Las dos de cuando le enclavan son de mucho arte, porque está el Cristo tendido en el suelo encima de la Cruz, y hace unos escorzos ingeniosísimos y de mucha dificultad. En la otra estación está por principal la Resurrección, que, aunque no la labró toda de su mano, la retocó y la realzó mucho; así la de adentro como la de afuera, tienen entrambas valientes escorzos y grande dibujo, posturas difíciles en extremo en los soldados que guardan el sepulcro, que, como en gente espantada, alborotada y despavorida, hubo lugar de mostrar mucho arte; tiene la de adentro excelentes luces y retoques, de unos arboles que se causan y salen de aquel gran Sol de Justicia, que se muestra rodeado de una aurora y mañana hermosísima, que a quien le mira, regocija el alma. En la una puerta está cuando le ponen en el sepulcro, y en la otra, cuando saca las ánimas de los Santos Padres; y lo mismo responde en los lados de la pared, cuando está cerrada, la estación. Lo que más aquí se pondera y nunca acaba de estimarse son las dos estaciones del fresco que se juntan en el propio rincón entre estas dos historias principales que son el Descendimiento de la Cruz y el ponerle en el Sepulcro, entrambas al fresco, en la pared, donde parece quiso esmerarse y mostrar cuánto valía en el arte, porque en muy breve espacio encerró estas dos historias, acomodando unas figuras muy grandes, de suerte que se gozan bien, y de tanto arte y tan bien labradas, que no las ha visto nadie que no quede satisfecho de ellas por extremo. Síguense luego en el paño del Poniente las historias de la Resurrección, en que están todos los aparecimientos que el Señor hizo después de resucitado, desde la primera, que está en pasando la puerta de la iglesia pequeña, que es la que tan piamente y con tantas razo-



nes se cree que fué a su Santísima Madre, aunque aquella fe vivísima de esta Soberana Reina le veía mejor con el alma y con los ojos del cuerpo, hasta la postrera que hizo a sus Apóstoles andando pescando San Pedro y San Juan en el mar, con otros de aquel Sagrado Colegio, en el mar de Tiberiades, y el Señor les habló desde la ribera, y en el convite del pez y del panal le conocieron. Las Marías y Santas Mujeres a quien se mostraron los ángeles y les dieron la buena nueva de la Resurrección, están en la segunda estación; y porque aquí se siguen luego los cinco claros que dije se hacen con los dos tránsitos para los claustros pequeños y los tres de la escalera principal, se pusieron las historias en los arcos que están en la escalera, que son la corrida que hicieron San Pedro y San Juan por la nueva que les dió la Magdalena, y cómo llegan admirados al Sepulcro; luego, la aparición a la misma María Magdalena; tras ella, la que el mismo Señor hizo a las Santas Mujeres; la cuarta, la que hizo a los dos Discípulos que iban al castillo de Emaus, y luego, la que hizo a los Discípulos la primera vez, faltando Santo Tomás. Esta y la de San Pedro y San Juan cuando llegaron al Sepulcro, no son de Peregrino, sino de Lucas o Luqueto Canjiaso, que las había pintado todas cinco; y porque no contentaron las tres del testero, se quitaron y las pintó Peregrino; las otras dos son la otra venida del Señor, cerradas las puertas, y estando Santo Tomás presente, una historia harto excelente y de mucha consideración, con una arquitectura en perspectiva bien acertada; y la postrera, la que dije del mar, estando los Discípulos pescando. No quiero detenerme en ponderar algunas cosas excelentes que se ven en estas historias, porque sería nunca acabar; y también pudiera advertir de algunos defectos que los maestros del arte y la envidia han hallado así en el dibujo como en el decoro de las figuras. Síguese luego el cuarto ángulo o rincón del claustro, donde por el mismo orden están, en lo principal de los dos testeros, la Ascensión del Señor y la Venida del Espíritu Santo, y en las puertas y en lo que les responde de la pared, otras dos apariciones que hizo el Señor a

muchos de sus Discípulos juntos, y la Venida y Descensión del Espíritu Santo, por la predicación de San Pedro y por la imposición de las manos de los Apóstoles sobre muchos creyentes.

Estas historias, y todo este rincón, es pintura de Miguel Barroso, español, que si fuera italiano le llamaran el nuevo Miguel Angel, y pegaráselo tras esto alguna más valentía, que ha sido común vicio de los pintores de España afectar mucha dulzura en sus obras, y avallarlas, como ellos dicen, y ponerlas como debajo de una niebla o de velo, cobardía, sin duda, en el arte, no siéndolo en la nación; en lo demás están estas historias muy bien tratadas y entendidas, buen repartimiento y colorido y de buen dibujo; sólo me parece que les falta la fuerza, y lo que es más de estimar en este maestro, que, sin haberse ejercitado mucho en pintar al fresco y en paredes, las cuatro estaciones que aquí hizo en los lados que cubren las puertas son muy buenas y parecen de los que han cursado en Italia, aunque nunca estuvo allá, donde se ve el ingenio del hombre, y mostrábale en otras muchas habilidades que tenía. Sabía bien la lengua latina, y no sé si la griega, con otras vulgares, la arquitectura, perspectiva y música. Díjome él a mí que le había aprovechado mucho lo que comunicó con Becerra trabajando de mancebo en su casa, donde infiero que si pasara a Italia y viera los originales y las buenas cosas de aquellos príncipes de este arte y los comunicara, como hicieron nuestro Mudo y el Becerra, fuera excelente hombre.

He dicho así de corrida lo que hay en estas cuatro estaciones y rincones del claustro; lo que falta hasta la puerta por donde comenzamos y salimos de la iglesia, son otras cuatro estaciones, de Peregrino, en que están las historias del Tránsito de Nuestra Señora, su Subida al Cielo y la Coronación en Reina Soberana sobre todos los coros de los Angeles; y la postrera, el Juicio Final, que es la postrera de las fiestas que celebrará este mundo, y la mayor que se puede imaginar, en que Jesucristo, Juez de vivos y de muertos, premiará según sus obras a todos, desde el primer hombre hasta el postrero, y se



presentará con todo su cuerpo entero delante de su Padre, entregándole aquel Reino que adquirió para su majestad y gloria.

Esta es toda la pintura de nuestro claustro, atropelladamente dicha y representada; pierde mucho en tratarse así, ni vale nada si no se ve, porque va siempre el alma del que por él pasea trasladando en sí con la fidelidad de la vista el espíritu de tan amorosos pasos y sintiendo unos alborozos y movimientos de otro género que los que pueden hacer de cosa terrena. Aquí viene bien lo que aquel maestro de muchas discreciones dijo en su arte: *Segnius irritant animos demissa per aurem, quam quae sunt oculis subiecta fidelibus*. Lo que hay mucho de doler es que el tiempo va tratando mal esta excelente pintura, porque el agua, el aire, el sol, la niebla, el calor y el frío la combaten casi irremediablemente, pues no hay muralla tan fuerte que esto no quebrante. Pensé acabar todo lo de este claustro en un discurso, mas excederá mucho de la medida, y así acuerdo repartirlo.

### DISCURSO V

*Prosigue la relación de las pinturas del claustro principal en lo alto, la fuente de su jardín y otras piezas notables.*

**A**UNQUE en el claustro alto no hay tanto adorno ni pintura como en el bajo, por donde pasamos tan corriendo por no cansar al que va viendo esta Casa, la que hay es tan buena que nos pudiéramos detener en ella muchos ratos. Dijimos que los claros de los arcos de la pared que responden a los de fuera quedaron cuadrados, porque corre una faja de piedra, continuando el nivel de los capiteles de las pilastras por todo el contorno, y encima se hacen unas lunetas repartidas con otras dos pilastrillas que le dan buena gracia, y así quedaron todos los claros blancos cuadrados, y de lindo estuque y también la bóveda, haciendo sus capillas entre arco y arco de piedra.

### PINTURA DEL MUDO

#### EN EL CLAUSTRO ALTO PRINCIPAL

En los frentes y testeros hay ocho cuadros grandes de mano de nuestro Juan Fernández Mudo. Fué (porque lo digamos de paso, que es digno se perpetúe su memoria) natural de Logroño, de padres honrados y nobles; nació mudo, y como desde niño le vieron inclinado a pintar y a cosas de dibujo, y que con carbones y con piedras, y con lo que hallaba, andaba contrahaciendo y borrajando lo que veía, le llevaron a la hospedería del Monasterio de la Estrella, de nuestra Orden, para que allí aprendiese algo de un religioso de aquel convento que se llamaba fray Vicente, que sabía de pintura: dióle algunos principios, y el fraile no los tenía malos; y como vió tanta habilidad en el muchacho, trató con sus padres que, pues se iba haciendo hombrecillo, le enviasen a Italia. Fué allá y vió cuanto bueno en ella había en Roma, Florencia, Venecia, Milán y Nápoles. Trabajó en casa del Ticiano y de otros valientes hombres de aquel tiempo. No sé que por sí hiciese alguna cosa de consideración: oíle decir a Peregrín, admirándose de las cosas que aquí había suyas, que en Italia no había hecho cosa de estima; creo que estuvieron juntos algún tiempo; con todo eso, pienso que tenía allá nombre, porque luego como se comenzó esta fábrica tuvo el Rey noticia de él, creo por vía de D. Luis Manrique, su Limosnero mayor, y le mandó llamar para que pintase algunas cosas. Lo primero que sabemos hizo aquí fueron unos Profetas de blanco y negro en unas puertas de un tablero, de la quinta angustia, que está ahora en medio de la pared de la sacristía, encima de los cajones, que, por estar de continuo abierta, no se gozan. Copió luego un Crucifijo grande y excelentísimo, que está en el altar de la misma sacristía, muy del natural, aunque Nuestra Señora y San Juan tienen las ropas no más que de blanco y negro. Contentóle mucho al Rey esta copia; mandóla poner en una capilla que tiene en el Bosque de Segovia. Ordenósele luego pin-



tase cuatro cuadros grandes para que sirviesen de retablos en la sacristía de prestado, que se hizo en el lienzo del claustro grande donde está la escalera. Acabados éstos, le mandaron pintar otros cuatro, para que sirviesen de lo mismo en la sacristía del colegio, que estaba de la otra parte de la escalera, en el mismo paño. Estos ocho cuadros grandes son los que ahora están en este claustro año, por el orden que aquí los iré poniendo, advirtiendo primero que se ve en ellos una notable diferencia, y que si apartaran los cuatro primeros a una parte y los postreros a otra, los juzgaran por de diversos maestros, aunque entrambos buenos; tanta mudanza hizo de los unos a los otros en la manera de la pintura. El primero de todos fué el cuadro de la Asunción de Nuestra Señora; adornóla con mucha diferencia de ángeles, unos vestidos, otros desnudos, con diversas posturas y escorzos ingeniosos y de su propia invención. Los doce Apóstoles que la contemplan subiendo por el aire, llenos de devoción y de espíritu, que se les echa de ver, se les van las almas tras ella. Todos tienen hermosísimas cabezas y rostros verdaderamente de santos. Está entre ellos el retrato de su mismo padre, y dicen que el de su madre es el mismo que el de la Santísima Virgen, porque era muy hermosa, y él salió también gentil hombre y de buen rostro, pintura toda muy acabada. Con todo eso, el Mudo quisiera no haberla pintado, porque la disposición de las figuras, que es en las historias parte principal, no le contentaba, y quisiera, si el Rey le diera licencia, borrarla y hacer otra, y tenía razón, porque la Virgen parece va apretada entre los ángeles y tan envuelta con ellos que fué poca autoridad y poca gracia. Hizo luego el cuadro del martirio de San Felipe, ocupando lo principal con sola la figura del Apóstol, en una excelente postura, y lo demás con algunos lejos, aunque parece todo ello algo desgraciado por el colorido de las ropas. Luego fué obrando el cuadro del martirio de Santiago, Patrón de España, hermosísima pintura, más que valiente, tan acabada, que parece iluminación. Está el verdugo fiero y muy airoso, extraño rostro y parece del natural, y así dicen que es

retrato de un mancebo oficial de Logroño; la actitud y movimiento es cuando pasa el cuchillo por la garganta del Apóstol, con tanta propiedad y naturaleza, que juraran los que le vieren que comienza ya a expirar: los ojos como vueltos, el color perdido, mudado el rostro, que pone compasión en las almas como si se viera el caso y hace venir las lágrimas a los ojos. Tiene lindísimos lejos, porque tenía en ellos singular gracia. Vese en una campaña rasa una batalla de cristianos y de moros, y Santiago, a caballo, que va haciendo riza en ellos. Aunque estamos mirando cada día esta historia, siempre se nos hace nueva, y siempre tiene qué mirar. La cuarta fué un San Jerónimo, en la penitencia y en el desierto, que, a dicho de cuantos la ven, es de las mejores cosas, así en el arte como en la hermosura y la labor, que se ha visto. Aquí en esta Casa creo hay las más lindas y artificiosas pinturas y cuadros de este santo que hay en Europa juntas, y de valientes maestros, mas ninguna tiene comparación con ésta. Puso al santo casi de frente y de rodillas, todo desnudo, ceñido con un paño blanco, y dándose con la piedra en el pecho; postura difícil, y tan bien entendida que en lo que toca al dibujo no debe nada a todo cuanto se estima por excelente; en el colorido y carne no hay más que desear, porque parece vivo. El rostro en escorzo excelente: viejo venerable, hermoso, grave y lleno de espíritu verdaderamente de santo. En una fuente que está a un lado puso al león bebiendo, y vese todo entero, linda bestia; en el contorno, paisajes de mucha fresca y arboleda, que no sé yo haya hecho Flamenco cosa tan acabada ni de tanta paciencia; y esta sola falta tiene, que en estar tan acabado no parece de hombre valiente, y también que San Jerónimo no escogió para su penitencia lugar de tanta amenidad y fresca, sino, como él dice, un desierto fiero, áspero y, aun para los muy perfectos monjes, espantable. En estos cuatro lienzos me parece a mí que siguió Juan Fernández su propio natural y se dejó llevar del ingenio nativo, que se ve era labrar muy hermoso y acabado, para que se pudiese llegar a los ojos y gozar cuan de cerca quisiesen,



propio gusto de los españoles en la pintura. Parecióle no era esto camino de valientes, y lo que él había visto en Italia, y que aunque su maestro el Ticiano había hecho algo de esto a los principios, que después siguió otra manera más fuerte y de más relieve, y que lo mismo había hecho Rafael de Urbino, y así en los demás cuadros que hizo no acabó tanto y puso más cuidado en dar fuerza y relieve a lo que hacía, imitando más la manera del Ticiano en los oscuros y fuerzas, y en los claros y alegres y que piden hermosura a Antonio de Acorezo, escogiendo lo bueno de los unos y de los otros, como se ve en los cuatro cuadros que ahora diremos, y en el cuadro primero (que fué de lo postrero que pintó) del recibimiento que Abrahán hizo a los tres ángeles: que en el colorido y encarnado de rostros, manos y pies no parecen sino los mismos que el Patriarca vió. En estas cuatro historias que restan del claustro alto es lo mismo. Hizo un Nacimiento de nuestro Salvador con admirable artificio: dale a la Virgen en el rostro el resplandor del Niño, y vese en ella una hermosura celestial con el afecto de Madre, y el Infante recién nacido que alza los bracitos para abrazarse con ella, entenece el alma de quien lo mira. Al Santo José le da luz de una candela que lleva en la mano, que también hace un efecto de admiración extraña, y se conoce la diferencia de la luz, que fué cosa de mucha consideración y primor. A los pastores que aun están algo apartados, y sin duda son lo mejor de este cuadro, les dan unas vislumbres de los ángeles, que hacen un singular efecto. Y oíle yo decir algunas veces a Peregrino, mirando este cuadro: «O le belli pastori», por decirlo en su lengua. Reverberan estas luces de unas partes en otras, ayúdanse para hacer claros y oscuros diferentes, cosa de mucho ingenio; pudiera hacer famoso a un hombre sólo este cuadro. Está ya algo maltratado, porque las humedades y destemplanzas del cielo le dan allí batería, y no se ha guardado con el cuidado que era razón; y también algunas copias que se han hecho de ella de mancebos que saben poco, han hecho su parte de daño. Más entera y guardada está la que mira a ésta

de frente, que es un cuadro de Nuestra Señora y Santa Ana con el Niño, San José y San Joaquín, con las más bellas y hermosas cabezas que se pueden desear. El Niño está como de bulto y carne viva; la santa vieja Ana es un rostro de singular artificio, que con significarse claramente la mucha edad, se le ven muestras de haber sido de hermosura en la edad pasada, que es mucho pueda hacer esto la pintura, que apenas lo hace la Naturaleza; y sobre todo, y lo que nunca se acaba de loar, es la cabeza, y toda la figura de San José; dicen que está tomada del natural, mas yo no sé si después de la del mismo santo hizo la Naturaleza tan linda testa. Aquí quiso jugar un poco y regocijar la vista: pintó una perdiz que parece ha de volar si llegamos a cogerla, salvo que se le ve que es mansa. También un perrillo y un gato, que riñen sobre un hueso, tan aferruzados y propios, que dan gana de reír; de quien pudiéramos decir lo del otro: *Aut utramque putabis esse veram, aut utramque putabis esse pictam* (1). El otro cuadro es de San Juan Evangelista, escribiendo el Apocalipsis en la isla de Padmos. Una figura valiente, como ellos dicen, galanamente plantada, de singular meneo, elevado el rostro, con un escorzo acertadísimo, porque tenía gracia en esto; el colorido de hombre varonil, extremado, vestido y ropas con mucho adorno, grave y hermoso; la campaña y los lejos llenos de arboleda y de fresca, con algunas visiones sagradas muy remontadas y casi imperceptibles, como lo que de ellas escribió lo es para los ojos de los hombres. Un águila, que desalada se abatió a hacer presa en una rana, que se descubre un poco en una fuente, que así lo hizo el Verbo eterno para sacarnos del lodo de nuestra miseria, incorporándonos en sí. Finalmente, un cuadro de una sola figura (con todos iguales), y tan lleno y tan bien adornado que quiere llevarse la ventaja entre todos, a lo menos los ojos de cuantos le miran, porque no se querrían apartar de allí. El último de estos ocho, y el primero en devoción, majestad, piedad, reverencia, es un Cristo a la columna, en una

(1) Mar., lib. I.



muy difícil postura y de gran artificio, porque está muy de frente, y la dificultad de figuras puestas así encarécenla mucho todos, y tienen razón, porque de ordinario se aciertan pocas, y pocas contentan. El rostro lleno de tristeza, hermosura y gravedad, que parece imposible juntar todo esto; los brazos le está atando por detrás un verdugo, con el azote en la boca, por desembarazar las manos. ¡Bondad de Dios, y qué de cosas nos hace leer en esta figura, si con atención la miramos! Tiene puestos los ojos y el semblante en el suelo, como hombre condenado y lleno de vergüenza, no de su desnudez, sino de la nuestra, y de las infinitas maldades que tomó sobre sus hombros y espaldas, para satisfacerlas con azotes y con cruz. Contrapónese a todo esto la fiereza y desenvoltura de los sayones y verdugos, que unos le atan y otros le amenazan y se la juran y aparejan los ramales. Más duro es que el mármol en que está aquel manso, humilde y obedientísimo Cordero atado, el que no quebranta su corazón y se derrite en lágrimas y pondera la gravedad de sus culpas el que mira tan viva representación. Estas son las ocho estaciones y cuadros que están en el claustro alto de nuestro español Mudo; por sólo gozar de ellas merece esta Casa la vengan a ver de lejos. Y al fin son, al parecer de todos, los que guardan mejor el decoro, sin que la excelencia del arte padezca, sobre cuantas nos han venido de Italia; y verdaderamente son imágenes de devoción, donde se puede y aun da gana de rezar; que en esto muchos que son tenidos por valientes hay gran descuido, por el demasiado cuidado de mostrar el arte. Estos dos claustros, alto y bajo, están solados de mármol blanco y pardo, hechos con las losas iguales algunos compartimentos, por salir de los escaques ordinarios.

JARDÍN DEL CLAUSTRO GRANDE Y LA FUENTE  
DE EN MEDIO

De la parte de dentro (digo de la plaza y cuerpo del claustro) hay un hermoso jardín, partido en diez y seis cuadros; los doce son de flores y verduras, que hacen diversas labores, y tan frescos y hermosos en todo el año, que no hay mes ninguno, ni tan apretado del frío ni tan pasado del calor, en que no se hagan en él muchos y muy graciosos ramilletes de sus flores, que se llevan a los Reyes y se ponen en los altares. Cada uno de estos cuadros tiene treinta pies por sus lados, porque no piensen que son pequeños; de suerte que en contorno tiene cada uno ciento veinte pies. Los otros cuatro sirven de estanques, que están siempre llenos de agua para el riego y para la hermosura. Estos son de mármol pardo variado, con sus vetas harto graciosas; por el derredor tiene cada uno dos gradas de lo mismo, y ellos por sus paredes o antepechos, con sus compartimentos y pilastras o términos. En medio de estos cuatro estanques, donde se cruzan las dos principales calles de estos cuadros que reparten el jardín, se levanta una hermosa fuente, no sé si la llamo bien así: no es fuente, sino uno como templo o cimborrio, en forma cuadrada, aunque por cortarle las esquinas es ochavado, y así los estanquillos por aquellas mismas puntas por donde habían de cuadrarse con las calles que cruzan, están también cortados, y dejaron plaza para asentar esta fábrica, y recibir ellos cómodamente el agua, como veremos. La materia por la parte de fuera es de piedra berroqueña de la mejor y más escogida; por la de dentro es de varios jaspes y mármoles, verdes, colorados, blancos, pardos y de otros colores; de suerte que parece una joya con su funda. La forma, como digo, es ochavada y cuadrada (dígoles así), porque cada forma de éstas hace por sí su efecto. La cuadrada son cuatro portadas cuadradas que vuelan fuera sobre dos columnas enteras que se levantan sobre pedestales despegados de la pilastra de detrás todo lo que



pide la basa y algo más. El orden es dórico, labrado como de plata; alquitrave, friso y cornisa, y todos los demás adornos; encima un pasamanos o antepecho, con sus términos y pilastrones, balaustres y remates de acroteras y bolas. Sobre esto se levanta un pedestal redondo, con sus compartimentos, y luego una cúpula o cimborrio partido, con sus fajas; encima, otra linternilla cerrada, adornada de nichos pequeños; luego, su media naranja, y encima, por remate, la Cruz. En los otros cuatro ochavados o cortes de este cuadrado se hacen cuatro nichos, que también los acompañan las columnas de las portadas, con el adorno de sus fajas y cuadrados. Pasadas estas cuatro portadas, arrimados a ellas y a los pilastrones de detrás, se hacen cuatro arcos triunfales, que ya he dicho por qué se llaman así. Estos son de jaspes de diversos colores, y, como dije, todo lo de aquí dentro lo es, y de hermosos compartimentos; tienen diez pies de ancho y veintitrés de alto, porque se cuenta el pedestal; en cada una se hacen dos asientos en unos nichos de jaspe, grandes y de una pieza, que fué menester mucho ingenio para sacarlos así, haciendo cierta manera de sierra que cortase en redondo, y tienen tanto pulimento que se pueden mirar en ellos como en espejos. En los otros ángulos de dentro, que también se cortaron para que no hiciesen esquina viva, se hacen otros cuatro asientos; de suerte que son todos doce, y no apretados, sino con mucha gracia y anchura. Suben por de dentro estos jaspes haciendo diversos cuadros y compartimentos, embutidos unos en otros, para la hermosura y vista, y queda formada una linterna o tribuna cerrada, con sus cornisas y fresos, y pichinas, todo bien entendido y repartido. La cúpula (como digo) es cerrada y remátase en media naranja, cortada con diversas fajas de alto a bajo, y lo mismo responde en lo plano del suelo, pieza toda ella muy hermosa y preciosa. A muchos les pesa ver este templete en medio de este claustro, porque, como es tan grande, que tiene de ancho y de diámetro treinta pies, y sube tan alto que iguala con los pasamanos y balaustres del claustro, ocupa mucho la vista, embaraza y aun

apoca la majestad del claustro, y, lo que es peor, que no tiene uso ni fruto. Lo que principalmente se ha de mirar, aun en los adornos de las fábricas; porque como los religiosos nunca tenemos libertad de hablar en los claustros sino con nuestra pena, fué cosa superflua hacer allí parlatorio, y para los seglares peor, porque como hablan sin recato, turban nuestro silencio. Y pásase mucho tiempo que no llega allí un religioso, ni lo ve, y así está casi perdido, sin uso. Preguntó Su Majestad, que sea en gloria, qué sería bien poner en aquellos nichos de fuera, y cómo caería el agua en los estanques, pues todo el fin de esta fábrica era hacer una fuente extraordinaria. Unos dijeron que las Cuatro Virtudes Cardinales; otros, los Cuatro Tiempos del Año; otros, que los Cuatro Doctores de la Iglesia, y otros daban en otras buenas imaginaciones; yo también dije la mía, y aunque no en todo, en parte le contentó a Su Majestad, y así se puso en ejecución. Imaginé este claustro como un místico paraíso terreno, y que de él, como de aquel que plantó Dios, salían cuatro fuentes o ríos que regaban toda la tierra, y mirando ahora el mundo con sus cuatro partes: Asia, Africa, Europa y la nueva América, hallaba que en todas, debajo del nombre e Imperio del Rey Felipe II, se predica la Ley divina y Evangelio de Cristo, y aunque en unas más, en otras menos, al fin en todas tiene vasallos fieles y cristianos debajo de su Corona. Para significar todo esto, ponía en el remate y cúpula de este templete la figura de nuestro Salvador, fuente y principio de todo nuestro bien; de allí se comunicó su doctrina y agua viva (que así la llamó él) en los Apóstoles y Evangelistas, que nos la dejaron siempre corriente y clara en sus Evangelios, y así ponía los cuatro Evangelistas en los cuatro nichos, y en la peana grande que tienen debajo, en el corte de las esquinas de los estanquillos, la figura de cada uno de los Evangelistas: Aguila, León, Becerro y Hombre, para que desde ellos se recibiese el agua en unas tazas o vasos que habían de tener en las manos derechas cuatro ninfas puestas dentro de los estanques, figuras de las cuatro partes del mundo: Asia, Africa, Europa y Amé-



rica, estribando con la mano izquierda én el escudo de las Armas Reales; de allí había de caer el agua en la alberca y estanque, y después salir a regar los jardines del contorno del jardín. Aunque le contentó al Rey el pensamiento, no quiso se ejecutase (como dije) en todo, por su gran modestia, sino que en lo alto de la cúpula y por remate se pusiese una cruz de mármol blanco, los cuatro Evangelistas en los nichos, con sus cuatro figuras en los pedestales, y que delante de ellas se pusiesen unos términos por donde saliese el agua. Las estatuas se hicieron de mármol de Génova, blanco como la nieve; lo mismo las figuras e insignias de los animales; los términos son de mármol pardo, con unos capirotos o coberteras de jaspe, labrado todo hermosamente por Juan Bautista Monegro, el mismo que hizo los Reyes y San Lorenzo. Procuróse que el Evangelista y su figura o símbolo hiciesen efecto, se correspondiesen y mirasen. Así, tiene cada uno un libro en la mano, y la figura levanta la cabeza a mirar al Evangelista, si no es San Juan, que él y su águila están como mirando a la parte Oriental, al Sol de hito en hito. Los libros están abiertos y escritos en cuatro lenguas: Hebrea, Griega, Siria y Latina. San Mateo tiene escrito en la una plana en hebreo, y en la otra en latín, estás palabras: *Euntes ergo docete omnes gentes; baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. San Marcos, en entrambas planas, en lengua latina, porque dicen escribió su Evangelio en Roma, dice: *Qui crediderit et baptizatus fuerit; salvus erit, qui vero non crediderit; condemnabitur. Signa autem eos qui crediderint haec sequentur; in nomine meo demonia ejicient, etc.* San Lucas, una plana en griego y otra en latín; dice: *Ego autem baptizo vos aqua; veniet autem fortior me, ipse vos baptizavit Spiritu Sancto et igne*. San Juan, la una plana en lengua siria, y otra en latín, dice así: *Amen, amen dico tibi; nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto non potest introire in regnum Dei*. Son estas figuras de los Evangelistas, poco más que el natural, de siete pies en alto; las insignias o símbolos de la mejor proporción que se les pudo dar, harto excelentemente labrado todo.

Las calles que cruzan por medio de esta gran fuente, y la que corre por el contorno junto a los pilastrones del claustro, son de a diez pies, de buenas losas; las otras calles menores que reparten los cuarteles son de a seis pies. El andar por ellas es de gran recreación para el alma y para el cuerpo; entrambas partes hallan aquí sujetos excelentes en qué emplearse, entretenerse, admirarse la mucha y excelente arquitectura que se viene a los ojos por tantas partes, y con tanta correspondencia; la variedad de las yerbas y de las flores, en que anda como envuelto; los estanques y ruido de los caños del agua; la pintura por cualquiera parte trae memorias dulces, tiernas, devotas; la escultura, jaspes, mármoles, columnas, arcos, ensanchan y regocijan el corazón y el espíritu, que va con los ojos cogiendo las flores y los frutos de lo que la pintura representa, que por no cultivar el hombre aquel primer paraíso donde le pusieron, fué ocasión que el Hijo de Dios viniese a correr todos aquellos pasos y estaciones que por el contorno del claustro se están representando.

No acertaremos a salir de este gran claustro, si nos dejamos llevar de lo que en el alma acarrea; salgamos aunque sea volando y por los tejados, diciendo de ellos (digo de los que le cubren y defienden) que son todos de plomo, asentadas unas planchas largas sobre froga de ladrillo, porque si asientan sobre madera, con la humedad y el calor se crían unos gusanillos que roen y taladran el plomo, como lo ha demostrado la experiencia. Las aguas se despiden por unos canales de plomo al jardín, dándoles mucho vuelo, para que no dañen las cornisas ni los arcos de los órdenes.



## DISCURSO VI

*Los capítulos, la celda alta y baja del prior y otras piezas del claustro grande, dignas de advertencia.*



ARA que no faltase nada en esta fábrica de cuanto bueno los antiguos ejecutaron en las suyas, no sólo en las partes principales y cuerpo del edificio, sino también en las menores, como son aposentos y piezas de dentro comunes, como salas y paseos, y asientos, que los griegos llamaron exedras, y nosotros las llamamos con los nombres de sus usos, como lonjas, aulas, capítulos, aunque Budeo nos reprende de bárbaros. Así se ven aquí algunas de este género harto excelentes. Los más principales son los dos capítulos. Estos caen en el lienzo de Mediodía; éntrase a ellos por una puerta grande del mismo claustro, que responde al claro del arco que está enfrente de la calle que cruza por medio de la fuente y templete del jardín. En entrando se ve una pieza poco menos que cuadrada, de treinta pies; en el frente tiene tres ventanas, con sus rejas, que caen a los jardines de los nichos de fuera. A los dos lados tiene otras tres puertas que se miran de frente: las de en medio son tan grandes como por la que entramos en esta cuadra; las otras dos que tienen a los lados son como las de las ventanas, de suerte que hacen buen orden y compostura. Aquí no hay asientos de ninguna clase, porque sólo sirve de zaguán para los dos capítulos que le tienen en medio. Encima de las puertas y ventanas están puestas algunas tablas y cuadros de pintura al óleo, retratos de algunos santos, como de San Francisco, Santo Tomás, Santo Domingo, que acompañan la pared que sobra entre las ventanas y la cornisa de la vuelta de la bóveda que corre alrededor de la cuadra.

## PINTURA DEL BRUTESCO EN LOS CAPÍTULO Y SU INVENCION

De la cornisa arriba está pintada de muy graciosos brutescos sobre estuque. Esta manera de pintura (por

decir algo de ella en este lugar, pues la hemos de encontrar tantas veces en este edificio) es nueva en España, y aun en Italia no ha mucho que resucitó, después de largos años muerta y olvidada, en tiempo del Emperador Carlos V, que comenzó a favorecer todas las buenas artes, y aunque por muchas partes de la sangre de los godos, grandes enemigos del Imperio y de los ingenios romanos singular patrón, como varón de tan buen gusto, de todas sus buenas obras. El modo como se tornó a usar esta pintura, fué que Rafael de Urbino y Juan de Audene, grandes maestros de pintura, entraron una vez, entre otras, con la codicia de desenterrar los primores antiguos en su arte, en los subterráneos o grutas de San Pedro en Víncula, donde dicen fué el palacio de Tito; encontraron allí algunos pedazos de esta manera de pintura; quedaron grandemente admirados de su extrañeza y hermosura, y de ver que el tiempo ni el lugar no hubiesen sido parte para quitar el lustre y la perfección de los colores. El Juan de Udine, o Audene, se dió a mirarla más atentamente; como era hombre ingenioso, comenzó a contrahacerlas, y probó tantas maneras de cal y de estuques y colores que vino a hacer cosas excelentes en este género de pintura, y por haberla hallado en aquellas grutas, la llamaron grutesco; otros la llamaron brutesco, porque ven en ella diferencias de animales y monstruos, como átiros, silvanos, ninfas, leones, tigres, y mezclas de unos y de otros; y a mi parecer, la llamarían mejor egipcia, de donde creo la trajeron los romanos, que barrieron todo lo bueno del mundo para ennoblecer su ciudad; porque como los egipcios figuraban con los símbolos de animales, ahora según la propia naturaleza de cada uno, ahora componiendo unos con otros, haciendo monstruos sus misterios, y la filosofía que no querían comunicar con todos, ponían en las paredes de los templos y en columnas y obeliscos que para esto levantaban, y en otros lugares sacros, estas figuras, que llamaron ellos notas sagradas, que servían de adorno y de doctrina.

Esto se ve en algunas reliquias y ruinas que se han conservado por la diligencia de los anticuarios y otra



gente amiga de estas antigüedades, y en Roma particularmente las conservan ahora. Redujeron esto los romanos a mejor forma, aunque no tan significativa a lo menos más galana, y usaron de ella para adornar las paredes de sus exedras y grutas, donde tenían baños y casas de recreación. De Italia ha venido a España y se ha extendido por Europa. Está, pues, este zaguán entre los dos capítulos pintado de este grotesco. Tiene la bóveda hechas sus lunetas encima de las ventanas y rincones, y sobre las cornisas de las puertas principales que se responden; la cornisa es de estuque, toda blanca. En el claro y cuadro de en medio de la bóveda se fingé un cielo abierto, con sus nubes, por donde se ven bajar algunos ángeles con coronas de laurel en las manos, para coronar a los que sufrieren con paciencia por sus culpas o sin ellas, y por el amor de la obediencia y penitencia, cuyo estado profesan las reprensiones y castigos que en aquellos capítulos les dieron sus Prelados. En el encasamiento o nicho que está encima de la puerta del uno se muestra el Santo Job, desnudo y llagado con las heridas que permitió Dios le infligiese nuestro adversario común, que por esto se llama Satán. Por los otros encasamientos y nichos que responden a éste hay otras figuras de Profetas, y por otros triángulos y cuadrados y otros compartimientos se ven figuras menores de ángeles con palmas y guiraldas de flores. Fíngese también que sustenta el cuadro de en medio, que tiene su cornisa y modillones de piedra fingidos, ocho términos que se rematan en figuras de cariátides, que sobre sus cabezas sufren todo el peso, que ya todos saben la historia de esto. Todo el grotesco está bien repartido con follajes y colores que alegran mucho la vista. Este es el zaguán, y por razón que la puerta principal por do se entra a él no vino en medio de la cuadra, se fingió con el arte otra puerta del mismo tamaño, que burla a muchos, según está de bien contrahecha, y pretenden abrirla, si les dan la llave que no es de allí. De aquí se entra en los capítulos, piezas de mucho desenfado, alegres, claras y de grandeza, que aunque a algunos se les ensangosta, a otros se les ensancha el alma

viéndose en ellas. El ancho es de treinta y cuatro pies; de largo, ochenta; entrambos iguales, o muy poca diferencia; de suerte que los dos capítulos, con el zaguán que está en medio, tienen doscientos pies de largo. Por la parte de dentro hacen las mismas puertas que por el zaguán, con sus jambas, linteles y cornisa, y trasdoses a manera de pilastras divididos. La cornisa que corre también por entrambos, blanca y de estuque, como la de la entrada; en los testeros están dos altares que se miran de frente; hay del uno al otro los doscientos pies que digo, y hacen correspondencia igual con las puertas de las entradas, y lo mismo hacen otras dos puertas que están a los lados de los altares, que todo tiene cuidado y consideración, y así no hay cosa sin orden y sin para qué. Las bóvedas tienen de alto veintiocho pies, poco más o menos, porque sobre ellas pisan las celdas del claustro alto, así tienen dos órdenes de ventanas: las unas, que son las bajas, rasgadas y con sus rejas; y las altas a los quince pies, con vidrieras que están encima de la cornisa donde vuelve la bóveda; de suerte que cada pieza tiene catorce ventanas, y al Mediodía todas, que están siempre con luz, y aun con sol en invierno, desde que sale hasta que se pone, alegres y calientes. Por alrededor hay en entrambos sus bancos y asientos de nogal, con espaldares y tableros, todos bien labrados. Entre ellos y la cornisa, mucho adorno de cuadros y pinturas al óleo, unos grandes y otros medianos, todos de maestros señalados, italianos, españoles, flamencos, alemanes, y todas de mucha devoción y llenas de piedad. En los dos altares que están en los frentes se ven dos cuadros del Ticiano muy dignos de su nombre: el uno es de San Jerónimo en la penitencia y desierto, y ya en la edad de viejo; figura de grande relieve y fuerza, una carne tostada, magra, enjuta, tan natural cual el mismo santo nos dice que la tenía, y allí como vivo nos lo muestra. El risco, árboles, león, fuentes y los demás paños y adornos del cuadro tan redondos y tan fuertes que se pueden asir con la mano. En el otro de frente está la Oración del Huerto, a la misma sazón de tiempo puesta que ella pasó. Toda la luz viene del ángel que



conforta a su Señor, y aunque está el Cristo más lejos que los Apóstoles, como le da en el rostro y en la ropa tan de cerca, se parece mejor, aunque ellos se ven lo que basta, puestos con tanto artificio, que no se puede desear más en aquel género. Las figuras son como del natural, y no sé cómo pudo en aquella obscuridad y con tan remota luz dar un colorido y fuerza tan grandes en todas, que las juzgaran como vivas, aunque dormidas, y unas posturas con tanto cuidado hechas, parecer descuidadas, que se le ve en la habitud cayeron como sin alma; parece imposible pueda llegar a tanto el arte. De los otros cuadros, que son muchos, no haré memoria en este discurso, que sería largo, y porque de los más principales de estas dos piezas, y de otras muchas que se ven en otras, haré alguna relación en un discurso particular. De la cornisa arriba están entrambos techos y bóvedas labrados con gran variedad de grutescos. El orden de ellos, excelente; síguense obras de follajes de yeso y resaltes de claro y obscuro, artesones con florones y vacinetas de lo mismo, y por de dentro de estos marcos van corriendo por sus listras y compartimentos mil bizarrías y caprichos de grutescos (hemos de hablar con sus términos, pues todo vino de Italia), donde se ven animales varios, aves extrañas, paños de diversos colores colgados, tendidos unos, plegados otros, pedazos de arquitectura, frontispicios, cornisas, cimborrios, sustentados falsamente sobre palillos, y otras cien monerías propias de esta suerte de pintura, que no pretende más que deleitar la vista con esta vaghezza; donde también se ven en diversos encasamientos toldos y nichos, figurillas de ángeles, en unos; de las Virtudes, en otros; en otros, medallas; todo tan vivamente colorido y labrado, que alegra y entretiene mucho; obra de los hijos del Bergamasco, Granelo y Fabricio; consiste la perfección de esto en los buenos contrapuestos y repartidos, variándolo todo de suerte que parezcan todos diferentes, y quien quisiere entretenerse, si le sobra tiempo, halla siempre cosas nuevas, y baste ahora decir esto así en confuso. Encima de las dos puertas y de los dos altares (por descender algún particular) se hacen unos

encasamientos o nichos como ventanas, y en ellas, en unos marcos o guarniciones como retablitos pequeños, están guarnecidas cuatro imágenes o figuras de piedra de pórfiro de medio relieve, cosa preciosa; estimábalas en mucho el Rey, así por el arte y labor, que es muy buena, como por estar en tan extraña materia. Es tan rara esta piedra de pórfiro, que no se sabe hoy en la tierra dónde haya alguna cantera de ella; y tan dura e invencible, que no se rinde ni aun a los diamantes, y así cualquier cosa que se labra en ella se ha de estimar en mucho; por estas razones se les dió a estas figuras o medallas tan señalado lugar, como a cosa de estima. Las dos de ellas son dos cabezas de nuestro Salvador; y las otras dos, la figura de Nuestra Señora con el Niño en sus brazos. Ilustrólas el Doctor Arias Montano, por mandato del Rey, con unas inscripciones que están en sus pedestales, doctas y elegantes, y aun misteriosas, y por eso acuerdo que las lean aquí todos, que allí no se alcanzan a leer muy bien. En la una cabeza de nuestro Salvador, que está encima del altar de la Oración del Huerto, dice:

*Hic lapis offensus serietque feretque ruinam.  
Hic & inofensus petra salutis erit.*

Puesto en castellano el dístico, dirá así:

*Ofendida esta piedra o despreciada,  
Mortal ruina e irremediable herida  
Hará en el ofensor, mas si es temida,  
Será refugio de salud cumplida.*

Hace alusión al lugar de Isaías en el capítulo octavo y al de San Pedro en su primera crónica, y a otros de la Escritura, donde se llama Jesucristo piedra de estropiezo, de reprobación y de muerte a los de la Casa de Israel, que no le creyeron ni reverenciaron como a su bien y salud, y libertad perfecta; mas a los que le recibieron y reconocieron, santificación y gloria, que son los dos efectos de la venida de Jesucristo al mundo. Aunque este segundo es el legítimo y propio fin de su venida,



y el primero por accidente, por la culpa de los que no quisieron admitir el bien que se entraba por sus puertas, como lo profetizó el santo viejo Simeón, cuando lo tenía en sus palmas, esta misma piedra angular, hablando con su Santísima Madre: «Mira, Señora, que éste (que en mis manos tengo, hijo tuyo) está puesto en resurrección y en caída de muchos en Israel». A la imagen de la Virgen que está en la otra puerta de este mismo capítulo, en la entrada, puso otro dístico, que dice:

*Hanc haec mirandam tibi protulit vinio gemam  
Auctori chara est utraque petra Deo.*

Puesto también en romance, suena así:

*Ves esta unión, ves estas perlas bellas,  
De aquí salió la piedra tan preciosa,  
Que te enriquece, y de su autor amadas  
Son sumamente, piedras tan preciadas.*

A la otra cabeza y rostro de nuestro Salvador, que está encima del otro altar de frente, puso esta inscripción:

*Iesu Christo divini templi lapidi Prestantiss D.*

A la otra imagen de Nuestra Señora, que está encima de la otra puerta, esta inscripción:

*Abraham. I. C. lapidicinae specimini duplici incomparabili. S.*

Todas las cosas de este doctísimo varón son de esta gravedad y piedad, todas están llenas de erudición y doctrina, y no será cosa fuera de propósito que yo declare algo de lo que aquí se encierra en la piedad y en el arte de estas inscripciones, y como se hacen a los que voy mostrando esta Casa, pues no se puede interesar otra cosa mejor en compañía de religiosos. Supuesto que estas cuatro imágenes y figuras, en la representación y oficio imágenes, no eran más que dos, el rostro de Cristo y el de la Madre con el Niño, usó de ellas así como de dos, y a cada una hizo una inscripción y un dístico, que sirve para declarar el uso y fin de la figura, y el fruto

que se puede sacar; entrambas cosas con la propiedad y estilo que las cosas arquitectónicas piden, que ha de ser muy distinto del estilo ordinario, poético u oratorio, porque ellas mismas tienen su propia manera de decir, que no la acertará el que no fuere diestro en la arquitectura, cosa que la alcanzan pocos, y menos la saben poner en uso. La inscripción encierra en sí el argumento de la fábrica o pintura, diciendo la virtud y excelencia de ella, y ésta se hace por alguna dedicación o como si dijésemos consagración, si es divina: el uso, la doctrina y el fruto que se ha de sacar de ella se declara o con un dístico o con un epigrama: todo ha de ser breve, lleno de significación y gravedad. Quien quisiere ver mucho y muy excelente de este género, lea el libro que este mismo autor hizo, intitulado *Humanæ salutis monumenta*, donde se ve todo esto en una admirable y provechosa práctica puesto. Viniendo a nuestro propósito, la inscripción es una dedicación o consagración de esta imagen, a memoria y dignidad de nuestro Señor, y así dice: *A Jesucristo, Piedra principal del divino Templo se dedica* (esta figura o imagen de piedra), porque siempre se ha de callar en las inscripciones lo que se ve con los ojos, y aquí alude a lo del salmo 117: *Lapidem quem repronaverunt aedificantes hic factus est in caput anguli*, donde se declara la grandeza y dignidad de nuestro Salvador; el fruto y doctrina que de esto se coge se muestra en los dísticos, como ya vimos, porque el que ofendiere a esta piedra de tanta dignidad y excelencia, quien no le recibiere y fuere rebelde a su obediencia, le castigará con perdición eterna, como lo muestran los lugares de donde se tomaron los versos. La inscripción de la imagen de Nuestra Señora con el Niño, que dice: *A las dos incomparables muestras o dechados de la piedra o cantera de Abrahán se consagra* (esta piedra o esta imagen); también aquí una hermosísima alusión a lo de Esaías, 51: *Attendite ad petram unde excisi estis. Attendite ad Abraham patrem vestrum*, etc., donde descubre la dignidad de la Madre y del Hijo, que ninguno de cuantos descendieron del linaje de Abrahán y Sara, ni todos juntos, se pueden



comparar con ellos. El fruto y el uso que se saca de tan alta contemplación y vista declara luego con los dos versos que ya tradujimos como mejor pudimos en cuatro, en que hace lindísima alusión de unión, a gema, que la una es perla y la otra piedra preciosa. Y ahora miremos la junta y unión de Dios y Hombre en el Niño, ahora la unión de Virgen y Madre, ahora la del Niño abrazado con su Madre, todas son uniones, joyas, perlas y piedras preciosísimas que enriquecen al hombre, y sumamente amadas del Padre Soberano. Quede esto dicho de paso, para que se tenga alguna noticia de lo que se ve en las inscripciones antiguas y de hombres doctos.

#### CELDA BAJA DEL PRIOR

Desde estos dos capítulos, donde aun se quedan hartas cosas que tenían bien que considerar, se entra en otra hermosa cuadra, que cae debajo de la torre que mira a Oriente, en este lienzo de Mediodía; tiene en cuadro treinta y cuatro pies; sirve de celda o de estancia el verano al prior, que está allí a mano para los negocios que se ofrecen. Podría decir que toda ella es un joyel, pues no hay apenas parte que no tenga algún particular adorno. Por estar en la esquina o ángulo, tiene ventanas al Mediodía y a Oriente, tres de cada parte, con rejas rasgadas hasta el suelo; las de encima de éstas, que son del orden de los quince pies, están condenadas, porque la bóveda cubre parte de ellas, y para que esté más fresca en verano.

Entre los macizos de estas ventanas hay algunos cuadros grandes que asientan sobre los azulejos, que están por lo bajo de la pared cinco pies, y más en alto. Los tres de estos cuadros son de Jerónimo Bosque, extraño hombre en la pintura, de quien haremos adelante memoria para descubrir algo de lo mucho que abraza su ingenio. Otros cuadros hay de un alemán o flamenco llamado Joaquín, de excelentes paisajes al óleo, aunque no de mucho dibujo; la una pintura es el milagro de los cinco mil hombres que el Señor hartó en el desierto con los

cinco panes y dos peces, y supo repartir tan ingeniosamente el cuadro, que poco menos los podemos contar todos. La otra es de nuestro Doctor San Jerónimo sacando la espina del pie al león: púsole en un desierto, y entre unos peñascos pelados, singularmente tomados, al parecer, del natural, que si hubieran los alemanes puesto tanto cuidado en saber el arte como en estos coloridos y labrado de menudencias, hubieran competido con los italianos, de quien están siempre tan lejos. Otras tablas hay de otros también de este género y más antiguas, no sé de quién son, mas sí que tienen no poca devoción. Vese también entre estas mismas pinturas un San Jerónimo de aquella manera de labrar antigua, que propiamente se llamaba obra mosaica, que es de varias pedrezuelas, tan menudas como unos granos de hinojo o anís, y de ellas, por ser de varios colores, hacen el rostro, el cabello, el ojo, la barba y la ropa, y cada cabello por sí, ora sea el color de las piedras, nativo o artificial, para labrar de estas piezas tan menudas, y asentarlas en un cuadro de media vara de alto, y hacer una figura de un santo con su león, y otras menudencias que allí se ven, era menester un año, y un hombre de paciencia eterna, cosa a mi parecer de poco ingenio y de menos fruto: no han querido los hombres dejar de probarlo todo. De estas obras mosaicas dicen que se ven ahora algunas en Roma, y muchas en Santa Sofía, templo principal un tiempo de Constantinopla, regalo y consuelo de la Iglesia griega, y de aquellos Emperadores cristianos, ahora, por nuestros pecados y por su rebeldía e inobediencia a la Iglesia Romana, miserable mezquita de Mahoma. Escarmentemos en cabezas ajenas, pues hay tantas en quien.

Adornan también esta celda un estante con libros, y ocupa el vacío de una puerta grande que está en medio de la pared, que hace división con los capítulos cerrada, para que tuviese más lugar la pieza; en el medio de este estante, que por esto me acordé de él, está puesto, en uno como retabillito de ébano, un Crucifijo con Nuestra Señora y San Juan, la más acabada y bien labrada cosa



en marfil que he visto de este género, aunque hay aquí mucho y muy bueno: no sé de qué maestro. Las figuras son como de una tercia. Encima de este orden de pinturas se sigue otro de retratos de Pontífices Romanos, bien copiados, enviados de Roma a Su Majestad por excelentes. La cornisa que corre luego encima de ellos por toda esta cuadra es también blanca, de estuque, y de allí arriba toda la bóveda está (como dicen) de oro y azul; tiene una pintura al fresco y un grutesco excelente, con grande estudio labrado, obra de un Francisco de Urbino, italiano, que desde mancebo se vino a España y se casó en Segovia; llevaba principio de ser de los muy valientes, y su mucho estudio lo prometía, y el buen ingenio o índole que le había dado el cielo. Murióse luego en acabando esta obra, y así no nos quedó de sus cosas más que ésta de que se puede hacer memoria. Los compartimentos de esta cuadra son como los que dijimos del zaguán de los dos capítulos, o el otro, por mejor decir, como éste, porque fué el primero, y el otro no más de imitación, que aunque es muy bueno, no tiene comparación. En el cuadro que hace en medio de la bóveda, sustentada, como dije, con aquellos ocho términos y cariátides, está la historia del juicio que hizo Salomón entre aquellas dos mujeres vendedoras o mesoneras, que la una, por haber ahogado a su hijo durmiendo, quería alzarse con el de la otra compañera. Declaró admirable el afecto y el vivo sentimiento de la madre, mostrando quería más llevarse su hijo sano y sin partir la que no era madre, que gozar ella de la parte que mirarla le había de rasgar las entrañas. Está la ansiada mujer derribada en tierra, enclavijadas las manos, en hábito de persona afligidísima, que mueve a compasión a los que la ven pintada, qué haría la viva. La figura del Sabio Rey y todo el meneo, excelente; historia muy a propósito para celda de Prelados, para que en ella aprendan a pedir sabiduría y conocimiento de mil casos que es menester venga la prudencia del cielo. Por el contorno hay excelentes follajes. En las lunetas y encasamientos hay algunas figuras de Profetas, y en unas medallas de oro

los cuatro Evangelistas, en cuatro ángulos o pichinas de la bóveda. Y las Virtudes Morales y Teologales, repartidas en otros encasamientos, todo de lindo meneo y actitud, labrado con excelencia. Finalmente, la pieza toda es bellísima; está el suelo de losas de mármol pardo y blanco, como los claustros y los capítulos, hechos compartimentos.

#### CELDA ALTA DEL PRIOR

Desde esta celda se sube por una escalera que, aunque es de las que llaman hurtadas, tiene harta anchura y alegría, a la celda alta del mismo prior, y aun hasta lo más alto de aquella torre. Tiene dos cuadras esta celda: la una cae encima de la que hemos dicho, pieza espaciosa y alegre, con muchas ventanas a las dos bandas de Mediodía y Oriente, seis bajas y seis altas, de donde se descubre una vista muy tendida y varia, haciendo diversos lejos y cercas, donde se ven arboledas y estanques, y gran copia de jardines, flores y fuentes, por todas partes. El adorno también de esta cuadra es excelente; pudiera hacer un capítulo largo, si quisiera detenerme a mostrar sus particulares por menudo; no se sufre callarlos todos; diré algunos. Están por los dos lados de la cuadra unos estantes de nogal bien labrados y ocupados con libros de todas las Facultades; en algunos senos o divisiones que se hacen en medio de ellos están como en sus encasamientos, guarnecidos de seda, algunas imágenes o figuras de alabastro o de mármol, harto excelentes y de extraordinario primor en el arte, como son la del santo Doctor Jerónimo, desnudo en la penitencia, aunque no tostado, como él dice, sino blanco, de la fineza de la labor y de la piedra; San Juan Bautista, con su piel o vestido de cerdas de camello, aunque las puede imitar mal el alabastro; un Crucifijo devotísimo, y otras piezas de valientes hombres, unas en piedra y otras en pintura. En la otra banda están los retratos enteros, y en pie, de los dos grandes Monarcas, el Emperador Carlos V y Don Felipe II, su hijo, entrambos casi de una edad, los hábitos diferentes. El



Emperador con las galas y atavío que en su tiempo se usaban, que aunque ha menos de cien años, porque él está de edad de veintisiete o veintiocho, parecen de ahora mil, según son diferentes de las que vemos. El Rey está armado de la misma edad y forma que se halló sobre San Quintín. Hay también algunos retratos de personas santas que florecieron entre nosotros ayer, como el del padre fray Luis Beltrán, de la Orden de Santo Domingo, y el padre fray Nicolás Factor, de la de San Francisco; dejó otras muchas imágenes de mucha perfección y devoción, y de insignes maestros, que enriquecieran otra cualquier casa donde estuvieran. De la otra banda, partiendo los estantes y cajones de los libros, está un rico oratorio que sirve de altar, donde cuando quiere dice el prior Misa con mucha decencia. Es a modo de una caja grande, cuadrada, cerrada por todas partes; por el frente se abren dos puertas. Dentro tiene muy preciosas reliquias, imágenes y agnus, todo guarnecido hermosamente, y cien dijes devotos, candeleros pequeños, cruces, crucifijos, ramilletes, pomas, laspes, y también ricas mudas de ornamentos para componerle, de frontales y frontaleras, y sábanas, casullas y cálices, conforme a la solemnidad de la fiesta; y para que no falte nada, indulgencias para todos los que en él hicieren oración. Encima de los cajones y estantes de libros hay dos órdenes de lienzos o cuadros de pintura, porque tiene más de veinticinco pies de alto. Unos de éstos son al temple, y flamencos, de lindos paisajes, en que se va significando el discurso de la vida del hombre por sus edades, desde la infancia a la decrepitud. Otros son de Nuestra Señora, en cinco cuadros de una buena intención y devoción; tienen unos ángeles en las manos unos paños en que le muestran todos los misterios de su Rosario, que de aquella suerte de pintura son de lo muy bueno. Los cuadros del orden más alto son al óleo, de algún excelente maestro, en que también están pintadas las edades del mismo hombre con mucho arte y primor, porque aquí las figuras son mayores y el principal intento de la pintura, que en los otros son pequeñas y lo principal son las verduras

y países. Junto con ellas por las otras dos paredes está aquella famosa historia del Diluvio, de mano del Basán, que con razón la estiman en tanto, aunque aquí, por estar tan alta, no se goza bien. Desde esta cuadra se entra en otra, que sirve propiamente de celda y de dormitorio, porque esta otra es muy común, y del oficio del prior; también hay que ver en ella (para que no digan que no lo mostramos todo). Encima de la puerta de la alcoba donde duerme está un cuadro de Nuestra Señora con el Niño y San Juan, que dicen es del valiente Rafael Urbino, labrada de su mano, y parécese, porque es excelente. En uno de los estantes de libros que también tiene esta celda hay un cuadro del Bautismo de nuestro Salvador, que fué la muestra que Juan Fernández Mudo trajo cuando vino a ser pintor de Su Majestad a esta Casa, y es de mucha estima, porque está excelentemente librado: donde también se ve cuán diferente manera era aquella de la que después siguió. Hay aquí otros muchos cuadros de que no hago memoria por no ser prolijo, y aun esto he dicho para que no entiendan encubro alguna cosa.

#### CELDAS DEL CLAUSTRO PRINCIPAL

Las celdas todas que están en este claustro grande, por las dos bandas de Mediodía y Oriente, son cuabras grandes y alegres, dos ventanas rasgadas, cada una la vista tendida y varia de cerca y de lejos. Tienen de cuadro en largo, de puerta a ventana, treinta y cuatro o treinta y cinco pies; de ancho, veinticinco, poco más o poco menos. Encima de estas celdas hay otras en el mismo claustro de poco menor tamaño. También este claustro alto está con losas de mármol pardo y blanco, y con los mismos compartimientos como en el suelo bajo. En las ventanas y claros de los arcos (como dije) se echaron ventanas y vidrieras, que lo hermocean y lo dejan como un aposento guardado. Quedan aún aquí en este claustro alto otras dos piezas que no es razón olvidarlas; en otra parte se fueran a ver de propósito. La una sirve de aula donde se lee a los religiosos del convento cada



día una lección de Escritura Sagrada o alguna materia teológica, conforme al mandato del Concilio de Trento. Está bien aderezada con asientos y espaldares y cátedra, todo bien labrado, de nogal. El suelo también de mármol, con sus compartimientos, y llenas las paredes de muy ricos cuadros de pintura de singulares maestros, de que haremos después memoria, (por no detenerme en cada parte tanto, juntaré mucho de esto en un discurso particular). Junto con esta aula está una piececita, o llamémosla camarín, pues ya hemos tomado licencia para tantos nombres nuevos en España: aquí hay excelentes joyas de pintura, escultura, iluminación y otras cosas menudas y preciosas. La otra pieza es una cuadro grande (míranse estas dos piezas de frente con sus puertas en el claustro alto); sirve sólo para tener las capas que los cantores se ponen en el coro, en las fiestas dobles y más precipuas, que, como son tantas y son menester tan de ordinario, si estuvieran en la Sacristía era larga la distancia, o no cupieran, aunque es muy grande. Para este menester está esta cuadro llena de cajones de nogal, labrados con el cuidado que los demás. Encima de ellos, adornando las paredes (y digamos la verdad, como sobrados), están algunos cuadros grandes de grandes maestros, dignos de que hagamos de ellos memoria, y será en el lugar prometido. Esto es lo más notable que se puede advertir en esta parte del edificio, que es la principal, y donde vive el cuerpo del convento, y las oficinas que son de más importancia, procurando lo que me ha sido posible que el lector quede satisfecho de lo que toca a la arquitectura y su grandeza, y de los más principales adornos, sin menudear en muchos singulares, que aunque hemos descendido a algunos, quedan otros infinitos. Antes de llegar a la iglesia, ni cosas suyas, como son la sacristía y los relicarios, quiero pasar a la otra banda que mira al Norte, donde no me detendré tanto, que por la semejanza que tiene con esto otro está ya dicho mucho.

## DISCURSO VII

*La fábrica y partes del colegio y Seminario, con lo que hay allí de consideración.*



DESDE aquella común entrada que llamamos vestíbulo o pórtico de la iglesia, echamos por la puerta de la mano derecha y vimos los cuatro claustros menores, con sus oficinas; de allí pasamos al grande, donde nos hemos detenido y aun cansado en ver tantas diferencias de cosas. Saliendo ahora por la misma puerta, caminaremos derechos a entrar por la que está de frente igual a ella, atravesando por delante de las puertas de la iglesia y haciendo inclinación al Santísimo Sacramento, porque se ve claramente, no sólo la custodia grande, sino aun la pequeña de dentro, y entraremos por ella a ver lo que hay en aquella parte de la Casa que parece como a trasmano: donde está el colegio de los religiosos y Seminario de niños, que es otro distinto colegio, como vimos en su lugar, en que se crían con tanto cuidado hasta que salen hombres, y muchos de ellos cantado Misa. En entrando diremos: aquí no hay ya qué ver, todo es uno. Los claustros, del mismo tamaño, la misma materia, la piedra, forma y arquitectura; pilastrones fuertes, cuadrados; las mismas fajas y verdugos; tres órdenes de suelos y arcos, fuentes de mármol, como las otras; parece que esto y aquello salió todo de una turquesa. Así es verdad, y aunque es tan uniforme el cuerpo de la arquitectura, en la disposición y repartimiento de las piezas hay algo que considerar, y tampoco están tan desnudas de adorno que no haya en qué entretener al huésped. Lo primero que se ve es que estos claustros están abiertos, y corre la vista de uno a otro por los claros de los pilares sin que le impida ninguna división y atajo, lo que no hay en los claustros del convento. De estos cuatro claustros (por declarar lo que la planta muestra, que no la entenderán todos), los dos sirven al colegio de los religiosos, que son



los que miran al Mediodía, y sus ventanas principales caen a aquel pórtico y patio grande que vimos en el segundo discurso. El otro que mira al Poniente y Norte, tienen los Seminarios. El cuarto, que hace espaldas a éste a la parte oriental, no es claustro, sino un patio, o, llamémosle en nuestro castellano, corral de gallinas, o de leña para la cocina y chimeneas. Está sin arcos, con sola la caja de las cuatro paredes, con alguna división para dar servicio a las cocinas reales, que están junto a él. Y fué bien considerado, porque de otra suerte quedara la leña y otros menesteres muy fuera de Casa; es del tamaño de los claustros, con poca diferencia, y al fin la parte más humilde (no por eso menos útil) que hay en todo el cuadro de la Casa; no se echa de ver, por estar tan retirada y arrinconada.

#### LONJA DEL COLEGIO

Entre los dos claustros que sirven a los religiosos colegiales, que fué los que comenzamos a mirar, se hace en el suelo bajo una lonja y paseo abierto, que se pasa de uno a otro sin escalón ninguno, muy espacioso y abierto, con muchos arcos que responden a los de los claustros, que como van dos órdenes de ellos por las dos bandas, y tantos pilastrones, y la vista lo atraviesa todo de una parte a otra, hace majestad y grandeza. Tiene en largo el paseo ciento veinticinco pies; de ancho, treinta y cinco, porque va correspondiendo a las piezas de la ropería y refectorio del convento. El techo es hermoso, de artesones de madera pintados. A esto llamaban los antiguos lacunaria; ahora los italianos los llaman palchi; nosotros (como digo), artesonados. La obra, por no ser muy distante ni muy cerca de la vista, tiene buena gracia; ni muy gruesa ni menuda, responde bien desde el suelo. Lo más de la labor es de claro y obscuro, como la han usado en muchas ciudades de Italia para estos propósitos hombres de buen juicio en salas y cuadros de la gente noble. En medio de las formas cuadradas que hacen los artesones ponen otras redondas u ochavadas, y

de otras maneras en esta buena perspectiva, que hacen mucho relieve, adornándolas de florones, páteras, mascarones, rodeadas y revestidas con follajes y grutescos; tiene algunos colores como azules claros, por donde se finge se descubre el cielo; en otras hay algunos cuadrados de verdes claros, y otras de carmines muertos, que le dan mucha variedad y hermosura. Las cornisas, cuerdas, filetes y fajas que andan alrededor y dividen los artesones, y hacen los compartimientos, son como fingidas, de yeso labrado y cortado, descubriendo por las aberturas el oro, que le dan mucho ser y ennoblecen la fábrica; todo está hecho con gran discreción y juicio, porque jamás junta dos frisos semejantes; siempre los mezcla y reparte con tanto artificio el maestro, que no se enfada la vista gozando de la variedad que tanto ama. Hay algunas cosas también obscurecidas y relevadas, que parecen faltan de las otras, y que son de bulto, sin que se puedan determinar los ojos cómo están labradas. Encima de los arcos responde un orden de ventanas con parapetos de hierro que corren por el contorno, y dan mucho ser a la lonja, porque parece un teatro, hecho de propósito para actos públicos y representaciones, donde cabe, y goza bien lo que se hace, mucha gente. Así se representaron delante del Fundador y del Príncipe que ahora es el Rey nuestro Señor, y de otras personas Reales, por los niños y estudiantes del Seminario, algunas comedias devotas, gozándolo con ellas sus damas y caballeros, conventuales y colegiales, y otra gente, sin embarazarse ni mezclarse, tanta es la comodidad y la anchura. Por los dos claustros bajos, en los testeros y frentes, están repartidos once cuadros, al óleo, de la historia y martirio del glorioso San Lorenzo. Los ocho de ellos son de mano de Bartolomé Carducho, italiano. Vino a España en compañía de Federico Zucaro, y después ayudó en muchas pinturas del fresco a Peregrino, en el claustro y librería, en cuya compañía aprovechó mucho. Estas historias son de su invención, y están harto bien tratadas. Creo que si se hubiera estado en Italia, donde se ejercita y estima en más este arte, y donde no cuesta tan caro el ganar de comer,



que en pocos años mereciera lugar entre los muy excelentes, y ahora no está lejos de ellos.

#### AULAS

Las piezas más principales que hay en este colegio, fuera de esto, son las aulas. Una de Teología, y otra para Dialéctica y Física, que ahora llaman Artes. Entrambas son de una misma traza; en el tamaño se llevan poco. La de Teología es de setenta y cinco pies; la de Artes, de ochenta y cinco; el ancho el mismo, que es de veintisiete; asientos y espaldares y bancos de facistol para escribir, de nogal bien labrado, y corren alrededor; por la parte de las ventanas hacen dos asientos: unos altos, para los maestros y gente de respeto; otros bajos, para los estudiantes. Están divididas las aulas con unas rejas de hierro altas, para que los estudiantes seglares que quisieren oír no se mezclen con los religiosos: así responden dos puertas grandes de frente en los testeros. Las por donde entran los frailes están a los dos lados de la lonja que dijimos, grandes de seis pies de ancho y doce de alto, adornadas con sus boceles y filetes, y en lo alto cobertores o capirotes volados, todas bien labradas y de piezas enteras, las jambas y linteles, y los trasdoses con sus modillones para sustentar los capirotes. El alto de la bóveda es hasta los treinta pies, y así tienen dos órdenes de ventanas: las primeras del primer suelo, y las de los quince pies, todas con vidrieras. Las bóvedas tienen compartimientos como artesonado, aunque se están blancas, y no tienen estas dos piezas, que son tan frecuentadas, ningún adorno, sino algunos cuadros de pintura de poca monta. Fueron desdichadas en morir el Fundador, que sin duda fueran de las mejores y bien adornadas piezas que hubiera en la Casa, porque estaba ya casi determinado que se pintasen al fresco. Habíanse hecho los diseños; viólos Su Majestad que está en el cielo, y holgóse con ellos, porque estaban repartidas las materias que se tratan en la una y otra escuela, de suerte que la pintura no sólo no estorbara a los oyentes, que fué

la razón toda de no pintarse al principio, mas antes ayudara a la memoria, y el maestro leyera lo mismo que las paredes mostraran con los colores a los ojos. En el aula de Teología, en el compartimiento grande que está en medio de la bóveda, se mostraba la Trinidad Santísima en un Trono; luego aquellas criaturas más altas, que son los ángeles; más abajo, el Sol, Luna y estrellas, y en lo ínfimo, la Tierra, con sus animales y plantas; por una parte se veía la creación del hombre; por otra, cómo pecaba comiendo del árbol vedado, engañado por la envidia de la serpiente antigua, y le echaban del Paraíso, y así se cifraba aquí todo lo que se lee en la primera parte de Santo Tomás, cuyas son estas cátedras y cuya doctrina se profesa. Y se veían aquellas dos emanaciones que hay en Dios, que nuestros teólogos llaman: *Ad intra et ad extra*. La de las divinas personas consubstanciales ab eterno, y las de las criaturas todas en el principio del tiempo. En los dos cuadros de los lados de la misma bóveda, en el primero se pone la Encarnación del Verbo Eterno, para remediar al hombre y levantarle a más alta dignidad que fué ordenado primero, para que reviente más de envidia el demonio, y allí el nacimiento de las entrañas virginales, y en los lejos algunos pasos de la vida de este Dios y Hombre. En el otro cuadro segundó, el misterio inefable del Santísimo Sacramento del Altar, secreto nunca revelado a ninguna generación antigua, como lo dice él al Apóstol, donde fué vencida la sabiduría de la astuta serpiente. Y en los lejos otros Sacramentos de nuestra salud, y así se encontraba en estos dos cuadros todo lo que el angélico Doctor trata en su tercera parte. En la correspondencia de las ventanas que están en la pared frontera de las vidrieras, que son siete, las Siete Virtudes, tres Teologales: Fides, Spes, Charitas, y las cuatro Cardinales: Prudencia, Justicia, Templanza, Fortaleza, en que se encierra la otra parte de la teología de Santo Tomás, que, por ser grande, la dividió en dos. En las entreventanas, que también son cuatro, se ponían los Doctores de la Iglesia Latina: Jerónimo, Ambrosio, Gregorio, Agustín, y en el cuarto,



que es más grande y casi doblado que los otros, San Agustín con Santo Tomás. De la otra parte en la correspondencia de éstas, los cuatro Doctores de la Iglesia Griega: Atanasio, Gregorio Nacianceno, Basilio y San Crisóstomo junto con San Buenaventura. En los dos testeros principales, encima de las cornisas de las puertas, en el uno la ley y pacto antiguo, una mujer anciana sentada en un altar de tierra, y a los lados, Moisés, David, Isaías, Esdras y otros santos escritores de aquel tiempo. En el otro de frente, la Iglesia en un Trono Real; por los lados, los Cuatro Evangelistas y San Pablo, acompañado todo esto con sus follajes y grutescos, que le diesen mucha gracia, como se vió en los dibujos. El aula de Artes se dividió también, por sus materias, en otros cuarteles y artesones que hace la bóveda, donde se ponían como principales y universales sujetos la Dialéctica y la Filosofía, los cielos y los elementos, el tiempo y otras cosas bizarras y de ingenio para el propósito. De todo esto ordenó los cartones Bartolomé Carducho, harto bien considerados; he dicho esto aquí, en suma, por si algún día, etc. Al fin de la lonja y paseo, otro cimborrio, en que también concurren estos cuatro claustros, o tres, como en el convento los otros cuatro, aunque es harto diferente; no es éste cuadrado, ni tiene el ventanaje que el otro, y aunque tiene doce puertas en el ándito primero por donde se entra a él y se pasa a la cocina y a la bodega y otros servicios, no son iguales: las cuatro de en medio, grandes; las de los lados, más pequeñas; de allí arriba está todo blanco, sin ventanas, porque no las hubo menester, no teniendo tránsitos a quien sirviese sino por sola una parte. En la cúpula tiene ocho ventanas con vidrieras que le dan bastante luz. Antes que entremos en el refectorio que está aquí junto, será bien considerar dos cuadros que hay en el testero de la lonja o paseo, entre las tres ventanas que caen al pórtico, y otros dos que hay aquí en este mismo cimborrio, porque son de grandes maestros, aunque están aquí como desterrados, o, digámoslo así, como derribados de su dignidad y asiento primeros. Los que están en el cimborrio son de Lucas

Cangiaso, que nosotros de ordinario llamamos Luqueto; son muy grandes y rematan en vuelta o en arco, con sus guarniciones y marcos dorados; el uno, de las Once mil Vírgenes; el otro, la Caída de Lucifer en aquella batalla grande que hubo en el cielo entre él y San Miguel, y los de cada bando. Pusiéronse estos dos cuadros en las dos principales capillas de la iglesia, que hacen testeros en la nave principal, cruzando con la del altar mayor. Descontentáronle mucho al Rey, así por la compostura de las historias como por el poco ornato que tienen las figuras, y un colorido muerto, sin gracia.

#### VENIDA DE LUCAS CANGIASO, PINTOR

Vino Lucas o Luqueto de Italia como a suplir la falta que había hecho con su muerte Juan Fernández, nuestro Mudo, traído por famoso y por valiente, y con mucha razón; hombre facilísimo en el arte, de extraña presteza y no falta de invención, aunque sí notablemente de adorno. El principal motivo de traerle fué para las cosas del fresco, en que tenía mucha práctica. Pintó aquí hartas cosas en breve tiempo, de que hablaremos en sus lugares propios. Estas dos historias parece que las hizo no más que para ganar de comer aquel día, según están de andaderas y al parecer poco más que bosquejadas. En el cuadro de San Miguel apenas quiso poner otro ángel bueno; todos los otros son demonios fieros, desnudos, en posturas extrañas y para altar feas, poco pías. En el de las Vírgenes, aunque puso algunas, para el número que pudiera significar fueron muy pocas y aquéllas de suerte que quitan la gana de rezar en ellas, y un solo verdugo que las está descabezando (tenía bien en qué entender), que, aunque la figura es airosa, es fea, mal vestida, y el colorido de todo ello descolorido y deslavado, y con todas estas faltas no se le puede negar sino que descubren la valentía del maestro, lo mucho que sabía y cuán diestro era en plantar las figuras y mostrar sin dificultad todas las partes, con singular proporción y movimiento.



## VENIDA DE FEDERICO ZUCARO, PINTOR

Los otros dos que están entre las aulas son del famoso Federico Zucaro; éste vino a suplir la falta que hizo Lucas Cangiasso, y suplióla tan bien como Lucas la del Mudo, que si hubiera éste, ahorráramos de conocer tantos italianos, aunque no se conociera tan bien el bien que se había perdido. Vino Federico con tanto nombre enderezado al servicio del Rey, por medio de personas tan graves y de tan buen juicio, y las estampas suyas le habían hecho tan famoso, que poco menos le saliéramos a recibir con palio. Entregósele luego todo lo bueno y cuanto él podía desear, que fué la pintura del retablo principal y de los dos colaterales de las reliquias, y algunas estaciones del fresco en el claustro grande. Todo esto pintó y poco de ello dió contento al Rey, ni a nadie, y ninguna cosa hizo que llegase con mucho a las esperanzas que se habían concebido de su nombre. Las dos historias de que aquí vamos tratando son las últimas en que puso la mano, con el mejor cuidado y estudio que supo; y las que habían de estar al lado de la custodia, en el altar mayor y muy a los ojos, que son la Natividad de nuestro Salvador y la Adoración de los Reyes; cuando las acabó, quedó tan enamorado de sus manos Federico, que quiso las viese Su Majestad antes que las asentasen, lo que no osó hacer en las otras del mismo retablo, pareciéndole que, como les había dado tanta fuerza para que relevasen de lejos, no serían tan apacibles mirándose de cerca. Estas, sí; y cuando llegó Su Majestad a verlas, habiéndolas puesto a la luz que le pareció responderían mejor, le dijo con harta confianza: Señor, esto es donde puede llegar el arte, y éstas están para de cerca y de lejos. No le respondió ninguna cosa, mostrándole aquel buen semblante y gracia que daba por respuesta a todos, que jamás lo supo dar malo a nadie. De allí a un rato que las estuvo mirando, le preguntó si eran huevos los que tenía allí en una cesta un pastor asiendo de ellos a dos manos para presentarlos a la recién parida Virgen Madre. Respondió

que sí. Notáronlo los que allí se hallaron, entendiendo había hecho poco caso de lo demás, y que parecía cosa impropia un pastor que venía de su ganado a media noche, y aun corriendo, pudiese haber allegado tantos huevos, si no guardaba gallinas. Pusiéronle, al fin, estos dos cuadros en el lugar para do se hicieron, y cuando le despidió haciéndole mucha merced, como se esperaba de tan gran Príncipe, mandó quitarlas del retablo, y con ellas el cuadro principal del martirio de San Lorenzo, que también era de su mano. Este se puso fuera de Casa, en una capilla que se hizo en este Sitio, donde los oficiales de la fábrica oyen Misa y se les administran los Sacramentos; y estas otras dos que son para de cerca y de lejos, como dijo su autor, mandó poner aquí entre estas dos aulas, que a pocos he visto den gusto, aunque, sin duda, son de lo mejor que aquí nos dejó. Y por acabar con esto de una vez, diré el remate de su vuelta a Italia.

Hechas estas historias al óleo, con las dos de las reliquias, Nuestra Señora y San Jerónimo, iba pintando al fresco con los oficiales que trajo de Italia la mitad de las historias del claustro principal. Las cuatro o cinco que estaban hechas, desde la Concepción de la Virgen hasta la de la Visitación, descontentaban tanto al Rey y a cuantos las veían, que se le dijo al mismo Zucaro. El se excusó que no las había labrado de su mano, sino unos mancebos, que se las habían echado a perder. Dióse traza que pintase él una de su mano, que fué la primera de la Concepción de la Virgen; salió tan perdida cosa, que aun parecían las otras mejores. Visto esto Su Majestad, le dió licencia para que se tornase a Italia. Dióle seis mil ducados, conforme al asiento que estaba hecho, que eran dos mil ducados cada año, y estuvo tres. Y con otras mercedes particulares que el Rey le hizo, le valió más de ocho mil la venida, y sin esto dicen le mandó dar más de cuatrocientos ducados de por vida en Italia, de que él fué muy contento, dejándonos acá muy poco gusto de sus pinturas. Cuando ya le había despedido el Rey y héchole tanta merced, fray Antonio, nuestro obrero, llegó y le besó las manos, diciéndole: Besoselas a Vuestra Ma-



jestad por la merced que ha hecho a Zucaro. Respondióle: No tiene él la culpa, sino quien le encaminó acá, aludiendo al disfavor del despedirle y no a la merced de que se le daban las gracias. Mandó luego que picasen las historias, y tornólas a pintar Peregrino como ya lo vimos en el claustro grande.

#### LEONARDO DE VINCI, PINTOR, Y SU CENA

Entremos en el refectorio del colegio: es una pieza bien proporcionada; el largo, sesenta, y el ancho, treinta pies, poco menos; bóveda de ladrillo, con sus compartimientos y fajas, ventanas y lunetas, y la cornisa que corre alrededor, de piedra. No tiene mucha luz, porque está en lo muy dentro del cuerpo del edificio, y sólo el patio o corral de la leña se la da por unas ventanas, que, como no están en el testero, no le alumbran todo ni bien. Está aquí una Cena del Señor, encima de la mesa de la cabecera y del orden de los azulejos, que aunque es copia de otro original, es tan valiente y tan buena que no hay en toda la Casa pintura ni cuadro de más consideración. Es pintura de Leonardo de Vinci, uno de los singulares ingenios que ha producido Italia, no sólo para la pintura, en que fué tan excelente, sino para todo cuanto emprendió; tanto caudal le dió la naturaleza, que saberlo todo le parecía poco. Músico grande y gran arquitecto, escultor, ingeniero o maquinista, y anatomista, filósofo y, al fin, lo que quería y en cualquier cosa que se reposara, que esto no había de hacer, fuera cosa monstruosa, sino que aquel fuego y viveza nativa del ingenio le hacían andar dando saltos de una en otra, como a muchacho que le hierve la sangre y no le deja estar quedo. De aquí vino que quedaron pocas cosas suyas acabadas, y las que hizo al fresco están ya maltratadas; y tales cuales están, adoran en ellas los del arte. Pintó esta Cena en la pared del refectorio de los religiosos de Santo Domingo, en Milán; llámase el Convento de Santa María de Gracia, y dióles tanta majestad y grandeza a los Apóstoles, y las cabezas salieron tan excelentes y graciosas, que no se

atrevió a acabar la figura del Cristo, dejando por hacer la cabeza, ni pudieron jamás con él que la hiciese, diciendo que no podía él formar idea de una testa tal que hiciese, como era razón, ventaja a las de los Apóstoles; fué necesario buscar otro maestro que la acabase. El Rey Francisco de Francia tuvo noticia de esta Cena, y refiere el Vassari que prometía grandes premios a los arquitectos e ingenieros que llevasen aquella pared a su costa a París, y hacer a los religiosos otra pared y otra Cena. En tanto estimó esta pintura; y al fin, como ninguno se atrevió, se quedó allí, y se llevó el pintor, cuando más no pudo. Aunque cuando Leonardo fué a Francia ya era viejo, y el Rey Francisco, que estimó en tanto los hombres de claros ingenios en buenas artes, le fué a visitar estando malo y al fin murió reclinando la cabeza en las manos de aquel valeroso Príncipe. Presentáronle al Rey nuestro Fundador esta copia en Valencia, que, como digo, es tan buena que quita la gana, digo, el deseo de traer acá el refectorio de Milán. Están todos los Apóstoles como desasosegados y con afecto inquieto oyendo decir a su Maestro y Señor que uno de ellos le había de vender; en sólo Judas se echó de ver un reposo recatado o fingido, como de traidor que está aguardando en qué ha de parar aquella plática: está recodado con el brazo izquierdo en la mesa, y con el derecho derramó el salero, como quien quebrantaba y rompía la paz y unidad de aquel celestial Colegio; mayor crimen aún que el de Lucifer, que turbó el cielo y la tierra. En la misma mano tiene llegada al pecho la bolsa, como quien la tenía en el corazón, o él en ella, donde le tienen muchos que se le parecen harto. Los rostros están vivos; parece que oímos a San Pedro lo que le pide a San Juan sobre aquel caso para despachar con el delincuente, según está el viejo desasosegado y mudado el color, y medio en pie; las ropas, los vasos, los lienzos y manteles, como si fuera ello mismo. Bastara esta obra a darle eterno nombre, cuando no dejara otra de sus manos. No sé yo ponderar otros secretos ni primores que aquí ven los que saben del arte: a cuantos le ven, si tienen algún sentido en esto, los pone



en admiración, que lo bien hecho y conforme al arte, imitador de la naturaleza, a todos contenta, aunque no todos alcancen el por qué. Aquí junto está la cocina del mismo colegio, una pieza tan buena que merece la nombres.

Para subir a los claustros, y hasta los desvanes, hay dos escaleras: la una como las de los otros claustros del convento; la otra es principal y bien acertada. Descansa en unas mesas de diez y ocho pies de ancho, de once en once escalones, y ella tiene de ancho más de ocho pies. En los claustros altos no hay piezas de consideración, si no es otro paseo en el andar de los treinta pies que pisa sobre la lonja de abajo, y también está abierto con el mismo orden de pilares.

#### CAPILLA DEL COLEGIO

Hay también en este suelo una capilla de setenta y ocho pies de largo, y veintiocho de ancho, con altar y retablo; sirve de que se junten allí los colegiales a decir maitines y la Salve de Nuestra Señora. Está enriquecida con un cuadro grande de nuestro Juan Fernández Mudo. Tiene la historia de cuando el tirano le dejó asado y muerto sobre las parrillas, y entraron en lo secreto de la noche San Hipólito y otros compañeros a hurtar el cuerpo para llevarle a enterrar. Historia y paso llenos de arte y de piedad. No la dejó acabada del todo; acabóla un su discípulo, y échanlo de ver los que saben algo. En el otro claustro, donde están los niños y estudiantes del Seminario, no hay que detenernos, porque es lo mismo. Las aulas, el refectorio y los dormitorios de invierno y de verano, y todo lo demás para el cumplimiento y buen servicio es de lo mejor que ahora sabemos para el propósito, y aun pudiera habitar en ello un muy cumplido convento de esta religión, porque no hay pieza, ni oficina, ni servicio en toda esta Casa que no sea digno de ella, propio para lo que se hizo. No hay aquí pinturas ni otros primores, porque, al fin, aunque vivan con mucho con-

cierto, los moradores son muchachos, y ni los han menester, ni los conocen.

#### DISCURSO VIII

*La casa y patio del Rey, con los patinejos de dentro, cuerdas y galerías y el aposento privado de su Majestad.*



UNQUE hay muchas puertas por donde entrar a considerar la otra parte de esta fábrica que sirve al aposento y Casa Real, no se sufre dejar de entrar por las principales y comunes, que, como dije en el primer discurso, son dos: están en la fachada o lienzo del Cierzo. Entrase a pie llano por entrambas a unos zaguanes grandes, y de allí, por otras dos diferentes puertas se entra en diferentes patios, aunque todos se comprenden en uno, que responde con su magnitud al que vimos en el convento, y entrambos tienen la iglesia en medio. De suerte que considerada la caja de este claustro por de dentro de los arcos, de pared a pared, tiene doscientos diez y ocho pies, y es en esto algo mayor que el del convento, porque los aposentos de la parte del Cierzo no son tan grandes como los del Mediodía. Para desde el zaguán entrar a este patio real hay seis escalones, porque se tuvo cuenta, como ya lo he advertido, que en todo este suelo y planta primera no hubiese escalón ni tropiezo alguno y se anduviese toda la Casa sin tener que alzar el pie, y lo mismo se guardó en la planta de los treinta pies, que es una de las mayores perfecciones que tiene esta fábrica, pues se puede caminar casi todo un día, digo poco, desde que se sube de este zaguán, sin tener que subir ni bajar escalón. Dividióse, pues, este claustro o patio de los treinta pies, abajo, en dos partes, y la segunda de éstas, en otras dos; así quedaron hechos tres patios: uno grande y dos pequeños. El mayor, que se llama el patio de Palacio, es cuadrángulo, o prolongado; tiene de largo, de pilar a pilar, que es lo claro y cielo abierto, ciento setenta pies; de ancho, ciento, poco menos. Por dentro de los arcos, y en el án-



dito donde se pasean, tiene dos lienzos enteros, que son el que arrima a la iglesia, que está al Mediodía, y el que mira a Oriente, cada uno de doscientos diez y ocho pies de largo, y veinte de ancho. La arquitectura es muy hermosa y fuerte. En el orden bajo tiene pilastras cuadradas y llanas, con no más que zocos y fajas llanas, sin molduras; y las impostas donde vuelven los arcos, de la misma manera. La distancia toda está repartida en nueve arcos claros, que los del claustro del convento son once, por ser la arquitectura más delicada. Las pilastras tienen a seis pies de cuadrado, y diez y ocho hasta encima de la imposta. El claro del arco tiene trece pies, y de alto el doble. Encima de los arcos corren las fajas que sirven de cornijamento: tan bien proporcionado y entendido todo, que esta misma llaneza le hace parecer hermoso y de gran autoridad. Encima de este orden se levanta el segundo, por todo el contorno de estos treinta pies en alto, mostrando sin división toda la forma del cuadro grande, porque quedan abajo los dos patinejos. Hácense unas ventanas grandes sin vuelta o arco, sino de cuadrado, adornadas con resaltes y fajas, y pilastras, que corren por el contorno de las jambas de las mismas ventanas con sus linteles, y encima de ellos cobertores o capirotes, que adornan mucho este orden. De suerte que por todos los cuatro lienzos, mirados por de fuera, se ven hechas unas graciosas galerías con este buen orden de ventanas. Esto se remata con una cornisa perfecta y bien labrada de molduras; encima de ella, por remate, un pasamanos o antepecho como el del claustro del convento, con sus balaustres, y encima los términos o acroteras con las bolas.

De los treinta pies abajo dije que quedaba partido este claustro, o patio grande, con otros dos claustrillos y patinejos. La pared con que se divide, por donde mira a la plaza del patio real, hace correspondencia de arcos cerrados con los abiertos del paño de Levante, y así quedó aquel patio por lo bajo con muy buena vista, y el orden de los arcos atado y cumplido. Estos patinejos, que tienen de claro de cuadrado sesenta pies poco me-

nos, sin los soportales, se embutieron o se encajaron en este cuadro grande, porque no estuviesen lejos ni fuera de Casa los oficios y cocinas reales, especialmente todos los oficios que llaman de boca, y así hay dos cocinas junto de ellos, para diferentes servicios, y para los ministros de ellos dos órdenes de aposentos, altos y bajos. A lo alto de los treinta pies se rematan con un terrado de plomo, que tiene un antepecho con sus balaustres, y los demás adornos de peanas y bolas, que le dan buen parecer y gracia.

Esto es lo que toca al orden y a la forma de la arquitectura de este patio real, que es harto excelente y de mucha grandeza. Por la parte de dentro, en el lienzo que mira al Norte, hay buenas piezas de servicio, donde come el estado y caballeros de la Cámara y mayordomos; aposento para embajadores, y en el ángulo o rincón que hace este paño con el de Oriente está la escalera principal, que si fuera un poco más ancha, está harto bien trazada: no tiene sino nueve pies escasos, que fué defecto. En el paño que mira a Oriente está una puerta grande, por donde se entra a los aposentos reales, que está al peso del patio. El primero es una hermosa cuadra de cincuenta pies de largo y treinta y tres de ancho. Tiene una bóveda con sus compartimientos de fajas y lunetas en las ventanas altas. Las guarniciones de las ventanas bajas son de mármol pardo, y en el testero una grande y bien labrada chimenea de mármol pardo, resaltada de la pared, con sus pilastrones, alquitrabe, friso y cornisa, y capirote o cubierta, todo excelentemente labrado y con lindo pulimento, que pueden los mármoles servir de espejo. En otros muchos aposentos hay otras chimeneas como ésta, de poco menor tamaño y de igual hermosura, que no me puedo detener a contar por menudo tantos aposentos, ni sus adornos, que sería cosa enfadosa y de poca necesidad: baste decir que están labrados como para Casa Real, y con la policía y hermosura que es razón. Por la parte que responde a la iglesia no hay en este suelo bajo aposentos, porque la misma pared de dentro es la de la iglesia. Subiendo a lo alto



del patio, que es a los treinta pies, hallaremos a la parte de Poniente que responde al colegio, y a la que mira al Norte; es todo variedad y muchedumbre de aposentos para caballeros y personas de cuenta de los criados de Su Majestad, y de las personas Reales, que no hay que detenernos en ellos. A la parte de Levante se hacen tres diferencias de aposentos, para los Príncipes, Infantas y personas Reales, y los que han de estar más inmediatos a su servicio: unos caen a la parte de los jardines de Oriente, otros a la parte de la galería, con sus chimeneas de mármol casi en cada pieza. La galería de este lienzo se dividió en dos piezas grandes, cerrando las ventanas abiertas, con sus puertas y vidrieras, para que se pudiese habitar como las demás piezas. La una de éstas está adornada con excelentes cuadros de pintura, unos del Basán y otros de Jerónimo Bosque, y de otros maestros que dejo de decir lo que son hasta su tiempo. Hay en estos dos lienzos del Norte y de Oriente cuatro órdenes de aposentos, unos sobre otros, que son de grande cumplimiento y hacen una gran casa, aunque siempre viven apretados y descontentos; y sin esto, se aprovechan los desvanes, que no hay cosa ociosa y sin oficio.

#### GALERÍA GRANDE DE LA CASA REAL

En el paño que arrima a la iglesia en este mismo suelo de los treinta pies se hace una larga y hermosa galería de veinte pies en ancho, y de largo ciento noventa; de alto, veinticinco y más. Está toda pintada por los dos lados, por los testeros y por la bóveda. En la pared que es de la iglesia se fingen dos paños colgados de sus escarpas, con cenefa y franjas, tan al natural, que engañan a muchos, hasta llegar a levantarlos y asir de ellos. Está pintada allí la batalla que el Rey Don Juan el Segundo dió a los moros de Granada en la misma vega: llámase la batalla de la Higuera; dicen algunos que por los dineros y gran cantidad de escudos que le dieron los moros, a Don Alvaro de Luna, que era capitán general en la jornada, metidos en unos higos, y así cohechado, dió

orden que no tuviese tanto efecto la victoria como se esperaba (desdicha de privados, echarles la culpa de todo); otros tienen esto por patraña, y parécelo, y afirman que por llamarse el lugar donde fué lo principal así, quedó con el nombre de Higuera. La ocasión de pintarse aquí esta batalla fué que en una torre del Alcázar de Segovia, en unas arcas viejas, se halló un lienzo de ciento treinta pies de largo donde estaba pintado de claro y obscuro, que no tenía mal gusto de pintura para aquel tiempo el que la hizo. Mostraron el lienzo al Rey nuestro Fundador, y contentóle; mandó la pintasen en esta galería. Y es cosa muy de ver la extraña diferencia y géneros de trajes y hábitos, las varias formas de armaduras y armas, escudos, celadas, adargas, paveses, ballestas o ballestones, lanzas, espadas, alfanjes, cubiertas de caballos, banderas, pendones, divisas, trompetas y otras maneras de atabales y atambores, y tantas diferencias de jarcias en unos escuadrones y otros, que hacen extraña y apacible vista. En una parte se ve la gente de a pie, puesta por sus hileras; en otra, los de a caballo, en sus escuadrones concertados: unos marchando, entonces no se sabía este término, que con otros muchos de la milicia nos ha venido de Italia, sin haberlos menester, amigos de novedades. En otra se ven los unos y los otros revueltos en la lid, unos caídos, atropellados, heridos, muertos, revolcándose en su sangre, atravesados de las lanzas, caballos sueltos sin dueño corriendo por el campo; otros, dejarretados. En una parte del paño se ve cómo sale el Rey de su tienda, con gran acompañamiento, puesto en orden de batalla. En otra se halla dentro de ella, rodeado de moros, hiriendo y matando entre ellos, Don Alvaro de Luna, lo mismo, con no menos acompañamiento que el Rey. En otro extremo se pinta el alcance que hace nuestra gente, victoriosa, y la rota de los moros, matando e hiriendo en ellos, mezclados, y a las vueltas por entre las arboledas, huertas y caseríos, casi hasta los muros de Granada. Parécense las moras subidas por las cuestas y por las torres, vestidas al propio con sus hábitos cortos y almalafas. Como aquí en la galería está



colorido lo que en el lienzo original no es más que de aguadas claro y obscuro, y las ropas, sedas, lienzos y almaizares, y los sayetes y sobrevestas de las armas son de tan varios colores, y están tan al natural y tan bien imitados, todo hace una hermosísima vista. Crecieron también un poco más las figuras de como están en el original, y así se goza todo bien, y es de mucho entretenimiento considerar tantas maneras de posturas, acciones y movimientos y afectos, tantos tropeles de gentes encontradas, a pie y a caballo: unos a la brida, otros a la jineta, unos con arneses enteros y armas dobles, otros de más ligera armadura, otros medio armados y otros medio desnudos. Todo esto figuraba aquel lienzo con solos los claros y oscuros, harto propiamente en los pedazos que estaban más enteros, porque en otros estaba comido, roto y gastado, por el descuido de los que lo habían de tener más guardado. Al otro lado, entre los macizos de las ventanas de la galería, que son ocho, está pintada, también al fresco, la toma de San Quintín y la batalla que había dado primero el Duque Filiberto el día de San Lorenzo, cuando prendió al Condestable de Francia, como ya dijimos, que fué la ocasión y primer fundamento de esta fábrica.

Aquí se diseña otro género de milicia harto diferente, donde no hay ballesta ni adarga, ni aun alfanje, sino picas, coseletes, arcabuces, y fuego en todas partes: en la artillería, en la infantería, en los de a pie y en los de a caballo, con tantas diferencias de cañones, mayores y menores, que no le bastó al hombre tantas suertes de enfermedades con que le combate la misma muerte que trae consigo, y la guerra que se hacen unos a otros con las espadas y lanzas que habían inventado para quitarse la vida, sobre cuyo será mayor puñado de tierra, sino que forzaron los elementos para que viniesen a servir las guerras, para con mayor crueldad y con mayor presteza destruir el linaje humano, derribar y hacer cenizas sus obras. Vese también aquí otra manera de escuadrones, otros modos de pelea y de muertes más fieras y más extrañas, donde en un instante, sin poder hacer, no



Batalla de San Quintín.



digo una cruz en la frente, mas ni abrir ni cerrar el ojo, queda un hombre desmenuzado, y contrapuesta esta malicia con la primera consideración, crece la malicia de los hombres de una edad en otra. En los dos testeros están otras dos jornadas que se hicieron sobre la Isla de la Tercera, y los dichosos sucesos de la una y de la otra. Donde se ve también el modo de pelear en el agua, y la forma viva de aquellos grandes vasos con que se anda en ella, galeones, galeazas, naos, urcas, filipotes, galeras; tan bien imitadas, que satisfacen a la gana de verlas. El techo y la bóveda de toda esta galería está tan bien labrada y ordenada con varios grutescos en estuque, donde hay mil diferencias de figuras y ficciones, encasamientos y templetos, nichos, pedestales, hombres, mujeres, monstruos, niños, aves, caballos, frutas y flores, paños y colgantes con otras cien bizarrías, como dicen los Italianos, cuya es toda la pintura de este género.

Salgamos de esta galería, que es tan larga y tan llena de estas cosas que, si lo queremos ver todo, nunca acabaremos. Bajemos otra vez al suelo del patio real, y sin entrar en él, lanzándonos por un callejón estrecho que vuelve por detrás de la iglesia, entremos en los aposentos propios del Rey. Aquí dentro se hace un claustro o patinejo harto hermoso. Tiene de cuadro sesenta pies, de Mediodía al Norte, y poco menos de Poniente al Levante. En el paño que cae a Oriente no tiene arcos abiertos, sino unas pilastras cuadradas, que guardan el mismo orden que los arcos y pilares, o columnas, que están en los otros tres paños, y en lugar de la fuente que había de estar en medio, tiene dos en dos nichos que se hacen en la misma pared, en unos mármoles pardos, que por las bocas de dos cabezas humanas de mármol blanco echan el agua en dos conchas grandes de la misma piedra, y de allí cae en otras dos pilas, como dos medias naranjas, todo bien labrado y de la misma materia. El orden y arquitectura que hacen los otros arcos en los tres lienzos es dórico, con columnas redondas, enteras y bien labradas. Encima de este orden hay otro de ventanas cuadradas, como galería, con las pilastras que res-



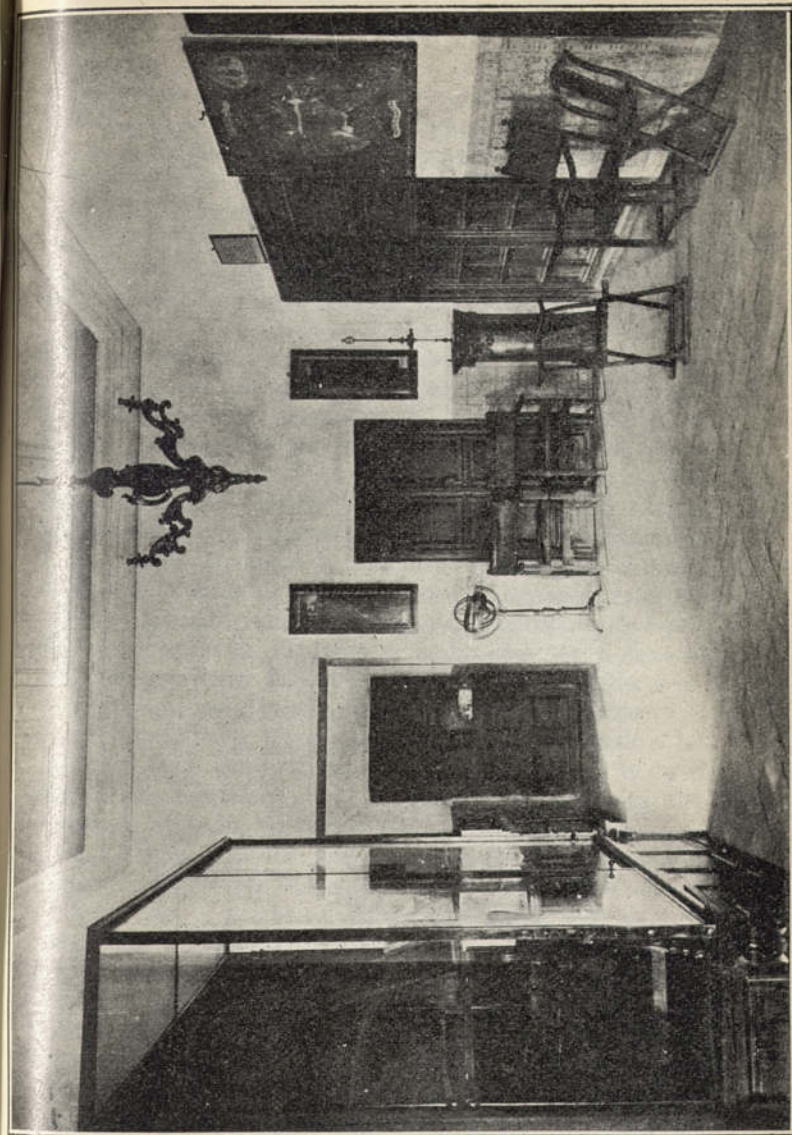
ponden al plomo de las columnas, adornado con fajas, jambas y linteles, y rejas voladas, a manera de salcones, encima de la cornisa del orden bajo. Encima de la cornisa de este segundo orden se levanta luego otro de la misma forma, con ventanas cuadradas, pilastras y fajas, alrededor lleno de vidrieras, y su cornisa entera, con que se remata. De suerte que todo este claustro es un joyel hermoso, con gran cuidado y primor labrado. Al Poniente tiene como encima de sí las espaldas de la iglesia, y por aquella banda no hay aposento ninguno, sino solos unos tránsitos, para pasar de unos aposentos a otros. Por el de Oriente, que está al contrario, tiene dos órdenes de ellos. Unos reciben la luz del patinejo, que son tres cuerdas llanas; otros tienen las ventanas al jardín, y éstas son dos galerías, una sobre otra, que corren por todo el lienzo de Oriente, de esquina a esquina, con dos ventanas en cada testero, dos al Mediodía y otras dos al Norte. El ancho de estas dos piezas, baja y alta, es de veintiséis pies, y el largo de ciento quince, en que hay otras siete ventanas; las unas y las otras son rasgadas, las de la baja con rejas grandes, casi al peso del jardín, pie y medio o poco más levantadas. Las otras, con antepechos de hierro, y las unas y las otras con muchas vidrieras, las más de ellas cristalinas, que las hacen claras y alegres. En la alta, que es la principal, por todo el contorno hay hermosos lienzos y cuadros al temple, de lo mejor que ha venido de Flandes, las más hermosas verduras y paisajes que yo he visto; las figuras son pequeñas, al propósito para verduras y arboledas. En uno se ve Elías debajo del junípero o terebinto, y en otra el mismo, cómo le traen de comer los cuervos; en otro, el Profeta Eliseo, cuando subiendo a Jericó los muchachos le burlaban, y vense salir de la espesura los osos que los despedazan. Balán, en otro, detenido por el ángel, y su asna, que se vuelve a reprenderle, y otros mil lugares e historias del Nuevo y Viejo Testamento, por los unos cuadros y los otros, que detienen y alegran los ojos y el pensamiento. Debajo de estos cuadros están repartidas por todo el contorno de la galería las descripciones o ma-

pas de cuantas provincias conocemos, y se han lineado y graduado por los cosmógrafos o geógrafos, todas de estampa fina y bien coloridas, guarnecidas en sus marcos dorados; son más de sesenta y tantas: excelente entretenimiento para caballeros y Príncipes, y de provecho, para que no padezcan ignorancia de lo que cada día se trata entre ellos, reinos, provincias, navegaciones, islas, puertos, ríos, promontorios y otras cien cosas que vienen a cuento. La bóveda es llana, con sola una faja que anda alrededor por donde comienza a volver, estucada toda y blanca como la nieve, excepto vara y media de alto que se levantan desde el suelo los azulejos; y en la pared que mira a las ventanas, dos chimeneas francesas, de mármol, embebidas en la pared, de suerte que las jambas y el lintel hacen un pequeño resalte, que no impiden la lisura y continuación de la pieza, y sin duda, aunque tiene esta llaneza, muestra grandeza y majestad, y la reconocen los que allí entran; no sé si lo hace la imaginación de que es aposento Real. A los dos extremos tiene dos puertas, por donde se entra en ella desde los aposentos que caen al Norte, que se llaman de la Reina, y de los de Mediodía, donde vive el Rey. Y el primero que se encuentra entrando de esta galería es una cuadro grande de sesenta pies de largo y veintiuno de ancho (lo que dijéremos de esta parte del Mediodía quede dicho de la del Norte, porque es la misma en lo que toca a las medidas), con cuatro ventanas al jardín, y podríamos llamarla antecámara. Esta también tiene muchas diferencias de cuadros, que son de consideración; retratos del natural de muchas cosas que se ven en nuestras Indias: unos de muchas diferencias de aves, con el mismo color de sus plumas; otros de variedad de animales grandes y pequeños, aunque reducidos los grandes, y los más de ellos, a formas pequeñas, para que cupiesen en los lugares que pretendía ponerse, como lo veremos cuando vengamos a tratar de la librería de mano. Hay también otra diferencia de los que llaman reptiles, que en castellano comúnmente llamamos sierpes, tomando del latín el vocablo: en particular, culebras, víboras, lagar-



tos, caimanes, escorzones, sapos y otras mil sabandijas.

En otros cuadros, en ciertos diseños y perspectivas de jardines, huertos, claustros y fuentes, hay gran variedad de plantas y yerbas, con raíces, hojas, frutos, flores, coloridas al natural; aunque mucho de ello juntado con artificio, no más que para hacer vistas y apariencias, componiendo de unas con otras, que entretienen harto la vista, y aun la engañan. Debajo de estos cuadros están repartidos también por la cuadra los dibujos o estampas que Juan de Herrera ordenó de toda esta Casa, con sus plantas y monteas. En los dos testeros o frentes de esta pieza, donde tiene las entradas, tiene dos puertas de marquetería de lo mejor y más bien labrado que nos ha venido de Alemania, bien trazadas y entendidas; columnas dobladas a los lados, con sus encasamentos y nichos en los intercolumnios. En los nichos, pedestales, frisos, cornisas, tarjetas y otras piezas, hermosas labores y embutidos de diversas maderas, obra que parece corta la vida de un hombre para acabarla. Desde esta cuadra se entra en la otra, donde vivió siempre nuestro Fundador, el gran Felipe II; no se puede entrar allí sin lágrimas: veámosla, al fin, como pudiéremos. Hácese, como dije arriba, y lo muestra la planta desde aquí, un resalte o salida con estos aposentos Reales de la una y de la otra parte, de suerte que abrazan la capilla mayor, donde advertí que en la primera planta se habían de levantar las torres. El hueco o el cuerpo de ellas es el cuadro y espacio de estos aposentos: del Rey, al Mediodía, y de la Reina, al Cierzo, que es treinta pies de ancho, y lo mismo de largo, o poco más. Esto se dividió en tres apartados por lo largo. El mayor es el cuerpo del aposento, de diez y seis pies, con dos ventanas al Mediodía y otra al Oriente, y en las otras dos partes que caen a la parte de la iglesia se hizo una alcoba para dormir y un escritorio, donde tenía y se está ahora un estante con libros, como los que tenemos en las celdas, no de mejor hechura ni madera, con otros cajones o escritorios más pequeños. El adorno de estas piezas, o de esta tan honrada celda, es harto





sencillo y llano; otras hay más bien aderezadas en la Casa, que parece no venía aquí a ser Rey, sino religioso de los muy observantes. La bóveda, llana; las paredes, blancas; el suelo, de ladrillo, y apenas hay que ver; tanta era la modestia, en sus cosas propias, de este piísimo Rey. Dos bufetes le hizo fray Antonio, el obrero, de un mármol que trajeron de las Indias, y se los puso allí sin pedirlos él. Por las paredes, algunas imágenes y cuadros de Nuestra Señora, todo lleno de devoción: algunos dicen que son de aquel gran Alberto Durero, como es la huída a Egipto de noche, que se le echa de ver ser suya. Y no sé si también un Nacimiento o Resurrección, y otro cuadrillo pequeño de unas aves. La alcoba donde dormía está llena por los dos lados de imágenes pequeñas de santos, porque a doquiera que se revolvió en la cama, como lo dije en su lugar, recibía consuelo en ver tan buena compañía. Desde esta pieza se sale a un tránsito que va a dar a la escalera por donde se baja a la sacristía, y por donde se sube a lo alto de la iglesia y al claustro: tiene dos puertas de marquetería de Alemania, muy galanas, y labradas con igual primor que las otras, de aquellas diferencias de maderas, y embutidos tan detenidos y hermosos, desde la alcoba o dormitorio; y desde el escritorio, que está junto a ella, por dos puertas se ve el altar mayor harto claro y cerca, y por ellas se sale a los oratorios que están entre medias, en el grueso o en el hueco de un arco grande de la iglesia; mas porque ya esto entra en sagrado, volveré el pie atrás, dejándolo para su lugar propio. A la otra parte y banda del Norte he advertido que hay otros tantos aposentos como éstos, alcoba y escritorio, y oratorios, donde estuvieron casi siempre el Príncipe nuestro Señor y su hermana la Señora Infanta, y ahora la Reina nuestra Señora; no hay que detenernos en esto. Hay también de cada lado una escalera por donde se baja a otros tantos aposentos que están al suelo del claustro o patinejo, sin faltar punto de como están arriba; piezas muy frescas para el verano, y que por las mismas rejas de la galería y otras cuerdas se entran los naranjos, jazmines, rosales, mosquetas y otros arbustos



olorosos, y por las mismas, que están hechas aposta, se puede salir al jardín casi a pie llano, con dos solos escalones. En la galería que decimos está debajo de la otra no hay otro adorno más que seis cuadros, tan grandes que ocupan toda la pared de frente de las ventanas, en que se ve hecha al vivo aquella batalla naval de Lepanto, en que con tan gloriosa victoria el Señor Don Juan de Austria, hijo de Carlos V, siendo capitán general de la Liga, venció, echó a fondo y trajo cautiva toda una gruesa Armada del turco, el año de 1571, siendo Pontífice Máximo Pío V, de gloriosa memoria. No tengo que detenerme en referir lo que tantos tienen dicho, ni me toca. La pintura de estos lienzos es de Lucas Cangiaso, que le dió la fuerza y la viveza que él tenía en todas sus obras.

### DISCURSO IX

*La librería de este convento con sus repartimientos y adornos.*

**S**EGÚN las diferencias de los moradores, hemos visto ya las diferentes moradas que hay en esta Casa, con tanta consideración repartidas. Los conventuales, que es lo estrecho de la observancia y religión, cuya vida es silencio, oración, clausura y alabanzas divinas, por sí en un claustro grande y cuatro menores. Los religiosos que tratan letras naturales y divinas, donde se sufre y se permite más ruido y son virtud ciertas competencias santas en las opiniones y en los ingenios, por el fruto que después de estas raíces amargas se cogen, también por sí en dos claustros como los otros pequeños. Y los niños del Seminario, que estudian los primeros elementos, principios para las ciencias, en otro que linda con éstos. Los caballeros y las damas que van siguiendo la Corte, las flores y favores del mundo, haciendo estado a los Reyes y personas Reales, también por sí, y muy apartados. Los mismos Reyes y Altezas, mas retirados y solos, de quien dijo Job, no sé si a este propósito: *Qui aedificant sibi*



Biblioteca.



*solitudines*, donde no puede llegar ni asomar sin su licencia otro ninguno, como águilas en las rocas inaccesibles.

Falta ahora de ver en esta tan bien considerada fábrica, supuesto que se encierran estas diferencias de moradores dentro de cuatro paredes, en qué se adunan, cómo se atan y convienen; quiero decir qué piezas hay comunes donde o todos o parte se juntan; éstas son dos: la una para entre el colegio y convento, y la otra, para todos; aquélla es la librería, y ésta, la iglesia.

Estas dos piezas adunan todo el edificio y ellas mismas le dividen. Hacen, poniéndose por medio, que los unos no estorben a los otros, y que cuando fuere menester, como moradores de una casa, se comuniquen y concurren en uno. Veamos, pues, la librería primero, pues es la primera, y está encima de la puerta principal. Podré hablar de ella con más libertad que de las otras partes de esta Casa, por ser cosa más llegada a mi propia facultad, pues, al fin, lo principal es libros, amigos y compañeros perpetuos casi desde la cuna, y porque he puesto en ello las manos y alguna parte del ingenio. Pudiera también hacer un libro entero de tan rico sujeto, si quisiera tender las velas a todas las ocasiones que se ofrecen en materia de librería, como la ha hecho alguno; mas será contra las leyes de la historia tan demasiada licencia, y ajeno de la brevedad que hasta aquí he profesado. Sólo diré lo que derechamente tocara al sujeto; de suerte que, ya que no se vea lo que está por falta mía, se conjeture al menos por lo que dijere. Está dividida esta librería en tres piezas principales; la mayor y la más noble atraviesa de Norte a Mediodía, que no viene mal con el consejo de Vitruvio (1), teniendo la luz de la mañana, tan importante al estudio, y la de la tarde, cuando ya se puede tornar a los libros, gastada la comida que estorba, y puertas en los mismos testeros para entrar a ella de parte del convento y del colegio, y asentada, como dije, encima del zaguán y puerta principal de toda la Casa. De suerte que está entre las dos fachadas, la de

(1) Vitru., lib. VI, cap. VII.



fuera y la de dentro, que mira a la de la iglesia. Tiene de largo ciento noventa y cuatro pies, contando desde los umbrales de las puertas de los claustros pequeños de cada lado, y de ancho treinta y dos, repartido el largo en tres como capillas, haciendo dos arcos por dentro, para guardar la buena proporción con el alto de ella, que es de treinta y seis pies hasta la cumbre de la bóveda. A la parte de Oriente tiene diez ventanas, cinco bajas, grandes, rasgadas, con vidrieras y sus parapetos de hierro, de a más de seis pies de ancho y doce de alto, puestas en viaje adentro, porque den más luz. Las altas algo menores, también con sus vidrieras, que no se abren. A la parte del Poniente tiene siete. De suerte que desde que el Sol sale, hasta que se pone, la alumbra por una o por otra parte, excepto en las horas del mediodía, que no la ha menester. Es esto grande ayuda para la conservación de los libros, porque con el sol y con el aire no se puede encubrir el daño ni disimularse, ni las polillas ni el polvo gastarlos: cosa de importancia, porque con estos enemigos perecen los libros. El suelo, porque desde él nos vamos levantando, es de losas de mármol pardo y blanco, como las demás del claustro y capiteles. Sobre él asienta por todo el contorno, guardando las ventanas, una peana o zócalo de lindo jaspe colorado, de un pie y más en alto, con tanto pulimento, que puede servir de espejo. Sobre éste cargan los cajones o estantes, la más galana y bien tratada cosa que de este género o para este menester creo se ha visto en librería. Lo que antiguamente se solía hacer para un libro estimado, y como joya preciosa que se presentaba a un Príncipe, que era guardarlo en cajas o arcas de ciprés o cedro, se ve aquí como cosa ordinaria para todos, porque la materia y madera de que están hechos estos estantes es toda preciosa: la más ordinaria, nogal; las demás traídas de las Indias, caoba de dos suertes, que llaman macho y hembra, de color de brasil, algo menos encendido. Acana de color castaño obscuro, algo más noble y encendido, digamos como de sangre cubierta. Ebano, cedro, naranjo, terebinto; de todas éstas, ensambladas y entretejidas, se

compone, por el contorno de toda la pieza, una fábrica de orden dórico hermosísimo. Levántanse los pedestales de las columnas encima del zoco de jaspe, con su basa y capitel, y en el macizo o cuerpo del pedestal, por las tres partes, hace un cuadrado embutido de otra madera diferente; el cuerpo, de otra; las molduras y el marco, de otra, con que queda variado y hermoso. Entre el zoco de jaspe y la mesa que carga sobre el pedestal queda una buena distancia, o sena, que llamaron los antiguos pluteo, porque se llenan o congregan o juntan allí los libros, y así cabe aquí un orden de libros de a folio. Sobre la mesa, que es de nogal, madera que sufre más trabajo, y que con las manos y la ropa se mejora, asienta otro zoco, que también es de diversas maderas ensambladas, y sobre él la basa de la columna; y aquí se hace desde la mesa hasta el escape bajo de la columna otro seno que cierra y abre con una puerta, que, dejándola caer sobre la mesa, no estorba, donde cabe otro orden de libros de a cuarto. La columna sin la basa y capitel tiene a seis pies, poco menos, con estrías enteras de alto a bajo, y redondas, apartadas de la pilastra de tres, y la materia es caoba. La basa y capitel son de naranjo, que para tantas y tan gruesas piezas fué menester cortar muchos y pagarlos bien a sus dueños. Y aunque la materia fué tan extraordinaria y hermosa, no fué de mucho provecho, porque está muy sujeta a la variedad del tiempo: abre y cierra; y con esto hace fealdad; tanto importa tener experiencia de los materiales y de las tierras donde han de servir; la pilastra de tres es de lo mismo. En toda la distancia de esta columna, hasta encima del capitel, donde carga el arquitrabe, hay otros tres senos, llámenlos pluteos o como quisieren. De suerte que son éstos cinco en cada división, de columna a columna, por todo el contorno de la pieza. La cornisa también es de estas diferencias, con los triglifos y gotas del mismo naranjo. Encima de ella, por remate, asienta un podio con su pedestal, friso y cornisa, y las pilastrillas que responden encima de las columnas, y encima de ellas, por último remate y adorno, las peanas o acroteras, con las bolas



del naranjo, porque responden a las basas y capiteles. El alto de toda esta fábrica de los cajones, desde el zoco de jaspe hasta estos remates, es de quince pies, y en los dos testeros y frentes de la pieza se hacen de las mismas maderas tres puertas con sus jambas y linteles y frontispicios, que dividen los estantes y cajones, y así queda con ellos la pieza adornada noble y ricamente, por ser la arquitectura tan buena, y la variedad y hermosura de tantas diferencias de maderas, que, como digo, son seis, le hacen parecer mucho, y dan a entender la grandeza de la oficina. De allí arriba, hasta la cornisa que corre por el derredor de toda la pieza, debajo de las ventanas altas, donde comienza a volver la bóveda, hay una distancia de ocho pies, en que están pintadas las historias que después veremos. La cornisa está cubierta de oro, con los filetes y bocelos labrados de obscuro, como si fueran relevados, y abiertos los follajes, que le dan mucha gracia. La bóveda, con los dos testeros y frentes que están encima de la cornisa, están pintados de mano de Peregrín de Peregrini, que aunque siempre se muestra discípulo e imitador del Bonaroto, aquí quiso competir con él. Y cuando en Roma, Bolonia, Milán y otras ciudades de Italia no hubiera dejado otras memorias de su ingenio y de lo mucho que alcanzó en el arte, y de aquel modo difícil de su maestro, que algunos llaman inaccesible, ésta le hiciera de eterno nombre, porque, sin duda, el mismo Miguel no pudiera hacer más de lo que aquí vemos ejecutado tan felizmente. La invención y disposición de esta pintura diré con la mayor brevedad que pudiere. En los dos frentes de encima de la cornisa están pintadas las dos cabezas y principios de las ciencias todas que el hombre trata: la Teología y la Filosofía; lo natural, ésta; lo revelado, aquélla. A la parte del convento se puso la Teología, teniendo consideración que aunque en el colegio se estudia lo uno y lo otro, es más a propósito atribuirles la Filosofía, porque allí comienzan los religiosos siendo mancebos los estudios, entrando por la Dialéctica; y la Teología, aunque también allí se estudia, no se goza de ella en aquellos primeros años, que se

gastan todos en altercaciones y disputas, y opiniones, hasta que, reposados y maduros, gozan en las celdas de su convento de los frutos maduros que dieron aquellas raíces amargas de las disputas y escuelas.

Está, pues, en la parte del colegio pintada la Filosofía, como una matrona grave y hermosa. Tiene delante de sí un globo grande de la Tierra, mostrándolo con el dedo a los filósofos que tiene a su lado: Sócrates y Platón, su discípulo; Aristóteles, discípulo de entrambos, y Séneca, discípulo de todos tres. Escogióse éste, aunque se pudieran poner otros más aventajados, por ser latino y español. Las figuras son grandes, poco menos tres veces tanto que el natural, de tanta fuerza y relieve, tan bien entendidas y tan bien pintadas al fresco, que los que entran por la puerta de frente, aunque están a cien pasos de distancia, parece están junto de ellas, que las pueden asir con la mano: tan de bulto parecen y tan fuertemente relevan de la pared. Desde esta madre común de las ciencias naturales, y que se alcanzan con nuestra diligencia, se va caminando a la perfección y remate de lo que se puede saber en la tierra de lo revelado y divino, que se llama Teología, cosa tan de todo punto necesaria, que sin tener alguna noticia de sus misterios es imposible alcance el hombre el fin para que fué creado. No quiero hacer aquí ahora de filósofo, ni mostrarme teólogo, sino con la mayor llaneza que pudiere decir algo de la pintura, para que lean en ella parte de lo que es. Esto que llamamos Filosofía, así en común, como lo dicen por ahí, abraza todo lo que los hombres estudian de las tejas abajo; llamando también tejado al cielo, porque no se quede fuera el que nos cobija a todos; así la gramática que estudian de ordinario los muchachos para hablar congruamente y atar bien los vocablos de las lenguas peregrinas, y la retórica, que enseña a hablar con artificio y más hermosamente, y la dialéctica, que da preceptos para hacer razones y probar lo que queremos con fuerza y buen discurso. Son tres partes de la una parte de esta Filosofía, y se llama racional. Para esto en tres distintos apartamientos, o compartimientos de la bóveda,



se pintan estas tres ciencias, por el orden que se ha dicho. Fíngese abierto el cuadro y que por allí se ve el cielo y aire sereno, y la Gramática sentada encima de unas nubes, para la propiedad de la naturaleza: que la figura humana, si no tiene alas, ha de asentar y sustentarse en algo. La figura es de mujer grave; tiene en la una mano una guirnalda de verdura y flores, y en la otra una palmaria y azote, aunque algo escondido, para significar que en las escuelas se ha de usar más del premio que del castigo, y basta sepan que lo hay. Y aunque es verdad es menester alguno para los muchachos, en quien no puede tanto la razón como el miedo, es mejor medio llevarlos al fin con el regalo del premio, y convertir en flores la aspereza de los principios, con buena discreción: porque lo que se llama *Ludus litterarius*, juego de letras, alguna vez parece más cárcel de atormentados, según son en ella continuos los gritos de los cuitados estudiantes. Vense en esta pintura algunos muchachos alrededor de la Gramática, con sus cartillas y librillos: todo con tan lindo colorido, luces, escorzos, desnudos y fuerzas, que entretienen y deleitan mucho.

La arquitectura del techo abierto, que se finge de piedra, la sustentan cuatro mancebos fuertes, desnudos, mayores que el natural, con paños o almohadas en los hombros, o en las cabezas, tan valientes y de tanto artificio y dibujo, y en tan extrañas posturas, que tienen bien en qué estudiar los que quieren aprovechar en el arte. Las lunetas y capialzados que están en las ventanas altas, y en las que les corresponden en la otra pared de frente, se fingen también abiertas al cielo, con unos tonos o espejos de piedra, y otros dos mancebos desnudos, poco menos del natural, que también están sustentando la abertura o cerco del claro, con extremadas posturas, hermosas ropas y pulvinares, o almohadas, en que hacen la fuerza y reciben la carga. Por el agujero del tondo o espejo se ve bajar por cada uno un ángel, con alguna cosa en la mano de lo que toca a la facultad y ciencia que acompaña; vienen haciendo excelentes posturas, y derribándose por el aire con maravillosos escorzos y pers-

pectivas, que, mirados de diversas partes, varían la figura, con singular deleite de los que las consideran. Al fin, está todo tan valiente, que han dicho muchos italianos que aquí vienen, inteligentes y de buen gusto en el arte, viendo tantas diferencias y desnudos, que les parece vino el mismo Bonaroto a pintar esta pieza, y que quita el deseo de ver aquel tan alabado Juicio que pintó en el Vaticano. De suerte que, en cuanto toca a la invención y traza de esta pintura, en cada cuadro, o artesón, o llamémosla basílica, está una parte de la Filosofía, y diez figuras de varones desnudos, y sin ninguna deshonestidad, de lo que no se recató Miguel Angel en su Juicio, sin los grutescos y follajes de oro y de piedra fingida que hacen los compartimientos. Sin esto, a los dos lados de las ventanas altas que están a la banda de Oriente, encima de la cornisa, y en las que responden a éstas a la banda del Poniente, que están cerradas, se ve algún varón insigne en aquella facultad y ciencia, que está acompañando; de suerte que con cada una hay cuatro. Y así en este primer compartimiento de la Gramática se pusieron cuatro varones insignes en ella, en diversas posturas, aunque todos con gravedad y decoro sentados, y mayores mucho más que el natural.

En las figuras que representan personas bajas, que se inducen en la historia no más que para servicio o carga, u oficios bajos, se permiten desnudos, y mostrar en ellos el arte; mas no se ha de permitir en las personas principales, graves, honestas. Y así lo guardó el Peregrino en esta librería, y en el claustro principal, y pocas veces se descuida en este decoro, aunque tan amigo de mostrar el arte y lo que entendía del cuerpo del hombre, que es el más noble y más difícil sujeto de él.

Acompañan, pues, a la Gramática, de un lado, Marco Terencio Varrón, que con justo título puede ser el primero, no sólo entre los gramáticos, mas entre muchos excelentes filósofos, y es justo que en negocio de letras tenga el primer lugar, a quien estimó en tanto Cicerón, de quien se aprovecharon tanto las dos claras lumbres de la Iglesia, Jerónimo y Agustín, que el primero se puso



a hacer catálogo de sus obras y halló cuatrocientos noventa libros doctísimos (y lo afirma Aulogelio) (1), y así lo comparó con su calcenterio Orígenes, y el otro le llama mil veces doctísimo y devorador de libros y polistor, que es lo mismo que si dijésemos sabidor de muchas cosas. Y así se dijo de él aquella sentencia: Escribió tanto, que parece no pudo leer nada; leyó tanto, que parece no pudo escribir cosa. Entre otros retazos y reliquias que han quedado de tantos y tan ilustres monumentos de su ingenio como ha consumido el tiempo, son tres libros de Re rústica, que llamaremos Agricultura: labranza de campos, de los ganados y alquerías, lugares de pasto y labor. Escribió también veinticuatro libros de la lengua latina, que ahora andan a pedazos y fragmentos, mal atados, y lo que hay puesto en algún buen orden se le debe a nuestro Antonio Agustín, que trabajó en limpiarlo y allegarlo. Por esta razón se le dió en esta librería el primer lugar entre filósofos; y no piensen, como ya he dicho en otra parte, que Gramático quiere decir sólo el que trata de preceptos de la congruencia, que esa no es más que una práctica pobre para los niños (como en la Aritmética, y en la Música, el tañer, o sumar y restar alguna cosa), que no es sino una parte de la Filosofía, ciencia perfecta, y que junto con esto se extiende a la buena inteligencia e interpretación de cuanto los inventores de las ciencias han escrito. Esto nos hace decir la gravedad y el respeto que se debe a tan insigne varón.

Junto con él, de la otra parte del festón, que aquí responde a la ventana de frente, que tiene en medio un medallón fingido de oro, y un filósofo esculpido en él, harto bien contrahecho, está Festo, o Sexto Pompeyo, de poco menos antigüedad que aquel gran Príncipe y Capitán romano, pues floreció en tiempo de Augusto. Escribió veinte libros de la significación de las palabras, y fué como reducir a método lo que antes había hecho Verrio Flaco, y aun este Compendio se redujo después

(1) Aulogel., lib. III, cap. I,

en otro más breve: tan cuidadosos fueron los romanos en cultivar su lengua. Y si estos libros estuvieran enteros, no hubiera tanta impropiedad, y tan poca noticia de la lengua latina, en muchos que se contentan en hablarla y escribirla como quiera. Y lo que es de mayor donaire, que se desprecian escribir en su propia lengua, teniéndose por aventajados en la ajena, sin saber una ni otra. Aldo Manucio sacó a luz unos Fragmentos que quedaron de Sexto Pompeyo, y nuestro Arzobispo Antonio Agustín, no desdeñándose en medio de tan alta dignidad y de tanta erudición y doctrina, mezclarse entre estos que llaman los idiotas Gramáticos, puso más diligencia en limpiar y componer estos Fragmentos, como el que sabía bien cuánto importa el conocimiento de esta propiedad. De la otra parte, que es la de Oriente, están los dos conocidos Aelios, tan temidos de los muchachos que decoran sus artes. Aelio Donato, y Aelio Antonio de Nebrija, romano el uno, español el otro; hombres insignes, de quien piensan algunos que no sabían más que Gramática. El primero mereció tener por discípulo al divino Jerónimo, Doctor de la Iglesia, y se precia él de ello en más de un lugar, y refiere los Comentarios que escribió sobre Virgilio y Terencio, y sin esto hizo unos doctos argumentos a las transformaciones de Ovidio, y un Arte Gramática, que por su excelencia vive hoy, y en muchas partes de Europa anda en las manos de los muchachos, aunque reducida en menor compendio. Escribió muchas otras obras tocante a la Gramática, comenzando de las letras, y luego de las sílabas; trató de los tonos y de los pies de los versos, de los barbarismos y otras obras de hombre docto. Nuestro Antonio de Nebrija está, con razón, puesto entre estos varones tan doctos, y tengo vergüenza le estimen y conozcan mejor los extranjeros que nosotros, sus naturales y discípulos, que, sin exceptuar ninguno, se pueden llamar así, de cien años y más a esta parte, todos los hombres doctos de España. Los extraños le tienen por más que Gramático, y nosotros aun en esto le queremos enmendar, y apenas hay quien le pase de esta clase, tan tenida en poco entre españoles.



Para muchos que no saben, daré aquí noticia de sus obras, a lo menos de las que han llegado a la mía, allende de ese Arte de Gramática, que fuera bien le dejaran como él le dejó, y no hubieran cauterizádole tan feamente, y de esos dos o tres Dicionarios que hizo, nombres y voces latinas, con declaración en castellano, y el de castellano en latín, y el de los lugares, nombres propios de varones, pueblos, ríos, mares, provincias, etc. Hizo también otro, que llamó *Lexicon Juris Civilis*, descubriendo en él, para desengaño de su tiempo, muchas ignorancias de Arcusio. Hizo también otro Dicionario trilingüe, latino, griego y hebreo, porque de todas estas tres lenguas tuvo más noticia de la que en aquel tiempo comúnmente se tenía en España, aun entre los señalados. Este nunca se imprimió, a lo menos en su nombre, y podría ser aprovechádose de él los que han tratado de esta materia de Lexicones. Hizo también un Comentario a Persio, y es de lo muy bueno que (hay) sobre aquel autor difícil. Escribió una Cosmografía, y fuera de esto, una introducción para esta facultad. También sacó a luz la historia de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, y principalmente lo que toca a la guerra de Granada, y la guerra del reino de Navarra, y les hizo a los dos Reyes aquella tan acertada, aguda y grave empresa de las saetas, coyundas y yugo, con el alma, TANTO MONTA, que fué ingeniosa alusión, en el alma y cuerpo de ella. Y levantándose a más su ingenio, emprendió declarar algunos lugares difíciles de la Santa Escritura, e hizo un libro de ellos, que llamó Quinquagenas, donde mostró buen juicio, erudición y lección, y autores graves se precian alegarlas en sus Comentarios. Al fin, podemos decir que fué el padre de las buenas letras en España, como el Petrarca en Italia. Y desde su tiempo se comenzó a desterrar la barbarie en que estaba sepultada, desde el tiempo de los godos, vándalos y árabes, que a la postre se apoderaron de ella, y sepultaron cuanto había quedado de policía y de ingenio con sus bárbaras costumbres, y con la necesidad que había de estar siempre contra ellos, las armas en las manos.

Luego, entre dos fajas que dividen este cuadro en la bóveda del cuadro segundo, que es de la Retórica, se hace una distancia que responde a los intercolumnios. Está labrado de bizarros grutescos, con trozos de arquitectura, templetes y otras invenciones graciosas, y en los remates se ven los dos ilustres escritores de Historia: la natural y moral. Plinio, aquel hombre tan fecundo en escribir las cosas de la Naturaleza, como ella en producir las, y aunque este espacio entre las fajas donde están los grutescos y estas figuras no es muy ancho, ellas tienen harta autoridad, y junto a la de Plinio se ven algunos animales: caballos, leones, elefantes y otros, para significar el sujeto de que trata aquel autor, y cuán excelente descubridor fué de sus propiedades. El otro es Tito Livio, a quien basta para su loa lo que dice de él San Jerónimo, llamándole una vez fuente y río de elocuencia, y otras que era como un milagro en el mundo, pues a los que no podía traer la grandeza y poder de Roma, los traía a ella la fama de un hombre tal, y los que entraban en ella, buscaban otra cosa fuera de ella. Síguese luego el cuadro de la Retórica, una hermosa y valiente figura de mujer, con extraño aderezo de ropas, y más extraña postura y escorzo; en la mano derecha tiene el caduceo de Mercurio; llamábanle los antiguos el dios de la elocuencia: dije ya algo de esto en la vida de nuestro Doctor santo. Está también acompañada de muchachos desnudos metidos entre nubes, con libros en las manos, con posturas alegres y traviesas, que hay mucho que estudiar y ver en ellas. Tiene un león al lado, para significar que con la elocuencia, y con la fuerza del bien hablar, se amansan los ánimos más feroces. Ya dije, y queda dicho de una vez para todos estos cuadros y compartimientos, la arquitectura y las figuras que hay en los claros y cielos que se parecen, quién los sustenta, las figuras que hay en las lunetas, y el tamaño de ellas, y las de estas ciencias, que son mayores que del natural, dos veces tanto; de suerte que la traza en todo es una, las posturas y dibujos extrañamente variados, y que en la parte de Oriente hay ventanas con vidrieras abiertas,



y en la de Poniente responden unos con sus medallones de oro. En este segundo cuadro de la Retórica, al lado de estas ventanas y festones, le están haciendo estado y acompañándola aquellos cuatro príncipes de la elocuencia: Isócrates y Demóstenes, a una parte, entrambos griegos; diré brevemente quiénes fueron, pues escribo para todos. Isócrates fué del tiempo de Platón, discípulo suyo, aunque Diógenes, en la vida de Platón, dice que era más viejo que él; uno de los más excelentes oradores que tuvo Grecia, y maestro del arte, porque la enseñaba a los que venían a su casa, y él se ejercitó mucho en ella: fué muy florido, facilísimo y claro en todo, buena manera de hablar. Escribió muchas cosas, aun hasta la postrera edad, pues siendo de noventa y cuatro años sacó a luz aquel excelente libro Panatheniaco, que eran unas fiestas que se hacían a la diosa Minerva, de cinco en cinco años, que también se usaron después en Roma, y las llamaron Quinquatria, donde los mancebos y doncellas hacían danzas gímnicas, a lo que alude aquel rígido censor de las costumbres corrompidas: *Eloquium ac famam Demostenis aut Ciceronis, incipit optare, et totis quinquatribus optat, quis quis adhuc uno partam colit asse Minervam, etc.* Dicen vivió Isócrates más de ciento cinco años. Demóstenes es tan conocido, que todo el mundo le celebra por el príncipe de la elocuencia griega; dicen fué hijo de un herrero que hacía cuchillos, y lo afirma el poeta que ahora alegué en el mismo lugar; quedó en poder de tutores, que le consumieron la hacienda (siempre es el mundo uno), y apenas tuvo con qué pagar a los maestros que le enseñaban; fué de tan alto juicio, que de aquella pobreza se levantó a ser como padre y defensor de toda Grecia, y a oponerse con la fuerza de su elocuencia a las de aquellos dos tan fuertes príncipes, padre e hijo, Filipo y Alejandro Magno. Habría mucho que decir de este notable hombre; referiré sólo lo que dice San Jerónimo acerca de sus estudios. Lo primero, que gastó más aceite que vino, que no les sabía mal a los griegos, y que no hubo oficial mecánico que madrugase a trabajar antes que él a estudiar, y cuando daba

algunos apretones, por quitar la posibilidad de salir de casa, se rapaba la mitad de la barba, no más. Y al fin, por no venir a las manos de Antipatro tirano, sucesor de Alejandro, se mató él mismo. De la otra banda está Cicerón; todos le conocemos, porque desde muchachos traemos sus libros en las manos, para aprender en él la pureza de la lengua, y es lo menos que se puede aprender en ellos, en respeto de la mucha doctrina y filosofía que encierran. Su muerte, también la sabemos, pues otras Filípicas le costaron la vida. No puedo dejar de añadir tras aquellos versos éstos, en que están tan elegantemente dichos los fines y aun los principios de estos dos tan insignes oradores, griego el uno y latino el otro:

*Eloquio sed utrunque perit orator, utrunque,  
Largus & exundans leto dedit ingenii fons,  
Ingenio manus est & cervix caesa, nec unquam  
Sanguini causidici maduervnt rostro pusilli.  
O fortunatam natam me consule Romam,  
Antonii gladios potuit contemnere, si sic  
Omnia dixisset, ridenda poemata malo,  
Quantae perspicuae divino Philippica jamae  
Disolveris aprimaque proxima, servus & illum,  
Exitus eripuit quem mirabantur Atenae,  
Torrentem & pleni moderantem freno theatri,  
Diis ille adversis genitus fatoque sinistro,  
Quem pater ardentis massae fuligine lippus,  
A carbone & forcipibus gladiosque parante  
Incude, & luteo Vulcano ad rethora misit.*

No oso traducir estos versos, por no quitarles la gracia y la excelencia; pásense sin ellos los que no pueden tener más gusto de lo que toca a la historia, pues está ya dicha. El postrero de estos cuatro es Quintiliano, que aunque tan maestro del arte, y español, y a lo que dicen, natural de Calahorra, entre estos héroes es justamente el postrero. Luego, después de este cuadro, está una faja con un grutesco hermoso, y luego el arco que sube desde el suelo de la pieza, que hace la primera capilla, de las tres en que dije estaba dividida esta pieza, para que no quedase embacinada y demasiado larga para el alto y el ancho, y sin la debida proporción. Este anta o pilar re-



salta dos pies y medio, y algo más, de la pared, y por todos los tres lados está adornado con diversas labores y guarniciones; por el frente está de lindos grutescos, y graciosos y bien labrados, en que se ven medallas y figuras pequeñas de mucha traza; de suerte que está harto enriquecido y hermoso de cosas fantásticas y, como ellos dicen, caprichosas. Encima de la cornisa, donde comienza a mover el arco, están sobre unos pedestales que se fingen en unos encasamientos, o nichos, de la una parte, Homero, coronado de laurel, príncipe de la Poesía de Grecia, y de todos los autores profanos, y con tan propia habitud y semblante de ciego, que aunque no se le viera en los ojos, lo conociera cualquiera; tan vivamente supo el maestro darle el aire de hombre que echa las manos, tentando, para suplir la falta de la vista. De la otra está Virgilio, a quien los críticos de nuestros tiempos, no sabiendo dónde ponerle, o como llamarle, le dicen: *Deus Poetarum*.

Entrambos a dos son tan conocidos, que será superfluo hablar de ellos. Basta decir que no hay autor profano ni sacro, cristiano (digo) ni gentil, ni doctor tan grave en la Iglesia Griega y Latina, que no adorne sus escritos con los versos de estos tan singulares hombres, partos raros en la Naturaleza, pues de ellos acá ha sido tan avarienta, que no ha querido darles compañeros. Tras ellos, en otro intercolumnio que se hace de otras dos fajas como las que dijimos en que estaba Plinio y Tito Livio, están otros dos grutescos de la misma invención, aunque mudadas las figuras y ropas, y las arquitecturas, y en ellos están los otros dos famosos poetas líricos: Píndaro, de los griegos, y Horacio, de los latinos, coronados también de laurel, árbol tan amado de Apolo y, por consiguiente, tan consagrado de sus adoradores vanos. Algunos han querido reprender que en esta librería hay mucho de esto, poético y gentil, y paréceles que en librería no sólo cristiana, más aún, de convento de religiosos, y Jerónimos, no había de haber nada de esto, ni oler a cosa profana; todo había de ser figuras e imágenes de santos, historias del Viejo y Nuevo Testamento, sin mez-

clar *Sacra prophanis*. Razón es de gente ignorante o hipócrita. A cada cosa se ha de guardar su decoro; eso es para el claustro, sacristía, capítulos, coro y otras piezas propias del estado y de la observancia. Las librerías son apotecas y tiendas comunes para toda suerte de hombres y de ingenios; los libros lo son, y así lo han de ser las figuras. Y si están aquí y en todas las bibliotecas del mundo los libros de tan insignes ingenios, que muestran la hermosura o el rostro de lo que tenían dentro, y se les leen las almas, ¿por qué quieren no estén los retratos del rostro? Esta librería es Real, y han de hallar todos los gustos, como en mesa Real, lo que les asienta, y aun si bien se advierte, aun para los muy religiosos hay en esto que llaman profano y gentilico buenos sujetos y ocasiones para loores divinos, y motivos de santa meditación, y los santos muy enseñados del cielo estimaron en mucho esto de que algunos hacen tantos ascos, y dieron reglas para que se sacase mucho fruto de ellos. Quede esto dicho para lo que se sigue, y voy mostrando a los de buen gusto, gente santa, sin hipocresía, que de todo se aprovechan para bien. La Dialéctica viene luego, en el tercer compartimiento y cuadro; otra mujeraza valiente, y es mucho en cabezas tan grandes (que, como he dicho, son mayores que el natural, excesivamente) mostrar tanta hermosura, y ésta la tiene, lindo rostro, y en un escorzo difícil, tiene los brazos tendidos, la una mano abierta, y la otra cerrada, para mostrar que enseñan cómo se ha de dilatar un sujeto y recogerse, que son dos grandes virtudes de su arte; pues no es menor dificultad saber recoger lo que de suyo es muy derramado y grande, que ensanchar y dilatar lo pequeño y pobre; entrambas cosas hace con la invención y disposición, y el modo de argüir y formar razones. La cabeza tiene coronada con los dos cuernos de la Luna, para significar aquella manera de argumento que los griegos llaman Dilema, y los latinos, Argumento cornuto, con que se aprieta mucho al adversario, y con que más fuertemente le derriba y vence. Tiene el mismo acompañamiento de mancebos y muchachos, trepando y moviénd-



dose con hábitos admirables, llenas de dificultad y hermosura, porque ama siempre este artífice acometer cosas difíciles en los desnudos, por mostrar lo mucho que tiene del arte. De la una banda están Meliso y Zenón; de éste dice Cicerón que declaraba la diferencia de la Retórica y de la Dialéctica mostrando la una mano cerrada y la otra abierta; la manera del decir de la una, abierto, extendido, hermoso; la de la otra, apretado y duro. De Meliso no hallo razón para ponerle en el estado de gran dialéctico, ni que haya hecho mucha profesión de esto. Diógenes Laercio no dice más de él de que fué gran hombre de república, discípulo de Parménides y excelente filósofo, así, en común. De la otra banda están Protágoras y Orígenes; del primero dice Laercio que fué gran sofista, gustando mucho de aquellas tranquilas y sofisterías de la Dialéctica sofisticada, que la verdadera no trata de esto, sino para que huyan de ello como de cosa aborrecible, y en que no hay más provecho de ejercitar ingenios de muchachos; escribió un arte de controversias, y otras cosas más maduras y de buen ingenio. Orígenes, no el Teólogo, cuyos libros se estiman en mucho, sino un filósofo antiguo, que fué célebre en preceptos de Dialéctica, y por eso le ponen aquí, para celebrar su memoria. Síguense luego, en los cuatro compartimientos y cuadros que restan en la bóveda, iguales a éstos y de igual hermosura, las cuatro principales partes en que se divide la otra parte de la Filosofía, que se llama comúnmente Matemática, que son Aritmética y Música: la una trata de números y cuenta, y la otra añade sobre esto el sonido; de suerte que se suene numerosamente y por cuenta, y por eso la llaman subalternada, porque es como inferior y contenida debajo de los principios de la otra, que son más universales. Sería cosa larga menudear en todas estas figuras y en sus adornos. Por lo que hemos dicho de las tres primeras, se entiende ya lo que es en éstas, que guardan el propio adorno y acompañamientos en todo. Lo mismo digo de las dos que siguen, Geometría y Astrología; que aunque la compañera y más vecina de la Geometría sea la Perspectiva



Pormenor de la Biblioteca.





y su subalternada, como dijimos de la Música, pues la primera trata de líneas, y la segunda sobre este sujeto añade vista, líneas hechas y producidas con la vista, púsose, empero, en lugar de ella, la Astrología, porque es más noble su sujeto, y más levantado, por tratar de los cuerpos celestiales, de sus movimientos y aspectos, mezclando parte de lo natural y físico con lo matemático. En todas estas ciencias hay grande acompañamiento y ornato, y se ponen los más insignes varones o de mayor antigüedad que se conocen en estas disciplinas, mezclando con ellos algunos de nuestros tiempos. Vense allí Architas Tarentino, Pitágoras, Xenócrates, Arquímedes y también Jordán y Sacro Bosco y Juanes de Montereio, que, en comparación de los cuatro primeros, son de ayer. En la Música, Apolo, Orfeo, Anfión, Tubal Caín, padre de todos, y entra con ellos Boecio Severino. En la Astrología se junta con Ptolomeo nuestro Rey Don Alonso, famoso por sus Tablas en todo el mundo. De esta suerte se muestra que para venir de la Filosofía a la Teología es menester caminar por el conocimiento de muchas de estas cosas. Si quieren los arquitectos (como lo dice su Vitruvio) y los pintores (como lo firman los que han escrito del arte) que los que han de ser perfectos en estas artes tengan a lo menos algunos buenos principios y conocimiento de estas facultades, con mayor razón se le ha de pedir esto al teólogo, y principalmente a los que han de tratar la verdadera Teología, que es la Escritura Santa, a cuyo conocimiento se enderezan todas las reglas de la Teología, metódica o escolástica. Así se ve puesta en el testero que dijimos cae a la parte del convento, dentro de una arquitectura de un templo, que significa la Iglesia, donde ella reina y tiene su trono y cátedra. Está sentada una doncella, grande y hermosa, porque ni admite corrupción ni vejez; que la que padece estas mudanzas no es Teología, sino fantasías o sueños de opinantes metafísicos, que brotan de ingenios ociosos o lujuriantes, como los llama San Jerónimo. Sálenle de la cabeza y rostro unos resplandores divinos y una corona real, que se sos-



tiene encima con la fuerza de la luz, para significar cuán sobre todo lo terreno se levanta, y que sus fundamentos son divinos, que no tienen necesidad de apoyo humano, y como a reina tiene de servirle todo y obedecerle. A los lados están los cuatro Doctores de la Iglesia Latina, Jerónimo, Ambrosio, Agustín, Gregorio, con sus propios hábitos; figuras grandes, de mucha majestad y autoridad, en los rostros y semblantes se les echa de ver la santidad de las almas y la alta meditación en que están puestos. Con el dedo de la mano derecha les muestra la Teología un libro, que es la Santa Escritura, para decirles que en aquello han de emplear el gran talento que les dió el cielo, para que con la doctrina que de allí aprendieren, esfuercen y defiendan la verdad de la fe cristiana, y alumbren a los mortales para el camino del cielo. Este es el orden y la pintura que se ve en la librería de la cornisa, arriba. Por descansar de mirar en alto, y de discurso tan largo, dejamos lo demás para el siguiente.

### DISCURSO X

*Prosíguese la traza y adornos de la librería principal, con todas sus partes y piezas.*

**N**o he visto entrar hombre en esta tan ilustre pieza, que no le haya puesto en admiración y como dejado suspenso, y verdaderamente con razón; porque aun a los que estamos en ella cada día, si sucede hacer alguna ausencia, cuando volvemos nos causa su vista esta misma novedad y movimiento. Muchos italianos que han visto la Vaticana, de Roma, que es tan excelente (anda ya hecho un libro grande de ella, por que no se hagan largos estos discursos), y otras muchas de Italia y Francia y otros reinos, la estiman y reconocen por cosa excelente. Visto hemos su traza y sus compartimientos, suelo, cajones, estantes y la pintura desde la cornisa, arriba, en las siete capillas o cuadros, y los dos testers, donde se pintaron todas las ciencias. En este discurso veremos la demás pintura

que está entre la faja y ondas que corre por encima de los cajones hasta la cornisa, y el asiento y orden de los libros. Dijimos que en el frente de la pared que cae al colegio está la Filosofía, con algunos filósofos príncipes, naturales y morales. Acordóse que debajo de cada cuadro de la bóveda, y todo lo que respondiese hasta los mismos cajones, fuese cosa tocante a la misma ciencia, que está asentada en las nubes de aquel claro. Pusieronse a los lados varones insignes, como vimos, y debajo de la cornisa, historias que respondiesen a lo mismo de arriba. Así se compuso en este terreno una historia de la Escuela de Atenas, partida en aquellas dos sectas tan encontradas de Estoicos y Académicos. Están dos cátedras para significar esto en el cuadro, y en la una, que es de los Estoicos, se ve puesto en ella Zenón, fundador de aquella doctrina dogmática, o, como si dijésemos, preceptista y definidora, que quiere dejarlo todo asentado y determinado por sus reglas y sus discursos. En la otra, que es de los Académicos, se ve el prudente y agudísimo Sócrates, a quien hacen fundador y padre de esta escuela, que después partió en tantos ramos o brazos, que apenas se sabe cuál es el principal, y llámanse, al contrario de los otros, Apotemáticos o Escépticos, que quiere decir dudosos, sin determinarse en nada, sino que gastan el ingenio en hallar razón por entrambas partes, hasta venir a afirmar algunos de ellos que en todas las cosas eran las razones iguales, en pro y en contra, para afirmar y negar. De suerte que estas dos principales escuelas diferían en los tres puntos principales que estriban todas las ciencias: en los principios, medios y fines; y el punto más fuerte de la controversia era sobre si tienen los hombres medio e instrumento firme con que alcanzar la verdad y la naturaleza de las cosas. No entran éstas en el alma sino por los sentidos; éstos son falaces y mil veces engañan y nos engañan. Luego (inferían los Académicos con harta evidencia) no podemos afirmar lo que tan falsos testigos prueban. Esto se pretendió significar en esta historia: quien quisiere saber más cosas de esto, lea el libro que escribió nuestro Pedro de Valencia, natural de



Zafra, varón insigne, no sólo en la Jurisprudencia, sino en Filosofía y Letras sagradas, acompañado de singular noticia de la lengua griega, de la latina y hebrea; el título es *Academica sive de iudicio erga verum*, donde en pocas hojas verá cosas muy recónditas acerca de estas dos escuelas, y entenderá por él lo que son las cuestiones académicas de Tulio, y el libro que intituló *Lúculo*, y lo que escribió San Agustín contra los Académicos; y dándole nuestro Señor vida a este autor, nos ha de dejar grandes frutos de sus trabajos e ingenio, con admiración de las naciones extranjeras, que lo estimarán en más, porque conocerán mejor estas cosas, pues España, aunque crea tantos ingenios y tan excelentes, parece que los inclina luego al interés de la vida, y los ve malograr tristemente. Esta es la primera historia, que está, como digo, debajo de la Filosofía.

A los dos lados, debajo de la Gramática, están otras dos al propósito. La una es la Torre de Babilonia, que se va edificando con gran bullicio y concurso de gente, andamios, grúas, piedras y todo aquello que vemos en un edificio grande cuando vuelve la labor; y porque allí confundió Dios las lenguas y diferencié los idiomas, y de aquí nació tener los hombres necesidad de aprender Gramática, para venir en conocimiento de la otra lengua de su propiedad, congruidad y cadencias que llamamos Idiomas y Dialectos, y esto todo se enseña en esta ciencia, se puso esta historia, que fué toda la ocasión y fundamento de ella, que como fué azote y castigo de nuestra soberbia, así no se aprende bien sin azotes. Y lo pondera bien San Agustín en la repugnancia que se ve en los muchachos para salir de esta ignorancia. Dije en otra parte (1) las dos diferencias que se ven en las lenguas, que una absolutamente se llama diferencia de lengua, porque totalmente se aparta de la otra en todas sus voces, o casi todas, sin concertar con ella en nada, o conciertan en las principales letras de las voces, aunque en las que están sujetas a más mudanza difieran, que son las que se lla-

(1) In vita D. Hieronym.

man, en el hebreo, las unas radicales, y las otras Motiones, a quien llamamos nosotros vocales, que se mudan con más o menos abrir la boca o ponerla de otra manera, y esto se llama no propiamente diferencia de lengua, sino diferencia de labio; los ejemplos de esto son infinitos: ya dije algunos allí.

Y así dice el texto sagrado de donde se tomó esta historia, que cuando se comenzó a edificar la Torre se hablaban unos a otros, y sin ninguna dificultad se entendían (1): *Erat enim terra labii unius et sermonum eorundem*, o, como dice el original: *Labium unum et verba una*. De suerte (por que no alarguemos esto) que este es el origen de la Gramática, y por eso se le dió esta historia, que está harto galanamente pintada. De la otra parte está el primer Seminario y Colegio de Gramática, que sabemos ha habido en el mundo, donde, por mandado del Rey de Babilonia Nabucodonosor, se juntaron muchos muchachos de su reino, y de los cautivos israelitas, para que allí estudiasen diversas ciencias, y la lengua caldaica, como lo refiere Daniel (2), que fué uno de ellos, con otros tres compañeros; que como tenían otro mejor maestro, que era el temor de Dios y la guarda de su ley, salieron aprovechados con excesivas ventajas. Vino a propósito esta historia para la antigüedad de la Gramática y su autoridad, y por haber juntado aquí el Rey Don Felipe un Seminario de cincuenta mozos, que aprenden lo mismo, y más principalmente se enseñen a temer y servir a Dios y alabarle, con cánticos y divinos oficios, van aquí también haciendo división entre estas historias las mismas fajas y pilastras, con los mismos grutescos que dijimos en la bóveda, y así no hay necesidad de advertirlo más. Tras estas dos historias sagradas de la Gramática se siguen dos de Humanidad, debajo de la Retórica. La una es la libertad que Cicerón alcanzó de Cayo Rabirio, que estaba acusado y poco menos condenado por Tito Labieno de Perduelio, que era crimen, como decimos, *Lesae maiestatis*, o contra la ciudad de Roma, o

(1) Genes. 11 vers. 1. (2) Dan. 1.



algún príncipe o ministro de ella. Había Rabirio matado a un Saturnino, hombre pernicioso a la República. Fué tan excelente la oración que Cicerón hizo en su defensa, de tanto arte y con tantos afectos adornada y dicha, aunque le dieron poco tiempo para hacerla, que de todo punto salió con la victoria: vese pintado Cicerón, orando, y Rabiro, que le está cortando las ataduras en señal de libertad, y así mereció esta oración que se pusiese por muestra de lo mucho que puede la Retórica y el arte del bien decir. De la otra parte está aquel Hércules Gálico, de Luciano, tan alabado y recibido de todos. Viejo desnudo, con sola la piel del león, y con la clava, y de la boca le salen unas cadenas de oro y plata, que, prendiendo en las orejas de muchas gentes, se los lleva tras sí, que no se pudo inventar mejor enigma o símbolo para mostrar la fuerza que tiene el hablar con arte y hermosamente en los corazones de los hombres. Esto se halla en los varones ancianos, que con la dulzura de sus palabras y la fuerza de sus razones encadenan, atan y llevan tras sí los oyentes, y los traen a su parecer y sentencia. En la Dialéctica se pusieron otras dos, una de Zenón Eleates, a quien hace Aristóteles inventor de la Dialéctica, porque debió de ser el primero que entre los griegos dió algunas reglas, o puso en algún método la manera de disputar, aunque hasta los tiempos de Sócrates se supo poco de esto y de la Etica. Pintóse este filósofo delante de muchos mancebos que le siguen, y él les muestra dos puertas: la una tiene por título VERITAS, y la otra, FALSITAS, para significar que la Dialéctica es la puerta por donde se entra al conocimiento de la verdad, y descubre la falacia y la mentira, y que su oficio es dar reglas para distinguir lo verdadero de lo falso, definiendo, dividiendo y silogizando. La constancia de Zenón Eleates, y los tormentos que padeció del tirano Nearco con ánimo tan invencible que por ello libertó su patria, la refiere Laercio en su misma vida. De la otra parte están San Ambrosio y San Agustín, como disputando, y la Santa Madre Mónica rogando a Dios por la conversión y salud del hijo, y que no le aproveche su Dialéctica siguiendo

en esto la fama que dice mandaba San Ambrosio decir en la letanía: *A logica Augustini, libera nos Domine*, tenga la verdad que quisieren. Síguense luego las dos historias de la Aritmética: vese de la una parte Salomón, mancebo hermoso, ricamente vestido, sentado en una mesa, y la reina de Sabbá, que está como preguntando y proponiendo enigmas. Encima de la mesa está un peso de balanzas, una regla y un ábaco o tabla de contar muchos números y cifras de Aritmética, y en la caída del paño de seda que está sobre la mesa, escrito con letras hebreas, aquella tan alta sentencia: *Omnia in numero pondere et mensura*: todo tiene número, peso y medida, que quien bien la penetra se le sería fácil soltar todos los enigmas, y si alguno en el mundo la entendió, fué este Sabio Rey, a quien dotó Dios de tanta ciencia; qué ciencia fué la que Dios dió a este Rey, y cuán propia y bastante para declarar esta sentencia, es de otro lugar; ahora no nos toca más que mostrar por defuera la pintura. La misma o poco menos dificultad tiene la historia que se ve al otro lado. Están pintados muchos hombres desnudos, que son aquellos Gymnosofistas de quien dice San Jerónimo (1) que filosofan con números en la arena: están repartidos en el cuadro por corrillos, muy atentos a las figuras del suelo, que llamaban Mensam Solis, porque es el pasto y mantenimiento que da Apolo, a quien llamaban dios de las ciencias; en medio tienen un triángulo levantado, y por el un lado descenden números pares, y por el otro, nones, en cierta proporción de unos a otros, con que querían significar la ciencia, afecciones y virtudes del alma. Dije también de esto alguna cosa en los discursos de la vida del mismo santo; allí se podrá ver qué quiso decir Platón cuando, definiendo el alma, dijo que era un número que él mismo se movía; y la otra sentencia de Pitágoras, que los principios de todas las cosas estaban encerrados en los números. Negocio largo y ajeno de este lugar: sólo diré que ni el uno ni el otro hablaban de estos números con que contamos, sino

(1) Epistol. ad Paulin.

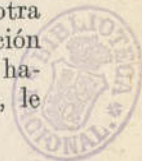


que era símbolo de otro mayor secreto. Luego se sigue la Música, que, como vimos, nace de la Aritmética y de su mismo sujeto, y presupone sus principios. Aquí también se mezclaron historia profana y divina. De la una parte está aquel excelente efecto que hacía la música de David, en la endiablada melancolía de Saúl, y la dulzura del arpa o lira del pastorcillo divino podía tanto que descargaba mucha parte de aquel pesado humor del inobediente rey, que mereció tanto castigo, por no revelar el precepto divino: que aunque lo principal de este efecto tiene más levantado principio de lo que puede rastrear el ingenio humano, con todo eso no se puede negar sino que vemos hacer este mismo efecto a la Música en otros apasionados de este humor terrestre, y que con la Música descansan. Agradóle mucho, y quizá demasiado, a Galeno (1) la sentencia de Pitágoras, que dijo era el alma como una cítara bien templada. Aunque Cicerón (2) atribuye esta sentencia a Aristóxeno, músico (3). Reprenden esto Platón y Aristóteles, y con razón, porque entendían que el alma no era otra cosa sino cierta armonía y concordia de humores. Mas tomémoslo todo junto, alma y cuerpo, y no será mala la similitud que cuando las calidades y humores de éste están bien acordadas y conformes, sin duda siente en sí gran suavidad y reposo el ánimo, y es una música que saca y libra como de entre unas furias infernales aquella parte que desea gozar la luz del entendimiento. Esto es lo que significa en la otra historia frontera, que es la docta fábula de Orfeo, cuando saca a su amada consorte Eurídice del infierno, tañendo dulcemente con el arpa, adormeciendo al son el Cerbero de tres cabezas, y perdió la mujer cuando ya salía del peligro, por no guardar el precepto de Proserpina, de no volver la cabeza atrás: que se ve bien no está esto dicho por lo que suena de fuera, y que pide se entre en lo secreto. Algún día habrá lugar para tratar

(1) Galen. in fragment., lib. de substantia nat. facultat.

(2) Cicer. tusc. q. 1. (3) Plat. in Fedone, Arist. 1 de anim., c. 4.

esta y otras fábulas, con que nos quisieron vender tan cara la verdad de la buena doctrina que Dios comunicó a las gentes para que no tuviesen excusa. Lo que podrá decir ahora es que está con grande ingenio pintada la fábula, con hermosos lejos, claros y oscuros, y con solas dos figuras ocupado un cuadro harto galanamente. Párese por una parte una boca de fuego del infierno; el Cancerbero, a la puerta, dormido; por otra se descubren unos campos alegres, que hacen admirable contraposición. Orfeo parece va con grande tiento tañendo, y Eurídice, hermosísima, desnuda y honesta, siguiéndole. Aquí, entre los intercolumnios y pilastras, entra el otro arco que hace la división de la tercera basilica de esta pieza, y el adorno y grutescos con algunas figuras excelentes de Mercurio y Apolo, todo de mucho arte. Entran luego las otras dos historias de la Geometría: de la una parte se ven los Filósofos de Egipto, que eran los mismos Sacerdotes, haciendo demostraciones geométricas en la arena, en diversos corrillos y juntas, con sus compases y escuadras, y muéstranse tan atentos, que se les ve el estudio y la especulación grande con que vinieron a hallar tantas sutilezas y primores en aquella facultad. Dicen que tuvo allí la Geometría su principio, porque como el Nilo les baña e inunda la tierra con sus crecientes, y turba la división de las posesiones y heredades, encargaron a los Sacerdotes que se las tornasen a partir y diesen a cada uno lo que tenía primero. Para esto fué menester ejercitarse en la Geometría, y mostrarle al que se sentía agraviado diciendo (pongamos por ejemplo) que su heredad era mayor cuando la perdió que cuando se la volvían, porque antes era cuadrada y ahora le daban una nesga de tierra, mostrarle (como digo) que aquella nesga era tanta tierra como la cuadrada que antes tenía, y como ésta se ofrecían otras cien diferencias, que las componían aquellos Sacerdotes, mostrándoles con la razón matemática que no padecían ningún agravio. De la otra parte está Arquímedes, tan atento en una demostración matemática, que aunque los soldados romanos que habían entrado en la ciudad de Zaragoza, de Sicilia, le





amenazaron de muerte, no hizo caso de ellos, ni alzó la cabeza a mirarlos, y así le quitaron la vida. Pesóle mucho a M. Marcelo, Cónsul y Emperador de esta jornada, de la muerte de tan insigne varón, que aunque con sus ingenios y máquinas le había defendido la ciudad, matándole mucha gente, quemado y hecho pedazos muchos navíos, había mandado que nadie le hiciese mal, ni tocasen en cosa de su casa, estimando en más a Arquímedes que a toda la ciudad. Tanto llegó a alcanzar este varón en las Matemáticas, y tanto se puede obrar con ellas cuando se saben profundamente, de las cosas extrañas que hizo y han hablado otros. Las postreras dos historias son de la Astrología. La una muestra aquel tan sobrenatural eclipse del Sol que aconteció en la Pasión de nuestro Señor, queriendo el Padre Soberano que todas las criaturas diesen testimonio de la muerte de su Unigénito, y todas se compadeciesen con él. Y por ser tan recibida la historia de San Dionisio Areopagita, que viendo este eclipse en Atenas, admirado de la extrañeza del caso, dicen rompió en aquellas palabras: *Aut Deus naturae patitur, aut mundi machina dissolvitur*, y que tomando el Astrolabio, vieron él y Apolophanes, que siendo en el lleno de la Luna, se había hecho tal retrogradación y movimiento, que había venido a ponerse entre el Sol y la Tierra, y eclipsado el Sol; pintóse así, aunque en todo esto, y poco menos en cada palabra, hay su duda y cuestión, y tantas diferencias de pareceres, que han eclipsado lo que no estaba muy obscuro. Sacro Bosco, autor que anda en las manos de todos, dice, en las postreras palabras de su tratadillo de Esfera, que la Luna se puso entre medias, como en los otros eclipses ordinarios, y así le siguieron en la pintura. En su propio lugar, queriendo Dios, diremos algo. La historia, a lo menos, está harto bien pintada, y con tan hermosos lejos, unos claros, otros eclipsados, y los filósofos tan admirados y atentos, que es una de las buenas cosas que hay en esta pieza, donde hay tanto bueno. Del otro lado está otra tan extraña maravilla del Sol; la historia es célebre y conocida. El rey Ezequías, gravemente enfermo, y con

una mortal apostema, y lo peor, sentenciado por Dios a morir de aquella enfermedad, y mandado que hiciese testamento, alcanzó con las lágrimas de su verdadera penitencia quince años más de vida. El mensajero entre Dios y el Rey era el Profeta Isaías, y llegaron tan presto las oraciones y lágrimas del pío Rey al cielo, que antes que el Profeta saliese del palacio donde estaba el enfermo, ni llegase a la mitad del patio, volvieron con el despacho y absolución (1). Tornóse de allí el Profeta para el Rey, y díjole que Dios le había perdonado, y le alarga los quince años de vida que se le habían defalcado por su pecado, que se entiende era no haber querido casarse ni tener cuidado de dejar hijo heredero en el Reino de David, de quien por línea recta había de descender y nacer el Rey que sería eterno en aquel Trono. En señal de esta salud y merced tan cumplida, le dieron a escoger: si quería que las líneas que el Sol hacía con las sombras del hilo o del grimón pasasen y creciesen diez más adelante, o que volviesen diez atrás de lo que habían corrido, y esto no en todos los relojes, sino en uno que estaba allí en su casa y le había mandado hacer su padre, el Rey Acáz. Respondió Ezequías que no era muy dificultoso correr el Sol diez líneas adelante; mas volver atrás diez líneas de improviso, y que si eran las cuatro de la tarde, señalase la sombra la una de la mañana, aquello era más prodigioso, y aquello quería por señal, y así lo hizo luego el Sol, que en aquel cilindro, que era redondo, partido en doce horas, dando la sombra ya en las diez, y no faltando más que dos para anochecer, se tornó la sombra de la cuerda o gnomon a la primera hora del día. Hizo el Señor a quien sirven todas sus criaturas en todo lo que les manda, que el rayo del Sol hiciese aquel reflejo y revuelta, para que viniese a tocar la sombra del astil en la primera hora del día; el misterio de esto es para otra coyuntura. La pintura de nuestra librería no muestra muy al propio esta fábrica del reloj, porque los pintores no saben tanto de esto;

(1) Reg. 20. 2 Par. 32. Isai. 32.



lo demás está harto bien expresado, y se entiende bien el caso.

Muéstrase en estas dos historias de la Astrología que el Creador de los cielos, y el que sólo sabe los nombres de todas las estrellas (nombre quiere decir virtud y esencia) hace de ellas y con ellas lo que quiere y como quiere, y que (como él nos lo manda) no tenemos que temer de sus influjos ni constelaciones, sino servirle y amarle, y temer sus divinos preceptos, pues por sola la voz de un hombre, y por las lágrimas de otro, y por la oración de otro, trastornará el cielo, detendrá el Sol, torcerá sus rayos, cerrará y abrirá sus influencias y hará que siendo nosotros los que debemos y sirviéndole nos sirvan y nos obedezcan, aun cuando su curso natural pide otra cosa; y vendrá a ser tan verdad aquella sentencia (aunque no es del todo pía): *Sapiens dominabitur astris*, que no sólo en vencer nuestras pasiones e inclinaciones aviesas, sino aun en esas mismas estrellas tengamos verdadero imperio, si buscáremos la sabiduría que no se vacía ni desvanece, cual es la de este mundo, sino aquella de los santos y que puramente es de Dios. He dicho esto de buena gana, porque descubri el intento que tuve cuando puse aquí estas historias. Y pues hicimos de esta Astrología, Teología, digamos la postrera, que está respondiendo de frente a la escuela de Atenas, y debajo de la misma historia. Representóse lo mejor que pudo el Concilio Niceno, que es el más general y más grave de cuantos ha celebrado la Iglesia, si en esto puede haber más o menos, pues estriban todos en una misma autoridad divina y asistencia del Espíritu Santo. Concurrieron en él trescientos diez y ocho padres varones santísimos, probados muchos de ellos en las batallas de la Fe y derramado por Jesucristo la sangre, gloriosos confesores suyos. Aquí juntos sacaron de la fuente de la Teología, que es la Escritura Santa, aquellas primeras conclusiones de la consubstancialidad e igualdad de las tres Divinas Personas, y principalmente de la del Hijo con el Padre, en que puso atrevidamente Arrio, un mal sacerdote de Alejandría, llevado no de otro mejor fundamento que de su

pura ambición, gana de hacerse famoso con esta novedad; lazo y aun piélago donde caen infinitos hombres con aquella ansia rabiosa de ser como dioses, y de llevar discípulos tras sí, como lo dice San Pablo. Presidió en este Concilio nuestro Osio, Obispo de Córdoba, junto con dos presbíteros, que eran lo mismo que ahora llamamos Cardenales legatos a latere, enviados por el Santo Pontífice Silvestre. Tanta era la fama de la santidad, prudencia y letras de Osio. Significáronse aquí con la pintura, fuera de la asistencia del Espíritu Santo, dos puntos importantes lo mejor que se supo hacer. El Emperador Constantino sentado más bajo, apartado de los Obispos, porque jamás se osó poner entre ellos ni tener mejor lugar, diciendo (como tan pío) que aquella Junta y Tribunal era de los que tenían en la tierra las veces de Dios, y así está echando en el fuego unos papeles en que se le habían dado ciertas acusaciones de algunos Obispos, o querellas de unos contra otros, de ciertos puntos de las preeminencias o jurisdicciones de sus Obispos, para que las juzgase, diciendo que los Sacerdotes y Obispos no habían de ser juzgados por los hombres de la tierra, sino sólo por Dios. Sentencia digna de tal Príncipe, que dura hasta hoy en su fuerza con tanta razón, aunque por tantas partes pretende el enemigo socavarla. Lo segundo es la condenación de Arrio: muéstrase derribado de un asiento, caído en el suelo, y con tal rostro, que se le puede conocer la obstinada rabia de verse vencido. Esta es la forma y el adorno de lo material de esta tan excelente librería; dicho queda con la mayor prisa que he podido.


Lo principal, y lo que en librerías es el fin y la substancia, son los libros y el asiento y orden de ellos. Cuanto a lo primero, en esta pieza no hay más que libros impresos en lengua latina, griega y hebrea, sin entremeter en ellos ni libros de mano, ni de otras lenguas vulgares (de éstos diremos en el discurso siguiente). El número no es mucho, porque no llegan a siete mil, aunque no hay cajón ni estante vacío; todo está lleno y cumplido. Están (es verdad) en un volumen muchos autores juntos,



teniendo respeto a que los cuerpos sean bien proporcionados; que si estuvieran por sí, pasaran de nueve mil. La encuadernación es llana, en becerro colorado; los cortes de las hojas, dorados todos, sin manzuelas, porque están en cartón, y como se juntan y aprietan, puestos todos de canto, que ninguno hay de llano, están bien guardados y compuestos; así parece toda la pieza hermosa, porque desde el suelo a la cumbre está o pintada o cubierta de oro. De las otras piezas, y del orden de los libros, y en particular de algunos que hay en ella notables y de estima, diremos en el discurso siguiente, por que no sea éste más largo.

### DISCURSO XI

*Las otras dos piezas de la librería de este convento, sus adornos y el orden de los libros, con otros particulares.*

niendo consideración a que quedase esta pieza alegre, llena de majestad y de luz, no pudo haber más número de libros de los que hemos dicho. Tiene, como vimos, por la parte de Poniente siete ventanas grandes, y por la de Oriente, cinco, aunque más abiertas afuera, dentro de la misma distancia, y como están entre los mismos estantes, estorbaron demasiado. Las cuatro pilastras o antas que dividen la pieza quitaron otros cuatro estantes, y así se perdieron más de tres mil cuerpos de libros, que aumentarían mucho la librería. Con esto, las columnas redondas de los mismos cajones, y las pilastras que responden detrás por guardar el orden de la buena arquitectura con sus gruesos, hacen que se pierdan otra gran cantidad de libros; por esto fué forzoso, aunque la pieza es tan grande, ayudarle con otras dos, donde se supliese esta falta, aunque parece redundó en mayor autoridad y grandeza de la librería. La primera de éstas está encima de ella puntualmente en el largo, y en el ancho es algo más, por lo que disminuyen las paredes, y es tal, que quien la ve primero piensa no hay más que pedir. Los

estantes, aunque de madera de pino, bien labrados, con pilastras cuadradas, pintadas y contrahechas las maderas, que son naturales en lo principal, y así parecen de lo mismo. Tienen a cuatro senos, en que se ponen los libros, derechos, y corte dorado, y de la misma encuadernación, sin faltar punto. La pieza tiene las mismas ventanas que la de abajo, excepto una de en medio, que no pudo dársele por tener allí la figura o estatua de San Lorenzo que dijimos estaba en la fachada de la puerta principal. Encima de los cajones, por todo el contorno de las paredes, están los retratos de muchos Pontífices y personas principales en santidad o letras, tan al natural y vivos, que parece se puede hablar con ellos.

Hay también algunos globos terrestres y celestes, y muchas cartas y mapas de provincias, como en la librería principal, aunque allí no hicimos caso de ellos, porque son cosas movibles; como ni de otros instrumentos matemáticos, esferas, astrolabios particulares y, como ellos dicen, católicos; todos con mucha observancia labrados en metal, algunos del mismo Gemafrisio (que fué gran hombre de esto) labrados, y otros de Pedro Apiano, y de otros grandes maestros en el arte, para los que quisieren ejercitarse en ella y obrar con precisión, porque son grandes. Hay también anulos, armilas de muchas diferencias, radios y otras cien buenas alhajas de esto, que me parece menudencia detenerme en ellas, aunque en otra parte fueran muy estimadas. Cartas de tierra y de mar, de mano, hechas con sumo estudio y trabajo, en gran abundancia, por que no falte cosa de las que se pueden desear, para los que son aficionados a estas letras y observancias. Los libros de esta librería son de las lenguas vulgares: castellana, italiana, francesa, alemana, portuguesa, lemosina o catalana; de todas hay buenos libros, aunque no se ha puesto mucho cuidado en juntarlos, por que no se hallan fácilmente. El principal intento de esta pieza es éste, mas sin éstos tiene muchos de la lengua latina, y más que de otros ningunos, por haber gran variedad de impresiones, y en particular se guardan aquí las antiguas, que muchas veces son más



enmendadas que las nuevas, ofrécese necesidad de acudir a ellas. Sola una falta tiene esta pieza: que está desacomodada, por estar tan alta, y encima de la principal, y así el invierno la hace muy fría, y en el verano no le falta calor.

La tercera pieza o librería pudiéramos llamarla primera, porque la dignidad de los libros lo merece. Son todos de mano, en muchas lenguas, y en todas facultades, entre ellos muchos originales, de gran antigüedad y estima. Está muy junto de la principal pared, en medio, en el claustro alto de la Hospedería; las puertas, casi juntas, que se echa de ver es ésta como la recámara de la grande, lo guardado y que no se comunica a todos. No es la pieza muy grande ni de mucho adorno, porque no se hizo aposta para este menester; antes eran unos aposentos o celdas que se acomodaron, quitándoles los atajos, y vino tan a propósito, que parece se pretendió de principio, y es así que para la conservación de estos libros, que son de mano, y tan antiguos, que es maravilla cómo muchos de ellos viven, fué cosa de todo punto acertada. Tiene las ventanas al cierzo, que ayudan mucho a esto. El largo de la pieza es de ochenta y tres pies en todo, porque aun está dividida en dos piezas. El ancho son veinte, escasos; de alto, quince. Los estantes son como los de la librería alta, con cinco órdenes o senos, que sin dificultad se alcanzan y gozan todos los libros. Desde los cajones hasta lo alto del maderamiento no hay otro adorno más que retratos de Papas, de varones santos y hombres eminentes en letras, antiguos y modernos, enviados al Rey de Italia, Francia y Alemania, y otros que se hicieron en España, que ha habido quien los hacía muy bien. En la primera y mayor de estas dos piezas están sólo libros griegos y latinos, de mano, sin mezclarse otra lengua ninguna. En la segunda, hebreos, arábigos, italianos y castellanos, pérsicos y de la China, y turquescos, y otros vulgares, todos de mano, aunque los de la China son impresos. También aquí hay buenos globos celestes y terrestres, cartas, mapas y otros excelentes instrumentos matemáticos, y en particular

uno que inventó Pedro Apiano, y se lo presentó al Emperador Carlos V, que tiene grandes usos, y para cosas de medir campañas, y considerar tierras, y medirlas y situarlas, tomar sus alturas y distancias, excelentísimo; para su declaración y uso hizo cuatro cuerpos de libros de a folio, parte impresos y parte de mano, que se guardan aquí con el mismo instrumento. Están también en sus cajones guardadas muchas diferencias de monedas y medallas, figuras de metal, antiguas, que se dieron a Su Majestad con la librería de A. Agustín, Arzobispo de Tarragona, varón insigne en todo género de buenas letras, gran amador de la antigüedad; entre ellas se ve el abacá antiguo, con sus números y cálculos, por donde cantaban los romanos, aprendido de los griegos, llamado Mensa Pitagórica, donde se ven aquellas notas y figuras antiguas que se parecen mucho a las que nosotros llamamos castellanas, de que hizo mención el mismo A. Agustín (1) en su libro de inscripciones y monedas, y también del Congio, que está con la medida antigua romana, que se daba como de ración de vino en la República y en los convites, y a los criados de los señores y paniaguados. Es una octava parte del cuadrantal, o, como si dijésemos, de una cántara; quien quiera saber más por menudo de estas antigüedades, vea el mismo autor en el mismo libro, que acordó escribirlo en lengua castellana, y en diálogos, por que todos lo gozasen. De esta manera hay otras antigüedades que sirven para la inteligencia de los buenos autores, y aun de la Sagrada Escritura, como es la de aquella antiquísima y celebrada moneda que se llamó Siclo, tan repetida en el Testamento Viejo, y de cuya verdad y noticia se coligen y averiguan mil verdades en cosas de monedas y de pesos. Dejó aquí esta tan excelente reliquia, que así quiero llamarla, el Doctor Arias Montano, de que haré luego memoria.

Visto lo que toca a las piezas y cuadras de la librería, quiero decir el orden que en ellas se tiene, y qué división y asiento se ha dado a los libros; después, como de corri-

(1) A Aug. Dialog. 9., & Dialog. 9.



da, se dará noticia de algunos en particular. Esta librería se asentó la primera vez toda junta en una pieza, que ahora sirve de dormitorio a los novicios, y el doctísimo Arias Montano, como quien tenía tan cabal noticia de las lenguas y disciplinas, la fué dividiendo, asentando cada lengua por sí, que como eran los principios y no se había juntado tanta copia de libros, pudieron caer allí tantas divisiones, y en cada una de las lenguas hizo otra división, asentando lo impreso a una parte, y lo de mano a otra, y después otra división en cada una de estas divisiones de impreso y de mano, y de lengua, hacía que estuviese cada facultad por sí, y dividió la librería, en cada una de las lenguas, en sesenta y cuatro facultades, que servirá de mucho tener el conocimiento de ellas, y el orden que tienen, y por eso las pondré aquí como se ven en una tabla que ordenó el mismo doctor, y se guarda en la misma librería; el título es:

## DISCIPLINA UM SERIES

Grammatica.	Ciuile ius.
Vocabularia.	Ciuilis iuris interpretes.
Elegantiae.	Giromice praeceptiones.
Fabulae.	Mechanica.
Poesis.	Venatio.
Historia.	Aucupium.
Antiquarii.	Piscatio.
Dialectica.	Colymbitica.
Rhetorica.	Militaris.
Declamatio.	Architectura.
Oratores.	Pictura & Sculptura.
Epistolae.	Agricultura.
Ars memoriae.	Idilia opuscula.
Mathematica in genere.	Stromata.
Geometria.	Encyclica.
Aritmetica.	Catholica.
Musica.	Biblia sacra & patres.
Cosmographia.	Concordantiae, indices aeeconomiae, loci communes.
Geographia.	Bibliorum commentaria.
Topographia.	Canones, Concilia, constitutiones religiosae.
Astrologia.	Canonicumius.
Astronomia.	Doctores integri.
Diuinatio.	
Prespectiua.	

Principes Philosophi.	Homiliae, orationes, Epistolae, Soliloquia, Hymni.
Naturalis philosophia.	Doctrinales & semi disputatorii.
Philosophi priuati argumenti	Apologiae, disputationes priuate ac defensiones.
Chymica.	Priuata quaedam & reuelationes.
Metaphisica.	Historia Ecciesiastica & vitae sanctorum.
Medicina.	Escholasti. Theologia.
Sitica.	Sumistae.
Ethica.	
Aeconomica.	
Politica.	
Aulica.	

Adviértase en esta partición de disciplinas que no entendió su autor que cada una fuese disciplina por sí, que esto ello se dice, sino que muchas de estas divisiones son parte de una misma disciplina, como en la Gramática los Dictionarios y Elegancias, y en la Retórica las Oraciones y Declamaciones, y así en otras; sólo pretendió que en cada una se distinguiese lo que hace alguna diferencia y tiene distinto motivo. De esta suerte se asentó la primera vez la librería en el lugar que dijimos, con tantas divisiones y particiones y títulos: cada lengua por sí, en cada lengua lo manuscrito por sí, lo impreso por sí, y en cada una de estas diferencias todas estas divisiones de disciplinas, cuantas a lo menos se hallaban; los cajones llenos de títulos, que se alcanzaban y cubrían unos con otros, y así era forzoso estar los libros muy descompuestos, y grandes con chicos; y como no era más de una la pieza, era una cosa muy confusa y fea. Después que se puso en las que he dicho, donde ahora están, tiene mucha facilidad, claridad y compostura. Cuando la mudé de allí, porque sucedí en ella a tan ilustre bibliotecario, a quien tengo en todo por maestro (ojalá mereciera yo nombre de su discípulo), me pareció guardar en cuanto fué posible el orden que había dado en el asiento de las disciplinas, y por quitar la fealdad que hace la desproporción de los libros, junté los de folio todos en los cajones que están para ellos, y los de cuarto en los de cuarto, y así los demás en sus propios senos, y para que con suma facilidad se hallase lo que se busca en ellos, hice dos Catálogos: el uno de los nombres pro-



pios de los autores, y el otro con el mismo orden de estas disciplinas, y se satisficiese a todo a la buena apariencia y compostura de fuera, y al orden de las ciencias y facultades, en lo de dentro. Para que se entienda esto, pondré un ejemplo. El que de nuevo entra en una librería grande, o va a buscar autor conocido, o a conocer si hay nuevos autores que él no sepa en la facultad o disciplina que quiere, para lo primero, le servirá el Catálogo de los nombres propios, diciéndole en qué cajón, en qué seno y qué número tiene, sin cansar los ojos buscando, y esto todo con solas tres notas. Como si buscase a Homero, dirá el Índice: Homeri, opera A, 1, 18, en el cajón que tiene por título esta letra A, en el seno primero; porque, como dije, cada estante tiene cinco, señalados con números castellanos: I, II, III, IV, V, y el libro 18, porque están numerados todos con notas de guarismo. Y si quiere saber qué obras hay, y qué autores que traten de Cosmografía, vaya al Catálogo o Índice de las facultades, y allí verá lo que aquí tenemos; y si hay algo nuevo, o que él no haya visto, y lo mismo hallará en la librería manuscrita, y en la de las lenguas vulgares, porque todo tenga claridad y distinción, junto con el buen parecer de fuera. Falta decir lo que había de ser primero, que es el fundamento que tuvo esta librería, y después algunos particulares de importancia que hay en ella. El fundamento y principio fué la misma librería del Rey Don Felipe II, nuestro Fundador, que tenía en su Palacio, en que muchas veces se holgaba de leer, y se entretenía el tiempo que le quedaba de tantas y tan grandes ocupaciones en ejercicio tan importante a los reyes; guardé yo un Índice de sus libros, y tenémosle ahora en la librería como prenda importante, en que de su misma mano están rayados y notados los libros que nos iba dando al principio, donde, entre otras cosas que va notando en las primeras hojas blancas, dice así: Los libros de mano y de más importancia, por lo que en ellos se verá, que se enviaron a San Lorenzo para que allí los tengan a gran recado en la Sacristía con las cosas más preciosas, están señalados en la margen primera del

Catálogo con esta señal: ∞——5; y luego, más abajo, dice: Los libros que tienen mis armas en la encuadernación, que es la que se hizo en Salamanca, tienen una raya al cabo que atraviesa la margen postrera. Los libros que se llevan a la librería de San Lorenzo, que ahora han de estar en la Fresneda, tienen en la primera margen esta señal: ——s; y así hay otras muchas advertencias de su mano en este Índice. El número de los libros es casi dos mil: trajéronse a esta librería más de mil doscientos, que por ser muchos de ellos de impresiones antiguas, mandó se repartiesen por las celdas de los religiosos, y otros se quedaron en la librería, para dar cimiento y servir como de nidial a tan feliz número como en ella se ha juntado, y, al fin, la primera entrega de esta Biblioteca del Rey Don Felipe en su Casa de San Lorenzo. Tras ella vino luego la librería de D. Diego de Mendoza, caballero tan docto como ilustre, hermano del Marqués de Mondéjar, y Conde de Tendilla; fué Embajador en Venecia y en Roma, y tuvo otros cargos importantes, y adondequiera que estuvo dejó memoria y aun admiración de su erudición e ingenio.

Cuando murió, mandó esta librería al Rey, y él la aceptó, pagando las obligaciones y deudas que dejaba en su testamento. Vinieron en ella buenos originales griegos, árabes, latinos, de mucha antigüedad y estima, con otros muchos libros impresos de estas mismas lenguas, que las sabía todas con harta excelencia. Juntóse también aquí la librería del Arzobispo de Tarragona, Antonio Augustino, que la recibí por mi mano. Vinieron también en ella muchos originales de autores latinos y griegos, manuscritos de no poca antigüedad, y muchos impresos de estas mismas lenguas, con otras muchas antigüedades, de que ya dije algo. Del Obispo D. Pedro Ponce de León se juntaron también muchos originales latinos y griegos, de consideración, por ser aquel Prelado aficionado a la buena y venerable antigüedad, y más de las cosas eclesiásticas. De otros hombres particulares se han ofrecido y juntado, y mandado buscar por el mismo Rey, en España, Italia, Flandes y Alemania,



otros libros originales de estima. Ambrosio de Morales, el doctor Juan Páez, Julio Claro y otros hombres doctos han consagrado aquí particulares memorias suyas, así de libros y tratados, que no se han impreso, porque no quedaron perfectos por ellos, como de otros que tenían en estima. Entre ellos, nuestro Benedicto Arias Montano, cuya memoria lastima siempre el alma porque se refresca en ella la de una pérdida irremediable, consagró a esta librería real algunos originales antiguos que tenía en las lenguas hebrea, griega y arábica. Entre ellos el volumen de la Ley, escrito con singular cuidado, en el mismo modo y forma antigua de volumen, y de tanta fidelidad que entre ellos se llama sagrado, por no tener ni un punto de defecto. También vino entre ellos el Pugilar antiguo de los mismos hebreos, en que (como nosotros en el Breviario o Capitulario) tenían las lecciones y cosas de la Santa Escritura que se leían más frecuentemente en sus sinagogas, y, como dice el Apóstol: *Per omne Sabbatum*, que es decir por todos los días de la semana. Y donde, también como nosotros, en los libros que llamamos de memoria, asentaban sus cosas particulares, cual fué el que pidió a Zacarías, padre de San Juan Bautista, cuando, por estar mudo, quiso declarar escribiendo en el Pugilar el nombre que Dios le había dado y mandado pusiese a su hijo. Llamábase Pugilar, porque eran de forma que cabían en el puño. Dejó también lo que toqué arriba de la moneda del siclo, de que él hizo memoria, y dió particular noticia en el libro que intituló Tubalcayn, o de medidas sagradas, donde cuenta cómo vino a su poder una joya tan preciosa y de provecho, que parece más que caso ordinario. Es este siclo de purísima plata; tiene de peso cuatro dracmas, que es media onza de las que usan los boticarios en el dispensar sus medicinas, que se llama Atica, de suerte que es muy poquito menos de un real de a cuatro nuestro. Llámase siclo santo, o siclo del santuario, y así por una parte tiene la figura del vaso en que se puso el maná dentro del Arca, por mandado de Dios; con unas letras samaritanas, las que se usaban en Israel antes de la división

de las diez tribus, de las dos de Judá y Benjamín, y dicen, puestas alrededor del vaso: SICLVS ISRAEL; y por la otra tiene el ramo de almendro que floreció y echó fruto sobrenaturalmente en testimonio de la elección que hacía Dios de Aarón para Sumo Sacerdote, con otras letras de la misma forma, que, puestas alrededor, dicen: JERUSALEM SANCTA. Averíguanse con esta moneda muchas dudas acerca de los pesos y monedas antiguas, y vese ser verdad lo que Josefo dice en sus libros de antigüedad judaica, que el siclo de Israel era lo mismo que las cuatro dracmas áticas. Quien quisiere ver más de esto, lea el autor que entregó este siclo, en el lugar citado, que da la luz que se puede desear en este género, como en otras muchas. Y porque descendamos también a dar noticia de otros libros particulares, porque algunos piensan hay originales de Evangelistas y de otros santos, y no se engañen en esto, que no se tiene noticia dónde los haya en el mundo, diré algo de lo que aquí tenemos más precioso, y como reliquias. Y advierto lo primero, que cuando aquí y en otros autores que tratan de librerías oyeren decir y leyeren que hay muchos originales de mano, no entiendan que son los que escribieron los mismos autores por las suyas, que de éstos si hablamos, de los de mil años arriba apenas hay cuatro en el mundo, y es como milagro hallarse. Originales se llaman libros de mano antiguos, aunque sean de muchos años después de sus mismos autores, por la autoridad que han cobrado, siendo de trescientos o cuatrocientos años, o más. Dejadas aparte las Biblias antiguas de letra longobarda y gótica, que son cosa muy preciosa, y donde se ve la pureza de la buena lección antigua, muy conforme a la verdad hebrea que siguió la Biblia Complutense de fray Francisco Jiménez, y después la Regia, sin discrepar un punto, de que ya dije mucho en la vida del santo Doctor Jerónimo, lo más antiguo es un libro escrito de mano de San Agustín, que aquí y en sus obras impresas se intitula de Baptismo Parvulorum: la letra es como de nuestras mayúsculas, y la forma, longobarda, o de los vándalos, que entonces se usaba en Africa, doi de eran



muy señores. Tuvo el Rey nuestro Fundador muchos años este libro entre las reliquias; mandóme después que le pusiese en la librería, en un escritorio cerrado, entre las cosas preciosas que hay en él. Preguntéle una vez qué certeza tenía Su Majestad que aquel libro fuese de mano del santo. Respondióme que la Reina María, su tía, hermana del Emperador, se lo había dado por tal, y como una reliquia que ella estimaba en mucho. Lo mismo me dijo de otro libro que contiene los Evangelios que se cantan en la Iglesia por el discurso del año, escrito en lengua antiquísima griega, que también se lo había dado la misma Reina, su tía, con el mismo nombre de reliquia preciosa, por haber sido del glorioso Doctor San Juan Crisóstomo. Con estos dos está también un Apocalipsis de San Juan, escrito de mano, iluminado harto bien, con una glosa de letra colorada de la misma forma, y, a mi parecer, no de más antigüedad que de doscientos años; teniale el Rey en gran estima; no le pregunté la razón de ello.

Hay aquí un libro en que están escritos los Cuatro Evangelios, enteros, todos con letras de oro, en un pergamino, hecho con mucho cuidado, encuadernado en tablas, con una cubierta de brocado, iluminado con la mayor curiosidad de aquellos tiempos. Mandóle escribir el Emperador Enrique II, habiéndose comenzado en tiempo del Emperador Conrado, su padre. El volumen tiene tres cuartas de largo; el ancho, en buena proporción. Notable curiosidad, o, por mejor decir, devoción y reverencia, mandar escribir todos los Cuatro Evangelios con letras de oro, en ciento sesenta y ocho hojas, con los prefacios y epístolas de San Jerónimo, y los cánones de Eusebio Cesariense.

Están ahora las letras tan vivas, tan enteras, y con tanto resplandor, como si hubiera dos años que se escribió, habiendo quinientos setenta, y más, porque el de 1039 comenzó el Imperio de Enrique II, por la muerte de su padre, y ya estaba comenzado a escribir. Vese esto, porque en la primera hoja está nuestro Redentor, pintado, sentado en un trono de nubes, acompañado de muchos



Evangelario escrito en letras de oro sobre púrpura (siglo XI).



ángeles; en la siniestra tiene el libro, y con la diestra echa la bendición al Emperador Conrado y a la Emperatriz Gisela, su mujer, que están postrados en su presencia. Tienen hábitos y coronas imperiales, y los nombres, escritos más abajo. En el cerco de la plana, unos versos de la elegancia de aquel siglo, en que todas las buenas artes y erudición estaban tan por el suelo. En la segunda plana está nuestra Señora, en otro trono, y delante de ella, puestos de rodillas, el Emperador Enrique y la Emperatriz Inés, con coronas y títulos de Reyes, porque aun no se habían coronado de Emperadores, y después se coronaron en Roma. También están por la orla otros cuatro versos del mismo estilo, aunque llenos de piedad y devoción. Erasmo Roterodamo celebró mucho este libro en las anotaciones al Nuevo Testamento, y le llama el Códice Aureo, y sacó de él algunas buenas y germanas lecciones, que no halló en otros originales. Encarece la solemnidad con que se lo mostraron, y se mostraba siempre encendiendo antorchas, y otras ceremonias santas, como debidas a joya tan preciosa. Dice lo vió la primera vez en poder de la Princesa Margarita, hija de Maximiliano, mujer del malogrado Príncipe Don Juan. Después dice que lo tenía la Reina María, hermana del Emperador Carlos V; y ella, con los otros tres que hemos dicho, se los dió como joyas preciosísimas al Rey Don Felipe II, su sobrino; de donde se ve de cuánta autoridad son todos cuatro. Nuestro Ambrosio de Morales hace más larga relación de este Códice Aureo, en la vida que escribió de la Condesa Matilde de Canosa, que también se guarda aquí, entre otras cosas suyas, y encarece con la piedad y estilo que tiene, grandemente el primor y cuidado de esta escritura. Heme detenido en esto, por que se tenga alguna noticia de esta joya. Tenemos también una Biblia Griega, del Emperador Cantacuceno, aunque maltratada y con faltas. Vese en ella una gran correspondencia con la de los setenta, que se imprimió en Roma ahora, por la diligencia del Cardenal Carrafa, varón docto y de mucha diligencia. Están también dos grandes volúmenes de letra gótica, en que se contienen



los Concilios y Decretos, desde el Niceno primero, hasta el undécimo Toledano, con muchas obras de gran estima que sería cosa larga hacer catálogo de ellas. El uno se escribió en la Era de 1000, por Sisebuto, Obispo; el otro, que se llama el Codex Vigilano, porque lo escribió un Vigila, presbítero del Monasterio de San Martín de Albelda (ahora es un pueblecillo pequeño, a dos leguas de Logroño), el año 976, que, según esto, tiene más de seiscientos treinta años de antigüedad. Contiene, como dije, también muchos Concilios, desde el Niceno primero hasta el Toledano diez y siete o diez y ocho, con muchas Epístolas de Pontífices, y de otros muchos santos, y hartas antigüedades eclesiásticas: libros entrambos de veneración, utilidad y estima. Hay otro tomo de Concilios, de menor forma y de la misma letra, y de mayor antigüedad. Acabóse de escribir el 29 de julio del año 911; sin estas tan venerables antigüedades, hay de doctores santos griegos, como de Atanasio, Basilio, Nacianceno y Crisóstomo, y otros Padres, muchos originales antiquísimos, entre ellos muchas homilías, oraciones y tratados, que nunca se han impreso: grandes y antiquísimos tomos de vidas de santos, en la misma lengua griega. Mucha riqueza de cosas de pintura, de mano y de molde, puestas y encuadernadas en sus libros de cuanto bueno se ha impreso de valientes hombres. Sin esto, se guardan en diversos cajones y escritorios otras curiosidades propias de esta tienda y oficina. El modo de escribir antiquísimo, no sólo en el Papiro Egipcio, de Alejandro, de que hay algunos pedazos, o digamos hojas, sino también el de antes que éste se hallase, que era en hojas y cortezas de árboles, de donde dicen nació el nombre del libro, tenemos aquí uno de éstos. Unas cortezas, u hojas, no sé qué son, largas como vainas de espadas, o de dagas, cortadas todas a una medida, exaradas y grabadas en ellas con harto primor las letras, y después dado con cierto polvo o tinta, con que salen muy bien. Es una historia entera, mas no sé qué letra es; el título dice: Lengua malabar. La encuadernación es graciosa, porque están todas estas hojas agujereadas, y por ellas pasa un

cordel, y las tablas de fuera parecen del mismo palo o madero, antigüedad hermosísima. La impresión de los libros de la China, y las figuras, son groserísimas, aunque el papel de extraña delicadeza. Hannos llevado ventaja en ser primeros en la invención del imprimir y estampar, mas en la hermosura y primor se quedan muy inferiores. (Junto con esto hay una curiosidad de gran estima, digna del ánimo y grandeza del Fundador de esta librería. Esta es la historia de todos los animales y plantas que se han podido ver en las Indias Occidentales, con sus mismos nativos colores. El mismo color que el árbol y la hierba tiene, en raíz, tronco, ramas, hojas, flores, frutos. El que tiene el caimán, la araña, la culebra, la serpiente, el conejo, el perro, y el pez, con sus escamas; las hermosísimas plumas de tantas diferencias de aves; los pies y el pico, y aun los mismos talles, colores y vestidos de los hombres, y los ornatos de sus galas, y de sus fiestas, y la manera de sus corros y bailes y sacrificios, cosa que tiene sumo deleite y variedad en mirarse, y no pequeño fruto para los que tienen por oficio considerar la Naturaleza y lo que Dios ha creado para medicina del hombre, y las obras de naturaleza tan varias y tan admirables. Encomendó el Rey esta empresa y trabajo al Doctor Francisco Hernández, natural de Toledo, hombre docto y diligente, que, como dice en un proemio, pasando en Indias, en poco más de cuatro años, con el buen orden que puso, y con no descansar de lo que se le había encargado, y con los recados y poderes que del Rey llevaba, escribió quince libros grandes, de folio, en que dió grande noticia de todo lo que hemos dicho. De suerte que en los unos puso la figura, forma y color del animal y de la planta, partiéndolos como mejor pudo, y en otros a quien allí se remite por sus números, pone la historia de cada cosa, las cualidades, propiedades y nombres de todo, conforme a lo que de aquella gente bárbara, y de los españoles que allá han vivido, nacido y criádose, pudo colegir; sacando unas veces por discurso, otras por buenas conjeturas, la razón de lo que buscaba. así en los nombres como en cualidades, virtudes



y usos, según lo había aquella gente probado. Hizo fuera de estos quince tomos, otros dos, por sí: el uno es el Índice de las plantas y la similitud y proporción que tienen con las nuestras, como supo colegir o adivinar (es ésta obra y negocio de muchos años y aun siglos), y el otro es de las costumbres, leyes y ritos de los indios, y descripciones del sitio, de las provincias, tierras y lugares de aquellas Indias y Mundo Nuevo, repartiéndole por sus climas, que también fué grande diligencia, empresa verdaderamente grande, para ponerla en competencia de Alejandro con Aristóteles; y aunque no está tan acabado este trabajo como pudiera, es un más que principio para los que quisieren llevarla al cabo; no es negocio que pueden abarcarlo las fuerzas de un solo hombre. Están estos quince tomos encuadernados hermosamente, fuera de lo que en esta librería se ha usado, cubiertos y labrados de oro, sobre cuero azul, manzuelas, cantoneras y bullones de plata, muy gruesos y de excelente labor. Otras cien cosas se quedan por los senos y cajones de estas librerías. Siendo el Señor servido de dar vida, algún día se verá un Catálogo copiosísimo de sus libros y de sus más preciosas alhajas. El número que ahora se ha podido contar de los libros, por si alguno le da gana de saberlo, es de catorce a quince mil cuerpos; que si estuvieran como en otras librerías, encuadernados y puestos como se hallaron y como se trajeron, pasaran de diez y ocho mil; mas hase procurado que tengan todos una misma encuadernación, y que hagan proporcionados y buenos tomos, lo que creo yo que hasta ahora no se ha hecho en ninguna de las librerías de que tenemos noticia. Sin este número, hay en la celda del Prior, y en otras muchas de los religiosos, otro grande número de libros, que también nos los dió nuestro Fundador. Y en otras librerías pequeñas, y más usuales, también hay otra buena cantidad: están allí para en el entre tanto que esta principal acaba de asentarse con el orden que aquí hemos referido.

## DISCURSO XII

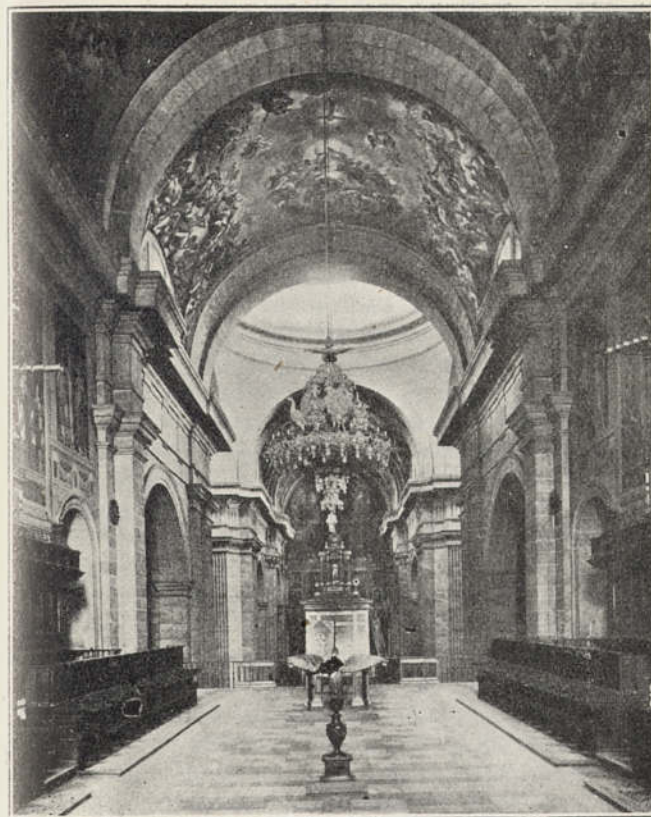
*La fábrica y ornato de la iglesia principal de este Monasterio.*

**ESTA** parte de que se ofrece hablar ahora es, digámoslo así, como el centro donde concurren las líneas de la circunferencia de esta fábrica, el fin adonde todo se ordena, y donde todo se junta, todo se ata y todos concurren, aunque no todos la gozan igualmente; así parece es necesario sea la mayor, la más hermosa y preciosa de todas. Suelen los que bien filosofan decir del hombre que no sin razón singular se llama templo de Dios, y como tal es la más extremada fábrica de la divina mano, y el fin de todas las cosas, y así es como cosa debida a lo que tiene razón de fin, y tal fin como es ser morada de Dios, que leve crecida ventaja a todo lo que no tiene más de razón de medio. Si miramos todo el ámbito, y lo que este templo ocupa, y le es como necesario y parte suya, es su largo, desde la fachada donde dijimos están las cinco puertas, y los seis Reyes del Viejo Testamento, hasta la pared que cae encima del patinejo o claustrillo de la Casa y Aposento Real tiene trescientos sesenta y cuatro pies; y de ancho, desde la pared del claustro grande del convento, hasta la de la galería grande de la Casa y Claustro Real, tiene doscientos treinta pies: aquí se entienden y encierran la capilla mayor, el coro y los patinejos que tiene al lado; el sotacoro y tránsito, desde el convento al colegio, y las capillas y antecoros, de una y otra parte. Si hablamos ahora de lo que precisamente es cuerpo y cuadro de la iglesia, quitándole todas estas partes, mirándola desde las rejas de bronce que caen debajo de los antepechos del coro y antecoros, hasta la primera grada de la capilla mayor, y desde las dos paredes de los lados, es una capilla cuadrada, con muy poca diferencia, de ciento ochenta pies, sin contar los callejones y tránsitos y capillas, en lo bajo, ni a los treinta pies de alto. De esta manera hablaremos ahora de ella, llamándola una Basílica cua-



drada, porque tal fué el intento de su dueño: hacer una hermosa capilla para oír los Oficios divinos, donde se pudiesen celebrar Misas y sacrificios en grande número, y donde, como en Capilla Real, no pudiesen entrar indiferentemente todos. Y porque el lugar y sitio donde esto hacía era un desierto de monjes de San Jerónimo, apartados de las ciudades y concursos grandes, fuera cosa superflua hacer una iglesia de extremada grandeza, donde no había de haber gente que la ocupase. Para él y para las demás personas Reales, Reinas y Príncipes e Infantas, caballeros y damas, y la demás Casa que aquí traen, bastantísima y espaciosa. Para la gente vulgar y demás ordinarios servicios que puede y suele concurrir, sirve abundantemente el sotacoro, que es como cuerpo de la iglesia. Esta es, como ya toqué en el otro libro, la razón y el motivo con que se procedió en este templo, que, a mi parecer, es acertadísimo, y responde bastante a lo que algunos argumentan contra ella.

La materia de esta Basílica es de la misma piedra berroqueña, la más escogida, blanca y hermosa que se halló, tan uniforme e igual, y parecida en grano y dureza, que quien la mira un poco distante parece de una pieza y cavada en una misma peña: tan excelente labor, juntas, cortes y trabazón tiene todo. La forma y el orden de la arquitectura, es dórico; la razón dijimos arriba de sentencia de Vitruvio, y de todos los antiguos, que por la valentía y nobleza que en sí muestra, se dedica a los valerosos y fuertes, y, a mi juicio, y lo ha de ser al de todos, el que más imita la simplicidad de la Naturaleza, que aborrece lo superfluo; y así no hay en este orden más partes y miembros de los que precisamente el fin del edificio pide. Está aquí tan bien guardado y considerado, que será una muestra perpetua de las buenas proporciones de sus partes, para quien quisiere de aquí adelante ejecutarla. Toda la máquina se sustenta y se levanta sobre cuatro fortísimas antas o pilares cuadrados, asentados en medio del área y planta, en cincuenta y tres pies de distancia uno de otro, midiéndolos por la basa, y así haciendo entre sí mismos cuatro arcos, y



Interior de la iglesia.



respondiéndoles en las paredes otras antas o pilastras cuadradas, a distancia de treinta pies, se hacen en la Basílica tres naves por cada parte que la miren, con singular correspondencia y artificio. La de en medio de cincuenta pies de ancho, y más, y las de los lados, de a treinta, que andan por el derredor de las dos grandes, que se cruzan en medio. El grueso de las cuatro antas y pilares principales es de veintinueve pies, de cuadro, cortado por los dos ángulos diametrales el vivo de las esquinas. El alto, hasta el tablero del capitel, tiene sesenta y cinco pies, y por la parte que entre sí se miran y hacen las naves principales, tiene dos pilastras estiradas todas, que resaltan de lo macizo un pie, dejando tres de intercolumnio; de suerte que en cada pilar hay cuatro pilastras, que tienen sus correspondencias de dos en dos, y sobre ellas se forman los arcos y vueltas de las naves principales, partidos como las mismas pilastras.

Por los otros dos lados de estos pilares, con que miran a las otras dos naves menores, se hacen entre dos pilastras cuadradas lisas, que resaltan otro pie, dos nichos, uno encima de otro, que adornan todo el cuerpo de la caña, y se responden con otros dos que están en las antas y pilastras de la pared. Tiene de claro a nueve pies, y de alta, desde el pavimento, casi el doble. Los bajos sirven de altares, harto espaciosos, y así hay en cada pilar dos con sus correspondientes, que son cuatro, y, por consiguiente, en todos los cuatro pilares, y sus correspondencias, diez y seis altares, todos de una misma forma. Y encima de ellos, otros diez y seis, que ahora no sirven de nada, pueden, andando el tiempo, llenarse de estatuas y figuras de personas Reales que se enterrarán en este tan célebre Mausoleo, pues apenas habrá quien ose emprender otro más digno de los Príncipes de España, y tienen gran comodidad para adornarse con epitafios e inscripciones. Dicho lo que son los pilares con sus correspondientes, y lo que toca a las seis naves que con ellos se hacen, falta ver lo que hay debajo de la cornisa del tránsito que corre a los treinta pies de alto por todo el contorno de la iglesia, donde se hace la segunda planta



y elección de este templo. En los dos testeros de la nave principal, que cruza del Mediodía al Norte, se hacen seis capillas, tres de cada parte, con tres altares, uno grande en medio, y dos pequeños a los lados, que forman una fachada con sus tres portadas de fuera, que hermocean mucho los lados de los treinta pies abajo; y la misma forma guarda la entrada del templo, donde en lugar de estos tres altares están las tres rejas por donde desde el sotacoro ve la gente el altar mayor y muchos otros altares de la iglesia, y oyen Misa en ellos. Sin estas tres puertas grandes que se hacen en las naves principales, hay otras ocho; algunas sirven de altares y capillas, y otras para las entradas y salidas, con mucha proporción y correspondencia, encima de las cuales, que por todas son once, dije están puestas las cruces de la consagración de la iglesia, que no hay para qué repetir las; y la duodécima está detrás de la grada que está encima del altar mayor, que, como advertí, aunque con sumo acuerdo se pretendiera, para el fin de esta consagración, la postura y adorno de estas tres puertas, de tres en tres en cada banda, a los cuatro vientos, no se pudiera trazar más casualmente, ni con tan acertada forma. Los cuatro arcos principales de las naves de en medio tienen, como dije, de claro más de cincuenta y tres pies, y de alto, desde el suelo a la clave, ciento diez, y los de las cuatro naves menores de los lados, de ancho, treinta, y de alto sesenta y algo más.

Por encima de estas capillas y puertas que hemos dicho, y a la planta de los treinta pies, se hacen alrededor de toda la Basílica, entre las paredes de los claustros y las correspondencias de los pilares de dentro, unos tránsitos de diferentes anchuras en sí mismos, según las partes por donde pasan, y los oficios para que sirven. Por la parte del Poniente hace los dos antecoros, del convento y colegio, pasando por entre el facistol y antepecho del coro, que es todo muy espacioso y alegre, con ventanas grandes a los patinejos. Por los dos lados del Norte y Mediodía, con la vuelta que hace a Oriente, de entrambas partes hacen otras seis capillas, espaciosas,

con sus altares y retablos. En lo que se encuentra con las correspondencias de los pilares, tiene alguna más estrechura; y allí hay puertas para los nichos altos, que sirven de tribunas, desde donde sin bajar abajo se oye Misa en los altares de enfrente, y en otros muchos que se alcanzan a ver desde sus antepechos de bronce, lugares acomodados para oración, meditación y otros ejercicios propios de los que pelean contra su carne de noche y de día. Así se anda toda la iglesia alrededor, excepto la capilla mayor, por estos tránsitos de los treinta pies, que responden en todo al que está en el mismo suelo de la iglesia, y de allí se goza bien, porque está todo adornado con muy lindo antepecho de bronce, balaustres y pasamanos, guardando también en él las correspondencias de las pilastras que suben de abajo, con sus mismos resaltos y traspilastras, que se ve no hay cosa sin gran cuidado puesta. Sirve también el tránsito, en la parte del Mediodía, de paso ordinario, para desde el coro a la iglesia y sacristía. Bájase por una escalera harto bien trazada que está en el ángulo de Oriente, con mesas y descansos a propósito, clara, alegre y fácil. De la otra parte, del Norte, se da paso, por el otro tránsito, para los aposentos Reales, que caen a la parte del oratorio de la Reina, donde hay una escalera hurtada que baja hasta las mismas puertas de los oratorios, y sale a la mesa de las gradas del altar mayor; de suerte que por estos tránsitos se comunica también la iglesia a unos y a otros; y por cuatro caracoles que hay en ellos se sube a otro tránsito y callejón más alto que anda por dentro de la pared que está de la cornisa de la iglesia arriba, y por él se sale a ella, y se anda toda alrededor, y pasa por encima de la cornisa del coro, donde tiene un antepecho de hierro, con sus verjas, y da vuelta por las espaldas del altar mayor.

Sobre los arcos principales que hacen estos cuatro pilares grandes del templo, y sus cuatro pichinas, asienta un grande y fuerte pedestal. Por defuera de la Iglesia, y encima de sus tejados, se ve de cuadrado, y por de dentro, en redondo. Sube sobre la cornisa que corre por



defuera de la iglesia veintiocho pies, con su cornisa y corona; tiene de cuadrado, contando el vuelo de la misma corona, por cada banda, ciento diez pies. En los cuatro ángulos se hacen cuatro cimborrios pequeños, que rematan los caracoles y escaleras que suben hasta allí. Por todo el contorno tiene un pasamano y antepecho de la misma piedra, con sus balaustrés y términos, acroteras y bolas, que dan mucha gracia al pedestal, y se anda alrededor con no pequeño gusto de los que a él suben, que no parece sino un terrado hecho aposta, para alegrar la vista, ver el campo, la Casa y claustros y tejados, que es muy de ver. Encima de él se planta aquella hermosa máquina del cimborrio principal; llámanlo con diversos nombres: unos le dicen cúpula; otros, tolo, y otros, tribuna. Es tan grande, tan hermoso y tan fuerte, que si estuviera en el suelo pudiera servir de una bastante iglesia; quien bien lo considera, y el pedestal sobre que carga, no se le hacen muy gruesos los pilares de la iglesia que sustentan tan enorme peso y máquina. El diámetro de dentro, y su claro, es de sesenta y seis pies, y así tendrá doscientos siete de ruedo y circunferencia, por la regla de Arquímedes, que quiere que la circunferencia tenga tres partes más que el diámetro, y una séptima parte del mismo diámetro, aunque tampoco es del todo cabal esta proporción. Por la parte de fuera es mucho mayor, porque tienen poco menos de catorce pies de grueso las paredes. En el cuerpo de todo él tiene ocho ventanas grandísimas. Por la parte de fuera tienen de claro diez y seis pies de ancho y treinta y cuatro de alto; por la de dentro, trece, y veintisiete, porque están en viaje, para que reciban más luz y ocupen mejor el cuerpo. Entre una y otra ventana se levantan dos columnas de media caña, también de orden dórico; en los intercolumnios hay un encasamento o nicho, con su tablero y cuadrado, encima, que adornan el intercolumnio; por encima corre el arquitrabe, con las gotas y los demás cuerpos y partes de la cornisa. Y sobre ella asienta otro antepecho y pasamanos, con el adorno del de abajo, que está en el pedestal; por el grueso van dos caracoles,

para subir a él. Asienta luego encima la vuelta y bóveda o cúpula, partida con sus fajas resaltadas, que van a rematarse en los bordes de la linterna alta, donde quedan como atadas o ceñidas. La linterna o fanal que aquí se levanta, tiene otras ocho ventanas de a diez y ocho pies de alto, y parecen de acá muy pequeñas; divídense con unas pilastras resacadas que hacen en el pie un como estribo, disminuyendo en lo alto, que todo les da mucha gracia. Sobre la corona de esta linterna se hace otra cupulilla, y desde allí sube una aguja o pirámide de piedra, estirada toda, que tiene treinta pies de alto, y sobre ella asienta la bola de bronce, dorada, que ya dijimos tiene siete pies de diámetro. Luego se pone el último remate, que es la cruz, con un harpón de mucho grueso y grandeza. De suerte que desde el suelo de la iglesia hasta el centro de la bola hay, justos, trescientos pies de vara, de alto, y desde allí al remate de la cruz, otros treinta más. Quedó por la parte de fuera este cimborrio, o tolo, algo más bajo y enano de lo que su natural proporción y buena gracia pedía; quitósele un pedestal de once pies de alto, sobre quien habían de asentar las basas de las columnas, o medias cañas, que, por faltarles, no se descubren de ninguna parte, si no es de lo alto de la sierra, y perdieron mucha gracia. Este defecto se siguió del miedo que puso uno de los cuatro pilares, que por falta de los maestros y asentadores comenzó a hender y rajarse por algunas partes aun antes que tuviese otro peso encima, mas, de su misma grandeza; así temieron que no había de poder sufrir la carga de tan gran cimborrio el que a sí mismo no se sufría. Y trataron de aligerarle, quitándole todo el peso de este pedestal, harto contra la voluntad del arquitecto, Juan de Herrera, que, como hombre de gran juicio, conoció que la falta no venía del peso, sino de la mala labor, mal asiento, y la desigualdad del grano de la piedra de dentro con la de fuera; y como no se resistían aquéllas igualmente, echaban la carga a los sillares de fuera y reventaban con ella, desamparados de ayuda. Puso esto demasiado temor en muchos de los maestros, trayendo a la memoria el atrevimiento de Bra-



mante en la fábrica del Vaticano (a quien ésta, como dije, se parece tanto en la planta de la capilla), que haciendo unos pilares tan altos, y con caracoles dentro, antes que les echasen aquella tan descomunal tribuna encima, tajaron y se abrieron, como largamente lo refiere Serlio. Así estuvieron aquí muy determinados, no sólo de quitar el pedestal, sino de macizar los nichos de los pilares donde están los diez y seis altares. El tiempo ha mostrado que el temor fué de poco fundamento, y que estaba todo bien proporcionado y entendido, y no sólo sufriera lo que le quitaron, que hace harta falta, mas aun otro mayor peso. Por la parte de dentro no se echa tanto de ver la falta, porque tiene su pedestal debajo de las pilastras que acompañan las ventanas. Y aunque es verdad que el cimborrio y tolo de San Pedro, en el Vaticano, es muy hermoso y de mayor grandeza, pues le lleva a éste más de veinte pies de vara en el diámetro, con todo eso, los que ven la buena proporción, hermosura y entereza de éste, dicen que no echan de menos el otro. Tiene también esta Basílica todas las luces bien dadas y repartidas, y así no hay en él cosa obscura. De las tres partes, Mediodía, Poniente y Norte, entra por tres grandes ventanas, de los tres frontispicios, tanta luz, que queda toda bañada de ella; tienen a doce pies de ancho, y veinticuatro de alto, sin las ocho grandes del cimborrio, que bastan, aun cuando todas las demás estén cerradas, a dar luz aun en el coro, que es lo más apartado. Sin estas ventanas, hay otras encima de la cornisa que anda alrededor por de dentro, y son como de arcos y medias lunetas grandes; respóndense con mucha proporción unas a otras, y dejan claros los más últimos rincones; de suerte que no hay altar que no tenga de frente su ventana que le alumbre. Están todas con vidrieras blancas, y así es una claridad grande la que todo tiene, y cuando quieren que no sea tanta, cierran las que les parece. Los claros de las bóvedas son de ladrillo, estucadas, tan blancas como la nieve. Algunos han tachado el vuelo de la cornisa de dentro, diciendo que es demasiado, y parece aprieta o acongoja la vista, y en



San Marcos y San Lucas, de Juan Fernández Navarrete, *el Mudo*.



pareciendo así, es así, y tienen razón, porque el juez de esto son los ojos, como de la buena consonancia el oído. Y aunque el arte permita algunas cosas, también manda que no se use de su rigor, sino cuando no se puede excusar, mas no cuando se sigue inconveniente. He dicho ya que el maestro de este arte, Vitruvio, advirtió que las sombras de los cuerpos eran menores en el aire y campo abierto, porque la luz que da por todas partes, las deshace; y las de los lugares cerrados, mayores y más crecidas y fuertes, y así aconteció aquí. El suelo es de losas de mármol, blanco y pardo, con otros compartimientos, como los del claustro y capítulos. Los altares son, como dije en la consagración de este templo, cuarenta, todos consagrados, y otros cuatro más, dos en los oratorios de las personas Reales, y dos en el sotacoro, y otros seis en los tránsitos de los treinta pies. El orden de los altares, y como están repartidos, toqué también arriba; no hay que repetirlo. De las pinturas y de sus retablos diré alguna cosa. En los dos pilares grandes que están más cerca del altar mayor hay cuatro altares, y en éstos, y en sus correspondencias, que son ocho, están pintados, de mano de nuestro Juan Fernández Mudo, los Doce Apóstoles, y los dos Evangelistas San Marcos y San Lucas, y San Bernabé, y San Pablo, que son diez y seis figuras, de dos en dos; San Pedro y San Pablo están juntos, que ni aun pintados se pueden apartar aquellos dos Príncipes del cielo y de la tierra, y tienen la mano derecha de la correspondencia del pilar grande que está al lado del Evangelio; y de la otra banda de la Epístola están Santiago y San Andrés, y estos dos son altares privilegiados de ánimas, y así van hermanados de dos en dos: San Juan y San Mateo, juntos, en otro altar; y de frente, San Marcos y San Lucas; y en otro, San Felipe y Santiago el Menor; en otro, San Simón y Judas; y en otro, San Felipe y San Bartolomé; y en otro, San Matías y San Bernabé, que parece, según están de hermosos y de extremada gracia, tornaron a bajar del cielo, enviados por el Señor y Maestro, de dos en dos, a predicar al mundo; y no sólo están aquí sus figuras,



mas casi de todos ellos, en sus mismos altares, sus reliquias, excepto los dos, Santiago el Mayor y San Juan Evangelista. Son las cabezas tan hermosas, y de tanta autoridad y majestad, que podemos decir se excedió a sí mismo aquí el Mudo, o que le dió el coro Apostólico algún don particular para que acertase tanto en sus rostros.

Los dos principales, fuera de éstos, que son los de las reliquias, uno de la Anunciación de la Virgen, y otro de nuestro Doctor San Jerónimo, son de Federico Zucaro, aunque ya no son suyos, ni de nadie, sino un agregado no sé cómo. Descontentáronle al Rey el uno y el otro, y mandó que los remendase un Juan Gómez, pintor español, y, al fin, están mejor que antes. En los otros dos principales de la nave que cruza con la capilla mayor, que va derecha a la puerta, están, en la parte del Evangelio la batalla de San Miguel con Lucifer, una valiente pintura de Peregrino, y muy de su mano labrada, estimada en lo que es razón por los que tienen voto en el arte, donde mostró no sólo valentía en la invención y dibujo, mas aún en el colorido, porque aunque había muchos años que no usaba pintar ni colorir al óleo, se echa de ver cuánto valiera en esta parte, si lo ejercitara. Enfrente de éste, en el otro testero, está otro escuadrón victorioso de las once mil vírgenes, dibujo e invención del mismo, harto hermosamente considerado, y lo mejor que de esta historia creo se ha hecho hasta ahora, aunque no la pintó de su mano, sino por la de Juan Gómez, y no está mal, y para el gusto de los españoles, que aman dulzura y lisura en los colores, harto apacible y de mucha devoción. En otro altar de esta misma grandeza y forma está el otro escuadrón de valientes soldados de Cristo debajo de la esclarecida seña del Capitán San Mauricio; pintura de Rómulo, italiano, harto alegre y bien tratada. En otro que de la misma banda responde con éste, está el gran Bautista, predicando en el Desierto, donde le salía a oír mucha gente una historia valiente, bien tratada y del mejor ornato que aquí vimos, de mano de Luqueto. Y en ésta se echa de ver que en otras anda-

ba muy de prisa, y parece que con gana de acabar.

Junto a él está otro de la misma forma: es de la santa matrona Ana, y del mismo Lucas Cangiaso, que aunque la figura principal no contentó en el rostro, lo demás todo es muy bueno. De Alonso Sánchez, aquel gran hombre de retratos, están algunos cuadros de estos altares menores. San Esteban y San Lorenzo, en uno; San Vicente y San Jorge, en otro, harto buenos; otros hay de Santa Catalina y Santa Inés, y de otras vírgenes, en que no acertó tanto. De Urdina y de Carabajal hay otros; será cosa prolija referirlos. Es cosa de grandísimo consuelo andar por este santo y sagrado templo, que por doquiera que se revuelven los ojos se ven y contemplan tantos retablos y altares tan santos, y tan ilustres memorias, que encienden y hervorizan el alma, y la levantan a la esperanza del cielo, animada con tan vivos ejemplos como se lanzan por los ojos. Todos estos altares, que, como digo, son cuarenta y cuatro, sin los seis que, como dije, están en los tránsitos altos de los treinta pies, se componen y adornan de una misma manera, con frontales, frontaleras, cruces y candeleros; en los días ordinarios, son de plata; en las fiestas más principales, de bronce dorado. En mudándose la fiesta y la solemnidad, se muda en todos ellos la compostura de los ornamentos, excepto en el altar mayor, y los dos de las reliquias, que tienen más ricos aderezos que los demás, como diremos en su lugar. En cada una de las tres naves están dos lámparas de plata, que, como todo el templo tiene tanta correspondencia, con ellas queda tan claro, que de noche se goza todo, y queda tan devoto, que pone una como calma y respeto de divinidad en los que allí entran; y es así que ver esta iglesia las noches de las fiestas principales, en que están el altar mayor y los dos de las reliquias con muchas luces, y blandones de cera blanca como la nieve, y particularmente la noche de Navidad, que se ponen luces en todos los altares, es una de las devotas y santas vistas que creo se ven en toda la Iglesia de Dios; y aunque sea uno de piedra, le enternecerá el corazón, y le pondrá gusto del cielo,



porque parece un retrato de la gloria, y todos aquellos santos por sus tabernáculos repartidos nos están llamando a las alabanzas divinas, a que imitemos sus vidas, a que despreciemos el mundo y vayamos a tenerles compañía.

Resta digamos de las dos capillas que están debajo de los treinta pies, donde dijimos estaban los altares de los Doctores, de una parte, y de otra, las Vírgenes y santas matronas, porque son de buena arquitectura. El largo de cada uno (no hay más en una parte que en otra) es de sesenta y ocho pies; el ancho, de veintidós, sin lo que entran los encasamientos de los altares entre las pilastras que resaltan. En la parte del colegio no son los altares más de cinco, porque en lugar del sexto, que está de la otra parte, se puso una fuente de mármol, para lavarse los que bajan del colegio a decir Misa: tiene su pila y frontispicio del mismo mármol pardo, con dos grifones para el agua, que aunque está algo estrecho respecto de la anchura que tienen todas las cosas de este templo, está bien adornado, y con la mayor policía que fué posible ponerlo, presupuesto que no habían de concurrir colegiales con conventuales. En estas capillas se miran de frente cuatro arcos, en los cuatro lados, que son como cuatro puertas principales, y es así: que las dos sirven de puertas; la una, que sale a la iglesia en la nave que mira a los relicarios; y la otra, que le responde, sale a los patinejos que tiene la iglesia a los lados. En la que cae a la iglesia está una hermosa reja, de bronce; en la del patio, unas puertas grandes, de nogal, caoba y encina, harto bien labradas, y en los postigos, unas rejas de hierro, para que, abiertas, vean desde allí los seglares los relicarios, que están de frente, y se abren para este propósito las fiestas principales, aunque como la distancia es tan grande, se gozan poco. Estas puertas tienen a trece de ancho, y veintiséis de alto; son todas en arco, y túvose consideración que todas cuantas puertas entran inmediatamente a la iglesia fuesen de arco, y ninguna de cuadrado, porque el medio círculo que hacen en su vuelta, dejado aparte que da

más luz y tiene mayor autoridad, dice como una participación de la divinidad que en los templos se presenta, hasta que se haga el círculo perfecto, y se goce aquello que ni tiene principio ni fin. A los lados de estas dos puertas se hacen dos nichos, o encasamientos, que son dos altares, y así se hacen cuatro, y los que caen a la parte del patín tienen encima unos espejos abiertos, que sirven de dar luz a los altares de frente, que están a la parte de la iglesia, que también los tienen encima, aunque cerrados, supuesto que no habían de recibir luz, y así se hace de cada parte una fachada hermosa, que guarda el mismo orden que corre por la iglesia, donde dijimos que a los lados de las puertas mayores estaban dos menores, que hacen buen adorno. Uno de los primores grandes que tiene esta fábrica es ver cómo se imitan todas sus partes y cuán una es en todas ellas, y el edificio que no guarda esto da señal del poco caudal y comprensión del arquitecto, que no supo atar ni hacer un todo el cuerpo. No es otra cosa la que llamamos correspondencia, sino la buena razón del arte, y pues he tocado esto, quiero, para que se estime en lo que conviene, mostrar la naturaleza y primor que hay en ello, con la autoridad, no sólo de Vitruvio, que la pretende en todo lo que escribe, ni de otro aficionado al arte, por que no sea sospechoso, sino con la del divino Agustín, Doctor de la Iglesia, que como varón de tan alto ingenio, quiso, entre otras mil cosas de erudición que se hallan en sus libros, tocar también esta de la correspondencia en la arquitectura. En el libro que intituló de Ordine (1), que es elegantísimo, pretende probar cómo en nuestros sentidos de fuera se ve la fuerza de la razón que está dentro del alma, y se descubre en ellos unas señas, o, digámoslo así, unos vestigios de la hermosura de la razón; pruébalo con los ojos y con los oídos: cuanto a los ojos, porque en cualquiera cosa donde la correspondencia de las partes está conforme a razón, lo llamamos hermoso; y en las orejas, cuando el concepto o

(1) Tom. I, lib. II de ordine, cap. XI.



la consonancia está conforme a razón y en las reglas del arte lo llamamos con su propio nombre suave; mas no decimos que es conforme a razón, ni al arte, la hermosura de la cosa, aunque naturalmente lleva tras sí los ojos, ni que las cuerdas que suenan claramente en el instrumento, y se llevan el oído, decimos que están conforme a razón, y así se colige que en el deleite que reciben estos dos sentidos, aquello se llama solamente conforme a razón que tuviere entre sí proporción o cierta medida y consonancia, que es decir correspondencia. Toda esta doctrina tomó el santo de Platón, y añade luego: En este mismo edificio en que estamos, si miramos cada parte atentamente, no puede dejar de ofendernos ver una puerta en un lado, y otra que ni está en medio, ni desviada del medio, sino puesta al acaso y sin consideración ni razón alguna. Porque en las fábricas, si la necesidad no hace fuerza, la mala proporción de las partes ofende gravemente a la vista; y cuando de la parte de dentro hay tres ventanas, una en medio y dos a los lados, en igual distancia, en mirándolas nos alegran, y la luz del Sol que entra por ellas se comunica igualmente, y no hay para qué encarecer esto con palabras, pues es cosa certísima que se lleva tras sí el alma. De aquí viene que ya los mismos arquitectos han hecho propia manera de hablar suya, cuando una cosa está hecha con buena correspondencia de sus partes, decir: está hecha con su razón; y cuando está falta, dicen: está fuera de su razón. Y hase hecho esto tan general en todas las obras humanas, que todos hablan así. Prosigue el santo (1) confirmando lo mismo en la música, y en otras artes, como en el danzar a compás, o, como dice, por cuenta y razón, y en la poesía. En el libro que hizo de Vera Religione, filosofando altísimamente del alma y vida que se llama racional, dice así: Razón es que preguntemos o examinemos por qué nos ofende tanto ver dos ventanas desiguales, si está la una puesta al lado de la otra; y si estuviera la una a plomo encima

(1) Aug. tom. I de vera relig., cap. XXX.

de la otra, no nos hiciera repugnancia; o ya que estaban a la iguala, fueran iguales entre sí. ¿Y por qué no nos ofenden, ni parecen mal, si siendo desiguales cae la una a plomo con la otra? ¿Y por qué, si son tres las ventanas, parece estamos deseando o sean todas de un tamaño, o que, si son desiguales, entre la mayor y la menor, la de en medio lleve tanto a la menor cuanto la mayor excede a ella? Así parece que el juez primero de esto es la misma naturaleza racional, que lo que ella aprueba es lo bueno, etc. Y luego, más abajo, añade: En todas las artes, la correspondencia y conveniencia agrada, y guardándose ésta, todo queda hermoso; esta correspondencia ama la unidad y la igualdad, o en la semejanza de partes iguales, o por la graduación y orden de las desiguales. Así, con estas dos breves cláusulas, dejó respondido el santo a sus dudas, y toda es doctrina platónica, porque el santo entendió bien a este filósofo. Como estaba en España perdido el uso de las buenas artes, con la fiereza y rusticidad de la guerra contra los moros, bárbaros, enemigos de todas ellas, o inhábiles por ley o naturaleza, herencia del maldito Can, no tenían lugar los buenos ingenios de advertir a la razón que en ellas se encierra, y así les hizo admiración ver guardar aquí tanta correspondencia en la arquitectura; y pensaban que no era más que gusto o inclinación del Rey Don Felipe, o curiosidad ociosa, que si había aquí una puerta o ventana, respondiese enfrente otra, y si no venía bien, en medio del claustro o de la pieza se trazase como viniese. Así podemos decir, según lo que nos ha enseñado San Agustín, que este Príncipe nos puso en razón y nos hizo que advirtiésemos a la que las artes tienen en sí mismas, y a la proporción que hacen con nuestras almas. Vese todo esto aquí singularmente ejecutado, porque, con ser tan grande este templo, no hay en todo él un pie de pared ociosa que no tenga oficio y nombre propio, y otra cosa como ella que le responda; que cuando no hubiera más que esto, era digno de venirse a ver de muchas partes. Y lo mismo que digo de la iglesia, puedo decir de toda la Casa, cuando, como



doctamente advirtió el santo, la necesidad y el uso no piden fuerza a otra cosa. El motivo de tan buena doctrina nos dieron estas dos capillas de que vamos hablando, por estar hechas con tan singular cuidado, que respondan al cuerpo principal. Y por que no se me olvide, en medio de cada una se ve un grande y hermoso candelero de bronce; son todos en basas y pedestales cuadrados; la caña principal es una columna redonda, adornada de labores y medallas, ángeles y mascarones fuertes. De allí salen y se reparten en diversos ramos muchos candeleros, en que se ponen cirios o blandones; menudencia sería decir su artificio y sus labores: el uno sirve para las Tinieblas y Maitines de la Semana Santa; el otro, para las honras de los Reyes. También pasaré en silencio la hermosura de otros muchos candeleros de este metal, y otras piezas de lo mismo, ángeles, águilas, figuras grandes, a modo de facistoles, repartido todo por la iglesia, aunque casi puesto al rincón, y de que no se hace caso. La misma razón y correspondencia se ve en los claustrillos o patinejos que están junto a estas dos capillas. El intento de ellos fué recibir las aguas de la iglesia, que está toda cubierta de grandes planchas de plomo, y por sus canales, del mismo metal, vienen a recogerse en ellos, y también para dar luz a estas capillas, y a los antecoros, y a otras piezas que están detrás. Están harto galanamente labrados; hacen con las puertas grandes que tienen en cada paño, y otras menores que tienen de cada parte, aunque condenadas, buenas fachadas y correspondencias de la cornisa de los treinta pies abajo. El claro de ellos, por la una parte, es de cuarenta y seis pies, y en la otra, treinta y cinco. De la cornisa arriba se hace otro orden de ventanas, bien compartido; algunas tienen balcones de hierro, que vuelan todo lo que sale de la cornisa. Quien los viere, hallará allí bien platicado lo que San Agustín enseña; que la misma naturaleza del hombre, y la razón de que está dotado, hace con ellos gran conveniencia, y dice que están llenos de hermosura, y cuadra con la luz del propio entendimiento, y las semillas de las ciencias que le puso

dentro su Creador, que es la unidad e igualdad suma, que en aquel libro va buscando el santo Doctor, para que de la arquitectura que contempla la vista se levante en otros pensamientos más generosos y dignos de la cosecha del hombre.

Para que concluyamos con este discurso, digamos lo mismo del sotacoro. Es una singular fábrica, de lo bien tratado y considerado que hay en este templo. Si no me acuerdo mal, dije en otra parte que esta pieza es la que podríamos llamar cuerpo de iglesia, y lo que hasta aquí hemos dicho no es sino la capilla, aunque alguno dirá que es mucho mayor la capilla que la capa. Ahora añadiré que no es otra cosa este sotacoro sino un pequeño retrato de ella, y así guarda en otra más pequeña forma todo lo de la grande, la misma traza y correspondencias que se han visto, y en sesenta pies de cuadrado que tiene (ocúpase lo demás con el tránsito o vestíbulo que dijimos va del colegio al convento) hace cuatro pilares, en medio, que imitan la forma de los de dentro, y así se hacen otras tres naves por cada parte, con sus puertas grandes, y dos pequeñas a los lados, por manera que son doce en todas, aunque las seis solas se abren y tienen puertas de madera bien labradas; las tres salen al vestíbulo; otras dos, a los patinejos, y la otra, a la iglesia; que no hubo menester puertas, porque está más adelante la reja de la iglesia. Aquí se pusieron dos altares, donde dicen Misa al pueblo los clérigos ordinarios que llegan, y gran número de religiosos mendicantes; el uno es de San Cosme y San Damián; el otro, de San Blas y San Sixto, Papa tercero. Es de considerar la bóveda de este templo pequeño, que tiene primor en arquitectura; con ser de piedra, y tan larga la fuga y distancia de los pilares en la nave de en medio; está tan llana como el mismo suelo, que pone admiración ver cómo se sustenta, y consiste en el corte con que las piedras se traban, haciendo entre sí mismas arcos por sus hiladas, hasta que vienen a cerrarse en una clave. Tiene tanta firmeza y seguridad como si fuera un terraplén. Las tres puertas que digo salen al vestíbulo, y



son las principales por donde se entra a la iglesia y sotacoro; tienen los marcos y telares de acana, y los tableros, de encina, que en hermosura y fortaleza ninguna de las maderas que nos traen de las Indias le iguala. En los cuatro pilares están cuatro piletas de agua bendita, y con estar tan cerca de tan grandes puertas (es bien advertirlo de paso), hasta el día de hoy no se han visto heladas, aunque no han sido los años muy clementes de nieves y de fríos.

### DISCURSO XIII

*El coro principal y antecoros de este templo, sus adornos, sillas, órganos, pintura, libros de canto y facistol.*

**C**OMO es la parte de este templo el coro donde gastamos la mayor y mejor de nuestra vida, pues no hay vida más bien gastada que la que se consume en alabanzas divinas (fin último de todas las criaturas, y el que escogió, entre otros muchos, la Orden de San Jerónimo como medio más propincuo para el que las almas desean), fué bien que en hermosura y grandeza se señalase entre todo cuanto aquí tenemos; así, merece particular discurso, y que le miremos o mostremos despacio, pues hay bien qué mirar. Algunos repararán poco en él: que pues dejan esta parte de las alabanzas divinas en coro y comunidad para los tontos e ineptos (no obstante que sea oficio de ángeles y de toda la Iglesia Universal, desde sus principios hasta hoy), poco se les dará de mirarla; antes les parecerá pieza de sobra, y así lo es para ellos, tan celosos y codiciosos de los bienes de los prójimos, que les parece oficio y negocio incompatible los divinos loores en coro, lo que nunca ha parecido a los Obispos y Prelados más santos y cuidadosos de sus ovejas que la Iglesia ha tenido, si no he leído mal sus vidas. Confieso que es menester más sagacidad y prudencia humana para tratar los negocios del mundo, y saber muchas reglas de gobierno, que para estar loando a Dios a la media noche, y antes que ama-

nezca, y cuando torna a esconderse el Sol. Mas no concederé que es menester saber tanta Teología para aquello como para esto. Teología llamo la que principalmente merece este nombre, no otra, que o nació ayer, o puramente ignora la de San Pablo, y la de David, y otras que suenan siempre en el coro y asientan bien en las almas puras y sencillas apartadas del trato humano. San Basilio, San Ambrosio, San Crisóstomo, San Atanasio, San Agustín y San Gregorio no sintieron impedimento ninguno en el canto y alabanzas divinas para acudir a las ovejas que tenían a cargo, ni aun para ser Doctores de la Iglesia, y lumbres de ella, y ahora han nacido unos teólogos, tan delicados, que en cantando un Salmo, los deja inhábiles para ayudar a los Obispos; y así no han menester coro, y le dejan para que se ocupen en él los ineptos, que no son para tratar la prudencia de los hijos de este siglo. Con éstos, tales cuales son, quiero considerar este coro y medirle a sílabas, y aun a dedos. Tiene de largo, desde la silla del Prior hasta el antepecho de bronce que cae sobre la reja de la entrada a la iglesia, noventa y seis pies; en ancho, cincuenta y seis; el alto, hasta la cornisa que vuela por toda la iglesia, cuarenta y seis; y de allí a lo alto de la bóveda, otros treinta y ocho; de suerte que todo el alto es de ochenta y cuatro; pieza espaciosa, alegre, llena de luz, por las muchas ventanas. Encima de la cornisa está la del frontispicio de la fachada de la iglesia; ya las dije allí todas; no hay que repetir las.

#### SILLAS DEL CORO

Tiene, como los demás coros nuestros, dos órdenes de sillas, altas y bajas, por cada coro. La materia es de la misma madera que dijimos en los cajones de la librería, aunque hay mucho más cedro y ébano que en aquéllas, y en lugar del naranjo para basas y chapiteles, está el boj amarillo y de lindo lustre, aptísimo para hacer de él lo que quisieren, y en la dureza quiere competir con el hueso. Las demás son acana, caoba, terebinto, nogal. El orden y la forma de la arquitectura es corintio, el



más delicado y hermoso de todos; así se ve en esta silla ejecutado con singular cuidado. En las sillas bajas no puede haber columnas ni pilastras, porque no quiten la vista a los de las altas; hicieronse unos como pedestales, de buena proporción, levantados sobre lo de dentro de los brazos de las sillas, y el espacio que hay de uno a otro, que es el hueco de la silla, tiene unos tableros con guarniciones, molduras y embutidos, de diversas maneras, aunque siempre se tiene cuidado que los frisos de estas guarniciones sean de ébano, porque salgan más los perfiles de las otras maderas. Estos tableros hacen con los pedestales un espaldar que no sube de las cabezas de los frailes, de mejor disposición, y en la parte de atrás están unos cajones, y encima de ellos corre un facistol, a la larga, que lo uno y lo otro sirve de mil cosas.

Entre estas sillas bajas y las altas hay una distancia y tránsito de mucha majestad, que adorna mucho el coro; tiene de ancho diez pies, holgados, por donde van tres personas juntas sin apretarse ni llegar a las sillas. Y fuera del espaldar que tienen, semejante a las de abajo, y aquí sirve de esto y de podio o pedestal, se levanta sobre él el orden de columnas corintias. El cuerpo y caña de la columna es de acana; tiene el color sanguíneo, cuajado; estriadas todas y redondas, con sus pilastras cuadradas, detrás embutidas o ensambladas de ébano, y los entrepaños o claros de las columnas son unos tableros llanos, de cedro, guarnecidos con molduras de acana y ébano. El color de esta madera es poco mejor que el pino de Cuenca, que, como he dicho otra vez, es el cedro especie de pino, y las piñas que hemos tenido lo muestran bien claro, y la mejor y única señal para conocer el árbol, es el fruto. Los chapiteles de estas columnas están tan lindamente labrados como si fueran de plata; ya todos saben la invención de este chapitel, y la razón de sus hojas; no hay que referir historias conocidas. Los canes que vuelan encima del arquitrabe tan propios de este orden, tienen por el sopapo unas hojas de cardo, del mismo boj, con harto primor labra-

das; encima de ellos y de la corona de la cornisa asienta otro pedestal o podio, con sus términos, a plomo sobre las columnas, y con los mismos tableros y ensamblaje que los de abajo, y así hace todo una como cubierta a las sillas de mucha autoridad; muchos de estos embutidos se hacen de la madera de terebinto, o cornicabra, por el excelente color, aguas y labores que tiene, y admite hasta lisura y pulimento. Tenían en España poco uso y noticia de esta madera y de su hermosura; ya van estimándola en lo que merece, porque para estas piezas pequeñas es excelente. El alto de estas sillas es diez y siete pies, y con no tener figuras ni más entalladura de lo que pide y permite el mismo orden, son hermosísimas, de gran autoridad y nobleza: tanto puede la fuerza del arte cuando se trata con la razón cabal que en sí tiene. En el frente y en su medio está la silla del Prior, acompañada con otras dos, una de cada lado; en ellas se hace un excelente frontispicio con doce columnas del mismo orden dórico, seis en el principio de los braceles de las tres sillas, de dos en dos columnas, y seis que les corresponden dentro; obra muy detenida y de muy difícil arquitectura, que tiene bien que advertir, porque se acomoda todo con gran hermosura y arte. Encima de ellas se hace el frontispicio, cuadrado, también con sus columnas y pilastras; detrás, y a los lados, para estribo del mismo frontispicio, unas cartelas grandes revueltas con buena gracia, que todo representa grandeza y autoridad; parece que se le puede perdonar si se desvanece alguna vez el que allí se asienta, y echarle la culpa a la silla. En el cuadro del frontispicio, como antídoto contra la vanidad del hombre, está un Jesucristo con la Cruz a cuestas, tan vivo y para quebrar el corazón, que no se puede mirar sin lágrimas. Es esta pintura de mano de Sebastián del Piombo, gran compañero y seguidor del Bonaroto, y por ser pieza de tanta estima, se puso en lugar tan insigne y tan a propósito, y no sin consideración, para que los Prelados entiendan que aquella silla no tiene menor censo ni menor carga que la imitación de aquel Señor, Príncipe de los pastores, que llevó sobre



sus hombros la Cruz donde se pagaron los daños que hicieron y harán todas sus ovejas. El número de las sillas es ciento catorce; en medio de las bajas de un coro y otro se hacen cuatro entradas o subidas de a tres gradas, para las altas. Todas se llenan muchas veces de religiosos, y hartas he visto faltar sillas, y es un espectáculo harto de ver en cada uno de aquellos encasamientos o asientos puesto un siervo de Dios, que con la boca, con el alma y con todos sus sentidos y compostura del cuerpo, y con razón, está alabando al Señor dos y tres horas sin mudarse.

#### FACISTOL

En medio de la distancia que hay en las dos sillas posteriores de cada coro, donde están los novicios, sobre un muy hermoso cuadro de jaspe, que sirve de peana o zoco, con sus compartimientos de mármol blanco, embutidos, se asienta el mayor y más rico facistol que se ha visto (a lo que creo) en iglesia de España, y aun me atreveré a extenderlo más. Está levantado sobre cuatro pilastro-nes cuadrados, aunque por tener cortados los vivos de las esquinas, como los principales de la iglesia, se pueden llamar ochavados, porque aun hasta aquí se ve aquella uniformidad y correspondencia, tan bien ponderada de San Agustín. En la materia se diferencian mucho, porque son de bronce, tan hermosamente dorados a fuego, que quieren competir con el oro. La materia del cuerpo del facistol donde se asientan los libros, es de acana y caoba, ceñido y compartido todo con unas bandas o fajas del mismo metal hecho oro. La falda o el vuelo bajo, donde se recibe el peso y juegan las ruedas de los libros, también cubierta de lo mismo, y tiene de punta a punta, ó esquina a esquina, diez pies de vara, que siempre hablamos de éstos; de suerte que tiene cuarenta pies de ruedo, y el alto, desde la peana a la cornisa, otro tanto; pónense en él cuatro libros grandes, abiertos, sin que se alcancen o encuentren. Encima de la cornisa o corona del cuerpo principal se asientan cuatro bolas, con sus pies, todas de bronce dorado, que sirven de remates y

responden a las cuatro pilastras sobre que se revuelve con harta facilidad esta máquina. En medio de ellas, con la proporción que pide el arte, sobre un pedestal de las mismas maderas de las sillas, con su ensamblaje y embutido, asienta un templete que sirve de remate. Está compuesto de doce columnas, que hacen cuatro portadas, con una imagen, de bulto, de Nuestra Señora, en medio del templo, y remátase con un cimborrio, y encima, últimamente, un crucifijo de bronce dorado. Todo él es un hermoso joyel, que agrada su traza y ornato a cuantos le miran, porque salió de buena proporción para la grandeza del coro, y le autoriza mucho. El alto es de diez y seis pies, y por lo más ancho tiene diez. El suelo del coro es, como todos los demás que hemos dicho, de losas blancas y pardas de mármol, con sus compartimientos y labores.

#### PINTURA DE LAS PAREDES Y BÓVEDA DEL CORO

Encima de las sillas, por los lados y por el frente, se ven diversas historias; sobre las sillas altas fronteras, en los dos espacios que dejan las tres ventanas, están los dos patronos: San Lorenzo, de la Casa; San Jerónimo, de la Religión, pintura de Luqueto, figuras excelentes, mayores del natural, bien plantadas y de harto adorno y relieve. El San Jerónimo, que tiene la mano siniestra del Prior, vestido de Cardenal; San Lorenzo, que está a la diestra, vestido de diácono, con sus parrillas; por todo el resto de este coro, en la pared que está encima de las sillas, de la mano derecha están dos cuadros grandes, fingidos como abiertos, y por ellos se ven dos historias del mismo Mártir. La una, de su prisión, cuando iba tras el Santo Papa Sixto rogándole que le llevase en su compañía, pues iba a morir por Cristo, y él había ya hecho lo que le había mandado, que era dar a los pobres los tesoros de la Iglesia; la otra, cuando presentó al tirano los pobres, diciéndole que aquellos eran los tesoros de la Iglesia. Entrambas son de Rómulo, pintor italiano; están al fresco y bien tratadas, con algunas ar-



quitecturas que se descubren de buena consideración.

De la otra banda y coro del vicario están otras dos de la misma traza: la una es cuando San Jerónimo estaba escribiendo los libros con que sirvió a la Iglesia, y un ángel, que le tañe al oído una trompeta, para significar la memoria continua que el santo tenía del Juicio Final, y en unos lejos que se descubren se ve el mismo santo en el yermo haciendo penitencia delante de un crucifijo. En el otro cuadro está el santo leyendo a sus religiosos, declarándoles la Santa Escritura, como él mismo afirma que lo hacía; en los lejos se pinta el tránsito y muerte del mismo Doctor, y cómo le llevan a enterrar sus monjes. En entrambas historias le acompaña su león, a veces dormido, a veces despierto, significando que la parte irascible, significada en este animal por su fortaleza, unas veces dormía en el santo, como cuando leía a sus discípulos, que humilde y mansamente recibían su doctrina; mas cuando escribía o contra las costumbres corrompidas de los malos cristianos, o contra los herejes pertinaces, cabezudos y atrevidos, como un león despierto y airado, que da bramidos, se muestra defendiendo los dogmas y santa doctrina de la Iglesia. Aunque estas historias son muy grandes y las figuras mayores del natural, no bastaran a llenar estos dos coros, y así entre medias de la una y de la otra, en cada coro, asienta encima de las mismas sillas una caja grande de órganos, como luego veremos; y en los ángulos de encima de ellas, al principio de cada banda, están dos ventanas, una de cada parte, con sus adornos de pintura, jaspes y mármoles fingidos, y balcones de bronce dorados; la una de la mano derecha sirve no más de correspondencia, y de que por allí se oiga el reloj del coro, que está allí cerca; y la otra es donde las personas Reales, viniendo desde sus aposentos, sin entrar en el convento, ven y oyen las Vísperas y Oficio divino teniendo muy cerca a todos los religiosos, que desde allí se goza todo y parece bien. En otros cuadros, que sobran, así encima de estas ventanas como encima de las dos puertas de arco grandes (por donde entran el convento y el colegio en el mismo coro,

cada uno por su parte) están pintadas ocho virtudes: las tres Teologales: Fe, Esperanza, Caridad, y con ellas la Iglesia; y las cuatro Morales, de dos en dos, en unos nichos fingidos de oro, y todo guarnecido con follajes y enlazaduras hermosas, y tan bien contrahechos los mármoles y los jaspes, que nos quieren persuadir con sus relieves y sombras los podemos asir con la mano. Estas virtudes que dije están en estos encasamientos, son del mismo Luqueto, y las cuatro historias son de Rómulo; y para los que lo ven no hay necesidad de advertirlo, porque es muy clara la diferencia de la una manera y de la otra. De esta suerte está enriquecido este coro desde el suelo a la cornisa alta de la iglesia, sin descubrirse un dedo de pared que no esté hermoheado. De la cornisa arriba, en toda la bóveda (que es muy grande), está repartida una historia pocas veces vista, por su grandeza, que es representar toda la gloria del cielo cual nosotros en este destierro miserable podemos imaginarla. Está lo primero, y en la cabeza de la bóveda, pintada la Trinidad Santísima, en un trono de luz y resplandor inaccesible, compuesto de aquellos espíritus soberanos, tronos, querubines y serafines. El Padre, en una forma anciana, para significar la eternidad sin principio. El Hijo, en aquella edad perfecta a que quiso llegar viviendo entre los hombres, para perfeccionar el misterio de nuestra reconciliación y remedio, figuras entrambas de gran autoridad. El Espíritu Santo, en figura de paloma pura y sencilla, entre entrambos, Padre e Hijo, para significar el amor con que de una y otra procede, y con inefable misterio se llama atadura y vínculo de entrambos. Luego se ve, muy junto del Hijo, la Madre, Virgen soberana, levantada sobre las demás criaturas, el rostro elevado y absorto en aquella gloria que se participa en ella en un grado tan eminente. Luego se ve el Coro Apostólico, y entre ellos, en lugar señalado, el gran Bautista, y siempre a vueltas de ellos mezclados aquellos espíritus beatíficos y angélicos, según sus grados y jerarquías, haciendo con instrumentos acordados tonos y melodías muy de otro género que las que entre nosotros agradan a las



orejas; con el semblante y atención que en ellas puso el maestro, parece que acá dentro de las almas las estamos escuchando. De allí abajo descenden los grados y órdenes que tiene repartidos la Iglesia en sus santos, llenando aquellos coros angélicos, levantados por la gracia abundantísima que les mereció Jesucristo a la bienaventuranza que ellos tienen. Así se ven nueve coros y órdenes, fuera del coro Apostólico, que parece se les dió asiento, no sólo de santos, sino de jueces.

Luego entran patriarcas, profetas y doctores; luego, mártires, confesores, vírgenes, casados, viudos, hasta los Santos Mártires Niños Inocentes, y otros infinitos que en bautizándolos volaron al cielo, y allí juegan con guirnaldas y coronas, en sabrosa seguridad y sin miedo. Todos se conocen por sus hábitos, insignias e instrumentos de martirio, dignidad u oficio. Moisés, aquel gran siervo de Dios fiel en toda su Casa, con sus Tablas de la Ley escrita de tanta dignidad, que vino el Hijo de Dios a cumplirla toda, sin faltar jota ni ápice. David está tocando el arpa, porque sus versos y música serán por siempre gratos a las orejas divinas, y de todos los bienaventurados. San Lorenzo, abrazado con sus parrillas; San Vicente, con sus peines de hierro; San Jerónimo, aun allí no deja el libro, ni puede, porque aprendió en la tierra lo que persevera allí con él en el cielo. Santa Catalina gusta de los filos de las navajas, que se convierten en rayos de gloria, que con soberana dulzura atraviesan y llenan el alma; Inés no deja de los brazos el cordero; vense religiosos de mil suertes y hábitos, hasta los de las religiones militares; Papas santísimos, Padres de religiones, Emperadores y Reyes, que en medio de aquella gloria y aplauso del mundo traían la mortificación de Jesucristo en sus cuerpos y almas, y juntaban la riqueza temporal con la pobreza de espíritu, que no es imposible a Dios hacer esto, ni pasar el camello por el ojo de la aguja. Tienen todas las figuras extremado aire y movimiento, unos sentados y otros en pie, y si el colorido y ornato de los paños no fueran en las pinturas de Luqueteo tan de corrida y de acelerada manera, sin duda

fuera esta gloria una de las más ilustres obras que teníamos en esta fábrica. ¿Mas quién podrá creer que un hombre solo hiciese tanta multitud de figuras, mucho mayores que el natural, en tan breve espacio como de quince meses? Así se cree le costó la vida; como trabajó tanto, en una postura tan penosa y continua, en una bóveda, donde el cuerpo, cabeza y brazo habían de andar tan violentos, y el frío y humedad del yeso, del agua y de la cal o estuque siempre tan cerca, no fué mucho le quitasen la vida.

En el frontispicio de encima la cornisa está la Anunciación y Salutación del Angel, y toman las dos figuras, de la Virgen y el Angel, la ventana grande de en medio. Retratóse él mismo a la entrada de la Gloria, un poco detrás de fray Antonio el obrero, aunque se le adelantó tanto en la muerte; plegue a Dios se vea ya del todo dentro en ella. Algún miedo tengo se dió mucha prisa a ganar dineros, y más en dejárselos acá.

Este es el adorno de las sillas, facistol y pintura del coro.

#### ÓRGANOS DEL CORO Y DE LA IGLESIA

Encima del banco y remate que dijimos corría por encima de las columnas y cornisa del coro, en el medio de ellos y de las dos historias que están en las paredes de cada coro, asientan dos cajas de órganos, que por ser instrumentos de tanta estima y tan bien aderezados, es justo hacer memoria de todos los que hay en este templo, pues son de lo precioso y vistoso que hay en él. En la una nave principal, que cruza con la del altar mayor y va de Mediodía a Norte, encima del tránsito de los treinta pies, se levanta un pedestal de diez pies, y más, de alto, que toma todo aquel testero de la nave, que, como vimos, es de cincuenta y tres pies; tiene tres ventanas o claros grandes y cuadrados, que responden sobre los claros de los arcos y puertas de abajo. Sobre este pedestal, que tiene su corona y cornisa, todo de la misma piedra que lo demás de la iglesia, asienta de cada parte (lo que se dice de uno quede dicho de entrambos)



una caja de órgano de otros cincuenta pies de ancho; la alta se conforma con la simetría y buena proporción que pide el orden, que es corintio. La materia es de escogida madera de pino de Cuenca, que no pide este instrumento otra más fuerte, aunque toda bien estofada y cubierta de oro bruñido. Sobre un podio que se divide en seis pedestales asientan otras tantas columnas corintias, de diez y siete pies, con la basa y chapitel, y así hacen cinco claros o portadas. Sobre las dos de cada lado corre el arquitrabe, friso y cornisa, bien labrado y estofado; la de en medio rompe el arquitrabe y toda la cornisa, y desde allí hace un arco y ocupa todo el tablero del frontispicio que se levanta desde las segundas columnas de los lados, porque si moviera desde las extremas, fuera forzoso levantarse, de suerte que tapara la luz de la ventana que tiene el frontispicio de la iglesia de cada lado, como ya vimos; defecto incomportable a tapar la luz de ventanas importantes por la parte de dentro, y el arquitecto que esto hace o permite no merece tal nombre. Remátase toda la fábrica de estas cajas con sus peanas y bolas doradas. Tiene toda su fachada, de alto, desde el asiento que hace sobre el pedestal de piedra, hasta las bolas, cuarenta pies, y así quedan aquellos dos testers adornados y alegres, por tener también un antepecho de balaustres de bronce delante de la misma caja, que responde con sus pilastrones de lo mismo a los del pedestal sobre que asienta. En estas tan grandes cajas están los dos órganos principales, en medio del cuerpo de la iglesia. No quiero descender a los particulares de ellos, ni hacer del músico, ni contar por menudo todas sus diferencias y mixturas, ni los instrumentos a quien van imitando, como trompetas, chirimías, dulzainas, clarines, orlos, cornetas, flautas y otras cien mixturas de caños sencillos y de lengüetas, hasta querernos hacer encreyente que están allí voces humanas; sería nunca acabar; basta decir que tiene cada uno de estos órganos grandes treinta y dos registros, con que se pueden hacer gran número de combinaciones y mixturas, y que están hechos con mucho cuidado por el mejor maestro de estos

instrumentos que se ha conocido en nuestros tiempos. Este se llamaba Masegil, de nación flamenco; ayudábanle cuatro hijos suyos, todos oficiales del arte, y algunos de ellos ya maestros. Murió aquí este hombre antes que perfeccionase la obra; no se sintió poco su falta. En el coro (como ya comencé a decir) hay otras dos cajas encima de las sillas, volando para esto en otros canes más la cornisa, para sacar un balcón de bronce dorado donde se puedan poner a cantar los músicos, que también hacen adorno a la pieza. Estas cajas son de a veinte pies de ancho, de la misma arquitectura y orden corintio, en todo parecidas a las grandes, salvo que aquí no son más de cuatro las columnas, y las puertas o claros tres: las dos de cuadrado, y la de en medio de arco, rompiendo por el arquitrabe y cornisa, hasta ocupar la plaza del tablero del tímpano, que aunque parece se hizo por la imitación y correspondencia de los frontispicios grandes de la iglesia, que hacen esto mismo las ventanas, aquí fué como forzoso, porque los caños grandes y las contras del flautado han menester todo aquel largo, y así en todas cuatro cajas llegan estos caños hasta arriba. Son del mismo maestro, y quedaron mal acabados, aunque los afinaron después sus hijos. Sin estos cuatro tan grandes y ricos instrumentos, quedan otros cuatro, menores, que suelen llamar realejos, también del mismo maestro los tres, aunque el mayor de éstos es mediano, y pudiera servir de órgano grande en una iglesia principal. Los dos están puestos en dos balcones o nichos que responden encima de dos altares; otro está en la iglesia pequeña, y el otro se guarda en la sacristía, por ser de plata, y de precio, y porque desde allí se lleva a las procesiones del Santo Sacramento. No quiso el Fundador que hubiese en el coro de su Casa otra música sino la de los religiosos, que, sin salir ni descomponerse de sus sillas, ni perder punto la gravedad que a coro de Jerónimos se debe, levantasen la voz y el espíritu al Señor, con una consonancia llana, que llaman fabordones, y que supiese la mucha diferencia de órgano y sus mixturas, que también son propios instrumentos de igle-



sia, la que pudieran hacer ministriles asalariados, por evitar todo lo que puede ser razón de distracción y bullicio. Harto hemos dicho de órganos, aunque poco para lo que son.

#### LIBRERÍA DEL CORO E ILUMINACIÓN

Los libros en que se canta en este tan santo y hermoso coro responden, sin perder punto, con él. De ésta me atreveré a afirmar que no se ha visto su semejante en otro templo, dentro ni fuera de España, a lo menos no hay noticia de ella; el tiempo puede haber ocultado otra mejor, que así hemos de juzgar de lo más raro que vemos, pues nos lo dice aquel Rey que supo tanto. Son todos los libros iguales: abiertos en el facistol tienen ocho cuartas y más de ancho, de buena proporción; según esto, el alto; el pergamino (lo que hasta ahora no se había acertado a hacer) igualmente blanco por entrambas faces; la letra, hermosa y tan uniforme, que ningún molde pudiera ser tan el mismo.

En las fiestas principales, y en otras que no son tanto, los principios y primeras planas y letras de los Oficios, Misas, Vísperas y Laudes están con iluminaciones, historias y viñetas (así llaman la pintura que corre por el derredor de la hoja), de excelente pincel y mano todo; muchas de ellas de nuestro fray Andrés de León, que fué otro Don Julio en el arte; otras, de su discípulo fray Julián, que quiso competir con entrambos; otras, de otros buenos maestros en esta suerte de pintura; y por que digamos aquí de una vez lo que hay de ella, pues tocamos la materia de iluminación de libros, fuera de lo mucho y lo más principal, que es la de estos libros de canto llano y Oficio divino, en que entendieron estos maestros muchos años, hay un libro, que llamamos Capitulario, para las fiestas principales, y tiene muchas historias de singular iluminación y buen dibujo, de mano del mismo fray Andrés de León, y excelentes viñetas suyas, y de fray Julián, y de Salazar, otro maestro que tuvo singular gracia en ellas.

Es este Capitulario de mucha estima, por la excelencia de esta iluminación, que, sin duda, no se ha visto en España ni en Italia tanta ni tan buena junta. Hay otro libro en que están los Evangelios, y sirve para estas mismas fiestas, de los mismos maestros y de otros que ayudaban a las viñetas y letras capitales.

Hay también otros tres libros en que están las cuatro pasiones que se cantan la Semana Santa, donde están cuatro historias en cada uno al principio de cada pasión; son invención y labor de fray Julián, cosa por extremo acabada, y la mejor labor que se ha visto; y si fuera igual el dibujo, sin duda le podíamos poner con los primeros, o más alto, en el arte.

De estas doce se perdieron no sé si tres o cuatro, por culpa del mismo fray Julián, y no están sin ella los que las tienen, porque creo no padecen ignorancia de que son del Rey, y entregadas a esta Casa, y así caen bajo la censura del Papa; ni sé qué Teología pueda excusarlos, porque ni las pudieron comprar, ni las pueden retener. Hay también algunas tablas, que llaman para las palabras de consagración, algunas con figuras e historias, y muchas con excelentes viñetas.

Sin esto, en la librería manuscrita hay muchas suertes de iluminación antigua y moderna, que sería largo proceso referirlas. De D. Julio de Clavio hay algunas tablas y cuadros de iluminación; creo que son cuatro o cinco, presentadas al Rey que sea en gloria, y se guardan entre otras cosas preciosas, y con razón, de que haremos alguna memoria; quede esto dicho así de lo que toca a la iluminación, en confuso y a bulto.

Tornando a los libros del coro, de donde nos divertimos, por sus muchas iluminaciones, digo que el número de ellos es doscientos catorce cuerpos, de unas mismas pieles, letra, marca, encuadernación y guarniciones, y aun manzuelas, que parecen de una turquesa o molde todos.

Lo que llamo guarniciones, son cinco bullones que tienen de cada parte, de buenas labores y trabazón de lazos, todo de metal dorado a fuego, y lo mismo las manzuelas, que por ser tan grandes ocupan y hermocean el



libro cuando está cerrado. Parte de esta librería está asentada en los dos antecoros, a la parte del convento y del colegio, que también son no poca parte del adorno de estas dos piezas, porque están repartidos en sus estantes y cajones, labrados de las mismas maderas que las sillas del coro, con poyos y asientos de encina, porque no se gasten al entrar y salir con las ruedas sobre que cargan libros tan grandes. Como son tantos y han menester tan grandes cajas, no caben en estos dos tránsitos, y así está el mayor golpe de ellos en una hermosa pieza que está del coro del Prior, a las espaldas del patinejo, y es muy de ver, porque los cajones están labrados con mucho cuidado, repartidos comúnmente de cinco en cinco, con sus pilastras cuadradas, las basas y chapiteles de orden dórico, con friso y cornisa, que tienen los títulos de los libros, para que se hallen fácilmente.

No quiero detenerme en esto, que parece en esta Casa menudencia, aunque apenas cupiera en otra no pequeña. Olvidado se me habían otras dos joyas muy preciosas, que no se sufren callar, por estar en estas mismas piezas, y por lo que son.

#### CRUCIFIJO DEL ALTAR DEL CORO Y EL SAN LORENZO DE LA PILA

A las espaldas de la silla del Prior, y por todo aquel testero, se hace un tránsito en la misma pared, para las tres ventanas que caen al patio del pórtico y dan luz a las sillas bajas; en la de en medio está un altar, en que se dice Misa, y la oye muchas veces desde el mismo pórtico, particularmente en verano, la gente seglar.

En este altar está un crucifijo de mármol blanco, del tamaño del natural, de nuestro Salvador, según se echa de ver por el retrato de la sábana de Saboya que aquí tenemos en el relicario, muy medido y tocado con ella. El mármol se escogió aposta, porque tiene unas vetas que le sirvieron al maestro para declarar las venas; figura tan devota, tan bien entendida y acabada, que como pieza rara y de gran estima se la presentó a nues-

tro Fundador el gran Duque de Toscana, y desde que desembarcó vino hasta aquí en hombros, a lo menos en los pasos difíciles, y en otros muchos que no lo eran, por que no padeciese algún encuentro. La cruz en que está clavado es de mármol negro, y aquella asienta en otra de madera, para la firmeza y seguridad. El artífice es Benvenuto Zelino, natural de Florencia, singular escultor, famoso en Italia. Y es digno de advertencia, que el mismo año que se comenzó esta fábrica, se acordó el Sitio, y se escogió determinadamente por el Rey, y casi en el mismo mes comenzó Benvenuto Zelino a labrar esta pieza que había de ponerse en el primero y más público espectáculo y vista de este templo, como si del cielo viniera a tratarse el concierto.

Aunque todo él es divinísimo, hace la cabeza conocida ventaja a lo demás, y visela yo alabar a nuestro Mudo, que tenía singular voto en esto. La otra es una estatua de San Lorenzo, nuestro Patrón, también de mármol, aunque no tan bueno ni tan blanco, vestido de Diácono, del tamaño del natural. Hallóse esta figura en unas ruinas de Roma, que nunca cesan de producir y brotar tesoros de la antigüedad (en ellas mismas leemos bien cuánta fué ella) y de allí la enviaron a Su Majestad, no sé cuál de sus embajadores, si el Conde de Olivares, o el Duque de Sesa. Asentóse en un nicho que está encima de la pila del agua bendita, entre las dos puertas del antecoro del convento. Muestra antigüedad, y aunque no es de lo muy acabado, porque ya después de Valeriano las buenas artes iban desdiciendo, con todo eso tiene buen sabor de aquellos siglos felices. He advertido en él que los cordones de la dalmática eran sencillos, de un solo ramal, y colgaban adelante; creo que se usaron así al principio, y después, por el estorbo, y porque se fué aumentando aquel adorno, los echaron atrás; y que tienen algún símbolo a imitación de las filaterias de los levitas antiguos: no como algunos piensan significan las piedras que le tiraban a Santisteban, que es cosa pueril, e ignorancia del modo con que le apedrearon; de esto, en otra parte.



## DISCURSO XIV

*La capilla mayor de este templo, retablo, custodia y sagrario, oratorios y entierros de los Reyes.*

**M**UCHAS son las cosas que yo me pudiera ahorrar en estos discursos, si todos entendieran las plantas, las monteas y perfiles, y muchas me esfuerzo a decir como puedo, que casi es imposible darlas a entender con la pluma, porque se tenga alguna noticia de ellas, y los que las vean, adviertan lo que quizás no atinaron sin tener alguna lumbré. Cómo es posible significar la gracia, el ornato, la grandeza, la entereza, igualdad y la unidad y la majestad que todo este edificio representa, si la vista y el buen juicio no lo comprenden; yo mismo me enfado de escribirlo, y jamás me hartó de verlo: que esto tiene la arquitectura, cuando se escribe. El ejemplo de esto es lo que he dicho en los dos discursos pasados: he querido mostrar lo que está fuera del cuadro de la capilla grande, parte principal de esta fábrica, que tiene tantas cosas, tantas entradas y salidas, proporciones y correspondencias, que creo se habrá entendido con dificultad, aunque más me esfuerzo y multiplico palabras contra mi natural condición. Lo mismo temo ha de acontecerme ahora que quiero decir lo postrero de lo que dije era el fin, que es en la capilla mayor, altar, retablo, custodia, entierros, y sería como milagro acertar a decirlo de suerte que pareciese lo que es. Tiene toda esta capilla, desde que comienza a salir del cuadro grande hacia Oriente, hasta la ventana que está a las espaldas de la custodia, setenta pies, en largo; el ancho, no contando los oratorios, lo mismo que la nave principal, que son cincuenta y tres pies. Divide esta que llamamos capilla mayor, de lo demás de la basílica grande, un arco, que resalta con sus pilastras, basas y chapiteles, y desde el pilastrón que responde al principal de los cuatro grandes de en medio se conoce la división por los resaltes de tres pilastras, una tras otra

juntas, y allí asienta la primera grada. Después se hace un arco de cada parte, que llega hasta la pared del altar mayor, de la misma piedra berroqueña, y dentro de este arco encajan los entierros y oratorios, como veremos. Las gradas primeras que se levantan desde la iglesia a la primera mesa del altar mayor, son doce; atraviesan de pilar a pilar, salvo las tres primeras de abajo, que dejan libre la basa de las pilastras principales. La materia es jaspe colorado, de extremado pulimento y piezas muy grandes. En ellas se asienta el colegio, y convento, y seminario a oír los sermones; tan capaces son, que caben todos, sin apretarse. Luego, encima, se hace una mesa o plaza anchurosa que camina por quince pies hacia el altar, y lo atraviesa todo. Está vestida de mármoles y jaspes de diversos colores, blancos, verdes, encarnados, embutidos, chapados y ensamblados unos con otros, haciendo lindos compartimientos, con tanto lustre y resplandor, que no parece se hizo para pisarla hombres, sino ángeles, o ministros divinos, y así es ello. Desde esta mesa se suben luego otras cinco gradas, de la misma forma y materia, y por que no estorben las entradas a los oratorios de una parte y otra, no lo atraviesan todo, sino hacen una vuelta por los lados. Luego se hace la segunda mesa, de otros quince pies, por el frente de las gradas hasta las puertas del Sagrario, con la misma hermosura de jaspes y labores de mármoles varios; en ella se levantan otras dos gradas, que vuelven en derredor, y son con las que se entra en el altar mayor, donde hacen otra mesa, en que está de pies el Sacerdote, con sus ministros. Por todas estas gradas y mesas se llega hasta el altar, que también es de jaspes y de mármoles, entallados o ensamblados, salvo la mesa de él, que es una rica piedra de jaspe, y toda ara consagrada: el largo es de doce pies y medio, y el ancho, cinco cuartas, y más, contando una grada que tiene encima del mismo jaspe, donde se ponen cruz, candeleros, reliquias y otros hermosos adornos. Túvose cuidado de no arrimarla a la pared, sino que quedase en isla, para que por las espaldas, y sin ofender al Sacerdote, ni a la vista, se pudiese llegar



a quitar y poner lo que fuese menester en aquella tan real mesa. A los lados tiene dos credencias, o aparadores, labrados con primor, de las mismas maderas de las sillas del coro, para poner los cálices, portapaces y hostiarios, libros, fuentes, paños de seda y de holanda, para todos los ministerios de aquella cena divina. Hay también de cada parte dos asientos, donde a su tiempo se asienta el Sacerdote que celebra, con sus ministros, y el otro sirve para cuando vienen Prelados señalados, como Nuncio de Su Santidad, Cardenales, y otros, y desde allí oyen la Misa; están juntos con estos asientos unos balcones de bronce, dorados, que suplen lo que no tomaron las gradas postreras por amor de las puertas de los oratorios, y dan mucha gracia y majestad a todo esto. El altar queda también muy acompañado con las credencias, y más con las dos puertas del Sagrario, que están entre las mismas credencias y el altar. El retablo es una valentísima y admirable fábrica, de mucho más valor y estima que apariencia; los jaspes, desde lejos, no lucen mucho; mas llegándose cerca descubren bien lo que es: obra real y del ánimo de Felipe II; la materia toda, ya digo, es de finísimos jaspes, metal y bronce dorado a fuego, cosa de mucha costa. La forma es todos los géneros de la buena arquitectura, excepto el orden toscano, que no venía aquí a propósito, y aunque en las estampas que se imprimieron hay un papel grande que muestra claro todo lo que hay en este retablo, y allí se ve brevemente y con mucho gusto porque no quede aquí este vacío, haré la relación de él como mejor supiere. Encima de la segunda mesa que dijimos se levanta un podio o pedestal de jaspe colorado, con algunos compartimientos de jaspe verde que distinguen el claro de los intercolumnios que sobre él asientan. Tiene poco menos de diez pies de alto, con el friso y cornisa. Sobre él asientan luego seis columnas de orden dórico, que hacen cinco claros; el de en medio tiene once pies y medio, por el escape bajo de la columna, y aquí asienta la custodia, y las demás historias principales que van en el mismo claro de las otras órdenes, subiendo hasta el remate.



Retablo de la Capilla Mayor.

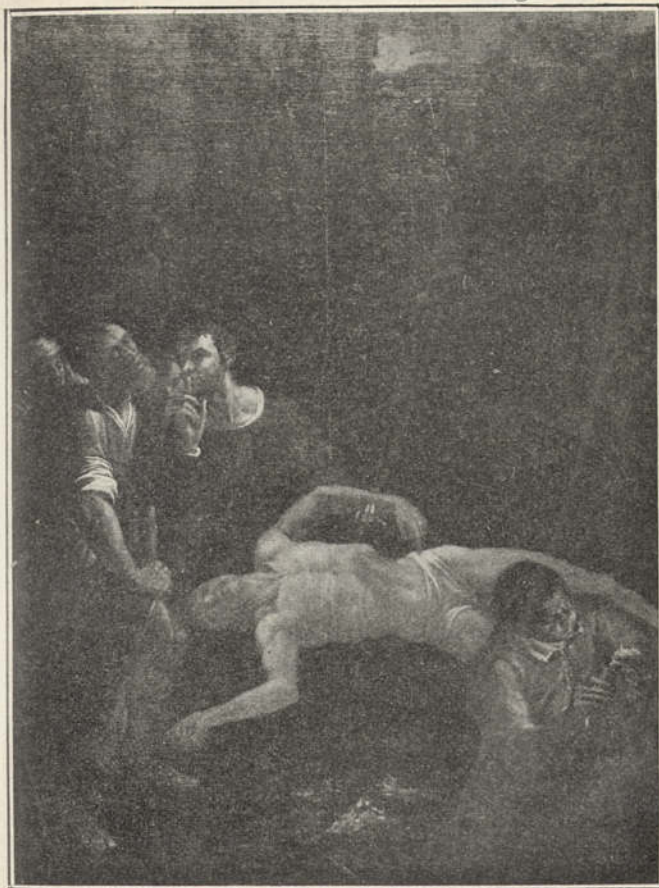


Los dos que están luego a los lados son de a siete pies de ancho, poco menos; los dos extremos, de cuatro y medio; de suerte que guardan la proporción sexquiáltera. Las basas y chapiteles de estas y de todas las columnas de los demás órdenes, porque lo digamos de una vez, son de bronce dorado a fuego, y con todo aquel primor y labores que sufren y usaron los antiguos, sin que en cosa rompan el buen orden. Las cañas de ellas son todas de jaspe, con lindo pulimento; no son todas enteras, aunque sí muchas de ellas; mas de tan finas juntas, que no es fácil de conocerse por dónde juntan. En todos los órdenes están estiradas de arriba abajo, aunque de diversa manera: unas de esquina viva, y otras con intervalos; esto es común a todas las columnas de todos cuatro órdenes. Detrás tienen sus pilastras, cuadradas, con basas y chapiteles dorados de la misma manera. En este primer orden los triglifos son dorados, y las metopas, de diversos jaspes. El grueso de las columnas, de dos pies y medio de diámetro. El alto todo, con basa y chapitel, de diez y siete y medio. Los intercolumnios que están a los dos extremos se parten en dos nichos, en el primero y segundo orden; y en ellos, los cuatro Doctores de la Iglesia, figuras vaciadas de bronce y doradas a fuego, de admirable labor, del tamaño natural, vestidos de Pontifical, con mitras y báculos. San Jerónimo, con su capelo y león, y un crucifijo de lo mismo en la mano, que es una devotísima pieza; la falta que tiene es que no se goza, porque como está en el nicho más alto del lado derecho, la sombra del arquitrabe impide se vea bien toda la figura, aunque, por ser los nichos de jaspe verde, sale bien el oro en ellos.

Los dos tableros de pincel que están al lado de la custodia, en este orden, son: El Nacimiento de nuestro Salvador, y la Adoración de los Reyes, de mano de Peregrino, como ya dije, de donde se quitaron los de Zúcaro. De la custodia hablaremos después, si supiéremos decir lo que es. El segundo orden es jónico; no hay que detenernos en él, porque es lo mismo, acudiendo cada cosa con la correspondencia mejor que pide el arte y la labor



extremada; los pedestales se añaden que son del mismo jaspe, aunque embutidos de otro verde en el cuadro, que en el de abajo; el podio sirvió de pedestal a las columnas dóricas; el friso es también de un precioso jaspe, que si estuviera donde lo gozaran las manos y la vista, se estimara en lo que merece, porque tiene un color sanguíneo extraordinario. En los intercolumnios extremos, repartidos, como los de abajo, en dos nichos de jaspe verde, están los cuatro Evangelistas, de la misma materia que los Doctores; las figuras son algo mayores que las otras, y que el natural; la labor, de igual cuidado, aunque las ropas no están tan labradas ni detenidas como las de los Doctores, porque fuera cosa perdida, pues no se habían de gozar, ni la naturaleza de la ropa común permite lo que piden las casullas, las capas y las tiaras de los Prelados vestidos de Pontifical. La historia del cuadro principal de en medio, que responde encima de la custodia, es el Martirio de San Lorenzo, de mano de Peregrino, de donde se quitó el de Federico Zúcaro, y antes se había quitado otro de Lucas Cangiaso; de suerte que son tres los que allí se han puesto, y aunque éste que ahora está, contentó mucho cuando se vió en el suelo, puesto allí no agrada tanto, y creo que ninguno de cuantos se pusieren agradara, por la mala luz que tiene, que como es de frente, reverbera en los ojos el barniz y quita la luz a lo que la pide, y dala donde no es menester; también es mucha parte para que a ninguno contente la mucha gana de que aquella sea una cosa que no haya más que pedir. Las dos historias de los lados son: Nuestro Redentor a la Columna, y cuando llevaba la Cruz a cuestas; buenas historias, del Zúcaro, y lo que más contenta de lo que aquí nos dejó, aunque en todo tiene una manera seca poco apacible. El tercero, que es el orden corintio, más delicado y más hermoso que los otros, por sus basas y chapiteles, que con las hojas hace graciosa vista, y el oro le realza mucho, aunque, como está tan alto, se goza poco. La historia de en medio es la Asunción de Nuestra Señora, del mismo Federico, y no mala, aunque tuvo necesidad de algún



Martirio de San Lorenzo. (*Peregrin de Peregrin.*)



adobo; las de los lados, son: la una, la Resurrección, y la otra, la Venida del Espíritu Santo, de mano del mismo, que creo se sufren allí porque, como están tan lejos de la vista, harán poca diferencia las que se pusiesen mejores. Aquí, en lugar de las columnas que habían de responder a las extremas de abajo, se pusieron encima de los pedestales dos pirámides de jaspe verde, porque la cornisa grande de la iglesia estorbó cupiese la columna; así, no hay nichos, mas asientan entre la distancia de los pedestales dos grandes figuras de bronce: Santiago, nuestro Patrón de España, de la mano derecha; y en la otra, San Andrés, de la misma forma de las de abajo, aunque mayores que los Evangelistas, porque tienen a siete pies y medio, y no sé si más. No parece que tienen lugar muy decente, sino que están allí como por demás, por faltar el nicho, que les da la autoridad; ni tampoco pudieron estar en los pedestales postreros, donde están las pirámides, porque pareciera se habían hecho para sustentar el vuelo de la cornisa de la iglesia, que les diera en las cabezas. El orden postrero es el que llaman compuesto, porque toma lo que le parece de los otros, aunque ya aquí no tiene más de dos columnas. Sobre ellas carga un hermoso frontispicio, sobre unos modillones o canes de bronce dorado, muy hermoso, y en él se remata todo el retablo, sin peanas ni acroteras, porque la clave del tímpano llega al arco principal de la capilla; a los lados, y como por estribos, tiene unas cartelas llanas del mismo jaspe, que arrimando en él van a rematar en los pedestales de los extremos; dentro del cuadro que hacen estas dos columnas está otra portada, con jambas y linteles del mismo jaspe, y el campo es de jaspe verde; dentro está un crucifijo de bronce dorado, con nuestra Señora y San Juan, a los lados, figuras grandes, excelentes; pocas se deben ver con quien poderlas comparar. Sobre los pedestales que responden a las columnas extremas del orden bajo están otras dos figuras, de San Pedro y San Pablo; de suerte que hay en este orden cinco estatuas de bronce dorado a fuego, de a nueve pies, y más, de alto, joyas preciosísimas, figuras



de grande arte y valentía, y que de su manera se han visto pocas, por la grande dificultad que tienen en dorarse piezas tan grandes. Son todas estas estatuas de León Leoni y de su hijo Pompeyo Leoni, entrambos artífices de mucho nombre. Dije que las primeras y más bajas, que son las de los cuatro Doctores, son del natural, seis pies, con un zócalo que se les puso, pequeño; las de los Evangelistas, de a siete; las dos de Santiago y San Andrés, cerca de ocho, y éstas, algo más de nueve; y aunque esto pareció ser necesario hacerlo así, por la disminución de la vista, miradas desde abajo o desde la mesa del altar; mas como de ordinario no se ven sino desde el coro, o desde el medio cuerpo de la iglesia, queda la composición muy fea, porque disminuyen poco menos las bajas que las altas, y parece que el retablo está al revés: lo de arriba, abajo. No hay cosa, por mucho que se mire, que no tenga algún no sé qué: tan de su cosecha tiene el hombre el errar después de aquel yerro viejo. Vese también aquí en este retablo cuán importante es la buena luz, pues con ser las columnas tan grandes y redondas, los cornisamentos de tanto vuelo, las estatuas tan crecidas, tan hermosas y tan bien doradas, todo sale poco, y desde la puerta de la iglesia y desde el coro no parece tiene relieve ninguno, sino pegado con la pared; llegándose a la mesa y plaza primera de las gradas del altar, pone admiración su grandeza, riqueza, majestad, primor, y si la luz le ayudara, fuera una de las más reales y soberbias fábricas de retablo que se hubieran visto en la Iglesia de Dios. Así, quedan muy disculpados los pintores, si aquí no han parecido mejor y de más fuerza sus obras. Tiene todo él, desde la grada del altar, y desde el podio del primer orden dórico, noventa y tres pies, de alto; de ancho son cuarenta y nueve.

#### LA CUSTODIA GRANDE

Dije que la custodia donde se guarda y adora el Santísimo Sacramento, asentaba entre las dos columnas de en medio de este primer orden dórico, y encima del

banco o podio de jaspe. Hácese en aquel espacio una portada de arco más dentro de las columnas; las pilas-tras, de jaspe verde y colorado embutidos; de ancho tiene nueve pies y medio, y diez y siete de alto, y aquí está puesto el más hermoso tabernáculo y custodia que de aquella materia creo se debe haber visto, y pues es el último fin para que se hizo toda esta Casa, templo y retablo, y cuanto aquí se ve, es bien mirarlo despacio, pues excede en hermosura, materia, labor y traza a todo lo demás. Aquí, con justa razón, antes de llegarnos más cerca, pudiéramos quitarnos el calzado, como Moisés, pues es más santo el lugar que aquel donde la zarza ardía; el que allí hablaba era ángel, aunque con veces de Dios; aquí, Dios con el ser humano junto, y el cumplimiento perfecto de aquella figura, luz de aquel fuego umbrático, pues fuego que no quema zarzas ni espinas, tan propia materia suya, ninguna más propia cosa significa que divinidad y humanidad juntas, que es lo que en esta custodia se guarda: merecía que esta fábrica fuera la misma que la que a Moisés le mostraron en el monte, original de aquel tabernáculo terreno. Dónde me llevaba ya el ardor de esta nuestra zarza; no son para aquí razones tan misteriosas. Al lado del altar mayor (empecemos por aquí), en los dos compartimientos que responden al claro de los segundos intercolumnios, están dos puertas de a tres pies y medio de ancho, que parecen puertas de la gloria; por ellas se entra a este sagrario, y por ninguna se sale, porque ninguno las atravesó que quisiese salir de buena gana. Las jambas y linteles, de un hermoso jaspe verde; las puertas, de madera de caoba, de bronce dorado y de escogidísimos jaspes. Cada cosa hace su oficio. El bronce sirve de hacer marcos y guarniciones; la caoba, de armadura, por el envés o espalda de la puerta, que ninguna cosa se ve de ella, y sólo sirve, como si dijésemos, de aforro, aunque es tan preciosa; los jaspes, más bruñidos y resplandecientes que espejos, hacen los entrepaños; sus colores son extraños, pocas veces vistos, y no sé cómo los llame; unos parecen topacios; otros, amatistas; otros, ágatas; otros, rubíes y esmeraldas, y



todo esto se diferencian por las aguas, por las vetas, venas y labores. Los compartimientos de ellos muy buenos, querría quedarse el hombre a la puerta, si no le llamasen de dentro, pues creo no se ha visto cosa semejante a ellas. Por la una y por la otra se hace su escalera de los jaspes del altar; luego, a los dos escalones, hace una mesa, y revuelve y sube otros ocho, hasta la mesa alta, que está un pie más baja que el asiento del tabernáculo; y hasta este mismo peso están las paredes todas de aquella pieza cubiertas de jaspes, con sus compartimientos de mármol blanco, y así se muestra cándida y rubicunda, colores propios del tálamo de tan soberano Esposo. El ancho de todo este sagrario está en el cuerpo de la pared metido, y es de cinco pies escasos; hácese un arco grande, porque no pierda la fortaleza; de la parte del retablo tiene una ventana, cuadrada, por donde se ve y toca la custodia de la parte de fuera, que cae sobre el patinejo y claustrillo de la Casa del Rey; tiene otra que le responde y le da luz, y los rayos del Sol, desde que nace, y allí tiene una vidriera, y luego una reja, para la seguridad, aunque el lugar es inaccesible. Por la parte de dentro, antes de la vidriera se corren unos velos de seda y de diferentes colores: verde, azul, blanco y colorado, conforme a la fiesta de la Iglesia; y como pasa el Sol por la vidriera, y de allí por el velo, toman sus rayos el mismo color, y queda toda la pieza y la custodia bañada de aquella luz, que hace unas vistas de admirable efecto, y, sin duda, se eriza el cabello de temor y reverencia viéndose allí dentro, cuando a las mañanas, echado el velo de seda colorada, queda todo como un carbunco encendido. En los cuatro lados, dos de cada parte de ventana, están cuatro historias a propósito del misterio que allí se encierra. En una se ven los hijos de Israel salir a coger aquel manjar del cielo, que no le supieron poner otro nombre a un convite tan regalado, sino el de su admiración, diciendo: *Man hu* (¿qué es esto?). De frente está el Cordero Pascual, que se comía con lechugas amargas, y báculos en las manos, a guisa de caminantes; y aunque de prisa, con todo ello

llenos de reverencia y admiración, que así lo suena la palabra original, como advertí en otra parte más despacio (1). A la otra banda está el gran Padre Abrahán, pagando y ofreciendo las décimas de la victoria a Melchisedech, Sacerdote del Altísimo, y él hace un sacrificio, que durará su rito y ceremonia sacra para siempre, porque le va a Dios sobre juramento. Enfrente de esta historia está aquel pan subcinericio que dió el ángel al profeta Elías, de tanta virtud y fuerza, que le sustentó cuarenta días de camino, hasta llegar al monte de Dios, Oreb. En lo alto, y en la vuelta que hace la bóveda, está pintado el arco del cielo, que no parece pintura, según se muestran naturales aquellos azules, verdes, rojos que se causan de los rayos del Sol, recibidos en la nube cóncava, señal más misteriosa que natural, con que nos asegura Dios no destruirá más el mundo con agua, sino que con el de su sangre ahogará todo lo que en el mundo reina. Por entre él y las nubes del contorno se descubren muchos ángeles, tan hermosos y tan bellos, que regocijan el alma. Esta fué la primera cosa que pintó, en llegando aquí, Peregrín de Peregrini; dió con ella grande gusto al Rey, nuestro Fundador, que la labró de su mano, y con cuidado, por ser la muestra. Este es el ornato de esta pieza o pedazo de cielo. La forma del tabernáculo es redonda, y de orden corintio; asienta sobre una peana o zoco de jaspes y de varias labores, compartimientos y embutidos, guarnecidos y perfilados con vetas de metal dorado. Y allí asientan ocho columnas de un jaspe singular: tiene un color sanguíneo, y unas vetas blancas, como leche, que le hermocean extremadamente; es de tanta fineza y dureza tan extraña la piedra (llamámosla con este nombre genérico jaspe, porque no le sabemos el propio), que ninguna ventaja le hace el pórfito, y él se lo hace grande en la hermosura. Ninguna herramienta ni acero (tan bien templado) se halló que pudiese domarla ni vencerla, y así se hizo a costa de diamantes, y con ellos están labradas y torneadas. Las

(1) In vita D. Hieronymi.



basas y chapiteles son del metal que hemos dicho, hechas oro, lo mismo los canes y modilloncillos y florones de la cornisa, que carga sobre las ocho columnas y rodean el cuerpo o caja redonda que hace diversos encajamientos, compartimientos, nichos y puertas, de excelente arquitectura. Las guarniciones, molduras y frontispicios, del mismo metal dorado. Tiene dos puertas abiertas: una mira al altar y al pueblo, por donde se ve la otra custodia que está dentro de ésta, y aun el vaso que tiene dentro. Otra, a la pieza de dentro, por donde se ponen y quitan los velos, y se llega al Santo Sacramento, cuando se renuevan las formas, o se lleva a los enfermos, y se saca para otras necesidades sobre el altar. Las puertas de estas dos ventanas son de cristal de roca, tan claro, que no parece hay cosa delante. En los otros intercolumnios que están cerrados se hacen cuatro nichos, con una figura de Apóstol dentro de cada uno; en los otros dos, otras dos portadas, aunque, por caer a los lados de las paredes, no hubo necesidad de abrirlas; de suerte que todo este cuerpo que rodean las ocho columnas está singularmente compartido y con extremados adornos. Remátase con una hermosísima cornisa del mismo orden corintio; los canecillos son dorados, del mismo metal; las diferencias de jaspes que hacen los tableros, arquivadas y otros miembros, son cosa bellísima y de gran primor, ni hallo término con que poder declarar algo de lo que muestran. Sobre la cornisa se hace otro podio, con otros ocho pedestales resaltados, que sirven como de peanas y remates de las columnas de abajo; encima de cada uno, una figura de Apóstol, del mismo bronce dorado; que con las cuatro que están en los nichos, son doce. Sobre este pedestal o podio asienta la cúpula, que está compartida con sus cuarterones, respondiendo a las columnas y pedestales, donde se ven también piedras de colores extraños, tan pulidas, de tanta lisura y lustre, que se lanzan por los ojos, regocijando la vista. Sobre la cúpula se levanta otra linterna pequeña, con su cupulilla, y encima la figura de nuestro Salvador, como la de sus Apóstoles. Esta es la forma y fábrica, dicha así,

como he podido, groseramente. El alto de toda ella es de diez y seis pies; el diámetro, siete y medio, y así, no hay hombre tan alto que no quepa dentro de ella descansadamente, y apenas tocará con la mano en lo alto de la cúpula, donde en un rico florón de oro está asentado un precioso topacio, del tamaño de un puño de hombre. Lo que, en suma, podemos decir de este sagrario y custodia es que no se ha visto hombre que no afirme es la más rica, bien entendida y labrada piedra que se ha visto en muchos siglos, y alaban al Señor porque quiso tener entre nosotros (gente desterrada y miserable) un aposento de las cosas que él creó, que tenga apariencia que es suyo. La invención y arquitectura es de Juan de Herrera; la labor y manos es de aquel excellentísimo escultor y lapidario Jacobo de Trezo, que para vencer la dureza de tantos y tan varios y hermosos jaspes y piedras inventó con singular ingenio tornos, ruedas, sierras y otras cien herramientas jamás vistas, que puestas en las manos de hombres toscos y vulgares, y de esos peones ordinarios, les hizo hacer con ellas efectos admirables. Tardóse en esta fábrica siete años, y si se hiciera con otro menor ingenio que el de este hombre, no se acabara en veinte, y no me alargó.

Al pie, digo, en el zoco bajo, entre las dos columnas de la ventana de adentro, tiene esta inscripción, del Doctor Arias Montano:

IESVCHRISTO SACERDOTI AC VICTIMAE PHILIPPVS II. REX. D. OPVS. IACOBI TRECI MEDIOLANENS. TOTVM HISPANO  
E LAPIDE.

La inscripción es clara, parecida a aquellas del tiempo de Cicerón y César, en que llegaron estas cosas a su punto.

#### LA CUSTODIA MENOR

Dentro de esta custodia grande se encierra otra más pequeña, y no menos preciosa, ni de menos artificio y hermosura; la forma es cuadrada; asienta sobre una pea.



na de lindas piedras y guarniciones de metal dorado, con que se hacen las labores y compartimientos. Tiene por cada frente cuatro pilastras o antas, que refuerzan las esquinas, y por la puerta principal, que responde a la ventana del altar, hace como un vestíbulo sobre cuatro columnas redondas que tienen detrás las mismas antas; los colores y las finezas y la labor de las piedras, rarísimos y de singular variedad y hermosura. La forma y orden de la arquitectura es dórica. Advirtiome un religioso amigo de la Orden de San Francisco una cosa, y quiero decirlo, por su agudeza y piedad: que siendo la custodia grande de que hemos hablado de orden corintio, dedicado a las vírgenes y hembras delicadas, y ésta de dentro, que tiene el Sacramento, de orden dórico, consagrado a los varones fuertes y deidades robustas, parece están diciendo aquello del profeta Jeremías: *Novum faciet Dominus super terram, mulier circumdabit virum*. Una cosa nueva (nunca jamás hecha, ni se hará otra vez) hará Dios sobre la tierra: una mujer rodeará al varón; encerrarle ha en sí; la custodia grande (dice) los grandes marcos de aquella Virgen, no de Corinto, sino de Judea; y la pequeña dice aquel encogimiento, o, como dice el Apóstol, exinanición del fortísimo Señor de los Ejércitos, que peleó por nosotros y venció en aquella forma humilde y deshecha al armado y fuerte, encerrando en el secreto de este divino Sacramento lo admirable de su poder y sabiduría, que jamás pudo alcanzar la serpiente antigua, que no come sino tierra. Tiene de alto esta pieza tan singular poco menos de una vara, con la peana, y de cuadrado, una tercia, y más. Los chapiteles y basas de las columnas son de oro y esmalte; también los triglifos y gotas, y las metopas, de finísimas esmeraldas. Sobre la cornisa, que es de plata dorada, se hace otra cúpula como la de la custodia grande, con linterna o fanal encima. Los pedestales que asientan sobre la cornisa son de unas piedras como viva sangre; las molduras de su basa y cornisa, de oro, y las pirámides que rematan las pilastras y columnas son de la misma piedra, guarnecidas con esmaltes de oro; las bolas que están en

las puntas de las pirámides, también de oro esmaltado; de suerte que todo lo que hace moldura y guarniciones y compartimientos es de oro esmaltado. El remate de la cupulilla o farol alto es un florón de oro, y en medio de él, como fruta, nace una esmeralda, redonda, y dentro, como clave, un finísimo topacio, con un rico asiento de oro esmaltado, aunque no es tan grande como el de la custodia mayor. Las dos puertas que responden a las de la custodia grande, que se abren y cierran, son de cristal de roca; las guarniciones, de oro; por los otros dos lados está cerrado con sus mismos jaspes finos, y los compartimientos y fajas de oro y esmaltes por la parte de dentro es lo mismo, aunque los compartimientos están más lisos.

En el pedestal de la puerta de dentro, por donde se abre y cierra cuando es menester, está esta inscripción, del mismo autor que la otra:

HVMANAE SALVTIS EFICACI PIGNORI. ASSERVANDO PHILIPPVS II. REX. D. EX VARIA IASPIDIS HISPANIC. TRICII OPVS.

En castellano suena: para guardar la prenda segura y cierta de la salud de los hombres, el Rey Felipe II dedicó (esta custodia), que es toda de varios jaspes de España, obra de Jacobo de Trezo.

Tiene gravedad, propiedad y misterio. Y es así verdad, que sacadas las esmeraldas (y no sé si los topacios de entrambas), todas las demás piedras de una y otra custodia, y del retablo, son de España; y también se han hallado en ella topacios hermosos y grandes, como se ve en el que está en Nuestra Señora de Guadalupe, que se le halló un pastor en aquella tierra. Oíle decir al mismo Jacobo de Trezo, tenía por cierto que cuantos mármoles y jaspes preciosos habían llevado los romanos a su ciudad cuando quisieron cifrar en ella todo lo precioso del mundo, eran de España; al menos los que él había alcanzado a ver todos los hallaba en ella. Dentro de esta segunda custodia está un vaso



precioso de ágata, y del tamaño de un hostiario grande, con asas y pie de oro esmaltado; el tapador o sobrecopa, de lo mismo, con un zafiro del tamaño de una bellota, por remate. Dentro de este vaso está otro de oro, y allí se guarda, como dice la inscripción, aquella rica prenda y seguridad inmensa de nuestra salud, donde Dios y los hombres, cada uno de su parte, tienen puesto el precio, el pacto y el concierto de la redención humana. Joya tan preciosa, tesoro tan infinito, no es razón que esté ni con menor reverencia ni con menos guardas y custodias. Apenas acierto a salir de este aposento, si así se sufre llamar la recámara de los regalos de Dios; y digo verdad, así ella me deje gozar lo que allí contemplo, que cuanto después de aquello miro con los ojos, me parece basto, grosero y aun feo. Vengan a verlo los que piensan que me alargo; si no dijeren que quedo corto, ténganme por hombre que no me entiendo.

Mas aun me falta mucho que correr, y quisiera acabar aquí.

#### LOS ORATORIOS REALES Y SUS ENTIERROS

A los lados de esta capilla mayor, dentro de los dos arcos grandes de ella, y encima o en el mismo peso de la primera mesa de las gradas, están los oratorios del Rey y de la Reina, y encima los bultos o figuras de las personas Reales que aquí están sepultadas; esto falta por mostrar.

De la una parte y de la otra, con mucha correspondencia, se hacen tres puertas, jaspes verdes los linteles, jambas y sobrelinteles o capirotes; lo demás es de jaspe colorado; sirven a tres apartamientos o basílicas distintas. El primero, más junto de las gradas primeras de cada lado, sirve de puerta y paso a dos tránsitos: el uno, a la sacristía; el otro, a un relicario. Los otros dos, el uno tiene un altar, donde se dicen Misas particulares a los Reyes. El otro de en medio, de estrado y oratorio, de donde las oyen y rezan y gozan de todo lo que hay y se hace en el altar mayor e iglesia. Todos tres son de finos jaspes, con sus compartimientos en suelo, paredes

y techo, que es una cúpula o media naranja, con sus cuarterones de jaspes y mármoles embutidos o chapados, tan bien labrados, y de tan gran pulimento, que son todos como unos espejos tersísimos. Luego se le ve en entrando en ellos que son cosas muy de Reyes. Las puertas son de acana, jaspe, bronce; con esta materia se hacen guarniciones, marcos, entrepaños; la clavazón por de dentro, tornillos dorados; las vidrieras de los cuarterones, cristales. De suerte que están los Reyes dentro (digámoslo así) y fuera de la capilla mayor; no se pudo trazar con mayor decencia ni grandeza. Sobre estos oratorios, que tienen por de fuera, en alto, hasta encima de su cornisa, poco menos de doce pies, y sirven como de pedestal, se levantan dos columnas grandes con dos pilastras cuadradas que les responden a los lados y hacen una capilla o tribuna, o no sé cómo me la llame, de mucho ornato y decoro, donde asientan las figuras de los Reyes. Tienen las columnas a diez y siete pies, en alto, de orden dórico, jaspes, como los del retablo; están repartidas en igual distancia, y así, dos columnas y las dos pilastras o antas hacen tres claros; basas y chapitel, del mismo metal dorado a fuego.

Las distancias o hueco de la tribuna, diez pies, hasta la pared de adentro, que responde a las columnas con pilastras de jaspe colorado, ensambladas de verde, y sus intercolumnios, de una piedra negra, que muestra modestia, grandeza, luto (lo que decimos de una parte se entienda siempre de entrambas). En la distancia de en medio que se hace entre las dos columnas, de la parte derecha del altar, que es la del Evangelio, se ven cinco estatuas o figuras de personas Reales, un poco mayores que el natural, de bronce dorado a fuego, rica y primamente obradas. La primera y principal es del nunca vendido Emperador Carlos V, tan pío como fuerte, armado con espada ceñida, la cabeza descubierta, con el manto imperial y el águila de dos cabezas labrada y asentada en él de una piedra o jaspe que con el color muestra el mismo de aquella ave real. Delante (porque están todas las figuras puestas de rodillas) tiene un sitial, con



un paño de brocado encima, todo tan al natural reme-  
dado, con sus dobleces y pliegues en aquella materia  
tan dura, que es mucho de estimar el arte, porque aun  
el manto se puede quitar, y poco menos plegar y poner  
en un arca. La Emperatriz Doña Isabel, su mujer, madre  
de nuestro Fundador, está a su lado, de la parte de  
adentro; y la Emperatriz Doña María, su hija, que hoy  
vive (guárdela nuestro Señor mil años, para bien del  
mundo), detrás de su padre, y vésele también el águila  
imperial sobre el manto; y luego, las dos hermanas del  
mismo Emperador, Reina de Francia y Reina de Hun-  
gría, detrás de su hermano. Todas de tal suerte juntas  
en este espacio de en medio, que sin impedirse ven el  
Sacramento y la Cruz que está sobre la grada del altar  
mayor, y quien se pone allí ve muy claro los rostros de  
todos cinco.

En la distancia de adentro que responde a ésta se lee  
este epitafio, entallado en los mármoles negros con letras  
de bronce dorado:

D. O. M.

CAROLO. V. ROMAN. IMPER. AVGVSTO. HOR.  
REGNORVM VTR. SICIL. ET HIERVSALEM REGI  
ARCHIDVCI. AVSTR. OPTIMO PARENTI PHI-  
LIPPVS.

FILIVS. P.

IACENT SIMVL ELISABETHA VXOR ET MARIA  
FILIA IMPERATRICES, ET LEONORA ET MARIA  
SORORES, ILLA FRANC. HAEC VNGARIAE RE-  
GINAE.

Está tan claro, que no hay que ponerlo en nuestra  
lengua. En la distancia que está más al altar y vacía,  
sin figuras, responde en el claro del intercolumnio de  
adentro esta inscripción:

*Hunc locum si quis poster. Carol. V. habitam gloriam  
rerum gestarum splendore superaveris, ipse solus occupato,  
caeteri reverenter abstinete.*



Detalle del enterramiento de Felipe II.



Quiere decir: Si alguno de los descendientes de Carlos V sobrepujare las glorias de sus hazañas, ocupe este lugar primero; los demás absténganse con reverencia.

Y luego, en el testero que está allí junto, dice otra inscripción:

*Caroli V. Roman. Imperatoris stemmata gentilitia paterna, quot locus caepit angustior, suis gradibus distincta et serie.*

Quiere decir: Estos son los blasones y armas del linaje y descendencia de parte del padre de Carlos V, Emperador Romano, no todas, sino las que cupieron en este lugar estrecho, distintas por sus grados y dignidades.

En la distancia y espacio vacío que está detrás del Emperador, a la parte de la iglesia, en el intercolumnio de dentro, dice:

*Provida posteritatis cura in liberorum nepotumque gratia atque usum relictus locus post longam annorum seriem cum debitum naturae persolverint, occupandus.*

En castellano suena así: La providencia y cuidado de los descendientes deja este lugar vacío a los hijos y nietos, después que vividos muchos años paguen la deuda natural de la muerte.

En el testero de las espaldas dice lo mismo que en el de frente de junto al retablo, porque se pretenden poner en el uno y en el otro las armas y blasones de sus padres y antepasados, hechos de los mismos jaspes y piedras, y guarnecidos de florones y ramos de bronce dorado, que harán aquello más ilustre, aunque ahora no están puestos; y en el de delante, como vimos, están los de parte del padre; y en el de las espaldas, los de parte de la madre. Encima de este orden dórico, que tiene sus triglifos dorados y las metopas de jaspes diferentes, verdes y colorados, se levanta un frontispicio con dos columnas jónicas, basas y chapiteles como las demás del retablo. En él se



hace un cuadro de finos mármoles sanguíneos, del ancho del claro de abajo donde están las figuras. En medio de él se ve en las armas imperiales un águila grande, de dos cabezas, de piedra, que imita el color aquilíneo, y en medio del pecho, agarrado con las uñas, el escudo de las Armas de Castilla y de los otros Estados de estos Reinos, con gallardos y soberbios tímbrs y penachos. Los estribos del frontispicio van a rematar en las acroteras de las pilastras que arriman al arco grande de la capilla, que tienen unas medias bolas grandes del mismo bronce dorado. El alto de este entierro (lo mismo es el del otro de enfrente) es cincuenta y tres pies, y de ancho, veintiocho. En el de la otra parte, en el espacio e intercolumnio del medio, está nuestro Fundador, el Rey Don Felipe II, con armadura, manto o capa real, en que están por toda ella el escudo de las Armas Reales: azules, rojos, blancos, y los demás colores que allí se ven, son todos los nativos de las mismas piedras: labor de mucha costa, riqueza y de singular labor, porque se puede poner y quitar toda por sus piezas, que, siendo de bronce y de piedra, tiene primor extraordinario; obra, al fin, de Reyes, y de uno que lo fué tan grande. Responde lo demás, todo sin faltar un punto, con el otro sitial y cojines donde se ponen de rodillas, la cabeza descubierta y las manos orando. Al lado derecho, y junto al mismo sitial, está la Reina Doña Ana, la cuarta y su última mujer, madre de nuestro Rey Don Felipe III, nuestro Señor, hija y nieta de Emperadores. Luego, detrás del mismo Rey, está la Reina Doña Isabel, su tercera mujer, madre de la Señora Infanta Doña Isabel. Vésele también el manto sembrado de las Armas Reales, como están en el del mismo Rey. Al lado derecho está la Reina Doña María, Princesa de Portugal, su primera mujer, madre del Príncipe Don Carlos, y el mismo Príncipe detrás de ella, puestos todos de rodillas, y de suerte que también sin estorbarse ven la Cruz de en medio del altar mayor, y desde ella se ven los cinco rostros enteros. Todo esto es obra del mismo Pompeyo Leoni, en que ha mostrado cuán bien entendié el arte de la escultura y vaciados.

Encima de las cabezas del Rey y Reinas responden las inscripciones y epitafios, como en la otra parte y por el mismo orden. El epitafio dice:

D. O. M.

PHILIPPVS II. OMNIVM HISPA. REGNOR. VTRI-  
VSQVE SICILIAE ET HIERS. REX CATHOL.  
ARCHIDVX. AVSTR. IN HAC SACRA AEDE  
QVAM A FVNDAM. EXTRVXIT SIBI. V. P.  
QVIESCVNT SIMVL ANNA, ELISABETHA, ET MA-  
RIA, VXORES CVM CAROLO PRINC. FILIO PRI-  
MOGEN.

En el lugar vacío de adelante dice así:

*Hic locus digniori inter posteros, illo qui ultro ab eo  
abstinuit, virtuti ergo asservatur, alter innumis esto.*

Que, a mi parecer (porque es menester adivinar), quiere decir: Este lugar que aquí queda vacío le guardó quien le dejó de su grado, para el que de sus descendientes fuere mejor en virtud; de otra suerte, ninguno le ocupe.

Detrás, en las espaldas, y en el otro lugar vacío, dice la inscripción así:

*Solerti liberorum studio posteris post diutina spatia,  
ad usum destinatus locus claris, quum naturae concesserint  
monumentis decorandus.*

Quiere decir: Este lugar queda aquí destinado con particular y pensado cuidado de los hijos, para que sea con sus claras memorias ilustrado, cuando después de largo espacio de vida murieren.

En los dos testeros, en el de frente y en el de las espaldas, están las armas y blasones de los padres y abuelos paternos y maternos, como en la otra parte, y la inscripción dice así:

*Filippi Regis Catholici stemmata gentilitia paterna.  
Quot locus caepit angustior suis gradibus distincta et serie.*



El otro dice lo mismo, donde se ponen las armas y los blasones del Rey, de parte de su madre, que el uno y el otro están ya declarados en el del Emperador.

En la sacristía del convento, a la parte de las ventanas, se ve en cinco cuadros al óleo, con sus guarniciones de bronce dorado, donde está claro el intento de lo que falta por poner.

También advierto que estos epitafios e inscripciones están hechos más al gusto del Rey, que tan amigo era de modestia, que no al sabor de la antigüedad. Encima de este orden se hace otro frontispicio como el de la otra parte, sin faltar punto; así, se ve ya lo que es. El escudo de las armas es diferente, de mucho mayor estima y precio, porque están las Armas Reales hechas todas de piedras con sus mismos colores nativos, buscadas para esto con cuidado, porque no entrase allí cosa que no fuese muy preciosa y de igual dureza y perpetuidad, con los mármoles y bronce dorado. Tiene tres timbres muy soberbios del mismo metal dorado; en el de en medio se ve un león con espada en la mano y corona en la cabeza, y los de los lados, en cada uno, una sierpe o dragón, que dejados otros misterios y significados que dicen los reyes de armas que tratan de esto, me parece a mí que el león con la espada significa el Rey, su justicia y fortaleza; y los dragones de los lados, la prudencia, que son tres virtudes de todo punto necesarias en los Reyes.

Porque acabemos con nuestra capilla mayor, acordaré lo que dije arriba: que debajo de la mesa del altar mayor, entre ella y una capilla redonda que está debajo de todo el suelo, se hace una pieza, que sirve de poner los cuerpos y ataúdes Reales; está repartida en tres como callejones de bóveda, y encima de unos bancos de madera se atraviesan los ataúdes, que ya dije el orden que guardan los que allí tienen. Y porque no se quede nada, digo que el techo y la bóveda de esta capilla mayor están pintados de mano de Luqueto; y quisiera yo hubiera más que mirar en esta pintura; está muy andadera, y no lo merecía, ni la historia ni el lugar, porque había

de ser de lo más acabado de la Casa. La historia es la Coronación de Nuestra Señora; y en los lados de las lunetas de las ventanas están los cuatro Profetas mayores; buenos, y bueno todo, mas había de ser muy mejor. Dicho he lo que hay en la capilla mayor, que iguala, y no sé si excede, en valor a todo el resto de la iglesia.

## DISCURSO XV

*La sacristía de este templo, sus piezas, pinturas, cajones, ornamentos y vasos santos.*



AN dificultoso será dar perfecta noticia de esta recámara Real, como de otras muchas cosas de esta Casa del Señor, que si no es viéndose, no puede la pluma darles vida, aunque más delgadamente se corte; diremos lo que pudiéremos, para que no se esconda todo. Es forzoso detenernos en el zaguán alguna cosa. Esta es una cuadro harto hermosa; su tamaño es de veinticinco pies en cuadro, bien aderezada; las paredes hasta la cornisa, donde vuelve la bóveda, están de estuque blanco, aunque hay en ellas excelentes cuadros de pinturas, de que haremos memoria en otra parte. Lo más imperfecto y ordinario que hay en ella son las toallas en que después de lavados se enjugan y limpian los ministros de la Mesa divina: sacerdotes, diáconos y acólitos; cosa que no se puede excusar. En medio de las unas y de las otras (están repartidas por sus grados, que el acólito no ha de llegar donde se limpia el sacerdote) se asentó una hermosa fuente de mármol pardo, en la banda del Oriente; sostiénese sobre unos modillones del mismo mármol, labrados, con sus estrías, y de buena gracia. La pila, que asienta sobre ellos, tiene de largo veintidós cuartas, y de ancho, cinco y media, y toda es una pieza de mármol pardo, traído dos leguas poco más de aquí, labrada con mucho pulimento, arrimada a la pared. Y encima de la misma pila se hace una fachada de mármoles y jaspes embutidos, que le dan mucha autoridad. Hace cinco ni-



chos, con sus pilastras de orden dórico, y allí se ponen ramilletes y flores; debajo de cada nicho responde un caño y grifo, por donde sale el agua por cinco cabezas de angelillos, de mármol blanco. Encima de la cornisa corre otro banco o podio, con sus pedestales resaltados, y por remates unos globos de jaspe; de suerte que queda la pila o baño adornado y hermoso y de gran autoridad. A los lados tiene dos puertas de a siete pies y medio, también del mismo mármol pardo, jambas, linteles y sobrelinteles y capirotes. Y encima de todo esto, como dije, hermosos cuadros de pintura, porque no hay cosa vacía. Por los otros tres lados de la cuadra tiene tres puertas grandes: una por donde se entra y sale a la iglesia; otra, que le responde de frente para la sacristía, y otra, que sale al claustro grande; tiene a diez y seis pies de alto, jambas y linteles enteros y de una pieza; lo demás de estos lados está adornado con asientos y respaldares de nogal, bien labrados, y sirven también de cajones para las sobrepellices y roquetes de los acólitos, y otros menesteres de aquella oficina santa. El suelo, como todo lo demás, de mármol, con sus compartimientos. El techo y la bóveda, desde la cornisa arriba, está pintada de grotescos alegres. Por el cuadro de en medio, que se finge cielo abierto, con sus nubes y arreboles, se ve venir un ángel, volando, con una toalla y una fuente, para dar agua a manos a los sacerdotes que han de consagrar en ellas el Cuerpo Santísimo de su Señor y Rey. Por que se entienda también que para llegar a tan alto ministerio no se pide menos que limpieza de ángeles. Y si para que por los labios de Isaías saliesen las palabras divinas fué menester que un serafín los purificase con fuego del cielo, qué agua ha de ser aquella que lave las manos que convierten el pan en el mismo Dios; y cuando los sacerdotes alzan allí los ojos, echen de ver la grandeza de su dignidad, pues bajan tan alegres los ángeles a servirles agua a manos. De esto han de servir principalmente las pinturas, más que de adornar las paredes; quédese lo demás que aquí hay para otro lugar. En entrando por la puerta de la sacristía,





Panteón de los Reyes.



parece que se ensancha el corazón viendo una pieza tan grande, tan clara, tan hermosa, tan llena de variedad de cosas divinas, tanta compostura, riqueza, limpieza, aseo, de más que humanas manos y diligencia, y luego se le echa de ver que es puramente recámara de la Casa de Dios. Cada día entro en ella, y me visto y digo Misa, y cada día se me hace nueva y despierta mi tibieza, y me abre los ojos, para que piense lo que voy a hacer. Vayámosla considerando poco a poco, porque así, a bulto, no hace más que embebecer la vista y el alma. Tiene de largo la pieza, desde la puerta al altar de frente, ciento ocho pies; de ancho, veintinueve o treinta. Sus ventanas, altas y bajas, miran a Oriente; creo son entre todas diez y ocho, aunque las bajas, como veremos, no están todas abiertas; a la una y otra parte, desde la cornisa abajo, que es de piedra y corre por toda la pieza, grande variedad de hermosísima pintura, cuadros al óleo de grandes maestros, y de todo género, antiguo y nuevo, aunque todas de singular piedad y devoción. En el altar que digo está de frente de la puerta está aquel Crucifijo antiguo, del tamaño del natural, que dije arriba había copiado nuestro Mudo; singular pintura, y tan bien entendido, que merece el lugar que tiene. Fingió el maestro un dosel de carmesí, detrás, que hace salga mucho la figura, y creo que está tomada del natural, según la gran propiedad que muestra. A los lados tiene a Nuestra Señora y San Juan, los rostros coloridos y de vivo sentimiento, harto buenas cabezas, y el vestido y toda la ropa parece de claro y obscuro, todo blanco, y las figuras, de excelente planta y movimiento, y todo el cuadro bien guarnecido. Hago memoria de sola esta pintura, en la sacristía, porque sirve de retablo y de altar firme. Y en los Capítulos no hice tampoco memoria de los que hay allí, mas de solos los retablos y del grutesco, porque las otras todas las guardo para un discurso particular; son tantas, que no nos dejarían salir de las piezas, si nos detuviésemos en cada una, y en especial en esta sacristía, donde hay más que en otras piezas, y todas dignas de advertencia.



Lo alto de la cornisa, arriba, está pintado, como el zaguán, del mismo orden de grutescos. Las fajas que van haciendo los compartimientos y divisiones se fingen de piedras de diversos colores, rubíes, esmeraldas y diamantes, con tanto relieve imitadas, que engañan la vista. Lo demás, unos artesones y follajes, florones y pateras, todo tan bien fingido y relevado, que se engañan más de cuatro, pensando que tienen bulto y cuerpo. Lo que corre por dentro de las fajas, son grutescos, varias figurillas de animales y hombres; todo hace una labor nueva, graciosa y alegre.

En el frontispicio, y al lado del altar o retablo, están acompañando otras dos puertas menores, y responden a otras dos que acompañan la puerta por donde entramos, y ninguna es ociosa, todas tienen oficio: en la una están los incensarios y navetas y candeleros o ciriales grandes, de plata, que llevan los acólitos en los días comunes; en la otra, los platos en que se sirven las ampollas en el altar; éstas son de vidrio, y ellos, de plata; aquéllas, por la limpieza, y éstos, por la majestad, y en cada uno también una bujía o palmaria, de plata, en que llevan lumbré, cuando el sacerdote va al altar, porque no tenga que estar aguardando, y para que los cortos de vista, o los que madrugan mucho, puedan acomodar la luz como quisieren. Las otras dos puertas de frente de éstas sirven para entrar a otras piezas de la sacristía, como luego veremos. Esto toca así, en común, a la disposición de la fábrica de esta pieza; diremos de sus adornos y menesteres.

#### CAJONES

A la mano derecha, como entramos, están unos cajones que ocupan toda aquella banda de cabo a cabo. Son de las mismas maderas de las sillas del coro, y no sé si mejor labrados: acana, caoba, ébano, cedro, terebinto, boj y nogal. Hácese lo primero una mesa muy ancha en ellos, donde se ponen los ornamentos que han de servir aquel día, casullas, dalmáticas, capas, que, como son tantas y se mudan conforme a la variedad de las festi-

vidades, casi cada día está con nueva librea aderezada. Debajo de ella están siete divisiones de cajones, partidos, con sus pilastras, y en cada uno cuatro navetas, tan grandes, que cabe tendida toda una capa, sin ningún doblez, que muchas, y las más que aquí se ponen, no lo sufren. El suelo de éstas es de cedro, por la incorruptibilidad y limpieza; y así no se ha visto que alguna de estas tablas críe polilla. Tiene cada una cuatro tiradores dorados, y son bien menester para sacar las navetas, por el peso y por la grandeza. Los frentes, con muchas molduras y ensamblajes, que les dan mucho adorno. Sobre esta mesa, dejando en ella un espacio tan ancho cuanto es menester para lo que hemos dicho, asienta otro orden de cajones, con puertas, haciendo una fachada de columnas de orden corintio, estiradas con sus arquitrabes y canes o modilloncillos para el vuelo de la corona; todo de estas mismas maderas, que dan grande majestad a los cajones y a toda la pieza. En las navetas largas y cajones que están debajo de la mesa están las casullas, dalmáticas, capas, paños de facistol, albas y las demás sacras vestimentas, no todas, sino las más preciosas y que no sufren menor guarda y aseo, y en los cajones altos están los cordones de las dalmáticas, colgados y con sus fundas, que son tantos y tan preciosos que hubieron bien menester todo este aposento. Al otro lado frontero están otros cuatro cajones embebidos en cuatro huecos de las ventanas, de nueve que allí hay en el orden bajo, también de las mismas maderas, aunque de muy diferente hechura: de la mesa abajo son navetas; de allí arriba, como puertas de ventanas, de buenos compartimientos; cerradas hacen una vista graciosa; abiertas, mucho más de ver. Sirven de tener allí los cálices, los corporales con sus fundas y bolsas y paños de seda con que se cubren en los altares, y los pañuelos de cada religioso con que se enjuga las lágrimas de los ojos en el altar, con el nombre de cada uno en su cajoncillo distinto; porque no sólo se mudan en las fiestas y en el discurso de las solemnidades los ornamentos y sus colores, sino los corporales y paños, y aun los misales,



porque todo represente lo mismo que se está celebrando, y son menester tantos cajones donde esté puesto todo con distinción y policía. Y no le parezca a nadie esto superfluo, pues no hay hidalgo tan ordinario que no quiera que los lienzos y los vasos propios de que se sirve no tengan en su casa lugar propio y aseado, y maravillo-me de quien dice que es esto demasía, pues comparado con la vana y perdida curiosidad de sus trajes y diferencias de vestidos, marquesotas, lechuguillas y valonas y volones, y otras cien invenciones, no es nada el calendario que la iglesia tiene, y si hubiese de hacer minuta de las novedades que cada día sacan, faltaría papel y tiempo; y no hablo aquí de las mujeres y de sus disparates en cosa de trajes y aderezo, que no se puede tomar ningún orden ni discurso en ellos. No les haga, pues, maravilla que para los altares de Dios, y para celebrar tantas memorias como nos dejó con su vida y con las de sus santos, y para tan inefable misterio como el de su cuerpo y de su sangre, se vean aquí tantos ornamentos, cajones y mudas de paños y de colores, y que pusiese tanto cuidado en dejarlo así un Rey tan pío y tan poderoso, que sé yo ha muchos años que traía el jubón y las calzas con más de un remiendo; pretendía, sin duda, con el descuido de esto, y con el cuidado grande de aquello, lo primero, servir a su Rey y Señor, y después, despertar nuestra tibieza, para que aprendiésemos en qué se habían de ocupar nuestras curiosidades y diligencias.

Con esta consideración misma voy dando cuenta de la hermosura y riqueza de esta sacristía, que podría haber otras como ella en España, si alguna parte de lo que se gasta en vanidad de fiestas, saraos y banquetes superfluos y perdidos, y otros vicios más feos, se emplease en la reverencia, culto y servicio que deben al que los compró con su sangre. Vergüenza grande de las iglesias de España, y más particularmente de Castilla, donde están los altares y ornamentos de ellas de tal suerte que pone asco entrar en ellas, cuanto más consagrar allí el Cuerpo de Jesucristo. No reprenda nadie la curiosidad del Rey Don Felipe, sino miren su descuido, y sepan

que todo cuanto hizo es poco en respecto de lo que debe hacerse. Aquí también me dejaba yo llevar del celo de entrambos Reyes, del temporal y el eterno; quiero tornar a mostrar mi sacristía, si hubiere alguno que quisiere verla.

#### ORNAMENTOS Y SUS COLORES PARA LOS TRES ALTARES PRINCIPALES

Descendiendo a los particulares de otros muchos cajones fuera de éstos, y a otros aposentos de esta santa oficina, será menester hacer un rato de maestro de ceremonias, y de sacristán, y advertir que la Iglesia en sus divinos Oficios no admite, indiferentemente, cualesquier colores, ni se viste, acaso, de las mezclas de ellos, sino de los que tienen particular significación con el misterio que trata; así, tiene señalados cinco colores: blanco, colorado, verde, morado o violado y negro. El color amarillo, que se esmera y realza en el oro como un adorno de riqueza, o, digámoslo así, símbolo de divinidad, se mezcla y entremete en todos. No quiero tampoco filosofar ahora sobre la naturaleza de estos colores, ni divertirme en otras curiosidades o primores que aquí pudieran ingerirse, y no viene bien con esta relación apresurada. Conforme, pues, a estos colores, están hechos todos los ornamentos y composturas de este templo. Comenzando, pues, por el altar mayor y los dos de los relicarios que ya he nombrado por veces, digo que para cada uno hay cincuenta mudas de ornamentos, y es cada una muda, si la contamos entera, casulla, capa, dalmáticas, frontales, frontaleras, paños de facistol y manga de cruz. En lo de las capas no son iguales las mudas, que unas tienen más, otras menos, y en estos que llamo altares de reliquias, tampoco hay dalmáticas. Y porque a ninguno parezca que me alargo, las resumiré brevemente todas.

#### ORNAMENTOS BLANCOS Y AMARILLOS

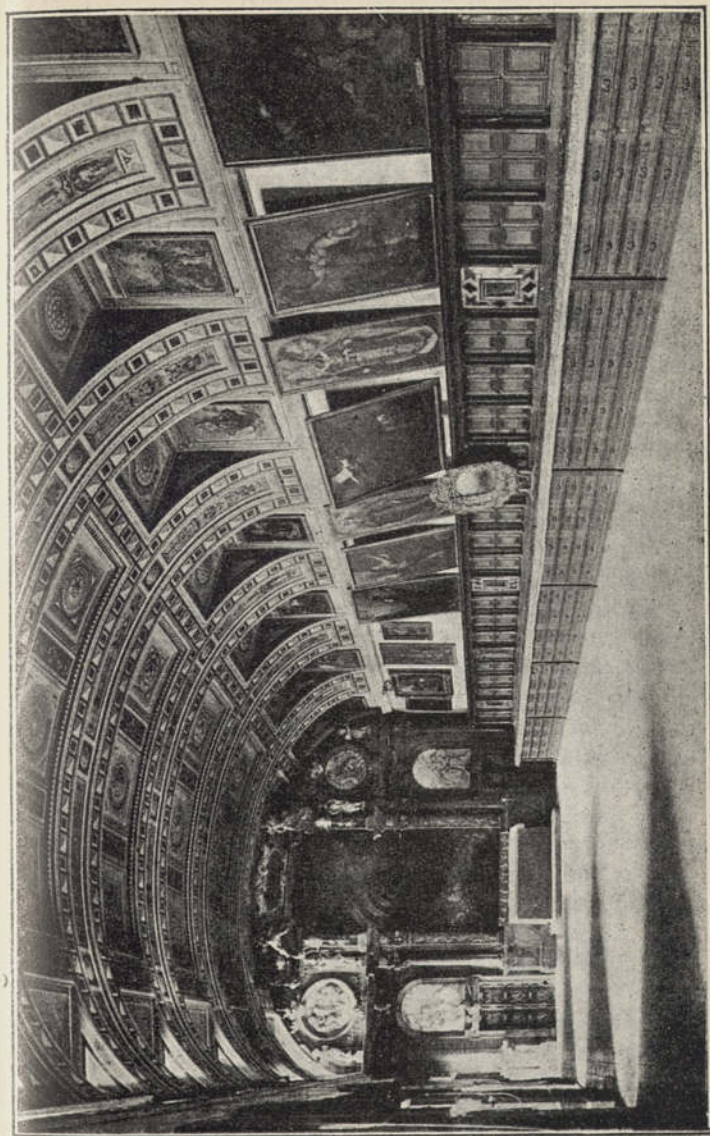
De blanco, con algún adorno de amarillo, que es para las fiestas de nuestro Señor y de sus santos Confesores



y de las santas mujeres que ni fueron vírgenes ni mártires, como la Magdalena, Santa Ana, Santa Paula y otras, hay doce ternos: cuatro de tela de oro y plata, frisado el campo, el uno con cenefas de oro matizado, historiada la vida de nuestro Señor, por extremo excelente y de primor grande, porque no parece puede llegar el pincel ni los colores donde llegó la aguja y la seda que va matizando el oro. Dicen que esta manera de bordadura sobre los hilos de oro es invención de España, nacida en Ciudad Rodrigo. Hay en este ornamento poco menos de cien historias, sin otros primores de grandeza e ingenio. Hay otro de matiz de relieve y de canutillo y perlas, una manera nueva de bordado por extremo hermosa, y aunque hace más admiración que la primera, no es de tanto arte ni de tanta dura. Éste se llama y sirve en las fiestas de San Juan Bautista y de San Jerónimo, nuestro Patrón. Los otros dos son de bordaduras excelentes. Otro de raso blanco tejido con oro y bordadas las cenefas sobre tela de plata. Otro de tela de plata, lisa, y las cenefas de lazos de Milán de oro. Otro de terciopelo blanco con cenefas bordadas de oro. Otro de raso blanco con cenefas bordadas sobre terciopelo amarillo. Y sin éstos, otros cuatro de terciopelo, damasco, marañas, con diversas cenefas, que no hay que menudear.

#### ORNAMENTOS TODOS BLANCOS

De blanco todo, sin que se le mezcle otro color, para las fiestas de la infancia de nuestro Salvador y de su Madre la Virgen Santísima, y de sus hermosas damas y doncellas, esposas del Cordero, y para las fiestas de los ángeles, y consagración y dedicación de ésta y de otras iglesias, hay otros ocho ornamentos. Uno de tela de oro y plata frisada, con cenefas de oro matizado e historias de toda la infancia de nuestro Señor, igual la labor y riqueza al primero que dijimos, porque estos dos abrazan con sus historias toda la vida de Jesucristo y la de su Santísima Madre, y así son las dos joyas más preciosas que hay en esta sacristía, y no sé si en toda la



Sacristía.



iglesia de Europa. Otro también de tela de oro y plata frisada, con cenefas también bordadas galanamente. Otro de tela de plata frisada, con cenefas también de tela de plata frisada a manera de brocado labrado, que se hizo así, a posta, en los telares para cada altar y para cada casulla, dalmática y capa y todo lo demás, hasta los collares. Otro de lo mismo, con las cenefas de lazos de Milán, en hilos de plata. Otro de damasco blanco cefalucó, con cenefas bordadas sobre terciopelo. Otros dos de damasco, con cenefas de brocatel y bordados, y otro de maraña blanca y brocatel. Estos son los ornamentos blancos de estos tres altares.

#### ORNAMENTOS COLORADOS

Entra el segundo orden de colorado, que quiere la Iglesia nos signifique el encendido amor de Dios para con los hombres, y el de los hombres con él, nacido de su santo espíritu; y también la Cruz, rociada de la roja sangre del Cordero, y la que en testimonio de su virtud derramaron los Apóstoles y Mártires. Así, sirven para estas festividades otros doce ornamentos, conformes a la solemnidad. El primero es un terno de raso carmesí, el campo todo bordado con torzales de oro y plata. Las cenefas, de terciopelo carmesí, que sirve de asiento para el oro, plata y piedras preciosas, y turquesas finísimas, obra también pocas veces vista, galana, de primor y majestad. Y no es mucho, pues el Espíritu Santo nos llena de sus dones y su gracia, que el menor no tiene todo el mundo con qué pagarle, que los reyes poderosos le consagren este ornamento para la gloria de su fiesta. Hay otro que sirve a la fiesta del Patrón de la Casa, San Lorenzo, de tela de oro y carmesí frisado, con cenefas de chapería de oro y plata. Y en verdad que aunque es tan rico, que le merece mejor el dueño. Otro de tela de oro y carmesí lisa y labrada, con cenefas bordadas de oro sobre terciopelo carmesí, para la fiesta de los Príncipes de los Apóstoles. Otros dos de tela de oro carmesí frisado, con cenefas de otras diferencias. Otro de terciopelo



pelo carmesí labrado, con cenefas bordadas de hojas de oro. Y otro de lo mismo, con cenefas de brocado labrado en telar a posta, como dijimos de los blancos, que fué una invención provechosa y de mucha gracia. Otro del mismo terciopelo liso y cenefas de tela de oro frisada. Otro de damasco carmesí, y otro de maraña carmesí, con diversas cenefas. Y porque las santas vírgenes y mártires mezclaron con la blancura de su pureza el rojo de su santa sangre, fué menester hacerles otros dos ornamentos que dijese esto, aunque hermosos, no tan ricos como merecen vidas y muertes tan admirables: uno de brocatel carmesí y blanco, con cenefas bordadas sobre terciopelo carmesí, y otro de damasco carmesí y blanco zafaluco y cenefas de brocatel carmesí.

#### ORNAMENTOS DE COLOR VERDE

El color verde sirve en las Dominicas y Ferias que nos dan particular razón de la esperanza cristiana, y de verse en las ferias y descanso de la vida eterna, significada por el día octavo, que es el domingo. Es verdad que los antiguos hicieron diferencia en el color verde, porque el claro confiesan que significa esperanza, mas el obscuro desesperación y tristeza, y así lo pusieron en el remate de los cirios que llevan las exequias de los difuntos, porque los antiguos ponían sobre trozos de árboles cortados verdes las lumbres de sus difuntos, con que significaban la esperanza muerta, y el Petrarca lo tocó en sus versos. La Iglesia usa indiferentemente del verde, ora sea obscuro, ora claro, porque de ningún hijo tiene perdida la esperanza mientras vive. Y así significa con él que ahora siembran con el sudor de su rostro lo que esperan coger con alegría. De este color no hay más de cinco ornamentos o ternos, como los llaman nuestros sacristanes. Uno, y el más principal, de brocado verde, con cenefas de oro matizado, harto hermoso y de excelente labor, que poco menos quiere competir con los mejores, porque tiene ricas historias, aunque no tiene tantas capas ni frontales, ni otras cosas de adorno y

cumplimiento. Sirve en muchas Misas nuevas, que de ordinario se cantan en estas Dominicas. Otros dos de terciopelo verde, con cenefas de tela de oro y verde, harto hermosas. Otro de damasco verde, y otro de esta-meña o maraña; que como estas solemnidades son tan iguales y ordinarias, no hubo razón de más variedad.

#### ORNAMENTOS DE COLOR MORADO

El color morado o violado de que usa la Iglesia en el Adviento, Cuaresma, Cuatro Témperas y Vigilias, no nos muestran clara la razón de su uso, porque este color es el que más se parece a la púrpura antigua, tanto, que algunos quieren que sea ella. Aunque sin duda en la Santa Escritura la púrpura es el fino carmesí, que el hebreo llama argamán, distinto de lo que en latín se dice cocus o murex, que tira más a violado, y a esto llama la Escritura coco bistinto, y nosotros lo solemos llamar grana y púrpura, y es la razón de estas diferencias que las conchas (llamadas múrices) de que se hacía, en unos mares tenían el color como carmesí, y en otros más cubierto, menos rojo, o el rojo tan subido, que tiraba al color que se ve en los finos claveles y en cierta parte de la violeta, que tira a morada, y así unos lo llamaron purpúreo, y otros puníceo, como lo advirtió doctamente Vitruvio (1). Y quien quisiere ver mucho de esto, lea a Filandro, que lo trata con erudición.

De aquí parece que por usar los Emperadores y Reyes de estas dos diferencias de colores, traídos de varias partes, se llaman purpúreas las ropas violadas o carmesinas. Y porque en estas diferencias de fiestas, Adviento y Cuaresma, celebra la Iglesia, la venida de su Rey al mundo o el discurso de su predicación y milagros, en que se mostró Maestro y Señor y Emperador de todo lo creado, usa del color purpúreo y violado. De esto no hay más de seis ornamentos: uno de tela de oro y altos de terciopelo morado, con cenefas bordadas sobre terciopelo morado,

(1) Lib. VII, c. XIII *ibid.* Filandrus.



que sirve para aquel día en que como tan cierto de la victoria entró como triunfador el Rey Eterno en la ciudad de Jerusalén, y le salieron a recibir con ramos. Y para significar que la pelea había de ser con armas de paciencia, humildad y sufrimiento, entró a caballo en un asno. Hay otros de terciopelo morado, con cenefas bordadas de tela de oro y plata, sobre terciopelo morado; y otros dos del mismo terciopelo, con cenefas de tela de oro, unas bordadas, y otras lisas. Y los otros dos son, el uno, de damasco, y el otro, de maraña, con diversas cenefas.

#### ORNAMENTOS DE COLOR NEGRO

Del color negro usa la Iglesia por nuestros pecados, que es la primera y total razón del luto y tristeza; por ellos entró la muerte, la tiniebla y toda la falta de luz, de que este color está tan apartado. Así sirve para el día que el uno y otro Sol se obscurecieron, que fué el Viernes de la Cruz, y en todos los Oficios de los Difuntos, en que quiere la Iglesia que nos entristezcamos, no como los que no tienen esperanza de vida eterna, porque carecen de fe, que así lo advierte San Pablo, sino como los que consideran la razón de aquella muerte, y la temen, y están cuidadosos no se esté aún en ellos viva, porque de la primera muerte no se caiga en la segunda. De estos ornamentos hay ocho o nueve: el principal es de tela de oro, rizada, con perfiles gruesos de terciopelo negro. Las cenefas son de oro matizado, en que, si no las conté mal, hay más de setenta historias de la vida y admirable paciencia del Santo Job, que tan claro ejemplo de fe y de esperanza dejó en el mundo; de la resurrección de los muertos, tan acabadas y de tanto primor, que podemos ponerlas a la iguala con los más aventajados ornamentos que hemos dicho. Sirve para el día de la memoria general que hace la Iglesia de sus Difuntos, y para las memorias y aniversarios del Emperador Don Carlos y de nuestro Fundador, el Rey Don Felipe, su hijo. Tras éste hay otro de tela de oro y negro, lisa, y labrada con cenefas de brocado. Otro de tela de oro y negro, variada, con

cenefas de otra tela de oro, frisada. Otro de damasco negro, y cenefas de terciopelo negro. Otro de tela de plata, frisada, con perfiles de terciopelo negro, y cenefas de chapería de plata, con embutidos de mucho relieve, de gran hermosura y riqueza. Sirve a los aniversarios de la Emperatriz y Reina Doña Ana. Otro de terciopelo negro, labrado, con cenefas de tela de plata, frisada, para las otras Reinas. Otro de lo mismo, con cenefas de carmesí, bordadas, que sirve para los entierros de los frailes. Que si se cuentan bien, son todas cincuenta mudas para solos estos tres altares, el mayor y los dos de las reliquias, que se mejoran siempre a todos los de la iglesia.

#### ORNAMENTOS PARA LOS ALTARES COMUNES

Los dos altares (que, como dije, son cuarenta en el cuerpo de la iglesia, y contándolos todos, en lo alto y bajo, son cincuenta y dos) tienen estos mismos colores, y se mudan cuando estos tres se mudan, y siguen el mismo color: Para ellos hay venticuatro diferencias y mudas. Las tres son de brocado: blanco y amarillo, uno; blanco todo, otro, y el tercero, colorado. Otras son de terciopelo; otras, de raso; otras, de damasco, y las ínfimas y ordinarias, y maraña, las más tienen cenefas bordadas, o son de telas preciosas. Digo así a bulto esto, por no cansar al lector, y de lo dicho podrá conocer la excelencia y el primor que hay en todo.

Las casullas que hay para todos los altares de esta iglesia, sin particularizarse más en materia ni en colores ni labor, pues se entenderá de lo dicho, pasan de mil doscientas, pues para el altar mayor sólo hay cincuenta y seis; en los altares de las reliquias, para cada uno, cincuenta; en las mudas de todos los demás altares, novecientas sesenta. Sin éstas, para otros altares de la Casa, como el de la enfermería, celda del Prior, Crucifijo del coro y capilla del Sitio, hay ciento treinta y nueve, que hacen el número dicho. Las capas de brocado y otras sedas y telas llegan a doscientas trece, de todos colores, blancas, amarillas, coloradas, verdes, moradas y negras.



Las mangas de la Cruz son veintisiete, porque algunas sirven a dos ornamentos, y no todas las fiestas tienen procesiones propias en nuestro rezo romano.

Fuera de esto que hemos dicho de cosa de brocados y sedas que tocan a los ornamentos, queda en las cosas de lienzo otro número ni de menor riqueza en su género, ni de menor policía. Albas para sacerdotes, diáconos y subdiáconos, en mucha cantidad. Roquetes y sobrepellices, sábanas de altares, amitos, pañizuelos, cornijales, unos de holandas finísimas, con quien no se puede comparar aquel lino de Egipto, tan estimado, que en la Sagrada Escritura se llama biso; otros de ruanes, calicud, cambrai, linos primísimos, y otros muchos géneros que no les sé yo los nombres. Sobre todo una grande copia de corporales e hijuelas, o parvas, paliás, fruteros y paliás grandes de hermosísimas labores, y matices de oro y plata y seda, y tantas diferencias de randas y cortaduras, y sobre posados, o no sé cómo se llaman, ni pienso que hay vocabulario donde quepan los nombres que cada día inventan, y las obras que de esto sacan las mujeres, y de todo esto gran número. Y lo mismo diré de los velos y cendales y paños para hombros y portapaces, con tantos colores y maneras de tejidos, randas y guarniciones y flocaduras, que en sólo esto hay mucho que ver. Así osaré afirmar que no se ha visto muchos siglos ha en la Iglesia Romana tan lucido, tan rico ni tan copioso adorno para las cosas del altar y culto divino, aunque entre en ello aquel que se celebra tanto del Emperador Carlomagno, en la iglesia de Aquisgrán, de quien afirma Hygmaro en su vida, y Sigiberto (1), que era tanto el adorno de vasos y vestimentos, que aun los ministros que tenían cuidado de las puertas, que es el ínfimo lugar de los grados eclesiásticos, tenían sus vestiduras santas propias para aquel ministerio. No me admira tanto esto como lo que oí relatar a los Abades de la Orden de San Benito, aquí, en esta Casa, que un Rey de Castilla, que entonces eran harto pobres, había de-

(1) Sigib. ann. 795.

jado en el Monasterio (no me acuerdo bien si dijeron de Oña o San Millán) trescientas capas de brocado, y con esto añadieron luego, que no se me olvidó, que de todas ellas apenas había ahora un manípulo; tanta es la mudanza de los siglos aun no muy largos. En una sola cosa pudiéramos decir que nuestro Fundador no había igualado el peso de la grandeza que se ve en todo lo demás de esta Casa, y es en haber dejado pocas cosas de plata, y menos de oro, y es así; mas hízolo con la consideración y acuerdo que en todo procedía, como quien conocía las vueltas que dan las cosas humanas. Cuán codiciadas son estas riquezas, hundirse, y qué fáciles de acabarse, transportarse, perderse. Diré verdaderamente lo que hay, por que nadie sospeche disimulo en esta parte, o encubro algún gran tesoro.

Hay de esto lo muy preciso y forzoso, y lo que no se pudo excusar, so pena de parecer pobreza o miseria. Todo tiene su día y su oficio, sin haber cosa superflua ni sobrada. De oro hay un solo cáliz, no grande, sino algo menor que los ordinarios que aquí tenemos de plata, de buena hechura y esmaltes, con que celebra el Prior los días más solemnes. Una custodia, que lleva también el Prior en las manos el día del Santo Sacramento, y en otras procesiones que se hacen con él. Es del tamaño del cáliz, poco más o menos. Dos portapaces, aunque diferentes, entrambas de buena forma: la una tiene esmeraldas, la otra no tiene sino una labor no muy prima. Un pectoral, que lleva al cuello el Prior en estas mismas fiestas, que tiene algunas perlas y piedras muy finas, y de cuento. No sé que haya otra pieza de oro en la sacristía. Lo que hay en los relicarios es cosa por sí; trataremos luego de ellos. De plata hay buen servicio, mas no hay nada sobrado. Los altares dije que tenían todos cruces y candeleros de plata, que se ven en ellos cada día, porque las fiestas principales se ponen los de bronce dorado, que tienen más majestad. Para el altar mayor y los dos de las reliquias hay, fuera de esto ordinario, un servicio de tres cruces grandes, doradas y bien labradas, y seis candeleros grandes, para el altar mayor;



y para los otros dos, cuatro en cada uno, también de plata dorada y bien labrada: sirven en los días más solemnes, y tienen para las credencias, no sé si tres o cuatro fuentes de plata; vinajeras o ampollas grandes, y acetres, y algunas de estas piezas bien labradas, y variadas del natural mil sabandijas, como culebras, lagar-tezinas, cigarras, ranas, que cada vez que las veo se me vienen a la memoria aquellos versos de nuestro Español, que a este propósito dijo: *Inserta phialae Mentoris manu ductae, lacerta vivit, et timetur argentum* (1). En el acetre del agua bendita está una rana, tan propiamente tomada del natural, que le cuadra aquello que el mismo dijo: *Artis Phidiacae toreuma clarum: Pisces aspicias, adde aquam, natabunt* (2); para cuando alzan el Santísimo Sacramento, en las fiestas principales, se ponen ciriales largos, de plata: y sin éstos, para la Misa Mayor, tres diferencias de ellos, los cuatro dorados y bien labrados, para días principales, los otros, ordinarios. Para los aniversarios del Emperador y de nuestro Fundador hay un servicio de ébano, candeleros de asiento para el altar y altares de reliquias grandes y bien labrados, con cartelas y bordes, y otros primores, de bronce dorado, que es una cosa de mucho primor, y de muchas piezas, hasta las ampollas y facistoles, de lo mismo. Otro tanto servicio del mismo ébano, guarnecido de plata, hay para las memorias y aniversarios de la Emperatriz y Reina Doña Ana, que son piezas de estima, y vienen tan parecidos con los ornamentos, que no se pudo poner esto mejor ni más acertado, y de lo bueno que hay que ver en la sacristía.

Las lámparas de la iglesia ya se ve no son más de seis: la que está delante del altar mayor es de buena hechura y labor. Otras piezas de plata debe haber de que yo no me acuerdo. Los cálices creo son treinta y nueve o cuarenta, que como los ofrece Su Majestad el día de los Reyes, dando cada año el suyo, habrán llegado a este número con los que nuestro Patrón, Señor y Rey, que

[ (1) Mar., lib. V, c. LXXXVIII. (2) Mar., lib. V, c. LXXXII.

hoy vive, Felipe III, ha enviado, continuando la piedad y los favores del padre a las cosas del culto divino. Y si me dijere alguno cómo se pudo allegar, juntar y perfeccionar tanto número de cosas tan varias, curiosas, detenidas y que piden un siglo entero para darles asiento, respondo que entre otras mercedes del cielo que recibí el Fundador para llegar al cabo de esta fábrica, fué darle ministros que con tanto ingenio y cuidado ejecutasen sus intentos. Entre los demás que he nombrado para las cosas de la fábrica, para lo que toca a sus adornos, que son de tanta grandeza como vemos, le dió a su Guardajoyas, Antonio Voto, que con suma diligencia, fidelidad e ingenio lo previno todo. Y como asistió desde sus fundamentos hasta hoy a todo cuanto en este género se ve en esta Casa, podemos decir que se le debe cuanto hay en la sacristía que hemos pintado, así de ornamentos, y plata, y pintura, como de libros y relicarios y otras cien joyas; porque en las cosas de este jaez no basta que los Reyes las quieran y las manden, si los ministros se hacen sordos o emperezan, o no tienen voluntad. No quiero detenerme en contar los aposentos y piezas y cumplimientos que tiene esta santa oficina, por no cansar al lector, ni parezca que hago inventario de sus bienes. Aun cuando se mira, confunde y cansa; ¡qué habrá leído atropellado y confuso!

## DISCURSO XVI

*Los relicarios de este templo, el número y nombre de sus reliquias y otros preciosos adornos.*



tenía de hacer un libro grande de lo que promete este discurso, o proceder como en el pasado; excusado es lo primero, y así como forzoso lo segundo, y de tal suerte, que ya que no se vea muy distinto, se comprenda la idea de lo que pudiera particularizarse. Algunas veces he hecho memoria de estos relicarios, dicho que están en los testeros o frentes de las dos segundas naves colaterales a la pri-



mera, que se ve desde las rejas y puertas de los patinejos, que están en el hueco de dos altares grandes, el uno de Nuestra Señora, el otro de nuestro Patrón San Jerónimo, que se cierran por la parte de la iglesia con las puertas que sirven de retablo, y por las espaldas con otras muy grandes, de caoba y acana, y por allí se ponen, quitan, aderezan y limpian.

Hasta aquí está dicho; falta veamos lo precioso, y lo de dentro.

En abriéndose las puertas y corridos los velos de seda que tienen delante, se descubre el cielo. Vense por sus hileras y gradas, unas más adentro, otras más afuera, vasos muy hermosos de artificio y de precio; parte de oro, otros de plata, piedras singulares, cristales, vidrios cristalinos y otros metales dorados, que todo junto reverbera y deslumbra los ojos, enardece el alma y pone en ella juntamente amor y reverencia, que hace luego, como naturalmente o sobrenatural, que es lo más cierto, inclinar la rodilla, derribar el cuerpo hasta la tierra. No sé por dónde entre, ni por dónde salga, en tanta copia de celestiales tesoros; decir en particular de cada reliquia o relicario, aunque no haga sino como una letanía de ellas, negocio largo; si las emburujo y envuelvo en una universalidad, hago agravio a ellas, y a los que desean saber lo que aquí se halla. El remedio será echar por medio; ni callarlas, ni decirlas: decirlas por sus géneros, y callarlas en particular, excepto algunas, que no se podían disimular tanto, por su estima, reverencia, grandeza, y todo de paso, con la brevedad que siempre.

#### RELIQUIAS DE NUESTRO SALVADOR

Entremos lo primero por el Santo de los Santos, de quien todos recibieron la grandeza que adoramos, y como de una viva fuente manaron todas las gracias: de un Arbol de Vida, todas las vidas, y por él reverenciamos en todos una verdad, una vida y una vía. Tenemos de este Señor nuestro algunas incomparables prendas y reliquias, y no es mucho quien se dió y se quedó con nos-

otros todo, nos deje algunas de sus preciosas joyas. Un cabello de su santísima cabeza, o de su barba, dentro de una rica bujeta; que si él dice se enamoró de uno nuestro, qué mucho muramos por otro suyo. Muchas partes de su santísima Cruz, todas admirablemente guarnecidas en oro, en plata, en piedras, vasos y cajas, y cruces preciosas. Hecho he memoria de algunas arriba; quedan otras muchas; cada una merecía su relación cumplida; de cinco o seis relicarios y cruces que tienen preciosas partes de aquel santo madero, me acuerdo yo ahora, algunas de notable cantidad. Once espinas de su corona, tesoro que enriqueciera once mundos, prendas que traspasan el alma, aun con sólo oirlo ¿qué hará el verlas? Bondad de Dios, ¡qué sufrió por mí de espinas!, y yo ni aun una por él. De creer es que no están aquí todas, ni aun la vigésima parte. Cinco de ellas están juntas en un joyel de cristal, alto, con su pie, y guarniciones de oro esmaltado; todo pobreza, por lo que merece lo de dentro; mas no se puede negar sino que tienen un asiento tan bueno como ellas, que es un pedazo de la sogá con que tuvo atadas, o las manos o la garganta, aquel inocentísimo Cordero, como si forcejeara, como si pretendiera irse, como si no fuera pacífica la víctima. Otras dos espinas tienen en sus manos, en unas pirámides o puntas de cristal, dos ángeles, de plata, que ellos mismos muestran la reverencia con que las adoran. Las otras están en otras guarniciones ricas; no me acuerdo bien qué son. Hay también una parte de uno de sus clavos, que pasaron y traspasaron sus pies y manos. Una parte también de la esponja que pusieron en su boca, llena de vinagre, cuando estaba en la Cruz, el postre convite que le hicieron los hombres, y de la propia cosecha de su viña. Hay también parte de sus vestiduras y un poco de lienzo que quedó, no con su sangre, que esa no la hay en la tierra, sino cuando está en el Sacramento y cáliz del altar, sino con alguna señal de ella, bastante, por ser mancha de sangre suya, para sacarlas de todo el mundo. También hay algunos pedacillos de la columna donde le ataron para azotarle, por muchos



ladronicios que yo he cometido, y los pagó de antemano con tantas setenas y centenas. Y también otros del pesebre en que nació. Todo está en riquísimos vasos y guarniciones. No es mucho den los Reyes lo que tienen y lo que no crearon al que lo creó y se lo dió, y se les dió. Esto hay aquí del Señor nuestro; no se pudo dejar de decir en particular, aunque no fuera más de para la reverencia que se le debe, era pequeño este edificio.

#### RELIQUIAS DE NUESTRA SEÑORA

De su santísima Madre tenemos también algunas prendas empeñadas sobre la fe que tenemos en ella, que nos será fidísima intercesora y patrona en todos nuestros aprietos y miserias. Tres o cuatro partes, si no me acuerdo mal, de sus vestiduras están juntas; yo las puse en un hermoso relicario, fundas santísimas de aquellos miembros virginales y de aquella purísima sangre de que se formó el Cuerpo de Jesucristo, su Hijo. También un poco de lienzo, que dice el testimonio que vino con él es reliquia de aquel con que enjugaba los ojos cuando estaba al pie de la Cruz, ayudando con sus lágrimas al rescate del linaje humano como mejor podía; que aunque el precio era harto cumplido, por ser la sangre de valor infinito, también este agua la aplica Dios y la incorpora, digámoslo así, para que entre en el tesoro. También hay un cabello suyo; ¡qué sabemos si es aquel que esparcido por el cuello enamoró tanto al Esposo! No tenemos aquí más de esta Señora; con ello nos contentamos; que de favores tan grandes, aun los menores son muchos. Tienen dos ángeles, puestos de rodillas, el vaso de cristal en que están estas reliquias, con su tapador o sobrecopa, y algunas guarniciones de oro.

#### CUERPOS ENTEROS

Dejado esto así por su parte, ahora seguiremos otro orden. Diremos primero los cuerpos enteros, que aunque enteros, son partes y miembros de este gran Cuerpo de

Cristo, de quien en esta consideración es el mismo Señor la cabeza, y a su Santa Madre podemos llamar el cuello. El primero y de los más cercanos en tiempo y lugar (y que sabemos sin sangre y parentesco) es el cuerpecito entero de un santo niño inocente, natural de Belén, de la misma tribu y descendencia de Judá. Está en una caja guarnecida de muchas flores y torzales de oro, que pone alegría mirarle. Es tan chiquito, que parece de un mes; verdad es que la carne y aun el hueso, cuando es tan tierno, viene con el largo tiempo a encogerse mucho, como en los niños, y tales niños, flores y primavera de la Iglesia, granos de aljófara blancos, y rubíes preciosos, con que comenzó a tejer su corona. Otro cuerpo hay casi entero, o le falta poco: el de aquel valeroso Capitán de la Santa Legión de los Tebeos, llamado Mauricio; está en un arca o caja de metal dorado, plata y cristales, harto rica, y es de los primeros tesoros con que se ennoblecó y santificó esta Casa, y así tiene altar y capilla propia en este templo. El tercer cuerpo es el del Santo Mártir Teodorico. Hay muchos Santos Mártires con nombres de Teodoros en el Calendario Romano; con nombre de Teodorico no hallo más de uno, y éste es Presbítero del tiempo de Clodoveo, Rey de Francia. Es fácil pasar de Teodoro a Teodorico, mas no pequeña la diferencia, porque el uno parece nombre griego, y el otro propio de godos. Está este santo cuerpo en una rica caja de plata dorada y cristales. El cuarto es San Constancio, Mártir, Senador en la ciudad de Tréveris; martirizáronle, con otros de su Senado, en la persecución de Diocleciano, a doce de Diciembre. El quinto es del glorioso Mártir San Mercurio; padeció, siendo valeroso soldado, en la persecución de Decio, y después de algunos años, le escogió nuestro Señor para librar a su Iglesia de la malicia de Juliano Apóstata, y vengar las blasfemias que contra él decía, dándole una lanzada, de que murió por mano de este soldado, como lo refieren autores de mucha gravedad, autoridad y doctrina: San Basilio, Damasceno y otros; y creo que desde aquí donde está, hará ahora otro tanto contra los que con poca piedad murmuran y poco menos



blasfeman contra lo que se emplea en servicio de Dios y de sus santos. El sexto es el cuerpo del santo Duque de Aquitania, Guillelmo o Vuillelmo, que aun no está puesto en relicario propio, porque es de las postreras reliquias que se trajeron ahora. Consuelo grande verse con tal compañía, tales amparos, tales patronos; si supiéramos aprovecharnos de sus ejemplos, ciertos tenemos los favores y patrocinios.

#### CABEZAS DE SANTOS

Después de los cuerpos enteros, las más notables reliquias son las cabezas, como partes más principales del cuerpo, y el nombre lo dice. De esto hay en estos santos archivos un tesoro incomparable. No sé si en Roma, que fué un tiempo el teatro o la carnicería de aquellos príncipes tiranos idólatras (tablado donde representó Dios al mundo, a los ángeles y a los hombres cuánta es su virtud, puesta en la enfermedad de la carne), hay otras tantas; sí habrá, y aun más; empero, aquí tenemos ciento tres cabezas, enteras; y de cascos tan grandes, que están compuestos en forma de cabezas, más de otras sesenta; muchas de ellas de santos valerosísimos. Hay una (quiero ponerla por la primera, aunque no está entera) en una cabeza de plata, puesta con una diadema dorada, en que con letras doradas, dice: *Caput Sancti Laurentii*. La antigüedad del engaste y el testimonio hacen mucha prueba, aunque nuestro Fundador, que con tanta ansia buscaba reliquias de su Santo, siempre entendió que esto no era tan firme como parecía, sino que era de alguno de los de la compañía de los Santos Tebeos, o bautizada con este nombre. Tras ella pongamos luego la que ninguna duda tiene, digna de que se le fundase una iglesia, la del valeroso Rey y Mártir San Hermenegildo, martirizado por su padre, que no pedía menor tirano ni verdugo tan ilustre mártir. Esta se puso en un riquísimo cofre que ofreció la Señora Infanta Doña Isabel Eugenia Clara a su padre, el Rey Don Felipe II, que no se pudo emplear mejor. Hay otra que tiene título de San Dio-

nisio Areopagita, discípulo del Apóstol San Pablo; también esta cabeza creía nuestro Fundador era de las que llaman bautizadas, ciertas que son de santos, y por ignorarse los nombres, los Pontífices condescienden con la devoción: la verdadera y propia dicen que está en París. Está también aquí la cabeza del Santo Pontífice y Mártir San Blas, y otra de otro niño inocente, mártir del Niño Jesucristo, y él les hizo tanto favor, que le otorgó muriendo por él lo que dijo graciosamente un poeta (1): que tuviese antes corona que cabellos. Aquí está también la cabeza de San Julián, que dicen fué uno de los setenta y dos discípulos, y le llama la gente devota y pía huésped de Jesucristo, y que es el mismo que el Evangelio llama Simón Leproso, en cuya casa estaba convidado cuando llegó a sus pies aquella mujer pecadora, vivo ejemplo de penitencia; sea el mismo, o no, ella es de San Julián. Están también las dos cabezas de los santos mártires Félix y Adaucto, llamado así el postrero porque sin saberle otro nombre, se juntó con el primero, diciendo que también él era cristiano, y así, si Félix merecía muerte por serlo, que él no buscaba otra vida; martirizáronle con él, y llamáronle San Añadido, que es lo mismo que Adaucto. Está también la cabeza de San Teodorico, y la de Santa Dorotea, virgen y mártir, y de San Teófilo, mártir, que le convirtió la santa con cierto presente milagroso que le hizo, como se refiere en su vida: llámale el Calendario Romano, *Theophilus Scholasticus*, que algunos interpretan Teófilo Filósofo, y propiamente quiere decir, entre los que saben antigüedad, lo que llamamos Retórico, que era ejercitarse en oraciones y declamaciones, defendiendo o alguna causa común, como es la de las letras, diciendo que son mejores que las armas, o la medicina mejor que las leyes, o particular, como las que dejó escritas Séneca, el padre, del que comúnmente anda en nuestras manos. Fingían los escolásticos o retóricos estas causas para venir después a las veras, y con esto se entiende lo que

(1) Tansilo.



dice nuestro Doctor Santo (1), que se ejercitó siendo mancebo en Roma en estas causas; y ahora, llamar a uno escolástico, es decir que la ciencia que profesa sea Filosofía, Medicina o Teología, la trata en modo dialéctico, lo que antes quería decir retórico. Mucho más significa este nombre Escolástico; no es de este lugar; esto he dicho por el nombre de este santo cuya cabeza digo que tenemos, con la de Santa Dorotea. No me quiero detener en especificar otras muchas; sólo diré una, que había de ser la primera, y déjala para este lugar señalado. Es la del santísimo Doctor San Jerónimo, sana, madura y grave cabeza; cabeza, al fin, de los Doctores; y si no, quiten de la Iglesia los trabajos y monumentos de San Jerónimo, y verán si no dan de ojos muchas que parecen buenas cabezas. Esta tan preciosa joya merecía un sagrario o un mausoleo famosísimo, y ahora se está por guarnecer, porque faltó el que con tan gran cuidado la hizo traer para enriquecer este convento del Santo. Estaba esta cabeza en el altar mayor del convento de las Dueñas Blancas, de la Orden de San Agustín, en la ciudad de Colonia Agripina, que es la vocación de Santa María Magdalena, tenida allí de tiempo inmemorial en suma reverencia; sacóse con dos testimonios muy auténticos: el uno, del Obispo Fabricio, Vicario general del Arzobispo de Colonia Arnesto, y otro, de la Maestra y Superiora y otras santas vírgenes que están en aquel Monasterio. La razón de dar esta santa reliquia, junto con la cabeza de la santa Duquesa Margarita, es por condescender con la santa y pía afición y petición del Rey Felipe, que la pedía, y porque temen que, como en otras ciudades e iglesias los herejes han menospreciado y han hollado las reliquias de otros muchos santos, no hagan lo mismo de aquellas, por estar en tan manifiesto peligro de venir a sus manos. Muchas de estas cabezas están ya puestas en preciosos relicarios, que son de metal dorado, fingidas las mismas cabezas y rostros hermosísimos, unos de varones y otros de hembras: los

(1) In Epist. ad Galat.

de los varones están en el altar de San Jerónimo, y las de las santas y vírgenes, en el de Nuestra Señora, que como están con tan buen lustre y tan natural color, parece un retrato de la gloria. Y antes que descendamos de lo que es cabezas y de sus partes, advierto lo que ya toqué en otra parte, que tenemos una quijada entera, con muchos dientes, de la Santa Virgen y Mártir Inés, y otras de las Once Mil Vírgenes; un diente de la Magdalena, y otros cien santos despojos que merecen suma reverencia.

#### BRAZOS DE SANTOS

De brazos enteros, o la mayor parte de ellos, y huesos y canillas principales, que se llaman reliquias insignes, hay un número grande; no parece creíble, si no estuvieran contados, y es cierto pasan de seiscientos. Por que hagamos memoria de algunos, sea el primero el del Santo Mártir y Patrón de la Casa, San Lorenzo. Este vino de Saboya, donde lo había enviado San Gregorio, Papa; es el hueso principal del codo al hombro, que allí no hay más de uno, y del codo abajo hay dos. Está en un relicario de plata en forma de brazo, hechura antigua, que da él mismo suficiente testimonio. Otro hay de San Bartolomé Apóstol, y de nombre propio Natanael, el primero que en el Evangelio llamó a Jesucristo Hijo de Dios, porque San Felipe, su compañero inseparable, no le dijo más de que habían hallado al Mesías o al Cristo y Ungido.

Otro hay de la Apostólica Magdalena, y querría yo más el favor de estos tres brazos, y el de cada uno por sí, que el de todos los privados de los Reyes juntos. Y el braçico entero, con la mano, que aun se está con su pellejo, de un niño inocente. Y el brazo fuerte, jamás torcido, de San Vicente, mártir español, natural de Huesca, y el de la santa virgen y mártir Agueda, de noble sangre, aunque, según su doctrina, más noble por ser sierva de Jesucristo; está todo entero, con su pellejo y mano, en un rico brazo de plata. Y también el brazo de San Ambrosio, gravísimo Doctor de la Iglesia, brazo



de tanta fuerza que derribó a sus pies a aquel valiente y pío Emperador Teodosio, español. Está aquí también el brazo de Santa Bárbara, el de San Sixto, Papa, compañero de nuestro Laurencio, el de San Ivón, y otros infinitos, que no puedo detenerme a contar, todos dignos de eterna reverencia, brazos de quien podemos fiar los más arduos negocios que se nos ofrecen, y son los de nuestra salud y almas, y rogarles humildemente presenten nuestras peticiones sobre la pretensión del Reino del Cielo que traemos entre manos. Muchos de estos que no nombro son de aquellos dos santos escuadrones que pelearon bajo de la bandera de San Mauricio y de Santa Ursula, mártires los unos, vírgenes y mártires las otras. También hay una mano del Papa San Sixto; creo que es la misma con que entregó a San Lorenzo los tesoros de la Iglesia que le habían dado los dos Filipos, Emperadores, padre e hijo, y aquí donde ahora está, parece que está haciendo el mismo oficio; y luego la acompaña un dedo del mismo mártir San Lorenzo, y otro de la santa matrona Ana, en sendos relicarios, muy preciosos, que por mucho que lo sean, es para ellos poco, que están hechos a tocar mayores cosas. Aquí, antes de pasar más adelante en esta santa anatomía que voy haciendo, pudiera hacer un largo arancel y padrón de otras muchas reliquias, huesos del pecho, garganta, hombros, costillas y otras partes que aquí están, en ricos engastes y relicarios, y algunas con particulares indulgencias, concedidas de los Papas, como la de San Albano, costilla hermosamente guarnecida (como ya dije), enviada de nuestro Papa Clemente (que hoy vive) al Rey Don Felipe, y otras que están en otro singular relicario, que envió el Duque de Mantua, con Jubileo el día de San Juan Bautista; mas no se sufre detenerme tanto que se vaya haciendo incomportable esta relación y este volumen; basta decir algo donde se hallare alguna razón particular, o la reliquia es insigne. Así, no se puede callar aquí, antes de llegar a otras reliquias insignes, de las canillas y piernas de aquella que toqué en otra parte, que es la mitad del hueso del anca de nuestro Mártir San Lorenzo,

aunque muchos pensaron que era la paleta del hombro y espalda, de que yo desengañé a nuestro Fundador. Pasó el caso milagroso de esta suerte. Queríale el Pontífice Gregorio XIII enviar una parte de este hueso, para que enriqueciese con joya tan grande y tan cierta este su Monasterio. Mandó que partiese con una sierra aguda alguna parte de él; probaron a serrar dos veces, y no le hicieron más mella que si fuera un diamante; dijéronselo al Papa; mandó probasen tercera vez, estando encima del altar de la Magdalena; tampoco hicieron nada, y teniéndolo en las manos como medio desconfiados de partirlo con aquel instrumento, que se había hecho muy a propósito para el efecto, teniéndolo (digo) en las manos, sin ninguna violencia ni golpe, ni fuerza, se partió, no por lo delgado ni por donde pretendían, sino por medio y por lo más fuerte, que lo es mucho aquel hueso en aquella parte. Viendo los ministros el suceso milagroso, dijeron con admiración: Este santo, a España se quiere volver. El testimonio y letras de Su Santidad lo refieren así.

## HUESOS DEL MUSLO

Otros huesos de esta misma parte (y aun enteros) pudiéramos referir, mas no apartemos éste de su compañero, que es el del muslo del mismo glorioso mártir, que está aquí entero, con su pellejo tostado y asado, y se conocen en él las aberturas y los agujeros que le hicieron con los hurgones y garfios de hierro para que se torrarse bien sobre la parrilla. Está este muslo puesto en un muy hermoso relicario de piedras y plata dorada, y algunas piezas de oro esmaltadas, a manera de una torre que se va levantando con dos órdenes de columnas de finos jaspes; tiene una vara en alto, poquito menos; joya de mucha estima, sobre que podemos decir estriba la fundación de esta Casa, porque fué de las primeras reliquias que trajeron a Su Majestad, que sea en gloria, de su Patrón San Lorenzo, y la mayor y más preciosa. En otro relicario de la misma forma y precio están otros dos huesos, no sé si son de pierna o brazo, de los padres



del mismo santo, Orencio y Pacencia, santos de quien celebra la iglesia de Huesca, que de tal cepa tal sarmiento. Otro hueso hay de la misma parte, que es del muslo del Apóstol San Pablo, que para mí no deseara yo otro más divino tesoro; por sola esta reliquia llamara yo mil veces dichosa esta Casa. Así el divino Crisóstomo llama dichosa a Roma, por tener los cuerpos de los dos Príncipes de los Apóstoles, y si los repartimos por sus proporciones, no le cabe menos a este convento en tal hueso, que a Roma con tal resta de los cuerpos. De San Martín, Obispo, hay otro hueso del muslo, y otros muchos, que no nombro, por no ser los santos tan conocidos de todos. La suma de estos huesos grandes de la rodilla arriba es grande y casi increíble, porque pasa de quinientos. Los más de ellos son de aquellos dos escuadrones santos que he referido de varones y de vírgenes mártires. No puedo callar la parte de un hermosísimo hueso, con parte del mismo pellejo, del glorioso mártir San Sebastián, que es la rodilla toda entera aserrada con lo que se junta de los otros huesos que juntan allí con ella. Está en un vaso de cristal grande a manera de cáliz con sobrecopa y pie, bien guarnecido.

#### HUESOS DE LA RODILLA ABAJO

De los huesos de la rodilla abajo, donde hay dos canillas, una menor que la otra, son también en número excesivo; porque pasan de seiscientas piezas. No es posible hacer catálogo de ellas. Entre las señaladas y notables son las de los dos santos mártires de Alcalá, San Justo y Pastor; en ellas se echa de ver no eran tan niños como algunas historias los hacen. Escogiólas el mismo Rey cuando trajeron gran parte de sus cuerpos a su propia patria. Están en un cofre hermoso y bien guarnecido, y por ellas tienen altar propio en esta iglesia, y aun sin ellas lo merecen en todo el mundo. Otro hueso de esta misma parte tenemos de aquel verdaderamente apostólico predicador San Vicente Ferrer, natural de Valencia, y también la de un santico inocente, toda entera,

con su pie y su pellejo, muy linda, que convida a darle mil besos. De la santa virgen y mártir Leocadia, que padeció en las mazmorras de Toledo, y del santo Confesor San Diego, que está en Alcalá, hay otros dos huesos de esta misma parte; tienen dos relicarios harto hermosos y parecidos. Advertiré aquí una cosa del hueso de San Diego: que hoy en día sale de él un licor como de aceite, que tiene húmedos y manchados los paños y cendales sobre que asienta; tanto dura la virtud y la piedad de la limosna, que aun después de tan largo tiempo no puede perder el uso de dar y de hacerla. Es también notable otro hueso de éstos, del Papa San Silvestre; parece por él que era varón de gran cuerpo; si los demás tercios se proporcionaban, que sí harían, que pocas veces se ve en cuerpos monstruosos tan proporcionadas y lindas almas, aunque todo puede ser por la excelencia de la gracia.

Y porque lleguemos con este discurso a lo postrero, y especifiquemos esto, haré memoria de dos pies, por ser cuyos son y estar tan enteros: el uno es de San Felipe Apóstol, que aun no le falta el hueso que llaman del talón o zancajo, tiene mucha parte del pellejo, y muestra también era hombre de buen cuerpo. El otro es del divino Laurencio; faltale este hueso que digo, mas tiene los dedos más enteros, aunque encogidos, y aun en verdad (porque lo miré muy bien) que se tiene un carboncillo apretado entre los mismos dedos, que no hay rubí ni esmeralda para los ojos píos más fina ni más hermosa.

Están en sendos relicarios, de una misma hechura, a modo de una custodia redonda, con sus columnas, remates y pies bien labrados.

#### RELIQUIAS MENORES

Sin éstas, que, como hemos visto, son reliquias tan insignes, de quien se pudiera celebrar fiesta solemnísimas, hay más de otras mil doscientas; muchas de ellas son huesos de a sesma, por lo menos, y de allí arriba otras tantas, mayores que nueces grandes. De otras como ave-



llanas y piñones, grande número. De suerte que, por decirlo de una vez, no tenemos noticia de santo ninguno de que no haya aquí reliquia, excepto tres: San José, Esposo único de la Virgen Nuestra Señora; San Juan Evangelista, y Santiago el Mayor, que se guarda todo entero en la iglesia propia suya en Compostela, como Patrón de España. Los otros dos están más guardados; no sabemos dónde, mas yo creo que en el cielo. De Profetas, antes de la venida de nuestro Señor al mundo, hay muchos, y son verdaderas, como lo son y se parecen a las que se ven en Roma y en otras partes; más ha de dos mil quinientos años que los hombres son como los de ahora, no mayores, ni se envejece el cielo, ni la tierra, ni las influencias, que así perseveran, por mandado de su Creador, hasta que él disponga de ellas otra cosa. De Apóstoles también hay muchos huesos grandes; de sólo San Andrés me acuerdo haber llenado un relicario de plata, dorado, a manera de retablo, y figuras de medio relieve. De los dos Evangelistas San Marcos y San Lucas, también hay algunas; de mártires, un número grandísimo, que pasa de tres mil quinientas; y aquí me acuerdo ahora que llené otro relicario grande, de bronce dorado, y de buena arquitectura, a manera de templo, con su cúpula y columnas por de fuera, de solos los huesos de San Felipe, uno de los hijos de Santa Felicitas, que pienso que habrán pocos más de su cuerpo, sino que como molieron con los tormentos a este valeroso mártir, casi le quebrantaron todos los huesos, aunque quedó firme el alma. De Confesores, Doctores, Vírgenes santísimas, grande número. No es maravilla se haya juntado aquí tan incomparable tesoro, porque si miramos el poder de un Príncipe tan grande como el de Felipe II, y la gran devoción que a las reliquias de los santos tenía, la codicia con que las mandaba buscar por todo el mundo, la avaricia santa con que las guardaba (dije ya algo de esto en su muerte), la voluntad y el deseo con que los Papas y otros muchos Príncipes eclesiásticos y seculares acudieron a servirle en esto, será fácil de creer lo que hemos dicho, así, a bulto y atropellado. Del orden

y número de los relicarios en que están puestas he dicho algo de paso, aunque como no está esto acabado, no puedo decirlo con precisión y claridad; falta mucho más de lo que vemos compuesto, por poner con la decencia que a esto se debe. Tiene cada uno de estos dos relicarios a siete gradas principales, con distancia de una vara, poco menos, de una a otra; en las más bajas están las piezas mayores, y así van disminuyendo, aunque entre estas piezas grandes se van entreponiendo algunos como brinquiños, llenos de divinos tesoros, y de ordinario son las piezas más ricas y más preciosas en su tamaño. Entre la una y otra grada se puso más adentro otra, y en ellas están, como dije, las cabezas, de metal dorado, con los rostros al propio y de linda encarnación, y así parecen que miran desde adentro, y dan lugar a que se vean las de fuera, sin embarazarse ni impedirse, los varones en el uno, las vírgenes santas en el otro: las piezas que en ellos están guarnecidas en entrambos son doscientas cuarenta y tantas, y, como digo, faltan muchas más por componer y engastar, aunque en éstos están muchos huesos juntos, que pudieran llenar otros grandes relicarios. Las diferencias de hechuras y la materia de los vasos ya he dicho cuán varia y preciosa es: oro, plata, piedras y cristales, y otros metales dorados. Unos son como templetos, otros en forma de iglesia, de naves; otros, cimborrios y cúpulas, cálices, navetas, bujetas, cajas, cofres, linternas, pirámides, sin las cabezas y brazos, y otras mil diferencias, que es como imposible referirlas. Encima de estos dos altares, en la capilla que se hace a los treinta pies, comenzó el Fundador a levantar otros dos grandes relicarios, en dos cajas de madera al modo de las de los órganos, doradas y estofadas, para que todo aquel testero, de una parte y otra, estuviese en lo alto y en lo bajo lleno de reliquias. Esta traza, aunque quedó lo más hecho, no ha contentado a muchos, porque hace una notable fealdad en la iglesia, quitando la luz, que importaba mucho en aquellas dos naves, por ser las ventanas de Oriente, y porque los mismos relicarios quedan sin ella, y la iglesia, que es lo peor, pierde su tamaño



y buena correspondencia, y otros cien inconvenientes en buena arquitectura; no sé esto en qué parará, ni si nuestro Rey pasará adelante con ello, y así se están por guarnecer una infinidad de reliquias que pudieran enriquecer el mundo.

### DISCURSO XVII

*De la grandeza y variedad de la pintura que hay en esta casa, de que no se ha hecho memoria.*

**P**OR que no se embarazase el curso de la muestra de esta Casa, deteniéndonos en las pinturas que se encuentran en cada parte, acordé guardarlas para un particular discurso, y mostrarlas todas juntas. Quiero hacerlo ahora, porque aunque en todo se muestra esta fábrica cumplida, y excelente en esto, creo se excede a sí misma, y se aventaja a cuanto en ella se alaba, maravilla y recrea. Sin la pintura que hemos visto al óleo y al fresco en tantas partes, claustro, iglesia, librería, galerías, capítulos, que es mucha y de gran precio y hermosura, sin la que hemos visto de tantos retablos y altares, en estos mismos lugares y cuadros de asiento, sin las imágenes de pincel y al óleo que hay en cada celda, que son en gran número, sin las cosas de la escultura y de bulto que hemos ido advirtiendo en sus lugares, pórticos, altar mayor, fuente del claustro, y muchos crucifijos de marfil, y otras imágenes de lo mismo, he contado en lugares públicos y comunes de este convento, en claustro y capítulos, sacristía, celda del Prior, aposentos Reales y algunas oficinas, más de doscientos cincuenta cuadros de pintura, que es cosa admirable, y todos de piedad y religión, de Dios o de sus santos, y sé que no me alargo. Ni tampoco pongo en este número los lienzos y cuadros que llaman de Flandes, al temple, ni tampoco hago caso de los retratos de varones santos, o doctos, señalados por alguna dignidad o virtud, como los de los Papas y otros varones insignes, antiguos o modernos, de que dije había mucho número



Crucifijo, de B. Cellini.





en las librerías, en la celda del Prior y en otros lugares, que éstos solos pasan de doscientos veinte, todos de cuidado y excelentes. Y si se juntase una suma de toda la pintura y escultura, y cuanto aquí se ve dentro de este género que llaman dibujo o diseño, pusiera admiración. Confieso que alguna vez he tentado hacerla, y me he confundido, y no acierto, como lo que dije de las puertas y ventanas.

Lo que principalmente aquí pretendo es que no queden puestas en olvido algunas ilustres pinturas y cuadros, que merecen, o por su valentía y excelencia en el arte, o por su invención y la doctrina que enseñan, se tenga noticia de ellas. El orden sería dificultoso, si no recurriésemos a los artífices; así, las ataremos fácilmente, aunque estén muy derramadas. Comenzar teníamos por los maestros de la escultura, pues quieren muchos sea primero que la pintura, sino que ya lo hemos dicho todo. Lo más principal, que es de bronce dorado a fuego, que está en el altar mayor, y en los entierros de los Reyes, ya vimos que son de Pompeyo Leoni, y de su padre. Los Reyes de la fachada de la iglesia, el San Lorenzo del pórtico, los Evangelistas de la fuente, de Juan Bautista Monegro. El Crucifijo detrás del coro, de Benvenuto Cellini. El San Lorenzo de la pila del agua bendita no tiene autor; otras piezas menores, San Jerónimo, San Juan Bautista, crucifijos de celdas, y Nuestra Señora, piezas singulares, tampoco sabemos cuyas son, y eran dignas de nombre; esto se queda así dicho. De Miguel Angel Bonaroto, que sin controversia es el primero de este coro, y el Apeles de nuestros siglos, no tenemos cosa de su mano, aunque sí algunas copias de cosas suyas. En la celda del Prior hay un cuadro mediano de una Nuestra Señora sentada con el Niño dormido en el regazo, con el bracito colgado con un singular descuido, y el Santo José, figura valiente; y otro cuadro, que está en la sacristía, de la misma Virgen con Cristo y San Juan, niños desnudos besándose, pieza extremada; presentáronse al Rey, creo de Florencia, y aunque no estoy cierto sea de su mano, todos afirman el que la labró



podía en esto competir con él; por tan valiente la juzgan los que saben del arte, aunque algunos dicen que no es de Miguel, sino de Leonardo de Vinci, que no debe nada a Miguel, aunque sea Angel en el arte. No sé que haya otra cosa, porque este hombre hizo poco al óleo. Algunos tienen por pintura del Masaccio, de quien aprendió mucho Miguel Angel, y a quien dicen se debe como a principio cuanto bueno hay de pintura desde su tiempo hasta hoy, una pintura que está en el capítulo, de un Cristo muerto, y una Virgen, con Nicodemus, en quien arrima el Cristo, cosa excelente; son los cuerpos como del natural, y de la cintura arriba, el desnudo del cuerpo admirable, la propiedad y viveza de la carne, junto con que parece de bulto; de Rafael Sancio Urbino, de quien podemos decir aquella sentencia o elogio que se dice de Demóstenes y Cicerón, que Miguel quitó a Rafael que no fuese el primero, y éste a aquél, que no fuese solo, aunque las maneras que siguieron en sus obras son extrañamente diversas; de Rafael, digo, también pienso hay poco de sus manos; dicen que una imagen de Nuestra Señora, que está en la alcoba de la celda del Prior, es labor e invención suya, también del tamaño del natural, con los dos Niños Juan y Jesús. Hay, empero, algunas copias excelentes de cosas suyas en el capítulo del Vicario, y otro tablero, con figuras del natural, Nuestra Señora y Santa Isabel, y los Niños, aunque está algo reparada, porque se había estragado algún tanto, y vese bien que es cosa valiente. De Nuestra Señora, también con el Niño y San Juan, cuadro grande, está una encima de la fuente del antecoro, que cae a la parte del colegio, que si no es de su mano, fué de algún gran maestro, y viene de cosas suyas, porque tiene excelenté labor. De aquel cuadro famoso de la Transfiguración en el Monte Tabor hay aquí tres copias excelentes. La una, y la menos bien tratada, está en el tránsito de la sacristía del colegio; el otro, mejor, está en el capítulo del Prior; el tercero, y mejor, está en el aposento de Su Majestad, De Leonardo de Vinci, que quiere competir con estos dos, y si tuviera paciencia y sólo siguiera la pintura, o los



La última cena, por Tiziano.



igualara o los venciera, tenemos más que aquella extremada copia de la Cena, del refectorio del colegio, de que ya hice memoria y dije lo que allí había; tenemos también otro cuadro de la Virgen con el Niño, dormido en pie, y como que se va cayendo con el sueño, que está ahora en la celda de la enfermería que tienen señalada los Piores, y es la más hermosa pintura, más llena, más agradable y hermosa que creo hay en este convento, porque tiene un San Juan y unos angelicos con las más significativas acciones que jamás he visto. Del Tiziano he referido mil cosas, que creo es el que después de estos tres es príncipe en este arte, aunque otros le ponen más adelante y le llegan al séptimo lugar; no soy tan pintor, ni se me entiende tanto del arte; digo mi gusto o antojo, y aun el de muchos, porque no sólo atendió al colorido y a la buena labor y hermosura, como dicen de Antonio de Acorezo (que quieren aventajarle al Tiziano), sino también trabajó en entender profundamente el arte, e hizo camino y manera propia. Dicen algunos, y bien, que si el Bonaroto dibujara un Adán, y Rafael una Eva, y el Tiziano colorara y pintara el Adán, y Antonio de Acorezo la Eva, que tuviéramos lo que se podía desear en género de pintura. Digo, pues, que allende de lo que vimos en la iglesia pequeña y en los capítulos, del Tiziano, hay otros muchos cuadros de gran consideración. En el aula del convento está aquella famosa pintura que llaman la gloria del Tiziano, cuadro grande, donde se muestra la Santísima Trinidad y la Virgen junto a ella, algo más bajo. Y en medio del cuadro, la Iglesia, en figura de una doncella hermosa, que está como presentando a Dios los Príncipes del Nuevo y Viejo Testamento, y muchos Príncipes y personas de la Casa de Austria. El Emperador Carlos V con la Emperatriz y su hijo el Rey Don Felipe, y la Princesa Doña Juana, y otras personas de la misma Casa, que aunque están muy altas, y como con rostros llenos de gloria y avallados de luz, se conocen los retratos; historia de gran ingenio y artificio, lindas posturas y hábitos, los movimientos propísimos, las ropas y el colorido y labrado de gran



excelencia; había mucho que decir en este cuadro, si fuera de mi profesión, y supiera ponderarlo todo; quédese para los que tienen más gusto del arte. En el zaguán de la sacristía hay otros dos cuadros, grandes, del mismo; el uno es otra Oración del Huerto, muy en lo oscuro de la noche, porque aunque era el lleno de la Luna, no quiso aprovecharse de su luz, y así está cubierta de nubes; la del ángel, que da en la figura de Cristo, está muy lejos, aunque con ella se ve muy bien; los Apóstoles, dormidos, apenas se divisan, y aun así muestran lo que son; Judas es la persona más cerca, y la que más se ve, por la luz de una linterna, que, como adalid, va delante, y reverbera en el arroyo de Cedrón la lumbre; valentísimo cuadro. Frontero de ella está una Santa Margarita, que sale del dragón reventando por los ijares; valiente figura, aunque algo corrompida una singular parte de ella, por el celo indiscreto de la honestidad; echáronle una ropa falsa en un desnudo de una pierna, que fué grosera consideración. El rostro de la santa, desfavorido y hermoso, y un movimiento extremado; no hay que alabar en el Tiziano el colorido, porque es como el príncipe y único maestro de ello, y, como solemos decir, su vocación, alabado muchas veces del mismo Miguel Ángel, que basta. Dentro de la sacristía está una Virgen con el Niño; es del tamaño del natural, y tan al natural, que parece nos pone miedo mirarla. Extraño rostro, aunque parece tomado del natural, y disimulado el hurto; el Niño tira ya a muchacho, y es el mayor que yo he visto para en brazos, y tan lleno y redondo, que es de bulto y de carne; pienso que puesto allí uno de aquella misma edad, no pareciera tan vivo y tan macizo. Está también en la misma pieza la pregunta que hicieron a Cristo, llena de malicia, sobre pagar el censo y tributo a César (todas singulares figuras); la cabeza y rostro de Cristo es la mejor que creo se ha pintado. Está también aquella Magdalena, que tantas estampas y copias andan de ella por el mundo, y con razón, y así se estima en mucho este original, también labrado de su mano. Hay otra figura de nuestro Redentor, que solemos

llamar Ecce Homo, y la Santísima Madre, que le está mirando, en otro cuadro, de que también andan infinitas estampas y copias. Está también allí una Santa Catalina, algo mayor que del natural; todo esto está en la sacristía, en sus cuadros bien guarnecidos. En el tránsito que pasa de la escalera de la misma sacristía para el altar mayor, por delante de la puerta del aposento del Rey, hay otros dos cuadros: el uno es un Crucifijo, inclinado el rostro, al revés de lo que suelen, y un San Juan Bautista en el Desierto, figura del natural, aunque parece algo corta, mas de excelente movimiento, luz y relieve. En el oratorio del Rey sirve de altar un Cristo con la Cruz a cuestas, devotísima y singular figura, de lo mejor que en mi vida he visto; parece quiebra el corazón, y allí tiene su debido lugar, aunque sin los candeleros se goza poco entre día, y en él, y en las noches, pasaba allí el pío Rey Don Felipe buenos ratos, contemplando lo mucho que debía al Señor que tan pesada Cruz llevaba sobre sus hombros por los pecados de los hombres y los suyos; en el capítulo hay, fuera de las que allí vimos, otra de San Jorge con Nuestra Señora y Santa Catalina, y en la capilla de la enfermería, otro Ecce Homo, con un Pilatos; valentísimas figuras; y otras se me olvidan, y aunque me acuerdo de algunas, no pretendo decirlo todo tan al cabo que sea menudencia; basta decir que está esta Casa enriquecida de muchas y muy hermosas piezas de este hombre; creó que no hay otras tantas en Venecia, donde estuvo y pintó mucho tiempo. Una copia hay también de aquel lienzo tan famoso que está de su mano en Venecia, y le muestran quitando primero muchos velos que tiene delante, y es el martirio de San Pedro Mártir, y en cuanto toca a la pintura y al arte, tienen razón, porque verdaderamente es de mucho primor, y parece que se ve la muerte en el descolorido rostro del santo, y todo el movimiento es singular; tiene una intolerable falta en el decoro, porque parece el santo se excusaba, y aun escudaba por no morir, y junto con eso, está muy descompuesto, y así dijo uno de los prudentes y doctos predicadores de nuestros tiem-



pos, que si San Pedro Mártir había muerto de aquella manera, que no había muerto como santo. Un fraile que pintó allí con él echa a huir tan descompuesta y desatinadamente, que no le quedó apariencia ni forma de religioso. Los pintores de Italia, aun los muy prudentes, no han tenido tanta atención al decoro como a mostrar la valentía de su dibujo, y así han hecho muchas cosas de santos que quitan la gana de rezar en ellas; y es ésta una, porque no tiene cosa de devoción; en parte quisiera no fuera del Tiziano. De Sebastián del Piombo, compañero e imitador de la manera de Miguel, no sé que haya más del Cristo con la Cruz auestas, que dije está en el cuadro del frontispicio de la silla del Prior, en el coro, y es de su misma mano; otras dos copias de la misma, o imitación de ella, se ven, la una encima del lavatorio de la sacristía, y la otra en el zaguán que está entre los dos capítulos. De Andrea del Sarto no creo hay más de una Nuestra Señora, sentada, poco menos del natural, con un San José y el Niño; harto linda pieza, hermoso colorido y lindo movimiento y perspectiva. Está encima del San Lorenzo que está sobre la pila del agua bendita, aunque no se goza mucho, por la distancia, mas échasele de ver la valentía y graciosa imitación de Rafael, aunque pretendió hacer camino por sí. De Paulo Veronés, seguidor de la manera y camino del Tiziano, hay una Anunciada, excelentísima, gallardamente entendida y obrada; las figuras son como del natural, de lindo movimiento y aptitud; estuvo puesta en el altar mayor, y se quedara allí, si hubiera de ser aquella la historia; en su lugar se puso el Nacimiento, y ella está ahora en el aula del convento, a la mano derecha de la cátedra, y encima de la misma cátedra está un San Jerónimo a la penitencia, de harto buen relieve y colorido, aunque otros dicen que no es suyo, sino de un su hijo. En mi celda tengo un Dios Padre con el Espíritu Santo y algunos ángeles; denota que era remate de alguna pintura o cuadro donde estaba pintado el Hijo; es una excelente figura. En una galería de palacio hay dos cuadros suyos; el un cuadro sal

Abrahán de su tierra y de sus parientes, por mandado de Dios; va la santa matrona Sara en una yegua blanca, que no hay cosa más natural en el mundo. El otro es cuando Cristo echó del templo los que compraban y vendían; y otro, de la Creación del mundo; piezas por extremo bellísimas; las figuras son menos la mitad que el natural.

En el claustro de la enfermería, a los treinta pies, está una Santa Agueda, cortado el pecho; parece que viene de cosa suya; dicen que es de su hijo; creo hay alguna otra, que no me acuerdo bien. De Jacobo Robusto, que por otro nombre llaman el Tintoreto, está un Nacimiento, en el aula del convento, a la otra parte de la cátedra, de muy florida y hermosa labor y luces, como de hombre que se quería parecer a su maestro Rafael, aunque en el dibujar quería ir tras Miguel. Esta estuvo puesta también en el altar mayor, y merecía bien aquel lugar, y por ser las figuras menores del natural, y porque se pretendía que todo el retablo fuese de un maestro, se quitó, y se goza mejor adonde está. Del Basán, que por otro nombre se llama Jacobo Ponte, que tiene buen lugar entre los valientes maestros, aunque también de la escuela del Tiziano, hay muchos cuadros excelentes; sería negocio largo hacer minuta de ellos. En particular, aquellos cuatro cuadros del Diluvio, tan celebrados, por la invención y la multitud y variedad de animales que puso en ellos, en que tuvo singular gracia: unos están de su propia mano, en la celda del Prior, tan altos, que no se gozan; otros están copiados, en la galería que llaman de la Señora Infanta, que se les ve bien la diferencia. Vivió mucho tiempo el Basán (según me refirió Peregrino) en una de aquellas aldeas junto a Venecia, y gustó de pintar cuanto en las casas de aquellos labradores había: la yegua, el asno, el buey, el gallo, la gallina, los ánades, los calderos y cazos y cuanto en casa de un labrador puede verse, con tanta propiedad y gracia, que hace reír y recrea mucho la vista. Están aquí otros dos cuadros en un claustro pequeño de la iglesia antigua, a los treinta pies: el uno es la Oración del Huerto, y el otro, el Nacimiento;



entrambos oscuros, muy bien compartidos e historiados, propio colorido y de aquella extraña manera de movimiento que él usaba. Algunos dicen que son de Francisco Basano, su hijo; a mí y otros parecen dignos del ingenio y manera del padre, porque hay cosas excelentes en ellos; sin duda, que si los pintores venecianos hubieran puesto tanto estudio en el dibujo, como en la pintura y colorido, que pudieran competir con los más valientes de Florencia y de toda Italia. De Jerónimo Muciano hay un cuadro de la Resurrección de la hija del Archisnagogo, aunque no parece la labor de su mano. Del Parmesano hay un cuadro pequeño de la Circuncisión del Señor, muy hermoso y de excelente movimiento, lindas cabezas y bien historiado; está en la puerta del oratorio de la celda del Prior, que enriquece todo aquel oratorio. Del gran pintor Antonio de Acorezo no sé que haya otra cosa sino un cuadro con figuras del natural: es la Huída a Egipto: la Virgen sentada en el suelo, y el Niño en el regazo, San José alcanzando dátiles de una palmera que le humillan los ángeles, aunque el Niño está ya tan grande-cico, que parece más de la Vuelta de Egipto, que de la Huída; también creo que la labor no es de su mano, sino que está copiado, y no muy bien; vese este cuadro en el capítulo del Prior, entre las ventanas. De Federico Barrosi hay dos muy valientes cuadros: el uno es la Vocación de San Pedro y San Andrés al Apostolado; está Cristo en la ribera, y San Andrés hincado de rodillas ante él, con buen donaire; San Pedro se echa del barco, que está algo más lejos, con un afecto vivísimo, y todo ello bien tratado y hermoso, aunque a algunos les parece la figura del Cristo algo corta; la cabeza, muy grande; el rostro es hermosísimo y de harto nueva invención; las figuras son del natural. El otro cuadro es una Anunciada, figuras pequeñas; no parecé tan bueno ni con mucho, y si la manera de labrar y los movimientos no fueran tan conocidos, dijera yo que no era suyo este cuadro. El uno, que es el mayor, está encima de los cajones de los libros del coro, en la pieza larga que dije; esta postrera, en el capítulo del Prior, de Lucas Cangiaso,

o Luqueto, gran imitador de la presteza de Polidoro Caldara y del Salviato; fuera de lo que hemos dicho dejó aquí al fresco y al óleo, en el coro y en la iglesia, hay una historia del martirio de San Lorenzo, que está en la sacristía alta, donde están las capas del coro, de lo muy bueno que él hizo. Estuvo puesto en el cuadro principal del altar mayor; parecieron algo pequeñas las figuras, porque no la pintó aquí, sino la envió desde Italia, y muchos quisieran, con todo eso, que no las hubieran quitado, porque el santo salía muy bien, y las demás figuras tenían mucha viveza y movimiento, y sin falta; que si el colorido y ornato le ayudaran, que era muy excelente cuadro y digno de que se quedara allí. Hay también un Cristo a la Columna, en el paso del colegio para la sacristía; figura muy devota, bien plantada y de mucho relieve, aunque tan sola, que no tiene sino un verdugo y un muchacho, que pone tristeza ver tanta soledad, si no fué industria, para que sólo se mirase a la figura del Cristo. Dejó también aquí un San Francisco, y un San Jerónimo, harto devotas cabezas, de un Miguel Cusin, flamenco, gran imitador de la manera de Andrea del Sarto, y de otros que le parecían bien, como del Muciano; hay aquí muchos cuadros harto buenos, y que por ser imitador de los valientes de Italia, merece le pongamos entre ellos, aunque cuando hacía de su ingenio, descubría la verdad, y aquella manera propia de Flamenco, que naturalmente es desgraciada, de poca fuerza y pobre movimiento. Los dos mejores cuadros son la Historia de David, cuando cortó al Gigante la cabeza, que tiene tan buen colorido, perspectiva y movimientos, que la tendrán por de hombre valiente. El otro es de Santa Cecilia, doncella hermosísima, que está tañendo en un monacordio, y algunos ángeles que cantan al son del instrumento, muy gracioso todo y de buen orden y luces. Están en la sacristía, casi de frente una de otra, al cabo y al principio; también está una figura de San Pedro, que tiene una testa harto buena, y buenas ropas, si lo demás de la figura respondiera; hay otros muchos cuadros que son más propios suyos, que se les echa de



ver son de Flamenco, y así no los particularizo más, aunque en aquel género es de lo mejor que hay en esta Casa. De Lavinia Fontana, hija de Próspero Fontano, pintor famoso en Bolonia, tenemos de su misma mano, y está en el capítulo que llaman del Vicario, aquella historia de Nuestra Señora con el Niño dormido, echado a la larga encima de unas almohadas labradas, con el San Juanico y San José y la Virgen, que levanta un velo para que se vea el Niño; pintura tan alegre y hermosa, y de tan buen colorido y tan llena de dulzura, que nunca se hartan de verla, y con haber en aquella pieza tantas y tan valientes pinturas, ésta sola se lleva los ojos y enamora, especialmente a la gente ordinaria. Las cosas de Lavinia se estiman en toda Italia; que aunque no tengan la valentía que las de esos grandes hombres, por ser de mujer, que sale del curso ordinario, y de aquello que es propio de sus dedos y de sus manos, como lo dijo Salomón, se hace, con gran razón, mucha cuenta de ellas. Débense de haber hecho más de diez o doce copias de este original, algunas harto ordinarias, y las que se han sacado de aquéllas son sin cuento, unas peores que otras. En estos capítulos y en la sacristía quedan otros muchos cuadros excelentes, que ni les conozco los dueños, ni acabaré de contarlos en muchos pliegos, porque es grande la riqueza que está sembrada por toda la Casa en este género. Sólo he nombrado lo que se conoce de los famosos de Italia, donde, sin controversia, ha tenido su asiento y su valor la pintura y la escultura, y de allí se ha derramado por España y Francia y a otras provincias. De allá vino nuestro Juan Fernández Mudo, tan enriquecido, que no sé si quedó quien le hiciese ventaja, y los que ven lo que aquí dejó hecho, y cotejado con lo de estos muy valientes que hemos nombrado, en ninguna cosa se queda atrás y a muchos pasa adelante. Lo que me pesa es que se comenzó en él, y en él podemos decir se acabó, porque no vemos hasta ahora quien se le vaya pareciendo, ni aun de lejos. Sin las obras y cuadros suyos de que ya hicimos memoria, en el claustro y en la iglesia y porte-



Martirio de San Mauricio y de la Legión Tebea

(Greco.)



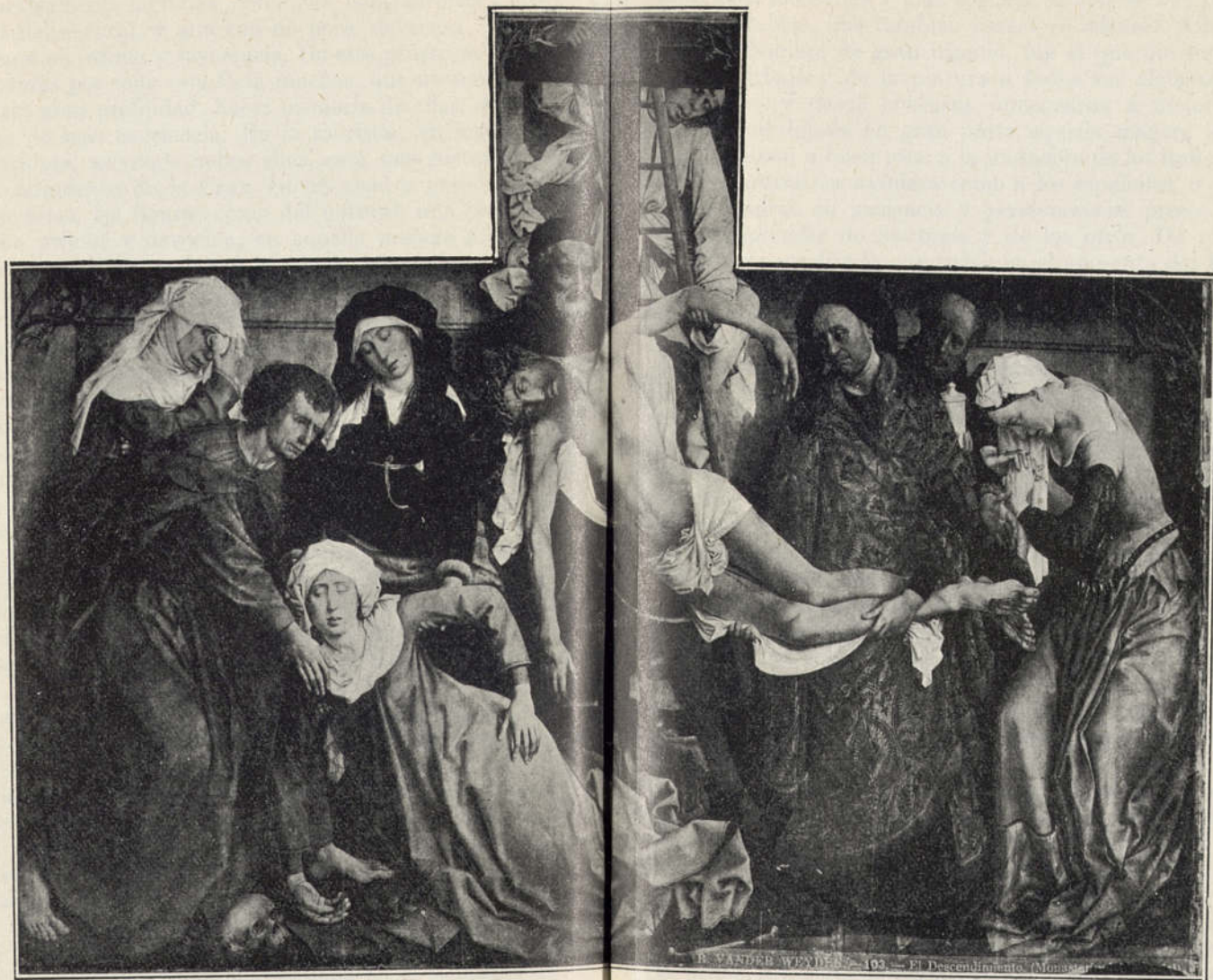
ría, quedó en el capítulo un cuadro grande, de su mano: es el primer Aparecimiento que nuestro Señor hizo después de su Santa Resurrección, que toda la piedad cristiana afirma fué a su Santa Madre. Están las dos figuras solas; el Cristo, en el aire, desplomada la planta, un cuerpo desnudo hermosísimo y de linda simetría y proporción; no quedó este cuadro acabado, mas bien dice cuyo es. Otras piezas hay en la Casa, como en la enfermería del convento un Ecce Homo, sólo de medio cuerpo, y otro en el aula del convento con un Pilatos, y otras figuras, que tampoco quedó acabado; y si él no se nos acabara tan presto, dejara en esta Casa y en España singulares monumentos de su ingenio, que le pregonaran por otro nuevo Timantes, que tuvo singular gracia en guardar gravedad y decoro en sus pinturas, en lo que dicen tuvo aquel antiguo pintor excelente sobre los famosos de su siglo. De un Dominico Greco, que ahora vive y hace cosas excelentes en Toledo, quedó aquí un cuadro de San Mauricio y sus soldados, que le hizo para el propio altar de estos santos; no le contentó a Su Majestad (no es mucho), porque contenta a pocos, aunque dicen es de mucho arte, y que su autor sabe mucho, y se ve en cosas excelentes de su mano. En esto hay muchas opiniones y gustos; a mí me parece que ésta es la diferencia que hay entre las cosas que están hechas con razón y con arte, a las que no lo tienen; que aquéllas contentan a todos, y éstas a algunos, porque el arte no hace más de corresponder con la razón y con la naturaleza, y ésta en todas las almas está impresa, y así con todas cuadra; lo mal hecho, con algún afeite o apariencia puede engañar al sentido ignorante, y así contentan a los poco considerados e ignorantes. Y tras esto (como decía en su manera de hablar nuestro Mudo), los santos se han de pintar de manera que no quiten la gana de rezar en ellos, antes pongan devoción, pues el principal efecto y fin de su pintura ha de ser ésta.

Hay en este convento, fuera de toda esta suerte de pintura que hemos dicho, cultivada en Italia, traída y aprendida de los griegos, otra muy ajena de todo lo que



sabe a buen dibujo y arte, aunque se ven en ella cosas admirablemente labradas, detenidas, contrahechas e imitadas del natural, y aun con no poca devoción, dignas de tener en estima y reverencia. De este género se hallan repartidas por toda esta Casa muchas, que no será posible, sin gran prolijidad, hacer memoria de ellas; diré algunas de más excelencia. En la sacristía, en medio de los cajones, asentada sobre ellos, está una historia del Descendimiento de la Cruz, en un cuadro grande, con sus puertas, las figuras como del natural; una pieza de mucho primor y devoción, en aquella manera alemana o-flamenca, lindas cabezas y rostros, ropas, brocados y otros paños retirados del natural. Están las Marías con mucha demostración de tristeza; la Virgen, según el común sentir o engaño de aquellos tiempos, desmayada y perdido el color, y aun la compostura y decoro, pareciéndoles que si no era de esta manera, y haciendo este agravio a aquel corazón fortísimo, no se podía significar el dolor, tristeza y vivo sentimiento de Madre que amaba más de lo que podemos expresar con la lengua, y aun con el pensamiento. A los lados, y encima de los mismos cajones, hay otras tablas y cuadros de este mismo género, aunque ninguno tan bueno. En el zaguán de la misma sacristía está un cuadro de San Jerónimo, excelente; parece milagroso, porque yo le oí decir a Jacobo de Trezo, que lo presentó a Su Majestad, lo había pintado un Herrero, de Flandes, y fué de lo primero que sacó a luz, y pudiéramos decir lo del otro poeta: *Ut sic repente poeta prodirem*. En el mismo zaguán está otro San Lucas, en correspondencia del San Jerónimo, muy singular cabeza, aunque se le ve que es retrato; en la pared de frente de ésta está aquella tan famosa historia de la Anunciada, que en Florencia la muestran con tantos velos que igualan a los días de la semana, y cierto que están la Virgen y el ángel hermosos y de suma honestidad y compostura; ponen temor y reverencia. Esta es copia, y muy buena, de aquella que dicen allá ha hecho nuestro Señor muchas maravillas en los que ponen devoción en ella, aunque no la podemos lla-





Descendimiento de la Cruz, por Val-den-Weyden.



mar flamenca, bien que tira mucho a aquel modo. De otras más modernas y más llegadas al arte se ven otras muchas tablas, que también pasaré en silencio. Alberto Durero, hombre de gran ingenio, fué el que dió mucha luz del dibujo y de la pintura a todos sus alemanes y flamencos, y desde entonces comenzaron a mejorarse tanto, que dejada en gran parte aquella manera antigua, caminan a buen paso a la imitación de los italianos, y si el natural les ayudara como a los españoles, o ellos nos prestaran su paciencia y perseverancia, presto pudieran aprender de los unos y de los otros. De mano de Alberto ya dije lo que había en el aposento del Rey: una Huída a Egipto, de noche, y no sé si un cuadro de la Resurrección, que está encima de una puerta, y otra tablilla con cosas del natural, al temple. En lo que este hombre fué excelente es en las estampas que cortó de su misma mano en metal y madera, con tanta destreza y maestría, que ha puesto admiración. Mostró valer tanto en esto, que con solas líneas negras y lo blanco que dejó entre ellas significa cuanto pudieron hacer Apeles y Timantes, y nos representa las cosas tan vivas como si tuvieran sus naturales colores. No valía menos con la pluma y con la tinta, que con el buril: vense aquí en esta librería, en unos libros franceses de mano, dos historias de las ficciones de Troya, dibujadas de su mano, que jurarán son finas estampas (descenderé a esta menudencia); al cabo de una plana de éstas en que están las historias, dejó correr la pluma, y de un rasgo, burlando y sin levantar la mano, figuró un león, con sus guedejas y uñas, que es de ver tanta destreza y voltear de la pluma.

Entre las pinturas de estos alemanes y flamencos, que, como digo, son muchas, están repartidas por toda la Casa muchas de un Jerónimo Bosco, de que quiero hablar un poco más largo, por algunas razones: porque lo merece su grande ingenio; porque comúnmente las llaman los disparates de Jerónimo Bosque gente que repara poco en lo que mira, y porque pienso que sin razón le tienen infamado de hereje; tengo tanto concepto (por



empezar de esto postrero) de la piedad y celo del Rey nuestro Fundador, que si supiera era esto así, no admittiera las pinturas dentro de su Casa, de sus claustros, de su aposento, de los capítulos y de la sacristía; todos estos lugares están adornados con ellas; sin esta razón, que para mí es grande, hay otra que se toma de sus pinturas: vense en ellas casi todos los Sacramentos y estados y grados de la Iglesia, desde el Papa hasta el más ínfimo, dos puntos en que todos los herejes tropiezan, y los pintó en muchas veras y con gran consideración, que si fuera hereje, no lo hiciera, y de los misterios de nuestra redención hizo lo mismo. Quiero mostrar ahora que sus pinturas no son disparates, sino unos libros de gran prudencia y artificio, y si disparates son, son los nuestros, no los suyos, y, por decirlo de una vez, es una sátira, pintada, de los pecados y desvarios de los hombres. Pudiérase poner por argumento de muchas de sus pinturas los versos de aquel gran censor de los vicios de los romanos, que cantó al principio diciendo:

*Quidquid agunt homines, votum, timor, ira, voluptas:  
Gaudia, discursus nostri est farrago libelli.  
Et quando vberior viciorum copia, &*

Que vueltos en castellano pudiera decir así Bosco: Quanto los hombres hacen, sus deseos, sus miedos, furias, apetitos vanos, sus gozos, sus contentos, sus discursos, de toda mi pintura es el sujeto.

Mas cuando hubo de vicios tanta copia, la diferencia que, a mi parecer, hay de las pinturas de este hombre a las de los otros, es que los demás procuraron pintar al hombre cual parece por defuera; éste sólo se atrevió a pintarle cual es dentro; procedió para esto con un singular motivo, que declararé con este ejemplo: los poetas y los pintores son muy vecinos, a juicio de todos; las facultades tan hermanas, que no distan más que el pincel y la pluma, que casi son una cosa; los sujetos, los fines, los colores, las licencias y otras partes son tan unas, que apenas se distinguen sino con las formalidades de nuestros metafísicos. Entre los poetas latinos se habla

de uno (y no de otro que merezca nombre) que pareciéndole no podía igualar en lo heroico con Virgilio, ni en lo cómico o trágico llegar a Terencio o Séneca, ni en lo lírico a Horacio, y aunque más excelente fuese y su espíritu le prometiese mucho, habían de ser éstos los primeros, acordó hacer camino nuevo: inventó una poesía ridícula, que llamó macarrónica; junto con ser así, que tuviese tanto primor, tanta invención e ingenio, que fuese siempre príncipe y cabeza de este estilo, y así le leyesen todos los buenos ingenios, y no le desechasen los no tales, y como él dijo: *Me legat quisquis legit omnia*. Y porque su estado y profesión no parece admitía bien esta ocupación (era religioso, no diré su nombre, pues él le calló), fingió un vocablo ridículo, y llamóse Merlín Cocayo, que cuadra bien con la superficie de la obra, como el otro que se llamó Hisopo; en sus poemas descubre con singular artificio cuanto bueno se puede desear y coger en los más preciados poetas, así en cosas morales, como en las de la naturaleza, y si hubiera de hacer aquí oficio de crítico, mostrara la verdad de esto con el cotejo y contraposición de muchos lugares. A este poeta tengo por cierto quiso parecerse el pintor Jerónimo Bosco, no porque le vió, porque creo pintó primero que este otro cocase, sino que le tocó el mismo pensamiento y motivo; conoció tener gran natural para la pintura, y que por mucho que hiciese, le habían de ir delante Alberto Durero, Miguel Angel, Urbino y otros; hizo un camino nuevo, con que los demás fuesen tras él, y él no tras ninguno, y volviere los ojos de todos a sí; una pintura como de burla y macarrónica, poniendo en medio de aquellas burlas muchos primores y extrañezas, así en la invención como en la ejecución y pintura, descubriendo algunas veces cuánto valía en aquel arte, como también lo hacía Cocayo hablando de veras. Las tablas y cuadros que aquí hay son tres diferencias. O pinta cosas devotas, como son pasos de la Vida de Cristo y su Pasión, la Adoración de los Reyes y cuando lleva la Cruz a cuestras: en la primera exprime el efecto pío y sincero de los sabios y virtuosos, donde no se ve ninguna monstruosidad ni



disparate; en la otra muestra la envidia y rabia de la falsa sabiduría, que no descansa hasta que quita la vida a la inocencia, que es Cristo; así se ven los fariseos y escribas con rostros furiosos, fieros, regañados, que en los hábitos y acciones se les lee la furia de estos afectos. Pintó por veces las Tentaciones de San Antonio (que es el segundo género de pintura), por ser un sujeto donde podía descubrir extraños efectos. De una parte se ve a aquel santo príncipe de los eremitas con rostro sereno, devoto, contemplativo, sosegado y llena de paz el alma; de otra, las infinitas fantasías y monstruos que el enemigo forma para trastornar, inquietar y turbar aquella alma pía y aquel amor firme; para esto finge animales, fieras, quimeras, monstruos, fuegos, muertes, gritos, amenazas, víboras, leones, dragones y aves espantosas, y de tantas suertes, que pone admiración cómo pudo formar tantas ideas; y todo esto para mostrar que un alma, ayudada de la divina gracia y llevada de su mano a semejante manera de vida, aunque en la fantasía y a los ojos de fuera y dentro represente el enemigo lo que puede mover a risa o deleite vano, o ira y otras desordenadas pasiones, no serán parte para derribarle ni moverle de su propósito. Varió este sujeto y pensamiento tantas veces, y con tan nuevas invenciones, que me pone admiración cómo pudo hallar tanto, y me detiene a considerar mi propia miseria y flaqueza, y cuán lejos estoy de aquella perfección, pues con tan fáciles musarañas y poquedades me turbo y descompongo, pierdo la celda, el silencio, el recogimiento y aun la paciencia, y en este santo pudo tan poco todo el ingenio del demonio y del infierno para derribarlo en esto; y tan aparejado está el Señor para socorrerme a mí como a él, si me pongo animosamente en la pelea. Encuéntrase esta pintura en hartas partes: en el capítulo hay una tabla; en la celda del Prior, otra; en la galería de la Infanta, dos; en mi celda, otra, harto buena, en que algunas veces leo y me confundo; en el aposento de Su Majestad, donde tiene un cajón con libros como el de los religiosos, está una tabla y cuadro excelente: tiene en medio, y como en el centro,



Tentaciones de San Antonio, por Jerónimo del Bosco.



en una circunferencia de luz y de gloria, puesto a nuestro Redentor; en el contorno están otros siete círculos, en que se ven los siete pecados capitales con que le ofenden todas las criaturas que él redimió, sin considerar que los está mirando y que lo ve todo. En otros siete cercos puso luego los siete sacramentos con que enriqueció su Iglesia, y donde como en preciosos vasos puso el remedio de tantas culpas y dolencias en que se dejan caer los hombres, que cierto es consideración de hombre pío, y buena para que todos nos mirásemos en ella, pues la pintó como espejos donde se ha de componer el cristianismo; quien esto pintaba no sentía mal de nuestra fe. Allí se ve el Papa, los Obispos y Sacerdotes, unos haciendo órdenes, otros bautizando, otros confesando y administrando otros sacramentos. Sin estos cuadros, hay otros de grandísimo ingenio, y no de menor provecho, aunque parecen más macarrónicos, que es el tercer género de sus invenciones. El pensamiento y artificio de ellos está fundado en aquel lugar de Isaías (1) en que, por mandado de Dios, dice a voces: Toda carne es heno, y toda su gloria, como flor del campo. Y sobre lo que dice David (2): El hombre es como heno, y sus glorias, como la flor del campo. El uno de estos dos cuadros tiene como por fundamento o sujeto principal lo primero, que es un carro de heno cargado, y encima, asentados, los deleites de la carne, la fama y la ostentación de su gloria y alteza, figurado en unas mujeres desnudas, tañendo y cantando, y la fama en figura de demonio, allí junto, con sus alas y trompeta, que publica su grandeza y sus regalos. El otro tiene por sujeto y fundamento una florecilla y frutilla de estas que llamamos fresas, que son como unos madroñuelos, que en algunas partes llaman mayotas, cosa que apenas se gusta, cuando es acabada. Para que se entienda su discurso, pondrélo por el orden que lo tiene dispuesto. Entrambos tableros son un cuadro grande, y dos puertas, con que se cierran. En la primera de estas puertas pinta la Creación del hombre,

(1) Esai., 41. (2) Psalm. 102.



y cómo le pone Dios en el Paraíso, y en un lugar ameno, lleno de verdura y deleitable, señor de todos los animales de la tierra y de las aves del cielo, y cómo le manda, para ejercicio de su obediencia y de su fe, que no coma de un árbol; y después, cómo le engaña el demonio en figura de serpiente, come y traspassa el precepto de Dios, y le destierra de aquel lugar deleitable y de aquella alta dignidad en que estaba creado y puesto. En el cuadro que se llama Carro de Heno está esto más sencillamente pintado; en el del Madroño está con mil fantasías y consideraciones, que tienen mucho que advertir; esto está en la primera parte y puerta. En el cuadro grande que luego se sigue está pintado en qué se ocupa el hombre, desterrado del Paraíso y puesto en este mundo; y declara que en buscar una gloria de heno y de paja, o hierba sin fruto, que hoy es, y mañana se echa en el horno, como dijo el mismo Dios; y así descubre las vidas, los ejercicios y discursos con que estos hijos de pecado y de ira, olvidados de lo que Dios les manda, que es hacer penitencia de sus pecados y levantar los ojos de la fe a un Salvador que los ha de remediar, convertirse todos a buscar y pretender la gloria de la carne, que es como heno breve, finito, inútil, que tales son los regalos de la sensualidad, los estados, la ambición y fama. Este carro de heno en que va esta gloria, le tiran siete bestias fieras y monstruos espantables, donde se ven pintados hombres medio leones, otros medio perros, otros medio osos, medio peces, medio lobos, símbolos todos y figura de la soberbia, de la lujuria, avaricia, ambición, bestialidad, tiranía, sagacidad y brutalidad. Al derredor de este carro van todos los estados de los hombres, desde el Papa y Emperador y otros Príncipes hasta los que tienen el estado más bajo y más viles oficios de la tierra, porque toda carne es heno, y todo lo enderezan los hijos de la carne y de todo usan para alcanzar esta gloria vana y caduca; y todo es dar trazas cómo subir a la gloria de este carro: unos ponen escaleras; otros, garabatos; otros trepan, otros saltan y buscan cuantos medios e instrumentos pueden para llegar allí arriba; unos, ya que es-

taban en lo alto, caen de allí abajo; otros atropellan las ruedas, otros están gozando de aquel nombre y aire vano. De suerte que no hay estado ni ejercicio ni oficio, sea bajo o sea alto, sea divino o sea humano, que los hijos de este siglo no lo conviertan o abusen de él para alcanzar y gozar de esta gloria de heno. Bien sé que van todos caminando a prisa, y los animales que tiran el carro forcejean, porque va muy cargado, y tiran para acabar presto la jornada, descargar aquel camino y volver por otro, con que se significa harto bien la brevedad de este miserable siglo, y lo poco que tarda en pasar, y cuán semejantes son todos los tiempos en la malicia. El fin y paradero de todo esto está pintado en la puerta postrera, donde se ve un infierno espantosísimo, con tormentos extraños, monstruos espantosos, envueltos todos en obscuridad y fuego eterno. Y para dar a entender la muchedumbre de los que allí entran, y que ya no caben, finge que se edifican aposentos y cuartos nuevos, y las piedras que suben para asentar en el edificio son las almas de los miserables condenados, convertidos también allí en instrumentos de su pena los mismos medios que pusieron para alcanzar aquella gloria. Y porque se entendiese también que nunca en esta vida desampara de todo punto el auxilio y piedad divina aun a los muy pecadores, aun cuando están en medio de sus pecados, se ve al Angel Custodio junto al que está encima del carro de heno, en medio de sus vicios torpes, rogando a Dios por él, y el Señor Jesucristo, los brazos abiertos y con las llagas manifiestas, aguardando a los que se convierten. Yo confieso que leo más cosas en esta tabla, en un breve mirar de ojos, que en otros libros en muchos días. La otra tabla de la gloria vana y breve gusto de la fresa o madroño, y su olorcillo, que apenas se siente cuando ya es pasado, es la cosa más ingeniosa y de mayor artificio que se puede imaginar. Y digo verdad, que si se tomara de propósito y algún grande ingenio quisiera declararla, hiciera un muy provechoso libro, porque en ella se ven, como vivos y claros, infinitos lugares de la Escritura de los que tocan a la malicia del hombre,



porque cuantas alegorías o metáforas hay en ella para significar esto en los Profetas y Salmos, debajo de animales mansos, bravos, fieros, perezosos, sagaces, crueles, carniceros, para carga y trabajo, para gusto y recreaciones y ostentaciones, buscados de los hombres y convertidos en ellos por sus inclinaciones y costumbres, y la mezcla que se hace de unos y de otros, todos están puestos aquí con admirable propiedad. Lo mismo de las aves y peces, y animales reptiles, que de todo están llenas las divinas letras. Aquí también se entiende aquella transmigración de las almas que fingieron Pitágoras, Platón y otros poetas que hicieron fábulas doctas de estas metamorfosis y transformaciones, que no pretendían otra cosa sino mostrarnos las malas costumbres, hábitos o siniestros avisos de que se visten las almas de los miserables hombres, que por soberbia son leones; por venganza, tigres; por lujuria, mulos, caballos, puercos; por tiranía, peces; por vanagloria, pavones; por sagacidad y mañas diabólicas, raposas; por gula, gimios y lobos; por insensibilidad y malicia, asnos; por simplicidad bruta, ovejas; por travesura, cabritos, y otros tales accidentes y formas que sobreponen y edifican sobre este ser humano; y así se hacen estos monstruos y disparates, y todo para un fin tan apocado y tan vil como es el gusto de una venganza, de una sensualidad, de una honrilla, de una apariencia y estima, y otras tales que no llegan apenas al paladar, ni a mojar la boca, cual es el gusto y saborcillo de una fresa o madroño, y el olor de sus flores, que aun muchos con el olor se sustentan.

Quisiera que todo el mundo estuviera tan lleno de los traslados de esta pintura como lo está de la verdad y del original de donde retrató sus disparates Jerónimo Bosco, porque dejado aparte el gran primor, el ingenio y las extrañezas y consideraciones que hay en cada cosa (causa admiración cómo pudo dar en tantas una sola cabeza), se sacara grande fruto, viéndose allí cada uno tan retratado al vivo en lo de dentro, si no es que no advierte lo que está dentro de sí, y está tan ciego que no conoce las pasiones y vicios que le tienen tan desfi-

gurado en bestia o en tantas bestias. Y viera también en la postrera tabla el miserable fin y paradero de sus estudios, ejercicios y ocupaciones, y en qué se truecan en aquellas moradas infernales. El que toda su felicidad ponía en la música y cantos vanos y lascivos, en danzas, en juegos, en cazas, en galas, en riquezas, en mandos, en venganza, en estimación de santidad e hipocresía, verá una contraposición en el mismo género, y aquel gustillo breve convertido en rabia eterna, irremediable, implacable. No quiero decir más de los disparates de Jerónimo Bosco; sólo se advierta que casi en todas sus pinturas (digo en las que tienen este ingenio, que, como vimos, otras hay sencillas y santas) siempre pone fuego y lechuza. Con lo primero nos da a entender que importa tener memoria de aquel fuego eterno, que con esto cualquier trabajo se hará fácil, como se ve en todas las tablas que pintó de San Antón. Y con lo segundo dice que sus pinturas son de cuidado y estudio, y con estudio se han de mirar. La lechuza es ave nocturna, dedicada a Minerva y al estudio, símbolo de los atenienses, donde floreció tanto la Filosofía, que se alcanza con la quietud y silencio de la noche, gastando más aceite que vino.

## DISCURSO XVIII

*Piezas ordinarias de esta casa, cantinas, desvanes, algibes, fuentes, arcas de aguas y conductos.*

**L**os que han escrito de la grandeza y cosas señaladas del mundo han considerado prudentemente que no menor argumento hacen de ellas diciendo las partes menudas, que pintando las principales. Cuando el Espíritu Santo quiso se escribiese la fábrica de su Templo, hecho por Salomón, como dijo su grandeza y sus medidas, dijo también el número de los peones que llevaban la madera y otros materiales, y contó cuántos eran los sobrestantes, y otras cosas menores.

Para mostrar la grandeza de Roma, por que dejemos



otras más antiguas, no sólo se cuentan las provincias y las legiones, los tributos y censos y edificios principales, sino la grandeza y majestad de los caminos, encañados de aguas, y aun las cloacas y albañales de su limpieza, y por la grandeza de esto se percibe mejor el todo. Y el otro historiador antiguo (1), para declarar la grandeza de las Pirámides de Egipto, dijo lo que habían gastado los peones en ajos y cebollas, que es una suma increíble, como muchas de sus cosas. Esto quiero hacer ahora en lo que resta de este discurso, y pues he dicho lo precioso y más importante como he podido, daré noticia, aunque de paso y con la brevedad usada, de lo que parece menos, aunque no menos necesario, que así lo son las cosas que parecen viles, como lo enseñó el Apóstol en las partes del cuerpo humano. Trataré, pues, ahora de lo que promete el título: desvanes, cantinas, aljibes, cisternas, arcas de agua, fuentes, arcaduces, caños, jardines, huertas y calles de árboles, plazas y otras cosas de este género que se ven por el contorno de este edificio; accidentes o adherentes de esta substancia, que, como dijo el Filósofo, a su propósito, ayudan en gran parte para su conocimiento. Lo más alto de los aposentos de esta Casa, que son los que están debajo de los tejados, que en castellano llamamos desvanes, tienen buen artificio, anchura, capacidad, alegría, la madera bien labrada y mucha, habitables, con muchas ventanas, que por defuera y por de dentro adornan el edificio y le dan gracia, y así se hacen en ellos muchas celdas para los religiosos mancebos, que en esta Casa viven por sí donde no los tratan ni ve nadie, sino sólo el maestro que los cría y tiene a cargo, porque estas plantas son tan delicadas que cualquier aire fino, si es muy puro, las marchita o las malea. Son tan altos, que desde el cornisamento, o corona de toda la Casa, hasta lo que llamamos el caballete, tienen veinticinco pies de alto, y así pueden doblarse las celdas con buen maderamiento, porque no estén inmediatas a la pizarra, y de invierno más abri-

(1) Herod., lib. II.

gadas, y en verano menos calurosas, porque las pizarras de que son todos los tejados de esta Casa se encienden demasiado con el sol del verano. Sin esto, hay tránsitos y piezas muy grandes, y de ver, y aun de mucho servicio, porque son grandísimos los desvanes; pudiera vivir en ellos un gran pueblo, y así se hacen diversos aposentos y apartados para la gente de servicio de la Casa Real y del convento. Las chimeneas que se ven salir por lo alto de estos tejados, como son todas a un nivel y tienen tan graciosa hechura, con pedestales y cornisas y basas estriadas, a manera de columnas de piedra blanca, hacen buena vista y acompañamiento sobre el azul de la pizarra; pasan de cincuenta, si no las he contado mal.

Las cantinas y bóvedas, que están en el otro extremo, que es el más bajo del edificio, son también dignas de advertencia. Desde la esquina y torre de la botica, que es Poniente y Mediodía, hasta la torre del Prior, y desde allí hasta la torre, que es Oriente y Norte, en diámetro, están desde el suelo de la Casa, abajo, aquellos dos lienzos fundados sobre clarísimas bóvedas de piedra, porque tienen ventanas cuadradas, con sus rejas, desde el talud de las celdas bajas, donde dijimos que asentaba aquel orden de rejas grandes, hasta el suelo de los jardines. Aquí, en estas cantinas, hay muchas y muy excelentes piezas de gran servicio y cumplimiento para todos los oficios y oficinas de este gran cuerpo, como son botica, sacristía, bodegas y otras piezas para el servicio de la Casa Real, tan claras, anchas, alegres y enjutas como las mismas celdas. En el lienzo de Poniente hay otras que hacen mucho servicio a las cocinas y procuración, que son gran parte para la limpieza, anchura y policía de estos oficios. Sin éstas, atraviesan otras cantinas, desde el lienzo de Mediodía al del Norte, con otros tránsitos y callejones que se perdería un hombre en ellos, como en otro laberinto, si no llevase con qué salir de sus rodeos.

Antes que salgamos de él, hemos de ver otra cosa no menos importante ni de menor grandeza, que son los aljibes o cisternas de agua del cielo, o de las fuentes, y están repartidos por estas cantinas en los lugares más



oportunos, por el buen juicio del arquitecto. En el claustro o patio de la iglesia pequeña, junto al refectorio, hay dos, y aunque tienen bocas a este mismo patio, no se sirven por allí, sino por las mismas cantinas, donde tienen sus grifones grandes, y así sale el agua en el invierno, templada, y en el verano, poco menos fría que con nieve, grande consuelo en uno y otro tiempo. En el claustro de la enfermería hay otros dos de la misma suerte; sirven a los enfermos y botica, porque tienen muy a mano el agua. En el claustro de la hospedería hay otros dos, y otros dos en el colegio; y en el patio Real se pusieron otros dos, mayores que éstos, para que hubiese frescura y cumplimiento de verano, que tanto regalo es el agua fresca. Pusiéronse de dos en dos, porque en tanto que se bebe el uno, se reposa el agua en el otro. En el servicio y cantinas de la sacristía hay uno, tan capaz, que fuera bastante a sustentar la Casa cuando no hubiera otro; de suerte que son once en todos, suficientes a abastecer una ciudad. La primera intención de estas cisternas fué para regar los jardines, de que hablaremos luego, pensando que con las fuentes que estaban reparadas por la Casa no hubiera necesidad de ellos; mas como el agua se coge tan limpia (los tejados son como una taza de plata; el suelo de piedra berroqueña, barridos y limpios, y colada por tantos conductos), quedó tan clara y tan sana, acordaron de beber de ella. No todos los médicos y filósofos convienen en cuál sea mejor agua, ésta o la de las fuentes; la opinión de los más favorece a las cisternas, por ser el agua de lluvia más delgada, de más puras calidades que la de las fuentes, por ser de exhalaciones que se levantaron tan altas en el aire, y las otras no haber salido de la tierra. Las menores de estas cisternas caben a más de diez mil cántaros de agua. Las fuentes que están repartidas por la Casa, en sus lugares necesarios, son también muchas; pasan de cincuenta las partes adonde en diversas pilas y grifones cogen agua a todas las horas que quieren, y de éstas algunas están al andar de los treinta pies, que es en el suelo de la planta segunda, donde sube por sus pujos

y conductos de metal, atravesando paredes muy gruesas; grande alivio, servicio y limpieza para todos, y con todas las llaves y grifones de metal que para el gobierno de esto son menester; debajo de tierra y encima, son más de setenta, que es una cosa grande para dentro de un cuadro de casa, que no pide pequeños reparos ni poco cuidado. Provéense estas fuentes todas de las que se han hallado naturales en esta sierra, y de una garganta que descende de ella y viene corriendo cerca de la Casa. Levantado en la ladera, se hizo un gran recibimiento, donde como en un arca grande y de hermosa bóveda de piedra, de más de cincuenta pies en largo y treinta y cuatro de ancho, y allí recogida el agua en una pila grande, se va colando por muchas arquetas, pasando de una en otra, para que se purifique y limpie. Desde allí, por sus arcaduces, baja corriendo, descansando en sus arquetas hasta que llega a otra arca grande, poco menor que la primera, donde, como en el cuerpo humano el hígado reparte aquella masa que le envió el estómago y la distribuye donde ve que es menester para el aumento o sustento de esta casa de nuestro cuerpo, de la misma suerte el agua, por sus llaves y conductos, se reparte a los lugares que la piden: claustros, iglesias, oficinas.

Ya hemos salido fuera del cuadro que tanto nos ha detenido dentro, sin dejarnos descansar, llevándonos de unas grandezas en otras como corriendo; falta veamos ahora lo de fuera, que también hay que considerar en ello, y si no responde a lo de dentro, será gran falta; como en el cuerpo humano, si no hubiese buenos adornos exteriores, haría notable deformidad en el todo, por hermoso que fuese, y mirándose a los pies, desharía la rueda de su gloria. Está este cuadro rodeado por las cuatro fachadas, que consideramos en el primer discurso, con harta grandeza y hermosura. El lienzo principal, que vimos, donde está el pórtico, tiene delante una larga plaza o patio, que desde la esquina y torre de la botica se extiende hasta la otra torre del colegio y pasa más adelante hasta una muralla grande que sustenta el terraplén de la cuesta que allí hace la sierra. El largo es de mil



doscientos pies, y el ancho, desde la pared de la Casa hasta otra muralla o paredón que detiene la tierra del plantel, tiene trescientos cincuenta. Esta plaza se divide a los doscientos pies, de largo a largo, con un antepecho de piedra, bien labrado, de cinco pies y medio de alto; tiene por dentro una grada, y hace cuatro puertas, con que se divide para las entradas, que todo le da majestad y hermosura, guardando las correspondencias de las tres puertas que aquí hace la Casa. De este antepecho, vuelta por el lienzo que mira al Norte, donde también se hace otra plaza, que tiene de largo otros mil pies, desde la torre de las Damas hasta el paredón del plantel; de ancho, ciento setenta, desde la pared de la Casa hasta las que están frontero de ella, que son de los oficios de la Casa Real, como veremos, y queda dividida de largo a largo con el mismo antepecho, haciendo sus divisiones y entradas frontero de las puertas; y por el Oriente atraviesa y junta con la esquina de la torre, donde hace otras tres entradas, que están cerradas con sus cadenas, y tienen sus remates, que le dan hermosura y adorno. De suerte que corre este antepecho de esquina a esquina diametral, dejando una calle grande y espaciosa fuera de él para el paso ordinario, por entrambas partes. El suelo de estas dos plazas está repartido con sus losas que van trabando, de suerte que hacen sus compartimientos y responden con el orden de las fajas de las paredes, con el claro de las ventanas y de las puertas. De esta suerte está adornada la mitad del cuadro de fuera, y no hablo aquí ahora de otros edificios. La otra media parte, que es el lienzo de Mediodía y Oriente, desde torre a torre diametral, tiene otro más hermoso adorno, y es una de las cosas de más majestad y grandeza que hay en este edificio, y con ser como forzoso y necesario, se puso de suerte que pareció buscado a posta para ennoblecir esta fábrica. Este es un terraplén de cien pies de ancho, desde la pared de estas dos fachadas a su antepecho. La muralla que le sustenta es muy ancha. Por la parte de fuera que mira a la huerta y campo va haciendo un orden de arcos rústicos, que desde el

zoco hasta lo alto tiene veinte pies, grandeza de todo este edificio, que a todo le da ser y lo levanta mirado por estas dos bandas, que parece estar toda la fábrica fundada sobre ellos. Tiene esta arquería y fachada rústica mil novecientos cincuenta pies, sin dos vueltas grandes que hace, sobre el estanque de la huerta, la una, y en una plaza de frente de los aposentos de la Reina, la otra. Obra de las que, por su grandeza, solemos llamar romanas.

La plaza que hace encima este terraplén, que, como digo, tiene cien pies de ancho, está toda llena de jardines y fuentes, como dicen que otro tiempo estuvieron sobre los muros de Babilonia aquellos que llamaron Huertos Pensiles. Vense aquí infinita variedad de plantas, arbustos y hierbas, que dan grande copia de flores, de que en invierno y en verano, sin faltar jamás, se componen infinitos ramilletes de gran frescura y belleza, y con muy poca diligencia de los que los cultivan, se conservan en el más riguroso invierno muchas clavellinas y claveles, no sólo de los que nos han enviado de nuestras Indias, sino de los naturales y finos de España, lo que no se hace en Aranjuez ni en otros jardines regalados. Están repartidas en estas dos plazas doce fuentes; en el contorno de cada una hay cuatro cuadros de flores, haciendo artificiosos y galanos compartimientos. Mirados de lo alto de las ventanas, como dejan por una y otra banda paseaderos anchos y ellos tienen sembrados por la verdura tan varios colores de flores, blancas, azules, coloradas, amarillas, encarnadas y de otras agradables mezclas, y están tan bien compartidos, parecen unas alfombras finas, traídas de Turquía, de El Cairo o Damasco. En medio de cada pila o fuente, una piña de piedra berroqueña; de allí, con la fuerza del pujo, sale un chorro de agua que parece un penacho de cristal. Por las paredes, desde las rejas de las cantinas abajo, están hechos unos enrejados o celosías de madera; por entre ellos ingeridos rosales, ligustros, mosquetas, jazmines, madreselvas, y aun, lo que muchos no creen, naranjos y limones, que gozamos de sus flores y de sus frutos, a pesar de los fríos



fabonios y cierzos de la sierra. Entre estas fuentes y compartimientos de jardines están doce escaleras de piedra, con sus antepechos bien labrados, por donde se baja a la huerta y a un bosquecillo que está frontero a los aposentos del Rey. Hácese en medio de la escalera un descanso o mesa, y en ella, de cada lado, un nicho, con su asiento. Van las escaleras pareadas de dos en dos, y cuando se juntan en lo bajo se hacen unas grutas, a manera de basílicas, con sus pilastras y nichos, y tan bien correspondido todo y bien labrado como si fuera para una iglesia; y por una puerta común a entrambas se sale a la huerta; y así hay tres puertas, que son tres nichos de este terraplén, en el paño de Mediodía, y tres en el de Oriente, y a cada una responden, también en la fachada donde está el enrejado, otras tres puertas, que llaman hurtadas o falsas. De suerte que ni aun en esto hay cosa sin acuerdo y sin su razón. Son estos jardines y fuentes, y cuanto en ellos hay, la cosa más alegre de esta fábrica, para unos y para otros, porque bien bajen a ellos los religiosos y otras personas de la Casa Real, se paseen y cojan flores en el verano, o gocen del sol en invierno, bien se miren desde las celdas o aposentos que caen encima de ellos, que es lo más y lo mejor que se habita en la Casa, son un alivio grande para el alma, despiertan la contemplación y hacen levantar a la hermosura del cielo el pensamiento.

Antes que me parta de ellos es bien dar noticia de un hermoso pedazo de fábrica y arquitectura que hace dos frentes en estos jardines, la una caminando por ellos de Oriente a Poniente, la otra mirándola del antepecho del Mediodía. Esta es un hermosísimo corredor casi contiguo con la pared del Mediodía, hecha una división de dos pies escasos, por que se viese que salía del orden y forma del cuadro, como añadidura. Tiene doscientos pies en largo, y veinte de ancho; a los ciento da vuelta, de suerte que comienza de Oriente a Poniente, y revuelve hacia el Mediodía, y así hace los dos frentes que dije. Tiene dos órdenes: el bajo es de columnas dóricas, y el alto, de jónicas, siguiendo una misma composición,

porque no son arcos iguales continuados, sino con ciertos intercolumnios, que le dan mucha gracia. Es todo de muy fuerte piedra y galanamente labrada; las columnas, alquitrabes, basas y cornisas y chapiteles, como si se hubieran labrado a torno y fueran de plata. El primer orden dórico que está al suelo del jardín hace una portada que mira a Oriente y responde con la calle que hace el jardín; tiene una puerta de arco, y a los lados cuatro columnas redondas de cada parte, que con basa y chapitel tienen de alto quince pies; detrás sus pilastras, en el intercolumnio un nicho, con su cuadrado encima. El vuelo que hace esta cornisa sobre las columnas sirve de tránsito para pasar desde una puerta-ventana que está junto a la botica, al corredor alto del orden jónico, con antepecho de hierro y bolas de lo mismo. El orden bajo tiene bóvedas que responden con sus lunetas en los arcos, y en la pared de dentro corresponden las pilastras con el mismo orden de las columnas de afuera, haciendo los intercolumnios nichos con asientos, desde donde se goza de las fuentes y de los jardines. En el orden alto no hay bóveda, sino maderamiento, y la pared está lisa, y así es más ancho que el de abajo. Aquí toman el sol los enfermos, en invierno, y gozan en el verano de los jardines, sin tener que subir ni bajar un dedo de escalón desde las celdas de la enfermería, que están al peso del suelo de la Casa. Las vistas que de allí se descubren son largas, abiertas, espaciosas, varias, porque se ven los jardines, la huerta, las fuentes, los estanques, las dehesas de la Herrería y Fresneda, y de allí llega, por una parte, hasta aquellos cerros que están más allá de Toledo, y por otras, a los que están junto a Guadalupe, y más allá, vario y largo horizonte. Debajo de la ventana de este corredor que mira a Mediodía, y del antepecho del jardín, se hace, en una rincónada que causa allí la vuelta de los nichos, una alberca o estanque de agua para el riego de la huerta, que parece se nació allí, según vino a propósito, y se cayó, como dicen, de cuadrado. Es todo de piedra con cuidado labrada, suelo y paredes; tiene de hueco, desde Norte a



Mediodía, doscientos pies; y de Oriente a Poniente, ciento cuarenta. Por el contorno corre una calle de doce pies de ancho, que por los tres lados tiene asientos, con su respaldar de piedra, de cinco pies de alto; por la de Oriente, que mira a lo largo de la huerta, hace un antepecho, con sus balaustres, peañas y bolas por remates encima de los términos y pilastras, que están a trechos, con que queda muy hermoso y de gran apariencia. En medio de este antepecho se hizo una escalera que mira a la calle ancha que viene de Oriente a Poniente, en la huerta, por donde se sube y baja a ella, y sirve de estribo en aquella parte donde el estanque hace todo el golpe y peso del agua, que fué una cosa bien considerada por el arquitecto que le trazó, que es Francisco de Mora, que entró en lugar de Juan de Herrera. Hace la escalera cuatro entradas, y vienen a juntarse en una mesa, dejando debajo una bóveda, con su puerta, por donde de todo punto, si quieren, se desagua el estanque, y de allí sube con una escalera sola hasta el antepecho, todo bien entendido y labrado y con buenos adornos; y por que el agua alcance a las partes más altas de la huerta, tiene unos grifones grandes, a trechos, unos más altos que otros, que descargan el agua en pilas de piedra, y de allí, por sus regueras, va a los árboles y hortalizas de la huerta. Esta huerta es grande, repartida por sus calles y cuarteles; en unos hay árboles; en otros, hortalizas. La pared de esta huerta es como una muralla, bien labrada; tiene más de ocho mil pies en torno, contando lo que llamamos bosquecillo. Hay en ella cuatro puertas, grandes y anchas, por donde entran y salen coches corriendo, todas de buena arquitectura, de orden toscano, jambas, almohadas o pilastras, con sus frontispicios. En las dos de ellas con mucho relieve las pilastras, y de dos en dos, haciendo con la principal, que mira al pueblo y villa de El Escorial, sus intercolumnios, remates y peañas con bolas, que parecen de mucha grandeza y valentía. De esta manera está cercado todo el cuadro de la Casa por todas cuatro fachadas, que sólo estos adornos (dejado aparte lo mucho bueno que en todo

tiene) bastaban a hacer famoso este edificio, porque es mucha la fábrica que se encierra en esto que he dicho. Por no confundir o apretar tantas cosas juntas en un discurso (que lo hicieran molesto, desabrido y áspero), dejaré aquí otras, que no se pueden callar, para tratar de ellas más descansadamente en el discurso siguiente.

## DISCURSO XIX

*La fábrica de las casas de servicio que están alrededor de este convento, oficios de casa Real, compañía y botica del convento.*



ROSIGUIENDO o corriendo por todo lo de fuera que resta en esta fábrica, porque no se queje ninguna parte de que la dejamos olvidada, o porque no piense alguno que la callamos de propósito, referiré, lo primero, lo que está más junto con lo pasado, que llamamos Casa de Compañía. Quiso el Fundador que todo cuanto dentro del cuadro principal se encierra fuese muy aseado y limpio, pura habitación de hombres. Y como en otro tiempo Dios, cuando dió la Ley en el Monte, por haber de bajar él allí a contratar con los hombres y asentar un nuevo pacto, y fundar una república propia suya, mandó que ni aun a las faldas del Monte tocase alguna bestia, así también, por estar dentro de este cuadro el templo del Señor, y ser lugar propio donde él mismo con mayores muestras de amor está presente en el Sacramento que se llama Nuevo Testamento y Pacto, no quiso Felipe que hubiese dentro, ni pegado a sus paredes, bestia ni animal de servicio, sino sólo hombres de razón, obligados a la fe de su Testamento. Por esto fué menester hacer casas apartadas, donde estuviese aquello que es forzoso para el curso de nuestra peregrinación y destierro. Desde el convento se hace un tránsito por aquel corredor que dije, y de allí, a las espaldas de la parte que mira a Oriente, se hace un claustillo o patinejo, que sirve a la botica, repartido en siete u ocho piezas, donde se ven extrañas maneras de destilatorios, nuevos modos de alam-



biques, unos de metal, otros de vidrio, con que se hacen mil pruebas de la naturaleza; y con la fuerza del arte y del fuego, y de otros medios e instrumentos, descubren sus entrañas y secretos, y se ven a los ojos pruebas de cosas maravillosas. Desatan y resuelven las partes de que se componen estos que llamamos mixtos naturales, hierbas, piedras, metales, y hacen se vaya cada una por su parte, o que no se vaya, sino que se recoja y guarde, como si por sí sola la produjera la Naturaleza. Vese la parte ígnea distinta de la terrestre; la que es acuosa, de la aérea, en la rosa, en la achicoria, en el anís y en la lechuga, y aun en el plomo y en el acero, donde queda todo tan sublimado y sutil, que parece pasaron a otro género, y así acordaron llamarlos quintas esencias. Al plomo hacen que nos dé azúcar; al acero y al ladrillo, aceite; que las perlas de la mar se tornen en aquel rocío del cielo de que se formaron en sus conchas, y las bebamos hechas agua, o las comamos como azúcar; que los corales se hagan licor rojo; la canela, el clavo, jengibre y otras cien especies aromáticas, descubran aquellos espíritus insufribles de su virtud; y lo que sobrepuja a todo, nos hagan casi venir a creer que nos dan a beber oro, siendo tan intransmutable, que por esto se llama rey de los metales, y como un dios incorruptible e invariable entre ellos, en quien el fuego ningún poder tiene, sino para purificarle y apartar de él lo que no fuere oro, y en lo que de veras lo es, sirve de darle más resplandor y lustre. No quiero detenerme más en esto, que es un sujeto extraño; y aunque le veo y experimento cada día, cada día sé menos, aunque sirve de mucho, porque ya que los médicos de nuestra España no se atreven a aplicar esta nueva medicina a nuestros cuerpos, puede aprovecharse de ella el alma, porque es un motivo excelente de alabanzas divinas, y do se lee la largueza del Creador con el hombre, para quien produjo cosas tan admirables, y en castigo de su culpa, se las quite la ignorancia de las manos. Mas volviendo a mi arquitectura, digo que desde este claustro de la botica, que por defuera hace una hermosa fachada del

orden jónico, que vienen corriendo por el corredor alto, va un tránsito o pasadizo muy hermoso, a manera de galería, con pilastras y cornisas del mismo orden jónico, y ventanas de una parte y otra, que llega hasta la casa que llamamos Compañía; tiene poco menos de cien pies de largo, atravesando el camino ordinario para estos pueblos de la comarca, dejando abierta calle con siete arcos, para las bestias y para la gente, todo de graciosa arquitectura, bien labrada, fuerte, y que responde a la nobleza del vecino. Así se atan y comunican el Convento y la Compañía; diremos con brevedad lo que es este edificio.

Lo principal de él es un claustro grande, cuadrado, de doscientos pies por lienzo, poco menos que el mayor del convento, aunque en el ancho de los tránsitos, y en el alto, hace mucha diferencia, y más en la forma de arquitectura. Las columnas son cuadradas, un zoco por basa, y otro por chapitel; de ellas a la pared de adentro, once pies de ancho; hace quince arcos por cada lado, porque son más bajos que los del convento. Encima de este orden rústico se hace otro de solas ventanas cuadradas, sin otro adorno; y luego, sobre una faja cargan los tejados, que también son de pizarra. Como están tan bien guardadas las medidas y puesto todo en buena proporción, aunque es llano, parece bien; tiene majestad, alegría y gracia: a cuantos entran en él les contenta por extremo. En cada lienzo tiene una escalera, para facilitar el servicio; hay muchas piezas en esta Casa para diversos menesteres. En el paño de Oriente que mira al convento, tiene celdas altas y bajas, para todo género de huéspedes, y en particular para los religiosos que llegan aquí de todas las Ordenes mendicantes, que por ser tantos, y la hospedería del convento muy tasada, no es posible aposentarlos en ella a todos, y así se ordenó, por que no hubiese falta de hospedajes, se les señalasen estos aposentos. En el lienzo de Mediodía hay diversas cuerdas para otros oficios.

No quiero menudear en ellos, en particular para los enfermos, de los que allí nos sirven, y para los niños



del Seminario. En el del Poniente hay otros, y en el del Norte están las trojes del trigo, y junto con ellas un molino de agua, que se encanala y recibe de la garganta que baja de la sierra, y muelen dos piedras mucha cantidad de trigo en veinticuatro horas, y pegadas al mismo las trojes de la harina, y luego el horno donde se amasa y cuece; dentro todo de no mucho espacio, tan cumplido y acomodado, que es una de las cosas que se pueden estimar en este género, y parece no le faltaba otra a esta fábrica para tener cumplidos todos sus menesteres, y vino tan cabal como si de propósito se ordenara para ello. Fuera de este claustro grande y de sus cumplimientos hay otro gran pedazo de edificio, aunque en más baja forma, donde también hay patios, cobertizos y corrales para bestias de labor y de servicio, carnicerías, herrerías, caballerizas y otras cien cosas forzosas en una casa grande y puesta en un desierto. Todo esto va caminando una línea derecha de Oriente a Poniente; de suerte que desde la torre del Prior corre por más de dos mil pies de trecho el edificio por la fachada que mira al Mediodía, y todo con tan acertada disposición y traza, que no se sube ni baja un pie de escalón: no sé de antiguo ni moderno edificio donde se haya visto cosa semejante; añadiendo a esto que no está plantada esta fábrica en alguna campaña rasa, sino en la ladera de una sierra harto áspera.

A la parte y fachada del Norte hay mucho más edificio, porque, como dije, le responde enfrente otra poco menos que ella. Estas son dos casas grandes, que distan del antepecho de la plaza como veinte pies, y con una calle que se hace entre las dos de treinta pies en ancho, responde esquina con esquina, las del cuatro del convento con las de estas dos casas; y así hay una infinidad de aposentos en ellas, donde se asientan (cuando vienen aquí las personas Reales) muchos oficios de su Casa, ministros y oficiales de ellos, y también caballeros principales de la Cámara. Está la fachada con sus puertas en buena correspondencia, labradas todas de cantería, como lo principal del convento. Tiene tres órdenes de ventanas,

conforme a los suelos: los tejados también de pizarra, y si tiene alguna falta, es estar tan bueno, que se iguala o que se hizo para servicio con lo que es lo primero, y así es, que no había de estar tan acabado ni tan semejante. Por de dentro, y lo que cae hacia la parte de la sierra y el Norte, está dividida cada una de estas dos casas en tres patios o patinejos, con soportales y pilares cuadrados. Sirven de dar luz a las oficinas y hacer diversos apartados, para que ni se confundan ni aprieten unos con otros. En la parte que mira al Poniente se hizo dentro del mismo cuadro una capilla bastante, con su campanil de piedra bien labrado, donde los oficiales de la fábrica y ministros de la razón y cuenta, y otros criados de Su Majestad, oyen Misa y Sermón, y se les administran los Sacramentos. El altar principal, de tres que tiene la capilla, es del glorioso mártir San Lorenzo; aquel cuadro que dijimos de Federico Zucaro, que le había mandado quitar el Rey del altar mayor, y en su lugar se puso el de Peregrino. En el otro extremo que mira al de Oriente se hace una buena plaza, casi cuadrada, con la pared de estas mismas casas, y con las de los nichos y otros antepechos de piedra, a manera de pretilos, que todo está bien dispuesto, adornado y lleno de nobleza. Dejo aquí otros edificios y cosas de menor cuenta, aunque en otra parte se hiciera mucha de ellas. Y entrando por las puertas de estos pretilos, o, por mejor decir, saliendo al campo raso, y alejándome más por los contornos, daré alguna noticia de lo que no es razón callar.

Desde estas puertas que digo que cierran esta plaza, a la parte de Levante, se entra en una calle larga, de espesos olmos, tan nivelados y puestos a compás, que no se ve una mella, haciendo dos hileras por cada banda, y llega hasta el pueblo, un cuarto de legua, y un poco antes se remata haciendo una plaza, que está coronada de los mismos olmos, y allí una fuente de piedra que la refresca. La sombra de los árboles y la frescura del agua es gran alivio a los que suben y bajan cada día, cuando los Reyes vienen los veranos a gozar de su Casa. Antes que pasemos del pueblo (ahora es villa lo que tantos



siglos fué aldea, olvidada aun de los escribanos y alguaciles de Segovia), se nos ofrece ver en él una fábrica digna, por lo que es, y por la piedad y nobleza del Fundador, que no se olvide. Tenía aquella aldehuela, que era, según dicen, anejo de la Fresneda, una iglesia a su medida, y como con la presencia de los Reyes todo crece y todo medra, y con el concurso de la fábrica de tantos años fué consecuente mudasen los pobres labradores que allí había el pelo, el lenguaje, el traje y toda la manera de vida, tras esto quisieron mudar también la iglesia, y no me maravillo, porque ella también quería mudar el techo al suelo, y la entretuvieron algunos años con unas vigas. Pidiéronle al Rey, por veces, les hiciese merced hacerles una de nuevo. Y como para las cosas de piedad tenía tan inclinada el alma, se lo concedió, y en aflojando la furia de la fábrica de su Casa, deshizo aquella bárbara antigualla, y les hizo un templo como de su mano larga, dadivosa, pía. Trazóle su arquitecto, Francisco de Mora; salió acertado, alegre, hermoso; tiene una sola nave de cincuenta y dos pies y más de ancho, y ciento cincuenta de largo, sin la capilla mayor, donde también les hizo un retablo de la vocación de su santo, que es San Bernabé, Apóstol, harto galano y de buena arquitectura; tiene unas columnas grandes, enteras, con sus pilastras detrás, arquitrabe, friso, cornisa y frontispicio bien estofado, y otras figuras que van repartidas por el podio o banco, y en el frontispicio. Custodia de la misma manera, y el altar en isla, que se sirve por las espaldas, para guardar la decencia. A los dos lados tiene dos capillas: la una sirve de sacristía, y la otra, de una particular y antigua devoción que tenían a una imagen de Nuestra Señora, en la dehesa de la Herrería; y porque se deshizo aquella ermita, puso en aquella capilla, que de propósito se hizo, la imagen. Tuvo aviso el arquitecto de dejar los estribos de este templo por la parte de dentro, y así, sacando las paredes sencillas fuera, se hicieron por cada banda cinco capillas harto buenas. Las pilastras cuadradas rematan con su cornisa, que corre por toda la iglesia, dejándola muy clara con las ventanas y

vidrieras que caen sobre los claros de los arcos. Hizosele una tribuna bastante, y a los lados de la puerta principal, que mira a Poniente, se levantan dos torres de buena proporción, con chapiteles empizarrados, y en medio de entrambas y encima de la puerta un frontispicio que le da autoridad y gracia. Al Mediodía tiene otra puerta grande, y por el contorno de ella un cementerio cerrado, con su pretil o antepecho. De suerte que a dicho de cuantos la ven, es de las buenas fábricas que hay por los Obispados del contorno. Con todo eso, creo hay quien quisiera más aquella rustiquez antigua, tan dificultoso es sacar de su natural a la gente bárbara, y tan natural el ser ingratos, porque muestran, si se ofrece ocasión, su enojo y su saña, diciendo que padecen en esto y en otras cosas agravios de su bienhechor y de su Rey, que es harto de reír, aunque no falta entre ellos quien lo agradece y reconoce.

Saliendo de este pueblo, tornamos de allí a poco trecho a entrar en otra calle de olmos, que responde por sus niveles y miras con la primera, sin faltar un punto, y se va continuando por otros mil pasos, hasta llegar por su llanura a la puerta de la dehesa de la Fresneda, que, como dije, era un poblezuelo pequeño, donde tenían heredamientos y tierras algunos mayorazgos y monasterios de la ciudad de Segovia. Aquí se hace un parque grande, y digámoslo en nuestro castellano, un cercado de paredes de piedra, ocho pies en alto, o nueve; tendrá en contorno cuatro mil pasos, y más. De esta pared adentro le parecería alguno sería bien mudar el estilo y la corriente de la historia llana. Y pues todo es frescuras, flores, plantas alegres y frutas, hablar al modo que dicen se usa ahora, y un romance nuevo y fresco, y decir de esta manera. Dentro de las márgenes de este espacioso y deleitable parque se ve una variedad alegre. Aquí la multitud de pintadas aves, con sus chirriadores picos, hacen la salva a la rosada aurora, que esparciendo sus cabellos de oro y derramando sus aljofarados granos de rocío en la copia grande de matizadas praderías, vestidas con azules, blancas, rojas y amarillas flores, des-



piertan en el alma unos como asomos del Paraíso, o visibles cielos de la gloria. Aquí las cristalinas aguas, corriendo, resuenan y mansamente por sus torcidos canales van a pagar el debido tributo que el Autor del estrellado empuje les puso, de que fecundasen la tierra; y aquí las artificiosas fuentes, por sus secretos y multiplicados conductos, despiden argentados hilos, que cayendo de lo alto rocían y refrescan los blancos ligustros, las encarnadas rosas, los amarillos alelíes, las moradas violetas, los lirios cárdenos, blancas azucenas, revueltas madresevas, olorosas mosquetas y jazmines, etc. De esta manera de hablar vana, hueca, de quien dijo el otro: *O quantum est in rebus inane* (1), quisieran, como digo, algunos que fuera la relación de muchas partes de estos discursos, y en particular de ésta, como si fuera ésta otra cosa más de mostrarse un hombre ignorante, ajeno del buen juicio y modo de decir que pide la historia y la prudencia. Diré, pues, lo que hay aquí como he dicho lo demás, que no es seca manera de hablar la que dice las cosas como son, con la claridad que piden, sin perder tiempo ni arrojarse palabras. Derribadas las casillas de aquellos aldeanos, quedó solamente la capilla de la iglesia, y alguna parte de un buen edificio de una torre, casa de un mayorazgo. La capilla se reparó bien, quedando lo demás en forma de cementerio, como se ve, donde por la memoria de los que allí están sepultados se dice infaliblemente Misa todas las fiestas y muchos otros días del año. Aquel pedazo de torre, por ser bueno y no se perdiese, quiso el Fundador sirviese (acomodando allí un buen claustro) de granja o casa de recreación para los religiosos, y donde, según la costumbre de la Orden, fuesen dos veces en el año a recibir algún alivio del continuo peso de su observancia, clausura, coro, silencio, lección, estudios y oración perpetua. El claustro es muy galano, con columna de orden toscano, aunque los arquitrabes son de madera, y en él y en la torre que he dicho se formaron veinte celdas y otras piezas comu-

(1) Persius, Sat. prima.

nes: dos capillas para decir Misa con mucho recogimiento, y dos refectorios y cocina, y otros servicios. Por la parte que mira al Mediodía no se cerró este claustro, sino púsosele una reja larga de hierro, y con unos pilares se sustentó un pasamano, por que se gozase del sol en el invierno, y en el verano de la frescura de un jardín harto gracioso que tiene delante, aunque las mosquetas, jazmines y madresevas han prevalecido tanto, que han hecho pared de sí mismas, enredándose por entre aquellas rejillas y por todas las paredes del contorno, de suerte que han quitado la vista. El jardín tiene tres cuarteles, con buenos compartimientos y lazos; en medio de cada uno una fuente, cada una de su manera, con que se alegran y refrescan las plantas. Encima de este jardín se levanta a la parte de Mediodía un terraplén, con su antepecho, y en él se asientan por sus hileras gran cantidad de tiestos o albaqueros llenos de mil diferencias de plantas; de suerte que es como otro jardín movedizo, y en medio sale otra graciosa fuente, que reparte el agua por cuatro canales cuadrados de piedra, que dividen en cruz todo aquel terraplén, que es una cosa de muy alegre vista. Junto con esto está una casa que sirve de descanso y aposento a las personas Reales cuando quieren irse a entretener un rato en aquellas frescuras. No tiene muchas piezas, porque no son menester, sino las que bastan para este efecto. Alrededor de estas dos casas es todo árboles y frescuras: unos son frutales, otros no más de para bosque y verdura, todos repartidos por su orden, haciendo calles muy anchas, a lo menos olmos, sauces, moreras, perales y fresnos. Los lindes y divisiones de tejidos y enrejados, donde se enredan rosales, ligustros, jazmines y mosquetas, y otros arbustos olorosos y de apacible vista, haciendo antepechos y paredes verdes de mil matices de colores. Frontero de estas casas, a la parte del Cierzo, se hace otro jardín cercado con pared de piedra, donde, sin los árboles frutales y parrales del contorno, hay gran variedad de plantas odoríferas, en sus cuarteles distintos, donde se hacen diversos compartimientos y laberintos. Al un lado de él está una graciosa fuente, cu-



bierta con maderamiento y chapitel empizarrado, y cercada en derredor con enrejados y celosías fuertes de madera, donde se zurcen y enredan estos y otros arbustos que he dicho. La fuente es a manera de una montañeta rústica, que por sus poyos va como a rematarse en una pirámide; despide infinitos caños de agua por el contorno, de que se causa una vista muy deleitable. Sin éste, hay otros jardines, que sería nunca acabar querer pintarlos. Entre otras cosas que hay aquí de ver y de estimar, son cuatro estanques, donde se recoge mucha agua y mucha pesca. El primero, y el menor, está junto a la casa que he dicho: tendrá ochocientos o novecientos pies en contorno, y allí un pescadero grande cubierto, una fuente en medio de él y poyos alrededor, y el estanque, cercado todo de frescura y arboleda. Sobre éste, otro mayor, doblado; divídelos un paredón fuerte: tendrá cerca de dos mil pies en contorno. Junto de él está otra fuente, de invención graciosa; vese sentado encima de unas peñas, recostado sobre unos delfines, un Neptuno grande, con su tridente y corona, como rey de las aguas: alrededor está una alberca rústica con sus términos a trechos, que son unos albaqueros o tuestos grandes muy hermosos, donde por entre sus flores y hierbas arrojan el agua en alto con mucha furia, y juntándose unos con otros y hacia el mismo Neptuno, hacen como una nube de agua, que se baja resolviendo y desgranando; y por el tridente, corona y delfines despide el Neptuno otros muchos hilos de agua en correspondencia, de donde se causa una lluvia artificial de gran hermosura a la vista. La alberca está cercada por el derredor con tejidos de jazmines y ligustros, parras y olmos, que hacen sombra en medio de los calores del verano, y en todos sus asientos de piedra, para gozar despacio de toda esta vista junta, estanque, fuente, caños, árboles, verduras y sombra. Estas cosas todas las digo como las he visto muchos años, y como las dejó el Rey nuestro Patrón y Fundador; mas al punto que esto escribo ya van desdiciendo mucho de su primera hermosura, y si no hay más cuidado con ellas, presto no habrá nada, porque piden perpetuo cuidado.

El tercer estanque también es doblado a este segundo, de suerte que tendrá poco menos de cuatro mil pies de rodeo. En medio de él se hace una isla cuadrada de cien pies por cada lado, con sus antepechos y asientos de piedra bien labrada. En el centro de la isla, un cenador cubierto con su maderamiento y capitel de pizarra. Las paredes, de enrejados o celosías de madera, entretejidos granados, avellanos, parras, jazmines y madreselvas. Al derredor del cenador está levantado un intrincado laberinto, con sus calles revueltas, que como son las paredes algo altas, tejidas de ligustros y otras plantas, que las dejan enredadas y fuertes, hacen dificultosa la salida a quien osa entrar en ellas sin el hilo de Ariadna.

El cuarto estanque es aún mayor que éste; parece un apacible y extendido lago o playa; tiene de ancho, por la pared o muralla de piedra bien labrada, que le divide de este otro con un fuerte terraplén, cerca de mil pies, y de largo mucho más. Con este caudal de agua, aun en los años muy secos y estériles, se riega bastantemente toda esta dehesa y granja, sin que le falte con qué sustentar mucha abundancia de pesca que se cría en él, aunque hay grandes cuarteles de frutales, y diferencias de frutas, muchos jardines, calles largas de diversos árboles, paredes y tejidos de rosales, porque todo está lleno de esto y a todo provee de agua este estanque grande; y en él, y por los demás, se ven nadar manadas de cisnes blancos, que les dan mucha hermosura; críanse aquí con no mucho cuidado, y a veces entre ellos y los peces se ven alegres competencias y riñas sobre la ración que les echan. Fuera de esto que está cercado de paredes altas, hay otras muchas cercas de paredes bajas en esta dehesa, de más de a legua en contorno, por donde se ven atravesar a cada paso liebres, conejos, venados, jabalíes a manadas y por piaras, propia recreación de Reyes. De la dehesa de la Herrería, que está más junto a las paredes de la Casa, y de otra huerta o plantel de fruta que está en el fin de ellas, no tengo que decir en particular más de que es una hermosísima selva y bosque de árboles, y tan fresca y tan amena, que con ser lo de la Fres-



neda en tanto arte compuesto, no puede llegar a la hermosura que aquí plantó la Naturaleza; deajo aparte el provecho del pasto y de la leña y de la caza. Tampoco tengo que detenerme en el molino de aserrar jaspes y de harina y de papel que aquí se hizo, porque aunque la fábrica es buena, ya casi se acabó de todo punto el uso, y lo mismo digo de otras menudencias de alrededor.

## DISCURSO XX

*La viña y casa del Quejigal, San Saturnino, Nuestra Señora de Parraces, Santo Tomé del Puerto, casas de este convento.*

**N**o sufre la verdad de la historia encubrir ni callar cosa ninguna, y ya que me ofrecí a dar cuenta en ésta de todo cuanto nuestro gran Fundador, Felipe II, hizo en esta fábrica, o por su ocasión en otras partes, pues he dicho lo que está por este contorno, tengo que decir ahora lo que está más apartado, pues también fué fábrica suya, o merced que nos hizo para ella. En la dehesa del Quejigal, de donde se cortó tanta madera de pino para esta obra, se echó de ver, desmontando alguna parte, daba el terreno muestras que, si se cultivaba, sería bueno para viña, porque en una pequeña prueba que allí se hizo, plantando alguna particilla, respondió bien para este intento. Como el cuerpo de esta fábrica era grande y estaba tan asentado, con algunas migajas que de ella sed espidiesen, le pareció al Rey se podía hacer allí una cosa de mucho provecho para el sustento y gasto de este convento, y así determinó se plantase allí una buena viña. Desmontaron como circuito de una legua, y fué plantando de vides, repartiéndolo por sus cuarteles y calles, y por los lindes de ella pusieron olivos. Tras esto pareció como necesario hacer bodega y lagares en que hacer el vino y se conservase; y así, poco a poco, llamando unas cosas a otras, se vino a fabricar una grande y hermosa casa con muchos aposentos, lagares y bodegas bastantes, así para el vino como para el aceite, y para todo lo que

allí puede cogerse. Cercóse toda la viña al derredor con una pared de piedra seca que tiene seis o siete pies de alto. El edificio de la casa es de cal y canto y ladrillo. Tiene un patio grande, aunque no es cuadrado, ni con pilares, ni corredores más de a la parte que por de dentro mira al Mediodía, y otro pedazo en la que mira al Oriente; mas es tan capaz y de tan buenos aposentos, que cuando van allí las personas Reales, tienen donde aposentarse y estar bien acomodados, y una capilla grande y espaciosa, donde se les dice Misa.

Hay también una capilla fuera de la misma casa, que son las reliquias de una iglesia antigua que allí había, en una población pequeña, que tomando el nombre de la dehesa, o la dehesa de ella, se llamó del Quejigal; y así, se conserva la pila del Bautismo. Y aunque cae en el Obispado de Avila, por la unión que se hizo a esta Casa, es también nullius dioecesis. La heredad es de las mejores piezas que se sabe en España; aunque estas cosas de granjerías, cosechas y labranzas no son para religiosos ni gente tan recogida, y administrándose todo por criados, se salen, como dicen, comido por servido, y traen poco más provecho que la costa; mas como a los que dan, no escogen, y las granjerías, ya que no aventajan, traen a lo menos consigo abundancia, y no se siente escasez ni mendiguez; abrazó esto el convento por merced de Su Majestad, y no pierden nada en ello, ni se embaraza en esto más de un solo religioso, que muchas veces es un hermano lego. Tiene esta casa otra heredad cinco leguas de aquí, bajadas todas las faldas de estas sierras, caminando hacia Toledo. Llámase San Saturnín, por una ermita que está allí de mucha devoción del mismo santo; y toda aquella gente comarcana, Aldea del Fresno, Méntrida, la villa del Prado y otras, acuden allí de ordinario en tiempos necesitados de agua a pedirla al cielo por intercesión del santo, y particularmente sienten su favor los que padecen de los oídos. Está allí junto una buena casa, asentada junto adonde el río Alberche desemboca de entre los estrechos y riscos de esta tierra, y desde allí camina mansamente a Escalona y a Talavera, donde el



río Tajo lo recibe en su seno; hace allí un soto de harta frescura, con mucha arboleda, y torciendo el curso, deja cercada por la parte de Poniente y Mediodía una dehesa, donde hay encinas, viñas y olivos, aunque todo ello en contorno no tiene dos leguas cabales. Esta heredad, aunque no la dió el Rey nuestro Fundador a las inmediatas, sino que la compró la casa al convento de Nuestra Señora de Guadalupe, lo reconocemos todo por suyo y de su mano, pues, según su buena filosofía, quien da el ser y la forma, da todo lo que de allí se deriva. En la ribera de Jarama, junto a Aranjuez, a cuatro leguas de Madrid, tiene otra dehesa y heredad, que aunque no es mucho el suelo, debe ser el más fértil pedazo de tierra que hay en el reino de Toledo, en pasto y caza de conejos; parece algunos años que los céspedes de aquel suelo se convierten en ellos. El ganado que allí se cría es fuerte, arisco, bravo, en especial el vacuno, de donde han tomado nombre en España los toros jaramaños; creo lo hace el mucho taray que produce la ribera, que por ser tan abridor y criar tan pura sangre, los hace briosos e indomables, como a los caballos andaluces el acedo de la cebada les da aquella admirable ligereza y fuerza, sobre todos los de España.

Una de las mejores cosas que el pío y santo Fundador dió a esta Casa, sin que de su hacienda pusiese nada, fué la Abadía y Casa de Nuestra Señora Santa María de Parraces; y porque no sólo es lo más precioso y de más autoridad que tenemos, sino que también es una casa que puede entrar en número en la Orden, aunque no es desmembrada de ésta, sino vicaria suya, trataré aquí lo que se sabe de ella, y lo que he podido coger de los Archivos de esta Casa, donde se guardan las Bulas y privilegios de aquélla. Los primeros fundadores, por común tradición, y por algunas señas que aun viven, está recibido que fueron Blasco Galindo y D.<sup>a</sup> Catalina de Guzmán, su mujer, aunque ni se sabe cuándo ni cómo; tanto descuido hubo en los primeros y sus sucesores, a cuyo poder vino, que se sepultó en perpetuo olvido, sin hallarse un papel de autoridad. La mayor que tenemos es

que el año 1489, desenvolviendo un pilar que estaba junto a una capilla por donde se subía al púlpito, se halló en un hueco una caja pequeña con algunas reliquias de santos y dentro un escrito que decía: *Necessitas fecit hoc, anno millesimo sexto*. Y en otro pilar, que también deshicieron para alargar la iglesia y hacer la capilla que ahora tienen, hallaron otra caja pequeña, de piedra, cubierta con un lienzo, y en él un agujero, por donde se lanzó un ratoncillo que se comió todos los títulos que tenían las reliquias, y como el sustento fué poco y la salida del pilar de todo punto cerrada, se quedó allí seco, y se había conservado más de cuatrocientos ochenta años; y en las gradas del mismo altar que estaba junto a este pilar que se deshizo se hallaron otras muchas reliquias. Por el título y por la razón del tiempo, se percibe fácilmente que los moros hacían por allí sus correrías y cabalgadas, y por que no viniesen las santas reliquias en poder de estos infieles, las escondían en estos lugares, cuando les era forzado huir y retirarse en puestos más seguros. En la era de 1006, y algunos años antes, sabemos estuvo Castilla muy apretada con los moros de Córdoba, pues la corrían toda, hasta llegar a destruir la ciudad de León, en el tiempo del Conde Garci Fernández. Esto es lo más viejo que sabemos de Parraces, y la antigüedad de la iglesia muestra bien la barbarie y grosería de los tiempos, que no sé dónde tenían el juicio los que de aquella manera edificaban. Alguna imaginación me ha venido que no se edificó para iglesia, o que la hallaron así edificada de algunos judíos, y que fué sinagoga suya, donde no tuvieron consideración a que hubiese altar en ella, sino dividir los varones por una parte, las mujeres por otra, y creo que los muchachos en otra, porque se divide en cuatro naves o partes, dos en medio y dos a los lados; un orden de malos pilares, sin arte, y otra nave menor, no sé para qué, si no es para muchachos. Lo demás del edificio (digo de aquello primero y antiguo), de la misma disposición, o peor; unos cubos sin orden, sin proporción, poca luz, mejores para hornos que para vivir hombres, obra al fin hecha al acaso. Des-



pués de algunos años, que tampoco se sabe cuántos ni cómo, vino todo aquello a poder de la Catedral de Segovia, cosa probable que se lo darían los Reyes cuando lo iban conquistando. El año de 1148, que corría la era de 1186, un canónigo de la misma iglesia, llamado Navarro, hombre recogido y de buenos propósitos, quiso retirarse y hacer vida más apretada: llevando consigo de la misma iglesia algunos compañeros de su intento, pidió al Cabildo le diesen aquella iglesia de Nuestra Señora de Parraces (de este nombre Parraces no hallo ningún principio), donde pudiesen vivir apartados del bullicio de la ciudad. El Obispo y Cabildo se lo concedieron, porque debía ser persona de consideración y respeto; hicieronle la donación el año que he dicho, y luego, el siguiente, parece haberla confirmado el Papa Eugenio III, y después otros tres Sumos Pontífices. Después de veinte años se halla hecha otra confirmación por D. Celebruno, Arzobispo de Toledo. Dióles la iglesia de Segovia los diezmos de Parraces y sus tercias, y los términos de cuatro iglesias, reservando para sí la tercera parte. Después, o creciendo el número de los canónigos, o movidos del ejemplo y santidad del canónigo Navarro y sus compañeros, les soltaron esta tercia parte, sólo porque hiciesen cierto reconocimiento de filiación o sumisión que llamaron Reverende (porque comenzarían así las letras de la gracia), pagando seis arrobas de aceite, cuatro carneros y otras menudencias, que también después se redujeron a quince marabotinos, y después a ochocientos maravedises y a una libra de incienso y el aceite. Todo esto (por que lo digamos aquí de paso) lo redimió el Rey nuestro Fundador, como parece en las escrituras y conciertos de estas anexiones. Corriendo el tiempo, los canónigos de Parraces, para asegurar más su exención de la iglesia de Segovia, sacaron otras dos Bulas de Pío II y Sixto III.

Como estos canónigos crecieron en número y buen ejemplo de vida, les concedieron los Reyes muchos privilegios. El más antiguo es de la era de 1277, del Rey Don Alonso; y el más nuevo, de la Reina Doña Juana,

madre de nuestro Emperador Carlos V, en que se les concede no paguen portazgo por todo el Reino, y puedan traer tres mil ovejas y pastarlas libremente por do quisiesen, y mil quinientas vacas, ochocientos puercos, cincuenta yeguas, y que tuviesen por excusados cincuenta yugüeros, y otras muchas exenciones, confirmadas por veintinueve privilegios, donde se echa bien de ver el buen concepto que de ellos tenían los Reyes, y cuán acreditados estaban, pues no se hacen estas mercedes sino a quien con el buen ejemplo y con la vida las merece. Tampoco hay memoria qué forma de vida guardaron los canónigos muchos años, ni qué título tenía el que entre ellos era cabeza, aunque después tuvo nombre de Abad, como se ve por las memorias que quedaron de ellos; debajo su obediencia hacían profesión perfecta, con los tres votos esenciales, y la forma y estatutos era la Regla de San Agustín, y así se llamaban Canónigos reglares de San Agustín; que aunque algunos dicen esta forma de religión, que se vió en muchas iglesias de Europa, llamada Canónigos reglares de San Agustín, no la inventaron para más estrecha vida, sino para eximirse de la obediencia de los Obispos; yo pienso fué al contrario, y que no les movió sino deseo de mayor perfección a los que trataron de esto, viendo que los Obispos iban mudando tanto aquel modo riguroso y santo heredado de los Apóstoles, aumentando con la renta su casa, regalo, trato y servicio, y los canónigos iban siguiendo aquella misma huella y senda más abierta por donde caminan muchos. Vese esto ser así, porque florecieron en los conventos de estos canónigos reglares hombres de gran perfección, santidad y letras, y no es menester otra prueba más de ver, que al fin se hicieron religiosos, y prometieron obediencia cumplidamente, que es uno de los más heroicos hechos que puede hacer un hombre en la tierra después del martirio, que eso es de otro género. Los nuestros de Parraces, como digo, lo hicieron así. No nos dejaron memoria de cuándo comenzaron esto, aunque sí la hay de cuándo comenzaron a degenerar de tan santos principios, porque el año 1454, después de haber aumentado



mucho las rentas, las heredades, pueblos, e iglesias, acordaron dividir los bienes (tras la división ya ven lo que se sigue); hicieron tres designales partes: la una, y la mejor, para el abad, que ya hacía poco este oficio con sus hijos, y se iba por sus piezas, porque comenzó a entrar esta dignidad en gente poderosa, criados en regalo y opulencia, a quien no sirven estos sudores de los pobres para lo que se hicieron. La otra se repartió entre canónigos y racioneros, y la otra, que fué la menor, para la fábrica; y de allí pagaban y sacaban salarios para algunos cantores que oficiaban las Misas y Horas Canónicas, desdeñándose de hacerlo ellos, como lo vemos en tantos ejemplos el día de hoy. No lo entiendo: o aquellos primeros tiempos, en que la Iglesia estaba tan llena de Obispos y canónigos santos, se engañaron, o los que ahora de esta manera viven se engañan, o Dios hizo unas leyes para su Iglesia en aquellos tiempos, y otras en éstos, que se me hace difícil de creer. Con estas divisiones de la hacienda y aun de la caridad y fraternidad, buscando contra sus fueros lo que cada cual quería para sí, que duraron poco menos cien años (parece se los daba Dios de espacio para hacer penitencia), se fué amortiguando aquel fervor y virtud primera que floreció algunos años en los que se habían retirado en aquella soledad; no era poca entonces, y aun ahora la hay, pues el pueblo más cercano está una legua. Creció entre los canónigos la codicia; pretendíanse aquellas canongías como si fuera un beneficio simple, porque los profesos eran muy pocos; entreteníanse no sé con qué título; tiraban la renta, tampoco sé con qué conciencia; al fin ello vino a término que fué menester poner remedio; vimos arriba una reformation que hizo allí esta nuestra religión, a pedimento del abad Fonseca, y como toqué de paso, porque no hallé más claridad, fué fama que quitaron la vida al religioso que fué a hacerla, y que después de muerto, le pisaban la garganta, y Dios, que mira estas cosas, aunque dilata por su misericordia el castigo, no las olvida, y cuando llegan a colmo las culpas hace que se pague todo junto. No bastó aquella reformation para la en-

mienda: la llaga era vieja, tenía callos y raíces hondas. Al fin, el año 1565, suplicó el Rey Don Felipe al Papa Pío IV, de pedimento de los mismos canónigos, que se anexase toda la Abadía a una iglesia de Madrid, para hacerla Colegiata, pareciéndoles buen medio de su reformation y recogimiento ponerse en medio de la Corte, que vivir en aquel desierto estéril. Llegó a tanto, que se despachó la Bula y aun comenzaron a pasar el mueble de la casa e iglesia, aunque el de las celdas era casi ninguno, ajuar de frontera. Después, por consejo y acuerdo del oidor Velasco, pareció más acertado, supuesto que no había sino dos o tres canónigos profesos, sería mejor anexarla al Convento de San Lorenzo, y se acomodase para que hubiese un colegio de religiosos de la misma Orden, y un Seminario de muchachos que estudiasen Gramática, porque pasarla a Madrid, era ir de mal en peor. Concedióle de muy buena voluntad el Papa Pío V, sucesor de Pío IV, el año de 1566, como ya vimos arriba; no tengo que tornar a repetirlo, ni el fruto grande que de esta mudanza se ha seguido. Diré dos cosas solas: una de lo espiritual, y otra de lo temporal. Cuando la Orden y colegiales religiosos de ella entraron en aquella casa, apenas había quien en aquellos pueblos de la Abadía, que son nueve, supiese, no digo la Doctrina Cristiana, como la obligación del Estado lo pide, mas ni aun las oraciones comunes: Avemaría, Pater noster, Credo; porque no se puede creer cuán grande era la brutez de la gente, y el descuido de los canónigos y abades, porque decían cosas tan ridículas que aun de burla no se sufren en historia. En pocos años que allí estuvo el colegio (soy testigo de vista, y uno de ellos) se hicieron tan ladinos y avisados en todo, que pueden enseñar esto y otras muchas cosas a otros lugares del contorno, sólo con el cuidado que se tuvo de hacerlos cristianos, y que supiesen a qué estaban obligados. La casa y el edificio, que es lo segundo (dejo aquí la gran limosna que continuamente se hace a los pobres, aunque, como ingratos, no lo sienten, y la crianza de tantos hijos, que se han hecho religiosos y hombres doctos), como cosa desam-



parada, se ha venido toda a hacer de nuevo, porque la tenían tal que fué menester sustentarla con vigas y cuantos muchos años, y así se han gastado muchos millares de ducados en ella, porque el año que esto escribo, son más de ocho mil; los primeros en que entramos a habitar en ella, pasaron de diez mil los que se gastaron, porque soy testigo de los unos y de los otros. Hicieron allí un claustro muy bueno el abad y los canónigos, con una escalera muy ancha, todo de piedra bien labrada, y como no sabían mucho del arte, no le dieron buenas medidas ni proporciones, ni aseguraron los asientos y trabazón de la obra como pide la razón del arte, y así se venía todo al suelo, en poco más de ochenta años que ha se edificó; por esto fué ahora menester hacerlo poco menos de nuevo. Después que el colegio se pasó de allí a este convento, se hizo una Vicaría, donde están otros doce religiosos, sin la cabeza, y muchas veces catorce, y todos debajo de la obediencia del Prior de San Lorenzo, como si fuese una sola casa; de suerte que ninguna otra cosa nos divide más de sola la distancia y estas sierras que están en medio. Guárdase mucha religión, y tanta clausura y observancia, como en la más estrecha casa de nuestra Orden; sólo tienen no decir los Maitines a media noche; acúdense con mucho cuidado a lo que toca al alma, predicar y confesar, y enseñar a ser cristiano de veras, que, como siempre he dicho, no se estorba lo uno a lo otro. Con todo eso no podemos tener contenta a aquella gente ingrata, diciendo que les traemos aquí toda la hacienda y el trigo, como si estuviera más cerca Madrid, adonde, si el primer asiento que daban los canónigos se ejecutara, se había de llevar, no sólo el trigo, mas toda la casa, y no quedar allí sino una pobre ermita derribada. El sitio de esta casa, por que lo digamos todo (aunque a la postre), es inclemente, frigidísimo el invierno, de extremado calor en el verano, propiedad de malos aposentos, naturalmente melancólico, sin una fuente, los pozos muy hondos: agosto y septiembre, notablemente enfermo; mas los que se retiraron del mundo para morir a él y vivir a Cristo, no temen esto, antes se alegran, por-

que se acelera el curso para llegar a la patria deseada.

Menos claridad que esta de Nuestra Señora de Parraces hay en el Monasterio y Abadía o Priorato de Santo Tomé de Pie del Puerto, que también pertenece a esta Casa, porque ni se halla fundador ni principio. Por algunos papeles viejos que tenemos, se ve que era Abadía y tenía canónigos más ha de cuatrocientos años, que es mucho. La fama y tradición que ha venido corriendo de padres a hijos, dice: que por haberse dado allí la última batalla contra los moros que habían quedado en Castilla, cerca del día y festividad de este santo Apóstol, se labró una ermita en su nombre. Vino después a poder de canónigos reglares, ensancháronla y edificaron allí un pequeño convento, y con el buen ejemplo que dieron, los Reyes se les fueron aficionando. Era mucha parte el continuar por allí las idas y vueltas y los pasos desde Castilla la Vieja a la Nueva, residiendo los Reyes en Sepúlveda, y Aranda, y en los lugares de aquella comarca. Sucedió también que el santo Apóstol se quiso mostrar en aquel lugar propicio a los que eran mordidos de perros rabiosos, y la gente cobró gran devoción con él, sanando infinitos de ellos con manifiesta experiencia de largos años (y dura hasta el día de hoy), y así creció la casa con alguna renta. Estuvo en poder de los canónigos reglares más de doscientos catorce años; después, resfriándose poco a poco la religión y el fervor, o la desampararon los canónigos, o su ejemplo no fué tal, y así el Papa Benedicto XIII deshizo la Abadía y la convirtió en Priorato, el año 1412. El Prior, que era un clérigo secular, se llevaba toda la renta, vivía donde quería, y lo mismo los canónigos, que ya casi no tenían sino sólo el nombre. Hacían profesión todos en el Monasterio de Parraces, y toda la observancia se remataba en que se juntaban cada año el día de San Agustín en el convento de Santo Tomé y celebraban allí un capítulo no sé de qué manera, y llevaban licencia para vivir donde querían todo el año, y creo que todo era una fría ceremonia, o, por mejor decir, granjería, para sacar de allí el Prior algún dinero por aquellas licencias, cosa perdida, sin pies ni cabeza.



Después, caminando de mal en peor, se vino a dar el Priorato a hombres de capa y espada, y así lo hallamos cuando se anexó a esta Casa; y lo que pone más admiración, que vino a ser aquella casa un refugio de frailes perdidos y fugitivos de todas las religiones: traían unas licencias o buletos del Papa, para que haciendo profesión allí en hábito de clérigos, con la licencia de este Prior de capa y espada, vivían donde se les antojaba; estado, por cierto, ocasionado y peligroso, y tal vienen los que de veras no emprendieron la religión, o, emprendida, la desarraigaron del alma. El Papa Gregorio XIII, el año 1573, a petición del Rey Don Felipe, anexó el Priorato a este Monasterio, y así se quitó de España un Monasterio como éste en género de religión. Al punto que se hizo la anexión debía de haber más de una docena de estos canónigos, religiosos fugitivos, que con estos breves tenían por coro, cabildo y convento a toda España, viviendo, como digo, donde hallaban mejor comodidad, y así acudían aquí a pedir licencia cada tres años al Prior de San Lorenzo, para vivir, según ellos decían, sin escrúpulo. Cuando morían, heredaba esta Casa los bienes, aunque todo ello montó poco más de nada, porque son como dineros de trasgo los que se adquieren por esta vía. Ya se han acabado y muerto todos; no sé si ha quedado alguno; a lo menos no viene a pedir licencia, porque no es nada escrupuloso. Este Priorato es *Nullius dioecesis*, por Bulas de los Pontífices, y exento de diezmos; tiene tres lugares harto pobres; juntos no harán uno razonable. Cuando se unió a este convento eran los vecinos ciento cincuenta: la peste de estos años se llevó las dos partes, y si no los socorriéramos con medicinas y limosnas, no quedara ninguno. La iglesia principal, y una ermita de San Andrés, antigua, de más de quinientos años, estaban tales cual se podía esperar de estos religiosos; ha sido necesario casi hacerlo todo de nuevo. Cuando se sacaba la tierra, haciéndose estos reparos, se desenvolvieron algunas sepulturas, donde se sacaron huesos muy grandes, como los que dicen de los Roldanes y Oliveros, de Roncesvalles, fábulas de los

Doce Pares de Francia. Vale la renta de este Priorato mil ducados, escasos, y es más el ruido. El sitio, por que no se quede esto, frío, estéril, solo; la gente, poco menos bárbara que en otro tiempo los de la Abadía de Parraces; los edificios, comunes y pobres, como de gente serrana y de poca policía. Al fin vivirá la memoria de estas dos Abadías en la sombra de este convento muchos años; que de otra suerte, ya no hubiera memoria de ellas.

## DISCURSO XXI

*El dinero que se ha gastado en esta fábrica, desde los primeros maravéis que para ella se libraron, y las tasaciones de las más principales cosas de ella.*



ESTE discurso y relación creo es el más deseado de cuantos hemos escrito. La primera cosa que en llegando preguntan los hombres de cortos marcos es cuánto habrá costado esta Casa y lo que hay en ella. Para satisfacción a ellos y dar algún gusto a los prudentes, que a la postre o nunca hacen esta pregunta (saben de lo que han leído, y de la noticia que tienen de la antigüedad, qué cosas son obras de Príncipes), y más principalmente para desenconar los ánimos de nuestros españoles, que tienen siempre atravesado en el alma está aquí toda la causa de sus daños, pobreza, pechos, tributos, determino dar aquí clara y breve cuenta de esto. Prometo lo primero, y si es menester juro por la fe de historiador, de religioso, y lo que es más, de Sacerdote, de tratar verdad y la más precisa averiguación que considerada la diligencia humana se puede desear o permite. Sería manifiesto atrevimiento, o, por mejor decir, desvergüenza, estándose los hombres mismos que lo han manejado, vivos, dos mil testigos de vista, enteros y sanos tantos libros, tantas cuentas de recibos y gastos, entradas y salidas en pie y pasadas por tantos tribunales, querer decir una cosa por otra, disminuyendo o aumentando con ánimo de engañar, que es en lo que consiste la fealdad de la mentira, tan hija



del demonio, y, por consiguiente, tan digna de ser aborrecida, no sólo de religioso, mas aun de un muy común cristiano. Supuesto tan firme fundamento, digo y afirmo, por lo que parece en las cuentas y libros de los oficiales de esta fábrica, que se han mirado con mucha atención y consideración, que los primeros dineros y maravedís que entraron en ella, a 4 de abril de 1562, que los recibió Pedro Ramos, haciendo oficio de pagador, y por cédula del Rey, fueron un cuento y ciento veinticinco mil maravedises, tres mil ducados justos, con que se dió principio a esta gran fábrica. Desde este día y año, sucesivamente, contando por todas sus partidas, recibos y entradas, hasta el día último del año 1598, en que pasó de esta vida el Rey Don Felipe II, montó todo el dinero de estos treinta y ocho años, cinco millones y doscientos sesenta mil quinientos sesenta ducados, como se ha sacado por las cédulas y recibos de los pagadores y contadores que han ido sucediendo, que el primero fué Juan de Paz, y el segundo, Tomás de Paz, su hijo, por muerte del padre, y el tercero, que hoy lo es, Domingo de Mendiola; y los contadores, el primero, Almaguer; el segundo, Gonzalo Ramírez; el tercero, Diego Ruiz Osorio, y el cuarto, que ahora tiene el oficio, Pedro de Quesada, que me ha ayudado mucho para la cierta y cabal averiguación de esto y de otras cuentas. Con este dinero no sólo se ha hecho toda cuanta fábrica aquí vemos, sino también toda la pintura y todo lo que toca a las manos de los bordadores, y el gasto todo de la Fresneda, cercas y estanques, y la viña y casa del Quejigal, bodegas y lagares y labor de muchos años, y todas las paredes y cercas de las Radas, Campillo y Monasterio, y sus casas y edificios, y las plantas todas de cuanto hay en estos jardines y huertas. Y oso afirmar bajo del mismo protesto, que cuando juntemos a esta suma todas las sedas, brocados, telas, plata, oro, holandas y lienzos, y los libros de todas las librerías, de estudio (dejo aparte la del coro y libros de canto, que entra en la fábrica), que se pagó por orden del guardajoyas de Su Majestad, Antonio Boto, que hoy vive, y pasó todo por su mano, que no llega a

seis millones con más de doscientos mil ducados. Ved aquí toda la pérdida de España y de Castilla. Pues repartamos estos seis millones (sean seis, y abundemos en la imaginación de muchos) en treinta y ocho años que duró esta tan insigne fábrica, honra de los Reyes de España, y con que salió toda nuestra nación de infinitas rustiqueces, viene a caberle a cada año ciento sesenta mil ducados. Pues yo sé, y lo tengo bien averiguado por los más principales contadores de Su Majestad, que desde los años de 88 hasta los de 96, uno con otro, montaron y tenían de entrada las rentas del Rey doce millones doscientos cuarenta y cinco mil ducados, de a diez reales, y que considerados todos sus gastos y salidas, sin faltar ninguna, sobran para guerras o edificios, o lo que quisieren, cinco millones ciento veintinueve mil ducados. Y pues me atrevo a decirlo así, crean tengo noticia y certeza de ello. Extendió España sus brazos, al parecer, para abarcar o para encerrar muchos reinos en su seno, y no ha sido, en la verdad, sino para que la sangren por ellos. Esto, si pudiese ser, había de remediarse; mas las necesidades han sido y son tan grandes y tan precisas, que pienso están todos excusados; mas no culpen la piedad y al fruto grande que de este edificio ha resultado en toda España. Y querría considerasen que donde sobran cinco millones cada año, y con todo eso hay tantas necesidades y aprietos, como vemos, sin que se les vea salida, cuán poca razón y apariencia lleva decir que sacar cada año ciento sesenta mil ducados tiene pobre a España y empeñado el Reino; y tras esto, antes que pase de aquí, quiero que se advierta que muchas partidas de este dinero no son de las rentas Reales, sino que las aplicó aquí Su Majestad de cosas accidentales y aventureras; pudiera especificarlas, si hiciera oficio de contador. Junto con esto se pagaron de este mismo dinero que hemos dicho, para otras partes, como para Aranjuez, Madrid, Segovia, muchos millares de ducados, que se libraron en esta fábrica. Mas yo quiero preguntar ahora a mis españoles, si es tan rica esta provincia de Castilla y Andalucía, que solas ellas osan ofrecer a Su Majestad



en seis años diez y ocho millones, sólo con echar un azumbre de sisa en cada cántara de vino, y una libra de aceite en cada arroba, ¿cómo es posible que tan pequeña cantidad como ciento sesenta mil ducados, cada año, en treinta y ocho años, los hayan sentido tanto y puesto en tan estrecha necesidad como dicen? Si el Rey piísimo Felipe II desde que comenzó esta obra no estrechara su Casa, sus galas, fiestas, juegos y mercedes extraordinarias excesivas, en que se suele gastar cada año más que esto, no les pareciera mal, y dijeran que era propia cosa de Reyes, aunque se hubieran atravesado muchas ofensas de Dios y graves daños en la república y en las costumbres, y llégales al alma porque se ha gastado tanto menos en una obra tan santa, tan pia, tan llena de cristiandad y de tantos provechos para todo, donde hay tanta y tan continua alabanza divina, donde se conservan y veneran con la decencia que es razón tantos cuerpos y reliquias de santos, tanta frecuencia de Sacramentos, tanta hermosura de pinturas e imágenes, tanta observancia de religión, cosas todas que en el mismo tiempo que aquí se iban edificando, levantando y juntando, en otras muchas naciones, que se llaman de cristianos, se iban destruyendo, derribando, blasfemando, escarneciendo. Si este pío Monarca, desde que comenzó esta fábrica hasta que le dió fin, llamara a la puerta de su Palacio cada día cuatro mil pobres, gente honrada, y les diera dos reales de limosna para que se sustentaran siquiera honestamente, aunque se pasearan por Madrid, ¿no dijeran que era ésta una obra heroica y nunca oída? ¿No le besaran la ropa, por santo? Pues esto mismo ha hecho con mejor orden, con más prudencia y de mayores provechos; porque con aquella primera limosna no hiciera más de sustentar gente ociosa, holgazana, criar carnes y vicios, y con ésta se ha hecho un efecto tan admirable, tan hermoso y de tan buenos usos, frutos y fines: hanse creado en España tantos y tan buenos artífices, arquitectos, trazadores, canteros, carpinteros, ensambladores, albañiles, pintores, bordadores y otras cien artes y oficios e ingenios que se saben y ejercitan con tanto

primor en ella como en todo el mundo, por el uso y maestría que aquí ha habido de ellas, y todo con la limosna que el Rey hizo estos treinta y ocho años. Y lo que es de mayor consideración, que no sólo se quedan aquí las obras, los ingenios y los modelos vivos, mas aun se queda la misma limosna viva. Aquella primera que se hizo a gente ociosa, en acabando se muriera; ésta comenzó cuando se hizo, dura ahora y vivirá mil siglos: que ciento cuarenta religiosos que aquí se mantendrán en tan santa vida, perpetuos capellanes de los Reyes y del mundo; cuarenta niños que se crían en tan santa santidad, hijos son de españoles, que aquí o en otra parte habían de vivir y comer, y esto para todos es; tantos oficiales y mozos de servicio bien ocupados, españoles son, y en ellos vive la limosna y la renta, pues en ellos o en otros como ellos se había de gastar aquí o en otra parte. Mas no tratemos sino de aquel dinero de la fábrica que ya pasó, y de aquellos cinco millones y medio (sean seis, en buen hora, de verdad que no lo son), pregunto: ¿qué se hicieron? ¿Consumiéronse entre estas piedras? ¿Están metidos en estas paredes? ¿Resolviéronse en humo, o lleváronselo fuera de España? No; que el oficial de Toledo llevó su parte, y allí mantiene su casa y sus hijos con ello; el de Madrid, el de Segovia y el de Avila, lo mismo; y el labrador de Galapagar, el de Robledo, el de Valdemorillo, porque picaba una piedra, traía unos cantos, hacía unos ladrillos, cavaba un terreno, se lo llevaron, y de esta suerte quedó esparcido y aprovechado lo que estando junto y en poder del Rey, o no servía de nada, o saliera fuera de España, y nos dejara pobres, y nos hiciera guerra, como la otra inmensidad de oro y plata que ha salido. Si en España se considerara la cosa como ella es, había de desear que los Reyes emprendiesen mayores fábricas que éstas, que así lo hacen en Italia con nuestro mismo dinero, pues era fuerza que lo que en ellas aquí se gastara, quedara repartido entre muchos, y estando dentro de nuestras puertas, hoy estuviera en estas manos y mañana en aquéllas.



No pretendo, verdaderamente, hacer apologéticos ni defensiones para esta Casa ni su Fundador, sino desarraigat la ignorancia de la gente que está engañada, mal persuadida o menos considerada; ni tampoco pienso ablandar los ánimos de los envidiosos o mal intencionados, porque sé cuán mal se curan estas dolencias, sino sólo decir lo que la verdad y la razón de esta historia piden, y porque si hubiere algún Erostrato tan malo que por ganar nombre con destruir este templo, no de la vana Diana de Efeso, sino del Glorioso Mártir Lorenzo de España, quede memoria de lo que ha sido.

Ahora descenderé a lo segundo que prometí en este discurso, que es decir, bajo del mismo presupuesto de verdad y puntual averiguación, lo que costaron algunas de las más principales piezas de esta Casa y fábrica, sacada de los mismos originales y tasaciones, para que no se encubra nada, y para que se vea cómo responden las partes con el todo. Y si a algunos se les hiciere difícil lo uno y lo otro, y dijeren cómo siendo tan grande y tan excelente y tan acabado todo ha costado tan poco, prometo responderle, y podrá ser, si lo mira sin pasión, dejarle convencido en el discurso siguiente, donde haré comparación y conferencia de esta fábrica con otras. Entre tanto, crea que no es poco dinero cinco millones doscientos sesenta mil ducados, y por su contemplación arrojó cuatrocientos mil ducados más de lo que está por cuenta, aparte de la sacristía, que lo prometo como religioso no llega a ellos, y porque abundemos, sin para qué, echemos perdidos ciento cincuenta mil ducados más, y sean seis millones, por que sea cuenta cabal y no les pase por la imaginación que esta fábrica es de más costa. Y cuando haya visto la razón y en lo que se tasaron las principales partes y lo mejor de la fábrica, y lo grueso y fuerte de ella, verá que no costaron poco, antes se tasaron noblemente y como obra de Rey, y que se tuvo intento a que los estajeros de ellas no perdiesen, sino ganasen; que cuando los maestros y estajeros pierden, ni la obra ni el dueño de ella ganan; todo va de mala y de falso, y si no se cae, que es lo más cierto, queda

sin gracia y remendada; y cuando vea las tasaciones y lo que de ellas resulta, quedará la prueba manifiesta de la suma que hemos dicho. Comencemos por la iglesia y por algunas de sus partes, que es lo más excelente y lo mejor de esta fábrica; que entendido esto, se puede hacer fácilmente tanteo de lo demás.

Costaron las manos y la piedra de toda la iglesia principal, cimientos, paredes, pilares, torres, cimborio, frontispicios, tránsitos, sotacoro, capilla, altares de piedra y, al fin, todo cuanto hay en ella por de dentro y por de fuera, de piedra berroqueña, y manos de canteros que labraron y asentaron, sin llegar a otra cosa fuera de esto, ciento ochenta y siete cuentos cuatrocientos trece mil doscientos cincuenta y cinco maravedises, que son quinientos un mil ciento cuatro ducados y trescientos cuatro maravedises.

El retablo y la custodia principal, con todas las figuras de bronce dorado que hay en lo uno y en lo otro; las gradas, todas de jaspe, y las mesas que hay en ellas; los oratorios del Rey y Reina, y los entierros que están encima, con sus figuras todas de bronce dorado, y las Armas Reales que están encima, y también las puertas del sagrario, y, finalmente, todo cuanto hay dentro de la capilla mayor, de mármol, jaspes, bronce, oro y otras piedras, sumado todo por sus partidas, hasta el sacar de las piedras en la cantera, y todas las manos de oficiales, monta trescientos cuarenta y cinco mil ochocientos dos ducados y ciento catorce maravedises.

La pintura de toda la iglesia, altar mayor y todos los retablos menores y los mayores de los altares capitales, que son siete, y la pintura de la bóveda del coro y las historias de los lados, al fin, cuanto está encima y debajo de la cornisa pintado, sin que entren en esto las guarniciones y marcos, ni los colores, sino solas las manos de los maestros Lucas Cangiaso y Rómulo, montan doscientos noventa y un mil doscientos setenta reales, como parece por sus partidas distintas, que son, en ducados, ventiséis mil cuatrocientos sesenta y nueve ducados y un real.



Todos los órganos de esta iglesia, en la manera que los especificamos en su lugar, y los realejos, las manos de los maestros, dando el Rey todos los materiales, estaño, plomo, madera, colores, oro, baldreses y herraje, al fin, cuanto allí fué menester, montan veintiséis mil ochocientos noventa y nueve ducados y trescientos maravedises.

Las sillas del coro principal, de solas las manos, dando el Rey todas las maderas que allí dijimos, unas traídas de las Indias y otras de España, costaron doscientos sesenta y seis mil doscientos reales, que son veinticuatro mil doscientos ducados.

Los cajones de los libros del coro y el facistol del mismo, sin las fajas y chapada de bronce dorado, de solas las manos, dos cuentos quinientos sesenta mil cuatrocientos setenta y dos maravedises, que son seis mil ochocientos cuarenta y seis ducados y tantos maravedises.

Toda la librería del coro, que son doscientos diez y seis cuerpos, contando cuanto en ellos hay, pergamino, tablas, guarniciones y manezuelas, escribir, iluminar, dorar y encuadernar, montan cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y cuatro ducados, por sus partidas recogido.

Las cinco rejas de bronce que están en las tres puertas de la entrada, por el sotacoro y las dos de las capillas de los Doctores y Vírgenes, como dijimos en su lugar, y todos los antepechos del mismo metal que corren por el ándito y tránsito de los treinta pies, y otros pasamanos del coro, junto a las sillas y los balconcillos de los órganos y de las ventanas, y todo cuanto hay de este metal en la iglesia, excepto el dorar de algunas piezas, costó quinientos cincuenta y seis mil ochocientos veintiocho reales, que son cincuenta mil seiscientos veinte ducados y ocho reales.

En esto se encierra todo cuanto hay en esta iglesia, advirtiéndole que, en lo que se dijo del retablo y capilla mayor, no pusimos lo que costaron las Armas Reales, ni Imperiales, ni las figuras de bronce de los entierros, ni del mismo retablo, ni las mercedes que el Rey hizo

a Jacobo de Trezo, ni a Pompeyo Leoni, y que, sin esto, lo que aquí hemos especificado por sus piezas es el mayor gasto y coste, y en que consiste el mayor golpe de esta fábrica, que, sumado por sus partidas, monta ochocientos sesenta y dos mil ciento cuatro ducados; y lo que resta, que aquí dijimos falta de las armas y figuras de bronce doradas, monta más de ciento cuarenta mil ducados, porque de esto no hubo tasación, sino que se quedó así colgando, sólo con la razón que aquí hay del dinero que se iba librando por el pagador y contador de esta fábrica, Pedro de Quesada y Domingo de Mendiola, con quien escribiendo esto lo estoy comunicando y confiriendo. De suerte que todo el cuerpo de esta iglesia, con cuanto en ella se ve de fábrica y adorno, ha costado, de solas las manos, más de un millón cuarenta mil ducados. Y si añadimos aquí lo que valen los materiales, piedra, cal, yeso, ladrillo, mármoles, jaspe, bronce, colores, oro, madera, metales, estaño y plomo, y campanas, que son cuentas muy menudas, aunque grandes en suma, no para historia, se coligen cerca de doscientos mil ducados más, y esto arrojándolo a lo más largo en lo que tiene alguna duda.

Salido de este primer encuentro y más dificultoso paso de la iglesia, quiero también dar noticia de otras tasaciones importantes, por el gusto que algunos recibirán de esto, que no les parecerán pequeñas, como no lo han sido las pasadas. La pintura del claustro principal es una de ellas, juntando todo lo que montan sus partidas, porque, como advertí, fueron cuatro los maestros, y así hubo diferentes tasaciones, aventajando siempre, con notable exceso, lo que hizo Peregrino; digo que monta toda la pintura que hay en él, al óleo y al fresco, cuatrocientos diez y nueve mil ochocientos ochenta y tres reales, que son treinta y ocho mil ciento setenta y un ducados y dos reales.

Y pues hemos comenzado a decir de pintura, diré también la tasa de la que hay en la librería, por ser de las más insignes cosas de este convento, y advertí también que es toda de Peregrino (digo siempre toda de este



maestro), no porque la labrase toda, que no pudiera en tres tanto tiempo, aunque pintara, como Lucas Can- giaso, sino dibujos, traza e invención suya, y con sus oficiales, retocando de su mano lo que le parecía y ha- ciendo algunas de propósito. Montó, pues, aquella pin- tura toda, contando también el oro de la cornisa y de las fajas (que es mucho), ciento noventa y nueve mil ochocientos veintidós reales, que en ducados son diez y ocho mil ciento sesenta y cinco ducados y siete reales. Y antes que salga de la librería, diré también lo que costaron los estantes y cajones en que están los libros que ya vimos, su forma y manera y las maderas de que están hechos, y las puso el Rey todas, y así se tasaron las manos solas en ciento cuarenta mil reales, que son doce mil setecientos veintisiete ducados y tres reales. De suerte que pintura y cajones de la librería montan treinta mil ochocientos noventa y dos ducados y diez reales.

Lo demás que hay en esta pieza son los libros, y jun- tando los de todas tres, vimos que era poco más de ca- torce mil cuerpos, y en esta mercadería puedo yo decir mi parecer, porque no hay hecha suma de lo que ha costado: digo que será mucho, si uno con otro los echa- mos a ducado, porque son casi doblados los chicos que los grandes, y así es harto que vayan todos en catorce mil ducados. Queda solamente lo que es el solado, que son las losas de mármol, y esto es cosa tasada y sabida; cada piedra puesta allí, asentada, está en trece reales: ved aquí toda la costa de una de las hermosas piezas que hay en Europa, y en esta Casa ninguna tan buena, excepto la iglesia.

Los seis Reyes de la fachada y frontispicio de la igle- sia, que son dignos de consideración, por ser piezas de tanta grandeza y tan bien obradas, costaron, puestos como están allí, con sus coronas e insignias o instru- mentos, ciento noventa y seis mil ciento ochenta reales; y por que no se olvide el San Lorenzo que está encima de la portada principal, que es también figura notable, y del mismo maestro, costó diez y siete mil setenta rea- les; y aun menudearé más y diré lo que costaron los

andamios e ingenios con que se subieron los Reyes, que como eran tan descomunales colosos, fué menester se asegurase mucho. Costaron, pues, los andamios, de solas manos, siete mil ciento cincuenta reales. De suerte, jun- tando estas tres partidas, los seis Reyes y el San Lo- renzo, y los andamios, montaron diez mil novecientos cuarenta y cinco ducados.

De esta manera pudiera ir dando noticia por todas sus partes principales hasta las muy menudas de esta fábrica, porque ha habido tanto orden y tanta fidelidad, que se halla razón y claridad de todo, hasta una sogá, una espuerta, un clavo. Han dicho en España tantas cosas de esta fábrica, y alargádose tanto, que me ha forzado a descender a estos particulares. Dijeron que, por sólo quitar los andamios de la iglesia, daba treinta mil ducados, y la madera, y aun se alargaban a más, y cer- tifico verdad que no costaron ochocientos, y que no se perdió un madero de importancia. Lo de la sacristía es- panta a muchos y piensan que por lo menos está gas- tado allí un millón, y les parece poco; yo he dicho así, a montón, y arrojándome a lo largo, cuatrocientos mil ducados; y por que se vea cuán arrojada suma es ésta, quiero poner aquí una sola cosa, que es la más impor- tante y la principal, por donde se hará juicio a lo demás. Cuatro ternos dije que había principalísimos en ella, y cinco con el de San Juan; los dos de la Vida de nuestro Salvador toda, y los otros dos de los Aniversarios del Emperador y Rey su hijo, y de la Emperatriz y Reina Doña Ana. Dije también que las manos de esta labor todo entra en la fábrica, y por allí se paga; quedan las telas de los brocados, que esto fué por cuenta del guar- dajoyas Antonio Voto. Pues contadas todas las varas de brocado que entran en estos cuatro ornamentos, y los dos paños que se ponen sobre las tumbas de los Reyes en sus exequias, montan cuatrocientas treinta y dos va- ras. Estas, unas con otras contadas a cincuenta ducados la vara (que las manos no costaron sino a cuarenta), montan veintiún mil seiscientos ducados.

Diré otra partida: las cuatro mudas más ricas con que



se componen todos los altares en las fiestas más principales de todo el año, en cada una entran trescientas cincuenta y tres varas, y así son las varas de todas cuatro mudas mil cuatrocientas doce; éstas valen, y así se pagaron, a diez y seis ducados cada vara, que montan veintidós mil quinientos noventa y dos ducados. De suerte que en estas dos partidas son cuarenta y cuatro mil ciento noventa y dos ducados. Pues yo certifico que todo el resto, de terciopelo, raso, tafetán, maraña y holandas, no monta otro tanto, y que si todo, con las manos, llega a cien mil ducados, que es todo cuanto se puede alargar. Las cosas de plata y oro ya las hemos especificado casi todas. Otras joyas de relicarios y pinturas preciosas, las más de estas cosas son presentadas, que no le costaron nada a Su Majestad, y como las había de tener el guardajoyas de Palacio, las tiene aquí en este guardajoyas de su capilla y de la de sus padres, mujeres e hijos. Los Reyes son como un mar, donde todos los arroyos y fuentes acuden, y ellos también como reciben lo dan, y no hay día ninguno que no les hagan presentes de cosas muy preciosas. Cualquiera que tiene una joya o pieza extraordinaria, luego dice que es digna de Rey, no para ni descansa hasta que se la presenta: tanto es el amor que Dios pone en nuestras almas para con nuestros Reyes naturales. Las que son de piedad y de devoción en ninguna parte están mejor, ni las gozan tanto las personas Reales, como aquí; de suerte que esto no hay que ponerlo en cuenta, ni hace ni deshace para lo que en este discurso pretendemos. De donde se colige bien lo que dijimos, que en esta Casa no ha entrado para su fábrica más dinero del que allí sumamos, fidelísimamente cogido de sus partidas, y que no son seis millones, y, por consiguiente, que seis millones en treinta y ocho años repartidos no han hecho en España el daño que la envidia o la ignorancia o afectos torcidos dicen. Antes creo (y pienso que lo demostré bien claro) ha sido de gran fruto y lo será esta fábrica en España.

De dos cosas quiero en el fin de este discurso hacer memoria y decir su costa y tasaciones. Una es el monu-

mento que se hace en esta iglesia para celebrar la memoria de nuestra redención el Jueves y Viernes Santo, y encerrar el Santo Sacramento, que, por ser cosa que se quita y pone, la encontramos cuando mostrábamos la Casa: la materia es madera dorada, con algunas piedras y jaspes fingidos; la forma es como una tribuna o cimborio, que se levanta haciendo un cadalso (digámoslo así), en lo bajo, entre doce columnas dóricas. A la mesa más alta se sube por cuatro escaleras, a las que responden cuatro frontispicios que se hacen sobre las ocho columnas de afuera, que representan cuatro portadas de mucha autoridad. En el primer descanso de las escaleras, que llega hasta encima de los pedestales, se hace una mesa y ándito o tránsito que pasa por todo el contorno, con sus antepechos de balaustres dorados, que le dan mucha gracia. Sobre las cuatro columnas de adentro (están tres en cada ángulo) se hace el cuadro o cielo que cubre la mesa principal, sobre la cual se pone el altar donde está el Santo Sacramento, y sobre ellas se levanta la cúpula y cimborio, que también en el pedestal hace otro antepecho, con sus balaustres; remátanse los frontispicios con peanas o acroteras y encima pirámides, todo al plomo de las columnas, arquitectura harto hermosa y bien entendida. Adórnase con muchas lumbres, grande número de candeleros preciosos y de ramilletes naturales y fingidos, que hace una galana y devota vista, que cada año se nos hace nueva. Hízose con grandísima brevedad y presteza. Costó todo, como allí se ve, dorado y estofado, un cuento ochocientos dos mil cuatrocientos sesenta y ocho maravedises, que montan cuatro mil ochocientos nueve ducados. La otra pieza es la iglesia que el Rey hizo en la villa de El Escorial. Puesta como está allí ahora, que parece de plata, y se hizo con poco menos presteza que el monumento, porque creo no se tardaron diez y seis meses cabales, montó todo su gasto, sumado por sus estajos y partidas, sesenta mil ducados, que si en otra parte se hubiera de hacer, pasara de ochenta mil; tanto importa estar asentadas todas las cosas en una fábrica grande, que unas cosas se ayudan a otras.



Esto hizo de limosna el pío Rey a aquel pueblo, digna obra suya; dióles también todos los ornamentos que fueron menester, conforme a la calidad que pide la iglesia.

Aquí pensé añadir la grandeza de muchos particulares que han concurrido en esta fábrica, y en particular de los materiales y de los instrumentos. Cuando he querido juntar las sumas, para decirlo en común, hallo gran dificultad, trabajo grande, poco fruto para quien tiene otras ocupaciones donde le llama su estado, parecerá curiosidad sobrada; porque decir los millares de cargos de madera que aquí han venido, la multitud de cal y yeso que se ha gastado, el infinito número de pizarra y de mármol, sería trabajo de muchos días; diré así, en común, que si cada cosa de éstas, si se viera por sí sola, amontonada en ese campo, juraran todos de cada una se podía hacer un pueblo. El hierro y la clavazón y las muchas suertes y diferencias que de esto hay, entendí reducir a una suma, por no enfadar a los lectores con muchas cuentas, y son tantas las suertes y las maneras de contar que hay en ello, que desmayé; saqué lo que pude, y sin contar las rejas grandes y otros antepechos de vidrio, que es una grande suma de arrobas, las arrobas de hierro y clavos son ciento nueve mil ochenta y tres arrobas; y de otros metales, como son plomo, estaño, acero, cobre, otra cantidad grandísima, porque de sólo el plomo se hallan más de noventa y nueve mil trescientas arrobas. Y de hilo de hierro, para hacer redecillas a las vidrieras, aunque no las tienen todas, ni aun la mitad, hay más de cien arrobas de hilo. Si se hiciera minuta del vidrio que se ha gastado en estas vidrieras, fuera una suma grandísima, porque es una de las grandezas de esta Casa la inmensidad de vidrieras que hay en ella, en iglesia, claustro, capítulos, sacristía, aposentos y galerías de Su Majestad y celdas de religiosos. El cáñamo para las maromas, guindaletas y otras jarcias es también increíble suma; y el esparto para las espuestas y serones, lo mismo. Es verdad que con una misma compra se hacían muchos servicios, y lo que de esto no aprovechaba para uno, era bueno para otro. En el cáñamo y en la madera

se vió esto muy claro: lo que no podía ser maroma, porque se rozaba, se hacía guindaleta u otra cosa; la viga que no podía ya servir de madre ni para cosas grandes, servía para andamios, para tablas o para marcos y otros cien menesteres, y por haber tanta industria y cuidado en los ministros, se hacían muchos ahorros; tanto importa ser el que gobierna esto persona desinteresada, que no pretendía sino el bien de la cosa y hacer lo que deben a la fidelidad, a la obediencia, a la conciencia. Esto se ha visto aquí en todos los ministros que Su Majestad ha tenido en esta fábrica, y por excelencia en el obrero principal, como veremos adelante.

## DISCURSO XXII

*La comparación y conferencia de este templo y casa con otros edificios famosos, principalmente con el templo de Salomón.*

**A**UNQUE lo que prometo en este discurso excede a la obligación mía, y aun a mis fuerzas, ahora sacaré otras de mi misma flaqueza, para satisfacer (si pudiere) a las preguntas importantes de muchos. Unos dicen: váleme Dios si hay en el mundo otro mayor edificio o tan grande; otros, si lo ha habido; otros, y los más, acuden luego al Templo de Salomón, porque apenas saben de otras fábricas grandes sino de ésta, porque la oyen a los predicadores, o lo leen en el Flos Sanctorum; otros también se acuerdan de las siete maravillas del mundo, y como gente más leída, dicen que es ésta la octava, y otras cien admiraciones o pescudas, que así se han de llamar. Claro está que el Monasterio de Tomar, y el de Santa Cruz, y otros que hicieron los Reyes de Portugal, y el de Poblete, que hicieron los Reyes de Aragón, y otros muchos que pudiera nombrar dentro y fuera de España, y aun en esta Orden, le hacen conocida ventaja a éste, o en vasallos o en rentas, o en multitud de edificio, ya que no tal ni tan bien trazado. Porque a esta Casa no le dejó el Rey ni un vasallo, ni aun renta suficiente para el número de los



religiosos, y las grandes obligaciones de que nos cargó, y los que he nombrado tuvieron mucha cantidad de uno y de otro, de rentas, digo, y vasallos, aunque con los tiempos han caído mucho de lo que fueron, y que éste se le hará a aquéllos en otras muchas cosas. Y claro está que la Iglesia de San Pedro, de Roma, y la de Santa Sofía, de Constantinopla, que ahora, por nuestros pecados, sirve de mezquita, son, sin comparación, mayores que esta iglesia, que puede caber dentro de aquéllas; dejó otras mil; mas mirada la unidad y junta de esta Casa y templo, y tomándolo así todo, es, sin comparación, mayor que aquellas fábricas. No quiero tampoco comparar esta fábrica con aquellas de los romanos tan celebradas, unas provechosas, discretas, o de policía, cuales fueron los acueductos, para proveer aquella ciudad de agua en mucha abundancia; los caminos, las puentes, y otros de este género que adornan y sirven tanto en las repúblicas; otros de menos provecho y más gentileza, y otras de todo punto temerarias, locas, vanas, llenas de ambición y ostentación gentilicia, cual fué aquella Casa Aurea de Nerón, que poco menos encerró dentro de sus puertas a Roma, como dice Plinio, y aquella puente destinada de Cayo Calígula que entraba tres millas en el mar, puesta sobre unos navíos, por donde pasó triunfando, sin por qué, con todos los senadores, caballeros y soldados de Roma; y aquellos dos teatros de Marco Scauro y Cayo Curio, que pusieron en admiración a Plinio, que no se espantaba de nada. Del primero dice (1), que siendo edil en Roma, que es como si dijésemos obrero o alarife (aunque hay diferencia entre estos oficios, que no es de este lugar averiguarla), emprendió una obra, la mayor que jamás hicieron manos de hombres; no para poco tiempo, como ésta, sino para que permaneciese. Esta fué un teatro de tres órdenes y suelos, y en ellos había trescientas cuarenta columnas; el orden más bajo era de mármol; el de en medio, de vidrio (prodigalidad inaudita en el mundo); el tercero, de madera, cubierta

(1) Plin., lib. XXXVI, c. XV.

toda de oro; las columnas, de notable grandeza, y entre ellas había tres mil estatuas de bronce. En el contorno y marcos del teatro cabían ochenta mil hombres, que aun en el de Pompeyo, que fué famoso, y hecho para que durase siempre, no cabían sino cuarenta mil. Y no es esta de las cosas que Plinio (1) cuenta porque se las dijeron, sino porque lo vió. Y con ser esta fábrica tan monstruosa y de admiración, añade que le excedía la de Cayo Curio; porque viendo que no podía vencer a la grandeza y magnificencia del teatro de Marco Scauro, acordó sobrepujarle con el ingenio. Hizo dos teatros juntos, para celebrar las exequias de su padre. Fabricólos de madera, levantados y pensiles en el aire, sobre unos fuertes quiciales, para que se meneasen y revolviessen en torno, asentado todo el pueblo romano en ellos. A la mañana, cuando se hacían las representaciones, estaban de espaldas el uno con el otro, para que no se estorbasen ni hiciesen ruido. A la tarde, cuando se habían de hacer los juegos de los gladiadores, tornaban a revolverse llevando asentado encima todo el pueblo romano, hasta juntar los dos cuernos y puntas el uno con el otro, y así de frente hacían un anfiteatro y en aquella plaza y arena que hacían en círculo, veían los juegos. Admirase grandemente Plinio de tan extraña locura, y dice no sabe de cuál maravillarse más, si de la invención del inventor, del artífice o del dueño de la obra; del osar imaginarla o admitir tal empresa; del concebirla o del ejecutarla. Y lo que le parece mayor temeridad y atrevimiento, es la del pueblo romano, fiarse de un asiento tan peligroso y tan falso y frágil. Vea quien quisiere lo demás que añade este gravísimo autor, reprendiendo la locura de aquella ciudad, que está dicho con la elegancia y agudeza que suele. En el mismo capítulo verá también otras extrañas monstruosidades de fábricas y gastos increíbles, que comparada esta Casa (aunque fuera mayor) con ellos, es nonada. Pues con estos edificios que, como digo, son prodigalidad, osten-

(1) Plin., lib. XXXIV, cap. VII..



tación y locura, no hay que hacer comparación, ni es bien se haga de cosa tan santa, y para tan santos fines, a las desbaratadas y de tanta profanidad. El Panteón de Roma que hizo Marco Agripa, como también lo refiere Plinio en el mismo lugar, fué excelente fábrica, y la arquitectura más perfecta y bien entendida y mejores adornos que hubo en aquel pueblo, en quien vinieron a parar, traídos por fuerza y por armas, todas las riquezas, regalos, tesoros e ingenios del mundo. Con todo eso, dudo que fuese mejor que ésta, ni de tan buenas partes, ni de mejores ni más ricos adornos. La arquitectura no es tanta como la de este templo, aunque aquélla era de orden corintio, y ésta dórico. Las estatuas, frisos, cornisas y otras muchas cosas de bronce que allí hubo, aunque fueron tantas y de tan excelentes artífices (en lo que creo excedió a lo de ahora, porque llegó allí a su punto), en vez de ellas hay muy excelente pintura, que compete con su escultura. Y fuera de esto; hay muchos ornamentos preciosos de extremada labor: gran número de vasos de plata, instrumentos músicos, que son los muchos órganos, que en aquel tiempo no los conocían, y son de gran ornato y majestad. Libros en gran cantidad y tan preciosos; sillas y asientos, y de todo esto carecían los adoradores de los ídolos. Aquel camino y vía que hizo Apio Claudio tan celebrado, y con tanta razón, que tomando el nombre de su autor, se llamó la Vía Apia, de quien escribiendo Procopio, novecientos años después, dice que llegaba de Roma a Capua, que son cinco jornadas de uno que camina bien (después se alargó hasta Brundisio, que son cincuenta millas), y que era tan ancha que iban dos carros, y venían otros dos, a la par, sin encontrarse, y que las piedras eran muy grandes, y de unos guijarros o pedernales durísimos, de cuatro y de cinco pies en cuadro, como un dado, y con tanto primor juntas, sin grapas ni otras ligaduras, que apenas se les veían las juntas. Y con haber tantos años que estaban allí sentadas, cuando él las vió, ni con las ruedas de los carros, ni con las herraduras de las bestias, ni con el agua, ni con el tiempo, ni con tantos ejércitos

e infinitades de gentes que habían pasado por allí, ni se les había hecho mella, ni perdido el pulimento ni el lustre, cosa verdaderamente admirable; y lo que más admiración pone a cuantos lo han considerado, es que hasta el día de hoy no se sabe en muchas leguas del contorno de Roma donde hubiese tal cantera, ni donde se pudiese haber sacado tanta y tan innumerable piedra, tan grandes y tan duras, aunque Onufrio quiere adivinar no sé qué parte. Paréceme que esta obra, mayor que la de esta Casa dos veces, aunque no tenga muchas cosas de las que aquí se ven, mas también tenía otras de gran excelencia, porque los lados, o como si dijésemos las márgenes de este camino, estaban adornados de poyos y descansos; grande número de preciosas estatuas; sepulcros excelentes de soberbio edificio; pirámides, obeliscos, artificiosas inscripciones y de gran erudición, que sin duda sería gran deleite caminar por ella cuando estaba en su perfección y entereza, como lo ponderan con gran razón nuestros anticuarios. Y quien quisiere ver cómo no tiene que admirarse mucho de esta Casa, aunque sea tan excelente, vea a Justo Lipsio (1) en aquel libro docto y prudente que intituló *Admiranda Romae*.

Lo principal que prometí tratar en este discurso es responder como pudiese a la pregunta curiosa y ordinaria, si fué mayor que esta Casa el Templo de Salomón. Lo que puedo responder más presto y más cierto es que no sé, y con esto saldré de mil cuestiones. Y si me aprietan más, y quieren que diga (como echando seso a montón) lo que me parece, diré dos cosas. La primera, que no fué tan grande fábrica o edificio aquél como éste, o, lo más cierto, que no fué mayor. Lo segundo, que no tiene ninguna comparación ésta con aquélla, porque le excede en doscientos tantos; y aunque parecen estas dos cosas contrarias y como increíbles, procuraré mostrar lo de la Escritura Santa con no poca claridad, aunque en esto ni en todo lo demás será cabezudo; cada uno sienta lo que Dios le ayudare.

(1) Lips., *Admirand. Rom. libr. III.*



Lo primero que quiero asentar o presuponer, y para mí es muy cierto, es que el Templo de Salomón, y el que el profeta Ezequiel pinta, cuyas medidas le mostró el ángel en visión, son tan diferentes como el cielo y la tierra; y es muy pequeña esta comparación, pues son tan diferentes como el cuerpo y el espíritu, y tan distantes como los dos arquitectos, Salomón y Jesucristo. Aquél le hicieron manos de hombres y los ojos de infinitos le vieron y le pudieron medir. Este no entraron manos de hombres en él, ni ojos humanos le vieron, si no son los del alma y espíritu de Ezequiel, y de otros muchos varones perfectos y santísimos que gozaron de su perfección y vieron su grandeza y sus medidas. Y cuanto a lo primero, yo no hallo ni lo hay en el tercer libro de los Reyes (1); ni en el segundo del Paralipómenon (2), ni en toda la Escritura Santa, ni en ningún lugar de Ezequiel, que Salomón edificase más de dos pórticos o atrios, que se llama el uno de los Sacerdotes y Levitas, y también se llama atrio interior, y otro se llama atrio grande, y jamás en lugar alguno se hace memoria de otros atrios; digo donde se trata la realidad y la verdad de la historia, porque en Ezequiel y en su templo, donde hay tantos atrios espirituales y místicos, no se hace ninguna memoria de David, a quien Dios dió las trazas del templo que se edificó, ni de Salomón, que le puso en ejecución. Y si fuera el mismo, y éstas las mismas trazas que aquéllas, en una o en otra parte convinieran, o en la historia se hiciera memoria de tantos atrios, o en el espíritu y profecía se hiciera alguna alusión, o se nombrara Salomón o David. Cuéntanse en el libro de los Reyes, y en el Paralipómenon, los atrios que Salomón edificó en sus propias casas, y aun las columnas que puso en ellas, y dos que puso en el Templo, ¿y había de olvidarse en todas partes de tantas columnas y atrios como algunos quieren poner en el Templo? También es manifiesto que ni aun en el templo del Rey Manasés, hijo de Ezequías, no había más de dos atrios en el tem-

(1) 3. Reg. 6 & 8. (2) 2. Paral. 4.

plo, y el segundo aun le llama nuevo en el tiempo de Josafat, como parece en el Paralipómenon (1). Y la más fuerte y fina prueba es que todos los ingenios del mundo no harán que cuadren las medidas del aquel Templo antiguo de Salomón con las del nuevo y eterno de Ezequiel, y el que más trabajare en ellos, trabajará en balde. Sería larguísimo discurso discurrir por tantos singulares, mas díganme: pues mide el ángel tan por menudo el Templo, las entradas, puertas, atrios, escalones y gradas, y aun los resaltes de las pilastras, y mira las palmas, los leones, los querubines y cuanto está por las paredes esculpido, ¿cómo se olvidó de una torre tan notable que estaba en el vestíbulo del Templo, a la parte de adentro, que era doblado de alta que el largo todo del Templo, que tenía ciento veinte codos de alto, y el Templo no más de sesenta?

¿Y cómo no se acordó tampoco de una cosa tan señalada como aquellos dos querubines que atravesaban con sus alas todo el ancho del Templo, tocando con las puntas de las alas de pared a pared? Y lo que es más, ni del Arca del Testamento hace memoria, ni se acuerda de aquella infinidad de oro que en él había, y hace memoria de infinitas cosas que jamás se vieron en el Templo material de Salomón. Y pregunto: ¿qué necesidad tenía el Profeta de que Dios le llevase a Jerusalén y le enviase un ángel a que le mostrase y le midiese tan por menudo las paredes, las puertas, las ventanas y otras cosas de un templo material, derribado y destruído, que él y cualquier otro hombre particular pudiera haber medido, y sin duda tenían mil veces medidas y conocidas sus partes? ¿Y qué necesidad tenía que le fuese diciendo qué era cada cosa de aquéllas: éste, el vestíbulo; éste, el Santa Santorum, y éste, el baño; y que esto que le decía se lo dijese a los hijos de Israel, que había tantos años que lo estaban mirando y tratando con sus manos? Si fuese yo mostrando esta Casa a un hombre prudente, y le dijese: Señor, sabed que ésta es fuente, y ésta es

(1) 2. Paral. 2.



escalera, y éstos son antepechos y éstos son claustros, ¿no se reiría de mí? ¿Quién no ve más claro que el Sol que no es este Templo cosa material, ni el que edificó Salomón, ni aun estos hijos de Israel, los hijos carnales de aquel Patriarca? Entendió esto divinamente San Jerónimo (1), a quien fuera bien que en esta parte y en otras muchas siguieran y abrazaran su doctrina los que tratan de Ezequiel. Niega el santo que este Templo y el de Salomón sean una cosa, y da las razones que dije. Porque éste es muy más excelente y a gusto que aquél, cuanto es más excelente Cristo que Salomón, y porque las medidas y partes del uno no vienen con las del otro. Y comentando las palabras del Profeta: *Tu autem fili hominis ostende domui Israel templum*, etc. (2). Dice se ve en ella, no habla del Templo que edificó Salomón, según se cuenta en los libros de los Reyes, y en el Paralipomenón, porque aquél era de otro orden y otras medidas, con grande diferencia en cada cosa, tanto inferior al Templo que sólo muestra a Ezequiel, que no sólo sus ministros y porteros de aquél pecaron y ofendieron a Dios, sino su mismo autor Salomón, aunque después hizo penitencia, como él lo escribe en los Proverbios, donde dice: Finalmente, yo hice penitencia, y puse mis ojos e intento en escoger la verdadera doctrina. Mas esta Casa que se le muestra a Ezequiel, y por Ezequiel a Israel, es de tal suerte, que el que la viere dentro en su alma, cesará de sus pecados, no de algunos, sino de todos, etc.

He puesto de buena gana estas palabras de nuestro gran Doctor, por lo mucho que en ellas se encierra, y lo principal, por la verdadera inteligencia del Templo de Ezequiel, que no es, según nos lo enseña, sino un Templo y perfecta Fábrica de Cristo, por virtud del Espíritu Santo, que sólo la entenderá y sabrá sus partes y medidas quien la tuviere dentro, donde se hallarán todos estos pórticos, exedras o salas y atrios; y, finalmente, como en propia morada de Dios, no habrá en ella pecado ni

(1) Hiero. Commentar. in Ezech. 6. 41, vers. 1. (2) Comm., c. XLIII.

cosa fea. Juntamente y de camino nos dijo el santo claramente que Salomón hizo penitencia, alegando el lugar de los Proverbios (1), según la versión de los Setenta, que le favorece, y el parafraste caldaico. Y luego, más abajo, en el mismo capítulo, prueba el Doctor santo que este Templo no es el de Salomón con una perentoria y gravísima razón, porque en el de Salomón, ni en el Tabernáculo de Moisés, no había más de un lugar que se llamase Santa Santorum, y en este de Ezequiel, todo él, con todo su ámbito, se llama Santa Santorum, y así lo va probando con otros muchos lugares excelentemente ponderados. Esta misma sentencia de nuestro santo Doctor Jerónimo (2) sigue como certísima el Dr. Arias Montano, en muchos lugares de sus escritos, y particularmente sobre Isaías. Y en el libro excelente que intitula *Hymni et saecula*, dijo elegantemente su pensamiento, en una Oda que hizo al profeta Ezequiel, donde está harto galanamente puesto todo el argumento de este Profeta. Y de la primera visión de aquel misterioso carro y ruedas, caballos o cuádrigas, cantó así el excelente y divino poeta:

*Sed mihi non animi tantum natura nec ars dat,  
Mens vae nimis temeraria sumit.  
Ut sacra quadri iugi imprudens mysteria currus,  
Disquiram, solvam ve, ligem ve.  
Nam quis vel solium, vel pulvinaria summi  
Numinis inspiciat referatque?  
Quisque oculis penetret lucem mortalibus illam,  
Quam subter subit atra calligo?*

Y luego, más abajo, viniendo a tratar del Templo, cantó el Santo Apolo, diciendo así, con la misma elegancia:

*Eternaeque domus templum, quod caetera damnat,  
Qui terris sint condita duro.  
Assere vel axo, aut tenui velata hyacinto,  
Et lino lanisque caprinis.  
Illa prius dictata suis quam facta magistris,  
Ritibus humanisque dicata.*

(1) Prouer, 4. vers. 32. (2) Isai., 33, vers. 20.



*Hoc vero vnius digitis ac mente benigni &  
Arte Dei constare peractum.  
Credat opus, mecum, qui sentiet & bene notum,  
Iis tantum queis limen adire,  
Munere concessum diuini auctoris, & esse.  
Partem aliquam solique domusque.*

Parece trasladado todo de las palabras de San Jerónimo. Y para concluir con esto, deseo saber en cuántos años, con qué dinero, con qué gente se podrá hacer una muralla que tenga trescientos codos y más de alto, que por lo menos son cuatrocientos cincuenta pies de vara, y mil codos de largo, que son mil quinientos; y por lo menos le hemos de dar ochenta de ancho para tenerse así, cuánto más para sustentar unos grandes terraplenes y un grande templo encima. Confieso que si esta obra es de Salomón, como lo afirman muchos, que la hizo para igualar la tierra y el área, para que cupiese en el monte Moria, en la era de Ornán Gebuseo la planta que le dejó David, su padre, que es una de las fábricas más estupendas que se ha visto en el mundo, y que no tiene que ver esta Casa de San Lorenzo con sólo este paredón y cimientos. Ni sé de historia alguna haga mención de torre tan descomunal que tenga cuatrocientos cincuenta pies de alto. Y ahora nos pintan una muralla de buena sillería, con sus nichos, que los tiene. Bien veo que lo toman de Josefo (1), mas no quisiera que le quitaran cien codos más que Josefo pone, diciendo que eran cuatrocientos codos en alto, que a pie y medio son seiscientos pies, porque se hiciera más admirable; y pues le seguían en lo uno, diéranle fe en lo otro. De suerte, que, según la sentencia de Josefo, esta muralla y terraplén era dos veces más alta que el cimborio de esta Casa hasta la Cruz; él lo llama casi increíble; yo, cosa increíble: en poco diferenciamos. Y aunque Josefo es historiador tan grave, tiene muy fuertes engaños; y en la descripción del Templo, y en todos los de Antiquitate, gravísimos y no pocos encuentros con la Santa Escritura, y es menester leerle con mucho juicio.

(1) Ioseph. 8, Antiqui. c. II.

Dejado, pues, aparte esta fábrica del Templo de Ezequiel, tan fuera de lo que alcanza el brazo y juicio humano, torno a mi presupuesto, y digo que el Templo de Salomón no fué tanto, o no fué más edificio que el de esta Casa, si miramos a los lugares propios donde la Escritura hace historia de él, porque no dice que hizo más del templo y dos atrios. Y por cumplir con el deseo y gusto de muchos de entender lo que fué aquel Templo, lo trataré con la mayor claridad que se pudiere colegir de la Santa Escritura, mirando no sólo lo que suena nuestra traslación vulgata, que, dejado aparte, ninguna mejor, es la auténtica, sino también la fuerza del original hebreo, que es el más germano y fino comentario. En el primer libro del Paralipómenon (1) (por que lo tomemos de su principio), capítulo XXVIII, se dice que le dió David a Salomón, su hijo, las trazas y los originales que le había dado Dios a él, así del Templo y del Santuario como de los atrios y pórticos, cenáculos, cámaras, salas y aposentos; las divisiones y apartados para los tesoros y riquezas del Santuario y de los atrios. Esto es lo primero, y lo que de necesidad ha de preceder a todo lo demás, que es la traza y la forma del fin que se pretende, y conforme ella se han de buscar los medios. Luego se sigue la suficiencia y el caudal con que se ha de ejecutar; y así, luego, en el capítulo XXIX, y aun en el XXII, del mismo libro, pone el oro, plata, metal, hierro, maderas y piedras preciosas y de varios colores que le dió a Salomón su hijo, hasta las telas y sedas para los vestidos y ornatos de los sacerdotes y ministros; lo cual todo había allegado el Santo Rey de sus rentas y de los despojos de las guerras y victorias que había tenido, y de lo que el pueblo y principales de él ofrecieron de su voluntad, movidos de su ejemplo, que fué una suma espantosa, como se ve en el capítulo XXII alegado. De oro, cien mil talentos; y de plata, un millón de talentos; por que no se haga increíble, pondré las palabras formales: *Ecce ego in paupertate mea praeeparavi impensas domus*

(1) 1. Paralip. 28.



*Domini, auri talenta centum millia, et argenti mille millia talentorum: aeris vero, et ferri non est pondus* (1).

Y luego, en el XXIX del mismo libro, dice que para que dorase las paredes le dió otros tres mil talentos de oro y siete mil de plata. Y los principales de la república dieron cinco mil talentos de oro y diez mil sueldos o medios reales de oro, y diez mil talentos de plata ruda, que quiere decir no usada, sino en barras o rieles. De metal, cobre y estaño, diez y ocho mil talentos, y cien mil talentos de hierro. Falta, para que entendamos qué cantidad y suma es ésta, y cómo responde a nuestra moneda, ver qué cosa son estos talentos, que en la lengua hebrea se llaman chichar, porque hay en esto mucha variedad y pareceres, y buscan la verdad donde no está ni pueden hallarla. El chichar; que en griego y latín se llama talentum, era una manera de peso llana, sin figura ni señal, ni sello, como si dijésemos una torta de cera, y pesaba diez y ocho mil siclos; y el siclo (como dije arriba haciendo memoria del que aquí tenemos del tiempo de Salomón allí cerca) es media onza, y como un real de a cuatro nuestro. Por este siclo se gobernó siempre aquel pueblo en todo lo que compraba y vendía (a lo menos entre tanto que no estaba dividido en Reyes de Judea y de Israel, que fué en tiempo de Roboán, hijo de Salomón). De suerte, que si era cosa contada y numerada moneda, de cualquier metal que fuese, se reducía a este siclo de plata, o a sus partes, medio siclo o cuarta de siclo. Y si era cosa de peso, también se reducía al peso del siclo, que es media onza, o multiplicándola o partiéndola; de suerte, que si decían ésta vale diez siclos y medio, es como si dijéramos: vale cuarenta y dos reales; y si decían pesa diez siclos, era como decir pesa cinco onzas, y así era la regla de todo cuanto se numeraba y pesaba, fuese de la materia que quisiesen, que a este siclo se reducía, y su peso o su valor se entendía, y no había siclo de oro ni de estaño, ni de otro metal, como algunos imaginan, sino sólo este de plata

(1) 1. Paralip. 22, ver. 14.

que sirviese de regla, y seguirse hían grandes inconvenientes en la Santa Escritura, si se admitiesen, que no me quiero detener a probarlo; los doctos que quisieren verlo, lean al doctísimo Arias Montano, en su volumen del siclo en el aparato sacro, de donde tomamos todo cuanto aquí vamos diciendo, porque es evidencia. Según estos presupuestos, diremos que siendo el siclo lo que son cuatro reales nuestros, peso de media onza, y pesando un talento, séase del metal que quisieren, diez y ocho mil siclos, que son nueve mil onzas, pesa cada talento cincuenta y seis libras de a diez y seis onzas, y cuatro onzas más, que son dos arrobas y seis libras y cuatro onzas. Y aquí también se advierta que de ordinario dos cantidades o tamaños, una de plata y otra de oro, el de oro pesa dos tantos que el de plata; como si se vaciasen dos bodeques en una turquesa, el de oro pesaría doblado que el de plata, y en el valor pesaría dos bodeques o bolas; el de oro valdrá diez, tanto que el de plata; si el de plata vale diez, el de oro, ciento.

#### ORO

De donde se saca claramente que los ciento ocho mil talentos de oro que ofreció David, y los Príncipes del pueblo, pesan doscientas cuarenta y tres mil veinticinco arrobas, y en escudos de a diez reales valen setecientos sesenta y siete millones seiscientos ochenta mil escudos.

#### PLATA

Y los mil millares de talentos, y más diez y siete mil talentos de plata, de los principales, pesan en arrobas de a veinticinco libras dos millones y doscientas ochenta y ocho mil veinticinco arrobas, y en escudos de a diez reales son setecientos treinta y dos millones seiscientos mil escudos. Por manera que todo el valor de plata y oro que se gastó en el Templo monta un millón de millones y quinientos diez millones de escudos de a diez reales. Cosa inaudita, y que sola la fe de la Santa Escritura puede cautivar el entendimiento.



Visto hemos lo que toca a la traza y al caudal; síguese el número de la gente, maestros, sobrestantes, oficiales, peones, que confirma bien la suma pasada, y no es de menor admiración que lo pasado. Colígease claro de la Escritura que fueron ciento sesenta y tres mil seiscientos los que andaban en ella, que para edificar una gran ciudad parecen muchos, cuanto más para un templo. De los prosélitos o advenedizos a Israel, que eran gentiles y se habían convertido a la religión israelita, contó ochenta mil; para labrar y cortar la madera y la piedra en el monte Líbano, mármoles y cedros, otros setenta mil, que llevaban estos materiales al lugar donde era menester, y tres mil seiscientos que servían de sobrestantes, para que todo esto fuese con mucho orden e hiciesen que la gente trabajase. Sin éstos, sacó Salomón otros treinta mil de los hijos de Israel que trabajaban en compañía de los de Tiro que envió el Rey Hiram. Estos trabajaban alternativamente; diez mil estaban un mes, y luego se venían a su casa, e iban otros diez mil, y estaban otro mes, y luego se volvían. De esta suerte lo continuaban por su turno, y así vienen a sumar todos los que continuamente trabajaban, ciento sesenta y tres mil, sin los que el Rey Hiram envió de Tiro. Véase el capítulo V del tercero de los Reyes (1), y el capítulo II del libro segundo del Paralipónenon (2), donde está claro este número. Entre los que envió el Rey Hiram se hace mucha memoria de un maestro llamado también Hiram, hijo de madre israelita y de padre gentil, diestrísimo en muchas artes, como otro Beselehel. ■

Vista la traza, el lugar, el caudal y la gente, no falta más de la labor y la obra. Esta se divide en dos partes: en lo que propiamente era templo, cerrado y cubierto y en lo que era atrios y patios al cielo abiertos, y así lo distingue Josefo, llamando a esto postrero Phnum, y a lo primero, Templum. Esto podemos llamar como el aposento y Palacio Real; lo demás, como las oficinas, aposentos de los criados y ministros. El aposento y Casa

(1) 3. Reg. 5. (2) 2. Paral. 2.

Real se divide en tres partes: en pórtico o vestíbulo, antecámara y cámara. El vestíbulo se llama en su lengua original, ohel; la antecámara, hecal, y la cámara y aposento retirado y secreto, debir. Las medidas y todo esto era en largo, de Oriente a Poniente, sesenta codos: diez, el vestíbulo; el palacio o antecámara, cuarenta, y el último, que llamamos la cámara real, veinte. El ancho, por igual en todas, veinte. El alto era diferente, porque el vestíbulo o el ohel tenía ciento veinte codos, que era como torre. El hecal y el debir, treinta. En lo que tocaba a la fábrica por defuera, de suerte que toda esta parte principal, desde el vestíbulo hasta las espaldas del palacio, no tenía más de ciento cinco pies de vara, y así no era tanta fábrica, mirando a la piedra, como una de las naves pequeñas de la iglesia, ni tan larga ni tan ancha como la sacristía, porque los codos con que está medido el Templo de Salomón y el Tabernáculo de Moisés y el Arca de Noé, y todas cuantas medidas de fábricas hay en la Santa Escritura, no tienen más de pie y medio de nuestras varas castellanas, que son de a seis palmos, y cada palmo de a cuatro dedos, y cada dedo seis granos de cebada ladilla, que de otra manera se seguirían infinitos inconvenientes y monstruosidades en la Historia Santa. Otro codo que se halla es el propio de cada un hombre, y éste, como es tan variable, no se toma por regla de ninguna cosa, sino del mismo hombre.

Toda esta fábrica, que no tiene más de lo que hemos dicho, era de piedras grandes y excelentes mármoles, con gran cuidado labradas y juntadas, sentadas sobre muy hondos y firmes cimientos, hechos de la misma piedra. El ancho de las paredes no se dice, mas dicho se está que sería conforme al arte. El orden y forma de dentro en todo, esto está dicho con gran cuidado en el texto santo. Quanto a lo primero, en las dos partes principales, cámara y antecámara, que se llama en la Escritura Sagrada Santa y Santa Santorum, no se veía ninguna pared ni piedra, ni por el suelo ni por los lados ni techo, dentro ni fuera, porque todo estaba cubierto de tablas de cedro hasta los veinte codos en alto, que son treinta



pies, y allí por de dentro se hacía un techo de madera de cedro artesonado, y de allí arriba los otros diez codos era como desván obscuro, y estaban las paredes descubiertas. Y el techo último o tejado que lo cubría todo era también de vigas y tablas de cedro. La antecámara y cámara, que es el hecal y el debir, se dividían hasta el artesonado con una pared hecha de tablas de cedro, y así quedó el debir o Santa Santorum cuadrado de todas partes, en ancho, largo y alto, como una figura cúbica de veinte codos, que son treinta pies de cada lado. El hecal o santa quedó de cuarenta codos en largo, y el alto y ancho, como el debir. En el remate de las paredes de estas dos piezas y junto al techo se hacía una como corona o cornisa del mismo cedro, muy hermosa, de unas como ondas enlazadas y revueltas, y en el friso que quedaba entre las bajas, que eran como el arquitrabe entre las altas, que era como la cornisa, estaban unas frutas o pomas, que eran como nuestras berenjenas, que se llaman pomum amatorium, y algunas veces la traslación vulgata las llama mandrágoras. Debajo de este cornisamento o remate estaban las ventanas, y entre ellas y por todas las paredes al derredor, en dos órdenes bajos y altos, estaban esculpidos unos querubines con las alas tendidas, y entre querubín y querubín una palma o una oliva, y por el campo y espacio unas flores, como balaustres de granados aun no acabados de abrir. Todo esto estaba entallado en las tablas de cedro con mucho relieve, y encima todo cubierto con láminas de oro, y clavadas con clavos de oro, techo, paredes, suelo, y con tanta maestría asentado y cubierto, que no se perdía un punto de la labor ni de su perfección, querubines, olivas, palmas, frutas, flores, de suerte que todo estaba hecho un puro oro y con un resplandor y lustre tan grande que deslumbraba la vista. La puerta de la pared que dividía el Santa del Santa Santorum estaba en medio; tenía cuatro cúbitos de ancho y ocho de alto; proporción dupla, doce y seis pies. Tenían las puertas las mismas labores y cubiertas con láminas de oro. Y otra puerta, que era la principal para todo esto, por donde se entraba

del vestíbulo o zaguán al Santa, era también de madera de olivo o de las maderas oleaginosas, de cinco codos de ancho y diez de alto, con las mismas labores, ondas, querubines y palmas, aunque de éstas no dice el texto santo que estaban cubiertas de oro. De dentro de estas tres partes estaba lo siguiente: en el ohel o vestíbulo estaban aquellas dos tan famosas columnas de metal que hizo Hyram Tyro, de diez y ocho codos en alto cada una y de ruedo seis codos, que responde el diámetro a tres cúbitos, y así parecen de orden jónico, aunque el chapitel era diferentísimo y con grande adorno, que tarda mucho la Escritura en pintarlos en dos lugares (1). A la que estaba a la diestra del templo llamó Jachim, y a la otra, Bohaz; no es lugar de detenernos a explicar tantos misterios como aquí se encierran. En el Santa o heical estaba lo primero el altar del incienso y la mesa de los panes de la proposición, que se llamaban de las faces, y diez candeleros como el que hizo Moisés en el Tabernáculo, cinco a cada lado, todo esto de oro, altar, mesas, candeleros, incensarios, navetas, cántaros, bacías, platos, tenazas y despaviladeras y otros instrumentos, todos de finísimo oro.

Dentro del Santa Santorum o debir estaba, lo primero, un velo delante las puertas, preso con unas cadenillas de oro; luego estaban aquellos dos querubines, cada uno de diez codos en alto, las figuras y rostros hacia la puerta; eran de madera de olivo u oleaginosa, cubiertos de planchas de oro; de la punta de un ala hasta la otra tenía cada uno diez codos, y así tocaba la punta del ala del uno la una pared, y la del otro la otra, pues el ancho era veinte codos. Luego estaba un altar cubierto de oro y encima de él, debajo de las alas de otros dos querubines, que se miraban, estaba el Arca del Testamento y Pacto del Señor, porque estaban dentro aquellas dos Tablas que Dios con su dedo había escrito y dádoselas a Moisés y mandádole que las pusiese allí dentro. De suerte que las alas tendidas de los dos querubines eran el asiento

(1) 3. Reg. 16.—2. Paral., 3.



de la silla y la tabla que cubría el Arca, como el escaño o banquillo de los pies. De donde se ve que todo era una inmensa riqueza de oro la que aquí en estas dos partes, Santa y Santa Santorum, Hecal y Debir, estaba; y por que se vea algo de su valor, advierte el texto que el oro con que estaban cubiertas las paredes del Oráculo o Santa Santorum eran seiscientos talentos; pues véase el que entraría en todo lo demás, techos, suelos, vasos e instrumentos de todo aquello; riqueza nunca vista en el mundo, y así lo pedía lo que era figura o parábola, como dice San Pablo, de los tiempos futuros. Por la parte exterior estaba este Templo rodeado de unos aposentos hechos de maderas preciosas, cedros y larices, de suerte que ni se podía ver ni llegar a las paredes por ninguna parte. Por la oriental estaba el vestíbulo o torre, que tenía cuatro puertas; en cada lado la suya; por las otras tres, Poniente, Norte y Mediodía, estaban estos aposentos y tenían tres altos o suelos que hacían como tres galerías, con sus ventanas, unas sobre otras, que parecía muy bien, y no pasaba el alto de ellos de los quince codos, por que no quitasen la luz de las ventanas del Templo, que estaban de los quince a los veinte. Basta haber dicho así lo que toca a la fábrica y riqueza de esta primera y principal parte, que es el templo, y creo se habrá entendido fácilmente. En el pecho me están bullendo mil secretos que en cada cosa de éstas encierran, escondidos entonces (y mucho más ahora) a aquel pueblo ingrato, duro, pérfido, y por nuestros pecados también a los que habíamos de gozarlos y no reparar en la corteza de la letra, ni en la apariencia de la historia, en que los que se quieren mostrar muy agudos se desvelan y ponen todo su cuidado, y en lo que dicen y en lo mismo que reprenden a otros se les ve cuán en ayunas y cuán lejos están de alcanzar el misterio. De esto será el Señor servido trataremos de propósito algún día.

Resta veamos lo que toca al mayor cuerpo de la arquitectura, que son los atrios. El primero y principal se llamaba (como ya dije) atrio interior de los Sacerdotes y Levitas, patio abierto al cielo como nuestros claustros,

El otro se llamaba atrio segundo, exterior, grande y de Israel. De entrambos hace harto brevemente la Santa Escritura relación en tres lugares: en el III de los Reyes, capítulos VI y VII, y en el II del Paralipómenon, capítulo IV, y toda la Santa Escritura donde se trata del Templo; no hay más atrios que éstos. No pone sus medidas, su forma ni traza; sólo hay memoria del orden de las piedras, diciendo que tenía tres órdenes de ellas, unas de ocho codos y otras de a diez. Los que han leído a los maestros antiguos de aquella Iglesia antigua, visto originalmente sus historias, sus tradiciones y decretos, dicen que el atrio interior que rodeaba el Templo, y era donde sólo entraban Sacerdotes y Levitas, tenía de largo, de Oriente a Poniente, ciento cincuenta codos, que son doscientos veinticinco pies, y lo mismo tenía de ancho por la parte occidental, que era a las espaldas del Templo; por la oriental era lo más ancho trece codos, y así representaba figura de león, que es más ancho en el pecho que en el anca, de donde vino que algunos Profetas le llamaron Ariel, que es decir lo mismo que león fuerte o León de Dios. Aunque si bien se mira, ni Isaías (1), ni Ezequiel (2), que son los dos Profetas que usan de este nombre, hablan del Templo, sino el primero de la ciudad de David, por ser fortísima y defendida de David y de Dios, y el segundo habla del altar de los sacrificios, porque, como león, consumía tanta multitud de animales en el fuego que vino del cielo, con que se hacían los sacrificios. Este es el un atrio, y los tres órdenes de piedras que dice el texto que tenía, lo interpretan de muchas maneras; parece que con esta descripción tan breve quiere decir que tenía tres altos y órdenes de cantería, donde era forzoso hubiese muchas cuadras y aposentos para el servicio del templo y de sus ministros, que eran muchos, y es evidencia que Salomón siguió en todo la traza que le dejó su padre, pues se lo encargó tanto, diciéndole que le habían venido de mano de Dios, y en ella se hace, como vimos, mención de estos atrios y de lo demás,

(1) Isai. 29. (2) Ezech. 43.



como de las divisiones y apartados para los Sacerdotes y Levitas, para los vasos, alhajas y tesoros del Templo; y así, aunque no se declaren, se han de entender de fuerza. Y en muchos lugares de la Escritura se halla memoria de ellos, que sería negocio largo referirlos. De donde consta que este atrio era un grande y excelente edificio, mucho mayor que el claustro principal de este convento. Dentro de este atrio estaba aquel gran altar de los sacrificios, asentado delante del vestíbulo del Templo; tenía por cada lado de cuadro veinte codos o treinta pies, y de alto, quince pies (1). Este era todo de metal, con unas gradas al derredor y otros adornos y menesteres. Estaba también aquel mar o pila grande, que también era de metal, vaciado con grande artificio por el artífice Hyram, cuyas eran todas estas obras; tenía de diámetro diez codos; de hondo, cinco, y en contorno, treinta; de donde se ve que no era redondo, sino ovalado y en forma de cáliz, que por la parte baja disminuye. Pintale la Escritura con muchas labores y primores; dice que estaba sentado sobre doce toros vaciados del mismo metal, que de tres en tres miraban con las frentes a los cuatro vientos. Allende de esta gran pila o baño había otras diez, levantadas sobre unos pedestales o basas hermosísimos y de preciosa labor, cinco de cada parte, vaciados también del mismo metal, y de que hace tanto caso la Escritura Santa, que en el III de los Reyes (2) gasta gran parte de un capítulo en pintarlas. Y luego añade allí el mismo texto que hizo Hyram tanta infinidad de vasos e instrumentos, para lo que era menester en el Templo, que no se podían contar; con este encarecimiento, que no tenían número ni se podía saber su peso, y lo repite dos o tres veces. Tenía este atrio cuatro puertas, que respondían a las cuatro cuartas o vientos. La principal era la que miraba a Oriente, que tuvo muchos nombres por su excelencia; cerrábanse y abríanse con unas grandes puertas de metal, y en ellas se hacían sus zaguanes y pórticos. Había también dos pozos, que los

(1) 2. Paral. 4. (2) 3. Reg. 7.—2. Paral. 4.

llenaban de agua traída de otra parte; no se dice que los hiciese Salomón, mas hase de entender, porque un Rey tan sabio y que obraba con trazas divinas no dejaría ninguna cosa imperfecta para lo que tocaba al culto y menesteres de tantos sacrificios. Hácese también memoria de un desaguadero grande y muy hondo, que iba a parar por debajo de tierra allá a un arroyo; fábrica costosa y de importancia, para tanta sangre y agua como allí se vertía, pues en siete días que duró la dedicación del Templo (por que lo digamos de camino) se sacrificaron en este atrio veintidós mil reses vacunas y ciento veinte mil carneros (1), que si murieran en toda España la pusieran en necesidad. Fuera de este atrio edificó otro Salomón, aunque no se pone tan especificado y claro como el pasado, aunque se colige con certeza éste se llamó el atrio de Israel y atrio exterior, donde entraba tanta multitud de gentes tres veces, por lo menos, en el año, de hombres y mujeres, como bullían y se multiplicaban en aquel pueblo; era forzoso fuese muy grande, aunque la Escritura no nos dice (2) sus medidas ni en los lugares que hace memoria de él dice que tuviese apartados, ni piezas, ni cenáculos o éxedras, y es también forzoso que las tuviese para defenderle del calor y de las lluvias, cuando no hubiera otra necesidad.

Aunque era común este atrio o patio para hombres y mujeres israelitas, siempre se entiende que tuvo alguna división para unos y otros, por la decencia; mas después, por alguna ocasión, o por la multitud y frecuencia, esta división y apartado fué más notable, y aunque estaba todo dentro, como si dijésemos, de unas paredes y cuadro, pareció que se había hecho otro atrio de nuevo, y así se llama nuevo en el texto santo (3), donde se refiere que el Rey Josafat se puso a orar en medio del pueblo, delante del atrio nuevo. La parte del atrio que cupo a los varones estaba más junto al atrio de los Sacerdotes, y alindaba con él por la parte oriental; y así

(1) 2. Paral. 7. (2) 3. Reg. 7, vers. 10-12. 2. Paral. 4, vers. 9.  
(3) 2. Paral. 20.



el atrio interior no tenía por allí pared alta, sino un antepecho, por que pudiesen ver los sacrificios que se hacían. En éste está hecha una silla alta (como trono real), de piedra, donde se asentaban los Reyes, porque ninguno se podía asentar en el Templo sino el Rey y el Sumo Sacerdote, y desde aquel asiento miraba al pueblo, y le hablaba cuando era menester. En este atrio exterior o grande hizo Salomón un pórtico o zaguán grande, después de haber edificado su casa y palacio como parece en el III de los Reyes. Esto es lo que podemos afirmar y de lo que hay clara noticia que edificó Salomón; lo demás que en la Santa Escritura se dice de este Templo fueron añadiendo los Reyes sus sucesores, o los Sumos Sacerdotes; con las ofrendas que para esto hacía el pueblo, que eran larguísimas. Concluye el texto santo (1), que en acabando de edificar el Templo y estos dos atrios, con todo lo que para el adorno y servicio de él fué menester (tardó siete años, desde el cuarto de su reinado hasta el undécimo), pasó con gran solemnidad el Arca del Testamento al Santa Santorum. Y no podemos decir que esta fábrica de Salomón fuese más, pues la Santa Escritura no lo dice, ni tenemos licencia de fingir, ni imaginar, ni añadir, ni quitar, por que no nos alcance la maldición del Apocalipsis (2), que no es sólo para aquel libro particular, sino para todo este libro que escribía Dios y se llamaba Escritura Santa. Donde infero lo que al principio propuse mostrar, que en lo que toca a las paredes, claustros, patios, Templo, y lo que es fábrica de piedra que vemos en toda esta Casa de San Lorenzo, es mayor que aquel Templo de Salomón, y de lo que se escribe edificó continuamente hasta pasar el Arca, aunque mucho menor que aquella que pintan de Ezequiel, la cual torno a afirmar que ni la fabricaron manos de hombres, ni la vieron jamás ojos de carne. Mas si comparamos esta Casa en la riqueza y adornos y valor de aquélla, no sólo no tiene comparación, ni es encarecimiento decir que es trescientas veces más

(1) 3. Reg. (2) Apocal. ult.

que ésta, antes creó que más, si se hace bien la cuenta de los millones que se gastaron allí en siete años, a los que se han gastado aquí en treinta y ocho. Y refiere la Escritura (1) que Salomón puso y santificó en el Templo todo el oro, plata, piedras, metales, vasos y todo cuanto le dejó el Rey David, su padre. De donde colegimos dos cosas, que son el intento principal de este discurso. Lo primero, que no es imposible ni dificultoso de entender cómo en tan pequeña fábrica como aquélla se pudo gastar tan inmensa suma de oro y plata y metales, y lo otro, cómo en ésta, que parece, por lo dicho, no menor, sino igual y aun mayor, se ha gastado tan poco. La respuesta de lo primero se puede resolver de lo dicho en tres partidas. La primera y mayor es la gran suma de talentos de oro que se gastaron en el Santa y Santa Santorum, Hecal y Debir. En las paredes, techos, suelos, puertas, altares, mesas, querubines, candeleros y otros instrumentos en grande número, que todo era de oro en planchas, y clavadas con clavos de oro, tantas labores, esculturas y relieves, de suerte que parecen pocos los cien mil ocho talentos de oro. La segunda partida es la fábrica del templo, vestíbulo, torre, atrios, éxedras, y salas, y cenáculos, todo de mármol, con gran pulimento y labor tratados desde los cimientos hasta la cumbre; tantos cedros y maderas preciosas en que se gastaron muchos talentos de plata. La tercera partida es el salario y jornales de ciento sesenta y seis mil seiscientos hombres, y la comida de éstos y de otros muchos de los vasallos del Rey de Tiro, Hiram, que no se pone el número, mas para sólo ellos dice la Escritura (1) daba Salomón cada un año veinte mil choros de trigo, y otros tantos de cebada, y veinte choros de purísimo aceite. La medida de un choro responde a más de noventa celemines, que eran poco menos doce hanegas, porque la medida menor e indivisible a que se reduce ésta es a un huevo ordinario de gallina, y quien quisiere ver cómo se reduce esto, y qué suma hacen estos choros, lea al autor que

(1) 3. Reg. 7.—2. Paral. 5. (2) 2. Reg. 5.



he alegado para estas medidas de la Escritura Santa (1). Pues para mantener siete años continuos tanta multitud de gente, y para pagarles sus jornales y salarios, ¿qué talentos de plata serán menester? Y si alguno preguntare (porque se ofrece luego la duda), para qué tanta gente, para tan pequeña obra, pues, como dije, pudieran hacer en otro tanto tiempo una gran ciudad; la Escritura da la razón y la respuesta, porque se traía toda la piedra y toda la madera a hombros y brazos de hombres, y en aquel figurativo Templo no quiso Dios se entremetiese animal ninguno, ni buey, ni vaca, ni camello, ni otro jumento, porque Templo tan lleno de los misterios divinos, de los que ahora gozamos, no le habían de ayudar a fabricar animales, que no sienten lo que es el Espíritu del Señor, ni ahora tampoco. Aquellas piedras, maderas y multitud sin número de vasos e instrumentos sacros se labraron primero en el monte Líbano, en sus canteras, y en sus selvas, y en las riberas del Jordán, donde se halló buena tierra para hacer las fundiciones Hyram, y todo con tanto primor, tan ajustado, tan liso, bruñido, limado, pulido y reparado, que no fué menester al tiempo de asentarlos y poner cada pieza en su lugar ningún género de golpe de martillo, ni de otra herramienta, ni hacer ruido, que lo ponderó mucho la Escritura, no tanto por la historia, cuanto por el misterio, y así fué menester lo trajesen todo después de labrado, no sólo en hombros, mas en palmas, y como si fueran ángeles los que lo llevaban y asentaban, y así es ello ahora, con condición que nos dejemos labrar primero. ¡Qué de piezas se quebrarían al tiempo de arrancarlas de aquellas canteras, y cuando las labraban, y se quedarían perdidas y desechadas en aquel desierto!, y ¿qué hay de esto ahora por nuestros pecados?; no tratemos de esto; quédense estas lástimas para otro lugar. De suerte que estando tan lejos, que desde el Líbano se llevaban a embarcar, y venían desde Tiro hasta Ascalón o Jope, por el agua, y tornándola a desembarcar otra vez, la llevaban de allí a Jeru-

(1) B. A. Montan, lib. de mans. sacr.

salén, por montes y cerros y valles fragosos, mucha infinidad de gente era menester, y más de la que pudiéramos imaginar, si no nos lo dijera la Santa Escritura. De aquí se ve ya lo postrero de mi intento y mi promesa: declarar cómo esta fábrica ha costado tan poco o tan nada, en respecto de aquella, no siendo menos que ella. Lo primero podemos afirmar, muy seguros, que solas las tijeras de despavilar de aquellos candeleros valían, sin comparación ninguna, más que todo el oro y plata que hay en esta Casa; porque dejado aparte eran todas de oro, eran en grande número las tinajas y despaviladeras de oro que para tantos candeleros como había eran menester. Miren qué buena comparación es ésta para lo que resta de tantas piezas y tan grandes de puro oro como había, y aquí no se han gastado cuatro blancas de oro: un cáliz, una custodia, dos portapaces y no sé qué otras menudencias. La piedra y la madera está aquí a un paso, la más lejos a tres cuartos de legua; la ordinaria, a media, y a menos los pinares. El del Quejigal, que ha dado de cuatro partes las tres de la madera, está a cuatro leguas o a cinco; con cuatro labradores gobernaban ocho y doce pares de bueyes; traían una piedra que no era posible menearla cincuenta hombres, ni traerla ciento; hacían estos caminos y medio cada día; lo que aquí se traía con seis reales no se traía allí con cien escudos, y piedras muchas se trajeron aquí tan grandes que con ninguna fuerza de hombros y hombres se pudieran traer. Los bueyes con que aquí se hacía todo esto costaban de balde, y su labor, que era de infinito precio si lo hicieran hombres, salía por nonada, que el buey que se compraba por veinte ducados, después de haber servido en estos menesteres, si se mancaba o volvía inútil, se vendía en la carnicería por poco menos; de suerte que lo más dificultoso se hacía casi de balde; tras esto, los ingenios y las máquinas de que aquí se usaba para subir y llevar a sus puestos estas piezas, piedras y vigas tan desmesuradas, fueron de gran ahorro, y no sabemos que acullá los hubiese; la Escritura no lo dice, ni parece admite aquella quietud y sosiego que tanto



pondera la Escritura, y el no oírse golpe, las grúas, capillas, agujas, poleas, troclas, tornos y garruchas que aquí se usaron, donde era menester tanto y tan continuo grito y golpes. Y aunque aquella gente, por ser gobernada por la sabiduría e industria de Salomón, andaría bien concertada, con todo eso se fiaba de los sobrestantes, que eran tres mil, y mucho tiempo holgarían, y muchas veces se embarazarían unos con otros, como se ve en las juntas que se hacen para llevar o traer o mover algo: lo más del tiempo se va en voces y en concertarlos. Aquí con el largo discurso del tiempo se miraba todo atentamente, y ninguna había ociosa, todos trabajaban por su cuenta, y si holgaban, ésta a su costa; así se hacía mucho, no se perdía blanca, y todo se aprovechaba. Aquella se hizo en siete años; ésta, en treinta y ocho, que poco menos, si se multiplica y reduce la gente que aquí se ocupaba en todas las partes, y se igualan y proporcionan unas con otras, y ponen el suplemento y ventaja de bueyes a hombres, y las distancias, hallarán los que lo miraren con prudencia que no se llevan mucho las fábricas, y que todo se reduce a la riqueza del oro, y al modo de proceder en la fábrica. Valgan estas razones lo que valieren, yo he dicho lo que me parece, con harta brevedad, y requería un discurso muy largo; cada uno sienta como quisiere. Sólo estamos obligados a rendir el entendimiento y juicio a lo que nos enseñan las divinas letras, y el común sentir de sus Doctores Santos, y yo fuera de esto aun me sujeto a todos cuantos en esto mejor sintieren. Aborrezco mucho casarse el hombre con su propio parecer.

## DISCURSO XXIII

*Las vidas de algunos religiosos de este convento, y en particular la de fray Antonio de Villacastín, el obrero de toda esta fábrica.*



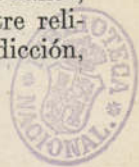
EN todo el discurso de esta historia, de que será éste el postrero, he procurado, después de haber dicho la fundación de cada uno de los conventos, y descripción de su fábrica, que es como lo material, las piedras muertas, decir lo que he hallado de los primeros religiosos fundadores, su virtud, su ejemplo, piedras vivas que siempre hablan, siempre edifican y fundan, conservándose la memoria de padres a hijos, espejos de la observancia, aliento de nuestra jornada y reprensión de nuestra tibieza. Si escribiera para solos los presentes, pudiera ahorrar de este trabajo en esta Casa, pues muchos de los que somos vivos, alcanzamos a los primeros, y parte de ellos están vivos, y se hallaron al abrir de los cimientos; yo no soy muy viejo, y me hallé con ellos al sacar de muchos. La historia no se escribe para los presentes, sino para los venideros; no ha faltado quien diga que siempre habían de escribir las historias los que vieron los casos y sucesos. Holgarán los que de aquí a cien años vinieren (tan poca constancia tienen las cosas del mundo, que ya estarán éstas muy trocadas, ¿y qué sabemos si puestas por el suelo?), holgaránse, digo, de pasar estas memorias conforme al estado en que las vieren; y aun los que ahora viven, advertirán y caerán en mil cosas de lo uno y de lo otro, y leyendo alguna vida de sus hermanos de ayer, advertirán lo que con la presencia no se estima, o no se advertía. Fuera razón comenzar por las cabezas, y por los superiores, pues de allí, según fuere, ha de participarse en los miembros inferiores la influencia. Hemos ya dicho en sus lugares propios lo que se sufre decir, contando en la fundación las vacantes, elecciones de los priores como fueron sucediendo, unas por muertes, otras porque supuesto que en esta religión no son perpetuos los oficios,



sino trienales, era razón que acabasen, y así sucedían otros. El Rey nuestro Fundador holgaba de no tratar ni conocer muchos hombres, y en tanto que los defectos no eran muy intolerables, a su parecer, no quisiera mudarlos; mas como para juzgar cuánto daño se seguía era menester o ser fraile o informarse de los que de veras lo pretenden ser, y lo uno y lo otro era difícil o imposible, padecíanse algunos daños que importara atajarlos más presto, porque no todos pueden acertar a regir, y pocos se saben amoldar con los pequeños, cuando se ven en puestos grandes, pasión que se apodera más en la gente de poco marco. Entre todos estos Prelados, que en cuarenta años no han sido más de ocho, y el padre fray Miguel de Santa María, que hoy gobierna, nueve; en el que podemos con mucha razón poner los ojos (hablo ahora de los difuntos, de quien se puede hacer historia) es el padre fray Miguel de Alaejos, profeso de San Jerónimo de Yuste; mas ya dije algunas cosas de su vida, prudencia y gobierno, cuando traté de su muerte. Edificóse mucha parte de esta Casa en lo material y espiritual el tiempo que la gobernó, y sólo quiero decir de él que fué el primero que comenzó a recoger algún tanto las almas de sus súbditos, y en particular de los que aquí dejaron la primera vez el mundo, y los que trajo de fuera para que le ayudasen a esto fueron personas a propósito, y así les dió mucha luz y lumbre para la oración y meditación, y la perfecta renunciación del mundo; esto enseñaba con voz y ejemplo: lo que decía mostraba salirle del alma, lo que hacía y respondía con aquello, porque aunque se levantaba el primero a Maitines, era el postrero que salía del coro, y aun le cogía allí muchas veces la mañana; de aquí le venía ser muy sufrido, callado, discreto, amar entrañablemente a los buenos y llevar con paciencia a los de aviesas condiciones. Lo principal que de este trato con Dios sacaba, y lo que yo en él siempre estimé más, era el desengaño del suelo, y de las pretensiones humanas, y no podrá decir ninguno que conoció en él ambición, y lo que se puede bien afirmar es que hacía muchas cosas que de todo punto son contrarias

al camino de los ambiciosos y de los que quieren levantarse a más que a ser frailes de San Jerónimo, cosa de estimarse en mucho en los que admiten a su familiaridad los Monarcas del mundo, o a esto que llaman privanza. Ya dije su muerte, no tengo que detenerme más en esto.

Han muerto aquí de los religiosos de la Orden que vinieron a enjugar la humedad de estas paredes recientes, algunos de ellos, con notables señas de santidad y de favores del cielo. Si no estoy olvidado, he hecho memoria de algunos cuando escribía de los religiosos santos de las Casas. Como el padre fray Lupercio, Sacerdote profeso de Santa Engracia, de Zaragoza, a quien vieron los que se hallaron a su muerte regocijado y alegre con la visita de algunos moradores del cielo, sus devotos, que vinieron a llevarle en su compañía. De fray Martín de Asensio, hermano lego, profeso de Nuestra Señora de la Estrella, varón de mucha penitencia, no sé si he dicho algo. Conociósele también en el último paso un notable sentimiento y regocijo, porque quiso la Reina del cielo, por la entrañable devoción que con ella había tenido, consolarle con su presencia. Vivos están muchos testigos de lo uno y de lo otro, a cuyos ojos estoy escribiendo esto. Pudiera decir de otros algunos, mas quiero tratar sólo de los frutos nativos, y de la misma cosecha, que son más dulces, y porque es mucho que entre tanto ruido de Corte y de fábrica se pudiesen sazonar tan presto; espero en Dios que cuando se goce de más soledad y silencio se han de ver en este huerto cerrado flores y frutas de suave olor y sabor para la mesa divina. Diré con brevedad lo que he visto y lo que muchos vieron. Recibió aquí un hermano lego el hábito; creo era natural de Valdepeñas; llamóse fray Alonso de la Cruz, hombre al parecer basto, mas bastante y de un limpio y sosegado entendimiento. Vivió como doce años, poco más o menos, en la religión; dió siempre tanto ejemplo de humildad, mortificación y caridad, que vivo, y ahora muerto, cuantos hablamos de él, no sabemos sino llamarle santo; y no se estima en poco esta común opinión entre religiosos, que el que la viene a ganar, sin contradicción,





pueden ponerle en el calendario. Murió como santo y de la enfermedad que mueren muchos de esta buena raza, que es de tísicos, por tratar mal su cuerpo, durmiendo poco, en el suelo o en una tabla, vestidos, por no embarazarse a la presteza de la obediencia; comiendo mal, enfriándose, resfriándose, sudando, haciendo muchas disciplinas y, al fin, no teniendo ningún cuidado con el pobre asno de este cuerpo, y cae con tantas sobrecargas y llévase los Dios llenos de días en pocos días. De la misma suerte vivieron y murieron otros tres o cuatro siervos de Dios, y aun no duraron tanto, porque no tenían tan robustos sujetos, almas de grandísima sinceridad y pureza. Sus nombres, por que no se sepulten en nuestro olvido aquellos que tiene Dios escritos en el libro de su misma vida (todos estamos escritos, sino que nos borran por los muchos borrones de nuestras malas planas, que así lo dice Dios en la revelación que hizo de su Hijo Jesucristo (1), y en los versos de David) (2), son: el primero, fray Pedro de Buendía; fray Diego de la Concepción; fray Andrés de la Cruz o de Uceda, y otros. A las muertes de estos dos postreros me hallé yo, y quisiera hallarme a la del primero, porque tenía conocida su bondad desde antes que fuese religioso, porque fué familiar en el colegio de los niños, y creo que se iría al cielo más puro y limpio que una paloma blanca, porque le dió nuestro Señor el más suave y cándido natural que me parece he visto en mi vida: siempre estaba alegre, humilde y devoto, no sé cuál era causa de cuál; creo que lo uno de lo otro, y a veces fray Diego de la Concepción fué también aquí familiar; servía de enseñar a cantar a los otros niños, y tañía un poco de tecla. Acabado su tiempo en que estudió Gramática, fué a Valladolid, donde aprendió a tañer un poco más, que tenía gran natural para ello. No le pareció era vida muy segura la de allá fuera; vínose aquí; pidió el hábito, y como conocían su bondad y habilidad, luego se lo dieron. Estuvo bueno todo el año de novicio; en haciendo profesión, no aguar-

(1) Apo. 3, c. V. (2) Psal. 139.

dó nuestro Señor más; envióle una enfermedad, y luego casi se conoció que era tísica; sufría el siervo de Dios muchos dolores, y seguía la comunidad, esforzándose cuanto podía, andando siempre su alma llena de alegría y en continua oración y meditación puesta. Mandábanle ir a tañer el órgano, y hacía aquello con tan gentil aire y gracia, que aunque era poco lo que sabía, parecía admirablemente. Acuérdomme que me preguntó una vez Diego del Castillo, tañedor insigne de tecla del Rey, oyéndole tañer, si parecía tan bien lo que él tañía como lo que tañía aquel frailecico. Respondíle, riendo, que no, porque sus primores no los entendíamos, y aquello de nuestro fraile nos sonaba bien. Sentía él tan al revés de sí, que cuando volvía al coro, después de haber tañido, me decía que no osaba entrar de vergüenza, viendo cuán poco sabía, y le hacían tañer el órgano. Era delicadito, y con el hervor que traía, no hacía caso de su mal; levantábase a Maitines, y fuéle apretando más cada día aquella mortal dolencia, de que escapan pocos, o ninguno. Díjome muchas veces que no tenía hueso ni parte en todo el cuerpo que no le doliese; así le purificaba nuestro Señor en el crisol de sus ajes. Sobre estos continuos dolores que padecía y sufría, se le añadía de tantos en tantos días otro, que le brumaba los huesos, y no hacía sino alzar los ojos al cielo y pedir misericordia a nuestro Señor. Al fin, ya derribado de estos dolores y de la continua fiebre, fué necesario estarse en la enfermería. Díjele yo que por qué no daba parte al médico de sus dolores, para que le hiciese algún remedio, y respondiome: de lo que es este mal del pecho, y que dicen que es tísica, ya me hacen los que saben, y yo los hago y recibo; estos otros dolores que sobrevienen no son de los que saben curar los médicos. Tenía muy claro entendimiento y un reposo y madurez en cuanto hablaba y trataba, que le tenían respeto los religiosos de su tiempo, aunque fuesen más antiguos que él. Aunque le mandaban estar en la enfermería, él se esforzaba a estar poco en la cama, y siempre leía en algún libro devoto o estaba puesto en oración; y por que no le inquietasen los que le entraban



a visitar, poníase en el rincón de una alcoba, y detrás de la cortina cubierto, y allí meditaba y oraba. Cuando el que entraba sentía que su conversación le podía ser de algún fruto, salía. Las veces que yo le visitaba, que eran hartas (nunca me puso miedo su tísica, aunque dicen que se pega, y aun dijeron que se me había pegado), pidióme que le dijese algunas cosas de nuestro Señor y de sus santos, y de la bienaventuranza, diciéndome que ningún cuidado le ponían las penas del infierno. Escribo esto con gusto, porque sé no tienen sus hermanos noticia de ellas. Con estar tan consumido, que no tenía sino el pellejo y los huesos, y parecía imposible poderse sustentar en las piernas, ni aun menearse en la cama, no consentía le ayudasen a levantarse, ni a otros menesteres de aquella miseria postrera, pareciéndole era indigno de que alguno se ocupase en servirle. El día mismo que murió tuvo esta necesidad por unas cámaras que le fueron deshaciendo, y casi lloraba, porque le levantaba un Sacerdote en brazos, y pesaba poco más que una pluma. Repetía mil veces aquellas palabras de San Pablo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*. Tenía tanto deseo de salir de esta vida, que decía, como maravillándose y quejándose de sí mismo: ¿Dónde tengo esta fuerza y esta virtud del cuerpo que tanto se dilata mi deseo, y no me deja partir de este destierro? Estaba ya muy al cabo, y recibida la Extremaunción; fuíme a la celda a las doce de mediodía; quedaron allí algunos religiosos; ya casi no hablaba, y a la una y media, poco más, me envié a llamar con mucha prisa; fuí allá, entendí que le había dado algún escrúpulo (aunque nunca pecó de esto, porque era muy discreto); hice que se saliesen fuera a los que estaban allí, por si quería reconciliarse; respondíome con el rostro riendo, y como si estuviera sano: No, no me quiero reconciliar; no es eso. Levantaba los ojos al cielo, y los brazos y las manos, como si quisiera abrazar a alguno con grande regocijo; preguntábale: ¿Qué es eso? Decídmelo, hermano. Queríamelo decir, y mascullaba y tartamudeaba unas palabras que jamás se las pude entender, y tornaba a alzar los brazos y las manos y a

hacer grandes admiraciones de alegría. Tornábale yo a preguntar lo mismo, y nunca podía, aunque más se esforzaba, declararme nada; y estando así con estos ademanes y admiraciones, comenzó a cantar; díjele que por qué cantaba, y respondiome: ¿Pues no es bueno cantar ahora? De suerte que a todo me respondía como si estuviera sano, y para decirme lo que veía, jamás pudo formar palabra, porque no fuí digno de saberlo. De allí a una hora no cabal voló su alma al cielo, dejándonos a todos muy consolados y con grandes señas de su bienaventuranza. Yo, a lo menos, creo siempre que antes que de aquí partiese, vió la felicidad de su buena suerte, lo que he advertido en muchos de los santos de que he hecho memoria. El otro su compañero, que casi se alcanzaron en el noviciado, fray Andrés de la Cruz o de Uceda, murió de la misma enfermedad, parte adquirida con la mucha penitencia que hizo, durmiendo en el suelo o en una tabla, haciendo muchas disciplinas y cargándose de cilicios y comiendo poco, y parte pegada por servir a otro religioso que murió de la misma enfermedad. Vi en este siervo de Dios una cosa que me ponía admiración: en hablándole algo de lo que debía a buen fraile y al camino de la perfección que había comenzado, u otra plática espiritual, y cuáles deben ser las nuestras, sin mudar el rostro y con una alegría y serenidad de un ángel, se le iban hilos de lágrimas por los ojos y le corrían por la cara y bajaban por el escapulario, que a mí me ponía en gran admiración. Era un mancebo alto, algo lampiño, de buen rostro y con tanta humildad iba a lo que le mandaba otro nuevo, y aun algún novicio, como si se lo mandara el Prior; nunca supo responder ni excusarse de cosa alguna que le encomendasen. Con estas condiciones se maduró presto aquel fruto; cuando pensábamos que se estaba en flor, le puso Dios en su mesa. No le dió a él ninguna pena verse tísico, ni trataba de su mal, que sí no fuera suyo: tanta seguridad de su bien le había Dios puesto en el alma. Cuando ya se parecía la fuerza de la dolencia y se daba por confirmado y él se sentía derribado de las fuerzas, me preguntaba algu-



nas veces, yéndole a visitar, que qué tanto podía durar; hacía yo del médico, y echaba mis pronósticos, y si le decía ocho o quince días, le daba un contento y una alegría que apenas podía disimular la risa; y si otras veces le decía que era mancebo, y fuerte, y que podía sanar y darle nuestro Señor salud, verdaderamente se entristecía y mesuraba, aunque, como era tan humilde, no osaba responder palabra. Cuando ya al fin le faltaron las fuerzas y le fué forzoso caer en la cama, estaba allí con una alegría de un ángel, y algunas veces me preguntaba: Padre, ¿cómo duro tanto y no me muero ya? Dos días antes que partiese de esta vida, me dieron a mí unas fiebres que me derribaron más presto en el regalo que a él (y aun decían que eran pegadas de su comunicación; yo sabía que no; pluguiera a Dios que lo fueran, que en el venir de tan buena posada creo que me dieran la vida); así, no pude hallarme a su muerte, que lo sentí más que mis males. Veníanme a decir cuán alegre estubo hasta el punto que partió de esta vida, y que acabó como si fuera una paloma pura y blanca; y así, desatada del lazo de la carne, voló al cielo. Lo mismo puedo decir de fray Gregorio de Guadalajara; recibió aquí el hábito y aquí aprendió los principios por donde alcanzó en breve un santo fin en la religión; vivió poco menos de doce años en ella, y desde los seis (cosa que se usa pocas veces en esta Orden) le pusieron en oficios y cargos de hacienda, tanta satisfacción se tuvo desde luego de la virtud y prudencia de un mozo; no se engañaron, porque trató aquello como un hombre de grandes prendas y experiencia, creciendo en virtud y mejorándose en la religión con tantas ventajas, como el más encerrado del coro, penitente, devoto, humilde, obediente, llano, afable y alegre, como si no viviera una vida penosa y de gran desasosiego, andando caminos, haciendo con un hervor y diligencia extraña obediencias casi encontradas e incompatibles, sin tener otro respeto ni consideración más de que se lo mandaban, ni más cuidado de su cuerpo que si no fuera suyo, y así me parece que murió de molido y quebrantado por la obe-

dencia. Dichosa muerte, pues murió así Cristo. Partió de Parraces, donde era procurador de aquella hacienda, con alguna indisposición; preguntándole que adónde iba, dijo que a San Lorenzo, a morir con sus hermanos. Llegó aquí tan determinado y tan resuelto de partir de esta vida, que burlaba de las medicinas y del médico, aunque, como siervo de Dios y obediente, hacía con puntualidad lo que le mandaban. Estúveme yo con él muchos ratos; quería que le dijese siempre cosas del cielo, y rogóme que no le desamparase; así lo hice, y me holgué y consolé mucho en hallarme a tan buen sueño. Una hora antes que expirase nos dijo a mí y a otro religioso que estábamos con él, con mucha alegría, que dijésemos algunos salmos e himnos; decía él un verso y nosotros otro; y cierto que con estar tan en lo extremo, que los decía mejor que nosotros, y cuando los errábamos (decíamoslos de memoria, y eran algunos extraordinarios), que nos enmendaba y decía lo que habíamos de decir, que yo me maravillaba cuándo los había aprendido; y era que cuando iba camino, que, como digo, no le dejaban parar, era su entretenimiento y descanso cantar tan suaves canciones. Hacíasele muy de mal ver que se le dilataba el morir; tenía más miedo si había de tornar a cobrar salud, que otros tienen a la muerte, tan seguro tenía su partido y tanta paz en el alma. Cumplióle el Señor su deseo, llevósele al cielo, dejándonos con harto sentimiento de su pérdida, que aun hoy le echamos de menos. Ahora, estos días pasados, se nos murió aquí otro hermano lego, que se llamaba fray Juan de Zamora; tenía como catorce o quince años de hábito; si hubiera de escribir, o si supiera decirlo como él contaba su vida desde que era niño hasta que tomó el hábito, fuera la cosa más apacible y graciosa que se hubiera escrito en la lengua castellana, porque no se la oía hombre que no muriese de risa: tan graciosas eran sus travesuras, y con tanta simplicidad las contaba. El tiempo que vivió en la religión fué con tanta pureza y obediencia, que le olvidamos el nombre, y todos le llamamos Junipero. Fué devotísimo de la Virgen, y así se le hizo



de mal, porque le trajeron de Nuestra Señora de Guadalupe, donde había ido a convalecer de algunos achaques. Al tiempo de la muerte, entendieron que muriera dos días antes de Nuestra Señora de la Anunciación, que es en marzo; mas él dijo que no, porque ya estaban concertados Nuestra Señora y él que había de morir en su mismo día, y así fué: tan asentado y seguro tenía el concierto. Quédense otros muchos en silencio, aunque su ejemplo da voces.

## FRAY ANTONIO DE VILLACASTÍN

Para fin y remate de toda esta historia, quiero decir la vida de fray Antonio de Villacastín, y sirva de clave en este edificio espiritual, pues dió principio y puso la postrera piedra de esta fábrica tan insigne. Vive ahora, y al punto que esto escribo le dejo ayudando a Misa, y aunque de noventa años de edad, tiene tan claro y entero juicio, que pudiera comenzar otra tan grave fábrica como ésta. No se sufre alabar a nadie viviendo, por el peligro de la inconstancia humana; parece aquí no hay que temerlo, porque cuando la hubiese, más culpa sería de la edad que suya, pues le tiene ya muy acabado (aunque era un sujeto fuerte) y consumida la vista, que es otra razón que da ánimo para escribir esto, pues no podrá leerlo. Es este siervo de Dios natural de Villacastín, de donde, conforme a estilo de la Orden, tomó el nombre; de padres honrados, ni pobres ni ricos, faltáronle presto; quedaron él y una hermana menor y otro hermano bastardo. Llevólos a su casa un tío que quedó como tutor; el muchacho aprendió a leer y escribir medianamente; como tenía tan claro entendimiento, echó de ver, a tres o cuatro años como estuvo con su tío, que se hacía hombre y no aprendía nada, echando los ojos adelante para ver qué había de ser de sí, pues ni sabía oficio ni letras, ni con qué pasar la vida. Que a mi cuenta, quien la hacía tan buena entre sí mismo, no había menester tutor, o era de más prudencia que el que tenía. Pensando el mozuelo un día y otro atentamente

en esto, se determinó a dejar el tío e irse por ese mundo a ser hombre. Envióle un día con un real y un jarro por vino; comprólo, y cuando volvía encontróse con su hermanilla, y díjole: Toma este jarro y estos menudos, y llévalos a casa, porque voy a otro mandado. Así, en cuerpo, sin una blanca y sin un bocado de pan, se partió de Villacastín: tan fiel y tan desinteresado fué desde que nació, que ni aun en esto osó faltar, ni llevarse aquellos pocos ochavos, que fuera el primer y postrer dinero que hubiera tenido en su vida, porque hasta el día de hoy no ha tenido un real suyo, él, que ha gastado tantos millones; singular pobreza y extremada lealtad de un muchacho, que en tanta determinación y aprieto aun no faltó en tan poca cosa, como se ve luego el buen natural y masa. Bien pudiera extenderme aquí y traer en consecuencia los buenos principios de obediencia de Samuel, y los del celoso David para defender su ganado, muestras de mozos que agradaron a Dios tanto, mas no se ha de decir cuanto se ofrece. Pasando por el campo de Azalvaro, que está allí cerca, encontró con un arriero que había descargado unas bestias que llevaba, para que paciesen un rato; llamóle que le ayudase a cargarlas; dióle en pago un pedazo de pan y a beber, que llevaba ya harta necesidad, y tiró su camino; llegó aquella noche (creo me dijo a Navalperal, sacándole yo a pedazos este su discurso, sin que entendiése el fin, algunos años ha); encontróse en el mesón con un lacayo de un caballero que iba a Toledo con unas cartas; dióle de cenar aquella noche, y en la mañana se partieron juntos y caminaron de manera que aquella noche, aunque tarde, llegaron a Toledo, y durmieron debajo de unas mesas de aquellas vendedoras de Zocodover. A la mañana, en amaneciendo, ya le tenía Dios buscado un amo; pasó por allí un hombre honrado, y como vió el mozuelo allí echado, le llamó, y preguntado qué hacía allí y si tenía amo, sabido que no, y que venía a buscar su vida, como van otros muchos de aquella manera, se le llevó, concertados que le enseñaría un oficio de asentar ladrillos y azulejos, que era maestro de aquello. Estuvo en casa de



este hombre algunos años, que le fué padre y maestro, le dió de comer y de vestir; era a esta sazón de diez y seis a diez y siete años, y bien se ve, pues llegó de Navalperal a Toledo en un día, y a pie. El maestro de nuestro aprendiz tenía dos hijos, que también profesaban el mismo oficio, y entrambos le cobraron tanto amor, como si fuera el tercer hermano: gran señal de su sinceridad y virtud; el hombre, aunque era honrado y de verdad, era áspero, severo, y así procuró no darle ocasión jamás para que se enojase con él, ni le dijese una palabra mala, como si se ensayara para ser religioso y obediente. Los días de fiesta se estaba recogido en casa; procuraba haber a las manos los papeles de las trazas de su maestro, lazos y compartimientos de los que se usaban en el enladrillado y azulejos de aquel tiempo; de suerte que ni nunca supo qué cosa era jugar, ni otras travesuras, liviandades y aun suciedades de mozos; ni tuvo un real en su poder, ni le buscó, ni se le dió nada; practicando allí en el siglo aquella pobreza que decía el Apóstol: teniendo qué comer y qué vestir, con eso nos contentamos, pues no hay otra necesidad para pasar bastante-mente el curso de esta peregrinación. Estaba ya nuestro Antón (así quiere él que le llamen, y no Antonio, pareciéndole que le repulen el nombre), estaba ya buen oficial en todo, en saber obedecer, sufrir, callar, clausura, pobreza y castidad, y en asentar azulejos y enladrillar, y su maestro se holgaba en verle tan aprovechado, y aunque veía que le tomaba las trazas, callaba; no le decía nada, loando en su pecho la virtud del mozo, aunque una vez me dijo que se las había escondido. Casó sus hijos y apartaron casa: el uno de ellos, que le amaba más tiernamente, le rogó que se fuese con él, porque aunque su padre recibiese algún enojo, luego se aplacarí-  
ría. Estuvo con este su compañero, que ya no le tenían por mozo, sino como a hermano, algunos años, sin hacer iguala ni pedir una blanca, ni tener más que la comida y vestido que le daban, aunque era muy largo oficial. Como se vió ya tan hombre, que tenía de veintisiete a veintiocho años (tampoco tuvo mucho cuidado con esta

cuenta), parecióle era tiempo de tomar estado; como fué siempre puro y honestísimo, no se aficionó a casarse; aquella libertad y generosidad que Dios puso en su alma para no rendirse a cosa de la tierra le hacía rehuyese de tan pesado yugo; parecióle sería bien retirarse en una religión y servir allí a Dios en lo que mandasen. Había trabajado con su amo en diversos monasterios de aquella ciudad, y particularmente en San Francisco, y en la Sisla. Fué a San Francisco a pedir el hábito, y no se le dieron, diciendo que tenían muchos frailes: no le tenía Dios para allí; fué luego a nuestra Casa de la Sisla, habló con un fraile que le conocía, descubrióle su intento, y respondióle que le recibirían de buena gana; tornóse con esta respuesta a su compañero, y por no dejarle así sin decirle nada, fingió que le habían escrito de su tierra que había necesidad fuese allá; pidióle que le diese algún dinero, para el camino. Habíasele muerto aquellos días la mujer a su amigo, y respondióle: Antón, yo os prometo que no tengo dineros, porque en el entierro y en otros embarazos lo he gastado; mas veis aquí las joyas que dejó la malograda; empeñadlas vos por lo que quisieredes, y llevad lo que os pareciere. Respondió nuestro Antón: Nunca Dios quiera yo haga eso; tantos años ha que estamos en compañía, y nunca os he sido molesto, ¿y ahora había de empeñar las joyas que tanto queréis? Dadme lo que tuviéredes en la bolsa, que eso bastará para mi jornada. Sacó la bolsa y vacióla en una mesa; partió el mismo Antón el dinero, tomando un real para sí y otro para su compañero, y de esta manera los demás, y dijo: Esto me basta; queda con Dios, que no puedo excusar este camino. Fuése al Monasterio y diéronle luego el hábito. Preguntéle para qué quería aquel dinero, pues se iba a meter fraile; respondióme que por no ir así tan desnudo, y de vergüenza por que no dijese que no llevaba blanca. Este fué el primero y postrero dinero que tuvo en su vida, y no le sirvió de más de llevarlo desde Toledo a la Sisla. Con este caudal de una vida tan inculpable, sencilla y santa, entró nuestro fray Antón en la Orden de San Jerónimo, el año 1539, cerca



de la fiesta de Nuestra Señora de Marzo, que es la Anunciación, siendo General el padre fray Pedro de la Vega. Aquella misma rectitud y limpieza de vida ha guardado hasta este año de 1602; de suerte que el mes de marzo pasado cumplió sesenta y tres de hábito, y veintisiete que por lo menos tenía cuando entró, son noventa, y más. Diéronle el hábito, no para hermano lego, sino para corista, que ya he dicho qué estado era. Y díjome que había escogido esto porque si acaso algún Prior no le ocupase en oficios, pudiese servir de algo estando cantando en el coro, porque aborreció siempre la ociosidad. Ha caminado continuo este siervo de Dios por una senda muy segura, nunca ha tenido extremos ni altibajos. Lo mismo que le enseñaron el primer día, eso ha guardado siempre. En lo esencial, ninguno he visto en mi vida que se le aventaje: pobre como el más pequeño novicio; en la honestidad y castidad estoy por decir que ha tenido demasiado rigor, si rigor o demasía puede haber en conservar tan celestial pureza. Creo, por el discurso de su vida, que es virgen en el alma y cuerpo (no se lo he osado preguntar, ni aun por rodeos, que no es pregunta que se sufre en hombres recatados y santos); obediente como un cordero, y todo esto sin melindre ni ostentación, ni haciendo más caso de ello que si fuese un curso natural, tan asentado y firme en su alma como los cimientos de esta Casa. En lo que es la ceremonia exterior, no es muy cerimoniático, porque nunca hacen estos extremos los hombres prudentes, mas no hay punto de importancia en la vida monástica, y de la que a su estado pertenece, que no le haya guardado en tan largo discurso de vida como el día primero que se la enseñaron y le dieron el hábito. No le ha visto hombre hasta hoy, teniendo salud, comer ni beber fuera de las horas de la comunidad, aunque ha andado tanto al sol, al frío, al aire, al agua, y con tantas incomodidades y destemplanzas de tiempo como aquí ha padecido en cuarenta años. Y de esto sólo se puede argüir bien su entereza, que no sé yo de quien se ha dicho cosa semejante, y lo que ha sido aquí fué siempre dondequiera que ha estado. Ha

sido también una cosa rara y digna que se advierta, que en todo el tiempo que trajo entre sus manos, y como si dijésemos sobre sus hombros, tan grande máquina, y que, como veremos, se ordenaba todo por su cabeza, y colgaba de él la ejecución de tantas cosas, jamás (alguna vez por milagro), faltó a la mesa primera a comer y a cenar. Yo sé que no hay fraile tan estirado en religión en toda la Orden que hubiera hecho cosa semejante; a lo menos no lo hemos visto, porque con muchos menores achaques se huye el cuerpo a esto. Y cuando alguna vez iba tarde, porque la multitud de cosas que concurrían no le dejaban hacer otra cosa o porque el Rey le detenía, iba a cenar a la enfermería, y con tanta vergüenza pedía unos huevos como si fuera novicio. Si veía que el enfermero estaba ocupado, o que le había de embarazar en algo, se iba a su celda y se acostaba sin cenar, y en verdad que la traía bien merecida. No hay que pensar que teniendo salud haya faltado una noche de los Maitines a que está obligado a ir, aunque él ninguna obligación tenía y ha sido algunas veces menester mandarle por obediencia que no vaya, y no le costaba a él esto pocas lágrimas. Toda su vida se ha levantado a la Misa del alba, que aquí se dice todo el año con estrellas y aun después de dicha, se ven hartas; va a la sacristía y pónese su sobrepelliz, como un novicio, y está allí aguardando a quien ayudar a Misa; de suerte que todo el tiempo que duró la obra, cuando venían a tañer la campanilla para los oficiales, ya había ayudado por lo menos una Misa; si había lugar, dos; con esto crecía la fábrica como espuma; los días de fiesta ayudaba muchas veces tres Misas y desde allí se iba al coro; y ahora, nonagenario, hace lo mismo. Los días de fiesta, que no había ocupación en la fábrica, si no le venían a consultar algo o el Rey le llamaba, se estaba recogido en su celda y leía algún libro devoto hasta que era hora de Vísperas, y se iba a ellas y a Completas. No le vió nadie jamás estar hablando ni perdiendo tiempo, ni andar por los claustros ni Casa: siempre iba a hacer alguna hacienda que importase por no dar paso perdido. Tampoco ha



ido a las recreaciones y granjas que se acostumbra en esta religión para aliviar algo del peso dos veces en el año; en cuarenta años aquí, no ha ido ninguna de asiento, si los Priors no le han llevado, acaso, alguna vez para ver algo, y no sé si ha dormido en ella; pocos de estos encapotados y cerimoniáticos he visto que hayan dado en esta ceremonia. Ni tampoco le ha visto ninguno salir a otro género de recreación ni puesto sus pies en ningún lugar de toda esta comarca: Madrid, Segovia, Avila ni Toledo; pues de creer es que se habrán ofrecido hartas ocasiones (qué de ellas hubieran hallado otros), y tan forzosas, que nos hicieran creer no podía pasar adelante la fábrica sin ellas, y sin sus salidas. No ha hecho aquí novedad fray Antonio en su vida, ni por estar a los ojos de tantos se puso en cuidado para vivir de esta manera; dondequiera que ha estado, y donde le ha puesto la obediencia, ha vivido siempre así, y no es mucho, pues, como vimos, aun siendo muchacho y mozo libre en el siglo, vivió de esta manera, siempre tan cabal tan sin reprehensión y tan sin interés de la tierra, en que consiste la verdadera religión.

Dicho hemos su vida en cuanto hombre, y que merece este nombre, y en cuanto religioso de San Jerónimo, aunque con la brevedad que hemos podido. Diré ahora su vida en cuanto obrero, y a vueltas las circunstancias que se han seguido tras el oficio. También ha sido obrero desde que tomó el hábito y nunca se desdeñó del oficio. En su Casa primera de la Sisle hizo muchas obras, las que le mandaron y eran forzosas, porque tampoco las buscaba ni inventaba, porque aquella quietud grande que Dios puso en su alma le hizo siempre enemigo de invenciones, y cuando veía que la cosa se podía entretener y pasar sin mucho detrimento o fealdad, quería pasase y entretuviese así. Los ingenios desasosegados no querían que ninguna cosa estuviese quieta, sino revolverlo y mudar lo todo y perder tiempo y dineros y dejarlo peor que estaba. En el Monasterio de nuestras religiosas de San Pablo hizo también muchas obras, y de gran importancia, y cuando acabó, aunque duraron años, no

dejó allí ninguna de estas que llaman devotas, ni devociones, ni quien le escribiese billetes que también son pocos los que se escapan de este lazo cuando es mucho el curso. Después de esto se le llevaron a hacer aquel aposento y celda (llamémosla así) del gran Emperador Carlos V, en el Monasterio de Yuste, de que ya hicimos memoria; no hay que repetirlo. Vuelto a su Casa tan humilde y tan pobre como se fué, allí le cargaban de mil oficios; díjome que había sido quince años hornero, y que sabía bien heñir, y junto con esto hacía la portería y otras haciendas, sin rehusar punto de la carga que le ponía la obediencia. De allí le llevaron a un Monasterio nuestro que se llama la Luz e hizo otras cien obras de sus manos. Finalmente, le trajeron aquí, para donde parece le había Dios guardado y traídole por todos estos pasos. Dije ya cómo hizo profesión en esta Casa y cuándo, y algunos otros accidentes que se han ido advirtiendo en esta historia y discursos. A lo que ahora resta de su vida de obrero no sé qué nombre le ponga para que lo abraza todo. A veces me parece un gran caudal de prudencia; otras excelente claridad de juicio y un marco extraordinario; y aunque tiene cada cosa de éstas mucha parte para atribuirle todo lo que se halla en este fraile, ninguna lo abraza todo, y siempre me resuelvo en ponerlo debajo de título de un obrero santo que es decir ha sido fray Antonio de Villacastín un obrero que comenzó y acabó una obra que ni basta prudencia, ni claridad, ni marco de entendimiento a darle tan feliz, tan pacífico, tan claro y tan liso remate sin cuentas ni trabacuentas, ni ojos, ni sospechas, ni engaños, si no le tuviera Dios de su mano, si no estuviera muy en su amor y en su gracia, si no lo hiciera por sólo Dios y por la obediencia, sin respeto o pretensión terrena o favor ni gloria humana. Creo que lo he dicho todo en una breve suma; no bastará para que lo entiendan todos; haré algún descenso a los particulares en que se declarará lo que basta. Presupongamos, primero, las diferencias de gentes y naciones diversas que han concurrido en esta fábrica. De las provincias de España no ha faltado nin-



guna: castellanos, aragoneses, portugueses, navarros, vizcainos, valencianos, gallegos. De Italia y Flandes han acudido muchos, diferentes en condiciones, aficiones, oficios: trazadores, arquitectos, hombres de pluma y papeles, veedores, pagadores, contadores, sobrestantes, pretendientes todos que buscan mejorar sus puestos y adelantarse, sujeto de envidia, puntas y repuntas, aparejadores de cantería, albañilería, carpintería, pintores, doradores, iluminadores, escritores, bordadores, ensambladores, canteros, carpinteros, herreros, campaneros, asentadores, soladores, pizarreros, plomeros. Y todos éstos de muchas suertes: unos más bajos, otros más altos, más bastos y más primos. Dejo otra infinidad de gente más ordinaria, que apenas sabemos poner nombres a sus oficios y ejercicios, los que hacían sogas, maromas, espuestas, serones, capachos; otros, redes de hierro; otros, vidrieras; otros, cal; otros, estuque; otros, ladrillo, teja, yeso y un tropel grande de peones. Todos éstos colgaban de un sólo obrero: fray Antonio; todos acudían a él, a todos los entendía, componía, concertaba y despachaba, y lo que pone espanto, contentaba y satisfacía, y hasta el día de hoy se atravesó ni tuvo palabras con nadie, ni nadie con él, ni se le descomedía hombre, y las diferencias y pleitos que entre ellos nacían, que eran muchas, por encontrarse en mil cosas y no podía ser menos, en un punto las atajaba, deshacía, concertaba, con grandísima brevedad y facilidad, y aun con equidad y justicia, y cosas no de pequeño interés y diferencia, que en otro menor marco y valor no tuvieran tan buen suceso. ¡Qué prudencia sería menester para componer en tan excelente concordancia cuerdas tan diferentes! Muchas veces me iba allí, a su celdilla, que era el tribunal de su audiencia, y veía despachar una infinidad de negocios y pleitos bien graves y de interés con tanta facilidad y claridad, que me reía de las decisiones de Cébola, Trebacio o Papiniano. Admirábame la obediencia y el respeto que tantos hombres tan libres, tan arriscados, y enojados unos con otros, tenían a un fraile que, al fin, ni era letrado ni Sacerdote, y cuán rematado y en paz quedaba todo,

y qué contentos volvían unos y otros. Esto me parecía a mí que era de más alto principio que de la que llamamos prudencia humana; y en la verdad así era, porque habían concebido todos la pureza del alma de este hombre, aquella lisura, con que sin pasión ni afición lo miraba todo. Esto les hacía rendir sus pareceres y perder sus intereses, aun cuando fuese manifiesto el agravio, que raro o nunca lo era. También era muy de ver las respuestas que daba a las dudas y a las preguntas de todos cuantos allí venían. Llegaba un estajero, o un asentador de la iglesia u otra cualquier parte de la fábrica, colegio, pórtico, Casa Real, y decía: Padre fray Antonio, a tal parte llegamos con la froga o sillares, o carpintería, o madera; ofrécese este o este inconveniente, si proseguimos de esta o estotra manera; no está bien en la traza o en los trazos que haremos. Como si estuviera presente, como si fuera el trazador o el que lo iba ejecutando o asentando, respondía con suma resolución: Haced esto, dejaréis eso, quitaréis aquello, añadiréis lo otro, y esto hacía con todas las diferencias de oficios que hemos dicho, como si fuera ángel, que sin pasar por el medio, súbito, se ponía en cualquier lugar; así lo determinaba y acertaba, y como decía, quedaba bien hecho y la dificultad allanada. Yo me quedaba mil veces admirado con qué seguridad y con qué presteza estaba en ello y al cabo de ello. Y no sólo en estas cosas, que como más gruesas y de tomo parece que, aunque eran muchas, embarazadas y distantes, podía tener memoria y cuidado de ellas; de las menudas era lo mismo: del clavo, del ladrillo, del encerado, de la pizarra, del azulejo y aun de la tachuela y de otras cien mil baratijas tenía la misma providencia y noticia, como un dios de esta fábrica. Al dorador le daba el oro; al pintor, los colores, y conocía sus finezas y diferencias; al que pintaba al óleo, unas; al del fresco, otras; al iluminador, otras; los pinceles, el algodón, las salseras, todo lo tenía tan prevenido y tan a punto que ninguna cosa se estorbaba con la otra, ni por falta de ésta paraba aquella. En asentándose las jambas, ya tenía prevenidas las re-



jas o el parapeto; en llegando la froga, y la pared a su altura, ya estaba la madera labrada; y todo lo demás que advertí en otro discurso, tratando con la pureza que se hizo esto, y todo por la gran providencia y aviso de este siervo de Dios. Estuvo muchos días en esta obra, después de venido, que nunca habló con el Rey; si le veía venir por una parte, echaba por otra. El Rey tenía gana de hablarle, por las buenas nuevas que le daban de su juicio, y cuanto más veía que el fraile huía las ocasiones, tanto le estimaba en más y le crecía la gana, porque en aquello se le echaba de ver el buen seso, que otro fuera que se le atravesara en cada parte, tanta gana tienen los indiscretos que los conozcan. Al fin, un día le vió el Rey encima de un paredón comenzado, que no tenía salida, donde no se le podía ir, y allí le habló la primera vez. Preguntóle algunas cosas de la fábrica; respondióle con prudencia, y en la plática le dió algunos avisos de cosas que tenía advertidas, para que Su Majestad las mandase remediar; contentáronle al Rey; vió que tenía razón, y mandó se hiciese como fray Antonio decía. De esta vez le mandó llamar a menudo, y oía sus pareceres, y vino a estimarle en tanto, que ninguna cosa quiso hiciese el arquitecto Juan de Herrera que no la comunicase con fray Antonio primero, y si no le contentaba, tampoco le asentaba al Rey; tanto concepto tuvo de su claro juicio y de sus pareceres asentados y seguros. Estaban una vez el Rey y su obrero fray Antonio tratando del discurso de la fábrica y de cosas muy adelante; dijo Su Majestad, con algún sentimiento: ¿Cómo hablamos, fray Antonio, de esto, como si lo hubiésemos de ver? Respondióle con un ánimo grande, y con un espíritu como profético, diciendo: ¿Cómo no, Señor?; por el hábito que tengo, si no estuviese muy cierto que Vuestra Majestad lo ha de ver acabado y gozarlo muchos años, que no pudiese un ladrillo más. Y es, sin duda, que le animaron al prudente Monarca estas palabras, de suerte que concibió en su corazón le había Dios enviado aquella respuesta por boca de aquel su siervo; ello, a lo menos, sucedió así, y no dijo cosa este fraile de lo que tocaba

a cosas por venir acerca de esta fábrica, que no le saliese verdadera, y esto más parece que pende de otra parte, que de sola claridad de juicio humano. Como veían los caballeros que el Rey hacía tanto caso de fray Antón, y hallaban en él tanto valor y tanto marco, quisieran regalarle y servirle en algo; enviábanle algunas cosas del estado o de la mesa del Rey: jamás recibió ninguna; decía que se las llevasen al Prior, que él no recibía nada. Estando en la celdilla donde despachaba los negocios, le envió uno de los mayordomos un gran regalo (como ellos llaman) de cosas de comer, en unas fuentes de plata; dijo al que las traía que se las volviese, porque él no las había de recibir. El paje porfió, diciendo que no las osaría volver, que las dejaría allí. Haced, señor (dijo fray Antonio), lo que quisiéredes. Dejólo todo allí, y fuése. Volvió de allí a no sé cuánto por las fuentes, y preguntando por ellas, le dijo: Mirad do las pusistes, que ahí estarán. Hallólas de la manera que las había dejado, y lo que tenían dentro ya pasado y corrompido; llevóselo, harto maravillado de la entereza del fraile, que aun no había mirado lo que tenían dentro. Con estos despegamientos o sacudimientos (como quisieron llamarlos los cortezanos) los despidió a todos y los escarmentó para que no enviasen estos recados o regalos, que si se reciben, no hacen todas veces buen provecho y, por lo menos, quitan gran parte de libertad. Ha sido maravilla y como milagro haberse sustentado este siervo de Dios tanto tiempo entero y que no haya peligrado en medio de tantas desgracias y muertes como en esta fábrica han sucedido, accidente ordinario en las obras grandes, y en respecto de las que en otras menores suceden, han sido pocas, aunque ha habido hartas; parece que nuestro Señor le ha guardado, porque él jamás tuvo miedo ni recatos demasiados, más de aquellos que una ordinaria prudencia pone, confiado en nuestro Señor y en que sólo trabajaba por la obediencia, porque es imposible prevenirlo todo. Dió una caída de un andamio abajo, que fué como milagro no morir; hirióse bien, y Dios le sanó presto. Otra vez le dió un ladrillo en la cabeza y le hizo una



mala herida; también sanó luego; en estos desastres y en otros estaba con tanta entereza e igualdad de ánimo como si no pasara por él. Otros lo celebraran y vendieran mucho y los supieran curar con más regalo. Estando deshaciendo los andamios y cimbras de la iglesia, y tanta cosa de grúas y agujas, que eran poco menos de ver tan extrañas y fuertes trabazones como ahora la misma iglesia; estando, pues, deshaciendo esto, pasaba una mañana a la celdilla de la obra, donde despachaba y daba recado a la gente; atravesaba por la iglesia, vino en un paso estrecho a encontrarse con una mujer vieja; dicen que era una santa e iba a la iglesia pequeña a oír Misa, que no salía de casa para otra cosa; detúvose fray Antonio, con intento de dejarla pasar, porque no cabían entrambos; como la buena mujer iba tan despacio, parecióle que si la aguardaba que pasase tardaría mucho, y la gente le aguardaba; acordó pasar primero; alargó el paso y adelantóse, atravesó antes que ella; pasó luego la mujer, y en llegando al medio de aquel estrecho, cayó una viga de lo alto y matóla; vióse claro que le impelía algún ángel, y quiso Dios guardarle para que acabase su obra. La mujercita, que iba en buenos pasos y tales habían sido los de su vida, se fué al cielo a oír la Misa y a ver la cara de Dios. Vínole a nuestro fray Antón un corrimiento a la mano y poco a poco en ella y en el brazo se le hizo una gangrena o apostema malísima; algunos decían que era estiomeno, que si el vocablo es italiano, es lo mismo que decir esto tengo menos, porque en la parte que da el mejor remedio, es cortarla y haberla menos. Iba el negocio tan malo, que casi todos dimos por acabado nuestro fray Antón, y el menor daño que se esperaba era cortarle el brazo. Estaban aquí dos cirujanos enviados de Su Majestad para que le curasen, y ponían poco remedio, porque se iba apoderando de todo el brazo, aunque le habían abierto y cortado mucha carne de él. Cuando estábamos más desesperados de su salud, y que le llorábamos todos, religiosos y seglares, porque todos perdíamos mucho, me llegué a él y le dije el peligro en que estaba, y respondiome que bien lo veía.

Proseguí: Pues lo ve, avíseme si tiene alguna cosa que le dé cuidado, así en sus cosas como en las de la fábrica, pues sabe el amor que le he tenido, y que me lo puede fiar. Esto hice, no sólo por lo mucho que le quería, sino también porque me lo mandaron que lo hiciese. Respondiome, con aquella entereza y seguridad que siempre tuvo, que me agradecía mucho el aviso y cuidado, mas que por merced del Señor, ni en sí mismo ni en las cosas de la fábrica tenía cosa particular que advertir ni que decir ni que le diese pena; que en lo que tocaba a la fábrica todo estaba muy claro: ni había hoyos, ni embrazos, ni tenía cosa de duda, y él estaba tan limpio de ella como el primer día que la comenzó. Era ya esto a tiempo que estaba la iglesia casi acabada, y es así que jamás tuvo ruido ni trabacuentas, aunque todo cuanto dinero se daba era por cédula suya, y cuanto se iba librando a los estajeros y sobrestantes y a tanto género de oficiales; y para esta claridad y llaneza tan grande ni tenía oficiales, ni escribiente, sino él asentaba en un cartapacio o libro de su misma mano todo lo que mandaba pagar e iba librando.

Tenía tan buen tanteo y juicio en todo, que no daba blanca que no supiese cómo y en qué estado traía el maestro o estajero u oficial la obra, para no darle mucho dinero adelantado, y si muriese o faltase, quedase el Rey y la fábrica con pérdida; quien viera sus libros, se riera mucho de ellos; así fueran todos los de la hacienda del Rey de tal claridad y limpieza, aunque no tuvieran mejor aliño ni letra, que por lo menos fueran de buena tinta. Estando una noche solo y bien despierto, harto afligido con los dolores de su mano y brazo, acuchillado y cancerado y tan sin remedio, como hemos dicho, sintió que llegó a él no sabe quién, y con dos manos le comenzó desde el hombro a palpar el brazo y apretársele, yendo bajando hasta un poco más bajo del codo, donde estaba lo más peligroso. Como aunque le apretaba, no sentía dolor, callaba y no dijo nada, y en llegando que llegaron allí con las manos le dejaron y se fueron, que ni él ni quien hacía aquello hablaron palabra. Desde aquel punto



cesó de crecer la gangrena, que iba cundiendo; mitigó-se la calentura y sintióse más aliviado y con evidente mejoría; lo que estaba ya podrido, sanó con mucha facilidad echándole un poco de aceite o quinta esencia de la caparrosa o vitriolo, y quedó muy sano del brazo y de la mano, que, sin duda, fué la cura milagrosa; los cirujanos se alababan de ella, como quien había triunfado de un enemigo tan fuerte, y por ser en el sujeto que era. El siervo de Dios callaba, y como es tan prudente y modesto, no lo dijo a nadie. De allí a ocho o diez días, cuando ya casi estaba bueno, me llamó en secreto y con lágrimas de sus ojos me contó el caso como lo he referido, y otras veces después acá que se lo he tornado yo a preguntar, me lo ha dicho de la misma manera y con no menos lágrimas, haciendo a nuestro Señor muchas gracias por tanta merced, y teniendo en sí por cierto que el glorioso mártir San Lorenzo le había tocado y palpado el brazo, porque desde aquel instante se le asentó en el corazón era él el que le había curado. Quien conociere la entereza y verdad de este siervo de Dios tendrá esto por cosa sin ninguna duda, afirmándome muchas veces que estaba tan despierto como al punto que lo contaba, porque los dolores intensos no le dejaban dormir, y desde entonces reposó y durmió con buen sosiego. Rogóme que lo guardase en secreto; así lo he hecho hasta ahora. Acabada toda esta fábrica, quiso nuestro Señor visitarle con otro toque de merecimiento, y para que con la paciencia purgue alguna escoria que siempre viviendo se pega de este mal que nosotros traemos, fuéronsele haciendo unas cataratas, que casi de todo punto le dejaron ciego. Abatiéronle la del ojo derecho, que parecía la más cuajada; erráronle la cura, y padeció mucho trabajo en ella, con harta paciencia, y al fin, corrompido el ojo, se le va secando y consumiendo. Después le abatieron la otra, y se acertó algo más, aunque es poco lo que ve. Tal cual está, hace todo lo que debe a buen fraile, y tiene tanto cuidado en acudir al coro todos los días, como si ahora comenzara a ser fraile, aunque la vejez es tanta que por más que se esfuerza,

le derriba; va a la sacristía, pónese su sobrepelliz a tienta y como puede, y ayuda a Misa como un novicio; el mayor dolor que siente en la falta de sus ojos es no poder hacer esto tan bien como quisiera, y estarse allí todo el día haciendo este santo ministerio. En este estado le tenemos hoy, día de San Mateo, el año 1602, que es gran consuelo tener tal ejemplo a los ojos.

EN MADRID, POR JUAN FLAMENCO. — AÑO MDCV.



# INDICE

	<u>Páginas.</u>
PROLOGO . . . . .	7
PRIMERA PARTE	
I.—El principio, los motivos y fines que el Rey Don Felipe tuvo para edificar el Monasterio de San Lorenzo y entregarlo a la Orden de San Jerónimo. . . . .	13
II.—Vuelve el Rey Don Felipe de Flandes a España; escoge sitio para el Monasterio; dícense sus cualidades; propónese a la Orden la aceptación del Monasterio. . . . .	21
III.—Comiézase a fundar la casa de San Lorenzo el Real, vienen los primeros religiosos fundadores y otros ministros y oficiales; asiéntanse las dos primeras piedras de la casa y de la iglesia. . . . .	30
IV.—Prosiguese la fábrica de San Lorenzo el Real, en lo espiritual y temporal; los primeros claustros que en ella se levantaron y los religiosos que fueron viniendo a su fundación y otros particulares dignos de advertirse. . . . .	41
V.—Anéjase la Abadía de Parraces y otros beneficios; pide el Rey al Capítulo general algunas cosas, recíbense las primeras reliquias, profesan algunos religiosos de la Orden, bendícese la capilla de El Escorial y otros sucesos . . . . .	49
VI.—Renuncia el Priorato el padre fray Juan del Colmenar; sucede el tercer prior, fray Hernando de Ciudad Real. Pásanse a vivir al propio convento de San Lorenzo. Bendícese la iglesia de prestado, con otros particulares de esta Fundación. . . . .	59
VII.—La traslación que se hizo de los cuerpos del Emperador Carlos V y de la Emperatriz y Reina Doña Juana, y Princesa Doña María y de las Reinas de Francia y Hungría y otras personas reales. . . . .	67
VIII.—Renunciación y muerte del tercer prior de San Lorenzo y elección del cuarto. Comenzóse a levantar la iglesia principal; la fiesta que hicieron los extranjeros y laborantes. Pásase el colgijo de Parraces aquí, y el asiento que allí quedó y otras cosas. . . . .	75



IX.—Comiézase la fábrica de la iglesia; declárase el modo que se tuvo de edificarla, que fué extraordinario, con otros varios sucesos de este año.....	88
X.—Crece la fábrica de San Lorenzo el Real; amotinanse los oficiales, y lo que el Rey y Reina y personas reales hicieron aquí en el año 1577, con otros particulares.....	99
XI.—Descripción del modo con que se iba prosiguiendo la fábrica de la iglesia y otras piezas y partes de la casa, con las cosas que aquí sucedieron al Rey en el año 1578.	114
XII.—Prosíguese la fundación y fábrica de esta casa, hasta el remate de la iglesia. La elección y venida del venerable prior y lo que las personas reales hicieron en este convento.....	128
XIII.—La prosecución de la fábrica en algunos particulares adornos de ella, hasta la última piedra que se asentó en todo el cuadro o cuerpo del edificio principal. Con los sucesos de las personas reales en esta casa.....	138
XIV.—El remate de la fábrica de la casa, templo y adornos de él y de la sacristía, retablo y custodia. Pásase el Santísimo Sacramento a ella, con los sucesos de las personas reales en este convento.....	148
XV.—Las partes de la fábrica se van perfeccionando y poniéndose adornos en lo que estaba hecho, hasta que de todo punto se acaban de asentar convento y colegio. Y lo que a las personas reales aquí sucedió desde el año de 1587.....	161
XVI.—Algunos particulares sucesos en la fundación de este convento y en cosas de fábrica y de las personas reales. La muerte del quinto prior y elección del sexto.....	173
XVII.—Consagración de la iglesia y altares de esta casa de San Lorenzo el Real por el Nuncio de Su Santidad en presencia del Rey Don Felipe, su fundador.....	191
XVIII.—Prosigue el acto de la consagración de la iglesia y altares. Hace el Príncipe Don Felipe las partes de su padre, en la dotación de ella.....	207
XIX.—Las cuatro cajas de reliquias que vinieron a San Lorenzo, la solemne procesión con que se recibieron y la postrera venida que Su Majestad hizo a esta su casa.	222 <sup>5</sup>
XX.—La última enfermedad y feliz muerte del Rey Don Felipe II, fundador de este convento, con otros particulares que tocan a su fundación.....	235 <sup>f</sup>
XXI.—Prosíguese el tránsito y muerte del Rey Don Felipe II; las preparaciones de su muerte, su entierro, el Codicilo último para las cosas de esta casa.....	248
XXII.—El entierro y exequias del Rey Don Felipe II en esta su casa y sepulcro. Lo que le dejó mandado para su sustento en su último Codicilo.....	262

## SEGUNDA PARTE

I.—Las cuatro fachadas principales de fuera de este edificio.....	273
II.—Lo que se ve en entrando por la puerta principal del pórtico, el patio o atrio, que está delante de la iglesia, la fachada de ella y torres de los lados, con el vestíbulo.	283
III.—Los cuatro patios o claustros pequeños del convento, con las piezas más notables que hay en ellos.....	298
IV.—Descripción del claustro principal, en lo bajo y alto de la escalera grande que sube del uno al otro.....	310
V.—Prosigue la relación de las pinturas del claustro principal en lo alto; la fuente de su jardín y otras piezas notables.....	326
VI.—Los capítulos, la celda alta y baja del prior y otras piezas del claustro grande, dignas de advertencia....	338
VII.—La fábrica y partes del colegio y Seminario, con lo que hay allí de consideración.....	353
VIII.—La casa y patio del Rey, con los patinejos de dentro, cuadras y galerías y el aposento privado de Su Majestad.....	365
IX.—La librería de este convento con sus repartimientos y adornos.....	376
X.—Prosíguese la traza y adornos de la librería principal, con todas sus partes y piezas.....	394
XI.—Las otras dos piezas de la librería de este convento, sus adornos y el orden de los libros, con otros particulares.....	406
XII.—La fábrica y ornato de la iglesia principal de este Monasterio.....	421
XIII.—El coro principal y antecoros de este templo, sus adornos, sillas, órganos, pintura, libros de canto y facistol.....	438
XIV.—La capilla mayor de este templo, retablo, custodia y sagrario, oratorios y entierro de los Reyes.....	454
XV.—La sacristía de este templo, sus piezas, pinturas, cajones, ornamentos y vasos santos.....	475
XVI.—Los relicarios de este templo, el número y nombre de sus reliquias y otros preciosos adornos.....	491
XVII.—De la grandeza y variedad de la pintura que hay en esta casa, de que no se ha hecho memoria.....	506
XVIII.—Piezas ordinarias de esta casa, cantinas, desvanes, algibes, fuentes, arcas de aguas y conductos.....	527
XIX.—La fábrica de las casas de servicio que están alrededor de este convento, oficios de casa Real, Compañía y botica del convento.....	537
XX.—La viña y casa del Quejigal, San Saturnino, Nues-	



Página

tra Señora de Parraces, Santo Tomé del Puerto, casas de este convento. ....	548
XXI.—El dinero que se ha gastado en esta fábrica, desde los primeros maravedís que para ella se libraron, y las tasaciones de las más principales cosas de ella.....	550
XXII.—La comparación y conferencia de este templo y casa, con otros edificios famosos, principalmente con el templo de Salomón.....	577
XXIII.—Las vidas de algunos religiosos de este convento, y en particular la de fray Antonio de Villacastín, el obrero de toda esta fábrica.....	599























BIBLIOTECA NACIONAL



BN

1000574780